



LA MÓN CÉITE

NOVA DE ESTUDIO

SOM DE Santa Bible

BS1456

ERAC DE

.C5
N6

v.2



1020042422



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ACER GENERAL

116611

NOTAS DE ESTUDIO

SOBRE LA

Santa Biblia



ANTIGUO TESTAMENTO

por

D. RAMÓN CHÍES

(Eduardo de Riofranco)

SEGUNDO TOMO

COSMÓPOLIS
CASA EDITORIAL

ALCALÁ, 172 dpl. (Hotel)
MADRID
1904.

DE VENTA

EN LA

"LIBRERÍA GENERAL"

COMERCIO, 22. MONTERREY.



37678



B 51456

.C5

N6

V.2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RAMÓN CHÍES

577

buena escafandra, usted mismo se pasearía, en caso de que siquiera tuviese la hechura y conocimientos de un hombre de este siglo.

¿Por ventura te han sido abiertas las puertas de la muerte?

¡La muerte con puertas como el mar! Pues, señor, está visto, á Dios todo se le vuelven porterías.

¿Has visto las entradas tenebrosas?

No, señor; porque yo no acierto á ver en lo obscuro.

¿Por ventura has considerado la anchura de la tierra? Dame razón, si sabes, de todas estas cosas.

Muy bien; y sabemos no sólo que es panzuda, sino también los kilómetros que mide de cintura. El que no lo sabía, señor, era usted, cuando hablaba por boca del Espíritu Santo.

¿En qué camino habita la luz?

Señor: la luz no es una gitana que vive en los caminos: tiene su palacio en todas partes en que arde algo, aunque sea el pelo del Espíritu Santo.

¿Y cuál es el lugar de las tinieblas, para que lleves cada cosa á su término y entiendas las sendas de su casa?

Declaro que no sé donde viven las tinieblas, más que un día al año, que sé que las hacen en todas las iglesias.

¿Sabías entonces que habías de hacer?

No, señor; confieso mi ignorancia: cuando usted le ponía puertas al mar y á la muerte, yo era tan chiquitín, que no recuerdo lo que haría. Quizá estuviera entretenido, en chuparme el dedo, que es un entretenimiento infantil, como este de hablar Dios en metáforas interrogantes.

¿Tenías noticia del número de tus días?

No, señor; ni siquiera la tengo hoy; eso sólo lo saben los suicidas y los condenados á muerte, bajo un rey tan inflexible como el que fusiló á Ferrandiz y Bellés.

¿Por ventura has entrado en los tesoros de la niebla?

No, no sé, yo soy muy friolero.

¿Has visto los tesoros del granizo? ¿Qué tengo yo prevenido para el tiempo del enemigo y para el día de pelea y de combate?

No lo sé; pero siendo usted tan bueno, no dejará de tener prevenida buena merienda, que es lo principal en estos casos de batallas perdidas.

¿Por qué camino se esparce la luz y se reparte el calor sobre la tierra?

Por todos á la vez, señor mío, por arriba, por abajo, por delante y por detrás.

¿Quién dió curso á un aguacero impetuosísimo? El terreno más bajo de nivel de la comarca aguacerada, que en alemán se llama talweg, y en castellano neto y limpio y castizo ha de llamarse vagnada.

¿Y camino al trueno ruidoso, para que lloviese sobre una tierra sin hombre en desierto, en donde no mora ninguno de los mortales, para inundarla siendo descaminada y desolada y que produjese yerbas verdes?

En los desiertos, verdaderamente desiertos, nacen pocas yerbas verdes; pero, en fin, las que nazcan habrán salido de sus respectivas simientes.

¿Quién es el padre de la lluvia?

El vapor de agua: lo que ignoro es quien sea la mamá.

¿Quién enjendró las gotas de rocío? ¿De qué vientre salió la helada?

¡Señor, eso no se pare!

¿Y quién enjendró el hielo del cielo?

No lo sé de hijo: quizá sea el santo matrimonio de San Isidro y Santa María de la Cabeza.

Las aguas se endurecen á semejanza de piedra...

¡Señor, eso no tiene nada de particular: es cuestión de temperatura.

... Y la superficie del abismo se aprieta

No sé lo que usted llama abismo, porque unas veces parece el mar, otras una cueva y otras el infierno. Pero si se aprieta que se afloje, que se afloje.

¿Podrás juntar, acaso, las brillantes estrellas de las Pléyades?

Ni por acaso, ni sin él.

Ó ¿podrás detener el giro del Arturo?

Y creo que usted tampoco, ni maldita la falta que hace.

¿Eres tú, acaso, el que haces comparecer á su tiempo el lucero, ó que se levante el Véspero sobre los hijos de la tierra?

No señor; pero ellos ni comparecen ni desaparecen: es que yo voy dando volteretas y, pasando de la luz á las tinieblas. Por eso los veo ó no los veo: lo advierto, señor, por si usted no lo sabe.

¿Acaso entiendes el orden del cielo y darás razón de él en la tierra?

Yo, así, así; pero catedráticos hay de Astronomía, que no son católicos y lo explican admirablemente, tan admirablemente que es probable que si los oyera usted se quedara asombrado, señor Espíritu Santo.

¿Por ventura alzarás tu voz á la niebla? y te cubrirá un impetu de aguas?

Ca, señor, yo no hago tonterías; ni hablo á quien no me hace caso, como el Sr. Castelar, desde que se hizo benévolo rabioso.

¿Por ventura enviarás tú los relámpagos, é irán, y te dirán cuando vuelvan: aquí estamos?

¡Pero á usted se lo dicen!

¿Quién puso en las entrañas del hombre la sabiduría? ¿O quién dió al gallo inteligencia?

No sé, señor: lo que sé es que yo no le di los espolones, que es donde la debe tener.

¿Quién contará el orden de los cielos?

Contarle le han contado muchos astrólogos;

pero á última hora resultó que usted y ellos marraron en la cuenta.

*O ¿quién hará cesar la armonía del cielo?
Sólo un Cataclismo.*

¿Cuándo se derramaba el polvo sobre la tierra, y se iban uniendo los terrones?

Cualquiera lo averigua, si usted no nos lo dice, señor Jehová.

¿Por ventura cazarás tú la presa para la leona...

No, señor, porque eso sería sandio y mentecato.

... Y saciarás el alma de sus cachorros, cuando están echados en las cavernas y de acecho en las cuevas?

¿Ha visto usted las almas con apetito y comiendo alguna vez? Yo, no; lo confieso.

¿Quién tiene aparejado al cuervo su alimento cuando sus polluelos e' aman á Dios, vagando, porque no tienen que comer?

Nadie, ni le hace falta. El busca lo que necesita y lo encuentra, por que el instinto es su providencia.

¿Por ventura sabes el tiempo del parto de las cabras montesas entre los peñascos, ó has observado las cieras cuando están pariendo?

Si señor.

¿Has contado los meses de su preñez?

Si, señor: eso lo sabe hoy un estudiante cualquiera aprovechado de zoología, porque esas cabras montesas están preñadas los mismos meses que las que no son montesas.

¿Y sabes el tiempo de su parto? Se conservan para dar á luz su cria, y paren dando bramidos.

Naturalmente, señor, naturalmente. Pongámonos en su caso, y no digo bramar, sino rebramar haríamos usted y yo.

¿Sepáranse de ellas sus hijos, y van á paecer: salen y no vuelven á ellas?

Me parece que exagera usted un poquito, señor

Dios. ¡Poco que les gusta mamar á estos mamíferos los primeros días y aun las primeras semanas de su vida!

¿Quién dejó al asno montés en libertad, y quién soltó sus ataduras? ¿A' cual di casa en el desierto y sus moradas en tierra salobre? Desdeña la muchedumbre de la ciudad, no oye el reclamo del exactor. Mira de todas partes los montes de su pasto, y anda buscando todo lo verde.

Veo, señor, que conoce usted muy bien al asno montés, para el cual todo va bien, mientras vuestra providencia no le pone delante una fiera que se le coma.

¿Por ventura querrá servirte á ti el rinoceronte, ó morará á tu pesebre? ¿Por ventura atarás al rinoceronte con tu cogunda para que are? ¿O romperá los terrenos de los calles en pos de tí? ¿Por ventura te fiarás tú de su grande fuerza, y le encomendarás tus labores? ¿Por ventura fiarás de el que te vuelva lo que has sembrado, y que te recoja tu eras?

No, señor; no haré nada de eso, por la sencilla razón de que aquí en Castilla no hay rinocerontes ni falta que hacen, porque son unos animales muy animales, tan animales que por no querer sujetarse á la domesticidad del hombre, van desapareciendo poquito á poco, como le sucede á todos los brutos selváticos. No es que queramos á usted, señor, revisarle la obra; pero le aseguro que de aquí á pocos siglos habrá que falsificar las fieras, como ya se falsifican las monedillas antiguas.

¿Las plumas del avestruz son semejantes á las plumas del herodio y del gavián?

No conozco al herodio. Debe ser un bicharraco muy feo.

¿Cuándo abandona en la tierra sus huevos, por ventura los catenlarás tú sobre el polvo?

Sobre el polvo, no señor, porque es una sucie-

dad; pero en una incubadora no tendría inconveniente en sacar polladas de avestruces, sino hubiera ya tantos en el orbe católico.

¿Se olvida de que los pisará el pie ó de que los quebrará alguna bestia del campo? Endurécese para con sus hijos, como sino fueran suyos, en vano trabajó, sin que ningún temor le fuerce. Por cuanto Dios le privó de sabiduría y no le dió inteligencia. Cuando llega la ocasión, levanta en alto las alas, se burla del caballo y del cabalgador.

Veo, señor, que conoce usted y describe admirablemente al avestruz. Bien podía usted haberme explicado lo que pregunta para no tener que achacarle la estupidez del avestruz, hijo de vuestra divina majestad.

¿Por ventura darás tú fortaleza al caballo, ó rodearás de relincho su cuello? ¿Por ventura le harás saltar como las langostas? La majestad de sus narices causa terror. Escarba la tierra con su pezuña, encabritase con brio: corre al encuentro de los armados. Desprecia al miedo y no cede á la espada. Sobre él sonará la aljaba, vibrará la lanza y el escudo. Con hervor y relincho muerde la tierra, y no aprecia el sonido de la trompeta. Luego que oye la bocina, dice: Ea: y huele de lejos la batalla, la exortación de los capitanes, y la algarazara del ejército.

Veo, señor, que es usted un poeta consumado. ¿Qué rebonitamente describe usted al generoso bruto! Pero si usted hubiera alcanzado estos tiempos de *Lagartijo*, *Fraseuelo* y *Espartero*, y viera á un pobre jaco matalón desgarrada la tripa, vaciado el estómago, tuerto de un ojo y con el otro tapado, volar sobre las astas de un toro, quizá en vez de alabar hubiera compadecido al caballo.

¿Por ventura se cubre de plumas el gacilán por tu sabiduría, estendiendo sus alas al Austro? ¿Por ventura á tu mandato se remontará el

águila, y pondrá su nido en lugares altos?—En breñas hace su mansión y en peñascos escarpados mora, y en rocas inaccesibles.—Desde allí otea la comida, y desde muy lejos alcanzan á ver sus ojos. Sus pollos chupan la sangre: y en donde hubiere carne muerta luego se halla.

Declaro, señor, que es bellissimo este curso de ornitología poética.

* *

A este punto de su discurso, Dios, harto de preguntar á Job desde la nube, y más harto aún de que el leproso no le respondiera una palabra, queriendo sin duda cerciorarse de si dormía, alzando la voz y tirándole ya á la tetilla, exclama:

¿Por ventura, el que disputa con Dios, tan fácilmente se aquietat por cierto el que arguye á Dios debe responderle.

Y Job atolondrado con tanto *por ventura* y tanto *acaso* interrogantes, contesta humilde y cortésmente:

Una cosa he hablado, que ojalá no la hubiera dicho: y otra también, á la que nada añadiré.

Como Job habla á estas alturas dicho tanto, quedamos *in albis* de qué sea á lo que aquí se refiere.

* *

Tras esta breve interrupción de Job, Dios, creciéndose con la humildad de su siervo y el silencio de Elifar, Sofar, Baldad y Eliu, de que nada dice el texto, toma de nuevo la palabra y dice, tras una nueva admonición de que se cina el leproso los lomos:

¿Por ventura harás tú vano mi juicio: y me condenarás á mi para justificarte á tí? Y si tienes brazo como Dios, y si con voz semejante truenas, recísete de esplendor, y levántate en alto, y ataviate de gloria, y adórnate de hermosos vestidos. Disipa á los soberbios con tu furor,

y con una sola mirada abate á todo altanero. Pon los ojos en todos los soberbios y confundelos, y desmenuza á los impios en su lugar. Escóndelos en el polvo á una, y abisma sus rostros en el hoyo: y yo confesaré que podrá salvarte tu derecha.

¡Señor! ¡señor! todo lo bien que me habéis parecido como poeta al describir el caballo, el avestruz, el gavilán, el rinoceronte y el águila, os encuentro en este pasaje de chavacano y farandulero. ¡Cómo queréis que un sarnoso entre en competencias con el omnipotente Jehová? Además, estarían muy en su lugar estas arrogancias, estos retos y desafíos al pobre Job, siempre que vos tuvierais la tierra limpia de soberbios. Pero ¡no alienta y truena todavía contra los republicanos Cánovas del Castillo en sus discursos! Y el bueno de D. Emilio, sin plumas y cacareando, como el gallo de Morón, ¡no truena contra las revoluciones, llamándose republicano y oficial de monárquico en los altares de don Práxedes!

Hasta aquí Dios ha hablado como una persona, más ó menos razonable, que pregunta sobre una porrillada de cosas, que él pretende saber, y Job no, pero que sabidas no harían crecer por sí solas una espiga de trigo en Castilla ó un melonar en Aragón; pues digo yo que saber por qué anidan en lo alto de los peñascos las águilas, importa bastante menos que cultivar con esmero un campo de patatas, ó cortarle el revesino á un clérigo trabucaire, de esos de ama rolliza, sobriños rucios y latinajos empedrados de jotas y elles pronunciadas á la española.

Pero como Dios debía hablar alguna monstruosidad, para no quedar por bajo de Cánovas, entra á describir á Bheemoth, el mayor animal de la tierra, y Leviathan, el mayor animal de

la mar, que ni yo conozco, ni tú tampoco, lector, ni Cuvier ha clasificado todavía, ni son otra cosa que dos disparates mayúsculos y minúsculos majaderos.

DESCRIPCION DE BEHEMOTH

el mayor animal de la tierra,

hecha por Dios, zoólogo.

«Mira á Behemoth, á quien yo hice contigo: heno comerá como buey; su fuerza está en sus lomos, y su virtud en el ombligo de su vientre. Aprieta su cola como cerdo, los nervios de sus testos están entrelazados. Sus huesos son como cañas de bronce, sus ternillas como planchas de hierro. El es el principio de los caminos de Dios; el que lo hizo hará uso de la espada de él. Para éste los montes producen yerbas; todas las bestias del campo allí retozarán. Duerme á la sombra en lo retirado del cañaveral, y en lugares húmedos. Los sombríos cubren su sombra, le rodearán los sauces de los arroyos. He aquí que se sorberá un río, y no se maravillará; y se promete que el Jordán entrará por su boca. Por sus ojos como su anzuelo le tomará, y con palos agudos horadará sus narices.»

Si en vez de leer tantos disparates en la *Biblia*, y puestos en la boca de Jehová, los hallásemos descritos en una novela de *La Correspondencia*, seguramente que el autor se ganaba una celebridad parecida á la de Estrada en la poesía, y la del doctor Garrido en la inventiva de sus anuncios. ¡Jesús y cuánta barbaridad en una sola pieza!

Con todo, *y con eso*, no ha faltado quien ha pretendido que la *locomotora* es la realización de este monstruo profético. Pero ¿y lo de los nervios de los testos, que son entrelazados? ¡Maldita casualidad, la que ha hecho á la locomotora femenino!

Mas, si grandes son los divinos disparates al describir á Behemoth, no son menores los que dice para pintarnos á Leviathán, que es el mayor animal de la mar. ¡Atención, señoras y caballeros!

DESCRIPCIÓN DE LEVIATHÁN

EL MAYOR ANIMAL DE LA MAR,

HECHA POR DIOS, ZOÓLOGO.

¿Podrás por ventura sacar fuera con anzuelo al Leviathán y atar su lengua con una cuerda?—¿Por ventura pondrás anillo en sus narices, ó le horadarás la quijada con una armelta?—¿Por ventura multiplicarás ruegos para contigo, ó te dirá palabras blandas?—¿Por ventura hará pacto contigo, y le recibirás por tu siervo para siempre?—¿Por ventura jugarás con él como con un pájaro ó le atarás para tus siervas?—¿Lo harán trozos tus amigos, lo dividirán los mercaderes?—¿Por ventura llenarás redes con su piel, nasa de peces con su cabeza? Pon sobre él tu mano: acuérdate de la guerra, y no sigas hablando. He aquí que le burlará su esperanza y á vista de todos será precipitado. No como eruel le despertará, porque ¿quién puede resistir á mi semblante?—¿Quién me dió á mí antes para que yo le restituya: todo lo que hay ba o el cielo mío es.

Lo que es á este Leviathán se le puede usted guardar para sus usos particulares.

¿No tendré respeto á él ni á sus palabras estocadas y compuestas para mover á compasión?

¡Vamos! este pez monstruo habla? ni más ni menos que Pepito Canalejas.

¿Quién descubrirá la haz de su vestido? y en medio de su boca quién entrará?—¿Quién abrirá las puertas de su rostro; alrededor de su rostro hay espanto. Su cuerpo es como escudos fundidos, apiñados de escamas que se aprietan. La una se

junta con la otra, y ni un respiradero pasa por entre ellas. La una se pegará á la otra, y asidas entre sí, de ninguna manera se separarán. Su estornudo es resplandor de fuego, y sus ojos como los párpados de la aurora. De su boca salen lámparas, como teas de fuego encendidas. De sus narices sale humo, como de una olla encendida ó hirviente. Su aliento hace arder carbones y de su boca sale llama. En su cuello morará la fortaleza, y delante de él va la indigencia. Los miembros de su cuerpo bien unidos entre sí; enviara rayos contra él, y no serán llevados á otro lugar. Su corazón se endurecerá como piedra, y se apretará como yunque de martillador. Cuando se levante, tendrán miedo los ángeles, y espantados se purificarán. Aun cuando espada le alcuzare, no podrá prevalecer contra él ni lanza, ni coraza. Porque al hierro lo sepultará como paja, y al bronce como madero podrido. No le hará huir hombre flechero; en arista se le tornaron las piedras de la honda. Como de una arista hará aprecio del martillo, y se burlará de la vibradora lanza. Debajo de él estarán los rayos del sol, y se echará sobre el oro, como sobre el lodo. Hará hervir como una olla el fondo del mar, y lo pondrá como hierven los unguentos. Detrás de él lucirá la senda, reputará al abismo lleno de canas. No hay sobre la tierra poder que se le compare, pues fué hecho para que no temiere á ninguno. Todo lo alto vé, él es el rey de todos los hijos de soberbia.»

Así, sin ton ni son, cuando más engolfado se hallaba Dios en la serie de disparates que he trascrito, acaba de repente la descripción de Leviathán y su discurso. Leviathán es el mayor animal de la mar, ó sea la ballena. ¿Quién habrá que por lo que Dios dice de ella la conozca?—¿Y qué no se reirían del Dios de *El Libro de Job* los pobres pescadores que traen á los pocos levia-

thanes que quedan, confinados en los mares polares!—No: no están todos los locos en Leganés, cuando hay personas que creen que Dios, de hablar, aun cuando fuera desde un torbellino, hablaría para decir tamañas bobadas y dislates del calibre que contiene el discurso que he tenido la pachorra de copiar de cabo á rabo.

Job responde contrito á Dios, que ha hablado petulantemente y que hará penitencia. Toma Dios la palabra un momento y da una arremetida á Elifaz y sus amigos, á quienes manda que le sacrifiquen siete toros y siete carneros, declarando que Job había hablado *rectamente*.

Esta rectitud le valió doblado lo que había perdido. Curado del sarnazo volvió á ser rico hasta tener 14.000 ovejas, 6.000 camellos, tuvo yuntas de bueyes y 1.000 borricas: total 23.000 cabezas de ganado: que es un *pico*. Además tuvo siete hijos y tres hijas. Estas tres hijas—dice la *Biblia*—que fueron las más bonitas de las mujeres—¡bonitas serían!—y que se llamaron Dia, Casia y Cornustibia. ¡Mal nombre hallo este de *Cornustibia* para una mujer casada!

Y aquí se acaba el cuento, poema, revelación, ó como se quiera llamar, sin decirnos si todos estos diez hijos *post-lepram* los tuvo Job con la mujer que le insultaba en el muladar ó con alguna ó algunas otras que se buscara cuando se viera limpio de costras, omisión deplorable, menos deplorable sin embargo, con serlo tanto, como no decirnos qué hizo Satanás al ver á Job otra vez en candelero.

¡Valiente cara que pondría el cornudo monarca del infierno!—Mico como el suyo, sólo es comparable al mico que se lleva el que, después de haber oído tantas exageradas alabanzas del *Libro de Job*, tiene la paciencia de leersele.



Quiero de propósito no decir una sola palabra acerca del autor de este Libro, porque me obligaría á repetir lo que tengo dicho, *capas* de los autores de los otros que llevo comentados. Parece que algunos de los salmos los compuso David y otros Salomón; mas, es de todo punto imposible que tal padre y tal hijo compusieran otros, en que se deploran sucesos acaecidos siglos después de ellos muertos y enterrados. De modo que esta colección de romances *cantables*, hebreos, pura y ferozmente teológicos, como todo lo que de los judíos nos ha quedado, para nuestro daño y aburrimiento, carecen de autor cierto, y, sin embargo, es indudable, católicamente disparatando, que fueron dictados por el caballero Espíritu Santo á otros egregios caballeros profetas; y así, en ésta como en otras muchas cosas, puede decirse: aquí todos somos caballeros, pero la capa no parece. Digo, capas si que las ha producido esta musiquilla salmeable, y requetebuenas y hasta requeterridículas, como puede verse aun en las comedias eclésiasticas de mucho personal que se celebran todavía en las iglesias, pero son capas que no abrigan en invierno á los pobres necesitados; sino que están tejidas con cuero humano, arrancado á latigazos por los recaudadores antiguos del diezmo y del pie de altar y los modernos de los famosos 42 millones de pesetas del culto y clero, ó del clero solamente, como se debería decir sino fuéramos tontos, porque lo que es culto, por sí mismo, no sé yo que coma, ni haya por qué necesitar capas ni tan siquiera casullas.

La capa que no parece, y de que me he apartado un momento, viene á ser, además del autor, la gracia, la ciencia, la filosofía, la belleza y demás

thanes que quedan, confinados en los mares polares!—No: no están todos los locos en Leganés, cuando hay personas que creen que Dios, de hablar, aun cuando fuera desde un torbellino, hablaría para decir tamañas bobadas y dislates del calibre que contiene el discurso que he tenido la pachorra de copiar de cabo á rabo.

Job responde contrito á Dios, que ha hablado petulantemente y que hará penitencia. Toma Dios la palabra un momento y da una arremetida á Elifaz y sus amigos, á quienes manda que le sacrifiquen siete toros y siete carneros, declarando que Job había hablado *rectamente*.

Esta rectitud le valió doblado lo que había perdido. Curado del sarnazo volvió á ser rico hasta tener 14.000 ovejas, 6.000 camellos, tuvo yuntas de bueyes y 1.000 borricas: total 23.000 cabezas de ganado: que es un *pico*. Además tuvo siete hijos y tres hijas. Estas tres hijas—dice la *Biblia*—que fueron las más bonitas de las mujeres—¡bonitas serían!—y que se llamaron Dia, Casia y Cornustibia. ¡Mal nombre hallo este de *Cornustibia* para una mujer casada!

Y aquí se acaba el cuento, poema, revelación, ó como se quiera llamar, sin decirnos si todos estos diez hijos *post-lepram* los tuvo Job con la mujer que le insultaba en el muladar ó con alguna ó algunas otras que se buscara cuando se viera limpio de costras, omisión deplorable, menos deplorable sin embargo, con serlo tanto, como no decirnos qué hizo Satanás al ver á Job otra vez en candelero.

¡Valiente cara que pondría el cornudo monarca del infierno!—Mico como el suyo, sólo es comparable al mico que se lleva el que, después de haber oído tantas exageradas alabanzas del *Libro de Job*, tiene la paciencia de leersele.



Quiero de propósito no decir una sola palabra acerca del autor de este Libro, porque me obligaría á repetir lo que tengo dicho, *capas* de los autores de los otros que llevo comentados. Parece que algunos de los salmos los compuso David y otros Salomón; mas, es de todo punto imposible que tal padre y tal hijo compusieran otros, en que se deploran sucesos acaecidos siglos después de ellos muertos y enterrados. De modo que esta colección de romances *cantables*, hebreos, pura y ferozmente teológicos, como todo lo que de los judíos nos ha quedado, para nuestro daño y aburrimiento, carecen de autor cierto, y, sin embargo, es indudable, católicamente disparatando, que fueron dictados por el caballero Espíritu Santo á otros egregios caballeros profetas; y así, en ésta como en otras muchas cosas, puede decirse: aquí todos somos caballeros, pero la capa no parece. Digo, capas si que las ha producido esta musiquilla salmeable, y requetebuenas y hasta requeterridículas, como puede verse aun en las comedias eclésiasticas de mucho personal que se celebran todavía en las iglesias, pero son capas que no abrigan en invierno á los pobres necesitados; sino que están tejidas con cuero humano, arrancado á latigazos por los recaudadores antiguos del diezmo y del pie de altar y los modernos de los famosos 42 millones de pesetas del culto y clero, ó del clero solamente, como se debería decir sino fuéramos tontos, porque lo que es culto, por sí mismo, no sé yo que coma, ni haya por qué necesitar capas ni tan siquiera casullas.

La capa que no parece, y de que me he apartado un momento, viene á ser, además del autor, la gracia, la ciencia, la filosofía, le belleza y demás

zarandajas que por siglos se han venido diciendo que tienen los salmos. Si no todos, muchos de ellos son, en el conjunto y en los detalles, aun considerados como un simple trabajo poético, son, digo, una simple tontería. Mirados, pues, como palabra divina, inmutable, profética, que contiene toda verdad y toda virtud, cosa será de morir de risa á costa de un Dios que, puesto en prensa su entendimiento y su estro poético, no pudo dar más de sí para que le honraran cantando los sochantres. Y es que en todo tiempo ha debido suceder lo mismo que ahora sucede, y es que los copleros que no han servido para otra cosa, se han dedicado á las religiones. Testigos, esos libros de misa de nuestros días, repletos de versos cojos, mancos, lisiados, solo marmeables por alguna vieja chocha; testigos, esos milagros de vírgenes y santos romanceados que todavía se publican, vergüenza de la religión y de la lengua; testigo, en fin, ese *empiece* infame, poéticamente hablando, de los catecismos católicos con que todos en la escuela estragamos de niños nuestro gusto literario, y dice así:

Todo fiel cristiano
Está muy obligado
A tener devoción
De la Santa Cruz,
De Cristo nuestra luz...

y demás barbaridades rítmicas que allí más extensamente se contienen.

Los grandes poetas de todos los tiempos han sido poco, muy poco aficionados á la teología y sus embrollos, porque realmente no se necesita mucho caletre para comprender que las aguas de la inspiración corren por otros cauces. De muchos dioses los antiguos, de solo un Dios los modernos poetas si han hablado, y con belleza incomparable en algunas ocasiones, animando sus cantos con expansiones del espíritu en lo in-

finito, pero esto, propiamente hablando, no es teología, ni cosa que se le parezca, porque de ella no engordan los canónigos. El único gran poeta que en ciertas honduras se metió, fué Dante, y esto para enseñarnos á papas y cardenales ardiendo en los infiernos; y á Milton, que le dió por poner en versos sublimes la fábula excesivamente tonta y neciamente cruel del Paraíso bíblico, debemos dispensarle por dos cosas de gran trascendencia, y son el haber renegado de los papas y el haber ayudado poderosamente á cortar la cabeza al rey Carlos I de Inglaterra; porque yo, además de contar por amigos y correigionarios á Dante y Milton, creo firmemente que, si resucitaran, me habrían de ayudar en la confección de estas *Notas*, y entonces si que la Santa Iglesia Católica y la Legítima Monarquía Católica, que nos des gobiernan el alma y el cuerpo, tendrían que tomar á escape las de Villadiego.

Digo esto para que no me vengan con tiquismiquis literarios ciertas gentes. Nadie me gana á ser condescendiente con los poetas, músicos, pintores y demás artistas, que sin libertad no lo serían. Que los salmos son una poesía, más buena ó más mala, al gusto del crítico, lo sé tan perfectamente, que es lo único que quisiera que todo el mundo declarara por convicción honrada. Pero esta poesía, estos romances religiosos, tienen una pretensión inaceptable para todo librepensador, y es la de ser palabra infalible de la divinidad, con privilegio exclusivo de invención y explotación de la Santa Iglesia. De aquí que la crítica con ellos tiene que ser, como ellos mismos, excepcional. La preocupación católica constituye en favor de los salmos la excepción monstruosa, dentro de todo el orden de las poesías religiosas, de ser la manifestación única de la verdad en este punto. Para combatir semejante absurdo y dejar estas composiciones al

nivel de todas las otras que en diferentes pueblos y tiempos el sentimiento religioso ha producido, sin otra superioridad que las que les dé su propia naturaleza literaria, precisa ahondar los conceptos que las animan, preescindiendo de la forma, que después de todo es muy difícil juzgar en el día.

Porqué es lo que yo digo respecto á esas cosas. Los salmos fueron escritos en hebreo hace la friolera de treinta siglos. ¿Quién me fia á mí que el texto, en el trascurso de tantos años, tan manoseado y tan *maniescriturado* como ha sido, no está totalmente pervertido? ¿Acaso las traducciones *infalibles*, latinas y castellanas son fieles y correctas? ¿Merece el negocio, aparte la descatalogación en que yo vengo empeñado, que un hombre de bien se tome el trabajo de estudiar hebreo, para entender estos romances en el original? De quererle aprender, ¿quién nos fiaría que el maestro lo sabía como es debido, al menos en España, donde aparte un insigne maestro ya viejísimo y una docena de buenos y aplicados discípulos suyos, de los demás juro en mi alma que saben tanto como yo, que no sé nada que valga la pena? ¿Y qué sacaríamos de todo esto? Que sabríamos que la Vulgata, al traducir el Hebreo, dijo muchísimas barbaridades. Barbaridades, así como suena. Y que los traductores españoles, señaladamente el que hace fe canónica académica, quiero decir el Padre Scio, no solo barbarizó las barbaridades de la Vulgata, sino que lo hizo de propia cuenta al castellanzarla, como por menudo se haría notar, si necesario fuese.

Además, ¿no es á los españoles á quienes trato de descatalogar? Pues si lo he de hacer en castellano y la palabra de Dios en castellano, aunque malo, la tengo puesta, y los salmos en castellano los tengo delante de la vista, á ellos así me atengo, y que el que quiera desbarrar, sobre

si tal ó cual palabra es propia ó impropia, fiel ó infiel al pensamiento del texto hebreo, que desbarre, que ayudado me habrá á arrancar del pueblo esa preocupación que tan cara le cuesta, de que un chantré que canta un salmo dice algo sobrenatural y divino, que merezca la paguita que cada fin de mes recibe para engrosamiento de su cuerpo y regodeos del ama que le sirve.

Con que veamos por menudo estos señores salmos, que de ser salmones ha siglos que no existirían; pues se los hubieran cenado los que tanto en boca los han traído, gente ensotanaada al exterior y humilde, pero con el estómago capaz de comerse un pueblo entero, de que es buena prueba el español que canta cantando, á punto estuvieron de comérsele por los pies.

XC

¶ SALMO 1.º—Se reduce á un cantar, en que aparece como bienaventurado el bueno y desdichado el malo, consistiendo la bondad en cumplir y meditar la ley de Jehová, y la maldad en dársele á un hombre de ella una higa. ¿Puede darse mayor simpleza? Ni con música, ni sin ella, es esto otra cosa que una tontería, por aquello de «fiate de la Virgen y no corras» y lo otro de «á la puerta del rezador no pongas el trigo al sol.» Además, la ley de Jehová, que aquí se dice es lo bueno, de sobra sabemos que es un montón de atrocidades, desde el asesinato hasta el incesto, como demuestran las historias de las famosas hijas de Lot y los hijos de Israel. Toda la belleza de este romance consiste en dos imágenes de mediano gusto.

Los buenos los compara á los árboles plantados á las orillas de los arroyos, y los malos al tamó que arrebató el viento. Pueden de ellas admirarse cuanto gusten los poetas agrícolas y meteorológicos: yo las tengo por más antiguas

que el andar á pie, más fáciles que el correr despacio y más manoseadas que el dogma de la eucaristía. Por último, este salmo tonto, número 1, es el patrón de otros muchos, que si se redujesen á matemáticas, pondrían á Jehová en apreturas, pues si hay malos, es porque á dicho señor le da la gana. Siendo, como dice, Omnipotente, y puesto que «la senda de los malos perecerá,» según canta el salmo, no hay tontería mayor que la que hace echándola grava tan á menudo; que es cosa de proverbio lo hermoso y bien afirmado que está éste camino del infierno, entre todos los tontos católicos que en él creen firmemente.

SALMO 2.—Este salmo tiene más intringulis que el anterior. Habla de un ungido de Jehová, que sin duda alguna es David, de quien consta que recibió la aceiterada de la unción de manos de Samuel; pero como contiene retruécanos de mucho bulto, le cuelgan los católicos la referencia á Cristo, que es un personaje judío, que los judíos todavía están esperando, y los católicos, «como más enterados del asunto,» creen que murió ya hace diez y nueve siglos; cuestión que ha armado muchas marimorenas en este mundo, y todavía colea.

Sea de ello lo que quiera, que yo bien curado estoy de armar camrras por estas logomaquias teológicas, el tal *Ungido* de que habla el salmo, ha de tener un genio de mil demonios, pues que está destinado á lo siguiente:

Quebrantarlos has con vara de hierro: como caso de alfarero los desmenazarás. ¡A quié! Pues ahí es nada lo del ojo: *á las gentes y pueblos que piensan vanidad*, que somos, dicho sea en buena hora, todos, excepto los pobrecitos judíos del tiempo de David, que compuso este salmo, y se le dió á cantar á sus *cantadores místicos*. No tiene perdón que la Iglesia haya recogido estas palabras atroces de un pueblo feroz, relati-

vamente al mismo tipo que ella presenta de humildad y mansedumbre. ¡Mira tú que hacer Cristo con los pueblos lo que los gitanos con el puchero que rompen en señal de matrimonio! ¡Tiene gracia, pero mucha gracia, esto de hacer niños Dios á los pueblos y gentes!

SALMO 3.—Es un cantar puramente local. Sabemos que Absalom, hijo de David, se sublevó contra su padre y le vilipendió gozando á las mujeres de él públicamente, sobre el terrado del Palacio Real. David echó á correr, y en este tiempo canta *forte* en este salmo, diciendo á Jehová: *tú heristes á todos mis enemigos en la quijada: los dientes de los malos quebrantastes*, lenguaje *poético* indudablemente. Entretenerse en leer esto es perder el tiempo en necio. ¡Cuánto mejor no hubiera sido que Jehová impidiese la sublevación del mozo Absalom, que no tenerse que meter después á puñadas contra los enemigos de David, que es el autor, para romperles las quijadas y los dientes? La teología siempre en berlina.

SALMO 4.—Es una petulancia poética de David. Encuéntrase *aginao*, que dicen los gitanos, y pide que sus enemigos le dejen en paz, manifestando que el Sr. Jehová está á su lado, y con semejante auxilio le basta para ser feliz. Es cosa de risa, que después de tantos siglos, los varios humores de David sirvan de norma á los católicos para quejarse de lo que les duele, ó alegrarse de lo que les sucede bueno. Mas todo tiene explicación en este mundo. Decirlo de otra manera, en otros versos, con otros giros, sería contrabando teológico, porque es sabido que en el Paraíso hay su cuerpo de carabineros, celoso guardador del arancel bíblico.

SALMO 5.—Es una oración *talcauleja*, que David dirige á Jehová, tratándole tú por tú y llenándole de piropos, para concluir con la sabida muletilla de que le desbarate los enemigos.

Así, como quien ordena á alguien que ejecute alguna cosa, exclama: *destruirás á los que hablan mentira*. No me parece mal la orden: lo que, sin embargo aparece cierto, es que Jehová no ha hecho maldito el caso de ella. ¿Cómo, de otra suerte, se habrían multiplicado tanto los impostores del orden religioso?

Estos impostores son todos los que explotan una religión cualesquiera, á juicio de todos los que explotan todas las demás.

SALMO 6.—David era un cantarín infatigable. Enfermo gravemente, *con los ojos carcomidos de descontento* (¡vaya una frasecilla!), con la cama mojada á fuerza de llorar, aún tiene alientos para cojer el arpa y... dale que le das. En este salmo hay esta frase saliente: *porque en la muerte no hay memoria de ti: ¿quién te loará en el sepulcro?*, que es de un materialismo subido de color, y digna de un digno argumento. Hele aquí: Si en la muerte se pierde la memoria de Dios, y no se alaba á Dios ¿á qué diablos pagar aquella parte del culto que se destina á sufragios por los difuntos? Dinero más mal empleado, siendo como son, según el *gran profeta*, desmemoriadas las ánimas del purgatorio!

SALMO 7.—David, puesto en apuros, trina y desbarra, pidiéndole á Jehová que haga polvo á sus enemigos, que son unos pillos, y le saque á él de malos ratos, ya que es una persona decente. Hé aquí la substancia del salmo. En cuanto á la justicia de David, ya sabes, lector, á qué atenerle, desde que te le mostré acechando desde el terradillo de su palacio á aquella guapa moza, mujer del infeliz Uria. En cuanto á la belleza de la poesía, juzga por este botón: *si no se convirtiere* (el enemigo de que habla David), *él* (Jehová) *aflará su espada*. Dios, dándole vueltas á una rueda de piedra de grano fino para afilar un sable con que degollar á los impíos, que traían revuelta la bilis á David, es algo tan superfero-

líticamente bello, literaria y teológicamente hablando, que, ¡lo declaro! no está al alcance de la comprensión de mi mollera excomulgada y librepensadora, y así, lo dejo en tela de juicio, de que puede cortar las varas que guste el católico que quiera hacerse de ella un balandrán poético.

SALMO 8.—No es malejo, no es malejo este canto en que David declama la grandeza de Dios en sus obras. No es malejo, repito: pero como obra antigua contiene ripios perdonables en un hombre antiguo, más no en un profeta antiguo. Véase la clase:

«De la boca de los chiquitos y de los que man, fundastes la fortaleza, á causa de tus enemigos (¡Dios enemigos!) para hacer cesar al «enemigo y al que se venga.» Declaro honradamente que no entiendo lo que aquí quiere decir el profeta: «Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos... los senderos de la mar...» Esto de hacer los cielos Dios solo ó principalmente con los dedos, y haber en la mar senderos... lo dicho, por ripio lo tengo.

SALMO 9.—Alcanzada una victoria, se le echan cien piropos á Jehová, á quien se da gracias de mil maneras distintas y con la misma intención siempre. Este salmo carece de importancia. Pero contiene una palabra explotable. «Los malos, dice, serán trasladados al infierno.» ¿Quién será capaz de dudar, pues, que hay infierno, y que allí serán llevados los malos, hallándolo, como lo hallamos escrito, en este romance judío, sin autor conocido, por más que suena como de David, que por otra parte, se ignora si sabía leer y escribir correctamente?

SALMO 10.—En los salmos se da gusto á todo el mundo y se tienen en cuenta las varias situaciones de ánimo en que pueden hallarse las personas; de otra suerte no servirían al propósito de una religión que pretende abarcar la vida entera. Por aquello de que el mundo comedia es, y

en la comedia de la vida hay muy variadas escenas, no es cosa de cantar las mismas estrofas en un entierro que en una boda. Así se explica que, á continuación de un canto de alabanza, en que aparece David altanero, como si tuviese la sartén por el mango y á Jehová en el bolsillo, venga un canto en que se suplica y se implora con acervas frases la protección de Dios, como urgando al Omnipotente dormido para que se despierte: «por qué estás lejos, oh Jehová, y te escondes en el tiempo de la tribulación: con arrogancia el malo persigue al pobre», exclama, desfallecido David, pero este desfallecimiento le dura poco, porque en seguida hace levantar á Jehová, que no deja titeré impío con cabeza, como es de rúbrica.

SALMO 11.—Corto, luego no es malo del todo. Se describe á Jehová por menudo en estas frases: *Jehová en el templo de su santidad: la silla de Jehová está en el cielo: sus ojos ven: sus párpados examinan á los hijos de los hombres.* Estos retratitos de Jehová son deliciosos, porque al más melón se le hacen conocer. Ya no me extrañan muchas de las cosas que suceden: por buena que sea su vista, me parece que no será mucho lo que vea con los párpados: sin duda por esta razón no le ha largado un flechazo con su arco, desde la silla, que ocupa en el cielo, á tanto embustero como en el mundo ha venido cometiendo infamias y diciendo disparates en su nombre.

XCI

SALMO 12.—Bonita, bonita gente aquella á quien David dedicaba sus cantares; rebonita, digo. Véase la clase, caballeros:... «se acabaron» los misericordiosos... se han acabado los fieles «entre los hijos de los hombres. Mentira habla «cada uno con su prójimo: con labios lisonjeros, «con corazón doble hablan.» Recomiendo estas palabras á los rocinantes de la tradición, para

que se harten de maldecir los tiempos y los progresos modernos y de alabar los antiguos tiempos, las costumbres antiguas, la beatitud patriarcal de la edad teológica por excelencia, puesto que en ella se inventó esta teología *cantabile* de los salmos.

Tan penetrado estaba David de la corrupción de sus contemporáneos al componer (si la compuso) esta lamentación, que pide á Dios le guarde de todos... y se consuela, como es de rúbrica salmista, esperando que Jehová hará con los pícaros una harrabasada.

Que todavía estamos esperando, pues aún no se ha extinguido la especie, en la monarquía católica que actual y felizmente estamos viendo marchitarse y deshojarse como una rosa reseca por el mes de Agosto, léase república y libre exámen, bajo cuyo lucido imperio no sucederá, como ahora, lo que dice David que sucedía en sus días, esto es, que «son exaltados los más viles de los hombres».

SALMO 13.—Este salmo lleva á la cabeza la advertencia de que David le destinó para que le cantase el *sobrestante* de los músicos. De modo que estos debían ser en el Santo Templo de Jerusalén una gavilla de ganapanes... con sobrestantes y todo. El susodicho sobrestante debía cantar, no sé en que tono, aunque supongo que sería bastante bajo.

«Hasta cuando, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuando esconderás tu rostro de mí?» De modo que por su oficio, aunque Jehová le enseñase la cara y algo más á todas horas, y todos los instantes le tuviera en el pensamiento, el sobrestante, canta que te cantarás.

«Hasta cuando, Jehová?... etc., cosa que encuentro capaz de haber aburrido mil veces á dicho señor y puéstole de humor de mandar al cantarin á freir espárragos, ó haberle gritado desde una nube con el trueno por voz:

¿Y quién te ha dicho, sobrestante ó sochantre majadero, que no me acuerdo de tí? ¡Si al que tenía yo olvidado fué á David!

Cierra el salmo así: «Cantaré á Jehová porque me ha hecho bien.» Entiendo yo que con el mismo derecho, aquel á quien Jehová haya hecho algún mal, podría salmear de este modo: «Destomará á Jehová, porque me ha enviado un dolor de muelas. Le daré un tirón de orejas, porque puse en el camino la piedra en que me he desollado la espinilla.»

SALMO 14.—Empieza el salmo con esta frase-cilla de efecto: «Dijo el necio en su corazón, no hay Dios.» Yo, con permiso de David, y también sin él, creo que la necedad no está en decir en el corazón ó en el hígado, hay Dios ó no hay Dios, sino que consiste en dar dinero á alguien por administrarnos en pequeñas ó grandes cantidades la palabra de Dios, ó á Dios en persona; que ambas cosas se administran, aunque parezca imposible que raye tan alto la necedad humana, que divida á los hombres bajo este punto de vista, en administradores y administrados.

Sigue con una descripción horripilante de la universal corrupción de los hombres á quienes mira Jehová desde el cielo, para ver si alguno le buscaba. Pero ¡qué si quieres!

Afirma que Dios está con la nación de los justos, que no son otros que los señores judíos, y termina hablando de la cautividad de Israel, lo que deja suponer que así compuso David este salmo, como yo las sandalias que rompió la Magdalena en sus andancias detrás de Nuestro Señor Jesucristo.

SALMO 15.—Véase mi buena fe. Dice en este salmo David muy buenas cosas. Pregunta quién será digno de la felicidad, que se supone consistir en vivir tranquilamente en Sión ó Jerusalem. Y contesta: el íntegro, el justo, el veraz. ¡Admirable, admirable! Casi estoy por creer que es pro-

videncial que el Papa y el sacro colegio no habitan en Jerusalem.

Y añade: «Quien su dinero no dió á usura.» De la misma opinión fué Proudhon, y yo tengo el honor de suscribirle, advirtiéndole á ese montón de curas que prestan del 5 al 10 por 100 en pueblos y ciudades, que ninguno de ellos ha de dejar de ser refrito por esos préstamos á interés en las calderas de Pedro Botero. Con que ojo, presbíteros! Ya véis lo que dice ese salmista que traéis y lleváis: no habitará en Sión el que preste á rédito. Por lo demás, estoy seguro de que haréis el mismo caso de mí que del Santo Rey David, pues se os dá una higa de vivir en Jerusalem, que está en poder de sarracenos. Donde queréis vivir vosotros es en estos pueblos de España, donde hay jueces cristianos, católicos, apostólicos, romanos, que os mandan entregar la casa que os hipotecó el vecino, á quien prestásteis al 7 por 100 anual. ¿Si os conoceré yo bien?

SALMO 16.—Es un salmo aguachirle, en que pide socorro David á Jehová, con palabras enfáticas é imágenes descabelladas. «Multiplíquense los dolores de aquellos que sirven diligentes á otro Dios. El énfasis ridículo de estas palabras le declara la historia que nos enseña como al Dios Jehová no le conocieron ni egipcios, ni griegos, ni persas, ni indios, ni chinos, ni romanos, esto es, la totalidad de las personas decentes del mundo antiguo. De imágenes descabelladas he hablado. ¡Cabe mayor atrocidad que esta! «Bendeciré á Jehová que me aconsejará: aún en las noches me enseñan mis riñones.» ¡Los riñones! ¡Si creería el profeta que pensamos con los riñones! Quizá, quizá: ¡qué, ignora un caballero á quien Dios, el Dios verdadero, Jehová, nombra su confidente de cámara? ¡Aconsejado David por sus riñones! ¡No es extraño que cantara tantísimos disparates!

De todas suertes, las vagas palabras y las groseras imágenes de este salmo dicen los teólogos que pintiparadas le convienen á Cristo. Pero ¡qué disparate ha dejado de ser dicho por algún teólogo de las mil y una teologías conocidas!

XCII

SALMO 17.—He aquí su rótulo. Oración de David, que afirma su inocencia contra las calumnias de sus perseguidores, y pide favor contra la violencia de ellas.

Ni tiene elevación, ni elocuencia, ni imágenes, ni nada. Como oración no vale para descalzar al Padre Nuestro, que á su vez no vale... Pero no anticipemos las críticas. Adelante con los faroles, digo, adelante con los salmos.

* *

SALMO 18.—Este salmo es aquel que ya comenté cuando andaba en estas *Notas* á los zancos de David, que hacía guerra á Saul para quitarle la corona. Me remito, pues, á aquellos comentarios y... adelante.

SALMO 19.—Es un canto religioso justamente célebre y justamente admirado. Entre mucha paja salmeable aparece de vez en cuando cebada limpia; estamos en una de esas veces.

«Los cielos cuentan la gloria de Dios, y la expansión denuncia la obra de sus manos. El un día emite palabra al otro día, y la una noche á la otra noche, declara sabiduría. No hay dicho, ni palabras, ni es oída su voz, etc.»

No pueden darse palabras más hermosas, cántico más adecuado á la majestad de la Naturaleza, que se dice con razón ser la cifra de la divinidad. Pero notad, badulaques católicos, notad el texto: *no hay dichos, ni palabras*, lo que en castellano neto equivale á declarar que todos aque-

llos que dijeron haber oído las voces y palabras de Dios mintieron como unos bellacos, pues Dios *no tiene dichos, ni palabras, ni voz*. De esto á una misa de ánimas hay mil leguas de disparates.

SALMO 20.—David, fecundo poeta, no contento con arramplarle la corona á Saul, procuró por todos los medios poéticos conservarla en su raza. Al efecto, hacía cantar al pueblo en coro, pidiéndole protección para su rey. Uno de estos cánticos es el salmo 20, que no demuestra más que esto: que los reyes no han perdonado medio para hacerse temer y respetar.

SALMO 21.—Idem del lienzo monárquico. El rey aparece aquí como el favorito, el protegido de Jehová. La Iglesia incensando á la monarquía: el Altar dándole una mano de jabón al trono: una loba acariciando y lamiendo á un tigre: tal es este salmo.

SALMO 22.—Con lo que ha dado que cavilar este salmo al género humano, habría chifladuras bastantes para llevar á Leganés á la mitad de los españoles. Es morrocotudamente profético, por convención expresa de todos los disparatadores teológicos de ambos mundos y de todas las edades históricas. El Mesías, que no sabemos quién sea, es absolutamente cierto que habla aquí, y se encara con Dios, diciéndole:

«Dios mío, Dios mío. ¿por qué me has dejado? Palabritas estas celebérrimas, que el tiempo andando comentaré, dichas desde una cruz por un galileo.»

La sustancia de este canto viene á ser que un hombre se queja amargamente de lo amolado que se vé, haciendo una pintura horripilante de sus desventuras, que tiene esperanza desaparezcan algún día, así como las del pueblo judío, ante quien, ó lo que es lo mismo, su Dios, se han de inclinar el año de la nanita, todas las naciones de la tierra... que rodeaba en cien leguas á la redonda á Jerusalem.

No niego que los judíos esperaron siempre un libertador, un Redentor, un Mesías. No pudiendo ellos sacar á flote sus ambiciosos pensamientos, lógico es que pensarán que les había de venir del cielo quien los ayudase: es el hipo de todos los perezosos y pequeños. Nada me importa que aquí, en este salmo, David, por arte de magia, encantamiento, nigromancia, quiromancia y demás medios de disparatar que han estado antiguamente en boga, anuncie su venida. Lo que yo no paso es que, quien tanto supo, no dijera las cosas de modo y manera que todos las hubiéramos podido entender, ahorrando al género humano las palizas que se ha llevado por si vino ó no vino el tal Mesías, ó si vendrá ó no vendrá, y si al venir, lo hará en tal ó cual cosa ó animal, y en el supuesto de parecerse á un hombre, será negro ó blanco, pobre ó rico, poderoso ó humilde. Dejar las cosas como las dejó David, disueltas en un mar de palabras tontas y conceptos majaderos en este salmo, ha sido autorizar los mayores embolismos del mundo, con otro embolismo más grande todavía, tan grande que, no habiendo por donde cogerle, le dejo en su sitio, para risa de las generaciones venideras. Porque yo no dudo que, cuando pasados algunos siglos, todo cuanto al catolicismo se refiera, haya pasado á la categoría en que hoy se halla la mitología, cualquier honrado ciudadano mandará leer de sobremesa la *Biblia* para reirse á costa de las generaciones que la tomaron en serio, como nos reimos hoy de aquel buen hidalgo que tomó á pechos los embolismos de la andante caballería.

SALMO 23.—«Jehová es mi pastor: nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará vacar: junto aguas de reposo me pastoreará...»

Conozco desventurado que se llena la boca repitiendo con un sonsonete inaguantable estas palabras y las que siguen en el salmo horas y más

horas; y luego dice que es de lo más hermoso, de lo más sentido, etc., que puede imaginarse.

Yo le dejo que se convierta en borrego metafórico, á quien de vez en cuando arreará su pastor una pedrada, y me guardaré muy mucho de que, ni Jehová, ni curandero alguno me lleve á dormir la siesta junto á las *aguas de reposo*. ¡Malas calenturas que se pescan!

SALMO 24.—Primer versículo: «de Jehová es la tierra y su plenitud: el mundo y los que en él habitan.» Segundo versículo: «porque él la fundó sobre los mares, y afirmóla sobre los ríos.»

Meditemos. ¿Quién inspiró las primeras palabras? Jehová. ¿Quién las segundas? Jehová también. Las primeras á muchos les parecen verdad, ó al menos no tienen un sentido que repugne, por más que yo opino que son pura música celestial, aire agitado, manera de hablar. Pero las segundas ¿habrá quien no las denuncie por una barbaridad? Consecuencia: no se puede ser hombre de sentido común sin profesar de librepensador. Porque si la *Biblia* dice algo que me parece bien, lo admito: si dice una barbaridad, me río de ella, y además de ellos, quiere decir, de los que no son librepensadores, puesto que se han de tragar forzosamente los mayores disparates imaginados.

Y más adelante: «alzád, oh puertas, vuestras cabezas, y alzáoos vosotras, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria... Jehová el fuerte y valiente, el poderoso en batalla.»

Al que después de meditar bien en estas puertas con cabeza, en estas cabezas de puertas que se levantan, en las puertas eternas en que no puede hacerse carecoma, en el rey de la gloria (país desconocido), que entra por las puertas eternas que han levantado su cabeza... me saque dos cuartos de alpiste de todas estas gerigonzas, le regalo un canario católico que canta admirablemente el *tantum ergo*.

SALMO 25.—Es de lo mejorcito en materia de salmos. Sin palabras altisonantes y enrevesadas sin descabelladas imágenes. David se dirige á Dios misericordioso pidiéndole perdón para sí y sosiego para Israel.

SALMO 26.—Repetición del salmo 7: que hasta los profetas, espurgados en tantos siglos, se repiten miserablemente, como me vengo yo mismo repitiendo.

SALMO 27.—Los enemigos de David eran indudablemente antropófagos, cosa que no acierto á explicarme como ha pasado desapercibida á tantos arqueólogos católicos, los cuales hubieran podido sacar de ella grandísimo partido para que los teólogos hicieran aún más horripilantes pinturas de los impíos.

Pues dice el texto: «cuando se allegaron contra mí los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, PARA COMER MIS CARNES...» ¡Qué bárbaros! ¡Pobre profeta! ¡Haber estado expuesto á que cualquiera de sus enemigos se le hubiera comido las orejas!

Luego David se la echa de valiente.

Por último, se declara espiritualista, con la misma arpa que acompañó aquello de que en la tumba no hay memoria. Véase el programa:

«Hubiera yo desmayado sino creyese que tengo de ver la bondad de Jehová en la tierra de los vivientes.»

Aunque éste es uno de los pocos pasajes claros que tiene la *Biblia*, todavía no sé yo cuál sea esa tierra de los vivientes. Por lo demás, las creencias de David, como las de cualquier otro, no pasan de creencias sobre este punto climático de la otra vida, sobre el cual es tonto discutir y llevarse malos ratos. ¡La hay? Pues no hemos de dejar de verla, porque seguramente hemos de morir. ¡No la hay? Campana por gaita, pues yo no lo puedo remediar.

En estas dudas, nada más profundamente filo-

sófico que aquello de Salomón: come y bebe y diviértete, hijo mío, que lo demás es pamplina... aparte el trabajar cada día con más ahinco por el pronto y glorioso restablecimiento de la República Española.

XCIII

SALMO 28.—No me deje Dios de su mano: Dios me tenga de su mano. He aquí dos frasecillas cursis hasta no poder más, que como tantas otras usamos todos sin ton ni son, así vengan á pelo como á contra pelo. Su origen, como el de tantísimas bobaliconerías que decimos, es la teología dogmática, y el primer documento literario en que las hallo es el epigrafe de este salmo, de donde se deduce que, ya en tiempos de David, se sabía que Dios tiene manos, ó, mejor dicho, que cuando menos tiene una mano, y no así como se quiera, sino una manaza descomunada, á juzgar por las muchísimas de hombres que ha de detener agarradas; manaza á cuyo lado ha de ser cosa de juguete la mano de la estatua de la Libertad de Nueva-York, cuyo dedo índice tiene dos metros y medio de largo, dimensiones que no tengo todavía averiguado mida el mismísimo dedo de la Providencia.

Viene esta divagación al tanto del salmo, porque él en sí mismo no es otra cosa que una divagación de David, para que Dios, con su mano, le aparte de los impíos hipócritas, en lo que no veo daño de tercero, por lo que cierro el comentario.

SALMO 29.—Héle aquí íntegro y cabal, para que cuantos católicos lean por descuido estas excomulgadas notas, se harten de llamarme impío y mentecato con razón, ya que así se lo mandan sus presbíteros, convenciéndose de una vez y por sí mismos de lo superferolítica que es esta quisicosa cantábile de los salmos.

Voces van.

«Dad á Jehová, oh hijos de fuertes, dad á Jehová la gloria y la fortaleza. Dad á Jehová la gloria debida á su nombre (quiere decir, glorificad una palabra cabalística, el aire agitado, porque es un bonito entretenimiento eufónico), humilláos á Jehová en el glorioso santuario. (Esto es, pasen ustedes al templo, caballeros, á tomar parte en una de esas rifas piadosas que solemos celebrar los cléricales en ellos.)»

Y siguen las voces anunciadas.

«Voz de Jehová sobre las aguas: hizo tronar el Dios de gloria: Jehová sobre las muchas aguas (Regalo un baño al que saque algo en limpio de esta acuática gerigonza divina.) Voz de Jehová con potencia: voz de Jehová con gloria. (Sigo sin entender lo que quiere esto decir.) Voz de Jehová que quebranta los cedros: y quebrantó Jehová los cedros de Libano: é hizolos saltar como becerros (¿á quiénes? ¿á los cedros ó á los montes del Libano? porque todo pudiera entenderse, teológicamente disparatando; pues si esto de hacen saltar, ya sea á los cedros, ya sea á los montes, como saltan los carneros, no es una de las mayores barbaridades que se han escrito, venga Dios en persona y véalo), al Libano y al Sirión como hijos de unicornios. (Aquí ya no cabe duda. Los que saltan son los montes, no los cedros, y saltan como hijos de unicornios, que honradamente pensando de sus madres, serían unicornios y unicornias chiquitines ó lechales.)»

Y continua el voceo.

«Voz de Jehová que derrama llamas de fuego (las llamas no me parece que hayan sido nunca de agua; pero de todas suertes, encuentro en esta figura retórica una tremenda chamusquina). Voz de Jehová que hará temblar el desierto: hará temblar Jehová el desierto de Cades (tiene la palabra el Sahara, ahora que puede

hablarnos en castellano, para explicarnos los escalofrios que haya podido sentir cuando haya voceado el grande y omnipotente Jehová, y para protestar de que llamen desierto al desierto de Cades, que no pasa de ser un páramo ó despojado). Voz de Jehová que hará estar de parto á las ciervas, (esto de que Jehová á voces sea el que pone á parir á las ciervas, es negocio en que no entro ni salgo, porque le juzgo de la exclusiva competencia de los ciervos, que por algo tendrán tantos cuernos) y desnudará á las breñas: (¡desnudar á las breñas! ¡No pensaba yo que pudieran necesitar estas señoras de ayudas de cámara!) y en su templo todos los suyos le dicen gloria. (¡Pues estaría de ver que los suyos mismos no le glorificasen!)»

Concluye el salmo.

«Jehová preside el diluvio (no encuentro envidiable esta presidencia, máxime si Jehová, como buen viejo, se resiente de reuma), y asentóse Jehová por rey para siempre. (Tiene la palabra un monárquico cualquiera para declararnos el país donde este Jehová reina para siempre.) Jehová dará fortaleza á su pueblo (que hable Tito, hijo de Vespasiano, para contarnos cómo diablos se las arregló para tomar á Jerusalem y arrasarla contra la voluntad tan claramente expuesta del señor Jehová); Jehová bendecirá á su pueblo en paz. (Tienen la palabra cuantos judíos andan por el mundo para exhibirnos esta bendición de su Dios.)»

Paréceme que en menos palabras reveladas no se puede contener número mayor de disparates y majaderías.

SALMO 30.—David dice un montón de zalamerías á Jehová, porque atribuye á su protección el verse en candelero después de haberse hallado en abismos de dolores é infortunios. No me parece mal el agradecimiento, ni aun en un profeta, por más que es una redundancia, pues

la gracia profética, lo mismo que las demás gracias, no se reciben de Dios por mérito, sino por elección, en cuanto á mi se me alcanza de teología. Al menos ellos disparatan de esta manera.

Sin embargo, quiero hacer notar, que los católicos, cuando se hallan en la susodicha gracia de Dios, ó al menos creen que en ella se hallan, desean morir (por supuesto, de mentirijillas), para irse derechitos al cielo, que de justicia piensan que les corresponde. Al menos, sólo en este sentido puede tener sentido común, aquella jerigonza mística de Santa Teresa de Jesús en la glosa del

Que muero porque no muero.

Pues bien, en este salmo encuentro estas palabras, que descaradamente dirige David á Jehová.

«¿Qué provecho hay en mi muerte, cuando yo descendiese al hoyo? ¿Te alabará el polvo? ¡anunciará tu verdad!»

De donde deduzco que hay entre el gran profeta judío y la gran mística española, más diferencia que entre un católico mestizo y un republicano librepensador.

¡Armonías sublimes de la religión de nuestros padres, abuelos y tatarabuelos!

SALMO 31.—Afirma que en los mayores peligros, brilla más la misericordia de Dios.

Por mí, que brille; pero le agradeceré á dicho señor que no se incomode por mí en ponerse brillante, y me deje en paz y fuera de peligros.

Y ande la rueda.

SALMO 32.—«Bienaventurado aquel, cuyas iniquidades son perdonadas, y borrados sus pecados.»

Tales son las palabras sustanciales de este salmo, un embolismo sobre el cual se ha disputado más todavía, que sobre si debió ó no debió perderse la batalla de Lérida.

Porque de golpe y porrazo se establecen en

ellas los pavorosos y ridiculos problemas de la predestinación y la gracia.

Sobre lo cual tengo que decir: que no niego que sea bienaventurado aquel á quien se le perdonan sus pecados é iniquidades. Pero que mejor sería que no los hubiera cometido. Y además que esta cuestión del perdón no es negocio suyo, sino de Dios, que pasa la esponja ó no la pasa, borra ó no borra, á su capricho y antojo. Todo ello, entrando dentro de esas divagaciones teológicas, que todos consideramos desprovistas de sentido en sí mismas, pero que al mismo tiempo aceptamos todos con el sentido que otros antes que nosotros las dieron, y por llamarlas de algún modo, llamaremos mentiras tradicionales.

Las cuales, las probrecillas andan ya tan viejas y achacosas, que se las ve tocar la sepultura. Amén.

Por lo cual, nosotros los librepensadores, que no nos metemos en honduras, ni creemos en esas señoras mentiras tradicionales, deberemos cuidar siempre de no pecar, de no cometer iniquidades, de no tener que ver nunca con el Código penal, de no cometer acción alguna indecorosa... no sea que, si hiciéramos algo de eso, á Jehová se le olvidase olvidarlo ó pasar sobre ello la esponja: que hasta con la mismísima madre de Dios, cuanto más con Dios, hay que andarse con mucho ojo, según aquel refrán de «fiate de la virgen y no corras.»

En este salmo hallo este admirable versículo:

«No seáis como el caballo ó como el mulo, sin entendimiento: con cabestro y con freno su boca ha de ser reprimida, para que no lleguen á tí.»

Aviso providencial de cómo son, han sido y serán siempre los fanáticos.

XCIV

SALMO 33.—Dado que hubiese Dios, distinto

la gracia profética, lo mismo que las demás gracias, no se reciben de Dios por mérito, sino por elección, en cuanto á mi se me alcanza de teología. Al menos ellos disparatan de esta manera.

Sin embargo, quiero hacer notar, que los católicos, cuando se hallan en la susodicha gracia de Dios, ó al menos creen que en ella se hallan, desean morir (por supuesto, de mentirijillas), para irse derechitos al cielo, que de justicia piensan que les corresponde. Al menos, sólo en este sentido puede tener sentido común, aquella jerigonza mística de Santa Teresa de Jesús en la glosa del

Que muero porque no muero.

Pues bien, en este salmo encuentro estas palabras, que descaradamente dirige David á Jehová.

«¿Qué provecho hay en mi muerte, cuando yo descendiese al hoyo? ¿Te alabará el polvo? ¡anunciará tu verdad!»

De donde deduzco que hay entre el gran profeta judío y la gran mística española, más diferencia que entre un católico mestizo y un republicano librepensador.

¡Armonías sublimes de la religión de nuestros padres, abuelos y tatarabuelos!

SALMO 31.—Afirma que en los mayores peligros, brilla más la misericordia de Dios.

Por mí, que brille; pero le agradeceré á dicho señor que no se incomode por mí en ponerse brillante, y me deje en paz y fuera de peligros.

Y ande la rueda.

SALMO 32.—«Bienaventurado aquel, cuyas iniquidades son perdonadas, y borrados sus pecados.»

Tales son las palabras sustanciales de este salmo, un embolismo sobre el cual se ha disputado más todavía, que sobre si debió ó no debió perderse la batalla de Lérida.

Porque de golpe y porrazo se establecen en

ellas los pavorosos y ridiculos problemas de la predestinación y la gracia.

Sobre lo cual tengo que decir: que no niego que sea bienaventurado aquel á quien se le perdonan sus pecados é iniquidades. Pero que mejor sería que no los hubiera cometido. Y además que esta cuestión del perdón no es negocio suyo, sino de Dios, que pasa la esponja ó no la pasa, borra ó no borra, á su capricho y antojo. Todo ello, entrando dentro de esas divagaciones teológicas, que todos consideramos desprovistas de sentido en sí mismas, pero que al mismo tiempo aceptamos todos con el sentido que otros antes que nosotros las dieron, y por llamarlas de algún modo, llamaremos mentiras tradicionales.

Las cuales, las probrecillas andan ya tan viejas y achacosas, que se las ve tocar la sepultura. Amén.

Por lo cual, nosotros los librepensadores, que no nos metemos en honduras, ni creemos en esas señoras mentiras tradicionales, deberemos cuidar siempre de no pecar, de no cometer iniquidades, de no tener que ver nunca con el Código penal, de no cometer acción alguna indecorosa... no sea que, si hiciéramos algo de eso, á Jehová se le olvidase olvidarlo ó pasar sobre ello la esponja: que hasta con la mismísima madre de Dios, cuanto más con Dios, hay que andarse con mucho ojo, según aquel refrán de «fiate de la virgen y no corras.»

En este salmo hallo este admirable versículo:

«No seáis como el caballo ó como el mulo, sin entendimiento: con cabestro y con freno su boca ha de ser reprimida, para que no lleguen á tí.»

Aviso providencial de cómo son, han sido y serán siempre los fanáticos.

XCIV

SALMO 33.—Dado que hubiese Dios, distinto

de la naturaleza, que éste hubiese hecho á trompetazos el mundo y le gobernara como gobiernan un despota su imperio, no sería malejo del todo este salmo para alabarle aquellos que se imaginan sus hijos predilectos, cuando les fuesen vientos en popa sus negocios. Sin embargo, encuentro esta palabra cursi, «tema á Jehová toda la tierra: teman á él todos los habitadores del mundo.» Entiendo yo que, de haber Dios, no es temor, sino amor lo que debiera inspirar. Este *timete deum*, que tantos han traducido, te meto el dedo, sólo ha servido, sirve y servirá para cebar presbiteros á costa de pusilánimes.

SALMO 34.—Serie de gerigonzas laudatorias de Jehová. Entre ellas, las más notables, las siguientes:

«El angel de Jehová acampa en derredor de los que temen, y los defiende.» Este angel de Jehová, que viene á estar mal traducido al catolicismo en el Angel de la Guarda, más parece, por la descripción, una coraza milanese que espíritu ó persona.

«Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos. Hacer de Dios una persona con ojos y oídos es una majadería inaguantable, pero que Dios haya de estar atento al clamor de los justos, por disparate lo tengo de primera fuerza. Más le valiera á él y á la humanidad que pusiera su atención en que nadie se deslizase por las floridas y resbaladizas pendientes del mal.

«La ira de Jehová contra los que mal hacen, para cortar de la tierra la memoria de ellos.» Precisamente sucede todo lo contrario de lo que afirma aquí el infalible Espíritu Santo: ahí están, desmintiéndole, tantos malvados célebres, desde Cain, Nerón, Sardanápalo y el obispo D. Oppa, hasta el papa Alejandro Borgia, el cura de Santa Cruz, Candelas, Fernando VII y el bizzo del Borje.

SALMO 35.—El afán de las personificaciones teológicas llega en este salmo al delirium tremens. Véase como empieza:

«Disputa á favor mío, oh Jehová, con los que contra mí contienden; pelea con los que me combaten. Echa mano al escudo y al paves y levántate en mi ayuda. Y saca la lanza...» ¡Es esto un Dios ó un legionario romano?

A este legionario, todo el resto del salmo trata David de amotinarle contra sus enemigos.

¡Y que á esto lo llamen religión!

SALMO 36.—Se le da una paliza á los impíos y á los inicuos y demás bichos que no tienen temor de Dios. Se promete el oro y el moro á los que lo tienen.

Como se vé, es un reclamo en favor del templo de Jerusalem, reclamo de que el público ha hecho bien poco caso por cierto.

SALMO 37.—¿Has oído, lector amable, á algún presbitero al uso, gordo, bien vestido y mejor alojado, con una rolliza asturiana por ama, y media docena de chicos de ella por sobrinos, amonestar á un pobre mendigante, para que sufra en paciencia su hambre y desnudeces, asegurándole que todas sus miserias presentes son otros tantos títulos de propiedad, que podrá alegar un día en demanda de una parcela del paraíso? ¡Sí! Pues una retahíla de sandeces por el estilo es este salmo de David.

Que dice al justo malaventurado: «Espera en Jehová y guarda su camino, y él te ensalzará para heredar la tierra: cuando serán talados los pecadores, lo verás.»

No conozco camelo más grande que el contenido en estas palabras. Los justos heredarán la tierra. ¡Vaya una herencia! Pero, en fin, herencia ó no herencia, ¿cuando sucederá eso? ¿Cuándo? El día del juicio por la tarde; esto es, que se verá, cuando sean talados los pecadores. ¡Y

que haya mamelucos que estas sandeces tengan por sabiduría divina!

SALMO 33.—Con palabras desesperadas pinta David sus pecados, y después implora misericordia. Tema vulgarón y repetido, que sólo vale para demostrar que, antes que profeta, fué David un pillo redomado. Dato precioso para el estudio de la clase de profetas.

SALMO 39.—El tema que más adelante se desarrolla en un libro bíblico: vanidad de vanidades, todo vanidad, aparece claro, por primera vez, en un versículo de este salmo; y como todo es vanidad, lo sería mi comentario, como lo es el salmo mismo, y yo no estoy para escribir vanidades.

Quédese esto para los periodistas mestizos, que manejando la pluma muy mal, piensan que se ganan la gloria muy bien... y su paguita de añadidura.

SALMO 40.—El rótulo dice claro que en este salmo se predice el sacrificio del hijo de Jehová en persona, para aborerrar los sacrificios de toros, carneros, machos cabríos y otras especies animales que tanto cuidado puso en recomendar Jehová á Moisés, según este caballero nos contó en los libros que no escribió.

Pues bien, después de leído atentamente el salmo, el único trozo que puede pasar por profético, es el siguiente:

«Sacrificio y presente no te agrada: has abierto mis oídos. Holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: He aquí vengo: en el envoltorio del libro está escrito de mí, el hacer tu voluntad, Dios mío, hame agradado, y tu ley está en medio de mis entrañas.»

Todo esto es muy turbio. Pero, en fin, parece entenderse que David, después de meditar sobre la divinidad, en un momento de sentido común, raro en él, vió claramente que la degollación de un carnero y la quema de sebo en el altar eran

dos majaderías, y una tercer majadería el pensar que Dios perdonaba á un tunante sus pecados por semejantes sacrificios, con que el interesado y los sacerdotes llenaban la andorga. De aquí que divisase en el porvenir una religión sin tales brutalidades por culto, y sin más ley que la que lleva en sus entrañas la criatura racional ilustrada.

No hay duda que podría yo sin escándalo, escribir que David en este pasaje es un librepensador en canuto, puesto que proclama por ley de Dios la razón humana, que es la ley que llevamos en las entrañas, pero no es loco de remate el que sobre estas palabras funda el parto de una virgen, la degollación de unos inocentes, la adoración de unos magos, las escurribandas de un mozuco de doce años que se mete á disputar con los doctores, y, finalmente, el temblor de tierra que conmovió cierta tarde el monte de la Calavera, de que nadie se enteró en Jerusalem, que distará de él lo que la plaza de Oriente de la Montaña del Príncipe Pio?

Pues á esas cosas se le ha llamado en el mundo el cumplimiento de las profecías.

SALMO 41.—Es una hermosa apología de la caridad. Dice que Jehová recompensará al que se acuerde del pobre y al que atienda al enfermo.

Está muy bien, perfectamente bien: la caridad es tan sublime, que de cualquier manera y por cualquier móvil que se practique, le aplaudo.

Pero, vengamos á cuentas. Quién es más caritativo, el católico que da un real á un pobre ó regala una gallina á un convaleciente, esperando que Dios le recompensará en la gloria la gallina y el real, ó el librepensador que ejecuta estos mismos actos, sin ulteriores miras, sólo por la satisfacción interna que experimenta al obrar bien, y por el íntimo convencimiento de que la ley de la solidaridad es la ley fundamental humana?

Para mí no hay duda. Pongan los católicos á rédito de paraíso cuantos perros chicos gusten: no obra mal, pero su caridad no tiene gracia ni donaire, como la caridad librepensadora.

Además, la caridad con todas sus sublimidades, la limosna con todas sus hermosuras, el socorro con todas sus bellezas, están llamados á desaparecer del mundo, cuando en él, completa, cabal y soberana, domine la justicia. El día en que todos á todos den lo que en derecho á cada cual corresponde, nadie tendrá que dar ni pedir á nadie una limosna.

Lo cual entregó á la consideración é impugnación del ciudadano aquel que, no há muchos domingos, á título de obrero, se declaraba enemigo de la República y de los que la defendemos en la Prensa, y en la calidad de anarquista forzosamente ha de andar amolinado con la razón y á media correspondencia con el sentido común, que proclama el buen gobierno de los pueblos como el fundamento de las buenas tajadas en los pucheros de los ciudadanos.

XCV

SALMO 42.—Comienza por una hermosísima comparación, pues cuando el Espíritu Santo anduvo literariamente acertado, ningún trabajo me cuesta confesarlo. «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por tí, oh Dios, el alma mía.» Indudablemente que un tan cornudo animal como es el ciervo, al tener sed brama por agua, así como cuando está en celo brama *tutto forte* por la hembra; y ninguna indignidad se comete al comparar el purísimo deseo de un alma por ver á Dios, con el puro ó impuro que siente el ciervo sediento ó enamorado. Los demás versículos de este cántico, á la argentina garganta del músico principal, ó sea el Gayarre del templo de Jerusalem encomendado, es una plañidera retahila de di-

vagaciones teológicas, que, siempre justo, le cargo al Santo Espíritu en la columna de los desbarres.

«Un abismo llama á otro á la voz de sus canales...» esto lo... y paso adelante, no sea que esta voz de los ó las canales de Jehová me precipite á mi mismo á un tercer abismo.

SALMO 43.—Dicen los que entienden estas gerigonzas, que este salmo es el rabo ó cola del anterior, segregado de él por algún copista á quien quizá ocurrió necesidad urgente en su trabajo. Digo del apéndice caudal lo que del cuerpo y sigo mi camino.

SALMO 44.—Francamente, sería indigno pasar tantas mentiras como se leen en este salmo, sin el debido correctivo.

Dice el versículo II. *Tú* (este tú, mitad de turno en castellano, es siempre Jehová) «tú con tu mano echastes las gentes (estas gentes son los cananeos) y los plantastes á ellos (estos ellos son los padres de los judíos que cantaban este salmo); afligistes los pueblos y los arrojastes. Porque no se apoderaron de la tierra por su espada, ni su brazo los libró; sino tu diestra y tu brazo, y la luz de tu rostro, porque te complacistes en ellos.»

Los que hemos leído y comentado los anteriores libros bíblicos y hemos visto á Josué y Caleb y tantos otros caudillos entrar, espada en mano, por Canaán adelante matando, talando é incendiando, no nos tragamos estos embolismos poéticos, ni los que sabemos *c* por *b* los muchísimos cananeos que, bajo uno ú otro pretexto, se quedaron para siempre en la tierra hasta los tiempos de Jesús, que precisamente se declaró por primera vez Dios á una cananea, según el cuento evangélico, pasaremos jamás estas mentiras de haber sido echados por Dios de Canaán los que á ciencia y paciencia de este buen señor vivieron y prosperaron allí por siglos.

Después de estas enormidades históricas, el cantor deplora que Dios haya abandonado á su pueblo, con lo que sólo consigue excitar la risa. A Dios le acumula lo bueno y lo malo que sucede á los hebreos. Y consecuente en el disparatar llega, en vista de la malandanza de los israelitas, á inerepar á Jehová en estos disparatados términos.

«Despierta: ¿por qué duermes, Señor? Despierta no te alejes para siempre.»

Hacer de Dios uno de los siete durmientes, es hasta donde se puede llevar la chifladura de las personificaciones teológicas y la monomanía de la predestinación y elección del pueblo más molido á palos, coces y puñadas de cuantos registra la historia.

SALMO 45.—Viene á ser una especie de gerigonza nada inteligible en que á medias palabras se presenta un rey concupiscente que le echa la uña á una buena moza. Como más adelante, en el *Cantar de los cantares*, el rey Salomón le echa á la Sulanita no sólo la uña, sino toda la mano encima, para entonces guardo mis fueros comentaristas, que no me gusta descargar la escopeta para matar un gorrioncillo donde abundan las perdices.

SALMO 46.—Le constituyen un montón de majaderías y despropósitos relativos al poder de Jehová y de su fuerza para defender y amparar á los judíos, los mismísimos judíos que dos salmos más arriba hemos visto arrodillados y temblando, llamando á voces á Jehová dormido para que se despierte y los defienda.

Más arrogante que un portugués, el salmista exclama: «no temeremos aunque la tierra sea removida; aunque se traspasen los montes al corazón del mar.» Hace bien en no temer tales remociones: los aplastados no temen nada ya, según mis informes.

SALMO 47.—Prueba inconcusa de la dispa-

tada petulancia judáica, y de que todas las profecías de sus profetas han resultado verdad, aunque completamente al revés, son las siguientes palabras de esta canción:

«El (Jehová) sujetará á los pueblos debajo de nosotros, y á las gentes debajo de nuestros pies.»

Al que me muestre un pueblo sujeto á los judíos, puesto á los pies de los hebreos, le regalo un ejemplar de la *Biblia* que comento, para que ante el tribunal del sentido común, acuse de mentecatos á los que creen en el cumplimiento de las profecías.

SALMO 48.—Es un salmo puramente patriótico, y, por consiguiente, debe en él dispensarse todo: las patrioterías son siempre respetables.

SALMO 49.—Después de mandar á todo bicho viviente callar y atender, porque va á hablar sabiamente, el salmista se descuelga con una serie de patochadas, relativas á la vanidad de aquellos que prosperan olvidados de Jehová y de sus tonterías, viviendo lindamente, y la prudencia de aquellos que se consuelan en sus aflicciones y miserias con la esperanza de que en otro mundo lo pasarán perfectamente.

Esto de consolar aquí á los pobres diciéndoles que en otra vida serán ricos, es para mí el gran timo que los ricos han dado en todos tiempos y países á los pobres. Afortunadamente se va haciendo luz, mucha luz en el asunto.

SALMO 50.—La letra mata, el espíritu vivifica. He aquí la síntesis de este salmo, á medias librepensador y á medias teológico, pero el más hermoso de los que llevo comentados.

No en los sacrificios, no en los holocaustos, no en la sangre derramada en el altar, no en las vanas fórmulas es en lo que consiste el culto, sino en la pureza de la vida, en la práctica sincera del bien, que es lo mismo (concordando los tiempos y las costumbres) que vengo yo ahora

predicando. No en la misa, no en la confesión, no en la comunión, no en los rosarios, letanias y procesiones, no en darse golpes de pecho, no en vestir de cura ni en cobrar del presupuesto del culto y clero consiste la religión, sino en vivir bien y honradamente, en no dañar á nadie, el dar á cada uno su derecho, y... aportar cada cual su granito de arena á la santa obra de la República, que á todos os deseo. Amén, que quiere decir: así sea.

SALMO 51.—Dice el rótulo que encabeza, que David compuso este salmo después que le sopló la mujer al desdichado Uria; es decir, la *Biblia* no lo dice tan decentemente como lo digo yo, sino que emplea esta palabra gráfica, *entro á Bathsebah*, ¡Qué delicadezas de estilo usaron siempre estos señores teólogos!

Pues bien, después de soplarle la dama á Uria, David ¡pobrecito! se queja amargamente á Jehová de sus muchos pecados y le pide humildemente que le perdone. No tengo inconveniente en reconocer que la poesía de este salmo es hermosa, ni en adivinar que la música fuese cosa superior. Lo que no veo es el arrepentimiento de David, que llora, gime, patalea, se llama malvado, etcétera, etc...

Y se queda luego con la mujer de Uria el asesinado, fecunda señora que le parió al rey Salomón.

Total, tres pilladas y un solo salmo. Una, robarle la mujer á un valiente soldado ausen e. Dos, asesinar al marido. Tres, poner en música arrepentimientos por el adulterio y casarse con la adúltera.

SALMO 52, 53 y 54.—El primero carece de importancia. Se queja en él de las malas lenguas, tema vulgarón, y repite conceptillos insustanciales sobre la misericordia de Dios. El segundo es todo él una repetición. El tercero es corto y tonto.

SALMO 55.—Aparece David tan apretado por sus enemigos, que exclama; «¡quién me diese alas como la paloma! volaría yo y descansaría.» La imprecación es bella, tanto que también yo desearía en muchas ocasiones tener alas como la paloma, para irme á un país donde no oyera hablar de catolicismo, ni de salmos, que es donde debe descansar el alma de escuchar disparates.

El motivo de quererse ir David al desierto era razonable. Su hijo Absalón, se le había revelado y héchole mil afrentas; Achithofhel, su sacerdote, le había hecho traición. Mas el viejo era duro de sentimientos y palabras: véase la clase.

«Condenados sean á muerte, desciendan vivos á los infiernos.» De esta misma manera ha debido sentir y obrar la regencia búlgara con los insurrectos de Rustcht; verdad es que los regentes búlgaros, como buenos cristianos que son, tendrían estudiado á fondo este salmo.

David confía su pleito á Dios, que dice que le sacará avante; los búlgaros regentes parece que, más avisados ó menos presumidos, en vez de agarrarse al manto de nubes de Jehová, se agarran á las casacas de ingleses y de austriacos.

SALMO 56.—Sigue quejándose David de lo mal que van sus negocios. Y dice, entre otras lindzas: «Mis huidas has tú contado: pon mis lágrimas en tu redoma: ¿no están ellas en tu libro?»

Estó no lo entiendo. Debe, pues, ser eminente y superferolíticamente místico, teológico y disparatado. Pero no faltará por ahí canónigo que encuentre muy brillante y profunda la frase esa de guardar Dios en una redoma las lágrimas de David. Tan brillante como los pesos duros en que cobra el Papa; tan profunda como la ignorancia de los que escotan para dárselos.

SALMO 57.—Quejas y más quejas. A fuerza de repetir el argumento, David llega á darle formas hermosas. Las de este salmo son muy superiores á las del anterior.

SALMO 58.—Es una catilinaria contra los malos jueces, semilla que todavía no se ha perdido, á los cuales David desea:

1.º Que se les quiebren los dientes y las muelas en las bocas.

2.º Que pasen como el agua que corre.

3.º Que desaparezcan como el caracol *que se deslie*.

4.º Que no vean el sol como el feto abortado de la mujer.

No tengo inconveniente alguno en poner el visto bueno á estas barbaridades. Con lo que no estoy conforme es con esta otra barbaridad textual: «alegrarse el justo cuando viere la venganza.»

Con permiso de usted, señor David, y del Papa que le tiene á usted declarado infalible, esto no es cierto: el justo no se alegra con la venganza. Eso se queda para los curas de Flix y Santa Cruz y otros muchos curas.

SALMO 59.—En este salmo, tan tonto como otros muchos de su mismo argumento y corte, se lee esta sentencia:

«Te burlarás de todas las gentes.»

El que en tan peligroso oficio ha de ocuparse, es el mismísimo Jehová en persona, transformado por David de un plumazo en una especie de bufón celeste, irreverencia trascendental sobre que llamo la atención de los pejusísimos creyentes que le quedan ya á la *Santa Biblia*. Es el colmo de las personificaciones. Hacer de Dios en el *Génesis* un fabricante por afición de todo el linaje humano, para declarar en este salmo que debe burlarse de su obra, es reducir la creación, el universo, la humanidad á una burla que se hace Dios á sí mismo. En vista de esto me decidí á poner en un catecismo que pienso componer, esta serie de preguntas y respuestas,

—¿Quién es Dios?

—El Riofranco de allá arriba.

—¿Quién te autoriza á decir semejante disparate?

—El rey profeta David.

—¿Cómo es eso?

—Porque como David dice que Dios se burlará de todas las gentes, y el Sr. Riofranco hace otro tanto, y el uno vive en el cielo y el otro acá abajo, no hay inconveniente en decir que Dios es el Riofranco de allá arriba.

—Eso es una insolencia en lo que se refiere á Dios y en lo que se refiere á mí es una mentira.

—¿Cómo Sr. Riofranco! ¿No se burla usted de todas las gentes?

—No, niño, no me burlo de todas las gentes, como el Dios de David. Yo me limito á burlarme de todas las gentes que creen en paparruchas.

XCVI

—¿No es majadero el que maja? ¿No es majar (con permiso de la Academia y demás pedantes de la lengua), dar repetidos golpes sobre algún objeto, á fin de ablandarle ó triturarlo? Pues entonces, majadero soy yo, en buena hora lo diga, tan majadero como cualquier mancebo de botica, porque dando golpes vengo sobre la *Biblia* para triturarla. Pero si yo soy majadero, ¿no lo fué también, y en grado eminente y teológico el rey David, dale que le das en sus salmos para ablandar á Jehová, con el piadoso objeto de que este pobre señor hiciese gígote á sus enemigos, le perdonase las perrerías que le tenía hechas, y pusiese á los traídos, llevados y aporreados israelitas sobre todos los pueblos de la tierra? Ha de entenderse por esta frase, todos los pueblos de la tierra, de que habla ó canta el bueno de David, unos cuantos millares de hombres y mujeres, constituidos en nombre de nación, que habitaban en los alrededores de la tierra de Canaán por aquellos días, cuyos aquellos días son los de la

nanita, para mayor claridad de estos comentarios.

Una majadería, en consecuencia, viene á ser el salmo 60, en el cual hay esta frase: «Sobre Edom echaré mi zapato.» que viene á decir, en plata, que con la ayuda de Johová; David tratará á zapatillazos á los Idumeos; porque entiendo yo que se contentaría David con gastar zapatillas, ya que se tuvo por muy honrado un rey de Navarra, que vivió luengos años después, en gastar abarcas.

Otra majadería el salmo 61, en que vuelve por vigésima vez á pedirle á Dios ayuda. Majadería que se considera ribeteada y respunteada de profecía, pues dicen muchos majaderos que en él, siempre simbólicamente como estas cosas se hacen, se predice la eternidad del reino de Cristo, frase monárquica, no sé si absoluta ó constitucional, pero seguramente tonta é irreductible á sentido común.

El salmo 62 contiene, entre otras lindezas sobre Dios, esta relativa á los hombres. Atención, señores, que os va un piro: «Por cierto, vanidad son los hijos de los hombres, mentira los hijos de varón: pesándolos á todos igualmente en balanza, serán menos que la vanidad.»

Antes de haber leído yo este versículo, ya le habia pensado, por aquello de Platón, padre de los espiritistas, que decía que nosotros sabemos muchas cosas que no hemos aprendido en este mundo; y viendo que los hombres son todo vanidad y mentira, y aun, apurado el caso por David, menos que vanidad, desde chiquitín me acogí á las mujeres, sobre todo á las guapas; pues creo yo que David ni el mismísimo Espíritu Santo que le inspiraba, podrán negar que una buena moza vale aún más que una misa cantada, y que una misa cantada no es vanidad y puro viento.

En este mismo salmo 61, hallo esta afirmación decisiva: *Una vez habló Dios*. Siendo así,

que en el transcurso de estas NOTAS, le he sorprendido más de cien veces paliando con Moises y otros profetas, digo que, ó mienten aquellos, ó miente David en este salmo, pues pensar que yo pueda mentir en estas NOTAS, no es posible, ni lo consiente la *Santa Biblia*, en presencia de cuyo texto infalible é inmutable las redactos con más paciencia que uno de aquellos predestinados de Balzac, que se sometieron humildemente al inexorable fallo de la providencia matrimonial.

David anduvo *judo*, quiere decir, al modo de un Bizco del Borge político teológico. Sus andancias le llevaron muchas veces al desierto. En una de ellas coge el arpa, de que no es posible separarle, pues un rey David sin arpa no se le ha ocurrido todavía pintarle á nadie, coge el arpa, digo y canta este cantar...

El que quiera leer tonterías que lea el Salmo 63, que por menado y en prosa vil, mal traducido, le contiene.

Yo no copio ya más bobadas.

SALMO 64. Que los malos son muy ingeniosos para hacer daño, pero que Dios los dará con la paleta en los nudillos: *coila tout*. Lo cual que no sucede así, según rezan estos cuatro versos, jibrepensadores por todas sus coyunturas:

Vinieron los sarracenos,
Y nos molieron á palos:
Que Dios protege á los malos
Cuando son más que los buenos.

Pues Dios ha sido toda su vida un profundo matemático, y cuatro hombres dando estacazos á uno solo, casi siempre le han puesto como pusieron á Don Quijote los yangüeses en el val de las estacas.

¡Oh! la razón del número siempre fué ante Dios la primera de las razones.

SALMO 65. Media vuelta hacia la izquierda, decía un cabo que instruía á un quinto, media

vuelta hacia la izquierda es lo mismo que media vuelta hacia la derecha, sólo que al contrario.

Este Salmo, digo yo, es lo mismo que el anterior, sólo que al contrario. Dios premia á los buenos con toda suerte de bienes: este es el argumento, y por esto es digno Dios de ser alabado; esta es la moraleja, que bien pudiera ser también la *morraleja*.

Dice que Dios riega los campos de los hombres de bien. No lo niego; pero yo les aconsejo que, por si Dios se olvida de regárselos, lo hagan ellos, si quieren obtener buenas cosechas.

SALMO 66. Nos pide en el David á todos, que alabemos á Dios por... las atrocidades que tiene hechas, allá cuando Moisés andaba por el mundo, que fueron dejar la mar en seco, y otras cosas por el estilo.

Aunque me precio de cortés, lo que es yo no le doy por el gusto á David, en eso de alabar á Jehová. Que le alaben los judíos, que aprovecharon sus milagros, que yo, como castellano viejo que soy, de ninguna secatura de mar me he aprovechado.

Ni soy de los tontos que entienden que se da culto á Dios de la siguiente manera, en el Salmo taxativamente prescrita:

«Holocaustos de animales cebados te ofreceré, con perfume de carneros; sacrificaré bueyes y machos cabríos.»

Todas estas porquerías las tenemos ahora las personas decentes relegadas á los mataderos y encomendadas á los matarifes.

Solamente los católicos, por tener en candelero á un hijo de tal padre, como el que aquí se manda alabar, encuentran soportable el *perfume de carnero*.

Que viene á ser el olor á sebo. ¡Uff!

SALMO 67. Es una oración que antes de existir la Iglesia, rezaba ya la Iglesia por que el reino de Dios se dilatase por todo el mundo. Así lo

dice, cuando menos, el rótulo. Echale tú, lector discreto, guindas á esta tarasca de la teología.

La cual es tan abonada para hacer de un hombre un majadero, que, á falta de otro más esclarecido, patente está el ejemplo en mi persona. Desde que ando anotando Salmos, ¡quien no ve que se le han pegado á estas notas la pesadez, la vana verbosidad, la huera hinchazón, la majadería, en fin, de los Salmos á que se refieren?

XCVII

Suponte, lector, que al bueno de Almanzor, aquel morazo que se mandó enterrar en el polvo que recogió en su alquicel los días de batalla, le hubiese dado el naípe por la poesía cantabile. Y, suponte, además, que después de una de aquellas palizas que daba á los reyes cristianos, hubiese compuesto un himno en honor de Mahoma. Y supón, por último, que los moros apaleados y arrojados de España más tarde, se entretuvieran en farfantear ahora la victoria *aquella*, en un destierro ignominioso. ¡No hallarías bufo al canto y bufo al cantador y bufo al Dios cantado!

Pues, cádate que esto, *mutans mutandi*, es el Salmo largo y deshinchado, que lleva el número 68, porque á los salmos, así como á los toros de buena sangre, se los distingue por el número.

Entre cien repeticiones halló este pensamiento nuevo (relativamente).

«Los carros de Dios son veinte mil, y más millares de ángeles. El Señor entre ellos como en »Sinai, así en el Santuario.»

Pensamiento enrovesado si los hay, así matemática como geográficamente. ¡Quiere decir que Dios tiene veinte millares y algunos millares más de ángeles! ¡O dice que Dios tiene veinte mil millares de ángeles, que hacen justamente veinte millones de chiquillos con alas, á creer á los pintores, y algunos millares más de añadidura, ó sea *chorrada*, que dicen en Aragón!

De cualquiera manera que sea me parecen muchos ángeles: los bastantes, cuando menos, para tener á Dios mohino y cariacontecido con tanto chiquillo en los alrededores.

Dejo el comentario geográfico para mejor ocasión.

SALMO 69. Un hombre, agua al cuello en un pantano, se queja amargamente de su incómoda posición. He aquí el meollo de este Salmo, que dicen profético del Cristo. En caso de serlo lo es morrocotuda y cocinerescamente profético.

Porque dice el texto:

«Pusiéronme, además, hiel por comita, y en mi sed me dieron á beber vinagre.»

Por lo que han inventado los rebuscadores de palabras estrafalarias la lindeza aquella de que al Cristo, los soldados romanos que le custodiaron en la Cruz le dieron de beber en una esponja vinagre. Lo de la hiel quedó en pura metáfora. También podían haber dejado la vinagre, pero no lo tuvieron, sin duda, por conveniente, ¡voto al chápuro!

SALMO 70. Corto y tonto: pura repeción.

SALMO 71. Idem del lienzo de las repeticiones, pues es copia casi del que lleva el núm. 60. Parece imposible que se hayan conservado escritas, á través de tantas generaciones, tantas sartas de tonterías. Este hecho elocuentísimo autoriza aquella frase honda de Victor Hugo: «el disparatar es la mitad del vivir». Porque consta que los que han guardado esto, dejaron perder libros de muchísimo mérito y ciencia.

SALMO 72. Tiene este versículo final que me alegra el corazón: «acábanse las oraciones de David, hijo de Isai.» Gracias á Dios que se ha acabado algo de este indigesto personaje, cuya historia, porque á nadie interesa en el día, enseñan de memoria los católicos á sus chiquillos en las escuelas.

Lo dirige David á Salomón, ó, como decimos ahora, se le dedica. Esto ha bastado para declararle profético, y hacer de Salomón un Cristo, con el agujero que le abrió Longinos en el costado y demás adminículos.

Y que debe ser profético, quiere decir, disparatado, lo prueba este versículo:

«Temerte han mientras duren el sol y la luna, «por generación de generación.»

Que puede, tal como está escrito, entenderse por que el sol y la luna temerán á alguien mientras duren, ó, porque los hombres temerán á dicho alguien mientras duren el sol y la luna. Y que este alguien no es Salomón, nadie puede dudarlo, pues hoy, que hay luna y sol todavía, nadie le teme, ni á nadie se le da de él un pitoche. Y como lo mismo sucede con el otro, ¿dónde demonios está la profecía? Al menos yo no veo la tostada del temor.

SALMO 73. Entra á cantar un tal Asaf, paritiquino, en comparación de David, pero con muchísimo más sentido común que éste. Pues empieza el hombre diciendo que ha estado á punto de resbalar viendo que á los picaros les va bonitamente en este mundo. El tal Asaf había ya visto dar muchos palos á sus compatriotas, y andaba escamado de la providencia de Jehová; pero como buen místico y buen israelita y buen inspirado del Espíritu Santo, se agarra á las alabas del destino futuro, del juicio último y demás zarandajas de aquellos que, confiando bobamente en la Virgen, no corren al debido tiempo, como manda el refrán.

SALMO 74. Sigue Asaf en escena, y canta. El mozo tenía recámara. Había visto que Jehová se hacía el muerto, olvidado del famoso pacto y dejando deslomar á sus escogidos israelitas. Y Asaf, viendo que se hacía el sordo á las súplicas, procura en este salmo picar el amor propio, para ver si de esta manera

«Se levanta Dios y aboga por su causa, por-
que el insensato le injuria á todas horas.»

Y Jehová siguió sentado, oyendo á los salmis-
tas, como quien oye llover.

Leo en el Salmo 75:

«Por qué el cáliz está en la mano de Jehová,
y el vino es tinto, lleno de mistura, y él derra-
ma del mismo; ciertamente sus heces chupa-
rán y beberán todos los impíos de la tierra.»
¡Se quiere cosa más ridícula, que un Dios con
con una copa de vino tinto en la mano! ¡Aplau-
did, babiecas!

Los cuatro piés del banco teológico son en
Salmo 76, descritos. Hélos aquí:

«Dios es conocido en Judá (que le aproveche),
en Israel es grande su nombre» (Israel es el
todo, una miseria. Judá, la dozava parte: de to-
das suertes, me parece poco conocido Dios y
chico su nombre).

«Y en Salém está su tabernáculo, y su habi-
tación en Sión.»

Que beba en este tabernáculo del tinto con
mistura del salmo anterior, y duerma en esa habi-
tación, con mosquitero, para mayor comodidad.
Mi Dios, el Dios del librepensamiento, no
cabe en chamizo semejante. Cuando se tiende,
ocupa el Universo, las Cabrillas y la Cruz del
Sur inclusives.

Así como los primeros versículos muestran las
patas, los dos últimos enseñan la oreja de este Dios.

«Prometed y pagad (pagar, that is the ques-
tion, que dicen los ingleses) á Jehová, vuestro
Dios.» Claro es, que quien cobraba era el sacer-
dote.

«Cortará él, el espíritu de los príncipes; terri-
ble es á los reyes de la tierra.»

A pesar de los pinitos de republicano que aquí
hace Jehová, me viene estrecho; le regalo al que
le quiera este Dios que instituyó la monarquía
en la cabeza destornillada de Saul.

XCVIII

En el *Salmo 77*, uno que se encuentra apre-
tado, se consuela cantando las maravillas ton-
tas que hizo antaño Jehová, en beneficio de sus
progenitores. Traducción pedestre de toda esta
musiquilla, aquel refrán castellano, «el que no
se consuela es porque no quiere».

Sigue cantando Asaf, mostrando la tosea ur-
dimbre de sus composiciones. En el *Salmo 78*
canta, como cosas nuevas, antiguallas. Conse-
cuencia: que el grosero pueblo judío se había
olvidado en la esclavitud de las retahilas legen-
darias de la salida de Egipto y milagros conco-
mitantes. La cosa es tan mala en sí, que no me-
rece anotaciones. Véase la clase, que no me
dejará mentir.

«Entonces despertó el Señor á la manera del
que ha dormido como un valiente que grita
«excitado del vino; é hirió á sus enemigos en
las partes posteriores...»

¡Basta, basta! ¡Tapa, tapa! ¡Ni por este Dios,
ni por este *cantaor* de Dios, ni por esas *partes*
posteriores diera el que no sea católico tres pe-
rros chicos.

Vienen dos *Salmos*, que son: el 79, repetición
del 74 y el 80 repetición del 79, según dice el
rótulo; todo ello, digo yo, cangilonés de la noria
teológica, que suben y bajan, sacando agua para
abrevar corderos teológicos, vulgo curas trabu-
caires.

SALMO 81.—Habla Jehová el lenguaje de un
novio desdenado, que viera á su pretendida ca-
sada con el rival aborrecido que no la da buena
vida. ¡Oh! exclama; si me hubiera ese pueblo
oído, yo le hubiera llenado la andorga.

Sólo un mérito tiene la religión judaica; la
afirmación categórica de que no hay más que
un solo Dios. El versículo I del *Salmo 82*, le
quita este mérito al decir textualmente:

«Dios está en la reunión de los dioses; en medio de los dioses juzga.»

Si esto no es paganismo puro, politeísmo acabado, venga Júpiter olímpico, y decíalo dando de puntapiés á este Jehová que le usurpa el puesto.

Que hay muchos reyes confederados contra Israel; que esos reyes son unos pillos y sus pueblos unos bárbaros, y que Jehová se los quite de delante; he aquí el sandio argumento del *Salmo 83*; su autor, Asaf. ¿Ustedes le conocieron?—Pues yo tampoco.—Ni falta que hace.—Tienen ustedes razón.

SALMO 85.—Parece de David, porque en él se advierte más elevación de lenguaje, poesía, en fin, aunque disparatada como teológica que es. Suspira el conspirador vagamundo por verse en Jerusalén, y los católicos, que todo lo convierten en sustancia, dicen que Jerusalén es la Iglesia.

Por mí, que lo sea, y que pronto tenga su Tito Vespasiano, á quien llamen por destruirla, *delicias del género humano* como al otro.

SALMO 86.—Leo en él:

«La misericordia y la verdad se encontraron: la justicia y la paz se besaron.»

«La verdad brotará de la tierra; y la justicia mirará desde los cielos.»

¡Hermosísimas palabras que el librepensamiento arranca de la muerte y disparatada *Biblia* católica, para hacerlas prácticas en el mundo vivo de la libertad!

David, cuando quería orar, sabía hacerlo dignamente. Prueba de ello el *Salmo 86*, aparte la mitad de las cosas que en él son circunstanciales.

SALMO 87.—No le entiendo, porque para entenderle, precisa ser tonto, ó lo que es lo mismo, católico romano, de esos que reciben las cosas tales y como las tiene guisadas la Iglesia, y se conforman con ellas.

SALMO 88.—Pide un cualquiera ser de Dios remediado en grandes angustias, sin que se advierta disparate digno de mención especial.

SALMO 89.—Evidentemente este salmo se dirige á pedir á Jehová, en días de aflicción, que recuerde la promesa que hizo á David, de que sus hijos reinarian eternamente en Jerusalén. La Iglesia dice que David es el Cristo, y que bajo aquella figura se predice la eternidad del catolicismo.

Es un decir, que el mundo se va encargando de contradecir, como contradijo el otro. Amén y Amén. Con estos dos *amenes* concluye el salmo: por eso los pongo. Y por lo otro.

SALMO 90.—Ahora nos salta al camino nada menos que Moisés, á quien ya dejamos enterrado y repodrido en lo alto de un monte. Moisés ora, y lo hace mejor que Asaf y David. Como que tenía más pesqui que ellos. Con todo, *la ira de Dios*, aquella muletilla de Moisés, florece en este salmo que es una bendición. Debía el tal Moisés tener muy gordas las venas del cuello, como les sucede á los iracundos.

¡Vaya un geniecito que debió tener el profeta!

«El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente.»

Una perogrullada me parece este empiece del *Salmo 91*. Porque, si Altísimo y Omnipotente son un mismo caballero; y abrigo quiere decir algo que no sea transparente, parece que no puede menos de estar á la sombra el que esté al abrigo.

Palabras y farándulas; he aquí á lo que se reduce la teología, y muy especialmente este *Salmo 91*.

SALMO 92.—Retahíla de palabras sin originalidad que cantaban los judíos en sus fiestas de los sábados y tienen declaradas los católicos infalibles y sacrosantas.

Como judíos que ellos son también, pues que al Dios de los judíos tiene puesto en canto llano, bastante aburrido por cierto.

SALMO 93.—Jehová, dice... afirmó también el mundo, *que no se moverá.*

Y el mundo, baila que te baila, desde Sirio á Vega, haciéndole la mamola á la infalibilidad de la *Santa Biblia.*

SALMO 94.—Empieza así:
«Jehová, Dios de las venganzas; Dios de las venganzas, muéstrate.»

Que el cura de Santa Cruz y el cura de Flix y Rosa Samaniego carguen con este Dios y le echen si gustan de cabeza á la sima de Igusquiza. Yo, como persona de buenas costumbres y de buen humor, no quiero nada con bárbaros, entre quienes todas las bromas acaban á testarrazos.

Que hay que obedecer á Jehová, porque de lo contrario seremos descalabrados; he aquí el sentido y hasta la letra del *Salmo 95.*

En vista de esto me abono á vendas y árnica de por vida; pues estoy decidido á hacer lo que todos los hombres, menos los judíos, esto es, á hacer el mismo caso de Jehová que de las nubes de antaño.

Al *Salmo 96* le llaman canción nueva. No veo la novedad en cosa que tiene más de tres mil años, ni tampoco en el argumento, que se reduce á repetir que hay que adorar á Jehová porque es terrible y fuerte, porque es un rey de dioses, y porque...

Un día vendrá.

Los judíos todavía le están esperando, como espero yo hace veinticinco años el premio gordo de la lotería, que no quiere venir á mí; pues lo que es venir, dicen que viene cada diez días para alegría y contento de algún español.

No sucede como con el otro, que si vino fué para llanto y apaleamiento de las gentes, que

aún andan amorradas sobre el caso, negando unos, afirmando otros y divagando todos sobre lo que nada les importa.

«Fuego irá delante de él y abrasará en derredor á sus enemigos.» (*Salmo 97.*)

—¿Quién es él?

—El Dios Jehová y su Mesías, que aunque parecen dos, no son más que uno, y que aún siguen siendo uno cuando se cuenta con ellos al Espíritu Santo.

¡Ah! usted dispense, me había figurado que se trataba de una batería de cañones Krupp.

—¡Tanto monta!

Y sigue el *Salmo 97:*

«A vergüencense todos los que sirven á las imágenes de talla...»

¡Vaya una indirectilla que les larga aquí el Espíritu Santo á todos esos cofrades que se pisan por andar en las procesiones cargados con las tres Marias!

SALMO 98.—Es el 96 remendado.

SALMO 99.—Es el 96 recosido.

SALMO 100.—Adula á Jehová.

SALMO 101.—David se adula á sí propio, echándose piropos con la misma desvergüenza con que fué en pelota bailando delante del arca de la Alianza, cuando trasladaron este arqueológico y místico cofre desde Silo á Jerusalén.

XCIX

Si es que el pobre puede ser honrado... escribió Cervantes, dejando su colosal talento la cosa en dudas. El *Salmo 102*, no se mete en tan hondas averiguaciones, y ya que no dinero, le da á todos los pobres pretéritos, presentes y futuros, un honesto entretenimiento de lengua; que esto viene á ser la *oración del pobre* (así el salmo se titula).—Este jarabe de lengua es todo lo que la teología ha sabido hacer en beneficio de los pobres. Menos es nada, dirá quizá algún zumbón

Como judíos que ellos son también, pues que al Dios de los judíos tiene puesto en canto llano, bastante aburrido por cierto.

SALMO 93.—Jehová, dice... afirmó también el mundo, *que no se moverá.*

Y el mundo, baila que te baila, desde Sirio á Vega, haciéndole la mamola á la infalibilidad de la *Santa Biblia.*

SALMO 94.—Empieza así:
«Jehová, Dios de las venganzas; Dios de las venganzas, muéstrate.»

Que el cura de Santa Cruz y el cura de Flix y Rosa Samaniego carguen con este Dios y le echen si gustan de cabeza á la sima de Igusquiza. Yo, como persona de buenas costumbres y de buen humor, no quiero nada con bárbaros, entre quienes todas las bromas acaban á testarrazos.

Que hay que obedecer á Jehová, porque de lo contrario seremos descalabrados; he aquí el sentido y hasta la letra del *Salmo 95.*

En vista de esto me abono á vendas y árnica de por vida; pues estoy decidido á hacer lo que todos los hombres, menos los judíos, esto es, á hacer el mismo caso de Jehová que de las nubes de antaño.

Al *Salmo 96* le llaman canción nueva. No veo la novedad en cosa que tiene más de tres mil años, ni tanto en el argumento, que se reduce á repetir que hay que adorar á Jehová porque es terrible y fuerte, porque es un rey de dioses, y porque...

Un día vendrá.

Los judíos todavía le están esperando, como espero yo hace veinticinco años el premio gordo de la lotería, que no quiere venir á mí; pues lo que es venir, dicen que viene cada diez días para alegría y contento de algún español.

No sucede como con el otro, que si vino fué para llanto y apaleamiento de las gentes, que

aún andan amorradas sobre el caso, negando unos, afirmando otros y divagando todos sobre lo que nada les importa.

«Fuego irá delante de él y abrasará en derredor á sus enemigos.» (*Salmo 97.*)

—¿Quién es él?

—El Dios Jehová y su Mesías, que aunque parecen dos, no son más que uno, y que aún siguen siendo uno cuando se cuenta con ellos al Espíritu Santo.

¡Ah! usted dispense, me había figurado que se trataba de una batería de cañones Krupp.

—¡Tanto monta!

Y sigue el *Salmo 97:*

«A vergüencense todos los que sirven á las imágenes de talla...»

¡Vaya una indirectilla que les larga aquí el Espíritu Santo á todos esos cofrades que se pirran por andar en las procesiones cargados con las tres Marias!

SALMO 98.—Es el 96 remendado.

SALMO 99.—Es el 96 recosido.

SALMO 100.—Adula á Jehová.

SALMO 101.—David se adula á sí propio, echándose piropos con la misma desvergüenza con que fué en pelota bailando delante del arca de la Alianza, cuando trasladaron este arqueológico y místico cofre desde Silo á Jerusalén.

XCIX

Si es que el pobre puede ser honrado... escribió Cervantes, dejando su colosal talento la cosa en dudas. El *Salmo 102*, no se mete en tan honradas averiguaciones, y ya que no dinero, le da á todos los pobres pretéritos, presentes y futuros, un honesto entretenimiento de lengua; que esto viene á ser la *oración del pobre* (así el salmo se titula).—Este jarabe de lengua es todo lo que la teología ha sabido hacer en beneficio de los pobres. Menos es nada, dirá quizá algún zumbón

católico. Yo dejo íntegra la tesis á los comentarios de los pobres. Ellos y la Iglesia se las entiendan.

Con una palada de cal y otra de arena, se hace el mortero. A su semejanza se halla fabricado el Dios Jehová. Mitad de hiel, mitad de miel; mitad de ira, mitad de misericordia: tal es la sencillísima receta para su composición; uso interno. ¡Hace falta degollar á alguien que incomoda ó estorba! Pues un salmo—ya lo he dicho—se encarga de hacer despertar al Dios de las venganzas. ¡Se necesita un bragaza que olvide cuantas perrerías se le han hecho! Pues ahí está el *Salmo 103* repleto de adulaciones serviles, en que se llama al Dios de Moisés clemente, misericordioso, olvidadizo, bonachón, etcétera.

Esto de las misericordias de Jehová es el mayor de los camelos históricos. El buen señor hace una pareja perfecta, la coloca en el paraíso, y luego... la echa de él á cintarazos, enviando á Eva á parir con dolor, y á Adán á ganarse la vida con el sudor de su frente. Después, de dos hermanos, desecha á Caín por malo y deja degollar al pobrecillo de Abel. De los tres hijos de Noé, desecha á uno, y le destina á mozo de cordel de sus hermanos. De los dos hijos de Raquel, envía á Esau al desierto. De los doce patriarcas judíos, sólo José puede pasar por persona decente. Entre los apóstoles deja colocarse á un traidor, y entre los diáconos famosos consiente apóstatas. Por fin, que dependiendo de él toda gracia, el mundo bíblico se compone de una porrillada de *desgraciados*. ¡Dónde está, pues, la *pastorata*! ¿Dónde la *misericordia*!

¡Como no sea en los cuartos que vale á los curas ese ten con ten de la misericordia y de la ira!

SALMO 104.—Dice que Jehová debe ser alabado por las obras de la creación, por su gobierno y por su providencia,

Ciertamente que si consideramos la *Biblia* como lo que realmente es, quiero decir, como una recopilación de antigüedades judaicas, sin otro alcance ni significación que el de mostrar los conocimientos, ideas, preocupaciones, esperanzas, propósitos y sentimientos de aquel pueblo, este salmo es bello y respira poesía y grandeza. Empero, examinado desde el punto de vista teológico, como obra de la eterna sabiduría, resulta cursi, dada la ilustración de nuestro tiempo. Porque leo en él, que Dios «extiende los cielos como una cortina, establece sus aposentos entre las aguas, se sirve de las nubes por carroza, anda sobre las alas de los vientos, fundó la tierra sobre basas, envía las fuentes por los arroyos, riega los montes desde sus aposentos, hizo la luna, para los tiempos,» y otras muchas necesidades por el estilo, sólo propias de un poetaastro catolizante de nuestros días, ó de algún ingenio baldado como el de cierto mequetrefe manchego, que anda por Ciudad Real disparatando acerca de estas *Notas*, y de lo que en ellas se comenta.

«El cual mira á la tierra, y ella tiembla: toca los montes, y humean.»

No te vayas á figurar, lector amigo, que *e'* cual sujeto de esta oración, que hace temblar la tierra con mirada y humear los montes con su contacto, es el mequetrefe manchego de que te hablaba: es el otro mequetrefe: el de arriba: Jehová, para que lo entiendas. El de Ciudad Real sólo hace temblar á la gramática cuando escribe y humear el cigarro cuando fuma, si es que fuma, que me figuro se contenta con escupir, y que otro es el que fuma por él.

SALMO 105.—Les dice á los judíos que, puesto que á ellos los escogió Jehová entre todos los hombres para pueblo suyo, y ya que por ellos hizo tan grandes despropósitos en forma de milagros y tan grandes barrabasadas en forma de degollinas, justo es que se pasen la vida cantándole.

Justo es, digo yo también. Mas á los judíos de ahora no parece que les da el naipe por el canto sino por los cuartos, y más cuidado parece que ponen en acaparar millones que en salmear á su Dios.

Quizá ellos que le conocen perfectamente tendrán experimentado que Jehová es poco aficionado á la música; pero de seguro que el mequetrefe de comentarista manchego que me ha salido en Ciudad Real es de distinta opinión.

Porque este botarate se parece, como un huevo á otro huevo, á un mentecato que años atrás estaba abonado á turno diario á la Biblioteca. Llamábase Barroso y de nueve á doce de la mañana, se llevaba poniendo en las márgenes de los libros que pedía estas invariables palabras: «no es de esta opinión Barroso. Con lo cual consiguió *embarrosar* unos cuantos volúmenes, como mi comentarista *embarrosa* las columnas de un periódico *careatólico*, diciendo que no es de mi opinión.

¡Pues estaría de ver que lo fuera!

SALMO 106.—Es una Aleluya, la primera que encontramos. Pero la aleluya esta no es uno de esos jamelgos que llaman así mis amigos *Sentimientos y Sobaquillo*, las perlas de los revisteros taurinos, sino un cantar, que á la cabeza y á la cola está repleto de alabanzas y bendiciones á Jehová, «porque es bueno y porque es valiente,» y tiene en el cuerpo metido un retazo de la historia del pueblo hebreo, desde la estupenda salida de Egipto hasta la más estupenda entrada en la tierra de promisión.

SALMO 107.—Si á mi gusto me atuviera, diría que este es el salmo más bello de los 150 que contiene la *Biblia*.

Indudablemente fué compuesto después del cautiverio de Babilonia, y se expresan en él con vehemencia las angustias de la esclavitud y las dulzuras de la libertad y del retorno á la patria amada.

Además tengo razones especialísimas para que este *salmo* me guste. Dice terminantemente en el versículo XL:

«El derrama menosprecio sobre los príncipes y á los hace andar errados, vagamundos, sin camino.»

Palabras que parecen escritas para declarar el estado actual de los Borbones de la rama masculina del Sr. D. Carlos IV, marido, digámoslo así, de la señora doña María Luisa, ídolos de nuestros *careatólicos*. Sin duda Jehová los ha dejado de su mano á los tales príncipes, harto de verlos hacerle perrerías con húngaras trashumantes. Antes, sin embargo, en Francia y en España los había dejado el pueblo de pagar los millones de la lista civil.

Siempre Jehová ha llevado atrasado su reloj.

David repite conceptos poéticos en el *Salmo* 108. Tira la zapatilla á los Idumeos. De los moabitas hace su vaso de noche. De la Palestina hará su salón de baile, etc. A esto lo titulan canción de *salmo*. Lo mismo podrían llamarlo *salmo* de canción, ó *las habas verdes*.

SALMO 109.—Sigue David repitiendo conceptos más ó menos poéticos. Dice que los que le odian serán aplastados y los que le quieren llevados en palmas. Adelante con los faroles de la petulancia.

SALMO 110.—Es la cañada, el tuétano, la médula de la profecía. Aquí aparece la enrevesada enseñanza de la redención del mundo, en estas palabras, que Merlin que resucitase no entendiera:

«Jehová dijo á mi señor; siéntate á mi diestra, en tanto que ponga tus enemigos por estrado de tus pies.»

Mas, si Merlin no las entendiera, ahí están mi comentarista de Ciudad Real y la Iglesia católica, que seguramente son capaces de explicarlas á satisfacción de todos los tontos del Universo Mundo.

El Mesías á que el laberinto precedente hace referencia, es un personaje humedecido, pues el salmista le describe así:

«Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud.»

Que viene á ser otro laberinto de palabras.

Que á su vez se resume en este laberinto final:

«Del arroyo beberá en el camino, por lo cual levantará cabeza.»

Esto de que el beber de un arroyo en un camino haga á uno levantar la cabeza, dicho del Mesías puede pasar, pues en un disparate grande caben muchos dispartates pequeños, de la misma manera que en la cabeza del que en Ciudad Real escribe sobre estas *Notas* caben muchas majaderías chiquitas, por ser ella una majadería grande.

In-du-bi-ta-ble-men-te.

C

SALMO 111.—Es otra aleluya, quiere decir, una porrillada de alabanzas sin ton ni son á Jehová. Al fin de ella tropiezo con esta sentencia: «El principio de la Sabiduría es el temor de Jehová,» que es el famosísimo *timete deum*, que tantas pesetas ha valido á la Iglesia, y un amigo mio traducía así: *te meto el dedo en el bolsillo*, dice el chanfre cuando canta.

SALMO 112.—El profundo pensamiento *timete deum* se desarrolla en este salmo de una manera convenientísima al fin indicado de explotar la credulidad y el miedo, que son las dos pasiones predominantes del *homo sapiens* de Linneo.

Al describir al hombre que teme á Dios, leo este donaire: «su cuerno será ensalzado en gloria.» ¡Su cuerno! ¡Su cuerno! ¡Un cuerno para tal gloria, tal ensalzamiento, y el que desee semejante fama!

Otra aleluya, pero tonta, es el Salmo 113, que

acaba con este embolismo, digno de las meditaciones y comentarios de un pastor protestante, de esos caballeros barbudos que andan haciéndome cosquillas por ahí, sin pensar que yo no me he metido con ellos ni para bien ni para mal, y que si me amoseo con ellos, va á entrarles el cuerno de la aleluya precedente por mala parte.

He aquí el embolismo, indirectillas aparte.

«El hace habitar en familia á la estéril, gozosa en ser madre de hijos.»

Este él, es Jehová. La estéril madre de hijos es la que no conozco.

Ni falta que me hace.

En menos palabras no se pueden decir más dispartates que contiene el Salmo 114, que como muestra, y por ser corto, copio aquí ¡Agua va!

«Cuando salió Israel de Egipto, la casa de Jacob del pueblo bárbaro (esto de llamar bárbaros á los siervos á sus señores tendría gracia si no fuese una manera de decir), Judá fué su consagrada heredad; Israel su señorío.»

«El mar vió y huyó; el Jordán se volvió atrás, los montes saltaron como carneros, los collados como corderitos. (Gradación se llama esta figura retórica, y proporcionalidad se dice esto en geometría)»

«¿Qué tuvistes, ¡oh mar! que huíste? ¡y tú, Jordán, que te volviste atrás; ¡oh montes! por qué saltásteis como carneros; y vosotros, collados, como corderitos?»

Tiene razón. ¿Por qué huísteis, por qué os volvisteis atrás, por qué saltásteis? Bailarines, huidores y escapadores montes, mares y rios, tenéis la palabra para contestar esta retahíla de necedades que encuentran deliciosas los católicos; la tenéis hace treita siglos, y vosotros, mudos que mudos.

Y mudos seguirán.

Cada vez que he entrado en la Virgen de la Paloma, donde van á oír misa las tres cuartas

partes de las recién paridas de Madrid, y he visto aquella chamarrusca imagen, he caído en tentación de escribir con yeso en las paredes de aquella mina eclesiástica, las siguientes palabras textuales del Salmo 115,

«Sus ídolos son plata y oro; obra de manos de
»los hombres. Tienen boca, mas no hablarán;
»tienen ojos, mas no verán; tienen orejas, mas
»no oirán; tienen narices, mas no olerán; tienen
»manos, mas no palparán; tienen pies, mas no
»andarán; no hablarán con su garganta: como
»ellos son los que los hacen; cualquiera que en
ellos confía.»

Pero, ya que no he podido escribirlo en la Virgen de la Paloma, lo escribo aquí, para conocimiento de las interesadas, que como ven, la *Santa Biblia* dice que tienen narices y no huelen.

¡Oh, y qué verdad es! Si olieran, pronto aprenderían que todo aquello que tienen delante es el queso de una ratonera. Del gato nada hay que decir. Después de todo, mientras haya ratones habrá gatos, así como mientras haya cándidos habrá ídolos.

SALMOS 116 y 117.—El primero es un salmo huero. El segundo tan chiquirritín como un grano de mijo, y del propio color y sabor que el dicho grano.

El versículo VI del Salmo 118, le copio aquí, para que todo fanatismo le inscriba en su bandera, ó pendón, que tanto monta.

«Jehová está por mí: no temeré lo que me pueda hacer el hombre.»

Yo, y conmigo cuantos tienen sentido común, opinamos todo lo contrario; se nos da una higa de que Jehová esté ó no esté con nosotros. Lo único que nos inspira recelo, es lo que nos puedan hacernos malo los hombres, porque lo bueno ó malo que nos haga el otro, no está en nuestra mano evitarlo, ni siquiera averiguarlo.

También, además de tonto, es este salmo pro-

fético. Aquí aparece aquello de: «la piedra que desecharon los edificadores, ha venido á ser cabeza del ángulo», que luego da mucho juego en el Evangelio.

Con lo cual, y esto es cosa probada, vienen á convertir los intérpretes al Mesías en un morrillo.

Dios le perdone la berroqueña comparación. SALMO 119.—Es más largo que las promesas de Cristo, que aunque se estén cumpliendo, que no se cumplirán, por espacio de cien mil años, no se cumplirán todas; tantas tamañas y garrafales fueron ellas. Parece esto una letanía, y, entendiéndolo lector, que no va descaminada la comparación, pues esto es para rezado por muchos y tomándolo despacio.

Con todo, esta oración puede leerse sin soltar la risa, que es una de las más legítimas alabanzas que de ella pueden hacerse. Anotaré, sin embargo, los gazapos siguientes:

«Con mis labios he contado todos los juicios de tu boca». Los juicios de Dios, todos ellos, sin faltar uno, contados con los labios de un hombre, es más cuenta todavía que aquella de las estrellitas del cielo y las arenillas del mar, que hizo el estudiante de un cuento que me contó mi abuelo cuando yo era chiquitín.

«Destruíste á los soberbios malditos que se desvían de tus mandamientos.» ¡Ah! si Jehová pudiera hablar, al leer esto exclamaría como Quevedo: «Házmelo bueno.»

«A media noche me levantaba á alabarte (quiere decir á rezar). Malditísima costumbre, que le produce á un hombre muchos constipados, y si es casado, le expone á malos fechos. Porque consta en juicios de la Santa Inquisición, que á muchas brujas se les metía el diablo en la cama, interín se andaba su marido rezando maitines. ¡Y lo que el diablo les hacía en este interín, me lo callo por hoy!

«Como escorias hicistes consumir á todos los ímpios...» ¡Mentira infame! Aquí estamos, y no somos escorias, ni estamos consumidos, sino muy flamencotes, más de un millón de librepensadores en España, que, no nos dejarán mentir los neos, somos unos *ímpios* de tomo y lomo.

«Ríos de agua descendieron de mis ojos...» Hubiera estado de ver que llorara el salmista ríos de vino. Ríos, ríos... siempre exageraciones gitanescas.

«Aboga mi causa...» Esto de hacer de Jehová un Rafael Labra, es piramidalmente ridículo. Se concibe que yo diga á Labra: Aboga mi causa, porque Labra es hombre de talento, habla perfectamente y tiene ganados muchos recursos de casación; pero que un gazzápiro de católico le diga á Jehová que abogue por él, cuando ni Jehová ha hecho estudios de Derecho, ni se ha recibido de abogado en ninguna Universidad del reino (que dicen los monárquicos), ni ha pagado, que se sepa, una peseta de contribucion en su vida, es decidirse de antemano á perder el pleito que se le confie.

«Siete veces al día te alabo...» Más alabo yo á mi morena, y no es Jehová, aunque tiene muchísima más gracia que él, y unos ojos capaces de hacer pecar siete veces al más bárbaro de todos esos sucios frailes que se nos van colando por España, los cuales espumados serán, el tiempo andando, con una espumadera bien espesa. Aleluya, Aleluya.

Digo y repito que soy el más paciente varón nacido en esta centuria en Castilla, tierra famosa en hombres pachorrudos, para sobrellevar tan desbarajustados gobiernos como este de Sagasta. Prueba al canto: que llevo comentados á mi modo 120 «Salmos», cuando el chanfre que más se habrá leído veintisiete y obispo conozco yo

que no ha pasado de la docena; y eso que por darse tono en estas lecturas proféticas é infalibles de la *Biblia*, marmean latinajos y cobran las pesetas de sus nóminas, como el más hambriento cesante, que pesca su primera paga al cambiar la situación, que le tiene ya y viene á la casa de préstamos cercana. Porque estos flamantes conservadores y fusionistas, son personas, por punto general, de tanto arraigo y fusta, que á los seis meses de cesantía, andan ya á la greña con los usureros, honrando la monarquía y sus fundamentos con unas caras de necesidad que no hay más que ver para ojos republicanos.

Pero, no divaguemos como antaño, y volvamos á los «Salmos», que es otra manera de divagar tan insustancial como otra cualquiera.

SALMO 120.—Es una miseria de salmo, ruín y angustiado, en que un judío se queja de andar por tierra extranjera hecho un miserable.

SALMO 121.—Menudito y tonto. Canto propio de un hombre confiado y bobalicón, que lo espera todo de Jehová, que jamás dió á los judíos más que desazones.

SALMO 122.—Se pide paz y prosperidad para Jerusalem, la ciudad predilecta de Dios, el santuario de los judíos, en donde desde hace muchos siglos hasta hoy, los moros, los sectarios de Mahoma, vienen deslomando á palos á judíos y cristianos, que si ven los arruinados templos de sus respectivas religiones, es por concesión piadosa de los turcos, y además por unos pocos de dineros que dan á los adoradores de Alá. ¡A tan precario estado han llegado, donde los conocieron, así Jehová como su Unigénito!

Los arrogantes judíos, que se preciaban unos pocos «Salmos» atrás, de tener la sartén por el mango, teniendo á Jehová, cantan en el «Salmo» 123:

«Ten misericordia de nosotros, oh Jehová; ten

»misericordia de nosotros, porque estamos muy hartos de menosprecio.»

Pues, qué: ¿querían los señores judíos que les regaláramos confites á unos hombres que, después de haber inventado un Dios, se permitieron la brutalidad de crucificar al hijo de su invención?

Que si no se los comieron por sopas sus enemigos, dice el «Salmo» 124, á los judíos, fué porque los protegió Jehová.

Pues si con estas protecciones llegaron á verse como dice el «Salmo» precedente, el diablo me guarde de ellas.

SALMO 125.—Bobadas *cantábiles* sobre que Jehová ama á los buenos y aborrece á los perversos. Quién es el bueno y quién el malo sería en todo caso lo que importaría averiguar, presbíteros aparte, pues éstos, evidentemente, pertenecen al montón de los malignos. ¡Pocas picardías hacen ellos, como tiene probado á machamartillo *El Motín!*

SALMO 126.—Los judíos en su cautiverio sueñan que se ven libres y felices otra vez en Jerusalén.

Mas ya dijo Calderón

Que los sueños, sueños son.

«Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajarán los que la edifican; si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guarda.»

Esto dice el «Salmo» 127.—Tonto de capirote el que se asombre de que pueblo que de esta pobre manera discurrea, viese tomada Jerusalén, arruinado el templo, y sus hijos esparcidos por la haz de la tierra, siervos de cuantos tienen sentido común.

SALMO 128.—Rapsodia pobre y deslabazada del famosísimo y productivo *timete deum*.

Que no ellos, los judíos, sino Jehová, su Dios, ha vencido á sus enemigos, es el argumento repetidísimo y tontísimo del «Salmo» 129.

Adelante con los faroles.

SALMO 130.—Es el *de profundis*, que consiste en un jarabe de lengua, ú oración, en que el ánimo piadoso, dicen, tocado del sentimiento de sus pecados y de la misericordia de Dios, clama con aflicción que se le perdona.

Yo—con permiso de asalariados comentaristas—no veo el sentimiento, ni la piedad, ni la misericordia, sino lo que he dicho, un dulzón y empalago o jarabe de lengua, con que hacen gárgaras los presbíteros, á costa de los inocentes que los escuchan embobados cantar en una lengua que no entienden.

¡Si todo esto se cantase en corriente castellano, valientes silbas se hablan de llevar los cabildos!

SALMO 131.—Es un «Salmo» homeopático, sin clasificación posible, aparte el ser incluido en el género tonto, común á toda esta musiquilla salmeable.

SALMO 132.—La especie de convenio de Vergara entre Jehová y David, para que la dinastía de éste reinase eternamente en Jerusalén, sale de nuevo á relucir en este salmo, en que los judíos, hechos pedazos, acosan á trompetazos á Jehová para que cumpla decentemente sus compromisos.

Como cumplió Jehová lo dice elocuentemente Jerusalén en poder de los turcos.

SALMO 133.—No dice nada que tenga substancia, aunque hay un unguento que chorrea por la barba de Aaron. Pero los católicos quieren que diga algo bueno sobre la Iglesia, á título de profecía... y allá van palabras, donde se le antoja á un mastuerzo, graduado de infalible en una votación.

SALMO 134.—Pocas palabras y menos substancia. Tres versículos y ningún concepto claro, porque se dirige á gente que anda de noche por el templo.

Para excitar á los curas judíos á alabar á Je-

hová, el «Salmo» 135 no necesitaba, amen de muchos disparates ya apuntados, sobre lo que hizo antaño Jehová, añadir este disparate nuevo:

«El (Jehová), saca los vientos de sus tesoros.»

De Jehová á Eolo no queda por estas palabras el canto de un duro de diferencia.

SALMO 136.—Consta de 26 versículos, que todos acaban en este *ritornello*: «porque para siempre es su misericordia.»

A esta especie de *ora pro nobis* de esta especie de letania lauretana, preceden una porrillada de las sandeces que sabemos hizo Jehová en beneficio de su pueblo, antes que Nabucodonosor se le llevase á puntapiés prisionero á Babilonia.

Y vean ustedes mi imparcialidad. Sigue el «Salmo» 137, que es el célebre *super flumine Babilonyæ*, ante el cual me quito el sombrero y saludo respetuosamente, no tanto por sí mismo, cuanto por la hermosísima paráfrasis que de él hizo en quintillas portuguesas el gigantesco número poético de Luis Camões, cien veces más poeta, sin embargo, que el judío que compusiera esta preciosa elegía del destierro.

Y no queriéndome quitar el buen sabor de la boca, que me digan los versos del inmortal autor de *Os Lusíadas*, abandono esta poesía judía tonta, vana y majadera de los salmos en general, que descansen y crezcan, como alfalfa que es, otra semana.

CII

Con el trabajo y náusea del que camina por un fangal, vengo yo, lector querido, probando mi paciencia, mis narices y mis pantorrillas comentando estos salmos, sólo por servir la *Biblia* entera á tus apetitos librepensadores de risa y menosprecio hacia todo aquello que se nos da el

tono de la infalibilidad. Admira, pues el sincero cariño que te profeso, y recompénsale con un poquito de benevolencia siquiera, para ver si con ella puedo salir de estos salmos, para siempre, jamás, amén. Porque si hoy, como espero, les doy fin y rematé en estos comentarios, juro por una calvita que me ha salido, á modo de corona de clérigo, y en la cual, por fortuna, ya asoma el pelo, no volver en los días de mi vida á tomar los salmos en manos, ni aun para tomarle lo rizos de la blanca barba al viejo Jehová, facedor de milagros y padre de su Unigénito, á medias con una virgen seria y formal de una tribu de gente nariguda y de pelos rojos ensortijados, si hemos de atenernos á los retratos inventados del rey David y Judas Iscariote.

A la faena, pues, que ya se le ve el rabo á este trabajo.

En el «Salmo» 138, David alaba á Jehová por los favores que este le había hecho; cosa muy puesta en razón, y espera que le haga más todavía, cosa que si no es gollería, se le parece, pues no sé por qué regla de tres había David de arramplar con todos los favores de Jehová. En las palabras y conceptos nada de nuevo ni disparatadamente notable se halla.

SALMO 139.—En una hermosa y admirable composición destinada, dada la idea de un Dios personal, con todos nuestros vicios y virtudes, á describir su obicuidad. Lo llena todo, lo vé todo, lo penetra todo; he aquí la sustancia que hallo diluida en bellas imágenes. Al final, este himno á la Providencia, se hace puramente judaico y personal, decayendo notablemente, hasta decir David esta barbaridad de sus enemigos: «aborrecitos con perfecto odio.» Odio puramente judío, que el mundo ha devuelto á esta desdichada nación, prototipo del fanatismo religioso.

SALMO 140.—Variantes sobre el tema de que

hová, el «Salmo» 135 no necesitaba, amen de muchos disparates ya apuntados, sobre lo que hizo antaño Jehová, añadir este disparate nuevo:

«El (Jehová), saca los vientos de sus tesoros.»

De Jehová á Eolo no queda por estas palabras el canto de un duro de diferencia.

SALMO 136.—Consta de 26 versículos, que todos acaban en este *ritornello*: «porque para siempre es su misericordia.»

A esta especie de *ora pro nobis* de esta especie de letania lauretana, preceden una porrillada de las sandeces que sabemos hizo Jehová en beneficio de su pueblo, antes que Nabucodonosor se le llevase á puntapiés prisionero á Babilonia.

Y vean ustedes mi imparcialidad. Sigue el «Salmo» 137, que es el célebre *super flumine Babilonyæ*, ante el cual me quito el sombrero y saludo respetuosamente, no tanto por sí mismo, cuanto por la hermosísima paráfrasis que de él hizo en quintillas portuguesas el gigantesco número poético de Luis Camões, cien veces más poeta, sin embargo, que el judío que compusiera esta preciosa elegía del destierro.

Y no queriéndome quitar el buen sabor de la boca, que me digan los versos del inmortal autor de *Os Lusíadas*, abandono esta poesía judía tonta, vana y majadera de los salmos en general, que descansen y crezcan, como alfalfa que es, otra semana.

CII

Con el trabajo y náusea del que camina por un fangal, vengo yo, lector querido, probando mi paciencia, mis narices y mis pantorrillas comentando estos salmos, sólo por servir la *Biblia* entera á tus apetitos librepensadores de risa y menosprecio hacia todo aquello que se nos da el

tono de la infalibilidad. Admira, pues el sincero cariño que te profeso, y recompénsale con un poquito de benevolencia siquiera, para ver si con ella puedo salir de estos salmos, para siempre, jamás, amén. Porque si hoy, como espero, les doy fin y rematé en estos comentarios, juro por una calvita que me ha salido, á modo de corona de clérigo, y en la cual, por fortuna, ya asoma el pelo, no volver en los días de mi vida á tomar los salmos en manos, ni aun para tomarle lo rizo de la blanca barba al viejo Jehová, facedor de milagros y padre de su Unigénito, á medias con una virgen seria y formal de una tribu de gente nariguda y de pelos rojos ensortijados, si hemos de atenernos á los retratos inventados del rey David y Judas Iscariote.

A la faena, pues, que ya se le ve el rabo á este trabajo.

En el «Salmo» 138, David alaba á Jehová por los favores que este le había hecho; cosa muy puesta en razón, y espera que le haga más todavía, cosa que si no es gollería, se le parece, pues no sé por qué regla de tres había David de arramplar con todos los favores de Jehová. En las palabras y conceptos nada de nuevo ni disparatadamente notable se halla.

SALMO 139.—En una hermosa y admirable composición destinada, dada la idea de un Dios personal, con todos nuestros vicios y virtudes, á describir su obicuidad. Lo llena todo, lo vé todo, lo penetra todo; he aquí la sustancia que hallo diluida en bellas imágenes. Al final, este himno á la Providencia, se hace puramente judaico y personal, decayendo notablemente, hasta decir David esta barbaridad de sus enemigos: «aborrecitos con perfecto odio.» Odio puramente judío, que el mundo ha devuelto á esta desdichada nación, prototipo del fanatismo religioso.

SALMO 140.—Variantes sobre el tema de que

Dios nos guarde de perversos y deslenguados. A éstos, dice, Jehová les castigará de la siguiente manera:

«Caerán sobre ellos brasas; Dios los hará caer en el fuego, en profundos hoyos de donde no salgan.»

Este me parece que debió ser el modelo primitivo de las famosas calderas de Pedro Botero. ¡Con que ojo, los deslenguados que andan por esos salones aristocráticos y esas esquinas de las calles más concurridas, arrancando á tiras la piel de todo prójimo y de muchas prójimas!

Entre muchas vulgaridades, halló en el «Salmo» 141 este versículo digno de mención y de aplauso:

«Que el justo me castigue será para mí un favor, y que me reprenda un excelente bálsamo que no me herirá la cabeza; así que aun mi oración tendrá en sus calamidades.»

Peró como el sentido común no dura en la Biblia tres minutos de lectura, encuentro en seguida esta quisicosa:

«Como quien hiende y rompe leños en tierra son esparcidos nuestros huesos á la boca del sepulcro.»

De todo hay, amigo David, de todo hay. A unos les esparcen los huesos y á otros no, según las costumbres. Las momias del museo de Historia Natural, enteritos los tienen todavía.

SALMO 142.—Es una oración deslabazada, puramente personal y de circunstancias, que se supone hizo David escondido en una cueva cuando huía del furor de Saul. Nunca de esta cueva debió salir esta oración, si á su mérito hubiera de atenderse.

SALMO 143.—Sigue rezando el señor David: No hay en todo él más que esta palabra profunda.

«Enseñame á hacer tu voluntad porque tú eres mi Dios. Tu buen espíritu me guíe á tierra de rectitud.»

Este versículo es la apología acabada y brillante de la pereza en el orden moral. No queriéndose tomar el profeta, ni aun el trabajo de averiguar cuál sea la voluntad de Dios, le dice con cierta sorna y mucha guasa: ¡eh, compadre! dime lo que quieres y dejémonos de más requilorios.

Por esto sólo, si David viviera, le daría mi voto para concejal, ahora que parece que la gente anda jugando á las elecciones municipales, en que *infalliblemente* saldrá triunfante el Gobierno fusionista. Es la única infalibilidad acreditada, esta de triunfar alternativamente Cánovas y Sagasta en todo... por supuesto cuando son ministros. Cuando dejen de serlo, son tantas las simpatías que gozan, y el crédito que tienen en la opinión, que difícilmente saldrán diputados. ¡Y, si no, al tiempo republicano!

SALMO 144.—Mosáico de barrabasadas que se pide haga Jehová. Allá van por muestras las del tenor siguiente:

Inclina tus cielos y desciende, ó lo que es lo mismo: muchacho, tiende la escala y baja,

Toca los montes y humeen: he aquí un petrolero en vez de un Dios.

Despide relámpagos y dispálos: esto es, haz de tramoyista en este teatro del Universo.

Envía tus saetas y contúrbalos. Gracias á que cuando esto se escribió, andaban los judíos poco más ó menos como los sudaneses de ahora, que si David hubiera conocido la artillería moderna, hubiera profetizado de este modo: *saca tus baterías Krupp y ametrállalos*.

Tú el que da salud á los reyes. Consecuencia; que Agis, el que ahorcaron en Esparta; Luis, el que guillotinaron en París; Carlos, al que cortaron con mucho primor la cabeza en Londres; Pedro, aquel á quien su hermano Enrique apuñaleó en Montiel; Maximiliano, al que hicieron el agujereamiento de la piel los mejicanos

en Quéretaro; Dionisio, que abotargado y borracho hacia reír á los atenienses después de haber tiranizado á Siracusa; Alejandro, que fué hecho pedazos en Petersburgo hace poco por las bombas de los nihilistas, reyes todos ellos, con otros ciento que sería largo enumerar, que fueron arrastrados y echados á los ríos, ó no fueron reyes, ó la *Biblia* falla en este versículo, que dice que Jehová da la salud á los reyes.

Y como está de fallar la *Biblia*, católicamente no puede ser, hay que concluir que el versículo está incompleto. Yo, por atreverme á toda buena obra, le completaré. Léase, pues, de esta librepensadora manera.

Tú el que da salud á los reyes, cuando no les da una cuerda para que se ahorquen, ó una cuchilla bien afilada para que les corten la cabeza.

De este modo resulta una verdad como un templo de grande, ó tan chiquita y tan reluciente como las tijeras con que *salcidaron* á Abdulozid, sultán de Turquía, sus ministros.

Terminan estas barrabasadas, con la enormidad siguiente:

«Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová.» Este pueblo es disperso y apaleado el pueblo judío. ¿Quién quiere de ustedes, caballeros, un trocito de esta bienaventuranza?

SALMO 145.—David alaba á Jehová, por esto, por lo otro, y por lo de más allá, por arriba, por abajo, por delante y por detrás, porque es misericordioso y porque es iracundo, porque es valiente y porque es bondadoso.

¡Ah! también le alaba porque *da la comida á su tiempo*. En algo había de llevar razón. No se encuentra de buenas á primeras un tan puntual cocinero. Los muertos de hambre podrían y aun deberían protestar, pero el hambre misma los tiene afónicos, y además, no tienen voto.

Esta *Biblia* es un desbarajuste, ó yo no sé lo

que me leo. ¿No decía antes que Jehová da salud á los reyes? Pues mira ahora por dónde republicanamente se nos descuelga.

«No confíes en los príncipes, ni en hijo de hombre; porque no hay en él salud.»

Más de un ministro de algún rey débil ó ingrato ha cantado este versículo al marchar al patíbulo; pero está no ha impedido que los reyes hayan encontrado nuevos servidores. ¡Hay tanta miseria en el corazón de los hombres deslumbrados por el brillo de las coronas!

Leo también en este «Salmo» 146 que Jehová, además de otras cosas, hace la siguiente:

«Abre los ojos á los ciegos.»

Estos ojos no deben ser los ojos de la cara, porque entonces los ciegos no serían ciegos.

SALMO 147.—Jehová es «el que cuenta el número de estrellas, y todas ellas llama por sus nombres.»

Carambita, ¡y que no tendrá palabras el diccionario del señor Jehová!

«Cantad con arpa á nuestro Dios.» ¡Pues qué! si le cantáramos con contrabajo, guitarra ó pandero, ¿no valdría la canción?

«No se complace» (siempre Jehová) «en las robustas piernas del hombre.»

¡Vamos! será de mi opinión, y se complacerá en las robustas piernas de la mujer. ¡Siempre suelen ser más finas y más limpias!

Termina asegurando este «Salmo» que Jehová sólo se ha ocupado de los judíos, dándosele del resto de la canalla humana un bledo. Por mi parte, correspondido.

SALMO 148.—Comienza invitando á todo bicho viviente á alabar á Jehová.

«Alabadle,» dice, «cielos de los cielos,» y las «aguas que están sobre los cielos.» Cómo se las agenciarían estas aguas, que estaban sobre los cielos de los cielos, para alabar á Jehová, es lo que aún no he podido explicarme. Porque si se

refan, se les irían las gotas por la boca, y si lloraban, las lágrimas no son propias para alabanzas.

«Alabad á Jehová de la tierra, los dragones y todos los abismos.» Esta especial mención de los dragones la encuentro muy honrosa para el arma de caballería, en caso de que los dragones de que aquí se trata sean infantes montados, pero me temo que los husares, que no se nombran, se den por ofendidos, y que ya que no contra lo que yo quisiera, se subleven el mejor día contra Jehová, que se los dejó en el tintero.

Cierra esta aleluya diciendo que Jehová ensalzó el cuerno de su pueblo. ¡No está mal cuerno el cuerno de los judíos.

SALMO 149.—Otra aleluya, en que encuentro esta frase demagógica: «Para aprisionar sus reyes en grillos y sus nobles con cadenas de hierro.» Pobre monarquía y desgraciada aristocracia, si la *Biblia* fuera infalible, como dice el Papa, infalible también. El día menos pensado se veían con este versículo en los tobillos.

¡Oh! manes de todos los pacientes cornudos de la universal literatura: descansad en paz, después de haber rabiado viendo á este pachurrudo Comentador venciendo en buena lid, anotando 149 salmos, y, llegando, por fin, tan sereno y con la boca llena de risa como empezó, á comentar el «Salmo» 150 y último, que viene á ser un catálogo de un establecimiento de instrumentos músicos de «aquellos tiempos.»

Porque en él se manda alabar á Jehová con los chirimbolos siguientes:

- Con bocina.
- Con salterio.
- Con arpa.
- Con adufre.
- Con flauta.
- Con instrumentos de cuerdas, ó sea el violón.
- Con órgano.

Con cimbalos de júbilo, que debían ser otros cimbalos.

Una sospecha impía me hace concebir esta enumeración, y es la siguiente: que quizá David comerciara en instrumentos de música, y al componer tanto cantar y recomendar tanto chirimbolo el buen señor, atendía no menos que á la gloria de Dios, al bueno y pronto despacho de su mercancía.

Porque lo que es un jesuita y un judío no han hecho nada sin segunda en este mundo. ¡A mí que no me digan!

EL LIBRO DE LOS PROVERBIOS

Aquí no todo es malo: tampoco todo es bueno, ni aun mediano siquiera. Hállanse reunidas en este libro una porción de máximas más ó menos morales, políticas, económicas, etc.; que por condensar la larga observación de un pueblo se hacen respetables. Ocuparme de todas ellas, fuera la mayor de las tonterías, siendo como son, por punto general, triviales. Por consiguiente apuntaré las más notables, diciendo de ellas lo que me inspiren mi buen humor y mi buen propósito de descatolizar incautos.

Topo en el primer capítulo esta sentencia: «El templo de la sabiduría es el temor de Jehová: los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza.» A poco pesquis que tenga un hombre, advierte dónde está aquí la mácula. Desde luego admito que es un insensato el que desprecia la sabiduría y la enseñanza: pero que el *timete deum* sea el principio de la sabiduría ¡un cuerno para el cura, que me lo traduce en seguidita en misas de ánima de á dos pesetas! El principio de la sabiduría, oh joven que de veras la buscas, es el *saber dudar* de todas las infalibilidades que pretendan imponérsese.

Del temor de Dios, principio de la sabiduría, se deduce que al que le va mal es que no temió

á Dios. *Los impíos*, añade, «serán cortados de la tierra; y los prevaricadores serán de ella desarraigados.» Esta es una frase hueca: la historia te dirá, joven discreto, que los impíos y prevaricadores nunca abundaron tanto en el mundo como cuando la religión del temor de Dios dominó en absoluto á las gentes.

«Honra á Jehová de tu substancia y de las primicias de tus frutos, y serán llenos tus trajes con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto.» Guárdate, te digo yo, ¡oh! joven de nobles sentimientos, guárdate de hacer depender el amor que á Dios tengas, si en Dios crees, de la mayor ó menor cantidad de vino que te den tus viñas. Esto sería una grosería. Pero aún más que de esto, guárdate de mutilarte, dando, como te aconseja la *Biblia*, á Dios de tu substancia. Y sobre todo, por ninguna razón ni motivo entregues las primicias de tus frutos á ningún Dios; pues no necesitándolas él se las come su sacerdote, que de este modo se engorda con lo tuyo. Y la fija es, que esto que dices lo meterías de menos en el troj ó en el lagar.

«No deseches, hijo mío el castigo de Jehová, ni te fatigues de su corrección, porque al que ama y quiere, como el padre al hijo, á ese castiga.»

No creas, ¡oh joven librepensador!, que Dios te envía de castigo cualquier mal que te suceda: achácalo á las circunstancias y procura vencerlas. Someterse á un daño á pretexto de ser castigado de Dios, es injuriar á Dios é infamar al hombre. Mira, antes se creía que el rayo era un dardo con que la divinidad hería á los impíos: ahora sabemos que es algo fatal, que puede evitarse, oponiéndole otra cosa igualmente fatal, y que Dios no entiende para nada en estos negocios.

He aquí cuatro *proverbios*, que acepto, en nombre del librepensamiento, y entrego á tu

meditación, joven ó viejo, que leas, recomendando su práctica sincera:

«No digas á tu prójimo: ve y vuelve, y mañana te daré, cuando tienes contigo que darle.»

«No intentes mal contra tu prójimo, estando él confiado de ti.»

«No pleitees con alguno sin razón, si él no te ha hecho agravio.»

«No envidiéis al hombre injusto, ni escojas algunos de sus caminos.»

Ojo á lo que sigue, jóvenes librepensadores, que lo dijo quien conocía bien á las mujeres del prójimo, de quienes Dios y vuestra prudencia os guarden.

Vedlas de cuerpo entero para que las conozcáis.

«Porque los labios de la mujer extraña destilan como panal de miel, y su paladar más blando que el aceite; mas, su fin, es amargo como el agenjo; agudo como cuchillo de dos filos; sus pies descienden á la muerte; sus pasos sustentan el sepulcro.»

Con que, á contentarse con la mujer propia, de quien dice el sabio:

«Séate como cierva amada y graciosa corza: sus pechos (un poco fuerte es esto, pero, en fin, pase) te satisfagan en todo tiempo, y en su amor recreate siempre.»

Advierto, sin embargo, que el que escribió esto, tuvo más de mil quinientas mujeres. Lo que él diría, digo yo: haz lo que te digo, y no mires lo que hago. ¡Puro catolicismo!

«Ve á la hormiga, ¡oh perezoso!, mira sus caminos, y sé sabio: la cual no tiene capitán, ni gobernador; ni señor, y con todo eso prepara en el verano su comida, allega en el tiempo de la siega su mantenimiento.»

«Perezoso, ¡hasta cuándo has de dormir? ¡Cuándo te levantarás de tu sueño? Con un poco de sueño, un poco de dormir, y cruzar

»por un poco las manos para más reposo, vendrá tu necesidad como caminante, y tu pobreza como hombre de escudo.»

He copiado estos admirables versículos, tanto por mí mismo, cuanto por los infinitos compañeros que tengo en este malitísimo vicio nacional de la pereza, que me domina, y sin el cual hubiera yo á estas fechas revuelto más tierra que tienen la Mancha y Castilla la Vieja. ¡Buena zorra, y merecida, nos da aquí el sabio! ¡Pero buena!

Seis cosas dice que aborrece Jehová, las mismas que aborrezco yo, las mismas que te aconsejo aborrezcas tú, joven librepensador, á quien de Jehová se le da una higa.

Helas aquí:

- 1.^a Los ojos altivos.
- 2.^a Las manos derramadoras de sangre inocente.
- 3.^a El corazón que maquina pensamientos inicuos.
- 4.^a Los pies presurosos para correr al mal.
- 5.^a El testigo falso que habla mentiras.
- 6.^a Al que enciende rencillas entre los hermanos.

«El que comete adulterio, es falto de entendimiento, corrompe su alma el que tal hace. »Plaga y vergüenza hallará, y su afrenta nunca será raída.»

En vista de esto y del artículo 448 del Código penal vigente, te aconsejo por tu bien, ¡oh joven librepensador, que nunca cometes adulterio!

Puedes creérmelo que vivirás muy tranquilo sin meterte en esos gatuperios.

Convengamos en que hay cuadros bien pintados. Allá va uno. Atención; jóvenes incautos.

«Di á la sabiduría: tú eres mi hermana; y á la inteligencia llama parienta. Para que te guarden de la mujer ajena, y de la extraña que ablanda sus palabras.»

»Porque mirando yo por la ventana de mi casa, por mi celosía, vi entre los simples, consideré entre los jóvenes un mancebo falto de entendimiento, el cual pasaba por la calle junto á la esquina de aquella, é iba camino de su casa á la tarde del día, ya que oscurecía, en la obscuridad y tiniebla de la noche:

»Y he aquí una mujer que le sale al encuentro con atavío de ramera, astuta de corazón, alborotadora y rencillosa: sus pies no pueden estar en casa; unas veces de fuera, ó bien por las plazas, acechando por todas las esquinas:

»Y traba de él, y bésalo; desvergonzó su rostro y díjole: sacrificios de paz habia prometido; hoy he pagado mis votos: por tanto he salido á encontrarte, buscando diligentemente tu rostro, y le he hallado.

»Con paramentos he ataviado mi cama, recamados con cordoncillos de Egipto, he sahumado mi cámara con mirto, aloes y cinamomo. »Ven, embriaguémonos de amores hasta la mañana; alegrémonos en amores; porque el marido no está en su casa, hase ido á un largo viaje. El saco de dinero llevó en su mano; el día señalado volverá á su casa.

»Rindiólo con la mucha suavidad de sus palabras; obligóle con la blandura de sus labios. »Váse en pos de ella luego, como va el buey al degolladero, y como el loco á las prisiones para ser castigado: como el ave que se apresura al lazo y no sabe que es contra su vida, hasta que la saeta traspasó su hígado.»

Sin comentarios entrego estas hermosas palabras á los paseantes de las calles de Sevilla, Lobo y Peligros de Madrid.

Advierte la *Biblia* que las máximas que sigue son sentencias de Salomón.

Veamos la sabiduría de este sabio.

«El hijo sabio alegra al padre y el hijo necio es tristeza de su madre.»

No está mal esto, para ser de un sabio de tantas campanillas como Salomón; pero muchas madres hay que se envanecen con sus hijos, aunque sean necios; y yo por esto me guardaré de reprenderlas. Al fin y á la postre, el mismo dolor les debe á las madres costar el parir un hijo sabio que un hijo tonto, y ellas no tienen la culpa de la mayor ó menor listeza de sus hijos.

«La memoria del justo será bendita: mas el nombre de los impíos se pudrirá.»

Esto denunció Salomón. Pero contra su decreto son archifamosos: Nerón, que mató á su madre; el obispo D. Opas, que traicionó á su patria; Lucrecia Borgia, que fué querida de su padre el papa Alejandro VI; Isabel la Católica, que estableció la Inquisición; Judas, que vendió á Cristo; el jesuita Clemente, que asesinó á Enrique IV y el cura de Santa Cruz que asesinó en la guerra última á tantos liberales.

«Como el vinagre á los dientes y como el humo á los ojos, así es el perezoso á los que le envían.»

Con todo lo que se diga contra la pereza estoy conforme. Me adhiero, pues, á esta sentencia de Salomón, que acertó á ser sabio, pasándose una vida regalona.

Con esto, y fijándome, como he dicho en lo único digno de nota, estoy en el capítulo once de los Proverbios. Deduce de aquí, lector amable, la substancia de este libro.

«El peso falso abominación es á Jehová; más ¡la pesa cabal le agrada.»

Incumbencia me parece esta más de un teniente alcalde que del empingorrotado Jehová. Pero, en fin, no comprendo, después de esto, como hay un panadero en Madrid que oiga misa, siendo así que sus pesas abominación son de Jehová, como faltas que son todas ellas, no en cuanto al hierro, sino en cuanto á los panecillos, que les debieran ser equiposantes.

«No aprovecharán las riquezas en el día de la ira.»

Esto no es cierto, en lo que se refiere á los juzgados de primera instancia, donde se suelen tasar los bofetones. Quizá su intringulado sentido, para no dejar feo á Salomón, sea el que haya movido á la Iglesia á inventar el Infierno.

«Zarcillo de oro en la nariz del puerco es la mujer hermosa, y apartada de razón.»

Cierto que la mujer poco razonable, aun cuando sea hermosa, se hace indigesta; pero la comparación queda siempre un tanto porqueriza.

«Ciertamente, el justo será pagado en la tierra.»

Esto dice Salomón. Sin duda á él se dirigía nuestro gran poeta cuando preguntaba en un famoso soneto:

¡Necio! ¿Es la tierra el centro de las almas?

«La mujer virtuosa, corona es de su marido; más la mala, como carcoma en sus huesos.»

Cierto; pero este pensamiento, lo mismo pudiera llevar la firma de Perico el de los Palotes que la de Salomón.

«Dios trastornará á los impíos y no SERÁN MÁS.»

De aquí pudiera deducirse que la inmortalidad no reza más que para los buenos chicos. Algo es algo; por este lado queda destruido el Infierno por sentencia inapelable del sabio Salomón. Porque digo yo. Si los impíos *no serán más*, ¿á qué bueno las misas de ánima por los que ya no son? ®

«El justo atiende la vida de su bestia; más las entrañas de los impíos son crueles.»

Saco á la luz este proverbio para que le aproveche, poniéndose en un cartelón, la Sociedad Protectora de los animales en sus exposiciones. Está en el capítulo XII y lleva el núm. 10.

«Desea y nada alcanza el alma del perezoso; mas el alma de los diligentes será engordada.»
¡Qué verdad es!

«La mujer sabia edifica su casa; mas la necia con sus manos la derriba.

Estoy conforme.

Al lado leo:

«El testigo verdadero no mentará; más el testigo falso hablará mentiras.»

Esta es de Pero Grullo.

«Aun en la risa tendrá dolor el corazón, y el término de la alegría es congoja.»

Misantrópico andaba al escribir esto el Sr. Salomón.

«El pobre es odioso aun á su amigo; pero muchos son los que aman al rico.»

Mejor dicho hallo esto en aquel cantar:

Al pie de un árbol sin fruto

Me puse á considerar

Qué pocos amigos tiene

El que no tiene qué dar.

«La justicia engraucece la nación.»

Por eso, entre otras cosas, soy yo republicano, el tiempo andando, y lo serán, toditos los hombres de sentido común y patriotismo.

«La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor.»

Aviso á todos los librepensadores que quieran vivir en este mundo tranquilamente.

«Los ojos de Jehová en todo lugar están mirando los buenos y los malos.

Que miren no lo niego; que vean lo dudo; pues no es lo mismo una cosa que otra, y además me imagino yo que habría de pasar muy malos ratos Jehová, viendo muchas escenas íntimas de la vida presbiterial.

«Mejor es la comida de legumbres donde hay amor, que buey engordado donde hay odio.»

Más breve y más gráfico: contigo pan y cebolla.

«Todas las cosas ha hecho Jehová por sí mismo; y aun al impio para el día malo.»

Pues me parece que Jehová se graduó en esto

de botarate, tomándose un trabajo dañoso. Con no haber hecho á los impios, ahorrado nos había á todos, y á él primero, ese día malo.

«Mejor es lo poco con justicia, que la muchedumbre de frutos sin derecho.»

Propongo al ministro de Ultramar que haga gravar este proverbio en los títulos de cuantos empleados envíe á Cuba y Puerto Rico, adonde, se dice, que cada cual va... á lo que me callo.

«La ira del rey es mensajero de muerte...»

Voto por la República.

«Mejor es el que tarde se aira que el fuerte; y mejor el que se enseñorea de su espíritu que el que toma una ciudad.»

Guarda bien esto en tu memoria, oh joven librepensador, y procura ser dueño de ti mismo, que vale algo más que ser dueño de un imperio. Si te mandas á tí, mandarás á un hombre: mandando en un imperio, sólo mandarías un rebaño de siervos. La República es el gobierno de los que se mandan á sí propios, no obediendo á rey ni roque, sino sólo á la ley y á la razón.

«Mejor es se encuentre un hombre con una osa, ó á quien hayan robado sus cachorros, que con un fatuo confiado en su necedad.»

De aquí, que huyas como de la peste de todo teólogo, prototipo del fatuo confiado en su necedad.

«Aun el necio cuando calla, es contado por sabio: el que cierra sus labios es entendido.»

Por esto se dijo: al buen callar llaman Sancho.

«El que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio.»

De aquí que los librepensadores digamos atentamente á los católicos antes de responderles, para no atraernos como ellos oprobio replicando sin escuchar, porque se creen depositarios de una ciencia infusa, lo cual es la fatuidad á que alude Salomón.

«El hombre que tiene amigos, ha de mostrarse

»amigo; y amigo hoy más conjunto que el hermano.»

Lo mismo, pero mejor dicho, enseñan estos dos refranes, uno francés y otro castellano.

«Les petits cadeaux soutient l'amitié.»

«Vale más un amigo que cien parientes.»

«Todos los hermanos del pobre lo aborrecen: ¡cuanto más sus amigos se alejarán de él! Buscará la palabra, y no la hallará.»

Por eso los republicanos nos hemos propuesto abolir los pobres, y lo conseguiremos ¡vive Dios! lo conseguiremos, ó la dinamita y el petróleo han de traer tan cariacontecidos á los ricos, que valga ser más verdugo que arzobispo. Ya hemos aprendido la receta, y es sencillísima: «que cada trabajador reciba íntegro el producto de su trabajo.» ¡Pues estaría de ver que el hombre, que se ha igualado al Dios del Paraíso, sabiendo lo bueno y lo malo, no pudiera igualar á un hombre con otro hombre!

«Como el bramido del cachorro del león es la ira del Rey.»

Que bramen cuanto quieran los reyes, yo republicano.

«Como bramido de cachorro de león es el error del Rey.»

Repito que soy republicano.

No me gusta oír bramar: tengo los oídos acostumbrados á Massini y Gayarre.

«Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?»

¡Quién? Cualquier canalla de católico que haya hecho su confesión en regla y recibido el latínajo que le absuelve de toda culpa.

¡El pobrete de Salomón! Bien se conoce que en su tiempo aún no se había inventado la confesión auricular.

«El que compra dice: Malo es, malo es; más en apartándose, se alaba.»

Es cierto. Y como también es cierto que el que

vende dice: bueno es, bueno es; pero en apartándose se ríe del tonto que le ha comprado caro, de aquí que sea una gran verdad aquella de Pedro José Proudhon, cuando decía que el comprador y el vendedor son dos pilletes, en el sistema comercial al uso, que van á quien engaña á quien.

Aviso á esos desdichados electores que esperaban su redención municipal de los independientes candidatos del comercio, tan versados en los negocios que, siquiera por costumbre, han de considerar las alcaldías como una sucursal del mostrador donde tantos sabañones se soplaron en sus mocedades.

«El que cierra su oído al clamor del pobre, también él clamará, y no será atendido.»

Aviso á las clases acomodadas.

«Mejor es morar en tierra del desierto, que con la mujer rencillosa é iracunda.»

Ya antes había dicho que era mejor vivir en un zaquizami que con una mujer rencillosa en buena casa; porque en esto de las malas mujeres y de las pesas cortas, Salomón insiste muchas veces, sin duda pensando que por mucho que dijera sobre ambos asuntos, al cabo de los siglos aún habrían de verse hembras que se agarraran del moño y panaderos que nos robasen el pan.

En esto cuando menos, si así lo pensó, fué profeta.

CIII

«Instruye al niño en su carrera: aun cuando fuere viejo no se apartará de ella.»

Eso es, eso es: por ello tengo tan recomendado á mis amigos que en todas partes establezcan escuelas laicas para educar á sus hijos.

«La necedad está ligada al corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la hará alejar de él.»

Esto de educar á palos á los muchachos, aun

que lo haya dicho al sabio Salomón, me ha parecido siempre una barbaridad.

Recomiendo á los señores aficionados al mosto la siguiente merecidísima filípica salomónica. Oído, que está bien trabajada:

«Para quién será el ay? ¿para quién el ay?
 »para quién las réncillas? ¿para quién las quejas?
 »para quién las heridas en balde? ¿para quién lo
 »amorado de los ojos? Para los que se detienen
 »mucho en el vino, para los que van buscando la
 »mistura. No mires el vino cuando rojea, cuando
 »resplandece su color en el vaso: éntrase suavemente; mas al fin como serpiente morderá, y
 »como basilisco dará dolor; tus ojos mirarán las
 »extrañas (las malas mujeres), y tu corazón hablará perversidades: y serás como el que yace
 »en medio de la mar, ó como el que está en la
 »punta de un mastelero: y dirás: hiriéronme,
 »mas no me dolió: azotáronme, mas no lo sentí: cuando despertare aún lo tornaré á buscar.»

Pues si todo esto sucede al que le gusta excesivamente el vino ¿qué no le acontecerá al que se emborracha de aguardiente!

Otro envite bien dado á la pereza.

«Pasé junto á la heredad del hombre perezoso,
 »y junto á la viña del hombre falto de entendimiento, y he aquí que por toda ella habían ya
 »crecido espinas, ortigas habían ya cubierto su
 »haz, y su cerca de piedra. Y yo miré, y púselo en mi corazón: vílo y tomé consejo.»

Lo vió también Mendizabal, tomó consejo, y desamortizó los bienes eclesiásticos. Gracias sean dadas, pues, al famoso D. Juan Álvarez.

«Para la altura de los cielos, y para la profundidad de la tierra, y para el corazón de los reyes, no hay investigación.»

Es decir, no la había en tiempo del sabio Salomón. Hoy sabemos cuánta es la altura de los cielos y cuánta la hondura de la tierra. Lo que no ha sido posible averiguar es lo relativo al co-

razón de los reyes, y por esto las matemáticas y yo los hemos suprimido. No estamos por ecuaciones irresolubles.

«El que canta canciones al corazón affigido es como el que quita la ropa en tiempo de frío, ó el que sobre el jabón echa vinagre.»

Por esto me han parecido siempre impertinentes los entierros cantados, que tantísimas pesetas valen al cabo del año á la Iglesia.

«Si el que te aborreciere tuviere hambre, dale de comer pan; y si tuviere sed, dale á beber agua.»

Lo copio para que todos esos botarates, que dicen que hasta que se inventaron los Evangelios no hubo en el mundo quien supiere hablar de la caridad, se avergüencen de su ignorancia. La friolera de cuatro siglos antes de que pariera una Virgen, de la cabeza de Salomón, á quien parió en toda regla la buena moza de su madre, había salido esta sentencia, que deja tamañita las mil y una simplezas é imposibilidades de los Evangelios.

«Comer mucha miel no es bueno, ni buscar uno su propia gloria es gloria verdadera.»

¡Si se propondria hacer cosquillas proféticamente Salomón á D. Emilio Castelar en este proverbio!

Otro tiento dado á los perezosos:

«Dice el perezoso: el león está en el camino; el león está en las calles. Las puertas se revuelven en sus quicios; así el perezoso en su cama. Esconde el perezoso su mano en el seno; cánsase de tornarla á su boca. A su vez es el perezoso más sabio que siente que le den consejo.»

Admirable, admirable. Sobre todo lo de que el perezoso se revuelve en su cama tan á gusto como la puerta en su quicio.

Si después de esto, hijos míos, saliereis perezosos como vuestro padre, ¿de qué nos serviría ni á Salomón ni á mí, el trabajo que nos toma-

mos, él escribiendo y copiando yo estos sapientísimos proverbios!

«Como el que enloquece y echa llamas y saetas y muerte, tal es el hombre que daña á su amigo, y dice: ciertamente me chanceaba.»

Sólo un loco, en efecto, ó un miserable hace daño á su prójimo bromeando.

«No te jactes del día de mañana; porque no sabes qué dará de sí el día. Aunque majes al necio en un mortero entre granos de trigo á pisón majados, no se quitará de él su necedad. Como un agua se parece á otra, así el corazón del hombre al otro.»

No eches, hijo mío, en saco roto estos tres proverbios: son tres grandes observaciones.

«El que aumenta sus riquezas con usura y crecido interés, para que se de á los pobres lo allega.»

Lo tendremos presente, para el día de la liquidación responder con esta sentencia salomónica á los que nos vengan con reclamaciones católicas.

Pegados á estos proverbios de Salomón, hallo dos capítulos, el XXX y el XXXI de este libro, que contienen dos quisicosas que llaman profecías, una que dijo un tal Agur, y otra con que al rey Lemuel dicen que le enseñó su madre, no sé á qué, aunque presumo que no sería á hacer hijos.

El bueno de Agur comienza declarando que es hombre rudo, que ni tiene entendimiento, ni sabiduría, ni juicio, por lo que no es de extrañar que ensarte la siguiente retahíla de palabras disparatadas.

«¿Quién subió al cielo y descendió? ¿Quién encerró los vientos en sus puños? ¿Quién ató las aguas en un paño? ¿Quién afirmó todos los términos de la tierra? ¿Cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si sabes?»

No, señor Agur, no lo sabemos ni falta que nos hace. Pase usted adelante.

Pasa, en efecto, y tomando aires sibilinos dice:

«La sanguijuela tiene dos hijas que se llaman »trae, trae. Tres cosas hay que nunca se hartan; aun la cuarta nunca dice, basta. El sepulero y »la matriz estéril, la tierra no harta de aguas, y »el fuego que jamás dice: Basta.»

Todas estas jerigonzas de Agur se resumen en esta grosería, quizá mentirosa: que la mujer estéril es más ardiente que la fecunda. Sin quizá, este profeta no dejó nunca contenta á su costilla, que no consta le diera sucesión.

Puesto en la corriente sibilina, Agur, para decir otra grosería escribe:

«Tres cosas me son ocultas; aun tampoco sé »la cuarta. El rastro del águila en el aire; el rastro de la culebra sobre la peña; el rastro de la »nave en medio de la mar, y el rastro del hombre en la moza.»

La grosería en lo de la moza es manifiesta. Tiene la Medicina Legal la palabra para contestar á este mambrú profético, que insiste en sus sandeces de este modo:

«Tal es el rastro de la mujer adúltera: come, y »limpia su boca, y dice: no he hecho maldad.»

No menos que lavarse á la adúltera la boca á que aquí se alude, le hubiera convenido á Agur lavarse la boca con que profetizó esta indecencia, ni nueva ni interesante.

Cierro esta profecía con este bouquet grosero: ®

«Ciertamente el que exprime la leche, sacará »manteca; y el que recio se suena las narices se »sacará sangre; y el que provoca la ira, causará »contienda.»

Cierto.

Tan cierto como que el que exprime esta profecía no saca de ella un alpiste de sentido común, ni de delicadeza, ni de vergüenza literaria.

La madre del rey Lemuel atiende principalmente en su profecía á aconsejar á su hijo, que no sea borracho y que elija para esposa una buena mujer, cosas ambas que mi madre, sin darse tono de profetisa, me aconsejó muchas veces, de la misma manera que lo aconsejo yo á mis hijos, para que no se pierda en nuestra familia la costumbre de ser sobrios los hombres y honradas las mujeres.

CIV

EL ECLESIASTES

Y vamos al *Libro del Eclesiastes*, ó el Predicador, en que Salomón vertió toda su ciencia infusa, cuando hastiado ya del vino, do la corona y de las buenas mozas, á que fué tan aficionado, quizá enfermo de ictericia, todo lo veía en el mundo de color verdoso amarillento, no hallando cosa que mereciese la pena de incomodarse por ella, á no ser el gran señor de los siete cielos y de la inmóvil tierra, de nombre Jehová, de naturaleza perverso, cuando tanto malo, y tanto necio, y tanto aborrecible encontró en su obra quien con más intimidad le trató después de Moisés y David.

Debo declarar honradamente que este *Libro del Eclesiastes*, aunque no es revelado, ni infalible, ni cosa que se le parezca, como obra literaria y como ensayo de un tratado de filosofía pesimista, es muy diferente de los que llevo hasta ahora comentados. Hay en él grandeza y nobleza en las palabras é imágenes; hay también un fino y delicado examen de la vida, que da ocasión á observaciones profundas; hay, en fin, su poquito de sentido común, pues al declarar la vanidad por fundamento de las acciones humanas, no anduvo del todo descaminado, aunque sí exclusivista, Salomón; entendiéndolo como se debe entender por vanidad aquel noble deseo de ser

aplaudidos y admirados, de que, quien más, quien menos, todos padecemos; no aquel otro anhelo estúpido é irritante de dominar y avasallar á toda costa, que propiamente se denomina orgullo. En la universalidad del sentimiento de la vanidad halla Salomón base suficiente, aunque estrecha, á su filosofía, que apartando al hombre del mundo, le lanzaría á los desiertos de la Tebaida, de hacerla caso, como para su tontera le hicieron los aburridos de los siglos pasados.

El nuestro, curado de desesperaciones bobas, reconoce la grandeza de Salomón como autor del *Eclesiastes*, pero se rie de su filosofía á lo Schopenhauer, que fué un puro antojo, de que él, el primero tuvo buen cuidado de huir, enseñando á todo hombre de buen sentido á hacer lo mismo.

La sentencia culminante de este libro, aparece en las primeras líneas, repitiéndose después á todo propósito y despropósito. Héla aquí: «Vanidad de vanidades; vanidad de vanidades; todo vanidad», acerca de la cual no sé qué cosa pueda decirse, á no ser esta: que siendo todo vanidad, también lo es leer este libro, y más aún comentarle. Consecuencia: que aquí debiera acabar mi trabajo comentarista, y, si no acaba, es precisamente porque Salomón no tiene razón; que no es vanidad, no, dar al traste con la *Santa Biblia*, que nos engendra esos curas trabucaires y esos carcondones hojalateros que tan á mal andar traen nuestro país.

Tras esta sentencia de que todo es vanidad, viene esta otra conocidísima: *nada hay nuevo debajo del sol*: con la cual tampoco estoy del todo conforme, pues nuevo y bueno por añadidura es en España este noble anhelo que experimentamos todos los liberales para destruir estas antiguallas del catolicismo, que se llaman la misa, el viático, la confesión auricular, el celibato del clero, el monacato, el pié de altar y el presupuesto

La madre del rey Lemuel atiende principalmente en su profecía á aconsejar á su hijo, que no sea borracho y que elija para esposa una buena mujer, cosas ambas que mi madre, sin darse tono de profetisa, me aconsejó muchas veces, de la misma manera que lo aconsejo yo á mis hijos, para que no se pierda en nuestra familia la costumbre de ser sobrios los hombres y honradas las mujeres.

CIV

EL ECLESIASTES

Y vamos al *Libro del Eclesiastes*, ó el Predicador, en que Salomón vertió toda su ciencia infusa, cuando hastiado ya del vino, do la corona y de las buenas mozas, á que fué tan aficionado, quizá enfermo de ictericia, todo lo veía en el mundo de color verdoso amarillento, no hallando cosa que mereciese la pena de incomodarse por ella, á no ser el gran señor de los siete cielos y de la inmóvil tierra, de nombre Jehová, de naturaleza perverso, cuando tanto malo, y tanto necio, y tanto aborrecible encontró en su obra quien con más intimidad le trató después de Moisés y David.

Debo declarar honradamente que este *Libro del Eclesiastes*, aunque no es revelado, ni infalible, ni cosa que se le parezca, como obra literaria y como ensayo de un tratado de filosofía pesimista, es muy diferente de los que llevo hasta ahora comentados. Hay en él grandeza y nobleza en las palabras é imágenes; hay también un fino y delicado examen de la vida, que da ocasión á observaciones profundas; hay, en fin, su poquito de sentido común, pues al declarar la vanidad por fundamento de las acciones humanas, no anduvo del todo descaminado, aunque sí exclusivista, Salomón; entendiéndolo como se debe entender por vanidad aquel noble deseo de ser

aplaudidos y admirados, de que, quien más, quien menos, todos padecemos; no aquel otro anhelo estúpido é irritante de dominar y avasallar á toda costa, que propiamente se denomina orgullo. En la universalidad del sentimiento de la vanidad halla Salomón base suficiente, aunque estrecha, á su filosofía, que apartando al hombre del mundo, le lanzaría á los desiertos de la Tebaida, de hacerla caso, como para su tontera le hicieron los aburridos de los siglos pasados.

El nuestro, curado de desesperaciones bobas, reconoce la grandeza de Salomón como autor del *Eclesiastes*, pero se rie de su filosofía á lo Schopenhauer, que fué un puro antojo, de que él, el primero tuvo buen cuidado de huir, enseñando á todo hombre de buen sentido á hacer lo mismo.

La sentencia culminante de este libro, aparece en las primeras líneas, repitiéndose después á todo propósito y despropósito. Héla aquí: «Vanidad de vanidades; vanidad de vanidades; todo vanidad», acerca de la cual no sé qué cosa pueda decirse, á no ser esta: que siendo todo vanidad, también lo es leer este libro, y más aún comentarle. Consecuencia: que aquí debiera acabar mi trabajo comentarista, y, si no acaba, es precisamente porque Salomón no tiene razón; que no es vanidad, no, dar al traste con la *Santa Biblia*, que nos engendra esos curas trabucaires y esos carcondones hojalateros que tan á mal andar traen nuestro país. ®

Tras esta sentencia de que todo es vanidad, viene esta otra conocidísima: *nada hay nuevo debajo del sol*: con la cual tampoco estoy del todo conforme, pues nuevo y bueno por añadidura es en España este noble anhelo que experimentamos todos los liberales para destruir estas antiguallas del catolicismo, que se llaman la misa, el viático, la confesión auricular, el celibato del clero, el monacato, el pié de altar y el presupuesto

del culto y clero que á tantos cuervos sirve de carnaza.

Lo torcido no puede enderezarse, escribe Salomón, después de grandes y majestuosas palabras sobre la vejez incurable del mundo, máxima cruelísima en que se inspiran todos los mantenedores de la pena de muerte, de las por vida, de la eterna minoridad de los pueblos, y por fin, del Estado autoritario absolutista. De ser algo sustancioso el cristianismo, es la abnegación valiente de este absurdo salomónico. Los primeros cristianos, en efecto, aquellos espíritus ingenuos; enamorados de un ideal hermoso, fueron los sostenedores heroicos de la doctrina de la regeneración por la penitencia, del levantamiento después de la caída moral, del enderezamiento de lo torcido que niega aquí rotundamente Salomón. A pesar de las mil y una majaderías que hicieron y creyeron, en este punto los cristianos acertaron, contra el sabio rey, en cuya sentencia se instruyen hoy, renegando en esto como en todo, de lo poquito bueno que tuvo en su tiempo el cristianismo, los católicos todos de ambos mundos.

Dicho esto, se presenta al lector Salomón como rey, como sabio, y como investigador pertinaz de la ciencia. Dice que también le dió por divertirse, pero que conoció ser también esto vanidad; escribiendo con este motivo esta frase profundamente escéptica:

«A la risa dije: enloqueces; y al placer: ¿de qué sirve esto?» frase que parece arrancada de las obras de Espronceda, por lo bella y lo desesperada, pero que no puede pasar de lo que es en sí; un arranque de mal humor ó de hastío.

Declara Salomón cuánto hizo, gozó, atesoró; compara sus obras con las de los demás; compara la sabiduría con la necedad, y á pesar de hallarlo todo vanidad, deduce esta verdad innegable: «la sabiduría sobrepuja á la necedad como la luz á las tinieblas», con la cual, á fuer de li-

brepensador, estoy perfectamente de acuerdo; razón concluyente que me mueve á no darme punto de reposo hasta convencer á todos los españoles de que la ciencia es sabiduría, en tanto que el catolicismo, necedad es, y que aquélla sobrepuja á éste como la luz á las tinieblas.

Pero después de esto, Salomón mira despacio las cosas, y viendo que el sabio y el necio irán á parar á la misma sepultura, se amurria, y exclama: *aborreci la vida*. Con todo, no toma la resolución cursi y cobarde de levantarse la tapa de los sesos con un revólver, como cualquier hortera melancólico de nuestros días, sino que sigue escribiendo... y reinando; pues no hay que olvidar que este filósofo mal humorado era rey, y se las entendía admirablemente con las reinas que le iban á visitar.

He aquí lo que escribe: que es cosa muy triste no saber quién á uno le ha de heredar, y que quizá un necio sea el llamado á gozar de lo que á el tantos afanes le costó hacer. En lo que no tengo nada que objetar, pues tales cosas y personas se ven en el día en España, que si los buenos y honrados jueces de Castilla levantaran la cabeza y vieran quien gobierna á la patria España, de que ellos echaron los inconmovibles cimientos, ¡vaya una rabieta que tomarían!

De todos estos desesperados y espeluznantes principios filosóficos, saca Salomón la siguiente consecuencia, eminentemente moral y saludable:

«No hay, pues, bien para el hombre, sino que coma y beba y que su alma vea el bien de su trabajo.»

A lo cual debe atenderse todo aquel que tenga sentido común, dejándose de belenes teológicos sobre si Cristo fué Dios ó carpintero, ó si el agua del bautismo resfría á los chiquillos ó los limpia de la culpa en que cayó Adán al comerse la manzanita que le regaló su costilla,

Por mi parte, al menos, considero esta máxima del comer y beber y ver el bien del trabajo, el alfa y el omega de todas las teologías inventadas ó por inventar, y aun de la mayor y más mala parte de las filosofías alemanescas.

Tiene además esta máxima la ventaja de que á su autor le fué muy bien con ella. Salomón, en efecto, nos dice entre paréntesis: ¿quién comerá y quién se cuidará mejor que yo? lo que nos permite inducir que el rey sabio se debió dar una vida que yo para mí y todos los librepensadores quisiera.

Franco en todo, debo declarar que la práctica de esta máxima tropieza para muchos con el gravísimo inconveniente de que, aun teniendo hambre y teniendo sed, que es lo primero que se necesita para comer y beber, carecen de dinero. lo que parece nada y es una montaña. Como todo el mundo se podría proporcionar comida y bebida es lo que nos debiera haber declarado Salomón. O no supo como esto se podría arreglar, con grave deshonra de su ciencia infusa, ó no quiso decirlo, con poco crédito de sus sentimientos de honradez. De aquí que sea hoy un problema el socialismo, destinado á llenar esta laguna del *Eclesiastes*: de aquí que yo, aunque tengo á Salomón por un gran escritor, de su ciencia y del que se la infundió en Gabaon, me ría como de un par de cuitados, parecidos á aquel que cuando alguien llegaba á visitarle estando comiendo, le preguntaba inmediatamente con mucho interés.

—¿Has comido?

Si el interpelado contestaba:

—Sí.

Indefectiblemente respondía:

—Porque si no, podías acompañarme á hacerlo.

Mientras que si contestaba que no, le decía secamente:

—¡Pues, ya es hora!

Decirnos cómo todos podríamos comer y beber bien, es lo que hubiera tenido mérito, que saber que en ello y en ver el buen fruto del trabajo consiste la humana felicidad posible, eso lo sabe cualquier hijo de vecino que no es tonto, ó dado á los embolismos de la teología.

CV

Dice Salomón, con muy elegantes palabras, en el cap. III del *Eclesiastes*, que en este mundo hay tiempo para todo, lo mismo para sembrar que para recoger. No le iré á la mano en ello, puesto que era un sabio; pero en cuanto á mí, debo declarar que, si he tenido tiempo toda mi vida de echar á la lotería, esta es la bendita hora que aún el premio gordo no me ha tocado, y eso que le tenía destinado al noble y levantado objeto de buscarles las cosquillas á los clérigos estableciendo misiones de predicadores del libre pensamiento en Villabrutanda y otras villas de brutos eminentemente católicas, que el discreto geógrafo taurómaco *Sobaquillo*, el de *El Liberal*, ha descubierto viendo matar toros á *Lagartijo* en esta España monárquica de un rey en perspectiva de echar los colmillos.

Pero si yo no he tenido tiempo de sacar el premio gordo, en cambio Salomón le tuvo para decir esta tontería: «he entendido que todo lo que Dios hace, eso será perpetuo»; pues creo yo que, siendo todo transitorio, desde la mariposa á la montaña, ó hay que deducir que no hay Dios, ó que Salomón escribió una bobada, que es á lo que me arrimo, pues está visto que, así que se habla de teología, surge el disparate espontánea y naturalísimamente. No hay otra perpetuidad que la de que todo pase en el mundo, que todo se transforme y mude. Si resucitara Salomón, se convencería de ello al observar que del mismísimo Dios Jehová, á quien él tanto temía, se burlan hoy sin piedad los adoradores de

otros dioses, no menos que aquel feroces é iracundos, que poquito á poco irán las gentes discretas poniendo en berlina.

A vueltas con lo perpetuo, Salomón dice algo que va por camino que no entiendo en las siguientes palabras: «aquello que fué, ya es, y lo que ha de ser, fué ya»; que dejo á los comentaristas católicos, que se pirran por lo obscuro y enrevesado. A mí me gustan las cosas claritas: lo turbio, aunque sea verdad, tiene para mí el gran defecto de embarullar los conceptos.

«Por que el suceso de los hijos de los hombres y el suceso del animal, el mismo suceso es; como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos: ni tiene más el hombre que la bestia, porque todo es vanidad.»

Quita lo de que todo es vanidad y dime: escribió esto Salomón ó lo ha escrito Carlos Darwin?

Y como si le pareciera poco positivismo, el rey de Jerusalén, metiéndose en honduras á que no descendió el sabio naturalista inglés, remacha el clavo con el siguiente martillo:

«¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra?»

Eso mismo pregunto yo: ¿quién lo sabe? ¿Cómo, pues, llamaremos Salomón y yo á esos hijos de Villabrutanda, vestidos de clérigos, que nos llevan dos pesetas por una misa en sufragio de una alma que, subiendo hacia arriba, dió de cabeza en el Purgatorio? Eso digo, y digo más: ¿Quién sabe siquiera que el hombre y el animal tengan espíritus en perpetua subida y bajada? ¿Quién es el majo que lo tiene averiguado?

En esto conozco yo que Salomón fué un sabio: en que estos dos versículos chorrean sabiduría. **E** «Vi más debajo del sol: en lugar del juicio, allí la impiedad; y en lugar de la justicia, allí la iniquidad.»

Como se ve, la iniquidad y la impiedad son añejas debajo del sol. Aviso á esos tontos admiradores de una virtud antigua, que es una pura mentira. Y, como tengo observado que, desde el principio del mundo hasta hace poco, siempre ha habido clérigos y reyes, con este ó el otro nombre, con este ó aquel disfraz, por suprimirlos voto; que me temo que ellos son los factores principales de la impiedad y de la injusticia, que ya en tiempos de Salomón andaban sueltas por el mundo.

Habla un rey: oído, que es el rey Salomón.

«Y tornéme yo, y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol; y he aquí las lágrimas de los oprimidos, y sin tener quien los consuele, y la fuerza estaba en la mano de sus opresores, y para ellos no había consolador.»

Dura cosa vió Salomón, que es la misma dura cosa que he visto yo: oprimidos y tristes, sin amparo y sin consuelo. Mas él podía remediarlo; pero como rey que era, en vez de hacerlo se desespera y dice que son más felices los muertos que los vivos, y más que unos y otros los que todavía no han nacido. Yo que ni soy rey, ni aunque me lo pagaran doble que ahora lo pagan lo sería, en vez de desesperarme y decir tonterías sobre la felicidad de los muertos y los no nacidos, he puesto mi buen humor á servicio de la buena causa, y me he echado la siguiente cuenta. ¿Quiénes son los opresores de los pueblos? Los reyes. Pues á combatirlos con brío, hasta ver todas las monarquías convertidas en Repúblicas, principalmente esta monarquía española que tanto oprime. ¿Y quiénes son los que ponen tristes á los pueblos? Los presbíteros, con el coco del Infierno y el embuste del Purgatorio. Pues firme en ellos, hasta verlos á todos bien casados y trabajando en cosas útiles para mantener á sus hijos. Y aquí me tienes, lector amable, en satisfacción de mi buen propó-

sito, descatolizando incautos en estas NOTAS.

Otra mala cosa que vió Salomón... «que todo »trabajo y toda rectitud de obras, mueve la envidia del hombre contra su prójimo.»

Yo también lo he visto y no le hallo tan fácil remedio como á lo de la opresión y tristeza de los pueblos. Antes que curar de la envidia que producen á los escritorzuelos católicos la rectitud de obras de *Las Dominicales*, me comprometería á hacerle salir el pelo de la barba á don Cristino Martos, orador ilustre para quien están de más en el mundo los barberos y las navajas de afeitar.

Otra vanidad salomónina.

«El hombre solo, y sin sucesor: que no tiene »hijo ni hermano; mas nunca cesa de trabajar, »ni sus ojos se hartan de sus riquezas, ni se pregunta: ¿para quién trabajo yo y defraudo mi alma del bien?»

De acuerdo y á otra.

Yo, que tanto he dicho y hecho en favor de la coalición republicana; que sigo creyendo en su necesidad, sino hemos de andar toda la vida tocando el violón político, quiero aquí copiar lo que escribió Salomón en favor de la unión, á ver si algunas almas de cántaro se apean del burro de su orgullo ó del asno de su intransigencia.

«Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el »uno levantará á su compañero; mas, ¡ay del »solo!, que cuando cayere, no habrá segundo »que lo levante. También, si dos durmieren juntos, se calentarán; mas ¿cómo se calentará uno »solo? Y si alguno prevaleciere contra el uno, »dos estarán contra él; y cordón de tres dobleces »no presto se rompe.»

Cuando pienso que ya Salomón predicaba la coalición republicana en el *Ec'esíastes*, y pienso que una persona tan leída y con tan vehementes

inclinaciones al diaconato como D. Emilio Castelar, envió de paseo á los amigos míos que fueron á invitarle para entrar en la coalición, concluyo por reirme de la infabilidad de los profetas mayores y menores, y de aquellos pacientes correligionarios míos que sufren las inmensas petulancias de algunos que parecen grandes, y, sin embargo, medidos en versículos de Salomón, resultan tan chiquitos y tan impotentes para dar á luz lo que han concebido, como la desdichada Lolilla.

CVI

De cómo pensaba Salomón que se debe rezar.

«No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se »apresure á proferir palabra delante de Dios: »porque Dios está en el cielo y tú sobre la tierra: »por tanto, sean pocas tus palabras.»

Yo no creo en la eficacia de los rezos á Dios, sino en las buenas obras para con el prójimo, pero de todas suertes, he copiado estas palabras del sabio Salomón, profeta él, iluminado él, para que salgan de su estúpida necesidad esos rezadores en familia de inacabables rosarios y letanías. Ellos, ¡los bobos! se creen que hacen algo meritorio, cuando lo que hacen es lo siguiente, que dice el sabio:

«Porque como de la mucha ocupación viene »el sueño, así de la multitud de palabras viene »la voz del necio.»

Necio, pues, por testimonio de Salomón, ese vulgo católico que, bajo la dirección é iniciativa de un clérigo, subido en un púlpito, se deshace en un mar de palabras silbantes, rezando las novenas de Santa Rita, abogada de imposibles, por el mes de Mayo y la de San Antonio, el que proporciona novios á las muchachas, en la primera quincena de Junio.

De aquí también que se hagan insufribles é inquantables esos caballeros á la mema usanza,

que al sentarse á la mesa, lo mismo que al levantarse de ella, ya estando en familia, ya teniendo huéspedes, encajan su *Pater-noster* y su *Benedicite*, mientras se enfria la sopa ó se echa la sosiega. Mala peste sobre ellos y su religiosidad, que ensucia la oración con la pringue de las servilletas, y empuerca el rezo con los vahos del puchero.

Después de tronar contra los avaros, ¡duro en esa gèntuza! y de proporcionar un consuelo tonto á los que viven oprimidos, diciéndoles que también sobre los reyes está la providencia de Dios, vuelve Salomón á su tema de que lo que importa en este mundo es comer, beber, pasarlo bien y estar contento.

Esta es también la mía... y lo demás pamplinas.

Contiene el capítulo VII un conjunto de máximas en que hay de todo, pues si es una tontería decir que es mejor el día de la muerte que el del nacimiento, en cambio estoy de acuerdo con Salomón en que «mejor es oír la reprensión del sabio que la canción de los necios», por lo cual cierro el oído á esas salves cantadas con que atruenan en las iglesias y escucho la reprensión cariñosa de todos los sabios verdaderos que ha habido, los cuales todos ellos en el transcurso de los siglos han predicado en contra de la superstición y del fanatismo.

Leo además en este capítulo:

«Nunca digas: ¿qué es la causa que los tiempos pasados fueron mejores que estos? Porque nunca de esto preguntarás con sabiduría.»

Sentencia en cuya virtud se gradúan de necios ese montón de botarates que siempre están declamando en favor de los gloriosos tiempos del absolutismo, entre los cuales, aunque parezca mentira, se cuentan muchos jóvenes. Verdad es que han sido empollados por la Iglesia, que sólo crea espíritus enclenques, y que hablan contra

el progreso en los vagones de un ferrocarril.

Una que dió en el clavo Salomón:

«Buena es la ciencia con la herencia, y más á los que ven el sol. Porque escudo es la ciencia y escudo es el dinero; mas la sabiduría excede en que da vida á sus poseedores.»

Que todo el mundo sea, sino sabio, ilustrado al menos; que todo bicho viviente, ya que no sea rico, tenga cuanto haya menester; hé aquí á lo que aspira el librepensamiento y realizará mediante la República. Quizá no pensó Salomón al escribir estos dos versículos, que en ellos me dejó la quinta esencia de mi programa de gobierno.

Otra, dada también en el clavo.

«No seas demasiado justo ni seas sabio con exceso, porque te destruirás.» Penetrado de la profundidad de esta máxima, toda la vida me he reido de esos caballeros de obispos y de frailes, que tienen por oficio *ser demasiado justos*, y de esos ganapanes de profesores de teología que lo saben todo y un poquito más, siendo pintiparados *los sabios con exceso* de que nos habla aquí Salomón.

«Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga bien y nunca peque.» Esto dijo el sabio rey de Israel.

Los castellanos decimos, «el que quiera caballo sin tacha, que se ande á pie», y pensamos honradamente que el Papa mismo, con ser Papa, tendrá su bolsa sin fondo de pecados.

Aviso á los curiosos impertinentes.

«Tampoco apliques tu corazón á todas las cosas que hablaben; porque alguna vez no oigas á tu siervo que habla mal de ti. Porque tu corazón sabe, cómo tú también dijistes mal de otros muchas veces.»

Más corto y más claro: «el que escucha su mal oye» De aquí que yo haga tanto caso de lo que hablan los católicos de mí como de las nubes de antaño.

Luego la emprende con las mujeres, de quienes dice las atrocidades siguientes:

«He hallado más amarga que la muerte la »mujer; la cual es redes y lazos su corazón; sus »manos como ligaduras. El bueno delante de Dios »escapará de ella; mas el pecador será preso en »ella. He aquí, esto he hallado, dice el Predica- »dor, mirando las cosas una por una para hallar »la razón; lo que aún busca mi alma y no en- »cuentro: un hombre entre mil he hallado; mas »mujer de todas estas nunca hallé.»

De vivir Salomón, merecería que las mujeres no le dejaran hueso sano ni un pelo en la cabeza. Mira, lector, que afirmar que no hay una mujer buena, es un poco fuerte. Pues más fuerte todavía me parece que las mujeres, que de tan mala y tan injusta manera fueron tratadas por los profetas, sean en el día, en manos de los clérigos que las explotan, el sostén de esa ruina que se llama Iglesia católica.

«No hay hombre que tenga potestad sobre su »espíritu para retener el espíritu, ni potestad so- »bre el día, de la muerte; y no valen armas en »tal guerra.»

Cierto, y porque no valen armas en tal guerra, me río yo de las procesiones rogativas y de las novenas, y de los que las hacen, y de los que á ellas asisten. Todos esos embolismos en que se meten unos y otros, son espadas de Bernardo y carabinas de Ambrosio, con que los clérigos sacan á los tontos las pesetas.

Cada vez más positivista, Salomón escribe en el capítulo IX del *Eclesiastes* estas sabias palabras:

«Aún hay esperanzas para aquel que está en- »tre los vivos, porque mejor es perro viejo que »león muerto: porque los que viven saben que »han de morir; mas los muertos nada saben ni »tienen más paga: porque su memoria es puesta en olvido: también su amor, y su odio, y su en- »vidia feneció.»

De aquí deduzco que es la mayor de las localinañas las misas por los difuntos. A buen seguro que por ninguna de ellas diera dos pesetas el sabio Salomón, que vuelve al *ritornello* de que lo que interesa es comer bien, vivir alegre, gozar con la mujer que se ama y dejarse de embolismos teológicos.

A esto te aten, lector amigo, á esto te aten y á traer pronto la República y... ande el movimiento, que dicen los barquilleros.

«Tornéme, y ví debajo del sol, que ni es de los »ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, »ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes »la riqueza, ni de los elocuentes el favor; sino »que tiempo y ocasión acontece á todos.»

¡Cómo, si no fuera esto una verdad como un templo, nos explicaríamos el favor que goza en palacio el general Martínez Campos, y que pase Alonso Martínez por un Licurgo!

«Mejor es la sabiduría que las armas de gue- »rra: mas un pecador destruye mucho bien.»

Digalo sino aquel pecador de Pavia y Rodríguez de Alburquerque, comprendido por su barrabasada del mes de Enero de 1874 en docena y media de artículos del Código penal, que no han prescrito.

No hay que olvidarlo, ciudadanos, no hay que olvidarlo.

CVII

Yo bien quisiera este año, como tantos otros que le han precedido, no complicar las cosas, y pasar el verano junto al mar en el *dolce far niente* de los italianos, meditando tranquilamente á la sombra de una *cajiga* la manera más rápida y cómoda de dar al traste en España con la Santa Iglesia Católica, que tantos millones y tantos disgustos nos cuesta á los liberales, ó en los procedimientos más adecuados y seguros de poner fin á la flicción do derecho en que se funda-

menta la Monarquía, que si menos millones nos cuesta, aún más disgustos nos da que la Iglesia; pareciéndose en esto á dos hermanas gemelas queridas de cierto amigo mio, á medio encanecer, a quien entre las dos han dejado calvo del todo, arrancándole la una los pelos blancos y la otra los negros para que estuviera más guapo al gusto privativo de cada una de ellas. Pero, esta vista, que este año, hasta junto al mar, y á la sombra de las cajigas hay que trabajar en descatolizar incautos, oficio que se va poniendo de moda, y en que voy á sudar la gota gorda interin no se aperciben de que ya produce dinero los conservadores: que así que ellos huelan este queso, temo que me han de formar causa por neo-católico: que en competencia de un centenar de duretes mensuales, conservadores y curas conozco yo muy hombres para denunciarme por robo de la catedral de Colonia, y decir que me he guardado la Giralda en el bolsillo. Trabajaré, pues, junto al mar, en donde desde aquí veo los dos palos y las dos chimeneas de un magnífico vapor de la *propaganda fidei*; pues va llevando de ola en ola el nombre de Pio IX con que le han bautizado, sin duda para que ponga en ridiculo la nomenclatura náutica, y meta en puertos de herejes el silbado *Syllabus* que hizo célebre á su patrono, que de creer yo en el Infierno, allá le iría á buscar en la caldera en que hierven los masones, seguro de encontrarle bailando una zarabanda y trazando ángulos con piernas y brazos en el suelo y en el aire. Pero no iré, que hace allí mucho calor, y ya que huyendo de él me he venido á estas deliciosas playas del santanderino Sardinero, no es justo que por ver cosa tan común y vulgarona como es un papa en los infiernos, vaya á perder esta frescura que tantas fatigas me ha costado encontrar. Además, allí no podría trabajar, y es preciso hacerlo, correspondiendo con fino amor al cariño del público hacia estas NOTAS,

Quedamos, pues, entrando en materia bíblica y fusilable, en que el general Pavia, por su barrabasada del 3 de Enero se halla comprendido en una docena de artículos, no prescritos del Código penal, cosa que encomendaba á la buena memoria de los buenos ciudadanos; y esto lo fundaba en la sentencia de Salomon que dice: «mejor es la sabiduría que las armas de guerra; mas un pecador destruye mucho bien.»

Después hallo que el mismo sabio inspirado dijo dos tonterías. Primera: «las moscas que mueren, malean la suavidad del perfume» (así lo encuentro canónicamente traducido, en lo cual el disparate es manifiesto, pues no sé yo qué tenga que ver con la perfumería de Frera un moscardón que andaba ahora mismo molestándome y acabo de aplastar de un manotazo sobre una estampita, horrorosa y cursilona que representa á las almas de los pecadores ardiendo en el fuego del infierno. Segunda: «El corazón del sabio en su derecha, y el corazón del necio en su izquierda, de donde podríamos deducir lógicamente que la sabiduría y la necedad dependen de la colocación á manderecha ó manizquierda en el pecho de esa piltrafa que llaman corazón: porque si otra cosa quisiera decir, ya la atajó Benjamín Franklin hace un siglo en su «Memorial de la mano zurda», cuya lectura recomiendo á todos los tontos católicos del universo que pacen la alfalfa de las predestinaciones y hacen juegos de palabras sobre lo derecho y lo siniestro.

«Hay otro mal que vi debajo del sol: que como »por yerro sale de delante del príncipe: que un »necio está puesto en alta dignidad, y que los ricos están sentados en lugar bajo.» Acepto integras, en deshonra de la monarquía, estas palabras, á excepción del *por yerro* en el príncipe; porque ser estos ingratos, y torpes, y enemigos de los hombres de mérito, y dadivosos para con los miserables aduladores de sus vicios y neceda-

des, es la regla universal. Elias explican por qué Sagasta es ministro cuando Zorrilla está en el destierro; por qué Villaverde atropellaba estudiantes, cuando Pi y Margall, metidito en su casa, escribe la *Historia de América*; por qué Romero Robledo triunfaba como conservador y zascandilea como reformista, al tiempo que Salmerón calla en Galicia ó hablaba en su cátedra; por qué ciertas damas tienen corte, destrozando el castellano, cuando Rosario de Acuña, que le habla y le escribe como los arcángeles, anda de sierra en Breña por Asturias levantando los corazones de los trabajadores y fustigando la cerviz de los aristócratas del presupuesto. Además, explican otras muchas cosas, que hacen republicano á cualquiera hombre de bien que tenga un poco de pesqui, y en que ahora no quiero entretenerme, porque las dijo de más bulto Salomón. Pongo por caso:

«Desdichada de tí, tierra, cuyo rey es NIÑO.» (Así como suena, NINO; cap. X, vers. XVI.) Pues si Salomón levantase la cabeza y viese la tierra de España, cuyo rey es un mamoncillo que aún no ha echado los cordales y ya ha cobrado sus diez milloncejos de pesetas, que gasta su mamá, una señora austriaca que iba para monja allá en su tierra, donde la fueron á buscar para reina de los españoles, ¿qué no diría? Llamarla desgraciada le parecería poco, como me parece á mí: la llamaría *degradada*, y, á pesar de su corona, puede que agarrara una tranca y les tentase con ella las costillas, á tanto monárquico de relumbrón y desbarajuste como mama á la sombra del mamoncillo, y nos da por razones de política los regueldos de su estómago repleto. Pero no la levantará, y hasta que otros se levanten, movidos de patriótica vergüenza, habremos de divertirnos á costa de nuestro bolsillo y de nuestro honor, en ver fumar á otro nuestro cigarro, y contentarnos con oler el humo.

¡Digno oficio de españoles sin audacia! Otra sentencia de meollo que he dejado trasconejada en este décimo capítulo.

«Ignora el hombre lo que fué antes que él; y lo que será después, ¿quién se lo podrá mostrar?»

En estas palabras fundo mi creencia de que Salomón nunca leyó las chifladuras del *Génesis* acerca de la creación en seis días y uno de descanso ó huelga que aun le dura á Jehová, ó que si las leyó hizo de ellas tanto caso como de las coplas de Calainos. De otro modo, no se concibe que dijera que el hombre ignora lo que fué antes que él, cuando los católicos saben puntualmente que estaba durmiendo Adán, cuando Dios, ejerciendo á la vez de cirujano y alfarero, le sacó bonitamente una costilla, y bonitamente le hizo de ella una mujer para que le espulgase y otros menesteres, agrietando por distracción el chirimbolo, como le sucede á un amigo mío, que tiene siete hijas, todas hijas, solas hijas. Y en ella fundamento también mi risa hacia todas esas paparruchas de antiguallas, de que Tubal fué el padre de todos los españoles, y que Santiago á caballo peleó en una batalla á favor de los cristianos, ateniéndome á esto, como en otras cosas, á lo que la sana razón me dicta, que es poner en cuarentena cuanto vale dinero á los presbíteros.

«Echa tu pan sobre las aguas que pasan: que al cabo de mucho tiempo lo encontrarás.» Un cuerno para Salomón y para el tonto que tire su pan al río, pensando que lo ha de encontrar. Yo al elegante y hermoso refrán de mi tierra me atengo: *haz bien, y no mires á quien*, y á esas barbaridades mal traducidas del hebreo, en las cuales, aún entonadas por la Iglesia, con la soledad de la *inspiración*, hay la mitad de la sabiduría y caridad que en las propias, hijas legítimas del buen sentido castellano.

Signe una cáfila de refranes, por lo general desgraciados. Véase la clase. «Si las nubes estu-

vieren cargadas, derramarán lluvia sobre la tierra.» Muchas veces sucede lo contrario, por lo que escribió Quevedo estas palabras: «Señal de lluvia; ver llover.» y el pueblo dice: «cuando Dios quiere con todos los vientos llueve.»

«Si el madero cayere hacia el Austruo, ó hacia el Aquilón, en cualquier lugar que cayere, allí quedará.» Lo que es una simpleza, á menos que profetizase aquí Salomón sobre los católicos, que á semejanza de los maderos, allí donde un jesuita los pone, allí como unos tarugos se están.

«El que observa el viento no siembra; y el que atiende á las nubes, jamás segará.» Por todo ello vale esta ironía castellana: «si por miedo á los gorriones no se hubiera de sembrar!»

Paso por alto una porquería en que dice Salomón que nadie sabe cómo se le erian huesos en en el vientre á una mujer, punto de caramelo sobre el cual cedo la palabra á los grandes fisiólogos modernos, contentándome yo con apuntar, que aun hallo más admirable que dentro de un huevo se erien los huesos de un pollito, con sólo que una eñeca se le ponga encima veintiún días justos y cabales.

Advierte prudentemente que se divierta el joven cuanto pueda, ya que ha de llegar á viejo, apunta que Dios le espera, como un juez, al término de todas las aduanas, y pasa Salomón al último capítulo de su libro, en que nos larga cada metáfora, que tiemblan y tiritan en ellas las cuatro partes de la gramática. Leamos despacio.

«Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud antes que venga el tiempo de la aflicción, y se acerquen los años de los que digas: no me placen: «antes que se oscurezca el sol, y la luz, y la luna, y las estrellas, y vuelvan las nubes después de la lluvia» (esto quiere decir, según el P. Scio, antes que debiliten la razón, el juicio, la memoria y la imaginación: á mi modo de ver lo mismo podría decir antes que se pierda la simien-

te de los cañamones): «cuando se conmovieron las guardas de la casa» (la Iglesia quiere que estas sean las piernas y los brazos, ¡disparatar est!) «y vacilarán los varones muy fuertes» (para los católicos son los colmillos, como pudieran ser los sargentos de la guardia civil), «y estarán ociosas las que muelen en corto número» (dientes y muelas quisieron los concilios que las piedras de este molino), «y se oscurecerán los que miran por las ventanas» (estos son los ojos canónicamente hablando), «y cerrarán las puertas en la plaza, por la voz baja del que muele» (esto permanece aun sin determinar por la Iglesia que sea fijamente), «y se levantarán á la voz del ave, y se ensordecen todas las hijas del canto» (estas son las orejas, como pudieran ser las hembras del ruiseñor).

Paréceme que los abusos metafóricos de nuestros cultos son tortas y pan pintado al lado de estos exabruptos bíblicos, y que las salidas interpretativas de los comentaristas católicos dejan atrás á los comentarios de nuestras leyes de Partida; pero todo ello es nada en comparación del texto siguiente en que se sigue describiendo la vejez, y acerca de cuyos comentarios nada diré por abreviar, remitiendo las risas del lector á las notas que les pone el P. Scio de San Miguel, inocente varón que puso la *Biblia* al alcance de las carcajadas castellanas.

«Temerán también los lugares altos, y tendrán miedo en el camino, florecerá el almendro, se engrosará la langosta, y se disparará la alcaparra, porque irá el hombre á la casa de su eternidad, y le rodearán en la plaza plañidores.»

«Antes que se rompa la cuerda de plata, y se corra atrás la venda de oro, y se quiebre el cántaro sobre la fuente, y se haga pedazos la rueda sobre la cisterna.»

No es extraño que el escritor ampuloso y desbarajustado que en tales mentecateces se explaya

para significar la vejez, como es decir que se «disipará la alcaparra» para expresar la falta de apetito en los viejos, y llama «cuerda de plata» quizá á la espina dorsal y «venta de oro» no sé á qué, después de llamarse sabio á boca llena, cierre su discurso así: «teme á Dios,» diciendo que esto es el alfa y el omega de la sabiduría. Lo extraño es que aún haya tontos en el mundo que paguen el culto y clero que estas cosas explota, y que á título de esta explotación, en que van á la parte cientos de pillines, que he conocido hechos unos perdidos en su juventud y en la mía, los vea yo ahora en esas mismas iglesias, donde tantas picardías hicieron, besar las losas compungidos, atracarse de rezar y besar la mano á los jesuitas. ¡Tunarras! ¡Devolved á los pobres que habéis explotado los miles de duros que amontonásteis en una vida de avaros y crapulosos, y dejáos de hacer los necios catolizantes! ¡Si á nadie engaña vuestra hipocresía! ¡Si oyerais los horrores que de vosotros me dicen los sencillos adoradores de la justicia!

CVIII

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Si hubiera Dios, cosa que me tiene perfectamente sin cuidado averiguar, le rogaría, ahora que, comenta comentando, y, poniendo en carnicatura la Religión de nuestros venerandos abuelos, que de todas las humanas instituciones es la más ridícula, he llegado á EL CANTAR DE LOS CANTARES, «el cual es de Salomón,» le rogaría—repito—que me tuviera de su mano y pusiera tiento en mi pluma, en el caso, que dudo, de que Dios tuviese mano ó fuese aficionado á tientos, cosa de manipulación también; por más que alguno conozco yo muy de cerca, tan dado á la tentaruja, que de noche, en diligencia y buena compañía no perdió ocasión, si le dieron pie, de

emplear los pies mismos, desprovistos de botas, al propósito, en tentamientos más ó menos católicos, quiero decir, universales; porque esos sandios de apostólicos romanos integristas y católicos, hoy á la greña, le van comiendo la significación á su nombre de católicos hasta el extremo de que, ni el mismísimo Roque Barcia, el del están verdes de Cartagena, fuera capaz por las etimologías de sacarle la punta de su universalidad al catolicismo.

Y, si digo que rogaría á Dios que pusiera tiento en mi pluma, ¡vive Dios! (y ve, lector, como abusando del deísmo, caigo en obligada cursilería) ¡Vive Dios! que no lo haría por miedo á los fiscaletes de imprenta, genticilla de que se me da una higa, ni más ni menos que de los arzobispos, y que de cualquier pobrete que, no sabiéndose ganar el pan en un trabajo independiente, hace de la conciencia un comodín con sueldo para poder llevar á su mujer con sombrero y él mismo gastar guantes pudibundos que le tapen las manos, en que á poco que se repare se advierten nigromáticamente señales indelebles de que adularán esotro día la República como adulan hoy la monarquía, esto es, á razón desde dos pesetas á cinco dures diarios, «todos los días.»

Porque discurro yo, y obro en consonancia de este discurso, que mi libertad de escribir no depende, desde Sagasta á un fiscal, que cualquiera que el sea puede considerarse el último, de ningún ministerial nacido, sino de esta voluntad mia inquebrantable de decir la verdad, tal como yo la entiendo, á cuento y riesgo previstos de denuncias, fianzas, encarcelamientos y destierros, en que si por acaso me viera, escribiría también, y, en tonos tales, ¡vive Dios! otra vez, que con la linterna de Rochefort había de alumbrar hasta los retretes del Palacio Real, de modo que si piensa alguno que, con denuncias injustificadas, como las del número anterior de *Las Dominica-*

para significar la vejez, como es decir que se «disipará la alcaparra» para expresar la falta de apetito en los viejos, y llama «cuerda de plata» quizá á la espina dorsal y «venta de oro» no sé á qué, después de llamarse sabio á boca llena, cierre su discurso así: «teme á Dios,» diciendo que esto es el alfa y el omega de la sabiduría. Lo extraño es que aún haya tontos en el mundo que paguen el culto y cléro que estas cosas explota, y que á título de esta explotación, en que van á la parte cientos de pillines, que he conocido hechos unos perdidos en su juventud y en la mía, los vea yo ahora en esas mismas iglesias, donde tantas picardías hicieron, besar las losas compungidos, atracarse de rezar y besar la mano á los jesuitas. ¡Tunarras! ¡Devolved á los pobres que habéis explotado los miles de duros que amontonásteis en una vida de avaros y crapulosos, y dejáos de hacer los necios catolizantes! ¡Si á nadie engaña vuestra hipocresía! ¡Si oyerais los horrores que de vosotros me dicen los sencillos adoradores de la justicia!

CVIII

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Si hubiera Dios, cosa que me tiene perfectamente sin cuidado averiguar, le rogaría, ahora que, comenta comentando, y, poniendo en carnicatura la Religión de nuestros venerandos abuelos, que de todas las humanas instituciones es la más ridícula, he llegado á EL CANTAR DE LOS CANTARES, «el cual es de Salomón,» le rogaría—repito—que me tuviera de su mano y pusiera tiento en mi pluma, en el caso, que dudo, de que Dios tuviese mano ó fuese aficionado á tientos, cosa de manipulación también; por más que alguno conozco yo muy de cerca, tan dado á la tentaruja, que de noche, en diligencia y buena compañía no perdió ocasión, si le dieron pie, de

emplear los pies mismos, desprovistos de botas, al propósito, en tentamientos más ó menos católicos, quiero decir, universales; porque esos sandios de apostólicos romanos integristas y católicos, hoy á la greña, le van comiendo la significación á su nombre de católicos hasta el extremo de que, ni el mismísimo Roque Barcia, el del están verdes de Cartagena, fuera capaz por las etimologías de sacarle la punta de su universalidad al catolicismo.

Y, si digo que rogaría á Dios que pusiera tiento en mi pluma, ¡vive Dios! (y ve, lector, como abusando del deísmo, caigo en obligada cursilería) ¡Vive Dios! que no lo haría por miedo á los fiscaletes de imprenta, genticilla de que se me da una higa, ni más ni menos que de los arzobispos, y que de cualquier pobrete que, no sabiéndose ganar el pan en un trabajo independiente, hace de la conciencia un comodín con sueldo para poder llevar á su mujer con sombrero y él mismo gastar guantes pudibundos que le tapen las manos, en que á poco que se repare se advierten nigromáticamente señales indelebles de que adularán esotro día la República como adulan hoy la monarquía, esto es, á razón desde dos pesetas á cinco dures diarios, «todos los días.»

Porque discurro yo, y obro en consonancia de este discurso, que mi libertad de escribir no depende, desde Sagasta á un fiscal, que cualquiera que el sea puede considerarse el último, de ningún ministerial nacido, sino de esta voluntad inquebrantable de decir la verdad, tal como yo la entiendo, á cuento y riesgo previstos de denuncias, fianzas, encarcelamientos y destierros, en que si por acaso me viera, escribiría también, y, en tonos tales, ¡vive Dios! otra vez, que con la linterna de Rochefort había de alumbrar hasta los retretes del Palacio Real, de modo que si piensa alguno que, con denuncias injustificadas, como las del número anterior de *Las Dominica-*

les, en que se pedía buen aguardiente para los buenos bebedores españoles, y no el malditísimo menjurje que nos dan los alemanes, me han de encoger los ánimos, aviado está ese *tal, y cual*, sea *iscal ó general, monumental* admirador del *imperial amineal*, que produce cada modorra filosófica, que el bebedor de ello sueña con virgenes que paren, burras que discursen, santos que predicán á los peces, cerdos consagrados y obleas con hombres dentro, ni más ni menos que un católico huero de los pocos que van quedando en uso.

Si yo pidiera á Dios tiento para mi pluma, sería en honra y decencia del público que se digna reirse conmigo en estas *Notas* de la sagrada escritura; pues si á los señores fiscales, y al ministerio que los paga, y á la monarquía que liberrimamente elige sus ministros no temo disgustarles, al pagador universal y un poco *stultus*, como el conde D. Gil de *El mo. tuero de Subiza*, que es el pueblo, le tengo un tan profundísimo respeto y un tan grandísimo amor, que antes que ofenderle prefería hacer un viaje de recreo por mar, como el que me acaba de salir el último que he hecho, en que he pasado catorce aburridas horas envuelto en tan espesa niebla, que ni atrás ni adelante nos fué posible tirar, como les pasa á esos desventurados que ni se atreven á declararse librepensadores, ni cuando comulgan, *una vez al año*, sienten que pase más que pan, y eso escaso y pegajoso, por sus gañotes.

Más que arte náutico, más que pericia, más que atrevimiento para navegar entre bajos y escollos con densa niebla, se necesita de arte de bien decir, de destreza y resolución para comentar sin caer en pornografías asquerosas, de esas que algunos mentecatos toman por naturalismo, *El Cantar de los Cantares*, en que Salomón derramó toda la lujuria que le hizo casar setantas veces y de añadidura tener un serrallo con mil y qui-

nientas concubinas de varios pelos, tipos, colores y figuras. Afortunadamente, los grandes escritores de nuestra lengua, Cervantes, Quevedo, Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina, tienen acostumbrado nuestro pueblo á una encantadora libertad de lenguaje; pero como mi pluma humildísima de pobre metal de hierro no vuela por las alturas en que se cernieron las águilas de que arrancaron las suyas aquellos sublimes ingenios, temo y tiemblo de tocar estas delicadas materias salomónicas, prometiéndome á mí mismo hacer un esfuerzo, cuán grande me sea posible, para no ofenderte, ni siquiera ruborizarte, lectora honesta, sin dejar por esto de advertirte lo preciso para que nunca vuelvas á llamar santo, ni inspirado, ni siquiera decente el libro de la *Biblia* de que sacan los curas su pitanza, ni respetes más esa Iglesia que jamás debió canonizar este erótico epitalamio de los *Cantares*; que, por otra parte, desencuadernado de la *Biblia* y como obra puramente literaria es cosa grande y admirabilísima, que cautivó las almas de todos los grandes poetas, comenzando por el bueno de Fray Luis de León, á quien solamente el traducirle en excelente castellano le valió diez años de encierro en los calabozos de la Inquisición, ni más ni menos Santa que la *Biblia* y la Iglesia mismas, su madre y abuela legítimas respectivamente.

Esta desventura literaria del egregio cantor de «La Profecía del Tajo», debe persuadir á todo español de ambos sexos, mayor de edad, que no sea tonto, que el primer poeta de su tierra ya despuntó hacia el librepensamiento, y que la inquisición y el catolicismo son los enemigos naturales del genio, de la ilustración y de la verdad; pues si á Fray Luis le castigaron con diez años de cárcel, el crimen de traducirnos, ó lo que es lo mismo, hacernos entender el *Cantar de los cantares*, es porque el catolicismo y la inquisición sabían ya en el siglo XVI (¡qué no sabrán de

esto en el XIX!) que el que entiende en castellano limpio una vez las gerigonzas bíblicas, hace lo que yo, se ríe de ellas y cierra con siete candados la bolsa de los dineros á los curas que los explotan en macarrónico latín.

Ahora debiera entrar en la dulce y suave materia de los besuqueos con que comienza el cantar; pero se ha hecho tarde, el correo que ha de llevar esto á Madrid está recogiendo ya, y será bueno dejarlo para otro día, cerrando esta especie de prólogo con una advertencia en honor de mi ilustrado y querido amigo, gran conocedor del hebreo y del castellano, abogado, poeta y periodista valientísimo, Francisco Rodríguez Marín, que en Osuna ha dejado últimamente baldada á la Academia, analizando discretísimamente el Diccionario.

Tuvo él á bien advertirme á su tiempo que quizá yo erraba, no advirtiéndome á mis lectores las excelencias literarias de la *Biblia*, ni las mil y un barbaridades que, así los concilios que la canonizaron en latín como los torpes traductores que la han vertido al castellano, han hecho decir á los textos hebreos. Dijele yo que no era este el objeto de estas NOTAS, ni el asunto materia más que para entretener á un par de docenas de hebraizantes que habrá en España, los cuales también, fuera de los nueve son unos hebraizantes de chicha y nabo. Convino en ello con más datos que yo, y no hace mucho me envió una hermosa traducción que ha hecho en verso del *Cantar de los cantares*, porque le doy las gracias, lo cual me prueba otra nueva pijotería de la *Biblia*, muy risible por cierto, y es que ni el diablo en forma de filólogo es capaz de averiguar por la letra castellana lo que el Espíritu Santo dijo en hebreo. Yo, que donde las pillo las mato, ovidando ciertos estudios en que malgasté algunos meses, pues que á los castellanos veo explotados por la palabra de Dios, en castellano quiero solamente reir-

me de ella, para descatozización de incautos, y que Rodríguez Marín pruebe á los doctores que se dan tono enseñando hebreo, que buena falta les hacía ir á Osuna para aprenderlo de un viejo que allí reside cubierto de canas y de respeto.

CIX

Ya el bueno de Pepe Navarrete, en el prólogo de su hermosa novela *Maria de los Angeles*, dijo lo que yo ahora tengo que contar, quitándole originalidad á esta anotación general del *Cantar de los cantares*. Pero como lo bueno nunca se hace viejo, ni los embolismos católicos perderán su originalidad mientras exista el presupuesto del culto y clero, que *velis nolis* pagamos por trimestres vencidos, sábetelo, lector, que las monjitas de uno de esos aristocráticos colegios en que los jesuitas sacan el redaña á las familias catolizantes, y así mismo se proporcionan conveniencias de futuro y recreaciones de presente, al enseñar á sus discípulos de 14 primaveras los mandamientos de la ley de Dios, introducían honestamente en ellos la siguiente variante:

Al sexto *ju, ju, ju,*

que hacía á las niñas guñar el ojo entre ellas como yo quisiera que le guñaran conmigo, y explayarse más tarde en sabrosísimas pláticas aclaratorias del *ju, ju, ju*, que una vez que las oí quedé regostado para toda la vida de oirlas: pues constituyen una especie de sinapismo erótico de lo más eficaz que inventó jesuita para acabar con algún viejo con testamento cerrado en favor de la compañía.

Pues bien, lector discreto, lo que las monjitas de esta historia hacían con el sexto mandamiento, han hecho los concilios con el *Cantar de los cantares*. El él se buscan, se encuentran, se besan, se abrazan, se duermen las siestas y de noche juntitos dos recién casados; se pintan estas

cosas naturalísimas con sus naturales colores; una elocución poética las abrillanta y acalora, haciendo decir á la esposa y al esposo atrocidades amorosas... y los comentaristas católicos quieren que todo esto sea místico, profético, encarnístico y no sé cuántas necedades más, y como las monjas del *ju, jú, ju* leen, donde dice esposo *Jesucristo* y donde dice esposa *Iglesia*, con lo cual se arma un lío comentarista de mil demonios; pues varios siglos antes de nacer Jesús y de que se inventara la Iglesia, ya esta damisela y aquel caballero, disfrazados al efecto de pastores, descalzos de pie y pierna, ibanse de cerro en otero buscándose y atrapándose furiosamente, y diciéndose en las ausencias chicoleos capaces de encender las frías entrañas de un padre jesuita, de la clase de mastuerzos, elegida entre los babiones de la especie de José, el que dejó la capa á la mujer de Putifar.

Bajo el supuesto de los que seestean y duermen las noches juntos, son Cristo y su Iglesia, siglos antes de que se inventaran, los curas no tienen el más pequeño inconveniente de que lean las doncellas este epítalamio de Salomón, cosa muy propia para disgustarlas con su estado. Antes por el contrario, los besuqueos y apretones místicos y proféticos de este *Cantar de cantares* les parecen de perlas para disponer las almas á la castidad católica, que es una señora indocumentada que ha llenado los hospicios é inclusas de chiquillos; entreteniéndose algunos de ellos, á título de doctores, en ponerle comentarios con sal y pimienta, como si el guisado fuera de suyo insulso, tantos y tales á través de los siglos del disparatar católico, que podría con ellos cargarse un tren incendiario de la pasión amorosa, y venderse cara la mercancía entre los viejos escrupulosos, como aquel tuno de Fernando el Católico cuando se casó en segundas con la famosa doña Germana de Foix.

Mas, dejándome de arrumacos y advertencias, entraré en el texto, que él se explica de por sí con claridad que alumbra todos los entendimientos lo bastante para poder distinguir hasta dónde llegan las picardías eclesiásticas.

Comienza hablando la esposa, la novia, á quien se le ha ido el marido á picos pardos; y la pobre-cilla, muy necesitada, exclama:

«Bésemelo con el beso de su boca: porque mejores son tus pechos que el vino, fragantes como los mejores ungüentos. Oleo derramado es tu nombre: por eso las doncellas te amaron. Tráeme: en pos de ti correremos al olor de tus ungüentos. Introdújome el rey en su cámara: nos regocijaremos y alegraremos en tí, acordándonos de tus pechos mejores que el vino: los recetas te aman.»

¿Hay alguna alma tan cándida que en el *ju, ju, ju* de esta esposa vea la Iglesia? ¿Queda por ahí algún tonto pretencioso de católico, que en esta buena señora que pide á su marido *el débito* con tales extremos, aficionadilla al vino, como se deduce de la comparación de los pechos, y dada á la perfumería como deja sospechar lo del óleo derramado, vea pintada la Iglesia? Pues si queda, la esposa misma, que se retrata á sí misma, le graduará de tontera, en estas palabras que dice:

«Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén, así como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón. No me consideréis que soy morena, porque el sol me estragó el color: los hijos de mi madre lidiaron contra mí, pusieronme por guarda de viñas: mi viña no guardé.»

La que habla, pues, no sólo dice que es una mujer apasionada vehementemente, sino que da una buenísima razón de serlo; su color moreno y su modestísimo oficio de guarda de viñas, donde el abuso de las uvas suele sobreexcitar los temperamentos. Además, con un retintín encantador,

mas no para mí, que en ello no tuve parte, ni para Cristo tampoco, que no resultó aficionado, exclama: *mi viña no guardé*, viña que el bueno Fray Luis de León nos explicó que no da racimos, pero se roba á las doncellas poco cuidadosas, como las de este epitalamio.

Después del besuqueo y de explicar quién es la esposa, ó si se quiere, la santa iglesia católica, en forma de una monja andariega y buscona, dice, preguntando:

«Muéstrame tú á quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía, para que no comience á vaguear tras los rebaños de tus compañeros.»

La cosa es clara, pregunta por su marido para irse á dormir con él la siesta. Como si la monja preguntara por el lugar en que sesteas un canónigo. Esto quieren los intérpretes del *ju, ju, ju* que signifique la Iglesia preguntando por su pastor Jesucristo: es lo mismo que si yo quisiera que doña María Cristina, reina regente á la sazón, representara, siendo extranjera, el patriotismo español á la manera de María Pita, y siendo reina, la igualdad republicana.

Aunque ausente el esposo, contesta y chicolea de paso á su mujer, como reza el texto que sigue:

«Si no te lo sabes, oh hermosísima entre las mujeres, sal, y ve tras de las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos junto á las cabañas de los pastores. A mi caballería en los carros de Faraón te asemeje, amiga mía.»

Esto de comparar una mujer á una yegua unida á un carro egipcio, lo encuentro un poco irrespetuoso para una buena moza, por arrogante que sea la yegua; pero los comentaristas católicos se deshacen en loores al profeta que adivinó que la Iglesia había de ser como la tal yegua, cosquillosa y acoceadora. ¡Allá ellos!

Síguen los chicoleos.

«Hermosas son tus mejillas, así como de tórtolas»: (¡vamos! sería que esta moza morena gastaba patillas. De otra suerte no resulta la comparación.) «Tu cuello como collares de perlas.» (Tampoco le hallo gracia á este decir, á pesar de las exegesis de los hebraizantes admiradores de este cantar). «Cadenillas de oro haremos para ti: nieladas de gusanillo de plata.» No está mal el obsequiar con estas cosas á una moza amable y dadivosa.

La novia, entusiasmada ya por sí misma, se enardece con lo del gusanillo de plata, y grita:

«Cuando estaba el rey en su reclinatorio, mi marido dió su olor. Haccito de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos morará. Racimo de cipro es mi amado para mí, en las viñas de Engalddi.»

Como se ve, la moza se derrite, y, bien sea la Iglesia, bien la hija del rey de Egipto, bien otra cualquiera, hay que convenir en que lo entendía, al colocar á su amado, como si fuera un clavel, entre sus pechos. Es donde mejor se descansa.

Habla ahora el manebito:

«¡Oh! ¡qué hermosa eres tú, amiga mía! ¡oh! qué hermosa eres tú! tus ojos de palomas!

Ojos de pájara no me gustan.

Habla ahora ella.

«¡Oh! ¡qué hermoso eres tú, amado mío y gracioso! ¡Nuestro lecho es florido! los labrios de nuestra casa de cedro, los artesonados de ciprés.»

No me extraña que; teniendo un lecho florido, y un temperamento tan ardoroso, sea la esposa la que haya reparado en los artesonados de la habitación. (Sería á lo que estaría siempre mirando!

Con esto da fin el capítulo primero que lógicamente desenvuelve una escena que empieza pidiendo un beso y concluye mirando al techo la sulamita, mote ó nombre de esta buena moza

que los católicos quitándosela á Salomón, entregaron por esposa á su señor Jesucristo, inocentísimo varón que jamás anduvo en semejantes belenes.

CX

Era una buena costumbre de los antiguos hebreos pasar, cuando se casaban, siete días y siete noches de continuada juelga, rodeados de amigos y amigas el novio y la novia, que por fuerza habian de acariciarse á hurto de la compañía. Estos hurtos sabrosísimos parece que son lo que se canta en este *Cantar de los Cantares*, según los más despiertos comentaristas, más ó menos católicos. El hurto de la primera noche, de que habló el capítulo primero, continúa en el segundo, diciendo inmodestamente de sí el esposo:

Yo flor del campo, y lirio de los valles, en que veo, amén de la inmodestia, cierta contradicción, pues si con lo de flor del campo se quiso llamar selvático, con lo de lirio de los valles parece que se compara á los gomosos de nuestros días en lo endebles y peripuestos. Añade, que, como lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas; y si con ello quiso expresar que su novia era cosa excepcional y suave, podía haber hallado mejor comparación, sin necesidad de hacer crecer á los lirios entre los espinos. Ella habla con un poco más de propiedad al chicolear á su marido.

«Como el manzano—dice—entre los árboles de las selvas, así mi amado entre los hijos. A la sombra de aquél, á quien yo había deseado, me senté: y su fruto dulce á mi garganta. Me introdujo en la cámara del vino, ordenó en mí la caridad. Sostenedme con flores, cercadme de manzanas; porque desfallezco de amor. La izquierda de él debajo de mi cabeza y su derecha me abrazará.»

Doy fe pública y solemne de que la sombra de los manzanos es excelente para dormir la siesta. Acabo de hacerlo en una hamaca, que cuelga de dos de estos hermosos frutales, y, por más que nadie me ha tenido la cabeza sobre su brazo izquierdo, ni nadie con su derecho me ha abrazado, digo que la sulanita sabía lo que se pescaba, ¡Carambita con la niña! Y ¡cómo le gustaba dormir las siestas! El golpe de decir que le fué dulce el fruto de la garganta, sin señalar cual de ellas, es de primer orden, literariamente hablando, pues dejó á oscuras á los católicos acerca de la cosa que en la Iglesia corresponde á esto donde sentía el gusto de la sulanita.

La cual al echarse á dormir dice á sus amigas oportunamente.

«Conjúroos, hijas de Jerusalem, por las corzas y los ciervos de los campos, que no levantéis, ni hagáis despertar á la amada, hasta que ella quiera.»

No seré yo el que grite á la Santa Iglesia, de que es católico emblema esta buena dama, para que se despierte; antes la dejaré que, amodorrada en brazos de D. Carlos, pase de su sueño libidinoso al sepulcro, sin nuevas guerras ni alborotos.

La sulanita se despierta al fin, se halla sin su marido en la cama, y se pone á soñar despierta con él. Así explican los que algo saben, las siguientes palabras:

«La voz de mi amado, vedle que viene saltando por los montes, atravesando collados: semejante es nuestro amado á la corza y el cervato. Vedle que él mismo está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, acechando por las celosías. He aquí mi amado me dice: levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y ven. Porque ya pasó el invierno, se fué la lluvia y se retiró. Las flores parecieron en nuestra tierra, el tiempo de la poda ha venido;

«la voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra: la higuera brotó sus brevas: las viñas en ciernes dieron su olor. Levántate, amiga mía, hermosa mía ven: paloma mía, en los agujeros de la peña, en la concavidad de la albarrada, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis orejas: porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso.—Cazadnos las raposas pequeñas que asuelan las viñas: pues nuestra viña está ya en ciernes.—Mi amado para mí, y yo para él, que apacienta entre los lirios.—Hasta que sople el día y declinen las sombras. Vuélvete: sé semejante, amado mío, á la corza y al enodio de los ciervos sobre los montes de Bether.»

He querido copiar de un tirón todo este hermosísimo desvarío de la sulanita, para que todas las personas de buen gusto admiren, sin comentarios, sus excelencias literarias, que reputan á su autor de un grande y egregio poeta; y para que cesen esos necios de católicos, ante semejante elocuencia y tan delicados detalles, de emporcar este texto con ridiculeces místicas, en que la Iglesia se presenta quejándose torpemente de la ausencia de Jesucristo.

Mas como la sulanita era morena, y quizá también patilluda, según tengo indicado, no se contenta con vanas quejas, sino que agarrándose al positivismo matrimonial, aparece en el capítulo tercero en busca de su marido, con ansias y ardores propios de una idiosincrasia puramente erótica.

«En mi lecho por las noches—exclama—busqué al que ama mi alma: le busqué y no le hallé. Me levantaré, y daré vueltas á la ciudad: por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué y no le hallé. Me hallaron los centinelas, que guardan la ciudad: ¿Visteis por ventura al que ama mi alma?—Cuando hube pasado de ellos un poquito, hallé al que ama mi alma: yo le así; y no le dejaré

«hasta que lo meta en la casa de mi madre, y en la cámara de la que me engendró.»

La escena es de lo más bello, literariamente hablando, y de lo más puerco, hablando en místico; pues si una esposa enamorada, á quien se le larga el marido á jugar al tresillo, ó á pasar la noche en juegos menos inocentes, está bien que vaya toda temblorosa y desolada á buscarle; la Iglesia no inventada que, por meter al Cristo no nacido en su cama, pasara las fatiguitas que aquí se describen, amén de bufa iglesia, resultaría, de representar algo, la representación viva de aquellos frailes y monjas libidinosos, que tan excelentes huelgas corren en *Los Secretos de la Confesión* de mi amigo Miralta.

Y basta de comentario, y volvamos al sabroso texto, en que la sulanita, después de meter á su marido en casa y tenerle bien abrazadito, encarga á este que pida los dejen dormir á pierna suelta.

Habla él:

«Conjúroos, hijas de Jerusalem, por las corzas y por los ciervos de los campos, que no despertéis, ni hagáis recordar á la amada, hasta que ella quiera.»

Está bien, caballero, está bien: pueden ustedes dormir cuanto bien les parezca. Mas él, en vez de dormir en el epitalamio, sigue hablando de esta notable manera:

«¿Quién es esta que sube por el desierto, como varita de humo de los aromas de mirra, y de incienso y de todo polvo de perfumero?»

Hallo hermosísima esta manera de decir, para expresar la gallardía, y la gracia, y la suavidad de una buena moza. Ahora, que los presbíteros, que quieren en sus bárbaras é insustanciales explicaciones que esta buena moza sea la Iglesia católica, piensen lo poquísimo que á los librepensadores nos ha de costar deshacer en aire incoloro, inodoro é insípido su *columnita de humo*,

La misma sulanita, medio adormilada ya, habla, respondiendo á esta *flor* de su marido, y dice:

«Ved aquí que el lecho de Salomón lo redean
»sesenta valientes de los más fuertes de Israel...
»Litera hizo para sí el rey Salomón de maderas
»del Líbano: sus columnas hizo de plata, el reclinatorio de oro, la subida de púrpura, lo de en
»medio lo cubrió de amor por las hijas de Jerusalen.»

Donde dice *litera* lee tálamo, y estarás en lo cierto, y comprenderás la razón de por qué llamamos sabio al rey Salomón, que se hizo una cama soberbia, en que lo de menos es el oro, la plata y la púrpura, y en que el mérito está en aquel medio que cubrió de amor para las hijas de Jerusalen. ¿No se te hace la boca agua, lector discreto? ¿Comprendeis bien el empeño de la sulanita de llevar al rey á aquel *medio*?

Pues cosa tan clara y tan bonita la han enturbiado y ridiculizado los católicos, empeñándose en que todo es una figura retórica. ¡Vaya una retórica y vaya unas figuras que empleó el Espíritu Santo! en que las *columnas de plata* de esta cama de matrimonio representan los *Apóstoles*, sin que falte entre ellos Pedro el calvo; el *reclinatorio*, la fe, que hace los santos tontos; la *púrpura*, la sangre de los *mártires*; y el famoso *medio*, cubierto de amor para las hijas de Jerusalen, es el mismísimo *Jesucristo*, sobre cuya asendereada persona, figúrate tú, lector, las figuras que haría Salomón con las hijas de Jerusalen.

Si esto no fuera el barbarizar metafórico, elevado á la tercera potencia, ¿habría en el mundo asnos á quienes los presbíteros, más ó menos jesuitas, enalbardaran de católicos?

CXI

Así que al rey Salomón le habla esta egipcia

patillada del *medio* de la cama, cubierto de amor para las hijas de Jerusalen (que es un decir, pues allí también había ido á parar esta probable hija de Méfis ó de Tébas), el bueno del rey, más vivo que un carbón encendido, tira de la camisa de su amada y nos la enseña al desnudo, componiendo un pisto literario incandescente, que á más de cuatro frailes nuevos, de aquellos admiradores de los maridos de la famosa Tamar, dejó reducidos á los puros huesos y turulatos del cerebro, como diz que deja el aguardiente alemán.

Dice así.

«Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Tus ojos de palomas, sin lo que está oculto por dentro.»

Ya he dicho que no me agradan los ojos de pájara en una mujer, aunque la pájara á cuyos ojos ellos se asemejan sea una paloma. No dudo que los de la sulanita fueran lindos, la que no hallo linda es la comparación. Mas lo ridículo é ininteligible de ella es el rabillo ese de lo que *está oculto por dentro*. Aquí hay indudablemente un gazapo de traducción, que constituye un motivo más de desconfianza y burla hacia la palabra del Espíritu Santo, que siendo infalible, resulta tartajoso é inaguantable en castellano. ¡Pobre palomo... desplumado!

«Tus cabellos—continúa—como manadas de cabras, que subieron del monte de Galaad.»

Comparar el pelo de una hermosa á una manada de cabras, en que las habría de varios colores, es dejarnos á oscuras respecto del color del mismo, de sus dimensiones, de su suavidad, de su rigidez ó ensortijamiento, etc., y barbarizar en cuernos. Uno de ellos para la Santa Iglesia, fiel imagen de esta sulanita, y tan cabra como ella en cuestión de pelo, pues rapadas llevan las cabezas y las barbas sus presbíteros, aquí en España, pues en otras partes la moda

los hace barbudos y peludos, pero no menos tu-
nos que los pelados.

Y vamos adelante con la descripción.
«Tus dientes como manadas de trasquiladas,
que subieron del lavadero, todas con crias me-
llizas y no hay estéril entre ellas.»

Esto de comparar los dientes de una mucha-
cha á una manada de ovejas trasquiladas, sin
decir si ellas son blancas ó negras, á pesar de
la precaución de presentarlas lavadas, es una
de las majaderías literarias más grandes que ha
producido el ingenio humano á través de los si-
glos, y sólo se concibe andando en el ajo el se-
ñor Espíritu Santo y los traductores latinos de
la *Biblia* hebrea, que andaban á media ración
de latin y otra media de hebreo.

«Como venda de grana tus labios, y tu hablar
dulce.» Vean ustedes, caballeros algo que tiene
propiedad y puede pasar sin carcajada. «Como
cacho de granada, así son tus mejillas, sin lo que
por dentro está oculto.» ¡Cacho! ¡Cacho! ¡Vaya
una palabreja poética! Del rabo del de dentro...
¡desollarle!

«Tu cuello como la torre de David, que está
fabricada con baluartes: mil escudos cuelgan de
ella, toda armadura de valientes.» Miren uste-
des, señores, que comparar el cuello torneado,
suave, carnoso, flexible, quizá con tres papa-
das, como alguno que yo me sé, á una torre de
una fortaleza, tiene tres pares y medio de bemo-
les en punto de algarabía y disparate. Y que
esta barbaridad la conjuguen los intérpretes,
diciendo que este cuello formidable y lleno de
escarpas para la cuelga de los escudos, repre-
senta á los doctores y pastores cristianos, es el
colmo en el arte de tomar el pelo al género hu-
mano.

Atención ahora, que vuelve el *ju, ju, ju.*

«Tus dos pechos, como dos cervantillos melli-
zos de corza, los cuales apacientan entre lirios.»

Ni entro, ni salgo, en la propiedad de la compa-
ración; sólo noto que Salomón comienza á tirar
de la camisa de su mujer, y que los intérpretes
místicos han encontrado en ella motivos para
pornografías que hacen la boca agua, diciendo
uno de ellos que la soberana belleza de esta ima-
gen de los cervantillos mellizos está en las ganas
que despierta de pasarles las manos por los lo-
mos. Los jesuitas del *ju, ju, ju* explican rigoro-
samente que estos dos cervantillos del manoseo
son el amor de Dios y el del prójimo. Lo mismo
hubieran podido demostrar que uno es el pilón
de la Puerta del Sol y otro el mar de Ontigola;
pero esto quizá no les hubiese producido esas mi-
llonadas que ahora están gastando en soberbios
colegios en busca de otras millonadas. Y como
para ellos, como para los alguaciles de *Chorizos*
y *Polacos*, el cobrar es lo que interesa, de aquí
que no hayan buscado estas explicaciones acuá-
ticas.

Doy un saltito de ocho líneas de ripio geográ-
fico, en que se corona á una mujer con las cum-
bres de tres montes, y leo:

«Llagastes mi corazón, hermana mía, esposa,
»llagaste mi corazón con el uno de tus ojos, y con
»la una trenza de tu cuello.»

Cosa que, de referirse á una mora de esas que
todavía se topan en Tarifa, que no enseñan más
que un ojo de la cara y una de sus trenzas, en-
cuentro muy natural, pues cristiana (en cuanto
el bautismo la constituye) conozco yo que en un
solo ojo tiene bastante artillería para rendir los
ejércitos de Molke.

Después se vuelve á los cabritillos, digámoslo
así, y los acaricia en la siguiente forma:

«¡Cuán hermosos son tus pechos, hermana mía
»esposa! ¡Hermana! ¡Esposa! ¡Si sería Salomón
»uno de tantos FILOMENOS! ¡más hermosos son
»tus pechos que el vino; y el olor de tus perfumes
»sobre todos los aromas!»

Dejo en dudas la delicada y trascendentalísima cuestión de si estos *perfumes* son la mirra é incienso con que andan los monaguillos y se lucran los sacristanes, puesto que aquí, por lo que se lee, claramente habló el Espíritu Santo de la Iglesia, ó los naturales y propios olores del sudorcillo y demás humores de la sulanita. De quien si-gue diciendo su marido y hermano:

«Panal, que destila, tus labios, ¡oh esposa!
» ¡¡ganans entran de dar un lamisquión); miel y
»leche debajo de tu lengua; ¡¡vava unas curiosi-
»dades que se permitia el caballero Salomón!) y
»el olor de sus vestidos como olor de incienso
» ¡¡vamos, la presumida princesa perfumera sus
» cofres!»

Como se ve, aquel que no declare y confiese que aquí, estos pechos, estos melosos labios y esta lengüecita que sabe á miel con leche, no son cosas místicas, eucarísticas, teológicas y metafóricas, que indefectiblemente se refieren á la Iglesia, merece una albarda forrada de pellejo de burro, pues mayor claridad no se obtendría ni aunque el sol, la luna y las estrellas luciesen juntos y á la vez en una catedral.

Pudieran creer algunos que esto era un puro decir, un propósito, una intención erótica de tantas como en intenciones se quedan, pero la sulanita y Salomón, que no eran partidarios de dejar entender las cosas, continúan explicándose así:

ELLA. «Venga mi amado á su huerto, y coma
» el fruto de sus manzanos.»

EL. «He venido á mi huerto, hermana mía,
» esposa, he segado mi mirra con mis aromas; he
» comido panal con mi miel, he bebido mi vino
» con mi leche.

Llamar á una mujer huerto, y luego decir que ha segado la yerba del mismo; decir que los labios de una mujer parecen un panal, y luego manifestar que se ha zampado la miel; explicar que

debajo de una lengua hay miel con leche, y después confesar que se ha paladeado tan rico licor, parecen claridades que todo un curso de *ju, ju, ju* jesuitico no consiguen elevar á la categoría mística, ni poniéndoles debajo la catedral de Córdoba, que hicieron moros para que sea explotada por ganapanes cristianos.

Ahora, como en los libros sin pies ni cabeza, viene una escena aparte, de color subidísimo, sin que el autor advierta nada, ni los traductores se hayan cuidado de reparar el descuido del Espíritu Santo. Yo, en mi afán de iluminar entenebrecidos cerebros católicos, diré honradamente, que lo que sigue, de lo más bello que en el mundo se ha escrito, es un canto en que la sulanita da cuenta, con exquisito sentimiento, de sus aventuras, cierta noche de las primeras de sus bodas. Y no advierto más, porque el que más advertencias necesite, que la lectura del propio texto, nació para católico, enfermedad que, como las hernias del entendimiento, no tiene cura.

Oído á la sublime poesía.

«Yo duermo, y mi corazón vela: la voz de mi
» amado que toca: Abreme, hermana mía, amiga
» mía, paloma mía: mi sin mancilla: porque mi
» cabeza llena está de rocío, y mis guedejas de las
» gotas de las noches. Despojéme de mi túnica,
» ¡cómo me la vestiré! lavé mis pies, ¡cómo me
» los ensuciare! Mi amado metió su mano por el
» resquicio, y á su toque se estremecieron mis en-
» trañas. Levantéme para abrir á mi amado: mis
» manos destilaron mirra, y mis dedos llenos de
» mirra muy probada. Abrí á mi amado el pesti-
» llo de mi puerta: mas él se habia desviado, y
» habia pasado adelante. Mi alma se derritió luego
» que habló: lo busqué, y no lo hallé: lo llamé, y
» no me respondió. Halláronme los guardas, que
» rondan la ciudad: me hirieron, y me llagarón:
» lleváronme mi manto los guardas de los muros.
» Conjuroos, hijas de Jerusalem, si halláreis á

»mi amado, que le aviséis, que de amor desfa-
»llezco.»

«¿Cuál es tu amado más que los amados, ¡oh
»la más hermosa de las mujeres? ¿Cuál es tu
»amado más que los amados, porque así nos con-
»jurastes?»

«Mi amado es blanco y rubio, escogido entre
»millares. Su cabeza oro muy bueno: sus cabellos
»como renuevos de palmas, negros como el cuer-
»vo. Sus ojos como palomas sobre los arroyuelos
»de las aguas, que están lavadas con leche y sen-
»tadas junto á corrientes muy copiosas. Sus me-
»jillas como.....»

Corto aquí, por no ensuciar este hermoso trozo
con desastradas comparaciones, si propias de los
hebreos y de los tiempos de Salomón, inaguantables
hoy á nuestro gusto literario, como esta de:
«es su vientre de marfil, guarnecido de zafiros.»
Y paso á decir que, en mi excomulgadísimo con-
cepto, de haber el Espíritu Santo inspirado este
cantar, este buen señor era un guasón de prime-
ra fuerza, que quiso dar dentera á todas las mon-
jas habidas y por haber. ¡Puede darse, en efecto,
cosa más propia para hacer rabiarse á una de esas
mastuerzas de las tocas y de las rejas, que leer
esa bellísima descripción de una mujer enamora-
da, que siente estremecerse sus entrañas al me-
ter su novio la mano por el resquicio de la puerta,
con objeto de descorrer el pasador que ella, des-
nuda y limpia, duda de correr por no enfriarse y
ponerse sucia?

¡Ah! desventuradas del encierro claustral, que
por lo general, ni compasión merecéis; rabiad, pa-
sad dentera, eructad vuestro histerismo, aguanta-
dad vuestra amarillenta y flatulenta hinchazón,
oled á humedad, y... contentáos con el cuchicheo
del jesuita que os envaha la cara por la rejilla
del confesonario. Al leer este cantar, pensad,
como os dicen vuestros predicadores, que todo
ello es místico y eucarístico, y reiros primero de

vosotras, y después con carcajada histórica del
mundo; el Espíritu Santo lo quiso así, al pasáros
esta miel por los labios, diciéndoos á cada una:
lo verás, pero no lo catarás. Este buen señor,
que llamó yegua á la sulanita, os escogió para
mulas del carro en que pasea la estupidez católi-
ca sus vanidades por el mundo. ¡Mulas! Dura es
la palabreja, pero no la borro. Ella mejor que otra
cualquiera honra vuestra estéril naturaleza; pues
no sé de cierto que haya parido otra que una que
montaba cierto obispo de Córdoba.

CXII

Acabados estos hermosísimos chicoleos de la
novia al novio, comienzan otros del novio á la
novia, porque todo el cantar es un rosario de pa-
labritas amorosas, que acaban como es debido,
y lógico y natural que acaben estas cosas; qui-
tando las telarañas de los ojos á esos infelices
catoliqueros, á quienes tomaron el pelo los con-
cilios con explicaciones místicas en latín, y se le
rizó en castellano el padre Scio de San Miguel,
poniendo á un original cortísimo, cien veces más
palabras de anotación que empleó el autor para
explicar sus abrasadoras ansias y sus repetidos
ataques á la sulanita.

«Hermosa eres—la dice,—amiga mía, suave y
»graciosa como Jerusalem; terrible como un ejér-
»cito de escuadrones ordenado.»

Verdaderamente que una mujer hermosa,
cuando se viene hacia nosotros acometiendo, es
más terrible que un ejército; pero que á Jerusa-
len le llame Salomón *suave y graciosa* ciudad, es
un abuso del patriotismo hebreo; porque consta
que este poblacho, célebre por haber hecho creer
á una infinidad de tontos, que uno de tantos ra-
binos como asesino, era el mismo Dios en su se-
gunda persona, no tiene nada de suave, y menos
de gracioso. A Eliseo Reclus me atengó, y no al

»mi amado, que le aviséis, que de amor desfa-
»llezco.»

«¿Cuál es tu amado más que los amados, ¡oh
»la más hermosa de las mujeres? ¿Cuál es tu
»amado más que los amados, porque así nos con-
»jurastes?»

«Mi amado es blanco y rubio, escogido entre
»millares. Su cabeza oro muy bueno: sus cabellos
»como renuevos de palmas, negros como el cuer-
»vo. Sus ojos como palomas sobre los arroyuelos
»de las aguas, que están lavadas con leche y sen-
»tadas junto á corrientes muy copiosas. Sus me-
»jillas como.....»

Corto aquí, por no ensuciar este hermoso trozo
con desastradas comparaciones, si propias de los
hebreos y de los tiempos de Salomón, inaguantables
hoy á nuestro gusto literario, como esta de:
«es su vientre de marfil, guarnecido de zafiros.»
Y paso á decir que, en mi excomulgadísimo con-
cepto, de haber el Espíritu Santo inspirado este
cantar, este buen señor era un guasón de prime-
ra fuerza, que quiso dar dentera á todas las mon-
jas habidas y por haber. ¡Puede darse, en efecto,
cosa más propia para hacer rabiarse á una de esas
mastuerzas de las tocas y de las rejas, que leer
esa bellísima descripción de una mujer enamora-
da, que siente estremecerse sus entrañas al me-
ter su novio la mano por el resquicio de la puerta,
con objeto de descorrer el pasador que ella, des-
nuda y limpia, duda de correr por no enfriarse y
ponerse sucia?

¡Ah! desventuradas del encierro claustral, que
por lo general, ni compasión merecéis; rabiad, pa-
sada dentera, eructad vuestro histerismo, aguanta-
dad vuestra amarillenta y flatulenta hinchazón,
oled á humedad, y... contentáos con el cuchicheo
del jesuita que os envaha la cara por la rejilla
del confesonario. Al leer este cantar, pensad,
como os dicen vuestros predicadores, que todo
ello es místico y eucarístico, y reiros primero de

vosotras, y después con carcajada histórica del
mundo; el Espíritu Santo lo quiso así, al pasáros
esta miel por los labios, diciéndoos á cada una:
lo verás, pero no lo catarás. Este buen señor,
que llamó yegua á la sulanita, os escogió para
mulas del carro en que pasea la estupidez católi-
ca sus vanidades por el mundo. ¡Mulas! Dura es
la palabreja, pero no la borro. Ella mejor que otra
cualquiera honra vuestra estéril naturaleza; pues
no sé de cierto que haya parido otra que una que
montaba cierto obispo de Córdoba.

CXII

Acabados estos hermosísimos chicoleos de la
novia al novio, comienzan otros del novio á la
novia, porque todo el cantar es un rosario de pa-
labritas amorosas, que acaban como es debido,
y lógico y natural que acaben estas cosas; qui-
tando las telarañas de los ojos á esos infelices
catoliqueros, á quienes tomaron el pelo los con-
cilios con explicaciones místicas en latín, y se le
rizó en castellano el padre Scio de San Miguel,
poniendo á un original cortísimo, cien veces más
palabras de anotación que empleó el autor para
explicar sus abrasadoras ansias y sus repetidos
ataques á la sulanita.

«Hermosa eres—la dice,—amiga mía, suave y
»graciosa como Jerusalem; terrible como un ejér-
»cito de escuadrones ordenado.»

Verdaderamente que una mujer hermosa,
cuando se viene hacia nosotros acometiendo, es
más terrible que un ejército; pero que á Jerusa-
len le llame Salomón *suave y graciosa* ciudad, es
un abuso del patriotismo hebreo; porque consta
que este poblacho, célebre por haber hecho creer
á una infinidad de tontos, que uno de tantos ra-
binos como asesino, era el mismo Dios en su se-
gunda persona, no tiene nada de suave, y menos
de gracioso. A Eliseo Reclus me atengó, y no al

Espíritu Santo, que en geografía nunca dió pie con bola.

«Aparta de mí tus ojos»—continúa Salomón diciendo á su querida,—«porque ellos me hicieron volar.» frase que encuentro admirable, si quiere decir, como supongo, que las miradas de la sulanita le sacaban de quicio. Después torna á comparar los cabellos con cabras del monte Galaad, los dientes con ovejas paridas, las mejillas con corteza de granada, y, por fin, queriendo sin duda entontecerla y echar el resto de los elogios, dice arrogante:

«Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas, y las doncellas son sin número. Una sola es mi paloma, mi perfecta, única es de su madre, escogida de la que la engendró.»

Convengamos, caballeros, en que la degeneración femenina, y más aún la masculina, han tomado proporciones espantosas en el mísero planeta que habitamos. ¿Qué se ha hecho del brío y el empuje de los varones hoy en día? ¿Quién es el majo que entretiene en nuestros tiempos sesenta mujeres y ochenta queridas, sin contar las doncellas de repuesto, como este santo y sabio Salomón, profeta él é inspirado del Espíritu Santo? Yo, honradamente declaro, que ni aunque comieran alpiste como los canarios, podría ganar para mantenerlas; y en cuanto al buen servicio de ellas, ni aun cuando su castidad les hiciera contentarse con cobrar su renta matrimonial por trimestres, como los tenedores de la Deuda, que se hincan en las entrañas del contribuyente, podría dar abasto á 140 señoras. Propongo, pues, que dejándonos de admiraciones á lo vulgar, como fué la sabiduría de Salomón, que ni siquiera conoció el tabaco, ni el maíz, ni las patatas, ni esas quisicosas que llama poesías Campoamor, alcemos todos los varones una columna, en forma de Priapo, en honor de la virilidad fenomenal de este santo profeta, á quien después de tales san-

grías, como sus esposas y concubinas debían dar, todavía le quedaban fuerzas y humor para requebrar de palabra y obra á la Santa Iglesia Católica, digo, á la patilluda y cobriza sulanita.

Y, admiremos más todavía: admiremos el cuajo, la pachorra, la pasta flora de esta buena hija de su madre, que oye en calma alabarle á su novio, marido y hermano, de tener 80 queridas en buen uso y un sinnúmero sin catar: digamos como el chulo de *La canción de la Lola*: ¡Cómo cambian los tiempos! Hoy en día, la dama de algún mérito que huele una perrería, ya anda nerviosa, histérica y á punto de síncope. Id, id católicos, id á vuestras queridas con estos textos del Espíritu Santo, para disculpar vuestras tramundanas: yo os aseguro que, aun cuando vengan de confesar y comulgar, os arrancan las patillas del primer tirón en honor de las santas profecías, y, si á tanto no se atreven y á mano la tienen, os tiran la *Santa Biblia*, que tales porquerías autoriza á los místicos, á la cabeza pecadora y desvanecida.

Si yo pudiera hablar en serio de los católicos, diría que las católicas harían perfectamente en tirar la *Biblia* á la cabeza de sus maridos infieles, y más perfectamente todavía tirándola de una vez para siempre al carro de la basura, pues en este librote todos se vuelven malos ejemplos para el hombre y desprecio hacia la mujer. La única vez que en él, malamente, inoportunamente, puercamente, se canta el amor, ya lo ven, el piropo máximo que Salomón dirige á la sulanita, es este: ven, serás la 141, la *única* por esta noche y mañana de madrugada.

¡Y que aun haya en el mundo buenas mujeres que se vayan á confesar con los doctores de esta porquerología!

Uno de los más listos de ellos, y de los más tunantes también, grande orador y más grande adulón de los poderosos, Bosuet, *l' igle de*

Meaux, que dicen los franceses, y cierto galófilo, enemigo mío, traducía *el águila de los meaos*, estudiando este cantar á fondo, quiso que estuviera dividido en siete jolgorios matrimoniales que duraron siete días con sus noches, y quiso que aquí acabase el jolgorio del cuarto día, con estas hermosas palabras de Salomón:

«¿Quién es esta, que marcha como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército de escuadrones ordenado?»

Por mí, que así sea. También quiso el elocuente obispo que fuese inmortal la monarquía francesa, y yo, pobre castellano viejo, la he visto rodar á los abismos, y sobre las ruinas de las Tullerías he ensayado con una republicana muy guapita un paso de cancan. ¡Así hace Dios caso á los profetas, á las lumbreras de la Iglesia!

Alguno más debió hacer la sulanita de Salomón, que cansado tal vez de cierta postura, le dice:

«Vuélvete, vuélvete sulanita: vuélvete, para que te miremos.»

La ehica, presta y bien mandada se vuelve y enseña...

Hable el profeta, escriba el Espíritu Santo, y no mi lengua librepensadora ni mi pluma excomulgada, porque yo me dejaría hacer pedazos antes que describir á mi novia tan al desnudo.

Los juegos de tus muslos (las ingles si te parece lector) *como ajorcas que han sido labradas de mano de artífice.*

«Tu ombligo (hasta el mismísimo ombligo de su esposa nos enseña el gran...) es taza torneada, que nunca está falta de bebida.» De lo que nunca están faltas las torneaduras de esta taza, llamémosla así, es de cierto sebillo acre y par-duzco que, según Monlau, el sucio higienista de la pulcritud, conviene limpiar á menudo.

«Tu vientre (claro está que el vientre es la tri-

pa, un hemisferio cuyo polo es la taza torneada), como montón de trigo cercado de lirios.» Lo que no veo claro son los lirios, á menos que ande cerca un monte ó algún arroyuelo de aguas más ó menos cristalinas.

«Tus dos pechos...» ya sabemos los de los cerbatillos. «Tu cuello...» también sabemos lo de la torre.

«Tus ojos (observa que no dice dos, como de los pechos, sino que el Espíritu Santo lo dejó en plural, sin limitación al par que lucen en la cara), como pesqueras en Hesebon que están en la puerta de la hija de la muchedumbre.» Ni lo que entiendo de una larga nota del Padre Scio, que tengo á la vista, despues quizá lo entendía menos que yo, al pretender explicármelo; ni aunque lo mande la bula, que tantas necedades manda, paso yo la comparación de unos ojos con una pesquera, pues no sé por qué me huele ella á cosa de testigo. Punto besugero y aparte.

«Tu nariz, como la torre del Líbano, que mira hacia Damasco.»

Caballeros, si cualquiera de ustedes le dijera á una buena moza, de las que pasan al anocheecer por la Puerta del Sol, que tenía la nariz como la Torre Nueva de Zaragoza, ó la Giralda de Sevilla, ó cualquiera otra de las torres famosas de España, ¿creerían haberle dicho una lindeza, echádole una flor, requebrarla con gracia y oportunidad? ¡Extrañarían, si la moza fuese de empuje, que en justa correspondencia, les soltase un botetón, ó les llamase pendejos! Pues... aplicar el cuento á Salomón, dejándose de necios misticismo ó embolismos interpretativos, y veréis cómo os reis de los católicos, cuando les oigais cantar la letanía, en que le largan á la madre de su Dios lindezas de este calibre: postigo, torre, arcón...

Sigue el chicoleo.

«Tu cabeza como el Carmelo; y los cabellos de

»tu cabeza como púrpura de rey atada en canales.» Ni entro ni salgo en lo de Carmelo, á que era semejante la cabeza de la sulanita, porque estando el monte poblado de tantos géneros de alimañas, quizá tropezáramos, de profundizar la comparación, con algo más necesitado de peine que de crítica. Sólo advertiré, que de ser exacta la palabra púrpura, contenida en este versículo, de ella podríamos deducir aquello en que antes quedamos á oscuras, esto es, el color del pelo, de la santa Iglesia, que sería un pelo como el de Judas, de ese rojo que con tanta propiedad llaman los valencianos *pel de cofre*.

«Tu estatura se asemeja á la palma y tus pechos á los racimos.»

Muy altos me parecen que están estos pechos; pero, en fin, más vale que pequen de altos, que no de bajos, lacios y caídos. Además, en comparaciones hay que ser siempre un poquito benigno con el Espíritu Santo, porque si en ellas falta, en punto á claridad en los ataques, es una maravilla de la luz eléctrica su linterna.

Ved como alumbra.

«Dije: Subiré á la palma y asiré los frutos de ella, y serán tus pechos como racimos de viña, y el olor de tu boca como de manzanas.»

Aun cuando reflexiono que Salomón y la sulanita hace una porrillada de siglos son polvo que arrastra el viento, estas franquezas que se toman á mi vista, estas subidas á la palmera, estos asimientos y apretujones de los frutos á renglón seguido de decirnos que la palmera es la dama, los frutos ó racimos los pechos de la dama, *et sit de cæteris*, y sobre todo el olerse de tan cerca, me parecen inaguantables por mucho tiempo, máxime cogiéndome como me cogen con la cabeza descubierta.

Puntó, pues; que voy por el gorro; aconsejó que se le encasquete todo el lector que sea católico. Sólo mansos de esa grey, pueden

sufrir descubiertos que Jesucristo manosee á la Iglesia de tan indiscreta manera.

CXIII

Pero si él se explica claro, ella no le va á la zaga en claridades «Yo á mi amado, y la vuelta de él hacia mí.» Esta vuelta, no menos célebre que la de Escupejunos, es de todas las vueltas la más agradable, de noche principalmente. Y que el *intringulis* está en la vuelta y no á quien uno se vuelve, dicelo aquel célebre refrán: «debajo de la manta...»

A seguido, la sulanita, encantada de la voltereta, y deseosa de jugar al repetir, propone á su novio una escurribanda, de esas que en nuestros días se van haciendo tan frecuentes entre gente moza y suelen acabar topando los felices escurribanderos con una pareja de la guardia civil.

«Ven—dice—amado mío, salgamos al campo, »moremos en las granjas. Levantémonos de mañana á las viñas, veamos si floreció la viña, si producen fruto las flores, si están ya en flor los granados: allí te dare mis pechos.» Como se ve, la dadivosa niña, acordándose de su primitivo oficio de guarda de viñas, suspira por los majuelos, donde quiere darle á su novio los pechos. Y, como previendo los mil disparates místicos que sobre estos pechos se habían de escribir, disparatando ella á su vez con las preocupaciones de las comadres hebreas, exclama:

«Las mandrágoras han dado su olor.»

Las mandrágoras (perdona, lector, esta botánica digresión), son una pobrecita de planta á quien sin ton ni son concedieron las comadres israelitas la virtud de hacer fecundas á las mujeres estériles, con la cual proporcionaron una celebridad erótica y un consumo exorbitante, como se demostró á su tiempo, cuando Raquel compró á Lia un manojo de ellas para hacerse

una ensalada y tomar de postre el tálamo de Jacob, que ambas hermanas (¡oh! benditos tiempos en que el Espíritu Santo andaba por el mundo), compartían sin arañarse.

Y sigue la sulanita hablando sin rodeos.

«¿Quién te me dará á ti, hermano mío, mamando los pechos de mi madre, que te halle fuera y te bese, y ya nadie me desprecie? Asiré de ti y te llevaré á la casa de mi madre; allí me enseñarás; y yo te daré bebida del vino adobado y el mosto de mis granadas.»

La moza era partidaria de la filosofía cínica. No se contenta con que su mozo la requiebre y apretuje los racimos de palma en el retrete ó en el huerto, sino que pide que nadie se escandalice de que ella misma le coja en público y le bese y le abrace, etc., etc., y le vea finalmente en esta pornográfica estación:

«Su izquierda debajo de mi cabeza, y la derecha de él me abrazará.»

Señores intérpretes místicos: suplico á ustedes, en virtud de aquel art. 22 de la ley provincial que hizo célebre á un tan pobre conservador de la enjundia intelectual nímia, como fué Villaverde, que corran ustedes un telón de boca delante de esta señora Iglesia, recostada sobre el brazo izquierdo de Jesucristo y á quien este hijo de una virgen pasa á contrapelo la derecha por delicadas partes.

Lo exige la decencia.

Diálogo final.

El novio.—¿Quién es esta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada sobre su amado? Debajo de un manzano te desperté: allí fué corrompida tu madre: allí fué violada tu engendradora.

Ella.—Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo: porque fuerte es como la muerte el amor, duro como el infierno el celo; sus lámparas, son lámparas de fuego y de llamas.

El novio.—Muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni ríos la anegarán; si tiene el hombre toda la substancia de su casa por el amor, como nada la despreciará.

Ella.—Nuestra hermana es pequeña, y no tiene pechos. ¿Qué haremos á nuestra hermana en el día cuando se la ha de hablar?

El novio.—Si es un muro edificuemos sobre él almenas de plata: si es puerta, guarnezcámosla con tablas de cedro.

Ella.—Yo soy muro, y mis pechos como torre, desde que delante de él he sido hecha como la que halla paz. Una viña tuvo el pacífico en aquella, que tiene pueblos: la entregó á los guardas, el hombre trae por el fruto de ellas mil monedas de plata.

El novio.—Mi viña delante de mí está. Tus mil del pacífico, y doscientas para aquellos que guardan los frutos de ella. ¡Oh! Tú que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oír tu voz.

Ella.—Huye, amado mío, y aseméjate á la corza, y á los tiernos cervatillos sobre los montes de los aromas.

Yo no sé por qué, al leer este enrevesado capítulo, que he puesto en diálogo para mayor claridad, siguiendo indicaciones de los mejores intérpretes, se me viene á la memoria el hermosísimo duo final de *Aida*, en que vertió Verdi raudales inagotables de sublime inspiración musical. Sin duda que aquí se cantan amores menos infortunados que los del vencedor Radames y la encantadora hija del rey etiope; tampoco parece una infanta celosa como aquella fiera Anneris, que tan admirablemente caracteriza la Pascua; pero yo no lo puedo remediar: leer esto me causa un efecto parecido al de aquella delicada, melancólica é incomparable música con que se mueren *Aida* y *Radames* en un calabozo fantástico, sobre cuyo techo canta también la rival triunfante.

Advierto que yo en muchas cosas, pero en música principalmente, no doy pie con bola, por lo cual todavía no he podido comprender (aparte el colosal Meyerber y el gigantesco Wagner), la superioridad de la música alemana, ni el talento de algunos de nuestros más peripuestos zarzueleros del Conservatorio Real; y advierto, para aquellos pocos que no conozcan *Aida*, que los tunantes de los sacerdotes egipcios, padres legítimos de los sacerdotes católicos, fueron los que aguaron los triunfos y amorios de Radames; con cuyas dos advertencias, si no entienden los lectores la razón de por qué me viene á la memoria el duo final de *Aida* al leer este duo con que remata el cantar de los cantares, no será por culpa suya, ni mía, sino porque real y efectivamente la cosa no tenga explicación racional, lo que importa tres pitóches en cosas que de lejos ó de cerca se refieran á la teología.

Menos explicación tienen los disparates que se les han ocurrido á los intérpretes místicos acerca de estos últimos versículos, diciendo que el manzano, debajo del cual estupraron á la madre de la sulanita, y á esta misma la cogió durmiendo su amante, representa el frutal del paraíso bajo cuya sombra habló á Eva una serpiente; que la hermana sin pechos de que habla la hija del rey de Egipto es la Sinagoga y otras muchas sandeces por el estilo. Y, sin embargo, estas sandeces son motivo y ocasión á que del papa al cura de mi pueblo, que es un desdichado que ni pincha ni corta en materias teológicas, vivan y engorden explicándoselas á los pobres catoliqueros del rebaño, como si fueran cosas útiles y prácticas, á semejanza del arte de podar las viñas ó sembrar en su tiempo las zanahorias.

Razón por la cual, viendo triunfante el antojo de cada hijo de vecino, nadie me hará borrar el mio de que me recuerde la música de *Aida*, este final de los cantares de Salomón, varón potenti-

símo, quizá cogido en el garlito por el sumo pontífice cuando su amada le dice al paño, cortando el cuento á lo mejor: toma suela, amigo, coge las de Villadiego, amado mio: si no tienes piernas de corzo ¡buena te espera!

Además, ¡cobro yo á nadie una peseta, por decir lo que me ocurre de la *Biblia*! ¡Le pongo yo un Cristo en los pechos á ningún nacido para que me crea! Así, pues, quede consignada mi opinión de que toda esta música del *Cantar de los cantares*, si de balde y como pura literatura tiene sus más y sus menos, según anotado queda, dentro de la *Biblia* y como música canónica, á tanto el acorde, es como la *Biblia* misma y como la santa Iglesia, inaguantables.

CXIV

EL LIBRO DE LA SABIDURIA

Acabados que son, á Dios gracias, los cantares de Salomón, aparecen en la *Biblia* otros cantares del propio cantarin sujeto, que llevan el nombre de *Libro de la Sabiduría*, ante el cual me encuentro dudoso entre comentarle ó pasarle por alto, como hicieron, más avisados que los papistas, los señores protestantes, que se quedaron á media revelación, ó sea, á medias mieles respecto á la palabra explotable, quiero decir, á la palabra divina.

Y, no dudo en razón á la pretensión del libro de contener en sí la *sabiduría*, así á secas de golpe y porrazo y por poco dinero, pues dicha señora sabiduría, como el argumento de muchas piezas teatrales, ni sale ni aparece en el libro que de ella se apellida, sino porque barrunto que así escribió este libro griego el hebreo Salomón como ahora llueven cebollas, cuando lo que llueve son granizos tamañitos, que trae de Galicia á esta *tierruca* montañesa un noroeste duro y frescachón, que ha puesto en tres días la mar

más alborotada que un concilio y más intransitable que una regla canónica, dejando á los pobres barcos que en ella imprudentemente se lanzaron, como anda la barca de Pedro, que una ola trague con todo su cargamento de embolismos. Amén.

Los comentaristas católicos, para salir del atasco en que les pone hablar en griego un libro que cuelgan á Salomón, á causa de su don profético, dicen que un Filón Alejandrino, muchacho aplicadito y dado á emborronar cuartillas, pero que no conoció al Espíritu Santo ni de espaldas, fué el que sobre sentencias salomónicas disparató teológicamente respecto á la sabiduría.

Allá se las compongan, y yo á mis risas, y conmigo las risas de los hombres de sentido común, ya cargue con ellas Salomón, ya sea Filón el que pague la patente de las carcajadas.

¡Por qué, quién leerá sin soltarlas homéricas, en el rótulo del primer capítulo de este libro de la SABIDURÍA, que *la muerte tuvo origen en el hombre no en Dios!* ¡Quién no acude, apretándose con una mano el hijar, ó sea el hipocondrio, para no reventar, á leer los versículos en que se demuestra este teorema de la matemática teológica? Véanse, puestos en berlina, que es el departamento en que estos caballeros deben viajar.

«Porque Dios no hizo la muerte, ni se alegra de la perdición de los vivos. Porque crió todas las cosas para que fuesen, é hizo saludables las cosas que nacen del mundo; y no hay en ellas ponzoña de exterminio, ni reino de infiernos en la tierra.»

Estos disparates de que Dios crió todas las cosas buenas é inmortales, sin ponzoña, cuéntenselo Salomón, ó Filón, ó quien lo escribiese, á las cotorras, dándoles á comer peregil, para que se pasen luego toda una eternidad repitiendo esta sandez, hija legítima de aquella otra sandez del Paraíso, que nos contó lacónicamente en el

Génesis el barbudo Moises, apuntando que Adán, antes de comer la manzana, era inmortal, sobre lo que me rei oportunamente en su lugar respectivo, al comienzo de estas NOTAS, advirtiendo que nuestro mambrú de progenitor (á quien si cerca tuviese daría una mano de azotes, que ni la que se dió Sancho para desencantar á Dulcinea más sabrosa), debía estar exento de almorranas, mal de piedra, pulmonías, sarna, sífilis y otras menudencias, que abaten un roble, y debió ser incontundible, rebotando en sus narices las piedras como bola de marfil que choca con otra bola.

No están malas bolas estas bolas, con que hacen carambolas los presbíteros en los bolsillos de sus tontos feligreses.

Cuenta Chanteaubriand, un escritor egregio, aparte lo cual fué un aristócrata de medio pelo y un revolucionario renegado que, despreciado por Napoleón el Grande, se dió á los pequeñísimos Borbones, y aburrido del librepensamiento fundó la secta de los neo-católicos, cuenta, digo, este extravagante y orgulloso francés en sus *Memoorias de Ultratumba* que, cuando escribió el famoso *Genio del Cristianismo*, un libro en que se poetizan hasta las viruelas, cuando asiste al enfermo alguna católica con papalina, le mandó un ejemplar á madama Staél, y que al abrirle esta barbiana leyó el rótulo de un capítulo que decía: *La Virgindad*: con lo cual la grande escritora cerró el libro y exclamó: ¡ay, pobre M. de Chanteaubriand! ¡quién le habrá engañado para escribir sobre las vírgenes cristianas! dando á entender que, quien en semejantes honduras se mete, no puede menos de salir pringado.

Lo mismo debiera hacer yo con este *Libro de la Sabiduría*, después de haber leído que Dios no hizo la muerte y copia de los correspondientes disparates bíblicos con que nos lo demuestra su autor.

Pero como yo no tengo el talento, ni otras cosas de madama Staël, no quiero obrar tan de ligero como ella, para no tener, como ella, que variar de opinión, y en consecuencia, seguiré leyendo el *Libro de la Sabiduría* y descatozando incantos en oportunos comentarios; que buena falta hace acabar con la madre del cordero, que, como supondrás, lector discreto, no es otra que la Santa Iglesia Católica, que si no me habia dado motivos bastantes de desprecio y asco, ha pocos días me enseñó sus inmundicias, que la hacen de toda persona de buen gusto aborrecible.

Diré cómo, y cuándo y de qué manera.

Paseaba yo una de estas pasadas tardes por el hermosísimo muelle de piedra de Santander, que es uno de los más deliciosos paseos de España en tiempo sereno, con brisa del Noroeste y á marea alta. Iba viendo los grandes y pequeños vapores á él atracados, donde se cargaban y descargaban ricas mercancías; observando las cubiertas de los pataches, en que grumetes de quince años guisaban las cenas de los bravos y oscuros marineros que en ellos corren tantos azares; recreándome con el ir y venir de las traineras que descargan á cientos las arrobas de sabrosísimos pescados de variadísimas especies; posando las melancólicas miradas del que empieza á encanecer en las caras preciosísimas de tantas lindas muchachas como este girón de Cantabria produce, cuando de pronto, aquel de cuyo brazo voy siempre colgado y se toma el trabajo de dirigir mi vida con mucho contento de mi parte, que ni el trabajo de obrar por mí mismo quiero tomarme, se estremeció y me dió un codazo, diciendome por lo bajo:

—Mira Riofranco, mira quien viene ahí: mira lo que tus ojos no han visto: pierde la virginidad de tu retina; pero no hagas ningún disparate...

Lo confieso ingenuamente. Cuando así advertido por una persona que quizá se pasa de seria, convertí al frente la vista, que tenia distraida á la izquierda, y vi venir hacia nosotros tres fantasmas puercos en forma de frailes grises, experimenté una de las más vivas emociones de mi vida, sentí cosa así como la que debe sentir el gato cuando ve al ratón, algo parecido á lo que ha de experimentar el toro delante de un trapo rojo con que le anden haciendo morisquetas, quiero decir, un vehementísimo deseo de apachucgar aquellas fantasmas sebosas contra el cantil del muelle y echarlas en remojo. Pero á mí la cólera se me pasa pronto, lo que es una ventaja grandísima para no andar empapelado en este mundo, donde sin esta picara afición á decir verdades en letras de molde, no sabría de experiencia lo que es una causa criminal, y, después de aquel relámpago de acometividad anticlerical, quedé lo bastante tranquilo para mirar despacio los tres failes, que, sin ruido, y como si anduvieran por máquina, pasando por entre la gente asombrada á su vista, se nos echaron encima en un minuto, que duró mi pasmo, del que salí al tenerlos al lado, para exclamar, sin poderlo remediar:

—¡Valientes mamarrachos! ¿De qué uronera se habrán escapado estas comadreja!

Ignoro si los frailes que parecían salidos de un mal cuadro de mal imitador de Carducho, oyeron mis palabras, en cuyo caso se atuvieron al refrán de dame pan y llámame perro: lo que sé es que mi otro yo me dió un codazo y me llevó para adelante, diciendome:

—Las cóleras útiles son las cóleras frías de las horas supremas. Si algún día tienes ocasión acuérdate de Méndez Vigo, y déjate de insultos.

—Amigo, repliqué, no lo he podido remediar. Dispensa. La cosa ha sido tan repentina y extraordinaria que exigia un desahogo.

A esto, de la gente arremolinada que con tanto de jeta dejaban los frailes por estela, se nos acercaron dos buenos republicanos, diciendo con mal humorado acento:

—¿Han visto ustedes, señores, hasta dónde llega el descaro de estas gentes? ¡Venir á pasear entre estas maravillas de la civilización, semejantes buhos! ¿Qué tendrán ellos que hacer aquí entre vapores que se alumbran de noche con luz eléctrica? Que se contenten con que les aguante-mos el poco tiempo que nos falta para entender-nos, y dar juntos al traste con toda la balumba de miserias que nos deshonran; pero allá, en sus madrigueras, no aquí.

—¿Qué quieren ustedes que yo les diga? contestó mi compañero. Contra el texto de las leyes, contra el sentimiento popular, vinieron. Por do, quiera que pasan, miradas enojadas les salen al encuentro, cóleras sordas llegan á sus oídos. Como animales que se sienten odiados, sacan asustados y recelosos las cabezas de su agujero para descubrir campo, ellos se atreven á tantear el terreno con temor. Si no se les ataja irán perdiendo el miedo, se envalentonarán... y esta será su definitiva perdición; porque, observen ustedes, todo el mundo los mira con el mismo sentimiento de aversión:

Esta lepra de la vagancia no retoñará potente; pero es triste, es vergonzoso, es humillante que los hijos de los liberales de 1834 tengamos que ver estas cosas. Recuerdo que mi buen padre, que vió en Madrid la matanza de los frailes, me refería una frase de mi abuelo, que para expresar la gran necesidad de la extinción en España de las órdenes religiosas, decía: «Cuándo será »feliz España? Cuando los hijos pregunten á sus »padres: ¿padre, qué cosa era un fraile? Si esto fuese cierto, como yo creo, convengamos, señores, en que la felicidad de la patria está muy lejos todavía, puesto que nuestros hijos pueden ver

hoy en este muelle con sus propios ojos ese en-jendro de la pereza en contubernio con el fanatismo, que se llama un fraile,

—Bien parlado está, dije yo, metiendo baza en la conversación; pero convengamos también, caballeros, en que un fraile es un motivo perpetuo de risa, de que yo hasta el día en esta amada patria había estado privado. Porque es de saber, que el único fraile que mis ojos hasta hoy habían visto, tuve disgusto de encontrármelo en la plaza de Armas de Bayona, hace doce años justamente al desembarcar en la República francesa. Valiente broma que le hice correr, arrodillándome á sus pies y besándole la mano y el rosario, cosa que le puso hueco como una clueca y le movió á bendecirme estando excomulgado y á preguntarme que de dónde era y á felicitar-me por mi religiosidad, á lo que le repliqué: —Yo, padre, soy un castellano viejo, que nunca había tenido el disgusto de ver un fraile, á quienes quiero como á un dolor de muelas, y tan pronto como divisé á vuestra merced, corrí á besarle la mano y el rosario para pedirle la bendición, á fin de que, por su intermedio, el diablo me conceda en este pícaro mundo la felicidad de jamás volver á topar con un cogulla. Palabras que dije en español, con el propósito de que él no entendiese lo que le decía, y el diablo, gran filólogo, sí. Pero él no dudo que las entendió, pues quiso-séme alzarse á mayores, y se fué bufando en buen castellano. El que dudo que las oyera fué el diablo, cuando me ha deparado, donde menos era de presumir, el encuentro de esos tres mostrencos, que con sus hábitos grises, sus pies descalzos, sus cabezas trasquiladas donde luce una luna llena por corona, su cordel anudado y su rosario atado á la cintura, y con las manos metidas en las mangas, parece que van barriendo la calle, papando el viento y en disposición de encontrar cuantas bofetadas se les pierdan á los liberales.

—Ten esa lengua, Ríofranco, ten esa lengua disparatadora, y no eches ahora leña á un fuego cubierto de cenizas. Calla; di adiós á estos buenos señores, y sigue conmigo las huellas de esos frailes para observar. ¡Ves esos marineros que echados sobre la borda, los miran atónitos? Pues es que sus corazones sienten hacia ellos aversión y cierto estupor por la novedad misma que les ofrecen, incompatible con las maravillas del buque en que atraviesan todos los meses el Atlántico con rumbo á la tierra de las repúblicas. ¡Ves esas humildes y desdichadas mujeres, rendidas de echar todo el santo día carpanchos de mineral de hierro, á ese barco inglés: las ves alzar la roja cara y mirar á estos frailes entre burlonas y ariscas? ¡No lo oyes decir, poco disimuladamente por cierto, pestes contra los que comen, viven, engordan y se pasean sin trabajar? No escuchásteis aquella voz que gritó: padrecito, ¡por qué no echa su merced una mano á este carpancho? No, mujer, no, replicó otra; porque el muy... tendría que arremangarse y enseñarnos las pantorrillas.—¿No has reparado el aire de extrañeza con que los han mirado aquellos caballeros? ¡No advertistes la cara que les han puesto aquellos carabineros? ¡No has notado el gesto que han hecho á su presencia aquellos soldados?

Pues todo esto me dice á mí, querido Ríofranco, que en el alma del pueblo español laten sordos aborrecimientos contra los frailes, plenamente justificados por una lúgubre historia de muchos siglos, en que ellos son los principales culpables. De ese aborrecimiento fué una explosión en 1834. Eso que vemos es una superfección, el reverdecimiento monstruoso de una planta maldecida, muerta ya, que retoña enteca, pálida, miserable, y no exigirá hoz para segarla. Bastará el pie del caminante, el movimiento del siglo, para acabar con ella.

—Ni hoz, ni pie, á mi modo de ver, es lo que hace falta, sino una buena escoba de palma, para barrer tanta basura. Cuidado con los pobrecitos padres ¡y lo puerocos que son! Lo que habrá, Ramón de mi vida, debajo de esos hábitos, con que ¡mira! levantan al andar la misma polvareda que una piara de cerdos por las sendas de Extremadura! No me extraña, ahora que los veo, que canonizaran no ha mucho á aquel Benito Labre, padre de la mugre, ni que sea Cánovas del Castillo al que debemos esta plaga los españoles, y yo la pena de haber visto lo que nunca pensé ver en España.

—Pero, ¡por qué metes á Cánovas en este negocio de la suciedad de los frailes?

—Porque creo que no me negarás que á él debemos, en forma de contrapeso al republicanismo de la época, para ir haciendo tirar á la monarquía, esta sarna de las cogullas; ni me negarás tampoco que Cánovas no tiene limpia la cara, ni la mirada, ni siquiera la levita que usa de ordinario, medianamente amoldada á aquellos hombrucos desiguales y puntiagudos que hacen de él uua de las más risibles figurillas de nuestros paseos. Y si, ni la cara, ni la mirada, ni la levita de Cánovas son limpias, de lo demás... pero más vale callar, que á un hombre en visperas de callarse, aunque sea un setentón no le deben reparar las ropas menores más que las lavanderas, preparando al paso, si como en el caso presente sucede, el novio es viudo, las sartenes, cacerolas y almireces en disposición de cencerrear.

—Ni el diablo que te siga en tus divagaciones, Ríofranco, cuando has sabido venir á parar desde esos frailes, que se han escabullido, no sé por donde, á la traída, llevada, negada, afirmada y asendereada boda de Cánovas del Castillo.

—Pues no hay en ello ninguna incongruencia, son dos cosas perfectamente ex-tem-po-rá-ne-as. Como quizá lo sea pegar en los comentarios

del *Libro de la sabiduría*, cualquiera cosa que á frailes se refiera, la cual vendria más conforme en cualquier tratado de *Porquerología* ó *Arte de vivir á costa del prójimo á título de moruecos del rebaño de Cristo*, en que no todo han de ser ovejas ó borregos.

CXV

Después de leer que Dios no hizo la muerte, creo yo honradamente, que se puede leer impávido el más enorme disparate, si es que semejante á este se pudiera inventar alguno. Creo también que, después de ver pasear tranquilamente á los frailes grises por el muelle de Santander, se puede ver también sin asombro la cosa más estupenda, sucia y repugnante de la tierra. Curados, pues, de espanto, continuemos la lectura del *Libro de la Sabiduría*.

Que emplea su segundo capítulo en describirnos los pensamientos de los impíos, palabra enrevesada y de muy diversos sentidos, que á troche y moche emplean los católicos; pues, si impío es el que, como dice este libro, exclama:

«Venid, pues, y gocemos de los bienes, que son, y usemos de la criatura á toda prisa como en la juventud. Llenémonos de vino precioso, y de perfumes, y no se nos pase la flor del tiempo.»

Encuentro muy santo y muy prudente, y muy oportuno el discurrir de los impíos, y cien codos más sabio que el tonto discurrir de esas beatas prematuras, que se dejan pasar la juventud en sandeces eclesiásticas, y cuando quieren recordar que son mujeres, se encuentran pellejos, sólo aprovechables entre presbíteros, que han de apechugar con cualquier cosa, por aquello de que «el que no tiene más, con su madre se acuesta.»

Mas si los impíos dicen, como dice este mismo libro:

«Oprimamos al pobre justo, y no perdonemos

»á la viuda, ni respetemos las canas del viejo.»

Declaro que ese impío se parece como un huevo á otro huevo, á muchos católicos, apostólicos, romanos, á quienes ni el bautismo, ni la confirmación, ni la penitencia, ni el matrimonio, ni la extrema unción, ni el orden; ninguna en fin, de esas zarandajas que llaman santos sacramentos, desligaron de su propia y natural condición de canallas, algunos de ellos graduados de licenciados en presidio y otros de doctores en el palo de la horca.

Después de hablar de los impíos, el *Libro de la Sabiduría* los muestra cargados de malos propósitos hacia el justo, hacia todo hombre justo, quiero decir, pero en su afán de sacar las pesetas á todo bicho viviente y el tuétano á cualquiera antigua sandez, la Iglesia católica quiere que aquí se entienda hecha una sublime profecía respecto á la vida aperreada y muerte infame del Hijo de Dios, personaje fantástico, hacia el cual poquito á poco nos vamos acercando, y respecto al cual es una verdadera olla de grillos el conjunto de los pareceres de aquellos inocentísimos barones que han tomado en serio los partos de las vírgenes; punto que se tratará, si la vida y el humor me ayudan, en su lugar oportuno. Por ahora, baste con que, profecías como esta, en que leo: «por cuanto Dios hizo al hombre inextimable», puestas á la venta, en buen papel y á bajo precio, podrían servir para ciertos usos generales de limpieza doméstica.

Tras la profecía tonta, la moraleja majadera, esto es, la soga tras el caldero, ó, detrás de la cruz, el diablo. Hela aquí para perpetua vergüenza del que la escribiese:

«Mas por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo. Y le imitan á él los que son de su partido.»

Aviso á los señores defensores y panageristas de la pena de muerte, que según aquí dice, son

partidarios del diablo, y, sin embargo, casi todos ellos van á misa puntualmente y se confiesan con los padres jesuitas.

En el capítulo III de este *Libro de la Sabiduría*, llegan las sandeces á la tercera potencia de un espiritualismo perfectamente intiligible. Según el cual, unos justos, que no se sabe quiénes son, gozan la inmortalidad y juzgarán unas fantásticas naciones de ultratumba, al tiempo que unos impíos, que el Papa dice que son cuantos somos autipapispas, y el Gran Turco cuantos no le llevamos nuestras hijas al serrallo para que le rasquen las pantorrillas, serán cruelmente castigados. Aquí veo los primeros lineamientos de una gloria y de un infierno que han producido y producen aún muchos millones y multitud de gahnápiros en el mundo católico, por los cuales, no doy yo dos perros chicos; quiero decir, del infierno y de la gloria, no de los gahnápiros católicos, que de balde, resultarían pues lo que les falta de caletre lo tienen compensando generalmente en unos estómagos que embaulan una hogaza de cada sentada.

De los impíos, dice: que son una raza maldita; que sus mujeres son insensatas; que sus hijos son perversísimos. Y ahí tienen ustedes, caballeros, como la impiedad viene á ser cosa hereditaria, como las escrófulas y las herpes, y por consecuencia, irremediable en boca de estos sabios teólogos de tres al cuarto, que en su afán de disparatar, llegan á la brutalidad de las castas, sobre las cuales escribe esta sentencia despiadada la *Sabiduría*.

«Porque los remates de la raza inicua son muy acerbos!»

¡Pobrecitos hijos de los presidiarios y de ciertas familias reales, si esto fuera cierto! Por fortuna, es jarabe de pluma, como esto otro:

«Que el eunuco tendrá don escogido en el templo de Dios.»

¡Horror! Los capones... cantando visperas. Sigue el sabio barbarizando en el capítulo IV, donde la emprende con los hijos bastardos de quienes dice:

«Porque los renuevos bastardos no echarán »hondas raíces, ni asentarán firmeza estable.

»Porque los hijos, que nacen de inicuos sueños, »testigos son de la maldad contra los padres, »cuando se les pregunta.»

Ni hay duda en que estos versículos, como todos los de este libro, están escritos con una elegancia de estilo tan propia de los griegos como desconocida de los bárbaros hebreos, ni tampoco en que esta cruel doctrina es contraria á la razón y á la experiencia. La razón enseña, que los hijos no son responsables de las faltas de sus padres. La historia nos dice, que cien bastardos, aun dentro de la preocupación católica, valieron mucho más que sus hermanos legítimos. Ahí está Enrique de Trastámara, que destrona y asesina á Don Pedro el Cruel y funda una dinastía poderosa; ahí está Don Juan de Austria, á quien su hermano legítimo Felipe II no alcanzaba á descalzar el zapato. Pero no debo yo, que tengo corrientes en cuantas generaciones mías conozco, las correspondientes partidas de bautismo, el que debe ofenderse de estas teorías del Espíritu Santo respecto á la legitimidad y las bastardías. Oféndanse las casas reinantes, oféndanse la masa de la aristocracia, en cuyas generaciones hay cada gazapo tamaño como un carnero; gazapos que la Iglesia de Roma cazó y despellejó, tanto, que aun de las pieles de ellos gastan los Papas sus zapatillas. Y, por fin, que los hijos del intríngulis formen causa al Verbo Divino, que yo, con sacar á la vergüenza las barbaridades bíblicas, cumpla mi compromiso con los lectores.

Así como á los hijos bastardos los pone de chupa de dómine, á los justos los trata con mimo el desconocido autor de la *sabiduría*. Con todo,

reconoce ingenuamente, que la mayor parte de estos bolonios, á quienes designa con este nombre de justos, no teniendo cosa importante que hacer en la sociedad, se van tempranito al Paraíso, donde el Padre Eterno debe estar soberanamente aburrido, al verse rodeado de la infinidad de caras estúpidas que han de andar allá en el séptimo cielo cantándole hosanas y aleluyas.

Respecto de cuyos simplicísimos varones, dice, en son de elogio y con helénica elocuencia el Espíritu Santo.

«Mas el justo, aunque fuere antecogido de la muerte estará en refrigerio.»—(El refrigerio este para mi vecino, advirtiéndole que vivo en la plaza de Oriente).—«Porque la vejez venerable no es duradera ni la computada por número de años, porque las canas de los hombres son sus sentimientos.—Y la edad de la vejez es la vida sin mancilla.»

Dice un amigo mío íntimo, y si no lo dice él, lo digo yo, que da lo mismo, que los sabios son los que han discurrido los mayores disparates del mundo. Prueba evidente de ello son las palabras transcritas, originales del pretencioso libro que se titula de la *Sabiduría*. En todo tiempo y país, el sentido común había declarado respetables y hasta venerables las canas, en razón á su blancura, pues por algo llega un hombre á viejo, y no por ser borracho, pendenciero, glotón, lujurioso y otros excesos. Hablo en tesis general; que viejos hay bien pícaros; dígalo sino algún jesuita que yo conozco, á quien ya se le caen los pantalones de puro maduro. Pero era preciso que el Espíritu Santo inspirase á alguien, para que ese alguien, contradiciendo anteriores inspiraciones, que declaran la senectud digna de todos los respetos, soltara la sandez de que se debe averiguar qué casta de pájaro ha sido un viejo, antes de quitarle respetuosamente el sombrero. Otra enseñanza me dieron á mí mis padres, que inculco

yo á mis hijos, y es, que á toda ancianidad se respete, sin meterse á pedirle á las canas la cédula de vecindad.

Con lo cual, descansados los higados del entendimiento, pasa el Espíritu Santo á dar razones de por qué se mueren los jovencitos.

Allá van.

«Fué arrebatado (el chico que fallece), porque la malicia no alterase su entendimiento, ó para que lo aparente no sedujera su alma. Porque la fascinación de lo vano obscurece el bien, y la inconstancia de la concupiscencia trastorna el sentido sin malicia. Consumado en breve, llenó muchos tiempos.»

Caballeros ¡no les entran á ustedes ganas de morirse á toda prisa, al leer eso, para ver si les coge á ustedes en la edad reglamentaria de poder ingresar en el paraíso! ¡No sienten haber vivido los años que cuenten, expuestos á que la malicia alterase sus entendimientos!

¡Extrañarán ustedes de aquí en adelante, que en una sociedad, donde estas sandeces y dislates pasan por sabiduría, se vea con la nefanda indiferencia que se ve en muchos pueblos de España, la muerte de infelicitísimos niños, por quienes toca la Iglesia á gloria, y para quienes gentes desnaturalizadas no tienen más oración fúnebre que esta impia bufonada: ¡angelitos al cielo!

Porque, es de saber, y de comentar, que no es cosa baladí más que en sí misma, lo que la *Biblia* contiene. A fuerza de repetirse una mentira, engendra la verdad cuando menos de haber sido dicha muchas veces, y dado que, contra lo que aquí se adula á lo joven y nuevo, los hombres se pirran por llegar á viejos y andan siempre enamorados de vetusteces, las mentiras viejas llegan á parecer verdades, máxime si se le atribuyen al Espíritu Santo, y obligan á pagar contribución para mantener á los que las predicán. Por esto, cosas que en la *Biblia* solo inspiran las risas que me-

recen los disparates, cuando se ven traducidas, á fuerza de años y predicaciones, en reglas de mala conducta, sublevan los ánimos y dan ganas de emprenderla á puñadas.

Dispénsame, lector, esta desentonación de un instante. Si tienes hijos, y, sobre todo, si te se ha muerto algún hijo, y has oído exclamar sobre su ataúd á alguna beata de hocico felino, ¡angelitos al cielo! ¡dichoso él, que tiene asegurada la gloria por toda la eternidad! comprenderás la razón de mi cólera y la razón de la puñada que debiera aplastar los hocicos de referencia.

CXVI

«Entonces estarán los justos con grande constancia contra aquellos que los angustiaron, y que les quitaron sus trabajos.»

Así comienza el capítulo V de *El Libro de la Sabiduría*, como escrito griego lleno de elocuencia y verbosidad, donde más de cuatro poetas han tomado hermosas imágenes para embellecer escritos sobre la nada de la existencia y la fragilidad de las cosas. Mas dejando arrumacos literarios á un lado, diré que en substancia, el *entonces* de cabeza se refiere nada menos, según los comentaristas católicos, que por esta vez no desbarran, al día del juicio final, no sé si por la noche ó por la mañana, que es cuando los justos, desde la gloria, darán dentera á los impíos, que andarán á tizonazos en el infierno.

Aparte lo que entienden los católicos por justos y por impíos, ¿se ha podido inventar necedad más grande que esta del infierno, para contener los malos instintos de los perversos? Porque si yo lo fuese, diría para mí capote: si tan largo me lo fias, echa otra libra, quiero decir, cometamos otro crimen, máxime sabiendo que cuantos hasta la fecha se han metido á profetizar el fin del mundo, se han quedado con un palmo de narices y más corridos que una mona.

Prueba concluyente de la necedad de estas invenciones es, que sus propios inventores, los señores teólogos de todos los tiempos hasta los Papas de nuestros días, se han fiado tan poco de las excelencias de este medio fantástico de coacción moral, que se llama el infierno, que han tenido buen cuidado de emplear otros más seguros y eficaces de prevenirse contra los malvados, cuales son cárceles, cadenas, grilletes, destierros, multas y otros que aconseja el buen sentido, siendo ellos precisamente los que, violentándole, apadriñan todavía la monstruosidad del patíbulo, de que fué buen ejemplo aquel masón renegado que se llamó Pio Nono, condenando á miserable muerte á dos honrados patriotas como lo fueron Monti y Tognetti, que quizá ahora le anden en buena lógica católica, dándole de mojicones de fuego en los infiernos.

Pero no ahondemos más estos disparates, de que en el Evangelio habrá que hablar largo y tendido, advirtiendo solamente que toda esta música de la *Sabiduría*, es cosa así como algo intermediario entre el feroz hebraísmo y el sentimentalismo cristiano, que transpira á Alejandría y á la descomposición universal de ideas que en esta célebre ciudad tuvo lugar.

Hebreo puro es lo que dice que hará Dios con los impíos. Véase.

«Su celo tomará la armadura, y armará á las criaturas para la venganza de los enemigos. »Porque coselete se vestirá de justicia, y por yelmo tomará el juicio cierto. Tomará la equidad por escudo inexpugnable.» «Y aguzará su inexorable ira como á lanza, y peleará con él todo el universo contra los insensatos. Irán derechamente los tiros de los rayos, y como de arco bien tenso de las nubes serán arrojados, y resurtirán á lugar cierto. Y la ira que apedrea, lanzará espeso granizo, se embravecerá contra ellos el agua del mar y los ríos correrán juntos con

furia. El espíritu de virtud se levantará contra ellos, y como torbellino de viento los esparcirá; y su iniquidad reducirá á yermo toda la tierra, y la malicia trastornará las sillas de los poderosos.»

Sillas, yermo, coselete, lanza, rios, arcos, universo por fuera del cual queda el *maremagnun* de los insensatos, ¿puede darse mayor embolismo? ¡Ay, qué miedo! resta exclamar, haciéndole la mamola al Padre Eterno del coselete.

A seguida, la toma con los reyes, cuando gobiernan mal (que es casi siempre), y para exhortarlos á que gobiernen bien, les dice que de no, allá en los infiernos se lo dirán de misas. Los señores reyes (lo que me prueba que, aunque malos, no son del todo tontos), han hecho y hacen de estas palabras del Espíritu Santo tanto caso como del cantar de una carreta.

«Porque al pequeño—les dice—es otorgada misericordia: mas los poderosos poderosamente padecerán tormentos.»

Una dedadita de miel á las clases proletarias, ó en otros términos, que ni Dios mismo hace aprecio de los zarramplines y de sus pecadillos. Y á pesar de esto, sin duda para poner en berlina al evolucionismo castelarista, los reyes, aferrados á sus coronas y sin abdicar, para dejarle traer á D. Emilio su pacífica República de caballería, infantería, artillería, guardia civil, carabinieri, canónigos y frailes premostatenses.

¡Hay para que D. Emilio en su desesperación se arroje, como la Magdalena, á los pies del Rey de Reyes y le pida por los clavos de Cristo que renuncie á la lista civil!

El Espíritu Santo, menos optimista, se contenta, después de amenazarlos con los tizonazos del infierno, con recomendarles la sabiduría, que es una señora, dice, muy agradecida, que á quien bien la sirve, le hace *incorrupto*, y por la incorrupción le pone cerquita de Dios.

De ser cierto esto y lo que se murmura, el supradicho D. Emilio con sólo alargar la mano, que no supo contener á Pavia el 3 de Enero, le debe tocar la rizosa barba al Padre Eterno.

Hacer incorrupta la sabiduría... ¡Cómo diablos se compaginará esta plana *infallible* con las trescientas mujeres de Salomón y la nariz arregangada y abultados labios de Sócrates? Porque no sé de un solo verdadero sabio que haya pasado por virgen, á no ser Isaac Newton, y aun para darle por tal, tendría que examinar muy despacito, en confesión general, un padre jesuita, conciencia de cierta princesa real de Inglaterra, á quien el gran matemático le arreglaba el almanaque. Porque en esto de la virginidad y de la sabiduría hay que andar con mucho tiento para que no le den á uno gato por liebre, pues como decía el refrán favorito de Sancho Panza, adonde pensáis hallar tocinos no hay estacas.

Ahora, veamos cómo explica Salomón, suponiendo que él escribiera este libro, su origen:

«Ciertamente (cap. VII) yo también soy hombre mortal (que todo el que habla, come, bebe y hace otros menesteres, no sea hombre mortal, sólo se le ha ocurrido á los cristianos. Previendo sin duda la existencia de un disparate su-
premo de estas gentes, escribió esto Salomón), semejante á todos, y del linaje de aquel terreno, que fué hecho el primero (tiene la prudencia de no darle nombre: algo es algo) y en el vientre de mi madre fui figurado carne.»

—«En el espacio de diez meses (nueve, si usted gusta, Sr. Salomón; aprenda usted á contar católicamente) fui cuajado en sangre (y también en carne, huesos y ternillas) del semen del hombre (tapa, amigo, que puede por ahí andar algún Padre Sánchez, jesuita, que se lo cuele á una virgen por el oído), y concurriendo el deleite del sueño. (El deleite que concurre en muchos casos de saqueo de ciudades por tropas

»desenfrenadas deja aquí á Salomón un poco
»quebrado, aunque no corrido de haber escrito
»semejantes desvergüenzas, que todo el mundo,
sin echarlas de sabio, sabe y calla.)

Sigue la jerigonza, aunque no la porquería.

«Y yo luego que nací respiré el aire común, y
»caí en la tierra hecha del mismo modo (¡caspiti-
»ta! ¡haberse hecho la tierra como se hace un
»hombre! ¡Tamañitos debieron ser el padre y la
»madre de esta señora, y el instrumento cons-
»tructor!) y di la primera voz semejante á todos
»llorando. (Vean ustedes que la noticia tiene no-
»vedad.) En pañales fui criado (¡viejos sou!) y
»con grandes cuidados. Porque ninguno de los
»reyes tuvo otro principio de nacer. Y así una
»misma es la entrada á la vida, y semejante la
»salida.»

Después de tan enormes vulgaridades, que di-
chas hoy por cualquiera inspirarían lástima, y
le valdrían por indecente una silba general, hace
Salomón un cumplido elogio de la sabiduría, dice
que la amó apasionadamente, y que aprendió
una porrillada de cosas, cuanto hay que saber.
Hay, sin embargo, que creerle sobre su palabra
que era un sabio, pues lo que es por lo que escri-
bió, ó inventó, no se le conoce. Sin duda le dis-
trajeron las buenas mozas á que fué tan aficio-
nado, y por eso dejó para otros sabios que inven-
taran las grandes maravillas del arte y de la
ciencia.

Punto por hoy.

CXVII

Punto por hoy. Así decía terminando mi últi-
ma nota, á 5 de Noviembre del año pasado, con
la noble intención de volver la semana siguien-
te á la consuetudinaria burla de la *Santa Biblia*.

Pero yo propongo, y *el otro yo* dispone, como
es sabido. De aquí, lector amabilísimo, que te
haya tenido más de dos meses sin el habitual

alimento eucarístico-bíblico, que te proporciono
de tan buena y sana voluntad: de aquí, también
que mi cortesía te deba una breve explica-
ción.

Vineme de las orillas del Cantábrico un tanto
mohino, por un tropezón que di á última hora,
de que todavía se me resiente un pie, y, apenas
descansado del largo viaje, hube de hacer á toda
prisa la maleta, arrastrado de los cabezones por
el otro á Granada, donde ví á Eugenio Sellés
convertido en un Sancho Panza, sin maldita la
gracia; lo que me confirmó en un antiguo pro-
yecto, que en su día explicaré, á fin de que los
grandes poetas no nos fastidien, ni se fastidien,
teniendo que ser gobernadores de provincia para
salir de apuros.

También vi la Alhambra y el Generalife, don-
de tantas y tan buenas *juegas* debieron correr
los moros y las moras en tiempo de verano, y ví
otras muchas cosas de que no es ocasión de ha-
blar, volviendo á escape á Madrid, donde pen-
sando descansar de tantas andancias, me ví me-
tido en un berengenal de política, al que todavía
no le veo la punta, berengenal que comenzó con
la famosa Velada-Figueras y no sé dónde acaba-
rá, por el cual ya me ha costado un nuevo viaje-
cito á Talavera de la Reina, donde además de
buenos republicanos y hermosas mujeres, hay
un fondista que Dios bendiga y conserve; pues
si un día, para confusión de la Iglesia, me veo
arzobispo (que todo pudiera ser), de fijo le
nombre mayordomo de casa y boca, sobre todo
de boca, que es propia mayordomía del que sabe
hacer riquísimas paellas.

Con todos estos belenes y otras menudencias,
de que he debido darte cuenta en varios artícu-
los sueltos, la *Santa Biblia*, que es el belén de
los belenes, ha estado durmiendo el sueño, no
diré de los justos, que fuera ofender la justicia
suponer que anda al lado de la *Santa Biblia*,

pero sí de los lirones, que dicen en mi pueblo, de los que duermen á pierna suelta.

Al reanudar hoy las burletas, hallo que las dejé donde Salomón cuenta cómo le hizo su padre, cómo le parió su madre, cómo se desarrolló por sí mismo y se encontró hecho un sabio consumado, sin necesidad de estudios ni matriculas, por el siguiente procedimiento rematadamente teológico:

«Por esto deseé y me fué dada inteligencia: é invoqué y vino en mi espíritu de sabiduría.»

¡Cuántos católicos conozco yo, que esperando ser sabios de esta sencillísima manera, por más que le han invocado, no les ha venido el espíritu de la sabiduría, y se han quedado para toda la vida unos bодоques! Pues es de saber, que eso de llamar al Espíritu Santo es fácil: lo que no es tan fácil es que el Espíritu Santo venga. ¡Suele andar tan distraído!

Después de hallarse sabio por arte de birlibirloque, Salomón hace un elogio cumplido de la sabiduría, diciendo de ella que es buena, que es fuerte, que es hermosa, que abraza todos los bienes, que procede de Dios, y que hace dichoso al que la posee, á lo cual no seré yo ciertamente el que le ponga reparos, sino el sentido común, que considera á los sabios, cuando son enclenques y no tienen una peseta, cosa sumamente ridícula y desdichada. Ya Quevedo nos dejó escrito:

Poderoso caballero

Es don dinero.

y Calderón nos ilustra, cuando dice:

Cuentan de un sabio que un día

Tan pobre y mísero estaba

Que sólo se alimentaba

De las yerbas que cogía.

enseñándonos que en este mundo el ser sabio, no es una garantía para no ir á parar al hospital.

Salomón opina de distinta manera..... pero ¿quién hace caso de Salomón?

Máxime leyendo lo que constituía su sabiduría, con la cual graduarían de alcornoque á cualquier estudiante en la Universidad de Coimbra.

Pues dice textualmente, refiriéndose á Adán: *habiendo sido criado solo*, que es lo propio que dice un pobre hombre, que se disfraza con el ramplón seudónimo de Racillo, y ha venido al mundo del periodismo con la necia pretensión de hacerle cosquillas á estas NOTAS. En primer término no fué creado *solo*, sino acompañado, muy acompañado, según el Génesis; pues habiendo sido creados antes que él los piojos, pulgas, ladillas y demás bichos mortificantes, claro está que desde el primer momento de su existencia, serían una cosa misma con él, ó no tuvo su objeto su previa creación por el Eterno. En segundo lugar, no cumple decir solo, de un mozo á quien Dios le fabricó de una costilla la mujer, con tales primores y dibujos, que á no haberse inventado el matrimonio canónico, valiera la olla más que el alfarero. En tercer lugar... ¡pero á qué voy á pararme á comentar las mil y una necedades que Salomón acumula para declararnos en cifra la resabida historia de los patriarcas hasta Moisés, diciendo de aquellos desdichados que fueron felicísimos porque llevaban en sí la sabiduría, cosa que jamás ellos propios sospecharon!

Luego se engolfa en teologías sobre la *paciencia* de Dios, que, como un cornudo, les aguanta mil perrerías á los hebreos en el Desierto, adonde con su *misericordia* les conduce después de cien estupendos milagros para atormentarlos de mil diversas maneras.

¡Atame esa misericordia por el rabo y esa paciencia por las pantorrillas!

«Vanos son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios.»

Siendo la ciencia de Dios la Teología, vuelve,

lector discreto, vuelve esta salomónica sentencia del revés, y tendrás una verdad como un templo; quiero decir, que pienses que todo teólogo es la vanidad personificada, una avellana huera, una nuez podrida, una pera pasada, y te pondrás en razón.

Prueba al canto.

Salomón, con brillante estilo, declara la vanidad de los sabeistas ó adoradores de los astros, que consideran dioses á las hermosas luminarias del cielo, de cuyo principal adorno, del sol, dijo con mucho talento Mirabeau que, si no es Dios, es su primo hermano. Pues bien; quisiera yo que se levantara de su tumba Zoroastro, no menos sabio que Salomón, para que me le diera á este un par de estirones de orejas por negar y afrentar su sistema religioso; con lo cual aprendería el lector que no pueden hallarse juntas dos teologías, sin abofetearse la una á la otra, porque como son dos solemnísimas mentiras, sólo pueden vivir á la greña.

Esta greña es muy conocida en España con el nombre vulgar de *La Inquisición*.

Otra prueba. Oído al parche, señores católicos, que va envuelta una alusión clerical y parroquial:

«Como si algún obrero hábil cortase del monte algún madero derecho, y con destreza le rayese toda la corteza, y empleando su arte hiciese con esmero un mueble útil para uso de la vida. Y gastase los residuos de aquella obra en aparejar la comida; y de lo que sobra de esto, que para ningún uso es útil, un madero torcido y lleno de nudos, fuere á ratos desocupados desvastándolo cuidadosamente, y con la pericia de su arte le diese figura y le hiciese semejar á una imagen de hombre... y le hiciese un nicho correspondiente, y poniéndole en la pared y afirmándole con clavos, usase con él esta precaución, porque no cayere, sabiendo que no puede

»valerse á sí mismo, puesto que es sólo una imagen y ella necesita ayuda. Y haciéndole votos, »le consultare acerca de su hacienda, y de sus hijos y de su boda.»

«No tiene vergüenza de hablar con aquel que está sin alma: y por su salud ruega ciertamente á un inválido, y por la vida pide á un muerto, é invoca en su favor á un inútil: y para un viaje ruega á aquél, que no puede andar, y para el buen éxito de todas sus cosas se recomienda á aquél, que es inútil para todo.»

De mano maestra, de mano maestra ha pintado usted aquí, señor Salomón, á los católicos de mi pueblo, á aquellos borricos que á un mal tarugo de cerezo, tallado en forma de Cristo, le rezan mañana y tarde, pidiéndole salud, fortuna, buenos viajes, buenas cosechas de titos y de lentejas, la curación de algún buey cojo y el buen parto de las ovejas, no teniendo dos dedos de entendimiento para comprender, que el cerezo tallado en forma de Cristo, si pudiera oír y ver y salivear, lo que haría es escupirles á la cara por animales.

Borricos y animales, no os lo llamo yo, ¡oh católicos adoradores de cristos, vírgenes y santos tallados en roble ó en marfil! os lo llama Salomón: es quizá en lo único que acertó.

Del asperjazo de borriquería que lanza Salomón á los adoradores de imágenes, no se libran los señores marinos de la armada real, que tienen famosas patronas de castaños y raíz de olivo, tampoco los de la marina mercante, que suelen gastarlas más humildes, de pino tea ó de haya.

Veán unos y otros lo que de todos ellos dice Salomón, que es lo suficiente para que arrojen toda la caterva de santos y santas de madera, patronos suyos, á los profundos abismos de la mar salada, con buenas barras de hierro atadas á la cocotera, para que no floten.

Oído.

«Pensando asimismo otro día navegar y estando para hacer el viaje por las ondas bravas, »invoca á un leño, más frágil que el leño que le »lleva. Porque la codicia de ganar lo inventó, y »el artífice lo inventó con su saber.»

El famoso padre Scio, al llegar á lo de leño del versículo que acabo de copiar, dándose sin duda por personalmente aludido, como buen católico, pone la siguiente inocentísima nota:

LEÑO. «Como si dijera: aún hay otra gran- »de locura de los hombres. Hay quien invoca á »un leño, esto es, á Neptuno hecho de leño: á »Castor y Polux, á quienes á este efecto, daban »culto los gentiles.»

Porque el malaventurado curilla no pensó que, á los pocos años, vendría yo, en virtud de mi libre pensador derecho, á decir que leño resulta todo católico; pues con ligeras variantes de su nota, queda esta convertida en una verdad universal, que comprende así á los gentiles como á los católicos, que son unos gentiles como los otros.

Véase la prueba:

LEÑO. «Como si dejera: Aún hay otra gran- »de locura de los hombres. Hay quien invoca á »un leño, á Neptuno hecho de leño (ó el Cristo »de las Enaguillas hecho de leño) ó á Castor y »Polux (ó á San Emeterio y San Celedonio), á »quien á este efecto daban culto los gentiles y »los católicos.»

Alguna vez había de decir la *Biblia* algo que tuviera sentido común. Pero, como ves, para que lo diga, hay que estirarlo y completarlo, porque el señor Espíritu Santo jamás encajó en lo cierto.

CXVIII

Aun á riesgo de hacerme pesado, quiero seguir á Salomón en sus filípicas contra los adoradores de los ídolos, para ver si esos menteca-

tos de católicos, que se pasan la vida al pie de las imágenes, y esas arrugadas beatas que se tragan los santos, según la enérgica frase popular, caen del burro del fanatismo en que van montados, burro que les enalbardan y arrean los presbíteros, que los leños en forma de santos explotan.

Mas el ídolo—dice la Sabiduría—*que es hecho de manos, maldito es él y el que lo hizo* (ojo, escultorzuelos mamarrachistas, que andáis tras los cabildos á caza de sanjuanitos y niños dioses); «éste porque de cierto lo fabricó, y aquél porque no siendo más que una cosa frágil, se le dió el nombre de Dios.» (Esta maldición á un tarugo, que ni siente ni padece, la encuentro un poco cursi; pero si en cursilerías fuésemos á reparar, no habría medio de copiar un solo versículo de la *Biblia*).—«Y Dios aborrece igualmente al impío y á la impiedad. Y así la obra que fué hecha, como aquel que la hizo, padecerá tormento.» (El dar tormento á un San Sebastián de piedra de Colmenar que tengo yo muy visto, no sé cómo pueda ser; pero, adelante con los farolazos á la idolatría).—«Por esto no se tendrá »respeto á los ídolos de las naciones... Porque »el principio de la formación fué la invención de »los ídolos, y su hallazgo fué la corrupción de la »vida. Porque ni los había al principio,» NI SE- RÁN PARÁ SIEMPRE.

A esta profecía me agarro. Del Espíritu Santo que la inspiró depende mi conversión. Vean mis ojos un día un Museo, que contenga en sus amplias salas todos los mamarrachos escultóricos repartidos por las innumerables iglesias de España, y vean arder una noche continente y contenido, previamente rociado de petróleo, y al mes siguiente me convierto al cristianismo, convencido de que todas las religiones son una farsa y toda la teología una necedad.

Entre tanto, que el Espíritu Santo, aguante

los ídolos, y sufra que me ría de sus profecías cada vez que veo la Virgen de la Paloma. ¡Valiente caso hacen de sus filípicas contra la idolatría las recién paridas que van á presentarla sus hijos, viaje que suele valerle al chiquitín un resfriado, á la madre una relajación, y al cura que dice la misa al ídolo cuatro pesetas!

De la monumental paliza que da Salomón á los ídolátras, debieran predicar esos zascandiles que suben á los púlpitos para excomulgar en tonto á los lectores de estas *Notas* y de *Las Dominicales* que las contienen; pero no lo harán, á fe mía, porque tendrían que citar estas solemnes palabras... y «aquél que entonces había muerto como hombre, comienzanle ahora á adorar como á Dios...» que son la burla más sangrienta de esas siete canonizaciones, que á razón de diez mil duros mamarrachos, acaba de hacer el Papa. Además, quitado el culto de las imágenes de la religión, como han hecho los protestantes, ¿qué sería de tantas cofradías como sirven de pesebre á los presbíteros?—Siga la farsa y siga la ingnommosa superstición, que yo, cuando algún mentecato me venga á pedir dinero para hacerle una novena á Santa Rita, con tirarle á la cabeza este *Libro de la Sabiduría*, habré salido del paso y conservando los parnés.

Tomado el hilo del apaleamiento, Salomón acaba con la madeja de la idolatría. Después de abominar de los escultores, abomina de los plateros y de los pintores que fabrican imágenes humanas, destinadas á recibir el culto de los hombres. Y, pareciéndole todavía poco, abomina también de los alfareros que, cansados de hacer botijos, se dedican á fabricar san isidritos de barro, concluyendo por abominar de los que fabrican animales sacros. Porque, parecerá mentira, pero es una realidad: los teólogos, en su locura, no se han contentado con postrar de ro-

dillas á los católicos delante de los santos de barro, ó de madera, ó de metal, sino que han llevado su explotación de la estupidez humana hasta el extremo de arrodillarlos también delante de una caterva de animales que, para mayor escarnio del sentido común, acompañan obligadamente á los santos. Tan obligadamente que, de fijo, el escultor que tallase un San Roque sin tallar un perro al lado, no hallaría quien le comprase su muñeco, que sin el mastín y la llaga, no sería abogado de la peste.

Porque hay una zoología puramente canónica. Cada evangelista lleva su animalejo asociado: el uno un toro, el otro un águila, el tercero un león, el cuarto un mulo, ó mula; que como al cuadrúpedo le he visto siempre pintado de frente, no le he podido distinguir el sexo. San Antonio Abad, es incomprendible sin un cerdo á sus pies; San Benito Labre sin una docena de piojos haciendo volatines en sus puercas barbas; el Espíritu Santo va figurado en una paloma blanca, porque parda ó acanelada no sería ya la tercera persona de la Santísima Trinidad; San Isido sin su pareja de bueyes por delante sería una paradoja; Santiago, sirviendo en infantería ó ingenieros, no sería Capitán de las milicias celestes, ni patrón de España, sino un lispendi, mientras que á la jineta en un caballo blanco de mucha cola y mucha crin gana batallas á los moros; también San Martín y San Jorge, han de ir á caballo por toda una eternidad, sin romper la entrepierna de los calzones; una Purísima sin apretarle con los pies las fauces á un serpentón, no hubiera concebido y parido en un pesebre; también entre animales, al Hijo de Dios; el borrico aparece en los altares con San José tirándole del ronzal, siempre que la Virgen huye á Egipto; San Pablo da ocasión perpetua para exhibir un pajarraco con un pan en el pico, que quiere representar un cuervo, y... basta;

que me canso de recorrer toda la caterva de animales á que dan culto los católicos, no más adelantados, con todas sus infulas de sabiduría en materia teológicas, que los salvajes del interior del Africa ó la Oceania, que se comen los unos á los otros como aquí sucede con íntegros y mestizos, de que el tiempo andando, sólo quedarán los rabos. Amén.

Y aún adoran á los más viles animales..., dice Salomón, hablando de ellos. ¡Cuestión de simpatías y afinidades! digo yo.

Después de haber hablado tanto y tan bien de los idólatras y de la idolatría, Salomón nos habla de las codornices milagrosas ¡uf!... y del maná milagroso ¡uf!... y de la serpiente de bronce ¡uf!... y de la columna de humo y de fuego del Desierto ¡uf!... y del paso á pie enjuto del mar Rojo ¡uf!... y de mil otras majaderías, dislates, burradas y sandeces, que tengo larga y oportunamente fanotadas, para risa y entretenimiento de desocupados.

Porque es de saber, que en este *Libro de la Sabiduría*, en que tan al pelo se azotan y vapulean los dioses de las naciones, se barbariza de lo lindo acerca del Dios fantástico de los hebreos, una quisicosa que respiraba sin tener narices, ni siquiera figuradas como los ídolos; que andaba sin desgastar los zapatos, en caso de que los usara; que hacía una serie de barrabasadas, y es llamado paciente y misericordioso, que sufría como un cornudo mil una perradas de su pueblo, y es alabado por fuerte y celoso; un Dios-Providencia, en suma, que es un comodin en boca de los necios, para explicar lo que no entienden, del modo y manera que se le antoja á la ignorancia supina é incurable de los teólogos.

Pongo por caso.

¿Llueve á su tiempo y crece el trigo? Pues es la providencia de Dios que bendice y recompen-

sa los afanes del labrador, porque este es bueno, ó si es malo, para darle tiempo á que se arrepienta. ¿No llueve y se lleva la trampa la cosecha? Pues también es la providencia de Dios, que si el labrador es bueno, quiere probarle con un castigo, y si es malo, le castiga para prevenirle y hacerle reflexionar que, fuera de las patatas y las zanahorias, hay un Dios Todopoderoso, que si se le atufan las narices, fabrica un temblorito de tierra, lo echa todo á rodar y... prepara una rogativa muy productiva á sus presbíteros, para evitar nuevas catástrofes, ó si hay bienandanza, para que esta dure largo tiempo.

Porque el resumen y compendio de toda teología y de todo providencialismo, es este refrán que dice el cura para su sotana, viendo desfilar los animales bipedos sin plumas delante de su altar: *vivos y muertos todos son nuestros*.

Bueno será, sin embargo, que los prebisteros vayan ensayando esta coletilla al refrán: *menos esos tunarras de librepensadores, que saben bien del pie que cojeamos*.

CXIX.

DE «EL ECCLESIASTICO»

Después de escribir con las dos *ces* con que escriben los cultos el nombre de este rancio libro, debería ocuparme inmediatamente de su autor, un Jesús, pero no el Jesús Nazareno á quien mandó dar de azotes Poncio Pilato, sino otro Jesús, hijo de Sirach, de quien no se sabe fuese azotado de mayor; pues de niños, el que más y el que menos hemos recibido lecciones con argumentos maternos en las posaderas.

Pero la cortesía exige de mí, antes que las divagaciones biográficas sobre el judío que escribió *El Eclesiástico*, disculpas por no haber-

que me canso de recorrer toda la caterva de animales á que dan culto los católicos, no más adelantados, con todas sus infulas de sabiduría en materia teológicas, que los salvajes del interior del Africa ó la Oceania, que se comen los unos á los otros como aquí sucede con íntegros y mestizos, de que el tiempo andando, sólo quedarán los rabos. Amén.

Y aún adoran á los más viles animales..., dice Salomón, hablando de ellos. ¡Cuestión de simpatías y afinidades! digo yo.

Después de haber hablado tanto y tan bien de los idólatras y de la idolatría, Salomón nos habla de las codornices milagrosas ¡uf!... y del maná milagroso ¡uf!... y de la serpiente de bronce ¡uf!... y de la columna de humo y de fuego del Desierto ¡uf!... y del paso á pie enjuto del mar Rojo ¡uf!... y de mil otras majaderías, dislates, burradas y sandeces, que tengo larga y oportunamente fanotadas, para risa y entretenimiento de desocupados.

Porque es de saber, que en este *Libro de la Sabiduría*, en que tan al pelo se azotan y vapulean los dioses de las naciones, se barbariza de lo lindo acerca del Dios fantástico de los hebreos, una quisicosa que respiraba sin tener narices, ni siquiera figuradas como los ídolos; que andaba sin desgastar los zapatos, en caso de que los usara; que hacía una serie de barrabasadas, y es llamado paciente y misericordioso, que sufría como un cornudo mil una perradas de su pueblo, y es alabado por fuerte y celoso; un Dios-Providencia, en suma, que es un comodin en boca de los necios, para explicar lo que no entienden, del modo y manera que se le antoja á la ignorancia supina é incurable de los teólogos.

Pongo por caso.

¿Llueve á su tiempo y crece el trigo? Pues es la providencia de Dios que bendice y recompen-

sa los afanes del labrador, porque este es bueno, ó si es malo, para darle tiempo á que se arrepienta. ¿No llueve y se lleva la trampa la cosecha? Pues también es la providencia de Dios, que si el labrador es bueno, quiere probarle con un castigo, y si es malo, le castiga para prevenirle y hacerle reflexionar que, fuera de las patatas y las zanahorias, hay un Dios Todopoderoso, que si se le atufan las narices, fabrica un temblorito de tierra, lo echa todo á rodar y... prepara una rogativa muy productiva á sus presbíteros, para evitar nuevas catástrofes, ó si hay bienandanza, para que esta dure largo tiempo.

Porque el resumen y compendio de toda teología y de todo providencialismo, es este refrán que dice el cura para su sotana, viendo desfilar los animales bipedos sin plumas delante de su altar: *vivos y muertos todos son nuestros*.

Bueno será, sin embargo, que los prebisteros vayan ensayando esta coletilla al refrán: *menos esos tunarras de librepensadores, que saben bien del pie que cojeamos*.

CXIX.

DE «EL ECCLESIASTICO»

Después de escribir con las dos *ces* con que escriben los cultos el nombre de este rancio libro, debería ocuparme inmediatamente de su autor, un Jesús, pero no el Jesús Nazareno á quien mandó dar de azotes Poncio Pilato, sino otro Jesús, hijo de Sirach, de quien no se sabe fuese azotado de mayor; pues de niños, el que más y el que menos hemos recibido lecciones con argumentos maternos en las posaderas.

Pero la cortesía exige de mí, antes que las divagaciones biográficas sobre el judío que escribió *El Eclesiástico*, disculpas por no haber-

le yo comentado á su debido tiempo y tener á mis amabilísimos lectores de estas *Notas* cuatro meses sin su semanal ración de *Santa Biblia* y risas consiguientes.

De ello ha sido causa mi gusto. Y, aunque no debiera añadir razón á tan contundente y libre-pensador argumento, diré, sin embargo, que como el campo teológico tiene tanto que rastrosar, atenciones perentorias de burletas hacia los más empingorotados personajes de la corte celestial, viajes repetidos, ridiculeces monárquicas y parlamentarias, exabruptos clericales y otros desplantes católicos han entretenido mi buen humor, como habrá visto el lector en dos docenas de varios artículos, distrayéndome de la lectura y anotación de la *Biblia*, á la cual vuelvo con el buen propósito que la empecé, de reír y hacer reír en nombre del Espíritu Santo que la inspiró.

Por mucho tiempo se dudó que dicho buen señor de Espíritu Santo se hubiese tomado la molestia de inspirar este libro de *El Eclesiástico*, y los protestantes lo dudan todavía, con tan rabiosa y discretísima saña, que en ninguna de las infinitas Biblias que venden á peseta para descatolización de ignorantes, colocan ellos semejante mamotreto.

Sin duda proceden así porque saben que le escribió un Jesús del tiempo de Ptolomeo Evergetes, mozo que, huyendo de alguna chamusquina, se fué de Jerusalem á Egipto, donde entretuvo sus ocios componiendo este centón, que ni es ley, ni es profecía, ni código, ni tratado de moral, ni chieha, ni limoná. Pero los señores católicos, que tienen una Iglesia y un Pontífice para que les digan lo que deben creer, pensar, sentir y querer, aunque saben que ni los judíos consideran este *Eclesiástico* libro canónico, ni los apóstoles le citaron para nada, ni quizá el Cristo le conoció, le tienen recibido como

inspirado desde que el Concilio de Trento lo decidió por una votación nominal, sin que haya cabezada de burro con bastante roncal para que tirando de él se les pueda desviar de semejante acuerdo, que debe ser después de todo muy bien fundado, pues digo yo que, si el Espíritu Santo no hubiera inspirado este libro y se le hubiese visto atribuido, de algún modo había protestado de la calumnia en los tres siglos que ésta lleva corriendo por el mundo.

El *Eclesiástico* dicen que le escribió en hebreo su autor, el Jesús hijo de Sirach; pero el texto que hoy existe se halla escrito en griego; lo cual explican los católicos diciendo que el original hebreo se perdió después de haberle traducido al griego otro Jesús, nieto del autor, para que le pudieran entender los judíos egipcios, que se habían olvidado en Alejandria de la lengua de Moisés. ¡Datos que comprueban auténticamente la inspiración espíritusantesca de este *Ecl. siástico*, por muchos atribuido durante mucho tiempo á Salomón!

El que quiera más pruebas de que las palabras de este libro son palabras de Dios mismo, que las busque en algún puesto de rosquillas de la tía Javiera en la pradera de San Isidro, ó en las anotaciones siguientes.

«Toda sabiduría es del Señor Dios, y con él estuvo siempre y está antes de los siglos.»

«La primera de todas las cosas fué creada la sabiduría y el entendimiento de prudencia abeterno.»

Por el versículo 1.º se ve que la sabiduría es eterna con Dios; por el segundo se advierte que es cosa creada, la primera de las cosas que Dios creó.

«¿Quién me compra este lio, caballeros? ¿Quién me resuelve esta contradicción del señor Jesús de Sirach?»

Pues nadie menos que el *Verbo Divino*, que

por vez primera aparece en este libro, debutando con el siguiente versículo:

«La fuente de la sabiduría es el Verbo de Dios »en las alturas, y su entrada son los mandamientos eternos.»

Este Verbo Divino, estas alturas en que mora y á las que no se sube por escaleras, sino que se entra en ellas por las ventanas de los mandamientos eternos, no son ya un lio, sino tres jerigonzas teológicas, capaces de liquidarles el seso á integros y mestizos, si abandonando prudentemente las fieras batallas en que se debaten al presente, se dedicaran, como les traería más cuenta, á la meditación tranquila de estos embolismos, en que tomaron patrón los bonetes que se tiran á la cabeza.

Aunque, á decir verdad, los que no teniendo cosa útil que hacer se entretuvieron en desentrañarles el sentido, que ni el mismo Don Quijote le desentrañara, concluyeron por tirarse algo más que los bonetes, pues se tiraron mandobles y cuchilladas de muerte, diciendo los unos que el Verbo Divino no fué creado, y otros que era una simple criatura. Católicos se titularon aquellos, arrianos éstos, y, como siempre que entre herejes anduvo el juego, torrentes de sangre inundaron la Europa y miles de crímenes deshonraron la humanidad, no siendo el más pequeño de éstos la sublevación de San Hermenegildo contra su padre el rey Leovigildo.

Entre las lindezas que he copiado, quedaba esta otra lindeza:

«La arena del mar y las gotas de la lluvia y »los días del siglo quién los contó? ¿La altura »del cielo y la anchura de la tierra y la profundidad del abismo quién lo midió?»

Supongo que sólo un mentecato pudiera entretenerse en contar las tres primeras cosas, y por eso nadie las sabe, porque á nadie, como no sea un católico, le importan. Las otras tres, puestas

como las primeras de ejemplo de cosas sólo cognoscibles por el Verbo Divino, las sabemos en el día muchísimos que no tenemos nada de Verbos ni siquiera de participios. Por donde se advierte la vanidad de estos aspavientos, y de donde se deduce la vanidad del resto teológico.

Resto de que envido estos tres versículos.

«Uno es el altísimo Criador omnipotente, y »rey poderoso, y muy digno de ser temido, sentado sobre su trono, y Dios que domina.—El »la crió (la sabiduría) en el Espíritu Santo, y la »vió, y la contó, y la midió.—Y la derramó sobre todas sus obras, y sobre toda carne, según »su don, y la dió á los que le aman.»

En nombre de la República, protesto de la realza, del trono y demás adinículos monárquicos con que aparece disfrazado el Criador en el primer versículo. De pasar las cosas como dice, las repúblicas existentes habría que declararlas obra del demonio, lo que produciría un conflicto teológico desde que el Papa las ha recibido dentro del orbe católico y aceptado los pesos duros que le traen las peregrinaciones que las mismas le envían. De lo que no protesto es de que el Criador fabricara, cuando bien se le antojase, al Espíritu Santo, y que sobre él, como si fuese un mostrador, contase y midiese á la señora sabiduría. Respecto al derramamiento de ella que hizo en todas sus obras, ya sabemos á qué atenernos los que hemos leído aquellas famosas palabras de Víctor Hugo: «Dios hizo al ratón, vió que había hecho una tontería, é hizo el gato.» Además, habiendo en el mundo blancos y negros, y estando probado canónicamente en el *Genesis* que Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza, ¿me querrá decir cualquier cristiano de qué color era el modelo?

Por otra parte, habiendo dado Dios la sabiduría á los que le aman, podemos dormir tranquilos, puesto que siendo el número de los tontos

infinito, resulta que el buen señor escatima la mercancia, y por mucho que le importunen no fabricará muchos sabios católicos.

Otro motivo de descanso.

«Principio de la sabiduría es el temor del Señor, y con los fieles fué criado en la matriz, »anda con las mujeres escogidas y se reconoce »en los justos y fieles.»

Siendo el temor de Dios principio de la sabiduría, y siendo éste criado en la matriz con los fieles, ¿a qué esas tonterías de las universidades y esas bobadas de los institutos?—El que ha de ser sabio ya lleva la sal de la sabiduría desde la cuna, y si se olvidó Dios de ponérsela en la matriz, por mucho que asista á las escuelas de tauromaquia, jamás llegará á ser un buen presidente de Sala.—Conque, ¡oh jóvenes incautos! que os quemáis las cejas sobre los libros de texto, apagad la vela y tumbaros en vuestra cama á la bartola, el mundo católico está regido por la predestinación, y en él, y con ella es estúpido empeñarse en ser tal ó cual cosa á vuestra voluntad. Lo que hayáis de ser, ya está escrito, ya está puesto por Dios en la matriz de vuestras madres, y si habéis nacido para ochavo, jamás pasaréis á piezas de perro chico.

Pues que, ¿habíais creído que érais libres, y que merced á los esfuerzos sistemáticos de vuestra aplicación llegaríais á médicos, abogados ó generales?—¡Ah bobalicones!—Leed y meditaad ese versículo del *Eclesiástico*, y... si os parece, como á mí, una de tantas majaderías teológicas, tirad el libro por la ventana y estudiad cosa de más provecho, renegando para siempre de la teología que tales infundios trae aparejados en la *Santa Biblia*.

CXX

Continúo leyendo el primer capítulo del *Eclesiástico*, y veo:

«El temor del Señor es la religiosidad de la ciencia.»

¡La religiosidad de la ciencia! He aquí una gran palabra, la primera que encuentro digna de meditación seria en la *Santa Biblia*.

Porque, dejando á un lado aquello del temor de Dios, que es el miedo naturalísimo del hombre débil ante el universo infinito, preñado por todas partes de peligros para la infeliz criatura humana, esta frase, la religiosidad de la ciencia, une dos ideas, la ciencia y la religión, destinadas en lo porvenir á ser una sola y misma idea, quiero decir, que entre los hombres racionales la única religión posible, el tiempo andando, será la ciencia. De esa religión, yo, que de todas las otras religiones soy ateo, me declaro el primer creyente, entre tanto que aparece el cuerpo de los apóstoles que la han de esparcir por todos los ámbitos del mundo.

Y añade:

«La religiosidad guardará y justificará al corazón, dará alegría y gozo.»

¿Entiendes la religiosidad como dejo apuntado en la nota anterior? Pues estamos perfectamente de acuerdo: la ciencia guarda y justifica el corazón; la ciencia da alegría y gozo, más gozo y más alegría, por supuesto, que todos los villancicos que se cantan por Nochebuena en las iglesias, entre los cuales tengo oídos algunos que harían torcer el gesto á los santos, si, por fortuna, éstos no fueran de madera, cartón, piedra, yeso, ó materia poco á propósito para hacer jeringuillas con la cara.

Además, digo que, aun siendo cierto lo apuntado, hay que contar con la huésped de los temperamentos y humores de cada cual, pues toda la ciencia del mundo y la religiosidad consiguiente no le libran á un bilioso que trae revuelto el hígado de padecer melancolía, ó tener el genio irritable. No hay nada absoluto en este

mundo, y sabios ha habido en él, y los hay, que viven aburridos, así como frailes muy místicos que han concluido por ahorcarse, colgando sus maceradas carnes de las vigas de sus celdas. á causa de no poder sufrir el mal genio de su abad. Estos suicidios, que pudiéramos llamar nefandos, son hoy bastante raros, gracias á Mendiábal que echó abajo los conventos. Porque no hay duda: la mejor receta para que una determinada clase no cometa abusos, es suprimir dicha clase: al menos éste fué el criterio del famoso general Castillo con los sargentos primeros del ejército. Hoy podrá sublevarse un general, un teniente, un mayor de plaza, el pito de una banda, cualquiera, en fin, menos un sargento primero, por la sencilla razón de que no los hay. Si mañana, pongo por caso, D. Francisco Pi suprimiera los presbíteros del presupuesto, declarando libre el oficio, como ha prometido á última hora en Talavera, ¿podría nadie en justicia quejarse de lo caras que le salieran las misas? No, puesto que, como habría de ajustaslas previamente, si no le acomodaba el precio, con no mandarlas decir asunto concluido.

Algunas sentencias más de este primer capítulo me permitiría comentar, pero ni ellas lo reclaman de una manera perentoria, ni yo estoy de humor de meterme en dibujos comentaristas, habiendo, como hay, fiscales en acecho de la más inocente pulla teológica, para dar con estas NOTAS en los rincones de un juzgado de instrucción.

Entre dos muelas cordales, nunca metas los pulgares, dice el refrán. Y muelas cordales son los señores fiscales de imprenta fusionistas, celosos defensores de la integridad de la palabra divina y de la respetabilidad de la Iglesia triunfante, que allá en el emperio goza de la presencia de la divina majestad por tiempo ilimitado, mientras que los buenos de los barceloneses hu-

bieron de contentarse con veinte días no más de gozar la presencia de la majestad católica de doña María Cristina de Hamsburgo Lorena, cuando allá fué á abrirles la Exposición.

No están los tiempos para floeos. Parece que hay un artículo en la Constitución que consagra la libertad de conciencia y otro que asegura á todos los españoles la libre emisión de su pensamiento. Pero, ó yo no soy español, ó la Constitución es letra muerta en la fiscalía de imprenta fusionista, cuando los propios conceptos, quizá las mismas palabras que escribí mandando Cánovas sin tropezar en ningún artículo del Código penal, me se enredan ahora que manda Sagasta en el famoso artículo 240, que trae aparejada la prisión correccional. Verdad es que D. Práxedes anda al presente exhibiendo su tupé en tierra de Cataluña, ocupado á lo que parece, no en leer los periódicos, sino en escribir comunicaciones al Congreso, con tan enrevesada sintaxis como la que empleó un tiempo en los sueltos de *La Iberia*, y que probablemente no sabrá lo que hacen sus fiscales de por acá conmigo. Por si así fuese, yo me permitiré dirigirle por conducto seguro los números denunciados, señalándole los párrafos delincuentes y pidiéndole su parecer masónico sobre la congruencia de estas denuncias, para que si lo estima prudente, recompense con el ascenso inmediato al fiero enemigo de mi tranquilidad que subraya de rojo mis criticas, trayéndome y llevándome al juzgado en vindicación de un judío alejandrino cuyos huesos sabe Dios dónde andarán, después de veinte siglos largos que hace se le separaron los unos de los otros.

Quizá D. Práxedes haga de mis justas quejas el mismo caso que de las coplas de Calainos; pero de algún modo he de convencer yo á las gentes de lo que yo estoy convencido, es á saber, que entre Cánovas y Sagasta no existe otra diferencia sino la de que D. Antonio pega y

grüñe, mientras que D. Práxedes pega y se ríe.

El último que ríe, dicen los franceses, es el que ríe de mejor gana; y como yo tengo la seguridad de reirme de la cara que pondrán los fusionistas algún día, cuando, echándose las de liberales, reclamen perentoriamente el poder y les mostremos las NOTAS denunciadas por sus fiscales, en prueba de que su liberalismo es una pura farsa, de aquí mi paciencia ante los exabruptos ultramontanos de que vengo siendo víctima propiciatoria, diciéndome á mi mismo estas palabras del Espíritu Santo en los versículos IV y V del segundo capítulo de este libro de *El Eclesiástico*, que tengo entre manos:

«Todo lo que te fuese aplicado, recíbelo: y en el dolor aguanta, y en tu humildad ten paciencia: porque en el fuego es probado el oro y la plata, más los hombres aceptables, en el horno de la humillación.»

Y diciendo á la fusión estas otras del propio Santo Espíritu en el versículo XIV:

«Ay del que es de corazón doble, y de labios malvados, y de manos malhechoras, y del pecador que va sobre la tierra por dos caminos.»
¡Alcolea! ¡Sagunto! ¡Estáis acaso sobre la misma carretera en la geografía sagastina?

CXXI

En los primeros XVIII versículos, el libro del *Eclesiástico* se ocupa de inculcar en los hijos el respeto y la obediencia á sus padres; cosa que me parece muy bien y de mucha oportunidad en estos tiempos de la restauración borbónica, caracterizada por una *flame comania* estúpida y cruel, en que los señoritos se pirran por achulaparse, según el patrón célebre de Algete, armándole cada bronca á los papás, que tiembla el firmamento, por mor de pesetas para manzanilla, y dándole de vez en cuando una puñaladita á las mamás, en demanda de cuartos para entretener

billetteras, fosforeras, ramilleteras y otras damiselas de la propia estofa, en imitación de duques célebres y marqueses averiados.

Ciertamente que estos consejos de *El Eclesiástico* son buenos, pero cursilones también, resaltando entre ellos la epifonema con que rematan, muy superior á los consejos mismos, y que resume cuanto en todo tiempo y lugar puede y debe decirse en este punto interesantisimo de padres é hijos.

«¡Cuán infame es el que desampara á su padre, y es maldito el que exaspera á su madre!»

Eso mismo digo yo, sin ser el Espíritu Santo, ni un santujo cualquiera, ni tan siquiera un teologuillo á lo Perrone. Infames y malditos los hijos malos; pongo por caso: el rey Fernando VII, que conspiró contra su padre Carlos IV; el príncipe San Hermenegildo, que se sublevó contra su padre el rey Leovigildo; una caterva de santos del Santoral, que exasperaron á sus madres, dejándolas plantadas por irse á comer yerbas á los desiertos y ganarse el paraíso á disciplinazos; el emperador Nerón, que mandó matar á su madre, y otros muchos reyes, emperadores, sultanes, czares, burgraves, duques, margraves, archiduques y aristócratas de menor cuantía, que hicieron mil y un perradas á sus padres por heredarlos antes de tiempo.

«Cuanto mayor eres, humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios.» Copio este versículo para ilustración de dos especies de tontos; la especie que canta la originalidad del Evangelio y dice que antes de él nada grande se había escrito en el mundo respecto á moral, y la otra que adula á los príncipes de la Iglesia, que tiesos y euellerguidos, pasan por esas calles de Dios vestidos de obispos y cardenales, salpicando á los transeuntes con el lodo que levantan las ruedas de sus suntuosos carrajes.

«No busques cosas más altas que tú, y no es-
cudriñes cosas más fuertes que tú: mas las que
»Dios te mandó, piénsalas siempre, y en muchas
»de sus obras no seas curioso.» El que escribió
estas palabras sabía lo que se pescaba. Se dice
al pagano del presupuesto del culto y clero: amigo
mío, no te metas en honduras de dogmas y
misterios, de cánones ni disciplina; contentate
con saber de memoria el padre Ripalda, y paga;
de lo demás ya se ocupa la Iglesia, incluso de
gastar el dinero que la das del modo más con-
veniente á sus presbíteros.

No es mal sastre el que conoce el paño, ni mal
teólogo el que aconseja á los fieles poca curiosi-
dad. Burros de reata: he aquí la gente útil y pro-
vechosa para las milicias de las religiones
todas.

«Hijo, no defraudes la limosna del pobre, y no
»apartes tus ojos del pobre.»

No defraudes la limosna del pobre... ¿No de-
fraudes?... pues qué, ¿acaso el pobre tendrá de-
recho á la limosna del rico? Si esto ha querido
decir el Espíritu Santo, quizá lleve razón, aparte
lo de *limosna*, que es término malsonante cuan-
do se trata de derecho. Porque digo yo, como
cualquier otro que tenga sentido común, que
cuando un hombre tiene hambre de tres días y
se encuentra con otro hombre que tiene pan so-
brante para tres días, no sólo tiene derecho á co-
mer de este pan, sino que si su dueño se lo nega-
ra, tiene también derecho á quitárselo. Y quien
dice pan, dice otra cosa comestible, ó bebestible,
ó propia para quitarse el frío. Y no me venga al-
gún mentecato con que esto es la santificación
del socialismo ó del comunismo: lo único que yo
hago es comentar al Espíritu Santo, que escribió
no defraudes la limosna del pobre, y sacarle
punta á aquel refrancillo, puramente demagógi-
co: lo que hay en España es de los españoles,
por más que en España hay muchas cosas, la

Monarquía y la Iglesia entre ellas, en que maldi-
ta la parte que tenemos, ni queremos tener, mu-
chos cientos de miles de españoles.

El otro término del versículo, *no apartes los
ojos del pobre*, le tengo por una amplificación
tonta y majadera. Tener siempre los ojos fijos
en los pobres! ¿Pues cuándo íbamos á mirar las
ricas hembras, que tantísimo gusto da ver cómo
van barriendo con las colas de sus vestidos de
seda las aceras de la calle de Alcalá, ó las al-
fombras de los confortables salones?

No respètes á tu prójimo en su caída. Mucho
comentario necesita este versículo para no decir
una canallada, como esas de: al prójimo contra
una esquina, del árbol caído todos hacen leña, y
tantas otras como estereotiparon en nuestra her-
mosa lengua nuestros católicos abuelos, que la
inventaron y pulieron. Hácelos el Padre Scio,
con muy poca fortuna por cierto; pero no soy yo
quien debe pedirle cuentas, sino Jesús, el hijo de
Sirach, que tan rapada dejó esta sentencia en su
Eclesiástico.

«No seas en tu casa como león, aterrando á
»tus domésticos y oprimiendo á tus súbditos.»
Cascarrabias del hogar, ojo con el Espíritu
Santo: ya veis que tiene noticias de vosotros, y
que os sentará las costuras.

*No esté tu mano extendida para recibir y es-
condida para dar.* Esto debió profetizarlo Jesús
de Sirach á cargo de D. Práxedes Sagasta, siem-
pre con el brazo alargado para atrapar el poder;
pero en cuanto á dar las prometidas reformas del
sufragio universal, del Código civil, etc., ¡que si
quieres! ¡á la mano cerrada la llamamos puñot!

El capítulo V le emplea *El Eclesiástico* en unas
cuantas vulgaridades acerca de la vanidad de las
riquezas, sobre la cordura en las deliberaciones y
firmeza en lo resuelto, y en aconsejarnos que no
seamos chismosos, cosas todas de clavo pasado
y que huelen á puchero de enfermo. En el VI di-

vaga sobre los amigos, que ya en tiempo de Jesús de Sirach solían dar petardos, lo mismo que en nuestros días, y vuelve á la carga de persuadir al lector que sea sabio, cosa que el que más y el que menos desea, pero á la cual, mejor que á otra cualquiera, se aplica aquello de que no todo lo que se quiere se consigue.

Dígame cierto marqués, amigo mío, y católico de chapa, como conviene al esplendor del marquesado, que con la mayor afición del mundo á la geometría, nunca ha podido explicarse satisfactoriamente, que los tres ángulos de un triángulo chico valgan los mismos dos ángulos rectos que valen los tres ángulos de un triángulo grande.

Pasemos, pues, adelante.

Constituyen el capítulo VII un conjunto de sentencias de observación social, no malas, pero muchas de ellas mejor dichas en castellano limpio y corriente que en la enrevesada traducción canónica.

Por ejemplo; dice el Espíritu Santo:

«Hijo, no siembras maldades en surcos de injusticia, y no las segarás en el siete tanto.»

Y dice con más elegancia nuestro pueblo:

«Quien siembra vientos recogerá tempestades.»

Dice la *Biblia*:

«No quieras mentir mentira alguna, porque la continuación de ella no es buena.»

Y dice el refrán castellano:

«Antes se pilla al mentiroso que al cojo.»

Dice el Libro Santo:

«Tienes, tú, ganados? cuidalos; y si son provechosos, perseveren en tu poder.»

Y dice el castellano viejo:

«El ojo del amo engorda el caballo, y el que pone tienda, que atienda.»

Dice la sabiduría revelada:

«Tienes, tú, hijas? guarda sus cuerpos.»

Y dice la sabiduría popular y republicana, sin mezcla alguna de teología:

Madre é hija, en una misma cobija. La mujer honrada la pata quebrada.

Por donde puedes ver, lector discreto, que para el viaje de pensar bien y hablar mejor, no necesitamos los españoles las pesadas alforjas de la *Biblia Sacra*; y de aquí mi afán por persuadirte á que cuelgues las tales alforjas de un clavo de tu chimenea de campana, para que se vayan ahumando.

CXXII

En tono sentencioso y un tantico petulante con-signa *El Eclesiástico* en su octavo capítulo algunas reglas de buen vivir en este picaro mundo de músicos y danzantes, reglas que con mucha gracia y mucho acierto llama un amigo mío: «preceptos de mundología parroquidérmica.»

Véase la clase, puramente clerical:

«No resistas en su cara al ultrajador, porque no esté como aeechador de tus palabras.» Curas hay, en efecto, que han ido por lana y volvieron trasquilados, si dieron con alguno que les cantó las cuarenta del ama, la sobrina, y otros excesos.

«No des á usura á hombre más poderoso que tú, porque si lo dieres, tenlo por perdido.» Esto no reza con los presbiteros, que dar á usura, si dan; pero amarrar al deador, también le amarran con hipotecas que valgan dos tantos que el préstamo y la usura. Allá, en Santander, sin ir más lejos, conozco yo uno que es un sátrapa en *infundios* de esta clase.

«Con el atrevido no vayas á un lugar solitario, porque para él es nada la sangre, y te destrozaré, cuando no haya quien te socorra.» Si hubiera tenido presente este consejo del Espíritu Santo la infeliz criada del cura de Zugundez, en tierra de Burgos, quizá su amo no la hubiera asesinado y enterrado en varios sitios para despistar á la justicia. Con que ojo, doncellas, al quedarse á solas con los presbiteros en lugares solitarios.

«No manifiestes tu corazón á todo hombre...»
Exegesis de Expronceda, en boca de un viejo bandido:

Lo que guardes en tu pecho
Ni á tí propio lo confies.

Continúa en el capítulo noveno el curso de *mundología*, en que recojo las siguientes aprovechables lecciones:

«No seas celoso de la mujer de tu regazo, porque no descubra contra tí la malicia de tu mala doctrina.»

Es lo que dice, pero infinitamente mejor dicho, la antigua y conocidísima copla:

No me seas celoso.
Porque si lo sé,
A la sombra de un palo
Te la pegaré.

¿Quién dirá, después de esto, que los señores profetas no conocían admirablemente á las mujeres? Aunque, por desgracia, tanto las de los celosos como las de los confiados, suelen, si les da el naipe por ello, coronar á sus maridos, y no de mirtos ni adelfas.

«No des á la mujer poder sobre tu alma, porque no se levante contra tu autoridad, y quedés avergonzado.» Más breve y expresivo: no seas calzonazos.

«No frecuentes el trato con la bailarina.» Amigo X, no te lo digo yo; te lo dice el mismo Espíritu Santo, de quien tú no haces maldito el caso, cosa que comprendo perfectamente en tu buen gusto. Lo que no comprendo es que tan pronto llegue esta nota á conocimiento del cuerpo de baile de nuestro teatro de la Opera, no nombren las buenas mozas que le componen abogado y procurador para querrellarse del dicho *Eclesiástico*, que tales dichos de ellas dice.

«No pongas los ojos en la doncella.» (¿En quién querrá que se pongan? ¿En la que no lo sea? ¿Pues alguna vez lo habrá sido!) «porque no tropieces

en su belleza.» (¡Doncella y guapa! Pues con esas son las que me recomendó mi abuelo tropezar.)

En este precepto no está el Espíritu Santo á la altura de su fama. Más que él entendía la materia cierto cura navarro, buen mozo, de muchas libras, rico y jaquetón, que todos los años tomaba criada nueva á la entrada del invierno y la despedía á la salida de la primavera, perfectamente arreglada de cuanto pudiera hacerle falta para transformarse de ama de cura en ama de eria. Es fama que la última recomendación que solían las madres hacer de las hijas que le presentaban en solicitud del puesto vacante, solía ser esta:

—Mire usted, señor cura; la chica es una alhaja; además de saber cuanto le he dicho, es una malva, una infeliz, una verdadera doncella.

—Luego lo veremos, luego lo veremos, diz que el cura decía, y no mentía, dándole palmaditas cariñosas en la espalda á la candidata, á quien estas palmaditas servían de credencial de ingreso en el servicio doméstico del aprovechado presbítero.

«Con la mujer de otro no estés jamás de asiento, ni te recuestes con ella de codo. Y no alterones con ella el vino, no sea que tu corazón se incline á ella, y con tu sangre caigas en perdición.»

Copio esta máxima en beneficio de los casados, por si ella sirve para contener á algún soltero. Eso iría ganando la confradía de San Marcos.

Del capítulo décimo entresaco estas máximas: «La potestad de la tierra está en mano de Dios (no entro ni salgo en esta bobada), y él levantará á su tiempo á quien la gobierne útilmente. (Alto aquí, camarada).

«Levanta Dios á los que gobiernan! Pues mal haya la hora en que levantó á tanto canalla como ha gobernado, digo, desgobernado á los hombres.

Bien pudiera haberse entretenido en fabricar puchereros de Alcoreón las horas que empleó en levantar á Tiberio, Caligula, Nerón, Sardanápalo, Atila, Genserico y tantos otros miserables coronados. ¡Levantó á Washington? Pues callen esos mamarrachos catolizantes que dicen es más pecado ser liberal que asesino, puesto que, si la autoridad republicana viene del cielo, cuando á la República escupen, en la cara les cae la saliva. Digo, en el caso que sea saliva lo que escupen esas bestias con solana, que semejantes despropósitos escriben, y á las cuales Carlos Chapa está marcando en el anca con una E, que quiere decir *excomulgadas*, antes de soltarlas en las plazas donde han de ser rejoneadas á la alta escuela. Porque, no hay duda alguna: el cielo benigno nos prepara á los republicanos españoles, juntamente con una tercera guerra civil, el edificante espectáculo de ver á los carlistas inquisitoriales llevados á la hoguera por los carlistas que no quieren la Inquisición. ¡Habrá que reír!

«No hay cosa más detestable que el avaro. No hay cosa más inicua que el que ama el dinero.»

¡Y el que esto ha escrito era un judío! ¡No es mal sastre el que conoce el paño!

«No quieras despreciar al hombre justo pobre, ni quieras engrandecer al hombre pecador rico.»

Muchos siglos lleva escrita esta palabra. Mientras haya católicos y monárquicos en el mundo, escrita seguirá, pero practicada... ¡que si quieres! ¡Malos entierros que hacen los curas á los ricos, por pecadores que hayan sido en vida! En cuanto al pobre, por justo que fuese, al hoyo grande... sin caja... y sin responsos; que el abad de lo que canta yanta.

Del capítulo undécimo. «No alabes al hombre por su bello aspecto, ni desprecies á alguno por lo que aparece.» Está bien, pero mal dicho.

Mejor expresado: debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor.

«Por aquello que no te molesta no porfies.» Lo que no has de beber, déjalo correr.

«Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza vienen de Dios.—La sabiduría y la disciplina, y la ciencia de la ley también son de Dios.—La caridad y los caminos de los bienes son de El mismo.» Caballeros; siendo esto así como debe ser, pues lo dice la *Biblia Sacra*... tumbémonos á la bartola, que lo que ha de ser, será; y si Dios, en su infinita sabiduría, tuviese decretado que Salvá y Salvany, el curita aquel de *El Liberalismo es pecado*, muriese achicharrado en las hogueras de la Inquisición que trata de restaurar, ya se encargarían Carlos Chapa y *La Fe* de darle por el gusto.

«Persiste en tu pacto, y habla en él de continuo, y envejece en la obra de lo que está mandado.» ¡Pacto dijiste?—Pues traslado á D. Francisco Pi y Margall, para que vea de casar el suyo sinalagmático y conmutativo, con separación de la Iglesia del Estado, y este otro pacto del Sinai que todavía nos cuesta 45 millones de pesetas todos los años á los españoles que nada pactamos allí ni aquí, que yo sepa.

«Porque cosa fácil es delante de Dios enriquecer de repente al pobre.» ¡Y tan fácil! Una vuelta afortunada del bombo de la lotería en día de Navidad basta... y sobra. Lo que sobra, por supuesto, es el bombo, entre otras mil y una razones de moralidad pública, por la razón puramente ríofranquina de que yo juego... y no me cae.

«Recibe en tu casa al extranjero, y te trastornará con torbellino, y te enajenará de lo que es tuyo propio.» Mejor y más conciso: de fuera vendrá quien de casa te echará: que es lo que le ha sucedido á unas señoritas nacionales que yo me sé y me callo, á quienes una extranjera que trajeron á su casa, ha puesto de patitas en la calle, interin á la extranjera misma le llega el turno; que le llegará.

CXXIII

Este libro del *Eclesiástico* es pesado, si lo hay, como habrás podido observar, lector amable, por las referencias que de él vengo haciéndote. Tonto ya deducirás que lo es, así por esas referencias, como por la superior razón de formar parte del otro, quiero decir, del libro por antonomasia ó excelencia. Insustancial ya te indicaría que lo era aquello que te advertí, de haberle suprimido los protestantes, que son tontos á medias solamente, en puntos de teología. Podría permitirme, pues, comentarle á saltos; pero esto no lo consiente mi pachorra descatolizadora, ni lo permiten algunas máximas, preceptos, sentencias ó lo que fueren, que se cazan en él de vez en cuando, para ilustración y solaz de librepensadores.

Pongo por caso. El capítulo décimotercero comienza muy orondo con esta descomunal sentencia: «El que tocare la pez se ensuciará con ella;» cosa que no he dudado desde mi infancia, en que conocí y traté al coadjutor de mi pueblo, presbítero aficionadísimo á la zapatería, y á quien nunca, por esta razón, y en confirmación de aquella palabra del Espíritu Santo, conseguí verle las manos limpias.

¡Como que andaba siempre con la pez á vueltas!

Sin embargo, me consta que no es sólo la pez lo que mancha; cosas hay, sin ser la pez, que pringan y empuercan no menos que ella; pongo por ejemplo: el rapé, cuando se mezcla con los moeos, ingredientes que tenían hecha una rodilla la sotana del cura que me bautizó; ¡Dios le haya tomado en cuenta una y otra cosa!

Otra sentencia.

«Qué parte sacará la olla que está junto al caldero?» Confieso honradamente que no he estudiado bastante el arte de cocina para responder

con acierto á esta morrocotuda pregunta de *El Eclesiástico*. Cedo, pues, la palabra al más discreto ó ilustrado pulcro y zumbón de los cocineros españoles, mi amigo Mariano de Cavia, por si se digna contestarla en sus incomparables *Platos del día*. A su parecer me atenderé, puesto que el del Espíritu Santo no me satisface. Dice este señor: *porque cuando chocaren* (la olla y el caldero) *se quebrará* (la olla.)—¿Y si ella (la olla) fuere (digo yo), de hierro, se quebrará la olla ó el caldero?

Aparte estos infundios de la pez y de la olla, este capítulo décimotercero es de lo mejorcito de *El Eclesiástico*, puesto que en él se empeña su autor en demostrarnos que todo en el rico parece bien, y todo parece mal en el pobre; cosa que si todos no la supiésemos de propia observación, sería muy oportuno que nos la hubiese enseñado el Espíritu Santo. Con la abundancia de palabras, propia del estilo bíblico, repite veinte veces el mismo argumento; pero donde más elegantemente le expresa en estos dos versículos:

«Caza del león es el asno montés en el desierto:»
«así los pobres son pastos de los ricos.»

«El rico cuando se bambolea es sostenido de sus amigos: mas el humilde cuando cayere será empujado aún de sus conocidos.»

Siendo tan antiguo el mal, no encuentro otro remedio que la supresión de golpe y porrazo de los pobres y los ricos, por la reducción de todos los hombres al buen pasar de una media condición. Acometamos el problema con brío y dejémonos de palabritas de condolencia para el pobre, que, aun siendo reveladas como ésta de la *Biblia*, han producido el mismo resultado curativo que produciría la homeopatía aplicada á la extirpación de los callos.

Comienza el capítulo catorceno dándole una mano de jabón á los hombres bien hablados, pasando en seguida á vituperar á los avariciosos y

ponerles de chupa de dómine, para sacar definitivamente esta teológica consecuencia.

«Hijo, si tienes de qué, hazte bien á tí mismo » y ofrece á Dios ofrendas dignas.»

Si tienes de qué, ofrece á Dios ofrendas.— Estoy dispuesto á ello; pero dígaseme dónde, cuándo y cómo puedo yo dar un par de pesetas á Dios sin que ellas vayan á parar al bolsillo de algún cura.—A Dios le ofrezco, y lo que es más, le doy cuanto se le antoje, rumbo que puedo permitirme sin daño puesto que todo es suyo: con lo que no transijo es con que lo que yo á Dios le dé lo coja un cura.—Es un principio esencial del librepensamiento, y no sería yo quien soy si faltase á mis principios.—Que yo le ofrezca una torta á Dios y se la coma el ama del cura, me parece una broma pesada para la divinidad y para mi sobrina, que no creo sea de peor condición para comer tortas que la sobrina del clérigo.

Leo en el capítulo XV:

«Dios crió al hombre desde el principio y le dejó en la mano de su consejo;» palabras que León XIII copia en su última Encíclica, para abogar por la libertad humana y transigir con los republicanos, á cambio de algunos años más de existencia del Pontificado.

Pero como antes el mismo *Eclesiástico* ha dicho (capítulo XI, versículos XIV y XV) que bienes y males, ignorancia y sabiduría, luz y tinieblas, todo viene de Dios: á mí, humilde librepensador, aunque de genio alegre, después de leer la Encíclica del infalible León XIII, que contradice las Encíclicas del infalible Pío IX, únicas infalibilidades que yo he conocido, sólo me toca volverme al infalible Espíritu Santo, exclamando:

Puesto que usted me dice que el hombre está en mano de su consejo, y también que todo consejo, bueno ó malo, viene de Dios, hágame usted

el obsequio de atarme la libertad del hombre por el rabo, pues se me imagina que la tal libertad es una burra, á quien los curas llevan del ronzal.

Insistiendo en que el hombre es libre, escribe el *Eclesiástico* una enormidad liberalesca; porque cuando los del orden Melquisedech se ponen á desbarrar, no hay quien les vaya á la mano, como le pasa á Salvá y Salvani, muy inquisidor carlista, destinado á las hogueras de Carlos Chapa.

«Ante el hombre la vida y la muerte, y el bien y el mal: lo que le pluguiere á él le será dado.»

Barbaridad de calibre mayor que los más grandes cañones que hasta el día de hoy se han forjado. ¿Quién elegiría morir, si el morir, como aquí dice, fuese cosa que se eligiera? Y no vengan los mentecatos comentadores de estas necedades diciendo, que esta vida y esta muerte entre que se puede elegir, son la condenación ó la salvación, el infierno ó el paraíso; pues si el Espíritu Santo hubiese querido decir esto y no lo otro, hubiéralo dicho en cualquiera de las infinitas lenguas de fuego que parece sabía hablar.

El capítulo décimosexto le paso por alto por huero desde los pies á la cabeza.

Otro tanto y por la misma razón podría hacer con los restantes, que son filosofías ó embolismos acerca de la creación del hombre, la elección que hizo Dios porque sí, ó porque le dió la gana, del pueblo de Israel entre todos los pueblos, para carne del Paraíso, y demás historias hebreas que tengo puestas en la picota de lo absurdo y lo ridículo.

Pero como nadie me mete prisa en esta divertida ocupación de ajustarle cuentas al Espíritu Santo como escritor (que en cuanto palomo yo no me meto con él para nada), bueno será llamarle la atención, lector mío muy querido, sobre los desbarres de más bulto,

Dios, dice, crió al hombre de la tierra:— así, en redondo, de la propia manera que un alfarero hace un botijo, pero sin ayuda del torno; porque aunque muchos carlistas integros y mesticeros, católicos en competencia, tienen la cabeza completamente redonda, no cabe suponer que Dios los tornearse todo el cuerpo, dado que se les advierte en él partes muy aplastadas ó puntiaguadas, verbi gracia, las orejas:— *y lo hizo* (al hombre) *según su imagen*.

Esto de ser el hombre la imagen viva del Dios que le crió, autoriza las siguientes inofensivas y librepensadoras preguntas, que desearía me contestasen por sí y por no, como Cristo nos enseña, esos empingorotados y sabiondos doctores, que dice el P. Ripalda en su catecismo tiene siempre la Iglesia preparados para responder á nuestras dudas.

Siendo unos hombres blancos y otros negros ¿de qué color sería el Dios de que unos y otros son imagen?

Siendo unos hombres chatos y otros narigudos, el Dios de que son semejanza perfectísima ¿sería narigudo ó chato?

Teniendo unos hombres pelo y otros lana, el Dios que los crió á su imagen y semejanza, ¿usa cabellera ó va vestido de carnero?

No siendo el Dios creador más que uno y sus imágenes dos, macho y hembra, ¿no resulta de la semejanza que Dios ha de ser hermafrodita ó pasarse sin señora?

¿Quiénes entre los humanos son la verdadera Tía Javiera de la semejanza divina; los gigantes ó los enanos, los gibosos ó los de espaldas derechas, los presbíteros ó los laicos, los republicanos ó los realistas, los flacos ó los gordos, los calvos ó los peludos, los flemáticos ó los biliosos, los asesinos ó los caritativos, los avaros ó los pródigos, los moros ó los cristianos, Carulla que pone la *Biblia* en verso ó yo que la pongo en solfa

Responded, sabios católicos
A estas preguntas heréticas,
Que en estos tiempos diabólicos
Panacea son de cólicos
De lecturas evangélicas.

CXXIV

Después de decirnos Sirach, hijo de Jesús, que Dios crió al hombre de la tierra y á su imagen y semejanza, copiando á Moisés (en caso de que Moisés escribiese el *Genesis*, que ya sabemos que no le escribió, ni pudo escribirle) sigue copiando, como cualquier ladronzuelo literario de nuestros días, y dice, respecto al infundio aquel de la fabricación de la mujer, causa de tan graves daños como es el pecado original y las perradas que hicieron los judíos al pobre Nazareno:

«Crió de él mismo una ayuda semejante á él; »les dió consejo y lengua, y ojos y orejas, y razón para pensar; y los llenó de doctrina del entendimiento.»

Admiremos la cultura y discreción con que el Espíritu Santo, empleando la palabra *ayuda*, sinónima de *lavativa*, para designar á la mujer, nos enseña que el primero y superior destino de ésta, según el pensamiento bíblico, es el de geringar al hombre; y admiremos más todavía, que las mujeres, á quienes los librepensadores tratamos con tanta deferencia y cortesía, anden todavía en España *catoliqueando* por confesonarios y sacristías con los presbíteros, que de tan vil manera las consideran, y que sin duda adoptaron el celibato por aquello de *á mí nadie me geringa*.

Admiremos también la profundidad de esta palabra *y corazón para pensar*. ¿Pensar con el corazón?—No es extraño que pensando con tan liviana entraña, los señores católicos hayan dicho y escrito tantísimos disparates como llevo anotados en la *Biblia* y tengo leídos en las obras de

teología, empezando por la *Summa* de Santo Tomás, néctar y ambrosia del género, y acabando por *El liberalismo es pecado*, de Sarda y Salvany, paja y cebada que el integrismo sirve á discreción á su mulateria.

Los llenó de doctrina del entendimiento... ¡Les parece á ustedes que es doctrina el comerse los unos á los otros, como hacen los antropófagos? ¡to achicharrarse los otros á los unos, como hacían los católicos inquisitoriales y tratan de hacer nuestros integristas! Pues si esa doctrina les dió Dios á nuestros padres... por mi parte... *arrenuncio*, que decía el otro, de la herencia.

E Israel fué visiblemente la porción de Dios. Lo dice un judío y basta. Los que no son judíos, puesto que no son porción de Dios, pueden hacer en teología de su capa un sayo. De mi parte, aplicándome el cuento por no tener nada que ver con el pueblo de Dios, trato á este Señor como á un ingrato, que no merece se gaste uno con él dos pesetas en decirle una misa. ¡Mira tú el bribonazo! ¡Haber preferido á los judíos! ¡No le estuvo mal que le crucificaran!

Leo en el capítulo XVIII, versículo V, describiendo la grandeza y el poder de Dios:

No hay que quitar, ni que añadir, ni es posible hallar las maravillas de Dios, que aunque malamente, quiere decir que las obras de Dios son en todo perfectas, acabadas, y sobre toda humana inteligencia, según escribe el padre Scio en la nota correspondiente.

Respecto de lo cual, comparezco y digo: que no estoy conforme, y que yo mismo, sin ser más que uno cualquiera del público zumbón, que tiene sentido común, hallo en las obras de Dios mucho imperfecto y sin acabar, mucho reformable.

En primer lugar, cuando ese caballero hizo la tierra, en vez de dejarla aún más ladeada que Cánovas del Castillo, quiero decir, con una inclinación de su eje respecto al eje del universo, la

debió poner derecha, con lo cual nos ahorraríamos un dineral en sastres, pues con un vestido tendríamos para todas las estaciones, porque estas miserias de las alternativas del clima no existiría.

En segundo lugar, al repartir las tierras y los mares, podía haber andado un poco más despierto, y no juntar el Africa con Asia, para que Fernando de Lesseps haya tenido que sudar la gota gorda en reformar este despropósito de la geografía divina; y podía también haber abierto un canal en Panamá, para ahorrar los millones que ahora está costándonos abrirle; y podía haber roto el istmo de Corinto, para que no se diera la vergüenza de que ya Nerón le reformase sus construcciones; y podía haber puesto América á lo ancho en el mapa en vez de ponerla á lo largo, y podía habernos metido un brazo de mar en Madrid para que no nos achicharráramos en verano y ahorrar los andancias y gastos de los baños.

En tercer lugar, y dentro ya de la máquina humana, podía haberse puesto las piernas al revés, quiero decir las canillas atrás y las pantorrillas delante, con lo cual al darnos un golpe, no nos dolería la espinilla y al mordernos un perro se quebraría los dientes en el hueso; podía habernos puesto unos párpados en los oídos para no oír tantas sandeces como dicen los católicos; podía habernos dado un ojo de reserva en el cogote para evitar asesinatos alevosos como el de García-Vao; podía, en fin, habernos fabricado con un poquito más de esmero; pues yo, ya tengo dicho, que sin ser más que un cualquiera, habría dispuesto la máquina humana con un poquito más de arte y un poquito menos expuesta á descomponerse.

¡Porque esa es otra! Todo se vuelven enfermedades y molestias. Desde los callos y juanetes, que no nos dejan andar á gusto, hasta la calva,

que nos exponen á continuos resfriados, para cada órgano hay lo menos dos docenas de enfermedades, sin contar las que como las viruelas, el sarampión, las tercianas, la alfombrilla, e baile de San Vito y mil otras, nos cogen el cuerpo entero desde los pies á la cabeza.

Casa con tantas goteras ¡dirá nadie que tenga nociones de arquitectura que se halla tan admirablemente fabricada y que no admite reformas ni mejoras?—Pues lo que nadie diría lo dice *El Eclesiástico*. Verdad es que es un libro inspirado por el Espíritu Santo y que no se sabe de éste que estudiara en parte alguna arquitectura, ni dibujo, ni ornamentación, ni perspectiva, ni nada, en fin, de lo que es esencial á un mediano artista. ¡Cómo, si lo hubiese estudiado, hubiera hecho una tan fea semejanza de Dios como D. Claudio Moyano?

En prueba de mi imparcialidad, verdaderamente heroica, pues tiene por base la lectura íntegra y repetida de todos y cada uno de los santos libros de la *Biblia*, anotaré á continuación unos cuantos versículos de *El Eclesiástico*, que son excelentes consejos para los buenos muchachos que quieren vivir honradamente, y buenas reglas de conducta social, dignos unos y otras de cualquier librito de moral para uso de las escuelas de ambos sexos.

Allá van, constituyendo ramillete:

«Acuérdate de la pobreza en el tiempo de la abundancia, y de la necesidad de la pobreza en el día de las riquezas.»

Si Cánovas del Castillo se acordase cuando es ministro de las botas rumladas y de las levitas raídas que gastaba cuando era pasante de escuela, de fijo que no tendría tantos humos para acoger á los pobres á fuerza de contribuciones.

«No te empobrezcas tomando á usura por competir, mientras que nada tienes en la bolsa, porque serás envidioso á tu vida.»

Aviso á esos candidatos cuneros que se gastan un sentido en su elección, hipotecando su influencia ministerial cuando sean diputados.

No cuentes lo que sientas al amigo y al enemigo: y si tienes delito no lo descubras.—Esto no es propio de un librito de moral, sino de un manual de filosofía rufianesca para uso de los alumnos de las cárceles y presidios.

«Oiste cosa alguna contra tu prójimo? Muera en ti, confiando en que no te hará reventar. Es lo mismo que dicen los españoles: *al rey y la inquisición, chitón: al buen callar llaman Sancho: en boca cerrada no entran moscas*: de donde procede este santo celo que á todos los españoles nos mueve á ilustrar á la justicia en el descubrimiento de tantísimos crímenes como... quedan sin castigo. De largo le viene al galgo católico el ser rabilargo... y lengüecorto en los juzgados de instrucción.

Al lado de estas sentencias hallo esta palabra, como término de comparación: *la concupiscencia del eunuco desflorará la doncella*, que nos impone de los muchos chatos que en las delicadas materias de la doncellez debieron llevarse nuestros ilustres tatarabuelos, que se hacían guardar sus vírgenes por eunucos para mayor seguridad... de hallar la colmena cañada, el queso empezado y gulusmeadas las natillas.

Traslado á los oficiales y sargentos de la clase militar, que recatan sus hijas de los requiebros de los jefes y las confían á los asistentes para que las entretengan contándoles cuentos... colorados.

CXXV

Sentencia firme, sin mezcla de teología, que encuentro en *El Eclesiástico*:

Hay quien por vergüenza promete al amigo, y se lo gana por enemigo de balde.

Tiene razón. Cuando te pidan un favor y no

puedas hacerle, no sientas rubor de tu impotencia: declárala con franqueza y no entretégas con palabras al necesitado, porque te le ganarás de balde, y no sin razón, por enemigo.

Canallada gorda, pero verdadera, que leo en el mismo libro:

Los regalos y las dádivas ciegan los ojos de los jueces, y, haciéndolos como mudos, apartan sus castigos. Mala peste sobre los jueces prevaricadores, que por lo que se ve, datan de una respetable antigüedad, habiéndose en el transcurso de los siglos perfeccionado hasta el punto de que ahora, no sólo los vuelven como mudos, que dice el Espíritu Santo, los regalos y las dádivas, sino las traslaciones á lugar que agrade, los ascensos, una buena moza que se ponga de por medio, el compadrazgo, la influencia electoral y las recomendaciones.

La sabiduría escondida y el tesoro no visto, ¿qué provecho traen ambos? pregunta con cierto enojo *El Eclesiástico*. No le contesto, porque el mismo se responde: *Mejor es el hombre que encubre su ignorancia, que el que esconde su sabiduría.*

¡Mejor es!

Fotografía bíblica de un doctor cualquiera en teología dogmática: *La ciencia del insensato consiste en palabras inexplicables.* Ejemplo vivo. En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... etc., etc.

Explicaciones oportunas:

Quando el impio maldice al diablo, maldice el mismo á su alma.

A este versículo le pone el padre Scio la siguiente nota:

«A sí mismo; porque él (el impio) es el diablo, por cuanto se le parece en la malicia: ó si maldice á los calumniadores, que esto quiero decir diablo, á sí mismo se maldice, porque es del número de ellos.»

«Lo oyes, católico ignoranón, que te imaginas que el diablo es algo infernal, con cuernos retorcidos y rabo ceniciento, según explica Orti Lara, lo oyes! *Diablo* quiere decir *calumniador*. ¡Y tú que te creías que el diablo era cosa de verdad, cuando no es más que una palabra mal traducida! No olvidéis esta leccioncita de filología que te da el Padre Scio, ni esta otra que te regalo yo: *angel* quiere decir *enviado, mensajero, recadista* ó *corre-ve-dile*, si te parece mejor esta gráfica palabra castellana para designar al que trae y lleva chismes y gerigonzas entre una desposada que aún no ha conocido á su marido y un tercero en discordia, que desde la sombra pide á la doncella cita por un muchacho, que pudiera llamarse Gabriel.

Por puro amor al arte, que también yo tengo mis debilidades artísticas, copiaré esta hermosa comparación:

«Así como los palos en lugares altos, y las paredes hechas á poca costa no permanecerán contra el impetu del viento, así el corazón del necio, tímido en sus pensamientos, no podrá resistir el impetu del miedo.

Metido á copista, allá va esta otra hermosa palabra:

«El que punza el ojo, sacará lágrimas; el que punza el corazón, saca sentimiento.»

Y, honrado siempre, declararé sin ambages que el capítulo XXIV de este libro de *El Eclesiástico* forma el más hermoso de los himnos á la *Sabiduría*, digno de ser leído y meditado, siempre con la precaución de reirse del sentido obligadamente estrecho, un tanto teológico y eminentemente judaico que se da á la palabra *sabiduría*.

«En tres cosas se complace mi espíritu—dice el autor de *El Eclesiástico*,—que son la aprobación de Dios y de los hombres. La concordia entre los hermanos, el amor de los parientes y

del marido y la mujer, que vienen entre sí con
fórmes.

También el mío.

«Tres especies de personas aborrece mi alma,
y me son gravosas las almas de ellos: al pobre
soberbio, al rico mentiroso, al viejo fatuo é in-
sensato.

También la mía; porque está visto, en cuanto
El Eclesiástico se deja de embolismos teológicos
y de elecciones de pueblos por la divinidad, le
sucede lo que al loco que se le pasa el arrebató,
quiero decir, entra en la ancha y despejada sen-
da del buen sentido, y viene á decir cosas muy
racionales y muy cuerdas.

Véase en comprobación, cómo habla el buen
señor de las mujeres malas.

«No hay peor cabeza que la cabeza de la cu-
lebra; y no hay ira sobre la ira de la mujer.
Mejor será morar con un león y con un dra-
gón que habitar con una mujer mala. La malig-
nidad de la mujer inmuta su cara y obscurece su
rostro, como un oso; y la muestra tal como un
cilicio. En medio de sus vecinos gimió su ma-
rido, y oyéndolo suspiró un poco. Toda mali-
cia es muy pequeña en comparación de la ma-
licia de la mujer, la suerte de los pecadores
caiga sobre ella. Como subida arenosa para los
pies del viejo, así la mujer parlera para un
hombre quieto. Si la mujer tuviere autoridad,
será contraria á su marido. La mujer mala es
corazón abatido, y cara triste, y llaga del co-
razón: Manos flojas, rodillas descoyuntadas la
mujer no hace feliz á su marido. De la mujer
tuvo principio el pecado, y por ella merimó
todos. No des salida á tu agua ni un punto: ni
á la mujer mala licencia de salir. Si anduviere
siempre á tu mano te afrentará delante de tus
enemigos. Sepárala de tus carnes, porque no
abuse siempre de tí.»

Paréceme que las mujeres malas no pueden

estar quejosas del Espíritu Santo, cuando tan
parecido dejó hecho su retrato en *El Eclesiásti-
co* ni tampoco de mí que con tanta paciencia le
he copiado, para ilustración de pretendientes á
las blancas manos de tantas Teclas, católicas
más ó menos aburridas, como hay por esos
mundos de Dios.

No contento el Espíritu Santo con describir-
nos el género, nos clasifica las especies de las
malas mujeres, diciendo de:

LAS CELOSAS. «La lengua de la mujer celo-
sa es un azote, que se comunica á todos.»

LAS BORRACHAS. «La mujer que se embria-
ga es grande enojo, y su afrenta y torpeza no
estará oculta.»

LAS LASCIVAS. «La lascivia de la mujer se co-
nocerá en la altivez de sus ojos y en sus párpados.»

Las señas son mortales, sobre todo la de los
párpados, pues como dijo el otro:

¿Amarilla y con ojeras?

Está queriendo de veras.

LAS VENGADORAS. «En la hija que no se re-
serva, pon firme guardia; porque ella no abuse
de sí, si halla ocasión. Repara sobre todo des-
acato de sus ojos, y no extrañes que no hiciere
caso de tí. Como caminante sediento abrirá la
boca á la fuente, y beberá de toda agua cerca-
cana, y en cualquier palo se sentará, y á cual-
quier saeta abrirá la aljaba hasta que más no
pueda.»

Algunas cosas, aunque pocas, añade en des-
carga del sexo, reconociendo que hay mujeres
buenas, pero con las copiadas basta y sobra en
mi excomulgada opinión, para que toda mujer
de seso, que el juicio del Sr. Espíritu Santo se
haya enterado, huya como del fuego de confesio-
narios y sacristías, donde los curas católicos que
las sacan los cuartos y los secretos, saben ó de-
ben saber de memoria todas estas lindezas que
sobre de ellas dice la *Santa Biblia*.

CXXVI

Conozco que me voy haciendo pesado y que es preciso abreviar los comentarios de *El Eclesiástico*, el menos teológico y por esto quizá el menos disparatado de los libros bíblicos; pues no es cosa de que sobre las máximas, consejos y observaciones de puro buen sentido humano, que en él se dan como inspiraciones del Espíritu Santo, vayamos á parar mientes. Es un libro este metido como de mogollón entre los canónicos, pues á ninguno de los altos destinos eclesiásticos corresponde. Ni en él se puede autorizar el purgatorio, venero de riquezas, ni siquiera el limbo, que ha de ser un insoportable lugar por el llorar de los infinitos chiquillos que le pueblan, ni el sagrado sacrificio de la misa, ni la infalibilidad papal, ni aun la confesión auricular, que permite al clero saber y aprovechar todos los chismes y enredos de la sociedad católica.

Pasaré, pues, por alto el cap. XXVII, que ensalza la mediocridad, la modestia, la fidelidad y vitupera con razón el armar tranquilas á los amigos.

Nada diré del XXVIII que reprueba la venganza, combate la ira y fustiga á los chismosos y maldicientes.

Tampoco anotaré el XXIX que ordena al cuerdo una prudente caridad para con el prójimo y una prudente economía para consigo mismo.

Quizá debiera hacer lo mismo con el XXX pero en beneficio de inocentes voy á permitirme algunas observaciones sobre la manera de criar á los hijos que en él establece el Espíritu Santo, que no consta fuese nunca padre, pues el padre es el otro, la persona formal y seria de la Santísima Trinidad.

«El que ama á su hijo, le frecuente el azote.
»Halaga á tu hijo y te causará espanto: juega
»con él y te contristarás. Dóblate la cerviz en la

»juventud y golpéale los costados mientras es
»niño.»

Entrego estas palabras á la consideración de los buenos padres y sobre todo de las buenas madres, y si, después de meditarlas, siguen siendo católicos... con su pan se lo coman. No le arrienda á sus hijos las posaderas, los carrillos y el cogote. ¡Pobrecitos!

En el cap. XXXI leo unas reglas acerca de la manera de comer en una buena mesa con gente decente, más propias de un tratadito de urbanidad y buena educación, que no de un trabajo que le han cargado en cuenta á la tercera persona de la Santísima Trinidad, que de existir, hubiera ya hace siglos demandado de desacato á la Iglesia Católica, que tan poquisimo cuidado tuvo de la respetabilidad divina al confeccionar los libros sagrados.

¡No es una vergüenza, en efecto, que, convirtiendo al Espíritu Santo en un maestrucro de escuela de primeras letras, le hagan decir lo siguiente:

«Usa como hombre moderado de aquello que
»le se pone delante (en la mesa): nosea que por
»comer mucho te tengan por enojoso. Cesa el primer
»mero por respeto de buena crianza; y no seas
»nimio, no sea que caigas en falta.»

Falta, y grande, es que no le aconsejen también que se escarbe los dientes con un palillo y no con los dedos.

¡Es lo que me faltaba que anotar!

En el capítulo XXXII todavía insiste en dar reglas de urbanidad para la mesa.

En el XXXIII, dejando á un lado vulgaridades acerca del gobierno de las familias, quiero fijarme en cosa que sacaría los colores de la vergüenza á la cara á la religión, caso de que la religión tuviera vergüenza.

Son estas palabras:

«Pienso y palo y carga para el asno: pan, y

»castigo, y tarea para el siervo. Trabaja por el
 »castigo y busca holgar: aflójale las manos y
 »busca libertad: el yugo y las correas doblan el
 »cuello duro, y las tareas continuas encorvan al
 »siervo. Al siervo maligno tortura y cormas, en-
 »viale á las tareas para que no esté mano sobre
 »mano: porque muchos vicios enseñó la ociosi-
 »dad. Hazle estar en tareas: porque así le convie-
 »ne. Y si no hiciese tu mandado, aprémiale con
 »cormas...»

¡Puede hacerse más eínica apología de la es-
 clavitud que la que formulan estas palabras
 puestas en boca de la divinidad! ¡Creerá nadie
 las vanas declamaciones del pontificado en estos
 últimos días en favor, no de la esclavitud, que
 fué abolida por la revolución y los revolucionarios
 enemigos de la Iglesia, sino de su predica-
 ción secular en favor de los esclavos, después de
 leer estas crueles palabras del libro sagrado,
 de donde procede toda autoridad católica! A las
 palabras de León XIII, recabando para la Iglesia
 el honor y la gloria de la abolición de la esclavi-
 tud, oponed estas palabras de *El Eclesiástico*,
 que declaran institución divina la esclavitud, y
 cánón de la Iglesia el *pan y castigo y tarea para
 el siervo* y para el esclavo. No: mientras la Igle-
 sia sostenga el carácter de revelados de estos li-
 bracos judíos; mientras considere inmutable,
 como divina que resulta, la moral en ellos conte-
 nida, es una procaicidad eclesiástica eso de que
 el cristianismo ha contribuido eficazísimamente
 á la abolición de la esclavitud. Cristianos á boca
 llena se llamaban los emperadores, obispos y
 magnates de la Edad Media, que apaleaban sin
 piedad á sus siervos: católico y muy católico se
 decia aquel Las Casas, obispo de Chiapa, que
 gallardeando piedad hacia los indios americanos,
 preconizó en las tierras del Nuevo Mundo la odiosa
 esclavitud de los negros: de cristianos y cató-
 licos farfanteaban, no ha muchos años, aquellos

insensatos que, á la sordina, se esforzaban por
 entorpecer la abolición de la trata negrera que
 defendían los herejes y excomulgados racionalistas:
 leyes de iniquidad sobre los esclavos hemos
 visto promulgadas por poderes que en ser cató-
 licos hacían gala; por donde resulta, que si al-
 guna mentira existe en el mundo burda y procaza,
 es esa de que la Iglesia haya empleado sus ener-
 gias y su poder en abolir la esclavitud.

Después de esto: ella dirá lo que quiera por
 boca de sus pontífices; pero con no creerlos, ha-
 cemos honor juntamente á la historia y á la in-
 falibilidad.

En el capítulo XXXIV habla *El Eclesiástico*
 de los sueños y sus adivinaciones, dividiendo las
 fantasías nocturnas provinientes de las malas
 digestiones, ó de las impresiones fuertes, ó de lo
 que sea, que no es cosa de que yo haya de aclarar
 estos problemas de la medicina, en sueños que
 envía Dios y sueños que envía el diablo. Y,
 como el bueno del hombre no da reglas para co-
 nocer y diferenciar uno de otros, aquí te quiero
 ver, escopeta, es decir, que es una gerigonza de
 doscientos mil demonios averiguar á qué carta
 quedarnos. Pongo por caso. Soñé yo cierta noche
 que un rey ahorcaba, con las tripas retorcidas
 del gran Lama, á un papa, que tenía colgadas
 de los pies, para que haciendo peso le ayudaran
 á bien morir, las cabezas de un emperador de
 Rusia y de un sultán de Constantinopla, y que el
 papa, en sus convulsiones de la cuerda, dió al
 espirar tal empujón al rey verdugo, que, cayen-
 do éste desde lo alto de la horca, se rompió la co-
 cotería en el empedrado de la plaza donde la es-
 peluznante escena tenía lugar: ¿Debo yo consi-
 derar venido este sueño de Dios, ó del diablo? He
 hecho esta pregunta á varios doctores en teolo-
 gía de distintas religiones, y debo declarar que
 ninguno de ellos ha sabido responderme satis-
 factoriamente. Sólo un presbiterillo socarrón,

que hace ya de capellán en las ocasiones solemnes, creo que dió en el hito del sueño, diciéndome: *soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería; refrancillo que, unido al otro de el que hambre tiene con pan sueña*, constituyen los dos inmovibles fundamentos de la ciencia subpretativa de los delirios nocturnos, diurnos y crepusculares, sin excluir los que provienen de la fermentación del vino en el saco estomacal.

Al final de este capítulo, como pegote al mismo, dice *El Eclesiástico* en su eterno estilo de las comparaciones:

«El que se lava por causa de un muerto y de nuevo le toca, ¿de qué le sirve el haberse lavado? Asimismo, el que ayuna por sus pecados y de nuevo torna á ellos, ¿qué adelanta humillándose? La oración, ¿quién la dirá?»

Hocica ahí, católico que mensual ó anualmente te confiesas, descargando el saco para volverle á llenar con los mismos pecados y truhanerías; hocica firme y te convencerás de que ni á Dios, ni al cura, ni á nadie engañas ya, y que tanto te sirve la confesión como si se la contaras á mi abuela, que hace ya treinta y seis años que murió la buena señora.

CXXVII

Trata el capítulo XXXV de las ofrendas á Dios, de que ya tengo hablado cuanto es preciso hablar entre gente avisada, reducido á esta sencillísima pragmática del sentido común: «que lo que se ofrece á Dios, ni á tuertas ni á derechas, ni directa, ni indirectamente, ni de ninguna manera lo conta, beba, gaste, con suma ó aprobeche un cura.»

Amén, que quiere decir *asi sea*, en todos cuantos pueblos, villas, aldeas y ciudades quieran vivir los hombres gordos y contentos, y las mujeres verse guapas y rollizas.

Para lo que me apoyo en el propio libro de que

me río, el cual escribe en un momento de lucidez librepensadora estas palabras: «Sacrificio saludable es apartarse de toda iniquidad. Y el apartarse de la injusticia es como ofrecer propiciación... y como hacer oración por los pecados.» Conque, ya lo sabéis, quienesquiera que leáis: apartaos de la iniquidad, apartaos de la injusticia, y vayan al cuerno los sacrificios y propiciaciones, que tan sólo á los curas y sus amas aprovechan.

Aunque la pronunció el Espíritu Santo, sea firme esta sentencia, y consuetele de las mil y una que le llevamos casadas y de las que le hemos de casar todavía. *Deo volente*.

El bueno de Jesús de Sirach, que en aquellos tiempos de la Nanita en que escribió *El Eclesiástico* pasaba la pena negra en Egipto, abre el capítulo XXXVI y casi le cierra con una lagrimosa oración á Jenová, para que saque de angustias á los judíos y los haga amos de los demás pueblos, á título de elegidos. Dios, por supuesto, hizo tanto caso de las oraciones de este Jesús, como del zumbar de un mosquito de trompetilla; é hizo bien. Si siendo el oprobio de las naciones nos sacan el redano por medio del préstamo con interés; ¿qué no sucedería si fuesen los amos?

Y sigue escribiendo de mujeres, diciendo de las buenas: «el marido de ella no tiene comparación con los hijos de los hombres», y añadiendo que son fundamento de todo ahorro, base de todo descanso, fomento de toda propiedad, etc., etc.; por lo que, recordando lo que páginas atrás escribí de las malas, deberemos decir: entrada por salida; una de cal y otra de arena.

Capítulo XXXVII. Trata el manoseado tema de las amistades, sin originalidad de ninguna especie, viniendo á decir en muchas palabras lo que tan breve y cáusticamente dice el refrán [del enemigo el consejo]. Después escribe en tono sen-

tencioso alguna vulgaridad de relumbrón. Pongó por caso.

El que habla sofistérias, es digno de odio: en toda cosa quedará defraudado. Profecía á cargo de Cánovas del Castillo, que verá caer aquello que á golpe de sofisma y estocada de sable alzó con tanto trabajo y miedos de última hora.

Por el mucho comer murieron muchos; mas el que es sobrio, prolongará la vida. Es lo que decía mi difunto padre: más mata la gula que el hambre. Conque á lo de la sobriedad os atened, españoles: aunque á fe que por ahora, y mientras dure la monarquía restaurada, á perpetuas hambres estáis condenados por canovistas y sagastinos alternantes en quitaros la tajada del plato.

Huélome que el *Eclesiástico* debió ser médico, por lo que enaltece el oficio en el capítulo XXVIII, diciendo llanamente que los honremos, porque tarde ó temprano vendremos á caer en sus garras. No me parece mal, pues honrar á los médicos equivale á *jalear* á los presbíteros, de quienes los médicos son enemigos naturales, porque no hay cosa que más se burle de las vélas á la Virgen del Carmen que el sulfato de quinina, cuando de tercianas se trata; ni para conciliar el sueño hay *Rosario* que valga lo que una píldora de opio.

Después de mandar honrar á los médicos, manda llorar á los muertos, pero no con exceso, sin duda para evitar á los vivos rijas, oftalmías, nubes, cataratas, úlceras granulaciones y demás chinchorrerías con que la divina Providencia, en su infinita sabiduría, castiga á los malos, prueba á los buenos, avisa á los distraídos, advierte á los necios y jeringa á media humanidad.

Por último, escribe una porrillada de tontorías respecto á los artesanos, aunque reconociendo que *sin ellos no se edifica una ciudad*, y

pasa al capítulo XXXIX, que comienza diciendo:

La sabiduría de todos los antiguos indagará el sabio, que es precisamente lo que yo, sin serlo, vengo haciendo desde que se fundaron *Las Dominicales*, para convencer á todo el mundo en estas *Notas*, que la sobredicha sabiduría es una señora fea, sucia, desdentada, pelona, cursi, hiposa y cazcarrieta en cuanto á la teología se refiere; concluyendo el versículo de este modo: *y se empleará en los profetas*, que es lo que voy á hacer, tan pronto como acabe de comentar este pesado y sandio librote de el *Eclesiástico*, con la dulce esperanza de encontrar en ellos grandes y fundados motivos de risa y de chacota.

No dirá el *Eclesiástico* que no sigo al pie de la letra sus recomendaciones.

«Pasaré (el aprendiz de sabio) á tierra de naciones extrañas, para reconocer los bienes y los males, que hay entre los hombres.» Este consejo del Espíritu Santo también, en cuanto me ha sido posible, le he practicado; viendo en Francia que la República es infinitamente mejor que todas las monarquías imaginables; observando en Inglaterra que el ser antipapista es el principio de toda sabiduría y el fundamento de toda riqueza pública y privada; aprendiendo en Alemania que toda teología es un embolismo y en Italia que todo embolismo procede de la teología; notando en Rusia lo bien que se pasan sin Papa y lo mejor que se pasarían sin emperador; y, finalmente, viendo, observando y aprendiendo en Constantinopla que el Dios de los judíos, el Dios de los moros y el Dios de los cristianos son tres Dioses distintos y una sola monserga verdadera, con que se emborrachan de palabras los tontos, hasta el extremo estúpido de romperse á estacazos las costillas...

De este capítulo XXXIX, versículo XXXI.

«Lo principal que es necesario para la vida

«de los hombres es agua, fuego y hierro, sal, leche y pan de flor de harina y miel, y racimos de uvas y aceite y vestido.»

No niego yo que estas cosas sean las principalmente necesarias para la vida, sobre todo el hierro en forma de navajas de Albacete; pero, francamente, una vida sin vino, ni coñac, ni tabaco, ni solomillos de ternera, ni azúcar de pilón, ni garbanzos, ni merluza, ni café, ni periódicos carlistas para reírse uno de integros y mestizos al tiempo de acostarse, podrá ser buena para los hijos de Dios, así judíos como cristianos, pero para los librepensadores, hijos del diablo, ¡un cuerno!

Ramillete de majaderías.

«Espíritus hay que fueron criados para castigo, los cuales por su saña aumentan los suplicios.»

De esta taifa predestinada debió ser el que asesinó á doña Luciana Borcino; por lo que no debe causar asombro la serie de líos, casi providenciales, que dicho asesinato ha traído á la rastra. Después de todo, si fué para eso criado el asesino por Dios, ¿por qué han de procurar castigarle los hombres? El pobrecito fué para eso concebido *ab initio*.

«El fuego, el pedrisco, el hambre, y la muerte, todas estas cosas fueron criadas para venganza.» Pues reniego del Criador, digo, del Vengador.

«Todas las obras de Dios son buenas.» Dispense usted, amigo, una preguntita. ¿También el pedrisco, el fuego, el hambre y la muerte, que fueron criadas para cosa tan fea como es la *verganza*?

Enumera el capítulo XL la mil y una pijoterías y molestias que traen al hombre amohinado los días todos de su vida, y, respirando fuerte, exclama el Sr. Espíritu Santo: «para los malos fueron criadas todas estas cosas y por ellos vino el diluvio.»

Lo que yo veo es que las enfermedades así se ceban en los malos como en los buenos, y que el hambre aún suele atormentar más á los buenos que á los malos, cuyas maldades suelen proporcionarles riquezas y los consiguiendo placeres y buenos ratos. Respecto al Diluvio... ¡más vale no menearlo! ¡Sin agua que habría que revolver!

«Todas las cosas que son de tierra, en tierra se convertirán», en lo que habría mucho que decir, si aquilatásemos qué significaba eso de «tierra; y todas las aguas á la mar volverán», punto de mucho intringulis, desde que priva entre los geólogos la teoría de la desecación lenta pero segura de nuestra ilustre madre la señora Tierra; pero como jamás al encéfalo del Espíritu Santo ni de sus inspiradas llegaron nociones de tamaña delicadeza, no sería generoso cargarle en cuenta estas afirmaciones en bruto.

«Toda dádiva y toda maldad destruida será, mas la fe subsistirá por los siglos.»

¿Que la fe subsistirá por los siglos? A ver, señores, ¿quién de ustedes cree, cómo creían los griegos, que Júpiter, tras un preñado de cabeza, parió á Minerva talludita? ¿Quién, que el graznar de los gansos del Capitolio indicaba prosperidad ó desgracia, como creían los romanos? ¿Quién, que á Mahoma le lavó Gabriel el corazón en una taza de agua de Semsent? ¿Quién que...?—Pero, á qué más preguntas peligrosas!—¿Qué necedadino cree hoy día en la virtud monárquica de Carlos Chapa, á quien no hace un año besaban, salva sea la parte, cuando les daba á besar el arcornoqueño, rey, prestamista de toisones?

CXXVIII

Ni tanto, ni tan calvo, que se le vean los sesos, dice un refrán; no tanto amén, que se acaba la misa, enseña otro; no tanto *Eclesiástico*, digo yo, que me voy aburriendo, y esperan impacien-

«de los hombres es agua, fuego y hierro, sal, leche y pan de flor de harina y miel, y racimos de uvas y aceite y vestido.»

No niego yo que estas cosas sean las principalmente necesarias para la vida, sobre todo el hierro en forma de navajas de Albacete; pero, francamente, una vida sin vino, ni coñac, ni tabaco, ni solomillos de ternera, ni azúcar de pilón, ni garbanzos, ni merluza, ni café, ni periódicos carlistas para reírse uno de integros y mestizos al tiempo de acostarse, podrá ser buena para los hijos de Dios, así judíos como cristianos, pero para los librepensadores, hijos del diablo, ¡un cuerno!

Ramillete de majaderías.

«Espíritus hay que fueron criados para castigo, los cuales por su saña aumentan los suplicios.»

De esta taifa predestinada debió ser el que asesinó á doña Luciana Borcino; por lo que no debe causar asombro la serie de líos, casi providenciales, que dicho asesinato ha traído á la rastra. Después de todo, si fué para eso criado el asesino por Dios, ¿por qué han de procurar castigarle los hombres? El pobrecito fué para eso concebido *ab initio*.

«El fuego, el pedrisco, el hambre, y la muerte, todas estas cosas fueron criadas para venganza.» Pues reniego del Criador, digo, del Vengador.

«Todas las obras de Dios son buenas.» Dispense usted, amigo, una preguntita. ¿También el pedrisco, el fuego, el hambre y la muerte, que fueron criadas para cosa tan fea como es la *verganza*?

Enumera el capítulo XL la mil y una pijoterías y molestias que traen al hombre amohinado los días todos de su vida, y, respirando fuerte, exclama el Sr. Espíritu Santo: «para los malos fueron criadas todas estas cosas y por ellos vino el diluvio.»

Lo que yo veo es que las enfermedades así se ceban en los malos como en los buenos, y que el hambre aún suele atormentar más á los buenos que á los malos, cuyas maldades suelen proporcionarles riquezas y los consiguiendo placeres y buenos ratos. Respecto al Diluvio... ¡más vale no menearlo! ¡Sin agua que habría que revolver!

«Todas las cosas que son de tierra, en tierra se convertirán», en lo que habría mucho que decir, si aquilatásemos qué significaba eso de «tierra; y todas las aguas á la mar volverán», punto de mucho intringulis, desde que priva entre los geólogos la teoría de la desecación lenta pero segura de nuestra ilustre madre la señora Tierra; pero como jamás al encéfalo del Espíritu Santo ni de sus inspiradas llegaron nociones de tamaña delicadeza, no sería generoso cargarle en cuenta estas afirmaciones en bruto.

«Toda dádiva y toda maldad destruida será, mas la fe subsistirá por los siglos.»

¿Que la fe subsistirá por los siglos? A ver, señores, ¿quién de ustedes cree, cómo creían los griegos, que Júpiter, tras un preñado de cabeza, parió á Minerva talludita? ¿Quién, que el graznar de los gansos del Capitolio indicaba prosperidad ó desgracia, como creían los romanos? ¿Quién, que á Mahoma le lavó Gabriel el corazón en una taza de agua de Semsent? ¿Quién que...?—Pero, á qué más preguntas peligrosas?—¿Qué necedadino cree hoy día en la virtud monárquica de Carlos Chapa, á quien no hace un año besaban, salva sea la parte, cuando les daba á besar el arcornoqueño, rey, prestamista de toisones?

CXXVIII

Ni tanto, ni tan calvo, que se le vean los sesos, dice un refrán; no tanto amén, que se acaba la misa, enseña otro; no tanto *Eclesiástico*, digo yo, que me voy aburriendo, y esperan impacien-

tes los profetas grandes y los chicos, que pasemos revista á sus disparates. Acortaré, pues, los comentarios, encerrando en este artículo cuantas notas me sugieran los diez capítulos últimos del mamotreto greco-judáico de Jesús, el hijo de Sirach.

«¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para un hombre, que tiene paz en medio de sus riquezas; para un hombre sosegado, y cuyos caminos le salen á derechas en todas las cosas, y que aún está con fuerzas para comer!—¡Oh muerte, buena es tu sentencia para un hombre necesitado, á quien le faltan las fuerzas, para la edad decrepita, y al que está lleno de cuidados, y al desconfiado, y al que le falta la paciencia.»

Sin nota: simplemente aprobado; ó, mejor quizá, comprobado con los miles de suicidas que diariamente ejecutan en sus personas desdichadas la buena sentencia de la muerte, que dice el *Eclesiástico*. Siete mil y pico se han dado catite en Francia á sí mismos el año pasado. Valga de noticia.

«No mires á persona alguna por la hermosura, ni quieras hacer asiento entre mujeres, porque de la ropa sale la polilla, y de la mujer sale la maldad del hombre.»

No hay duda que el mozo entendía del sexo contrapuesto, ó la parte contraria, que dice un amigo mío: pues sin ser castellano, ya sabía que en cualquiera picardía de esas que ahora son tan frecuentes, lo primero que se debe preguntar es ¿quién es ella? Porque no hay duda: lo que no se explique por una Tecla, es que no tiene explicación.

«Henoch agradó á Dios, y fué trasladado al Paraíso, para predicar á las gentes penitencia.»

Este versículo, que es XVI del capítulo XLIV, tiene par y medio de bemoles que comentan. En

primer lugar hay que decir que esta palabra *Paraíso* no existe en el original griego, pero se encuentra en la vulgata latina, con todas sus letras, *paradisum*, lo que demuestra un fechoría eclesiástica, que convirtió una traducción en una traición. En segundo lugar hay que preguntar por el vehículo en que aquel vejstorio Henoch fué al Paraíso trasladado. En tercer lugar hay que averiguar dónde ese Paraíso puede estar, puesto que no consta en la geografía de Eliseo Reclus. Y después de preguntadas y averiguadas estas cosas, aún queda que preguntar otra, y es, á qué diablos predica penitencia Henoch á los que ya están en el Paraíso arreglados para toda la eternidad por sentencia firme del Omnipotente.

La Iglesia responde que Henoch, lo mismo que *Elias*, viven aún y vivirán hasta la consumación de los siglos, esperando, á que venga el Antecristo para salir de su escondrijo y darle de soplamocos. Entonces quizá se mueran, precisamente cuando todos hemos de resucitar, cargado cada cual con los huesos que no le haya robado su vecino, ó aprovechado algún tunante en una refinería de azúcar.

Jesús de Nave (¿Quién será este mocito?), presto en la guerra ¡Vamos, sería algún militar famoso! sucesor de *Motsés*. ¡Ahora caigo! Vaya, Jesús de Nave es Jesué, hijo de Nun. ¡Ni el demonio que le conociera por el nombre que le da Jesús, hijo de Sirach!

Canta además las glorias y altos techos y estupendos milagros de los hombres célebres de la nación judáica, cosa que debemos dispensarle, pasándola además por alto, puesto que á todos y cada uno de ellos en los respectivos lugares

los tenemos cargados en cuenta sus embolismos proféticos.

*
**

Concluye Jesús su *Eclesiástico* con una oración, que llena todo un capítulo, de la cual puede deducirse que fué hombre que se vió en muchos y graves apuros, cuidados y peligros. Quizá se dedicase á prestamista, oficio eminentemente judío, no despreciado de los católicos, en que hay tanto que ganar, que á veces se ganan palizas descomunales, como una que dió cierto amigo mío á cierto miserable de esos que desuellan vivos á inocentes, cobrando la nimiedad del seis por ciento mensual adelantado, de la que el paciente quedó de por vida con la cara vuelta al lado izquierdo, que es donde recibió el palo único de la querrela á título de principal é intereses. Quizá se metiera á político radical y pronunciara discursos subversivos, pues indica que anduvo *errante*, esto es, á salto de mata, ó desterrado, como alguien á quien y conozco muy de cerca, que tienen empapelado en el Tribunal Supremo, que fué de Montero Ríos, y se halla en disposición de ser llevado á Torreldones, tirando al Norte, ó á Meco, como quien va á la Alcarria.

*
**

Y con esta oración destartada y larguirucha se acaba, como he indicado, á Dios gracias, que dicen las gentes religiosos, este famoso *Eclesiástico*, resulta un libro ni bueno ni malo, ni corto ni largo, carne ni pescado, metido distraídamente sin duda en la *Sagrada Biblia* por algún aficionado á las reflexiones tontas y á los comentarios necios, á las repeticiones hueras y á la teología de bajo vuelo; pues no se encuentran en él milagros estupendos, ni espeluznantes relaciones de degüellos y carnicerías hechos en

nombre de Dios, ni resurrecciones de muertos, ni partos de Vírgenes, ni profecías inteligibles del fin del mundo, ni cosa, en suma, de esas disparatadas y ridículas que son el a, b, c, de la teología digna de tal nombre.

Con lo cual, y una buena dosis de paciencia que heredé de madre, y un poquito de entusiasmo antireligioso que viene línea recta de mi padre, y otro poquito de buen humor que he ido, después de treinta años de ausencia, á recoger en el propio pueblo, y en la casa misma, y en la misma alcoba en que nací; me dispongo á continuar estas *Notas*, metiéndome hacha en mano por la intrincada selva de *las Profecías*, á cuya entrada se alza serio y grave Isaías, con unas barbas blancas que le bajan á los calzones, y unos calzones amarillos que, en justa compensación geométrica, le suben hasta las barbas, anunciando á todos los vientos de la humana necedad el gran camelo de que, como pasa la luz por un cristal, sin romperle ni mancharle, nació en un huerto un almendro sin plantar en él almendras, según había prometido el sabio aquel que se pasó la vida pescándose con la mano derecha el pulgar de la misma, aprisionado entre el índice y el pulgar de la izquierda para mayor seguridad de que no se le escapara y... también de dar con su cabeza en una casa de Orates, lugar predestinado á cuantos se aficionan á ciertos embolismos.

CXXIX

LA PROFECÍA DE ISAÍAS

Cuentan de cierto fidalgo portugués, que cuando recordaba haber servido en la caballería de Chaues, él mismo, asustado de la valentía de aquella tropa, se tenía miedo. Pues bien, aunque yo no tenga nada de portugués, ni de asudizo, cuando me veo delante de la Profecía de

Isaias, y pienso que he tenido pachorra bastante para anotar los libros de la *Santa Biblia* que preceden á esta chifladura del hijo de Amós, y yo mismo le tengo miedo á mi paciencia, capaz á lo que pienso, cuando tal empresa ha realizado, de sufrir hasta los desplantes de algún cleriguiillo lenguaráz, con tal de llegar al día de la liquidación eclesiástica, en que se han de comprobar noticias estupendas de obispos que, sabiendo tan bien como yo ciertas cosas, las aguantaban y encubren con la misma longanimidad que si fueran propios y genuinos pontífices del librepensamiento.

Entre tanto, no tiraremos de la manta más que para mostrar en camisa al elefante de los profetas, cuyo libro empieza con las siguientes palabras:

«Visión de Isaias, hijo de Amós, que vió sobre Judá y Jerusalem en los días de Ozías, de Johatán, de Achaz y de Ezechias, reyes de Judá.»

Fijate, lector, en que no dice profecía, sino visión, quiere decir, raptó de la imaginación desbordada, que precediendo quizá de una copita más de vino en la cena, era considerado por el *vidente*, ó profeta, como directa ó inmediata inspiración de Jehová, Dios de variadísimo humor, y que á las veces se divertía en engañar á sus elegidos, haciéndoles tomar el rábano por las hojas.

Fijate también en que la profecía ó visión sólo reza, según el texto, con la tribu de Judá y la ciudad de Jerusalem, á pesar de lo cual, las otras tribus y las otras ciudades de Israel pagaron los vidrios rotos de la profecía, tan enrevesada y llena de viento y de metáforas, que aun en el día de hoy se dan de soplamocos los doctores católicos y los rabinos judíos sobre si se ha realizado, ó todo quedó en agua de cerrajas, respecto al Verbo divino,

Fijate, por último, en que á Isaias le tocó conocer cuatro reyes, de cuyas fechorías y desmanes ya tienes noticias; por lo cual debemos usar con el pobre vidente de alguna benignidad; pues si nosotros con un rey constitucional, de esos que ni pinchan ni corian, andamos mohinos y coriacontecidos, al punto que de ponernos á profetizar anunciaríamos hasta la ruina de la custodia de Toledo, no debe chocarnos que Isaias, harto de las canalladas de Achaz, y aburrido de las simpladas de Ezechias, anunciase cosa más sorprendente en ginecología que el famoso parto de los montes. Porque en mi excomulgada opinión, aun es mayor maravilla parir una doncella á un Dios, que no una montaña á un ratoncillo.

Inmediatamente después de decir que ha visto una visión y que es hijo de Amós, Isaias se echa de golpe y porrazo á profetizar, poniendo el grito en el cielo y hablando de tú á la tierra, atrevimientos y exaltaciones que llaman los retóricos prosopopeyas, figuras que yo hallaría admirables en un poema, pero que puestas aquí, me resultan cursis de toda cursilería, y propias tan sólo para entontecer al lector, y hacerle tragar por revelación divina lo que sólo es la justa exaltación de un alma honrada ante la podredumbre de un pueblo envilecido.

Veamos la profecía:

«Oid, cielos, y tú tierra, escucha, porque el Señor ha hablado. Hijos crié y engrandecí: mas ellos me despreciaron. Conoció el buey á su amo, y el asno el pesebre de su dueño: mas Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió.»

Todo esto está admirablemente dicho, tan admirablemente, que, de vivir todavía Isaias, á él y no otro le encargaría la redacción de otro manifiesto de Cádiz, si la ocasión llegase; pero dejando la retórica á un lado, no resulta un personaje de sainete ese Dios, que después de criar y de engrandecer á un pueblo, distinguién-

dole entre todos los pueblos de la tierra, tiene que acudir con las manos en la cabeza á un gran escritor, para que le redacte con elegancia sus quejas por los desdenes sufridos y sus amenazas para ver de traer á los ingratos al mandamiento que conoce el buey y cumplen los boricos?

¡Ay de aquel que no sepa distinguir aquí entre la teología y la revolución, quiero decir, entre los embolismos que constituyen la doctrina religiosa de los judíos y la grandiosa elocuencia de Isaías, que, viendo á su patria en la abyección y próxima á la ruina, procura con palabras de fuego provocar una reacción salvadora en un pueblo destinado á la servidumbre! Ni el buey de la imagen, ni el asno de la hipálage, tan cornúpeto ni tan borrico, como el mestizo que no distingue.

Truena y fulgura Isaías contra los viejos de su pueblo; dice que todo en él está podrido, y exclama en el paroxismo del dolor esta palabra sin rival en la elocuencia humana:

«Y quedará desamparada la hija de Sión como «cabaña en viña, y como choza en melonar y «como ciudad asolada.»

Muestra el desastroso porvenir de la ciudad prostituida, y, resistiéndose á pensar que no haya en ella algunos pocos buenos capaces de salvarla, viendo que todo el daño venía de la elerigalla y de la hipocresía religiosa, presta voz á Jehová y ruge de este modo:

«De qué me sirve á mí la muchedumbre de «vuestros sacrificios?—Harto estoy.—No quiero «holocaustos de carneros, ni sebo de animales «gruesos, ni sangre de becerrros, y de corderos, «y de machos de cabrío.»

Que es exactamente lo mismo que si un librepensador de nuestros días, viendo lo que pasa entre frailes y curas, monjas sacristanes, y monaguillos, con la añadidura de las beatas hipocri-

tas y de los beatos solapados y envilecidos, tomándola por el lado inocente, hiciese hablar a Padre Eterno de esta manera:

«De qué me sirve la muchedumbre de vuestras misas cantadas y rezadas?—Harto estoy de ellas y de vosotros los que las decís.—No quiero confesionarios, ni incienso, ni comuniones, ni bautizos, ni tortas dadas á los clérigos, ni triduos, ni trisagios, ni letanías, ni novenas, ni cuarenta horas, ni procesiones, ni velas del Santísimo, ni hijas de Maria, ni ese presupuesto del culto y clero que engorda tantos holgazanes y mantiene tantas pelindruscas.

Por fortuna, los librepensadores estamos curados de figuras retóricas, y en vez de hacer decir á Dios estas cosas, las decimos por nuestra cuenta, sin meternos en mentirigillas teológicas, porque sabemos que antes se pillá al mentiroso que al cojo.

Como se prueba en este versículo de Isaías, que hace decir á Jehová:

«Cuando veniais delante de mí, ¿quién demandó estas cosas de vuestras manos, para que viniéseis á pasear en mis atrios?»

«¿Quién demandó á los judíos esas cosas, señor Jehová, os atrevéis á preguntar?—Pues vos mismo, desmemoriadisimo señor, que á vuestro siervo Moisés le dijisteis en mil ocasiones que sin eso del sebo, y de la sangre, y de los holocaustos, y de los machos cabríos no habria para ellos salvación, sino porrazo limpio y raedura de sobre la haz de la tierra. ¡Pues sin fieros y amenazas que dijisteis en el *Deuteronomio* y otros libracos contra los que descuidasen los más nimios detalles del culto brutal que prescribistais! ¡Pues poco que insististeis en lo del sebo! ¡Si pareciais allí un fabricante de velas!

Vea el discreto lector y el entontecido católico el peligro de meter á Dios en los negocios humanos, aun tratándose de un negocio tan obscuro y

teológico como el de las profecías. Isaías, con ser el primer escritor judío, pone á Jehová en berlina, mostrándole en flagrante contradicción consigo mismo sobre punto tan claro y preciso como el de los machos cabrios, vulgo cabrones.

¡Y que el tal Isaías no recalaba, cuando de flagelar sacerdotes é hipócritas se trataba! Por si acaso no le habían entendido unos y otros, continúa bufando de este modo.

No ofrezcáis más sacrificios (á la misa sacrificio se le llama también) en vano: el incienso (lo oís, monaguillos, lo oís) es abominación para mí.—Noemía (como si dijéramos, los santos patronos del mes), y sábado (léase católicamente domingo), y otras fiestas (la virgen del Pilar, la del Socorro, la de los Desamparados) no las sufriré: son inicuas vuestras juntas (¿querrá decir confradías?)

Aquí del cuento, por única anotación. Mandó una mujer á su hija á casa de una vecina, para que le pidiera prestado un cedazo claro. Llega la chica y dice: *Seña Fulana*, me ha dicho mi madre que me deje usted un cedazo claro.—Dile á tu madre que no me da la gana, ¿qué si lo quiere más claro?

¿Lo quieres tú más claro, Espíritu Sano é independiente que me lees?—Dios, en caso de que creas en él, desecha las farándulas, aborrece las ritualidades, execra los sacrificios y las majaderías del culto.—Y no pienses que ese Dios es un diosecillo cualquiera, sino el propio Dios de los judíos, legítimo padre del Dios de los cristianos, pues San José, ya sabes que sólo fué su padre putativo.

CXXX

Después de estas palabras, eterna condenación de todos los sacerdocios y de todos los cultos, pámemma pura cuando falta, como de ordinario sucede entre gente beata, aquella firme voluntad de

obrar el bien, sin meterse en dibujos teológicos ni canónicos, que constituye la verdadera virtud. Isaías, cerniéndose en las alturas propias de las águilas, exclama, dirigiéndose á la prostituida Jérusalen:

«¿Cómo se ha hecho ramera la ciudad fiel, llena de juicio? La justicia moró en ella, mas ahora los homicidas.—Tu plata se ha mudado en escoria; tu vino mezclado está con agua.—Tus príncipes desleales, compañeros son de ladrones; todos aman las dádivas; van detrás de las recompensas.—No hacen justicia al huérfano y la causa de la viuda no entra en ellos.»

Todo esto está muy bueno, pero fortuna grande fué de Isaías vivir en tiempos en que aún no le habían salido los dientes á los tatarabuelos de Guttemberg; pues si nace por una casualidad en España, y le toca escribir en estos perversos tiempos de Cánovas, con remudas y variaciones de Sagasta, yo le fío que da con su cuerpo en una celda de la Cárcel Modelo, como tránsito á la celda de un presidio, sin que le hubiera valido para nada su título de Profeta. ¡Bonitos fiscales católicos andan por ahí, para que, no ya al inspirado, sino al propio y mismo Espíritu Santo le hubiesen pasado lo de *tus príncipes compañeros son de ladrones*, y aquello de *ramera*, aplicado á la coronada villa del oso, del madroño y de los tablados de flamenco!

«Por esto—continúa el Profeta—dice el señor Dios de los ejércitos, el fuerte de Israel: ¡Ay! me consolaré sobre mis adversarios, y me vengaré de mis enemigos.» Este Dios, que declara tener adversarios y enemigos, y que se refocila y relame de gusto pensando en sus venganzas, aunque haya obtenido el culto y el respeto de tantos millones de borricos con cara de hombres, como en el mundo han sido y son católicos integristas ó mesticeros, me parece un Dios de taberna y de bodegón, que es donde las gentes desahogan sus

malos humores por la vía de las venganzas á punta de navaja ó al golpe de cachiporra.

Pero no todo son fieros, amenazas y porrazos á plazo más ó menos largo en esta profecía. Jehová, después de descubrirle á Isaías que dejará á Jerusalen *tanquam tabula rasa*, promete restituirla á su primitivo estado, lo que parece indicar que lo de la destrucción previa, no pasa de una humorada, ó si se quiere, de una corajina.

Y se abre el capítulo II con la siguiente enormidad.

«Palabra que vió Isaías, hijo de Amós, sobre Judá y Jerusalen.»

Palabra que vió... Hasta ahora tenía entendido que las palabras no eran cosa de verse ni tocarse, sino de oirse con más ó menos claridad, pero cuando Isaías afirma lo contrario, habrá que creerle, pues por algo fué profeta, á menos que esto, como toda su profecía, sea solamente una pura figura retórica, en cuyo caso, ¿quién dirá que tenga sustancia la teología?

Pero veamos la palabra *visible*, que vió Isaías. La cual palabra es tan difusa como insubstancial, reduciéndose á significar que Jerusalen, después de destruída volvería á ser reedificada y glorificada. Lo único que en ella se encuentra que huele á profecía, es este final del versículo III.

«Porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalen.»

Que muchos, más ó menos filósofos, consideran comprobado en el hecho de ser el mundo cristiano y haber de Jerusalen salido el cristianismo.

No niego que Isaías, sin necesidad de ver palabras, ni oficiar de profeta, dijese con conciencia de lo que decía, que de Jerusalen saldría la ley, pues conociendo la superioridad de esta ley religiosa sobre el politeísmo absurdo y repugnante de los pueblos antiguos, con sólo saber que el progreso es la ley de la vida humana, tenía base

tante para asegurar que triunfaría el monoteísmo judío del inmundo politeísmo de los asirios, caldeos, egipcios y babilonios.

De todas suertes, á los que de esta palabra *de Jerusalen saldrá la ley* hacen un argumento, debe recordárseles que de la Meca salió el Corán, y de Roma el Código civil, y de París los derechos del hombre, y de Londres la locomora, y de Nueva York el telégrafo, que son ideas no menos grandes, ni menos humanas, ni menos generalizadas que la idea de que Cristo es Dios, tan provocadora de comorras y desazones entre las gentes.

Finalmente, que de Jerusalen saliera la ley, no es una profecía chocante, ni que exigiese mucho caletre. ¿Habían de tenerla siempre guardada debajo de siete llaves? Las leyes, como cosa que cae bajo el imperio del sexo femenino, siempre fueron un poco corretonas.

En el capítulo III, Isaías describe las amarguras de una ciudad combatida de poderoso enemigo, pintando con su natural elocuencia las extremidades de una aflicción merecida. Indica las culpas que en los varones han provocado la calamidad, y luego arremete con las mujeres, á quienes pone de oro y azul.

Oigámosle.

«Y dice el Señor: Por cuanto se alzaron las hijas de Sión, y anduvieron estiradas de cuello, ó iban guiñando con los ojos y caminaban haciendo ruido con los pies, y andaban con pasos acompañados: Raerá el Señor la cabeza de las hijas de Sión, y desnudará el Señor el cabello de ellas.»

«En aquel día quitará el Señor el atavío de los calzados y las lunetas, y los collares y los joyetes, y los brazaletes y los bonetillos, y los partidores del pelo, y el atavío de las piernas, y las gargantillas, y los pomitos de olor, y los zarzillos, y los anillos, y las piedras preciosas que

»cuelgan de la frente, y las ropas de remuda, y
»las manteletas, y las gasas, y las agujas, y los
»espejos, y los lienzos delicados, las cintas y los
»vestidos de verano. Y por el suave olor habrá
»hediondez, y por cinto cuerda, y por el cabello
»encrespado calvez, y por faja del pecho cilicio.»

He copiado esta larga parrafada profética, por-
que más que visión, parece un inventario de la
indumentaria femenina, que resulta sumamente
curioso á causa de su respetabilísima antigüedad.
El nos enseña que ya nuestras tatarabueltas
(q. e. p. d.) eran unas coquetonas de tomo y lomo,
tan amigas de componerse y hacer cosquillas á
los hombres, como las más arremangadas suri-
pantas de nuestros días. Aquéllas, como éstas, se
pirraban por las alhajas y vestidos; aquéllas,
como éstas, hacían guiños y daban codazos á los
pacíficos transeúntes; aquéllas, como éstas, lle-
vaban á prevención pomitos de esencia para los
desmayos de ordenanza. Si alguna ventaja pu-
diera entre unas y otras señalarse, habría que
disputarla á las viejas, quiero decir, á las que
fueron viejas, pues ya ni las momias de ellas que-
dan, por el ruido que hacían con los pies al andar,
proveniente, según los más conspicuos comenta-
ristas católicos, de sartas de cascabeles que lle-
vaban atadas á las pantorrillas.

Verdaderamente que daría yo cualquier cosa
porque esta moda se resucitara. Entonces sí que
habría que oír en la Puerta del Sol y en la calle
de Sevilla y en la de Peligros y la Carrera de San
Jerónimo, después de la media noche. Entonces sí
que sería oportuno y gráfico chicoleo, el de aquel
soldado andaluz, ¡anda, tú, cascabelera!

Aparte de ésto, no le apruebo el gusto á Jeho-
vá, al enfadarse con las de los cascabeles, ni
puedo creer que Isaias, á pesar de toda su fiere-
za, dejase de sentirse apenado al tener que pro-
fetizar la ruina de tantas pantorrillas con mú-
sica.

Escolio. En vista de esto de los cascabeles
en las piernas, propongo que se saque á público
concurso algo nuevo, que las mujeres no hayan
inventado todavía, para hacerse agradables y
atrapar novios, y que al que dé con ello, se le de
un millón de pesetas en premio á su inventiva,
y lo propongo bien seguro de que ese millón
se pudriría de viejo en el arca que se depositase.

CXXXI

Declaro con la franqueza castellana propia de
mi carácter, sin ambages ni rodeos, sin aquellas
reservas mentales inventadas por los jesuitas
para disculpar toda suerte de picardías, que si
sólo con creer en las profecías hubieran éstas de
cumplirse, me haría creyente como un musulmán
y católico como un mestizo, sin más propósito
que cualquiera de mis días fuese el día que se
vaticina en las siguientes palabras del buen
Isaias:

«Y en aquel día echarán mano de un sólo
»hombre siete mujeres, diciendo: Nuestro pan
»comeremos, y de nuestras ropas nos vestire-
»mos: tan sólo seamos nosotras llamadas de tu
»nombre, quita nuestro oprobio.»

Pero, por desgracia de los creyentes, ese día
venturosísimo, ese día puramente jaujero, en
que siete mujeres comidas y vestidas por su
cuenta, requieran á un hombre con extremos
tan comprimentes como el de *quita nuestro opro-
bio*, es día pasado ya, pues fué el siguiente al de
una de las varias ruinas que ha sufrido Jerusa-
len. De donde infiero que nada en el mundo me
puede hacer comulgar con ruedas de molino, y
que las mujeres de Jerusalén, además de tener
la repoquísima vergüenza de juntarse en parti-
das de siete para asaltar un marido, tenían de-
masiadas ganas de jolgorio en tan apurado
trance como el de la ruina y desolación de su
patria. ¡Valiente patriotismo el suyo y valiente

honestidad! Porque siete mujeres para un hombre solo son muchas mujeres, aun no pasando la cosa del terreno de la profecía, que es un terreno movedizo y pantanoso en que nada serio puede edificarse.

Continúa el embolismo:

«En aquel día será el pimpollo del señor en magnificencia y gloria, y el fruto de la tierra relevado, y regocijo para los hijos del señor que fueren salvos.»

Este día parece ser el mismo en que las siete mujeres debían pedirle favor á un solo hombre que fuese su marido. Lo que ni el propio diablo metido á intérprete podría explicar es lo del pimpollo, ni lo de la magnificencia, ni lo de la gloria, aplicado á gentes consumidas por los furrores de la guerra, que llevaban todavía señalados en las espaldas los cardenales que á fatigazos les habían pintado los babilonios. Digo, en caso de que la ruina anunciada por Isaías fuese la que realizó Nabucodonosor. Algunos quieren que el *pimpollo* profético sea Jesucristo, pero lo cierto es que lo mismo podría referirse á Isaías al presente Juan de las Indias.

Como el oficio de profeta no conocía reglas, ni se aprendía en ninguna Universidad, cada cual de ellos tiraba cuando le picaba la tarántula de la inspiración por donde le venía en mientes desbarrando á su antojo sobre cualquier asunto, con tal que fuese oscuro y embrollado.

Por esto no deberá extrañarnos que Isaías, después de hablar en cifra de la ruina de Jerusalén y de decirnos con todas sus letras lo de las siete mujeres para cada hombre, se ponga á cantar la canción de *mi primo á su viña*, sin decirnos quién fuese este primo, ni cuál la viña esta. De todas suertes, véase la canción:

«Tuvo mi amado una viña en un collado muy fértil. Y la cercó de seto, y la despedregó, y la plantó escogida, y edificó una torre en

«medio de ella, y construyó en ella un lagar: y esperó que llevase uvas, y las llevó silvestres.»

De dónde puede inferirse que el primo no fué precisamente primo de la *cantaora* (ya que ésta parece canción para mujer) sino de la viña misma, puesto que con ella le pasó algo de lo que al otro de nuestra copla:

«Yo planté en un pecho tierno,
fe, esperanza y caridad...
y se me secó lloviendo...
ya no vuelvo á plantar más.»

Qué es lo que diría cualquiera que, no siendo primo universal, plantase una viña con tanto esmero, y se olvidase de ingertarla?

Esta viña silvestre y desagradecida le viene de perilla á Isaías para imagen del pueblo de Israel, que Jehová planta, cerea, fortifica, etc. etc., y en vez de vino le produce hieles.

Pero en vez de acusar á Jehová de bobo y descuidado á causa del ingerto, le presenta airado y enfurecido, dispuesto á derribar la tapia y la torre, y dejar libre la viña al diente de las cabras y á los pedriscos de las nubes.

Lo que constituye una nueva y elocuente demostración de que Isaías era un gran poeta y que toda profecía, bien analizada, resulta un estupendo disparate.

¿Qué Dios eres tú, podría decirsele á Jehová, que necesitabas esperar á conocer á tu pueblo por las obras? Y si conociéndole, como debías conocerle antes que te crucificase el Unigénito, ¿por qué demonios le criastes? ¿O es que te entretienes en criar cuervos para que te saquen los ojos? ¿O como al protagonista de *La casa de fieras*, te gusta á tí que te den con la badila en los nudillos?

Abandonando en seguida la imagen de la viña, expuesta á borracheras, Isaías dirígese rectamente á los malvados de su pueblo, describe las iniquidades y los devaneos en que se hallan pros-

tituidos, y luego, alzándose á las cumbres de la indignación, exclama:

«Por ésto, así como la lengua del fuego devora la paja, y la abrasa el calor de la llama; así la raíz de ellos será como pavesa, y su renuevo subirá como el polvo. Por ésto se encendió el furor del Señor contra su pueblo, y extendió su mano sobre él, y le hirió: y se estremecieron los montes, y fueron sus cadáveres, como basura en medio de las plazas. Con todas estas cosas no se ha aplacado su saña, sino que aún está extendida su mano.»

«Y alzará pendón en las naciones de lejos, y dará silvos á él desde los extremos de la tierra: y he aquí vendrá ligero y con velocidad. No hay en él quien se canse ni fatigue; no se adormecerá ni tomará sueño, ni se le desatará el cinto de los riñones, ni se le romperá la correa de su zapato. Sus saetas agudas y todos sus arcos entesados. Las uñas de sus caballos como pederrenal, y sus ruedas como impetu de tempesta: su rugido como de león, rugirá como los cachorros de los leones; y crugirá de dientes, y cogerá la presa: y la abrazará, y no habrá quien se la saque. Y sonará sobre él en aquel día aciago como estruendo del mar: miraremos á la tierra, y aquí las tinieblas de tributación, y la luz se entenebrece por la obscuridad de ella.»

Todo esto de un Dios que, metiéndose los dedos en la boca, silba á modo de vaquero para que acudan los ejércitos caldeos primero y después los ejércitos romanos, y destruyan á punta de espada la famosa y prometida tierra de Canaán y se lleven cautivo al pueblo elegido, es de lo más bonito literariamente que en el mundo se ha escrito, y de lo más risible que teológica y proféticamente en el mundo se ha disparatado.

Pero no, que más risible es lo siguiente, del propio cosechero:

«En el año en que murió el rey Ozias vi al Se-

ñor sentado sobre un solio alto y elevado: y las cosas que estaban debajo de él llenaban el templo.»

«Serafines estaban sobre él: seis alas tenía el uno, y seis alas el otro: con dos cubrían el rostro de él, y con dos cubrían los pies de él, y con dos volaban.»

«Y daban voces el uno al otro, y decían: Santo, Santo, Santo, señor Dios de los ejércitos, llena está la tierra de su gloria.»

En materia de visiones, esta es de lo más rematadamente bufo que una copa de vino ha podido pintar en la fantasía de un gitano. Meter á Dios, cuyo espíritu se halla, para los que en él creen, repartido por la naturaleza entera, dentro de un templecillo de Jerusalem, y allí sentarle en un trono, de manera que dos mustaganes, que por llamarse de algún modo se llaman serafines, pajarracos de tres pares de alas que le tapen la cara y los pies, dejándole el resto del cuerpo al aire, es lo más absurdo, amén de lo más risible, que se ha podido profetizar.

¿Qué haría el resto del universo sin Dios todo el tiempo que durara la profecía? ¿Por qué al buen señor de Dios le tapan sus ayudas de cámara, los caballeros serafines, la cara y los pies, dejándole el pecho y otras cosas expuestas á los desastres de un aire colado? ¿A qué vienen los tres pares de alas de los angelotes, no sirviéndoles para volar más que uno de ellos? ¿Por dónde y para qué volaban? ¿A qué poner en su boca, ya que son pájaros parlantes, semejante patochada de discurso?

Continuemos, sin embargo, leyendo curiosidades y embolismos.

«Y estremecieronse los dinteles y quicios á la voz del que gritaba, y llenóse la casa de humo.»

Comprenderíase que á la voz del serafín, por pura retórica se estremecieran, ó más propiamente hablando, se commovieran los dinteles y

quicios del templo; pero lo de llenarse la casa de humo, toda la retórica de mi amigo Narciso Campillo, con ser tan liberal, no lo podría graduar de otra cosa que de puro disparate, que se explaya, dilata y extiende de la siguiente manera:

«Y dije (el que dice es Isaias): Ay de mi, porque callé, que yo soy hombre de labios impuros, y yo habito en medio de un pueblo, que tiene los labios contaminados, y he visto con mis ojos al rey señor de los ejércitos.»

Realmente, aunque Isaias no hubiese dicho ninguna de estas bobadas, el universo hubiera seguido tranquilamente su marcha, y á su debido tiempo se hubiera inventado la manera de sacar azúcar de las remolachas; pero de no haberlas dicho, no hubiera sucedido esta atrocidad:

«Y voló hacia mí uno de los serafines, y en su mano una piedrecita, que con una tenaza había tomado del altar, y tocó mi boca, y dijo: «Mira que esto ha tocado tu boca, y será quitada tu iniquidad, y lavado será tu pecado.»

Supongo que lo de la piedrecita será otra figura retórica, y que querrá decir un carbón encendido, porque de otra manera no se comprende que el serafín la cogiese con tenazas. Pero de ser una ascua, ¡pobre Isaias y que achicharramiento el de sus labios pecadores!—De todas suertes, si en el día hubiésemos de limpiar de iniquidad á los oradores por el mismo procedimiento, ¡pobre D. Emilio Castelar! ¡ni aun chamuscándole el bigote en una hoguera de la inquisición, de que veo en este pasaje el primer esbozo, y metiéndole el hocico en un frasco de nitrato ácido de mercurio, conseguiríamos limpiarle de las iniquidades que ha dicho solamente en el discurso archiministerial de D. Praxedes que acaba de pronunciar en Barcelona, donde parece que le han regalado una corona de hojadelata, digna de su monarquismo!

Pero, dejando ahogarse en el mar sin fondo de su palabrería inaguantable á D. Emilio Castelar, á quien le pasa exactamente lo mismo que al famoso doctor Paganel, de los Hijos del Capitán Grant, que estudiando el español se encontró con que había aprendido el portugués, quiero decir, que discursando en republicano resulta que hace la causa de la monarquía, veamos lo que le pasó con Dios á Isaias después que los Serafines le chamuscaron los morros.

«Y oí la voz del Señor que decía: ¡A quién enviaré, ó quién irá por nosotros?»

Todo un Dios buscando un faraute con tanta necesidad es cosa para desternillarse de risa.

Y dije: (reconozco que Isaias obró como un cumplido caballero al contestar de seguida) *Aquí estoy: enoíame.*

Y dijo: (este que dice ahora es Dios nuestro señor.) (Oído, pues, al parche de la revelación.) *Anda y dirás á este pueblo: Oid oyentes, y no lo entendáis: (Vaya un Dios amigo de tomar el pelo: manda que hablen á su pueblo y que éste no entienda el discurso) y ced la visión, y no la conozcáis. (¡Pues que no recarga el guasón de Jehová!—«Ciega el corazón de este pueblo, y agrava sus orejas: y cierra sus ojos: no sea que vea con sus ojos, y oiga con sus orejas y entienda con su corazón, y se convierta y le sane.»*

Cuadro completo, Jehová tiene miedo á su propia mansedumbre, y, llevando el furor y la locura al extremo que lo han llevado los conservadores, con motivo de la silba piramidal que le han regalado los zaragozanos al monstruo de la presunción y de la fealdad, manda á Isaias á que ciego y entontezca á su pueblo, para que de este modo los caldeos le hagan tajaditas á punta de lanza y corte de alfanje. De semejantes Dioses y de semejantes monstruos, *libera nos domine.* ¡Quién extrañará, después de semejan-

te discurso, que yo sea librepensador? ¡Quién después de la silba de referencia, que Cánovas del Castillo pueda alzar el gallo más que entre la faifa de conservadores, tan necesitados de destinos, que si la regia prerrogativa tarda seis meses más en ejecutarse, tendrán que llevar á empeñar al Monte lo último que un conservador empuña, que son los diamantes de la señora, de quien ya Villamediana, que era de la partida dijo:

«Diamantes que fueron antes,
de amantes de su mujer»

Nadie que tenga vergüenza y sentido común, que lo que le falta precisamente á los deslenguados que se han atrevido á insultar groseramente desde Madrid á los baturros zaragozanos. ¡Ah! ya se guardarían ellos de repetir esos insultos entre los grupos de manta al cuello y alpargata al pie del arco de Cinegio, donde hay una escuela al aire libre y gratuita de honradez y de valor, en que tendrían mucho que aprender esos señoritos de nómina y esos gorriones de salón que constituyen la crema de la partida.

CXXXII

Los anteriores disparates fueron dichos, como advierte muy discretamente el profeta, en los malaventurados tiempos del rey Ozías. Ahora nos toca examinar otros disparates, dichos y hechos en tiempo del rey Achaz, un tunantón coronado que, cuando subía á la terraza de su casa de Jerusalem, veía su reino entero, compuesto solamente de las tribus de Judá y Benjamín, enfrente de las otras diez, aliadas por añadidura con los sirios para meter en cintura al dicho rey Achaz.

A quien mandó Dios á Isaias fuese á encontrar, acompañado de un hijo talludito que el profeta tenía, llamado Jasab, para que dijese al rey no se le encogiera el ombligo delante de tales

enemigos como se le venían encima, pues Jehová había determinado que por entonces siguiera Achaz burlándose y haciendo maldades con sus súbditos.

Parece que Achaz hizo muy poco caso de las profecías de Isaias, lo cual puso á éste tan exaltado, que repleto de viento adivinatorio, para probar que Achaz vencería al hijo de Romelia, pronunció las siguientes descomunales palabras:

Por eso (quiere decir, porque á mi no me hacéis caso), *el mismo Señor os dará una señal. HE AQUÍ QUE CONCEBIRÁ UNA VIRGEN, Y PARIRÁ UN HIJO. Y SERÁ LLAMADO SU NOMBRE EN MANUEL.*

Este Manolo aquí tan sin ton ni son profetizando, ha sido, es, y será todavía por algún tiempo, la causa de las más tremendas camorras que en el mundo se han armado, y el pretexto de las mayores supercherías que se han visto en el mundo. ¡Qué de líos y jaranas sobre si vino ó si ha de venir! ¡Sobre si la Virgen quedó doncella después del parto! ¡Sobre si la virginidad retrospectiva alcanza ó no alcanza á la abuela de Manolito! ¡Sobre el papel de estraza del pobre marido de la elegida en este negocio, de suyo oscuro y embrollado!

No me calentaré yo la cabeza en anotar las mil y una disparatadas interpretaciones que se han dado á este pasaje: allá los fabricantes de dioses se las arreglen para averiguar cuál de ellos tuvo el capricho de nacer hombre, y, pudiendo hacerlo ya con toda la dentadura completa, se resignó á sufrir las molestias de la dentición y correr los riesgos del sarampión, las paperas, quebraduras, viruelas, alfombrilla y demás pijoterías que afligen la infancia; pero ya que estoy con las manos en la masa profética, quiero advertir á esos pedantes de la teología, que tantas vueltas dan á estas palabras en beneficio de embolismos, que aunque toda la reve-

te discurso, que yo sea librepensador? ¡Quién después de la silba de referencia, que Cánovas del Castillo pueda alzar el gallo más que entre la faifa de conservadores, tan necesitados de destinos, que si la regia prerrogativa tarda seis meses más en ejecutarse, tendrán que llevar á empeñar al Monte lo último que un conservador empuña, que son los diamantes de la señora, de quien ya Villamediana, que era de la partida dijo:

«Diamantes que fueron antes,
de amantes de su mujer»

Nadie que tenga vergüenza y sentido común, que lo que le falta precisamente á los deslenguados que se han atrevido á insultar groseramente desde Madrid á los baturros zaragozanos. ¡Ah! ya se guardarían ellos de repetir esos insultos entre los grupos de manta al cuello y alpargata al pie del arco de Cinegio, donde hay una escuela al aire libre y gratuita de honradez y de valor, en que tendrían mucho que aprender esos señoritos de nómina y esos gorriones de salón que constituyen la crema de la partida.

CXXXII

Los anteriores disparates fueron dichos, como advierte muy discretamente el profeta, en los malaventurados tiempos del rey Ozías. Ahora nos toca examinar otros disparates, dichos y hechos en tiempo del rey Achaz, un tunantón coronado que, cuando subía á la terraza de su casa de Jerusalem, veía su reino entero, compuesto solamente de las tribus de Judá y Benjamín, enfrente de las otras diez, aliadas por añadidura con los sirios para meter en cintura al dicho rey Achaz.

A quien mandó Dios á Isaias fuese á encontrar, acompañado de un hijo talludito que el profeta tenía, llamado Jasab, para que dijese al rey no se le encogiera el ombligo delante de tales

enemigos como se le venían encima, pues Jehová había determinado que por entonces siguiera Achaz burlándose y haciendo maldades con sus súbditos.

Parece que Achaz hizo muy poco caso de las profecías de Isaias, lo cual puso á éste tan exaltado, que repleto de viento adivinatorio, para probar que Achaz vencería al hijo de Romelia, pronunció las siguientes descomunales palabras:

Por eso (quiere decir, porque á mi no me hacéis caso), *el mismo Señor os dará una señal. HE AQUÍ QUE CONCEBIRÁ UNA VIRGEN, Y PARIRÁ UN HIJO. Y SERÁ LLAMADO SU NOMBRE EN MANUEL.*

Este Manolo aquí tan sin ton ni son profetizando, ha sido, es, y será todavía por algún tiempo, la causa de las más tremendas camorras que en el mundo se han armado, y el pretexto de las mayores supercherías que se han visto en el mundo. ¡Qué de líos y jaranas sobre si vino ó si ha de venir! ¡Sobre si la Virgen quedó doncella después del parto! ¡Sobre si la virginidad retrospectiva alcanza ó no alcanza á la abuela de Manolito! ¡Sobre el papel de estraza del pobre marido de la elegida en este negocio, de suyo oscuro y embrollado!

No me calentaré yo la cabeza en anotar las mil y una disparatadas interpretaciones que se han dado á este pasaje: allá los fabricantes de dioses se las arreglen para averiguar cuál de ellos tuvo el capricho de nacer hombre, y, pudiendo hacerlo ya con toda la dentadura completa, se resignó á sufrir las molestias de la dentición y correr los riesgos del sarampión, las paperas, quebraduras, viruelas, alfombrilla y demás pijoterías que afligen la infancia; pero ya que estoy con las manos en la masa profética, quiero advertir á esos pedantes de la teología, que tantas vueltas dan á estas palabras en beneficio de embolismos, que aunque toda la reve-

lación no monta dos pitoches ante la ciencia y buen sentido, el concebir la Virgen lo explica cumplidamente, en cuanto los disparates pueden ser explicados, el propio Isaías.

Véase cómo:

Después de anunciar el estupendo parto de la Virgen, el profeta alimenta al chico con miel y manteca y dice terminantemente:

«Porque antes que el niño sepa desechar lo malo y escoger lo bueno, la tierra que tú desastabas será desamparada de la presencia de sus dos reyes.»

Estas palabras, clara y terminantemente, son dirigidas á Achaz; las dos tierras que odia son Siria y Samaria; los dos reyes que desaparecerán son Racín y Facee; todo esto debe suceder antes que el hijo de la Virgen tenga siete años ó uso de razón.

Pues bien: en el capítulo siguiente, versículo III, Isaías dice:

«Y me acerqué á la profetisa y concibió y parió un hijo... Porque antes que el niño sepa llamar á su padre y á su madre, será quitada la fuerza de Damasco y los despojos de Samaria delante del rey de los Asirios.»

La profetisa de este versículo, á que se acerca Isaías, y concibe á su contacto, y pare un hijo... ¿quién será el cabeza de bolonio que no entiende que es la Virgen del versículo anterior?—Porque es de saber que el rey de los Asirios viene á cumplir á su tiempo la profecía, arruinando á Samaria y tomando á Damasco, capital de Siria, llevándose á la gente prisionera en el año cuarto del reinado de Achaz, cuando al hijo de Isaías y de la Virgen profetisa le estaban cuajando los cordales.

[La criatura tenía entonces quince meses]

No quiere decir todo esto, que tiene vislumbres de racionalidad, puesto que no es totalmente imposible que un hombre del genio de Isaías

vea venir el nublado de una invasión sobre un pueblo y le anuncie; no quiere decir todo esto que al lado de este chico de la profetisa viergen, no ande el otro de los embolismos. No había hombre en Israel que no supiera desde que mudaba la dentadura que había de venir á sacarle de trampas y de apuros un Mesías. Aun los judíos, desde el más sabio al más ignorante, desde el más pobre al más rico, le está esperando.

Haciéndose eco de esta leyenda, ó si se quiere de esta ilusión, ó si parece mejor de esta esperanza de buena suerte, que constituía el más firme lazo de unión entre las tribus israelitas, Isaías poetiza en su libro el suceso futuro, pintándole como presente en el siguiente versículo, más claro y preciso que el otro:

Por cuanto ha nacido un chiquito (no es el Chiquito de Eibar, sino el chiquito de Belén) «para nosotros, y un hijo se ha dado á nosotros, y el principado ha sido puesto sobre su hombro, y será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de Paz.»

Aunque ya no se llama Manolito, este niño es el verdadero niño de la bola, que para irrisión de los judíos que le esperan, los cristianos hicieron nacer hace diez y nueve siglos, pero en condiciones tan distintas de aquellas con que aquí le anuncia Isaías, que si alzara la cabeza el buen profeta, se moriría de vergüenza viendo á lo que había quedado reducido su Emmanuel.

El principado que grava sobre su hombro en la profecía, se convierte en la realidad de un modestísimo taller de carpintería por palacio, en una caña por cetro y una punzadora rama de espino por corona.

Sus pomposos nombres de Admirable, Fuerte, Dios, Padre y Príncipe, se truecan en el plebeyo nombre de Jesús, que el tiempo y las desgracias

han traído á estar siempre revuelto con los estornudos.

Y con ser tan grandes, no son estos los únicos desencantos. Dice Isaías de su Mesías que:

Se extenderá su imperio (ni un reino tamaño como una lenteja pudo en su vida constituir Jesucristo) *y la paz no tendrá fin* (lo que no han tenido fin todavía son las guerras); *se sentará sobre el solio de David* (el buen hombre se contentó con sentarse en un mal banco de cualquiera porteria) *y sobre su reino* (ustedes saben, caballeros, dónde cae ese reino de David): «para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia, desde ahora y para siempre.»

La prueba de que esta profecía se ha cumplido acaba de traerla del interior del Africa el famoso Stanly, que en su último viaje de exploración al interior de aquel continente, ha descubierto el incabable Imperio de David y determinado sus límites, que son: al Norte, el país de los lilas, al Este la República de los papanatas, al Sur la tierra de los tontos y al Oeste los Estados de los Papas ó de las papas, que tanto monta una cosa como otra.

Los judíos, á pesar de este hecho inconcuso de última hora, erre que erre en su obstinada incredulidad, dicen que el Mesías no ha venido, y le esperan... Por ellos se dijo sin duda que el que espera desespera. Por sí ó por no, yo me permito aconsejarles que esperen sentados.

Y, no lo digo por ser cristiano, no; sino por que las profecías, todo hombre escamón debe esperarlas lo más cómodamente que le sea posible.

Y en punto á escamas, los judíos deben ser unas verdaderas merluzas; pues con tantos imperios como les tiene Dios prometido, para siempre jamás amén, esta es la bendita hora que no dispone de una legua de terreno sobre que fundar un triste estadiño en honra y gloria del Me-

sías, que bien pudiera llamarse margraviato del Gran Camelo.

Anunciado ya el Mesías, que habia de sacar á los judíos de trampas y trapisondas, para ponerlos en la espetera del mundo como caldera reluciente, en que todos los hijos de Israel habian de meter el cucharón y sacar de *bóvilis bóvilis* su pitanza, Isaías se revuelve contra toda la canalla judicial y monárquica de su tiempo, así nacional como extranjera, y alzando el dedo en señal de amenaza, dice:

«Ay de los que establecen leyes injustas: y escribiendo, escribieron injusticias: para oprimir á los pobres en juicio, y hacer violencia á los afligidos de mi pueblo: para hacer presa en las viudas y saquear á los huérfanos.»

Palabras graves, que con otras que le siguen, tontas y majaderas, me proponía comentar; pero desisto de hacerlo, convencido de que no tienen más que este comentario: los pueblos ilustrados y fuertes, no toleran tiranos.

CXXXIII

Genio y figura hasta la sepultura. Y como el genio del cristianismo y su indole é idiosincrasia es alborotador, regañón, lioso y pendenciero, ¿podré extrañarme de que el simple anuncio, la mera profecía de que Cristo con el nombre de Manuel habia de venir al mundo, escrita por Isaías y comentada por mí, me haya costado una denuncia, que trae aparejados sus seis años de presidio, con más las costas y jerigonzas del proceso? No, vive Dios, no es de extrañar, máxime viviendo en estos tiempos miserables, en que cualquiera cosa que suceda, forzosamente la han de pagar los periodistas, única manera segura que tiene el Gobierno de desagaviar á la opinión cuando sucede un crimen y no parece el delincuente, único medio de que dispone Sagasta para disculparse ante Cánovas de los silbidos

con que los fusionistas, y algún que otro guardia municipal de los adictos, mezclados á las turbas, hayan podido y debido obsequiarle.

Por fortuna estoy fabricado á prueba de denuncias, y tan acostumbrado á los juicios orales y á las declaraciones, notificaciones y demás pifoterías judiciales, que ya no me producen efecto. Me pasa lo que al público, cuando oye ó lee que una monarquía más ha caído, ó que una dinastía ha pasado al panteón de la historia. Nos contentamos con reir, siguiendo nuestro camino: los pueblos hacia la Republica, yo adelante con mis NOTAS.

En que me guardaré bien de ocuparme de la profecía que Isaías le endilga á los asirios y al rey Sennacherit, de quienes dice que, después de las atrocidades que habian de hacer en tierra de Israel, sirviendo á Jehová de palo y látigo para con su pueblo elegido, ellos mismos en su tierra hablan de sufrir mil calamidades, hasta ser destruido el imperio. El palo y los apaleados, asirios y hebreos hace muchos siglos que son polvo, que el viento transporta de un lado á otro á su capricho por las llanuras y desiertos del Asia occidental. Si los átomos de aquel polvo tuvieran pensamiento para razonar y boca para reir; ¡qué no se reirían los unos de los otros y todos juntos de las profecías, y de los bobos que toman en serio lo que sólo puede pasar en broma!

Que es como debe tomarse lo siguiente, que es lo más profético de cuanto profetizó Isaías acerca de Manuel.

Atención.

«Y saldrá una vara de la raíz de Jessé, y de su raíz subirá una flor.»

Si Jessé fuese un alcornoque, nada de particular habria en ello; pero si Jessé es un hombre, ¿cómo diablos de la raíz de un hombre puede salir una vara ó estaca, y además brotar en ella una flor? Esto tiene mucho intringulis metafóri-

co, y conviene dejarlo en metáfora. Hay cosas que tocándolas se deshacen en risa, y por ahora no debemos reirnos.

Vamos adelante con la profecía.

«Y reposará sobre él el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad.»

Vemos que *ella*, la flor de la vara, por arte de encantamiento, se ha convertido en *él*, que no sabemos aún lo que sea, aunque parece una cama de matrimonio, donde reposan muchos chiquillos, hijos del señor de la casa, que se llaman espíritus.

Continuemos.

«Y le llenará el espíritu del temor del Señor: no juzgará según vista de ojos, ni arguirá por volda de orejas.»

La flor transformada en *é*, aparece ahora cosa llena, que no ve ni oye, pero arguye; de donde debe deducirse que se trata de un hombre. Aceptado así, veamos lo que este hombre hará.

«Sino que juzgará á los pobres con justicia, y oprimirá con equidad en defensa de los mansos de la tierra: y herirá á la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impio. Y la justicia será cingulo de sus lomos, y la fe ceñidor de sus riñones.»

Por el retrato, este varón ha de ser el Mesías. Toda la cuestión es si vino ó ha de venir, que es lo que disputan judíos y cristianos. Falle el pleito el lector por si mismo, y para hacerlo en conciencia, allá van las señales fijadas de lo que debe acontecer cuando el suceso tenga lugar. Oído, mucho oído, señores jurados.

«Habitará el lobo con el cordero: y el pardo se pechará con el cabrito: el becerro, el león y la oveja andarán juntos, y un niño pequeño los conducirá. El becerro y el oso serán apacentados juntos: y sus crías juntamente descansarán:

»y el león comerá paja como el buey. Y el niño
»de teta se divertirá sobre la cueva del áspid, y
»el destetado meterá su mano en la caverna del
»basilisco.»

Cosas todas que se vieron, oyeron y entendieron, según los cristianos que defendieron el cumplimiento de las profecías, durante una cuarta parte del siglo de Augusto y Tiberio, mientras fueron emperadores en Roma el mismo Augusto y Tiberio, y reyes de Judá los Herodianos; pero de las cuales no se enteraron las gentes, lo que fué una desgracia muy grande, pues sin duda se hubieran divertido mucho viendo á un chicuelo conducir al monte un pacífico rebaño de becerros, leones y ovejas, y más todavía viendo al carniceroleón comer paja como un asno.

Por pura curiosidad y erudición, voy á seguir copiando á Isaias, para que el discreto lector sepa al menudeo lo que, además del congreso de los animales, sucederá el día de la venida del Mesías que anuncia el gran profeta judío; y es lo siguiente:

Sigo, suplicando la más viva atención. «Y será
»en aquel día: extenderá el Señor su mano se-
»gunda vez para poseer el resto de su pueblo,
»que quedará de los Asirios y de Egipto, y de
»Etrúros, y de Etiopia, y de Elam, y de Sennaar,
»y de Emath, y de las islas del mar.»

«Y alzará bandera á las naciones, y congregará á los fugitivos de Israel, y recogerá los dispersos de Judá de las cuatro plagas de la tierra.»

Esto es más claro que la luz del día. Sin embargo, lo han puesto los comentaristas tan turbio, que me libraré yo, como del fuego, en tocarlo. ¡Para qué! Aquel á quien su razón natural no convenza, ni persuadan estas propias palabras de Isaias, que dice lo que ha de suceder el día en que el Mesías aparezca, ha nacido para católico, y esto es enfermedad incurable, como

que tiene asiento en la masa de la sangre.

Hasta tal punto lleva Isaias su buena fe profética, que no contento con anunciar el Mesías, y decir lo que sucederá el día de su venida desde la mañana á la tarde, se propasa y adelanta á componer el cántico de alabanza y gracias que debieran cantarle los judíos, que recogidos de las cuatro partes, ó plagas que él dice, de la tierra, han de ser por él devueltos á la patria y puestos en la espetera de la riqueza y de la gloria.

Suprimo este cántico, porque en sí mismo vale muy poca cosa, y además porque ninguno se ha de ver en nuestros días en la necesidad de cantarle. ¡Para Mesías están los tiempos que corremos! A uno que en Italia, no hace muchos años se echó al monte á calaverear mesiánicamente, le cazaron los *bersaglieri* como se caza á un raposito, y si no estoy equivocado hacia el infeliz el número 129 de los que, por meterse á redentores los han crucificado, ahorcado ó fusilado, según la moda patibularia de los diferentes tiempos en que se pusieron á zascandilear.

CXXXIV

Aún me tiemblan las carnes, lector querido; aún oigo que me castañetean los pocos dientes que tengo; todavía siento el repeluzno del calor frío subirme de los lomos á los hombros y desparramárseme por el cogote. ¡Y yo que me creía curado de espantos! ¡Y yo que me la tiraba de valiente por no temer á la cárcel, que es lo que suele encoger el ombligo á los más bragados!

Pero me explicaré, y si no disculpas mi collocería, será que no tengas entrañas, ó que serán éstas de bronce ó peña.

Figúrate una amplia sala, ricamente amueblada y decorada, y en ella sentados tres caballeros con toga y birrete, serios, entonados y mudos, ante los cuales me conducen para ser juzgado como hereje relapso y excomulgado comen-

tarista de la *Santa Biblia*. Y, figúrate, á mano izquierda de estos tres señores, y de ellos poco distante, otro, también con toga y birrete, acometido de una tos pertinaz y perruna, que, entre golpe y golpe de tos, descarga sobre mí, como en desagravio de sus bronquios repletos de flema, no ya los golpes, sino los porrazos y mandobles de una elocuencia fulminea y re'ampagueante, aunque quizá demasiado exornada del gargajo de la tos, para endosarme, sobre los que ya tengo cargados en cuenta, seis años de presidio por el artículo en que comencé los comentarios del libro de *El Eclesiástico*, que escribió hace más de dos mil años Jesús, hijo de Sirach, judío alexandrino que, por hereje pasado causante de mi malandanza presente, Dios tenga confundido en los infiernos.

Todo marchaba en debida regla, incluso la tos del fiscal (porque ya comprenderás que el fiscal era el que tosía), cuando, aprovechando hábilmente dicho funcionario un brevisimo descanso de su laringe irritada, para formular el único argumento claro-oscuro de su peroración, lo oigo que dice:

«...porque el asesino se explica, puesto que al asesinar satisface su venganza, aunque la venganza no sea plausible; el ladrón goza con el producto de su robo (aquí el fiscal, para disimular un golpe de la tos y dar á entender más claramente su pensamiento, avanza el brazo derecho sobre el Código que tiene en la mesa, y hace con la mano el ademán del que cuenta dinero); el que comete otros delitos saca de ellos alguna satisfacción; pero el acusado (aquí me mira y es cuando experimento el repeluzno y el temblor y el castañeteo), al cometer este delito, no puede compararse con ellos... alarde de impiedad... (aquí se embrolla, ó al menos yo no le entiendo, y vuelve la tos.)

Es decir, que yo, en sentir del fiscal, soy peor

que un asesino, y que un ladrón, y que un violador de doncellas, y que un rata, puesto que estos señores industriales del crimen gozan con sus fechorías, y yo no gozo con mis NOTAS.

¡Y yo, que me tengo reido tanto al escribirlas! ¡Y yo, que tengo recibidas tantas cartas en que otros me manifiestan que también se ríen leyéndolas! ¡Y el fiscal que me las denuncia por escarnio á la religión!

Es todo lo que me quedaba que oír á un fiscal, á quien perdono librepensadoramente sus palabras enojosas, y á quien enviaria, si me hallare en disposición de ir á recogerlas, un puñadito de flores de malva, que es lo que creo le hace más falta, por ahora, á sus bronquios á su elocuencia.

¡Y adelante con los faroles, que á cada cerdo le llega su San Martín! ¡Le llegó al monstruo, para que no llegue á los ratoncillos de la curia!

Volviendo al profeta Isaías, le encuentro donde le dejé, quiero decir, anunciando á voces la ruina de Babilonia, con una elocuencia no salpicada de toses, remendada y zurcida como la antedicha, sino limpia, resonante y grandiosa; y como, en efecto, Babilonia cayó y desapareció de entre las ciudades, importa un bledo averiguar si esto pasó porque lo profetizó Isaías, ó lo profetizó Isaías, porque, en efecto, sucedió. Además, ¿quién diablos me prestaría auténticos documentos para averiguar estas cosas?

¿Ni quién me los prestará para poner en claro, si profetizó Isaías la vuelta de los judíos del cautiverio de Babilonia, antes ó después que Ciro le diese suelta á estos infelices!—Que volvieron no es dudoso; ni tampoco que Ciro por razones naturales y muy políticas además les permitió la reconstrucción del templo; lo dudoso es siempre lo teológico que se mezcla á todos los negocios de los hebreos.

Después de anunciar la caída del imperio ba-

bilónico. Isaías anuncia la caída del imperio asirio, y anuncia la derrota de los filisteos por el rey judío Ezequías, y anuncia calamidades y desgracias á los moabitas, y profetiza la ruina de Damasco, y en fin, puesto á declarar desastres, la toma hasta con una nación desconocida y sin nombre, sobre la cual llueven grajos para comerse los cuerpos destrozados de sus habitantes.

En suma, que en sus ratos de mal humor, Isaías se desahogaba escribiendo que no habia de quedar en el mundo títere con cabeza, como en efecto sucedió, pues como dijo nuestro gran poeta de los romanos

... césares murieron

y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Y, si en este estado quedaron los romanos, ¿qué sería de los que antes que ellos cobraron el barato en el mundo?

Hay un refrán que dice, piensa mal y acertarás; debía á su lado ponerse este otro: anuncia calamidades, y á la cória ó á la larga pasarás por profeta. Por eso no dudo yo un sólo instante que acierto cuando pregono á todos los vientos la ruina de todos los tronos, pues más ó menos tarde, acometidos de la polilla se desharán en polvo, ó irán á parar á una prendería republicana. Todo es cuestión de tiempo: el que cuenta con él puede reirse de todo el mundo, y con el tiempo sólo cuentan los pueblos, que son inmortales, en cuanto es humana la inmortalidad, y por eso se rien tan á sus anchas de los petulantes de todos géneros, que alzándose soberbios, se atreven á extender las manos para contener su marcha, gritando *atrás* á la libertad y *para* al progreso.

¿Dónde estáis, vosotros, Velasco, el que cortastes la cabeza á Padilla; Ronquillo, el que incendiastes á Medina y ahorcastes á Acuña en Simancas? Como los muertos, sois polvo los ma-

tadores. Pero la idea que creísteis matar, aquí está triunfante, riéndose de vuestras miserias y escapando en vuestras cenizas.

Y tú, Maria Antonieta de Austria, la que escarnecías al pueblo francés desde lo alto de tu trono, ¿puedes decirme por dónde andan los huesos de tu cabeza, que tiró al saco de serrín riéndose Sansón? Si resucitaras, volverías á burlarte de los pequeños y á despreciar la libertad?

Pero... ¿a qué me meto en filosofías? En un país como España, y en unos tiempos como estos tiempos fusionistas, en que los que se hartaron de gritar ¡Viva la República! destierran ahora al que lo dice, no se debe filosofar, sino reir, mientras llega el día de hacer llorar lágrimas amargas á los sargentos custodios de los arcángeles que hace treinta siglos andaban en ropas mínimas trayendo y llevando del cielo al suelo y viceversa recaditos, como correos de gabinete que eran del gran *Iova*.

Riamos, sí, ¿Merecen otra cosa esas toses perfunas que deslustran una elocuencia de becerro mate? ¿Podemos pasar en serio que Venancio González ande haciendo de sociólogo, en compañía de Navarro Rodrigo, discursando acerca del voto cualitativo y otras bobaliconerías del propio grueso calibre? ¿Habrá quien no suelte el trapo cuando sepa que Comeleranceté, un quidam de cate trariquete de latinajeria, está expuesto á ser nombrado académico en oposición sacristanesca del ilustre autor de *Gloria*? Riamos, sí, y como nuestros antepasados decían: ¿Quién manda?—Tello.—Pues así anda ello; digamos nosotros: ¿Quién manda?—Sagasta.—Pues eso basta... para que á costa de España se ria el universo.

CXXXV

EPISODIO CARCELARIO

1. Carga de Ríofranco: Aullad, dogos del

presbiteriado; rebuznad, asnos de la clerecia; acocead, mulos y burdéganos del mesticerismo.

2. No faltará quien oiga vuestras voces ni quien vuestras ceces reciba. Más pequeño que vosotros fué Gedeón, y el Altísimo en persona le remojó los vellones.

3. Porque inventado será en lo postrero de los tiempos teológicos, al centro del morro de Europa, un órgano con su correspondiente fuelle, en que manos impías tocarán el *Acabose* de las religiones y el *Requiescan in pace* de las monarquías, en aires de jota y de fandango respectivamente. Y allí será el bailar de Pedro el Ermitaño, aldas en cinta, con la beata María de Alacoque.

4. Y de Lot con sus dos hijas, que le hacen abuelo, después de hacerle borracho, y de Jacob con Lia la pitarrosa, y de Rubén el patriarca con la concubina de su padre, la señora Bilah, y del casto Josef con la incauta señora de Putifar, y del sol con la luna al son del pandero de Josué; y de los hijos del Zebedeo con las Once mil Virgenes; y del papa Borgia con su señora hija Lucrecia; y del severo Cató con su digna esposa, la buena Marcia, á quien regala ó empeña, ó presta á su amigo Hortensio, recobrándola después que este caballero se muere; y de Constantino, el padrino del catolicismo, con su esposa Fausta; y de San Pedro Arbués, inquisidor, con Doña Isabel la Católica, madre de la Inquisición; y de otros muchos y muchas caballeros y señoras de alto nombre y bajos fechos que fuera prolijo enumerar, pues abundan en la *Biblia* ó historias concomitantes como la arena en las playas del mar, ó como los milagros en el santoral, ó como las pulgas en camisa de beata.

5. Y la gente reirá al ver los bailes; y temblarán las capillas de ánima perpetua sobre sus cimientos de ladrillo recocho; y pondrán los sacristanes una geta de á palmo; y habrá Pericos,

obispos y todo, que serán atacados de retención de orina á causa de las risas; y todo andará manga por hombro en la casa de Dios, hasta el punto de entrar cualquiera en la Academia y salir alguno de estampía.

6. Y los contribuyentes, alzándose como las olas del mar embravecido, alargarán la mano al libro del presupuesto, y arrancando de él las hojas de los 42 millones de pesetas del culto y clero intentarán arrojarlos al fuego, guardándose en los bolsos los teológicos monises.

7. Pero Jehová, en las alturas, silbará á Cánovas como cualquier estudiante, y acudirá Pidal como una mosca, y vendrá Villaverde como un moscón, y se presentará Silvela como un mosquito.

8. Y picando, zumbando y abejeorreando entontecerán á Sagasta, catequizarán á Moret y amilanarán á Martos, de los cuales Castelar dirá con mucha razón: ¡Están locos! ¡están locos! Como la tienen ellos cuando de él dicen: ¡Embolado! ¡embolado!—Y nadie se entenderá, y nadie querrá entenderse, y será aquello un campo de Agramante, y cada cual hará de su capa un sayo, y á río revuelto...

9. Cada sesión de la diputación provincial será un escándalo y tres diputaditos de la última hornada se irán á Barcelona con 25 dures de subvención, mientras los hospicianos de Madrid andan en mangas de camisa por sobra de chaquetas.

10. Cada proyecto será un gazapo y Cassola se las echará de grande hombre en ciernes, mientras López Domínguez pide una escoba bou-langerista para barrer el Congreso.

11. Abascal, en tanto, después de ocho siglos de andar al aire libre la Virgen de la Almudena, recogerá á esta buena señora y la pondrá de pupila en una iglesia, á cargo de un sacristán que con buenos zorros la limpie el polvo

que en la Cuesta de la Vega, haya podido recoger.

12. Aquella será la señal visible á todos los mortales. Entonces la justicia histórica, Código en ristre, caerá sobre el órgano impio y á golpe y porrazo hará cesar los bailes, acabará con las jotas, pondrá fin á los fandangos antiteológicos.

13. Como affligió el Señor á Egipto, affigirán los fiscales de su majestad á *Las Dominicales*. Su director será desterrado. Riofranco, el burlador descocado, será llevado al tribunal por un artículo de sus NOTAS, y condenado será, sobre los que ya lleva á cuestras, á seis años de presidio. El mismo Riofranco, por ofensas á dos de los tres Benitos que en el empuje asisten al Altísimo, será otra vez llevado al tribunal y allí se le pedirá otra media docena de años de correccional. El Sacristán Jubilado, otro que tal, habrá de asistir á juicio y oirá cómo por otros seis años deberá estar á la sombra de una cárcel, y otro artículo de Riofranco será denunciado.

14. Y Todo esto acontecerá en el espacio de un mes, para que la mano de Dios se vea patente con sus cinco dedos y oprima con tal fuerza al periódico nefando que le haga reventar como un triquitraque. Entonces será el reír y cantar y tirar las patas por el aire de todos los dogos presbiteriado, y de todos los asnos de la clerecia, y de todos los mulos del mesticerismo.

Convengo contigo, lector discreto, en que esto no lo profetizó Isaías; pero convén tú conmigo en que fué un dolor grande que no lo profetizase, pues habiéndose realizado todo ello, punto por punto, en nuestros dias, no hubiéramos tenido otro remedio, tú y yo, que decir de él que era el monstruo de la adivinación, como lo es Cánovas de la conservaduría silbable, y bajar humildemente la cabeza ante los perreros de la Santa Iglesia Catedral, por la parte que pueda coresponderles del Espíritu Santo, que el que

constituye á un hombre en profeta y hace de un cura el vicario del Cristo por mayoría de votos en un Cónclave.

Aunque te parezca mentira, es cierto, muy cierto, que en el breve espacio de un mes, bajo el mando de Poncio Sagasta, ese espíritu negro de la gloriosa revolución de Septiembre, ese masón averiado, ese antiborbónico pasado por agua, ese amigo de Castelar, han caído sobre *Las Dominicales* los pedruscos siguientes:

- 1.º Una denuncia.
- 2.º Una sentencia de dos años, cuatro meses y un día de destierro.
- 3.º Un juicio oral en que se piden seis años de presidio.
- 4.º Otro ídem, que se verificará el día 11, en que se piden otros ídem.
- 5.º Otro ídem, en que se reclaman otros ídem.

Si esto no prueba *urbi et orbis* que vivimos bajo el más liberal de los Gobiernos en la más liberal de las monarquías imaginables, venga nuestro estimado colega *El País*, á quien sucede poco más ó menos lo mismo y dígallo.

Pero si Poncio Sagasta, y los que á su sombra de tal manera nos acosan, han imaginado que ni con estas persecuciones, ni con otras mayores que inventasen me harán perder el buen humor, ¡chasco se levanta! Cuando no tuviera bien impresa y encuadernada mi *Biblia*, para reírme á mis anchas de los personajes chicos y grandes que por ella desfilan en toda clase de trajes, incluso el baratísimo de la hoja de parra de nuestros progenitores paradisiacos, ahí están las Cortes, que se acaban de abrir, que no dejarán de suministrarme sainetes entre Cassola y Canalejas, Gamazo y Moret, Silvela y Romero Robledo, propios y adecuados para avivar el buen humor en estas noches de invierno, al tiempo que se aviva el fuego de la chimenea, y pre-

paradores obligados de un galop infernal con que se hará celeberrima la próxima primavera del año 1889, que no será de gracia para todos, sino de sustos y quebrantos para algunos.

Observo que me he metido á profeta, usurpando el puesto á Isaias. Es que todo se pega en este mundo, y que nadie escarmienta en cabeza ajena. Mas quede la cosa así. Después de todo, si sucede lo que vaticino, podré darme tono, y si no sucede, campana por gaita, seré un profeta como otro cualquiera de los antiguos, ó de esos modernos que en Londres anuncian todos los años el fin del mundo para el siguiente.

Porque, aunque el oficio de profeta anda tan por los suelos, como no cuesta nada de aprender, ni se paga por él contribución, ni exige tienda, todo el mundo le ejerce cuando y como se le antoja.

Las quiebras ciertamente se liquidan en risas; pero como medio mundo se ríe de la otra mitad, ¿á quién contendrán las burlas, cuando no me han contenido á mí las veras del Código penal, para decir aquello que honradamente opino de los profetas y de sus embolismos?

CXXXVI

SIGUE EL CHAPARRÓN

Cuentan de un perezoso legítimo, de la clase de pescadores, que cuando trataba de disculpar su vagancia durante la mayor parte de las semanas, que se pasaba de claro en turbio por las tabernas del muelle, solía decir, y no sin su pizquita de gracia:

Lunes, galvana; martes, tramontana; miércoles, mala gana; el jueves, descansar; viernes, vendaval; para un día que queda, ¿quién echa la barca al mar?

Cosa parecida podría decir yo, si quisiera justificar mi distracción de los comentarios á la

Profecía de Isaias, sin necesidad de acudir á las malas razones de la pereza, pues me bastaría apelar á las malas obras que conmigo ejecutan los fiscales de esta Excma. Audiencia territorial, que me traen como un zarandillo en continua peregrinación al exconvento de las Salesas, donde van dejando en el banquillo ominoso mis pantalones, por parte excusada de nombrar, la mayor parte del pelo que sacaron de Sabadell, suponiendo que fuera en Sabadell donde los tejieran.

Pues es de saber que, como tenia anunciado, el martes (¡martes habia de ser!) 11 (¡11! ¡mire usted qué número primo!), hube de acudir á responder de las historias de San Benito Biscop y de San Benitico, ni más ni menos que si yo las hubiera forjado, ó si yo á ellos los hubiera parido, ó cuando menos los hubiera canonizado, á título de vidriero al uno y de maestro de pontonería milagrera al otro. Y, á la robusta y bien entonada voz del portero mayor de la Sala correspondiente, que ha de ser la 4.^a si mal no recuerdo, entré, me senté, contesté al señor presidente cuanto tuvo á bien de preguntarme sobre cómo me llamo y cuántos años tengo, y otras circunstancias de mi persona, no para dichas á todos y en todas partes, disponiendome acto continuo á dormir hacia dentro, como acostumbra á hacerlo los señores magisirados, mientras hablase el fiscal; pues hombre ya dicho en estas cosas, se bien que fiscal de cola y orador de punta, son cosas que no pueden concertarse en un solo y mismo abogado.

Pero mi buena fortuna y desesperada situación, dispusieron las cosas de más agradable manera; pues en vez de dormir aburrido, pude estudiar á mis anchas las fatigas y sudores, congojas y bascas que les cuesta á un hombre, ganarse en este bajo mundo los garbanzos y una poca tela de piel de rata con que hacerse una americanita de abrigo.

El que á mi me deparó delante mi buena estrella, dicen que se llama López, que es cosa mínima en cuestión de nombre. Ignoro si será de estos López ó de los otros; lo que parece averiguado es que procede de Granada, aunque maldita la gracia andaluza que trae, y es el mismo que días pasados tuve el honor de presentar á mis lectores tose que tose, sin poder arrancar la flema de sus bronquios ni el discurso de los atolladeros continuos en que le sumian las toses, y quizá también alguna constipación crónica de aquellos tubérculos cuadrigéminos, en que mi primer profesor de filosofía (un buen señor que aún ejerce de sabio por esos mundos católicos), enseñaba que habita, mora y se pasea el alma racional de los bípedos implumes. Mal, muy mal, lo hizo el día pasado al apretarle las circunstancias agravantes del Código penal del 70 á las revelaciones del judío alejandrino Jesús de Sirach; pero el martes, tratando de uncir al yugo carcelario con cuatro añetes de coyunda los dos santos Benitos que envidé por Abril en un resto de mi *Historia de la Corte Celestial*, estuvo todavía peor, aunque parezca imposible, puesto que suponerme á mí vengativo, ó lerdo para apreciar fiscales, cuando tantos me han llamado á mansalva cuanto les ha venido en ganas, sería un pueblo, que dice la gente del bronce.

Peor..., aún peor..., pues las toses del mes pasado, que al fin y á la postre son un achaque, cuando no un accidente, á que todo hablador se halla sometido, mayormente en Noviembre, fueron substituidas el martes por una infinidad de ¡jem!, ¡jem!, ¡jem!, ¡eh!, ¡eh!, ¡eh!, intercalados entre cada cuatro y á veces entre cada tres palabras de su discurso (¡perdona, oh lengua castellana, si abuso de tu diccionario llamando á aquello discurso! ¡De alguna manera he de nombrarlo!) acalabazado como ciertas cabezas de

yoco pelo rublón, con acompañamiento de gestos de cólera fulminante en defensa de los gloriosos santos católicos del Empireo, aquí en España representados, con aprobación dogmática del concilio de Nicea, por figurillas ó figurones tallados en alguna raíz de ciruelo, que dijo el otro:

«Yo te conocí ciruelo...»

Todas las afeiciones se explican, comenzó diciendo el Argos de la ley, y esto bastó para ahuyentarme el sueño, y esto hubiera sido suficiente para hacerme estallar en una carcajada, sin la compostura que el merecido respeto que al Tribunal que esto oyó como yo me imponía por el momento.

Porque á no dudarlo, tendría gracia, pero mucha gracia la explicación de algunas afeiciones que yo me sé y me callo, imitando la discreción del fiscal fiscalizante, que se calló la acusación, limitándose á guasearse con *Las Dominicales*, agregando al juicio universal de que todas las afeiciones se explican, esta apostilla limitativa y excepcional: *menos la afeición de Las Dominicales á sentarse en ese banquillo*. (Aquí el fiscal, no con el índice, sino con un mohín de la cara toda, en que descuella formidable nariz, señala el banco en que el Ríofranco benitescó hallábase sentado.) (Y aquí yo, exclamé *in peccatore*: esto es lo que se llama salir tras de cornudo apaleado, como el marido del cuento.)

Porque induzco yo, que así en el orden del tiempo como en el de la razón, á la afeición de *Las Dominicales* á sentarse en el banquillo de los acusados, ha debido preceder y ha precedido la afeición de los fiscales á denunciarlas. Todo me lo perdonaría yo en este mundo, menos la afeición á escuchar los ¡jem!, ¡jem!, ¡jem! del fiscal López y los ¡eh!, ¡eh!, ¡eh! del mismo, y á esperar vanamente media hora ver salir de este salpicón de interjecciones algo que se parezca á un argu-

mento, cosa que tenga vislumbres de razón, aparato siquiera de perorata que semeje una acusación fiscal. Sólo el temor de tener que sufrir sentido, sin posibilidad de echar á correr, la elocuencia fulminea y lonceña que el martes me apedreó los oídos, me hubiera curado desde el día en que pensaron en engendrarme de la afición á ser acusado en juicio en que ejerza de acusador quien en el teatro de la judicatura podrá brillar en todo, menos en papel en que haya que hablar concretamente, por lo cual ruego al alto Jehová, ó á cualquiera de los dioses que quiera escucharme, que intriguen porque al precitado López le hagan emperador de la China ó preste de las Indias, ó archimandrita, ó general de salón, cualquier cosa que á ellos se les antoje y á él le convenga, puesto que mal no le quiero; pero que le releve pronto de su fiscalía, que viene á ser su potro y el potro de la lengua castellana, que la pobrecilla no tiene culpa la hable cualquier español.

El oficio de fiscal no es ciertamente simpático; pero con todo y eso de acusar y rebuscar argumentos para fastidiar á un hombre, todavía le desempeñan con lucimiento y gallardía aquellas personas ilustradas que se han tomado el trabajo de estudiar lo que son los delitos, el sentido de las leyes, las tendencias de las costumbres y los movimientos de la opinión. Estas personas á que estamos acostumbrados los que tenemos el alto honor de sentarnos en el banquillo de los acusados en Madrid por delitos de opinión, honradamente expuesta con una pluma honrada, en un periódico honrado, se guardan muy bien de rebajar la función de acusador hasta ampararse de ella para denostar impunemente al acusado, porque tienen bastante caletre para comprender que si las leyes son duras, no deben convertirlos en groseras, y si estrechas, no hacerlas raquíticas. Eso sólo lo hacen los ignorantones, que, habien-

do de salir del apuro de cualquiera manera, barbotean palabras en vez de argumentos, y salpican de toses é interjecciones lo que no aciertan á rellenar de razones sólidas, de gracias oportunas, ó de terribles y finas ironías.

No pertenece, á pesar de su salpicón de ¡jem!, ¡jem!, ¡jem!, ¡eh!, ¡eh!, ¡eh!, el fiscal López de mis *Dos Benitos del resto* á la segunda categoría de fiscales que he descrito; pero puedo jurar, sin temor al octavo mandamiento del barbudo Moisés, que tampoco pertenece á la primera, pues de pertenecer á ella, hubiéramos visto salir de su perorata el argumento de la acusación, que, en efecto, se quedó entre bastidores, ó sea entre pecho y espalda, lugar angosto y propenso á constipaciones.

En lo único que demostró ser tal fiscal, fué en pedir la agravación de la pena de cuatro años de presidio que parece me he ganado, con 2.000 pesetejas de multa que parece se le habían quedado á él olvidadas, cuando formuló la acusación.

Última hora. En nuevo juicio oral, celebrado hoy viernes, me han pedido, yo no sé cuántos años de presidio, por el artículo *Simbolo del Idiot smo*, porque ya oigo esto de los años como si oyerá llover.

CXXXVII]

La prueba evidente de que nadie en este pica-ro mundo puede pasarse sin fe, sin novia y sin dineros, es que de novia, bien á tuertas bien á derechas, el que más y el que menos se provee, á excepción de cuatro mentecatos de místicos, que quizá se hacen el amor á sí mismos; de dineros, si faltan, cualquiera echa mano de siete millones de la Caja de Depósitos y se larga con ellos; y en punto á la fe, á pesar de tantísimos camelos como les lleva dados á los católicos, y á los judíos, y á los musulmanes, todavía ellos esperan en la misericordia infinita de sus dioses,

mento, cosa que tenga vislumbres de razón, aparato siquiera de perorata que semeje una acusación fiscal. Sólo el temor de tener que sufrir sentido, sin posibilidad de echar á correr, la elocuencia fulminea y lonceña que el martes me apedreó los oídos, me hubiera curado desde el día en que pensaron en engendrarme de la afición á ser acusado en juicio en que ejerza de acusador quien en el teatro de la judicatura podrá brillar en todo, menos en papel en que haya que hablar concretamente, por lo cual ruego al alto Jehová, ó á cualquiera de los dioses que quiera escucharme, que intriguen porque al precitado López le hagan emperador de la China ó preste de las Indias, ó archimandrita, ó general de salón, cualquier cosa que á ellos se les antoje y á él le convenga, puesto que mal no le quiero; pero que le releve pronto de su fiscalía, que viene á ser su potro y el potro de la lengua castellana, que la pobrecilla no tiene culpa la hable cualquier español.

El oficio de fiscal no es ciertamente simpático; pero con todo y eso de acusar y rebuscar argumentos para fastidiar á un hombre, todavía le desempeñan con lucimiento y gallardía aquellas personas ilustradas que se han tomado el trabajo de estudiar lo que son los delitos, el sentido de las leyes, las tendencias de las costumbres y los movimientos de la opinión. Estas personas á que estamos acostumbrados los que tenemos el alto honor de sentarnos en el banquillo de los acusados en Madrid por delitos de opinión, honradamente expuesta con una pluma honrada, en un periódico honrado, se guardan muy bien de rebajar la función de acusador hasta ampararse de ella para denostar impunemente al acusado, porque tienen bastante caletre para comprender que si las leyes son duras, no deben convertirlos en groseras, y si estrechas, no hacerlas raquíticas. Eso sólo lo hacen los ignorantones, que, habien-

do de salir del apuro de cualquiera manera, barbotean palabras en vez de argumentos, y salpican de toses é interjecciones lo que no aciertan á rellenar de razones sólidas, de gracias oportunas, ó de terribles y finas ironías.

No pertenece, á pesar de su salpicón de ¡jem!, ¡jem!, ¡jem!, ¡eh!, ¡eh!, ¡eh!, el fiscal López de mis *Dos Benitos del resto* á la segunda categoría de fiscales que he descrito; pero puedo jurar, sin temor al octavo mandamiento del barbudo Moisés, que tampoco pertenece á la primera, pues de pertenecer á ella, hubiéramos visto salir de su perorata el argumento de la acusación, que, en efecto, se quedó entre bastidores, ó sea entre pecho y espalda, lugar angosto y propenso á constipaciones.

En lo único que demostró ser tal fiscal, fué en pedir la agravación de la pena de cuatro años de presidio que parece me he ganado, con 2.000 pesetejas de multa que parece se le habían quedado á él olvidadas, cuando formuló la acusación.

Última hora. En nuevo juicio oral, celebrado hoy viernes, me han pedido, yo no sé cuántos años de presidio, por el artículo *Simbolo del Idiot smo*, porque ya oigo esto de los años como si oyerá llover.

CXXXVII]

La prueba evidente de que nadie en este pica-ro mundo puede pasarse sin fe, sin novia y sin dineros, es que de novia, bien á tuertas bien á derechas, el que más y el que menos se provee, á excepción de cuatro mentecatos de místicos, que quizá se hacen el amor á sí mismos; de dineros, si faltan, cualquiera echa mano de siete millones de la Caja de Depósitos y se larga con ellos; y en punto á la fe, á pesar de tantísimos camelos como les lleva dados á los católicos, y á los judíos, y á los musulmanes, todavía ellos esperan en la misericordia infinita de sus dioses,

y aun yo mismo tengo mi pizquita de esperanza. Espero, dicho sea en buena hora, la redención de España por la República, en vista de que, si esto sigue como va, el día menos pensado amanezcamos sin camisa, porque alguien nos la haya robado, y anohecemos en la cárcel para purgar nuestro descuido, en vista de que el ladrón no parece.

Porque es cosa probada: aquí ya no parecen otros criminales que los republicanos cuando escriben cosas que molestan ó disgustan á los señores fiscales de la monarquía. El asesino de García Vao no ha parecido; el de los niños del Canal, idem del lienzo; respecto á Doña Luciana Borcino, como ella no ha de hablar, habremos de contentarnos con lo que diga Higinia Balaguer en cualquiera de sus innumerables y contradictorias declaraciones; pero en cambio resulta claro, como la luz del día, que yo he cometido una porrillada de delitos en lo que va de año, merecedores de otra porrillada de años de presidio, según sentencias de nuestros respetabilísimos y autorizadísimos Tribunales de Justicia.

Y, aquí de mi fe, que me hace esperar que la inmensa mayoría de los españoles, sin excluir muchos católicos de buena entraña han de opinar muy en breve si es que ya no lo opinan, de distinta manera que nuestros tribunales; quiero decir, que no es un crimen escribir estas NOTAS, ni el *Símbolo del Idiotismo*, ni las *historias de San Hilarión, San Benito Biscop, San Benitico* y otros santos de mayor ó menor cuantía, que son los delitos porque he sido castigado en estos tiempos de restauración y de hambre, de aburrimiento y tedio, de mezquindad y prosa.

Pero ya es hora de que, dejando de hablar de mis procesos, volvamos á la *Profecía de Isaias*, en la que topo las siguientes palabras:

«Vivirán tus muertos, mis muertos resucita-

»rán: despertad y dad alabanzas los que moráis »en el polvo: porque tu rocío es rocío de luz....» en las cuales fundan los católicos, para quienes no fueron escritas, su esperanza de resucitar después de muertos, con los mismos cuerpos y almas que tuvieron, dogma respetabilísimo guardado como con cuatro llaves de todo desfalco librepensador, por cuatro artículos del Código penal; á pesar de lo cual, como es de por sí tan vaporoso, quizá al verificar un arqueo, se encuentren la Iglesia y la Magistratura con que ha tomado las de Villadiego, y que en cualquier cosa creen lo gibosos y los cojos romanistas, menos que en el Paraíso hayan de ir cargados con su giba, ó descargados de sus piernas.

No vaya á pensar el lector discreto, que son solos los católicos los que tienen tal lujo de creencias que, no contentos con creer cuanto les viene en mientes y aprueban los concilios para los negocios de esta vida, todavía se regalan con saber lo que les ha de suceder después de la muerte.

Los fidjianos, que son los últimos de los salvajes, no sólo creen que continuarán su vida en otro mundo, sino que saben que su situación allá será la misma que acá; de donde proceden que tienen grandísimo cuidado de encontrarse ágiles y robustos cuando les sobreviene la muerte, fecundísima idea de donde lógicamente deducen las más graciosas consecuencias.

Y, como no quiero que nadie me crea sobre mi excomulgada palabra, véase lo que dice á este propósito sir Jhon Lubbock en su excelente obra *Los Orígenes de la civilización* que acaba de publicar *El progreso Editorial* en lengua castellana.

«Así, no bien siente un hombre aproximarse »su vejez, notifica á sus hijos que ha llegado la »hora de su muerte. Si descuida hacerlo, los hijos »toman el asunto por su cuenta. Se celebra una

»consulta de familia, se señala día y se abre la
»sepultura. La persona de edad, puede elegir en-
»tre ser estrangulada ó enterrada viva. (*Lo mis-
»mo que hizo el católico Felipe II con su católi-
»co hijo el príncipe Carlos: le dió á elegir el gé-
»nero de muerte; lo que constituye una admira-
»ble concordancia histórico-católico fidjiana.*)

»Mr. Hunt, que presenció una de estas cere-
»monias, la describe en los términos siguientes:

»Un joven fue á invitarlo para que asistiese á
»los funerales de su madre que iban á verificarse
»en aquel momento. Mr. Hunt aceptó la invita-
»ción, y se unió á la comitiva; pero sorprendido
»de no ver ningún cadáver, hizo algunas pregun-
»tas sobre el particular, y entonces el joven le
»señaló á su madre, que marchaba con ellos tan
»viva y animada como cualquiera de los presen-
»tes y no menos satisfecha al parecer. Mr. Hunt
»manifestó su sorpresa al joven, y le preguntó
»cómo había podido engañarle de esa suerte, di-
»ciéndole que su madre había muerto, estando
»viva y sana. El joven respondió que habían ce-
»lebrado el festín mortuorio, y que á la sazón
»iban á enterrarla; que era vieja, y que él y su
»hermano pensaban que había vivido ya dema-
»siado, y que era tiempo de enterrarla, á lo que
»la madre se había prestado gustosa. El había
»ido á buscar á Mr. Hunt para que rezase por
»ella, del mismo modo que pedían al sacerdote
»sus oraciones.

»Añadió que obraban así por amor á su ma-
»dre: que movidos por ese mismo amor, iban en-
»tonces á enterrarla, y que nadie sino ellos podía
»ni debía cumplir esa sagrada obligación. Mon-
»sieur Hunt hizo cuanto pudo por impedir acto
»tan diabólico; pero le dijeron por toda respues-
»ta que era su madre, que ellos eran sus hijos, y
»que debían darle muerte. En llegando á la se-
»pultura, la madre se sentó; sus hijos, nietos y
»demás parientes y amigos se despidieron de ella

»carñosamente; los hijos le arrollaron al cuello
»una cuerda de estopa, dándole dos vueltas; tira-
»ron de los cabos y la estrangularon; después de
»lo cual la depositaron en la tumba con las cere-
»monias usuales.»

«Tan general era esta costumbre—añade Lu-
»bock—que en una ciudad que encerraba varios
»centenares de habitantes, no vió el capitán Wil-
»kes un sólo hombre de más de cuarenta años,
»porque todos los viejos habían sido enterra-
»dos.»

Y tan brutal, inicua y repugnante costumbre
de los fidjianos, pregunto yo: ¿no nace de la
creencia religiosa, de que después de muertas las
personas, van derechitas á otro mundo, que lla-
man Mbulu, á continuar la existencia, con los
mismos cuerpos; si sanos, sanos; si enfermos,
enfermos; si tuerfos, tuerfos; que acá tuvieron?

Pues con no creer, como no creo yo, una sola
palabra de tales embolismos teológicos, me aho-
rro de tener que matar á mis padres por viejos, y
de otras cosillas que no es del caso decir relati-
vas á la resurrección de la carne.

¡Aún hay delitos de opinión religiosa en esta
patria española!

¡Chitón!

Pasó el año de 1888, tercero de la Regencia,
como pasará la Regencia misma. Y advierto al
fiscal que me lea, que en esto no hay pensamien-
to alguno penable de ninguna especie, pues apar-
te aquello de

«El otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano.»

de Rioja, y aquello otro de Manuel del Palacio.

«Todo al cabo pasó; sólo no pasa
una moneda falsa de dos duros
que tengo hace dos años en mi casa.»

entiendo yo, y ha de entender el propio Cánovas
del Castillo, si es que después de las silbas le han
quedado entendederas, que la Regencia tiene con

tados sus días en la Constitución más ó menos interna que le dió vida, aunque precaria, cuan larga puede tenerla una Regencia, pues consta que empezó á ser antes que fuese el propio regido, caso no menos estrafalario en la política que en la gramática.

Pasado, pues, el año de 1888, háse presentado en escena el subsiguiente de 1889, que tiene un rabo endemoniado revolucionario, pues recuerda nada menos que el año en que los franceses cogieron bonitamente á Luis XVI, y de rey absoluto le transformaron en un santiamén en rey constitucional, mutación que supo al monarca á cuerno quemado... naturalmente... y le inspiró tales rabietas y tropezones, que fué en poco más de tres años á dar con su cabeza en el corbatín de la guillotina, de donde la echó al cesto la propia cuchilla que acaba de separar de su cuerpo, demasiado esbelto y atractivo, la demasiado ligera cabeza de ese misterio que no ha sabido averiguar si se llamaba Prado ó Linska, y si era francés ó español, la justicia parisién que le ha condenado á muerte, con un romanticismo judicial excesivamente trasnochado, para un país que hace cien años hizo una revolución que es la madre del cordero, quiero decir, la que proclamó este sublime principio: derecho á la vida y á la dignidad de la vida.

Hallándome, pues, frente á frente del año 89, creo de mi deber saludarle, y le saludaré con estas breves palabras:

Que seas tan sonado en España como lo fué el otro en el mundo, y por razones parecidas; y que si nos has de dejar tan regenteados y fisealizados como nos hallas, que se te lleven los mismísimos demonios, que yo en ello nada había de perder, pues en el infierno habríamos de encontrarnos, ya que allá me tienen relegado en vida 40 obispos y un pico de arzobispos que me han excomulgado, y ¡quién sabe si también ellos acudirán

allá, como á tierra caliente y por gente alegre habitada!

Ahora debía ocuparme en la denuncia de San Juan de Dios, es decir, hablando como es debido, de la vida de San Juan de Dios, que escribió en el anteúltimo número mi estimadísimo colega el Sacristán Jubilado; pero como este sería el cuento de nunca acabar con la *Profeía de Isaias*, dejo aquel cuento y vuelvo á este, que quedó en el punto mismo en que resucitaban los muertos.

Es decir, los muertos no consta en parte alguna, que sería y formalmente hayan resucitado. Al menos yo no tengo noticia de que ninguno de mis cuatrocientos abuelos, que vivían hace cuatrocientos años, allá por cuando los unos se daban de testerazos á los otros por moros y cristianos que eran, me haya venido á visitar estas pascuas, ni siquiera haya tenido la atención de enviarme una misera tarjeta, dándome cuenta de su resurrección. Donde quedamos comentando fué cuando profetizó Isaias que los muertos han de resucitar, cosa, como se ve, muy distinta de que los muertos hayan resucitado, ni aquí ni en el Congo, donde también hablan los teólogos de cosas parecidas.

Después de semejante profeía, parece que nadie debería profetizar más, pues eso de resucitar es lo último que puede suceder á un individuo. Pero Isaias, cada vez más aficionado al oficio, sigue profetizando como si tal cosa y escribe lo siguiente:

«En aquel día visitará el Señor con su espada »dura, y grande, y fuerte, sobre Leviatán, serpiente rolliza, y sobre Leviatán serpiente tormentosa, y matará la ballena que está en el mar.»

Cosas ellas que he leído lo menos cincuenta veces, y esta es la hora que aun ni una sola vez he podido entenderlas, dejándoselas íntegras á los católicos que quieran rumiárlas, y al propio

Sr. D. Emilio Castelar, á quien considero capaz de pronunciar sobre ellas media docena de elocuentísimos discursos, de que sin duda sacaríamos lo que el negro del sermón; pero no empecaría á que pasásemos distraídos el tiempo, oyéndole hablar del Eta y del Pelión, de los masage-tas y silingos, de la democracia monárquica y de la República de orden y otras cosas no menos bonitas, propias y adecuadas para la más clara inteligencia de quién sea este Sr. Leviatán y cuál el día en que Jehová ha de hacer una visita *sobre él*, armado de una espada *dura, grande y fuerte*, que pudiera muy bien ser un asador, dado que Leviatán parece una serpiente doble, y para matar uno de estos bichos no hay cosa como un asador.

Y si lo de Leviatán no he entendido, ¿qué dire de esto que viene inmediatamente después profetizado?

En aquel día la viña del vino puro le cantará á él.

¡Una viña cantante! ¡Caracoles con las profecías! ¡Digo á ustedes que tendrán que oír las vi-des garnáchas en un concertante!

De sobra se que los católicos, que todo lo convierten en substancia, tienen la pretensión de entender éstas para mí ininteligibles palabras, y explicar estas para mí inexplicables razones del Leviatán serpiente y de la viña cantatriz.

Al efecto, hacen de Leviatán un demonio, y duplican la serpiente que en el Paraíso habló con Eva, madre nuestra, y convierten la viña en el pueblo de Israel, quedándose tan orondos con la interpretación como se queda Castelar, republicano, cuando ha pronunciado un elocuente discurso en defensa de un gobierno de la monarquía.

Pero como yo no escribo para repetir lo que dicen los católicos, sino para decir lo que yo pienso, repito que no entiendo una sola de las

palabras transcritas, y, que así como se dice de un picaro, el que te conozca te compre, digo de ellas, el que os entienda os comente, y... á casa, que hay fiscales en la costa y no quisiera que empezara el año con una denuncia.

¡Hace tanto frío en la Cárcel modelo!

¡Andan tan por las nubes los indultos para los periodistas empapelados!

CXXXVIII

Cada vez que pienso que el bueno de Isaias profetizaba la friolera de setecientos años antes de la venida del Cristo, lo que había puntualmente de suceder cuando este viniese al mundo en Belén y en un establo, según rezan los villancicos de Noche Buena y los santos evangelios, me encuentro predispuesto á dispensarle al profeta cualquier deslíz. Porque tiene tres pares de bemoles eso de anunciar una cosa que debe suceder dentro de setecientos años, en un picaro de mundo como este, en que de aquí á mañana cualquiera moza cambia de opinión respecto á boda, y cualquier politiquillo de credo y hasta de salve y de letanía. Por esto, cuando echando pestes contra los samaritanos, quiere decir, contra los judíos heterodoxos, escribe:

«He aquí el señor valiente y fuerte, como pedrisco impetuoso: torbellino quebrantador, como impetu de muchas aguas que inundan y se derraman sobre terreno espacioso.»

Aunque me pinta un Dios que parece un escuadrón de genizaros, lanzados á la carrera, y aunque me le llama *pedrisco, torbellino y torrente*, y aunque me le presenta aplastando á la mayoría de su pueblo elegigo, ó sean las diez tribus que se congregaron en Samaria, me siento vehementemente inclinado á la benevolencia; porque me imagino que no pintaba Isaias á Dios así como este pudiera y debiera ser en sí mismo, sino que pintaba su propia ira y reconcomio contra los

samaritanos, que ignoro si le habrían hecho alguna perrería, lo que después de todo es sumamente probable y contribuiría á disculpar su lenguaje un tanto tabernario, lleno de fueros y amenazas.

Puesto á ser benévolo con Isaías reparo que lo soy en el punto en que más lo necesita. Pues leo:

«Más aun estos (estos son los judíos ortodoxos, otros pillos como los heterodoxos) á causa del vino no entendieron, y á causa de la embriaguez, anduvieron desalentados: el sacerdote y profeta no entendieron á causa de la embriaguez, trastornados fueron del vino, se desalentaron con la embriaguez, no conocieron al vidente, ignoraron la justicia.

»Porque todas las mesas llenas están de vómito y de inmundicias, sin quedar lugar que no lo esté.»

Palabras gravísimas que nos denuncian al clero en la más remota antigüedad plagado de los mismos vicios que le encontramos en los tiempos medios y en nuestros propios días; porque nadie me negará, que eso de empinar el codo hasta embriagarse, y después de borrachos llenar los manteles de vómito y de inmundicias, que dice el profeta hebreo, ha sido achaque eterno de clérigos de la catadura y empaque de aquel que, según el ilustre poeta español:

«quedándose con los dos
alones cabeceando
decía al cielo mirando

¡ay, ama, que bueno es Dios!...»

El sacerdote, nota bien, lector, el sacerdote y el profeta, dice Isaías que no entendían á causa de la embriaguez, pero guárdate, como del fuego, de sospechar que siendo Isaías profeta le sucediere á él lo que á sus compañeros de profesión, ó colegas, que decimos ahora.

Honradamente declaro que no existe documento auténtico de ninguna clase en toda la *Santa*

Biblia que, si esta sospecha herética te asaltare, autorizara tu impía suposición.

Continuando su misión profética, añade Isaías:

«¿A quién enseñará ciencia? y á quién hará entender lo oído? A los destetados de la leche, á los arrancados de los pechos.»

Lo que significa que, no habiendo hombre maduro ni joven lampiño que le hiciese caso, Jehová se tendría que dedicar á la enseñanza de los mamoncillos, lo que tengo por la mayor de las desazones que al buen señor le proporcionaron sus elegidos, y me explica, hasta donde estas teológicas especies pueden explicarse, verle convertido en pedrisco, y en turbión, y en azote, pues ni Dios con ser Dios, esto es, manso de nacimiento y cordero ó borrego de condición, comprendo que pueda llevar en paciencia los lloramicos, terquedades, cabezonadas, mocoserías y otros excesos de los hijos ajenos.

Copio.

«Porque manda, vuelve á mandar; manda, vuelve á mandar; espera, vuelve á esperar; espera, vuelve á esperar; un poquito allí, un poquito allí.

»Porque en habla de labio y en lengua extraña hablará á este pueblo.

»Al cual dijo: Este es mi reposo, y este es mi refrigerio, y no lo quisieron oír.

»Y será á ellos la palabra del Señor: manda, vuelve á mandar; manda, vuelve á mandar; espera, vuelve á esperar; espera, vuelve á esperar; un poquito allí, un poquito allí: para que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, y enlazados, y presos.»

Supongó, lector discreto, que después de leer estos cuatro endiablados versículos, te has quedado tan á obscuras como el que baja á una cueva con un candil que se le apaga en el camino, y que así los has entendido como ahora llueven capuchinos de bronce, cuando llover, si llueve, pero

no capuchinos de metal, que al fin y al cabo podríamos convertir en ochavos, sino agua pura que cala hasta el tuétano á los pobres, á quienes los capuchinos de carne y hueso y demás gente cogullada dejaron sin casa en que guarecerse ni camisa con que aguantar el chubasco.

Pues exactamente lo mismo me ha sucedido á mí: que no he entendido el sentido de tantas palabras en esos versículos hilvanadas con un insoportable sonsonete. Pero aquí del padre Scio, sabio traductor con las licencias necesarias, que, presintiendo nuestro estupor en presencia de un Espíritu Santo puesto en castellano, ininteligible para un burgalés, se apresuró á escribir las siguientes anotaciones.

Oído, que interesa.

«Porque estos hombres insolentes» (sin duda son los sacerdotes y profetas que se emborrachan y vomitan en los manteles) «burlándose entre las copas y los brindis de los oráculos» (los oráculos ni brindan ni copean; es una advertencia conveniente, dado lo mal que escribía el padre Scio, que viene á ser un Comelerancete retrospectivo) «del Señor, pronunciados por la boca de sus profetas, repiten sacrilegamente sus palabras, en que dicen: *Esto manda el Señor; esperad un poco y veréis, etc.* Es una *mimesis*, ó acto de remedar y repetir el dicho de otra persona, haciendo fisga y chacota de ella y de sus palabras, y todo esto en tono burlesco y chocarrero. Como si dijeran: nos tienen rotos y molidos los oídos estos profetas santones, repitiéndonos á cada paso amenazas, halagándonos y entreteniéndonos con promesas, cuyo cumplimiento nunca vemos: nos dicen que esperemos un poco y otro poco, unas veces allí, y otras allí; y después de esperar y más esperar, nos quedamos con nuestros mismos deseos, y sin ver el efecto de tantas y tan repetidas promesas. Ved aquí por qué son incapaces estos hombres mofadores y blas-

«femos de que el Señor les comunique su sabiduría ó les dé el don de inteligencia.»

Si estos hombres mofadores y blasfemos, no fueren los borrachones de los vómitos, debo declarar que incondicionalmente formaría en su partido, puesto discurren con una admirabilísima prudencia; los otros, quiero decir, los que se creían á los *profetas santones*, pintiparados son aquellos de quienes dice la coplilla popular:

«Pareces á San Alejo
debajo de la escalera,
esperando la fortuna,
y esa es la que nunca llega.»

Su condición de sacerdotes y profetas, es lo único que me aparta de ellos, pues nunca me agradó andar en malas compañías, amén de que la borrachera vomitona es cosa que me se hace insoportable.

Supongo también, lector querido, que te habrás quedado *in albis*, como vulgarmente se dice, respecto al *habla de labio* del texto, por lo que, para tu mayor ilustración, respecto á las bromitas que gastaron los antiguos elegidos con el Padre Eterno, copio á continuación la nota correspondiente del referido padre Scio de San Miguel, que pudiera con toda propiedad haberse apellidado Machaca, por lo aficionado que fué á repetir las cosas.

Dice así:

«Otros, siguiendo el Hebreo, lo exponen de esta otra manera: *Con labios tartamudos*. Se suelen repetir por mofa y risa las medias palabras que dicen los tartamudos, y el sentido parece ser éste: Este pueblo se burla de mí y de mis profetas; pues yo también me burlaré de él, y le escarneceré. El repite: Manda, vuelve á mandar, etc. Pero yo le hablaré en otra lengua, que no le dará mucho gusto.»

Un pueblo por Dios elegido entre todos los pueblos, á quien ese mismo Dios se toma la molestia de enviar profetas que le revelen el porvenir, to-

mándole el pelo á tan amabilísimo y sapientísimo señor, es la cosa más deliciosa que puede darse, teológicamente hablando.

Y un anotador, que salva con un *parece que quiere decir esto* la obscuridad de un texto divino, es cosa deliciosa también.

Pero Dios, haciendo en la nota el tartamudo, como los sacerdotes y profetas de la borrachera y los vómitos, para escarnecer á su vez á los que le escarnecen, es el colmo de las delicias... librepensadoras.

CXXXIX

Dicenme que, donde quizá con más fruición se leen estas *Notas*, es en los cuarteles; por lo cual, y en justa correspondencia á sus favores, debo manifestar á mi buen amigo y correligionario Juan Soldado, que afortunadamente Isaias no profetizó nada, absolutamente nada, acerca de las reformas militares; y que, en consecuencia, nada puedo decirle de cierto acerca de si se llevarán ó no se llevarán adelante; cosa que, además, le debe tener perfectamente sin cuidado, porque en esas reformas no se reforma el rancho, ni se reforman los cuarteles, ni siquiera el uniforme ó la instrucción militar, que es lo que interesa al soldado, y aun á los cabos primeros y segundos, que con reformas y sin ellas habrán de seguir haciendo centinelas inútiles en estas crueles noches del invierno, de donde si salen helados los llevarán á enterrar, así como si se les indigesta la bazofia del rancho los llevarán al hospital, y si se meten en dibujos de política les encerrarán en un calabozo ó les pegarán cuatro tiros.

Las reformas sólo atienden á la suerte y medros de los caballeros oficiales, así de filas como generales, que son el alma del ejército, mientras que Juan Soldado es el cuerpo vil de la milicia, la grosera materia, á la cual ya tienen

dicho y probado los sabios católicos, tanto de los antiguos tiempos como de nuestros días, que se debe tratar á disciplinazos y mortificar de todas las maneras imaginables, para que no se subleve contra la Ley de Dios y la Constitución del Estado.

Juan Soldado eternamente debe vegetar en la helada cuadra de un cuartelillo desmantelado y sucio, sin voz y sin voto, según la opinión de Emilio Castelar, que por entender de todo, debe entender también de esto, puesto que entiende de *modisto*, según ha demostrado en las últimas *floriture* un tanto cursis que ha hecho en el Congreso, donde todavía encuentra almas cándidas que escuchen sus desbarres.

Por supuesto, que entre estas almas cándidas, no cuento los borbónicos más ó menos isabelinos y alfonsistas de la mayoría monárquica que le aplauden; porque éstos ya saben bien lo que se pescan en los discursos del tribuno que se enorgullece descaradamente de haber fusilado dos infelices soldados que faltaron á la disciplina, al tiempo mismo que defiende de tapadillo la obra que ejecutaron dos generales insurrectos.

Tú también sabrás, amigo Juan Soldado, sacar algún día las consecuencias de estas premisas; pero como entre tanto comes mal, vistes mal, tienes mala cama y mala habitación, centinelas duras pero inútiles, guardias pesadas pero tontas, bueno será deleitarte con algo, y como sé que te divierten estas *Notas*, en tu obsequio continuaré el inventario de la Profecía de Isaias.

Que dejé hablando un castellano que, ni aun anotado por el Padre Scio pudimos entender, aunque si alcanzamos que el buen Jehová andaba á la greña con los que se burlaban de él, repitiendo con insoportable tartamudeo sus palabras, á modo de figsa y de chacota que de los burladores y figones hacia el respetable Padre Eterno.

Hoy le encontramos de nuevo encrespado, iracundo y voceador, profetizando contra la ciudad de Ariel, que viene á ser Jerusalem, de la cual dice que será sitiada y tomada, y despues de esto aventados sus habitadores, por hipócritas y vanos.

Esta profecía se cumplió al pie de la letra, no una, sino varias veces, pues consta que á Jerusalem la tomaron cuantos pusieron en ello empeño, de donde surge una grande y terrible pìjotera, cual es la de determinar á cual de las muchas ruinas de la ciudad maldita se refirió Isaías en este capitulo; pìjotera que aumenta de volumen y crece en impiedad cuando se reflexiona que también los señores católicos, que se apellidaron *los cruzados* tomaron á Jerusalem de mano de los turcos, así como estos la habían tomado de los griegos, y estos de los romanos, y estos de los sirios, y estos de los asirios, y de los babilonios, y estos de...

Pues quienes menos han tenido á Jerusalem, capital de la Judea, han sido los judios; y eso que fueron siempre los niños mimados de Jehová.

Por lo que te digo, Juan Soldado, que si llegan á ser como nosotros los librepensadores carne de cañón excomulgada, no les hubiera ido peor en este mundo á esos infelices circuncidados, y que debe importarte dos cominos estar á buenas ó á malas con tu capellán-castrense, que aunque sin circuncidar, es de la familia de los levitas.

A continuación de la profecía sobre la ruina de Jerusalem viene otra sobre su repoblación por los *judios* aventados. Y así como antes no sabiamos á qué ruina quedarnos, por carta de más, ahora tampoco podemos por carta de menos, averiguar á cual de las reconstrucciones de Jerusalem se refiere el profeta.

Pues, aunque el Mesias hace ya cerca de veinte siglos que vino y se fué, según los cató-

licos, esta es la hora, no sabré decir si buena ó mala para la autoridad del vaticinio, que Jerusalem está en poder del sultán de Constantino-*pla*, y los judios... aventados, aunque algunos de ellos muy bien apanaditos, y muy á su gusto á cientos de leguas de Jerusalem, según el fausto que despliegan en sus bailes, á que asisten muy emperegilados los católicos y las católicas, muy á satisfacción mía, porque espero que con el roce y las mutuas explicaciones en un intermedio de un vals á una polka, concluirán todos por reirse como yo de esos mentecatos que todavía toman en serio ciertas farándulas religiosas.

Sucedía en tiempo de Isaías algo de lo que sucede en estos tiempos de Sagasta; quiero decir, que así como bajo el mando de D. Práxedes, arruinados y aburridos los españoles, se largan á la República Argentina por millares, en busca del pan y la alegría que proporeiona la libertad; arruinados los judios por el detestable Gobierno de reyes y sacerdotes perversos, y aburridos de esperar al Mesias que nunca acababa de venir, cogían sus borricos, mulos y camellos, los cargaban con su prole y sus cachivaches, que supongo no serían muchos, y pián piánito se largaban á Egipto, donde les era más fácil agenciarse la manducatoria y no tenían que sostener la caterva de levitas ó presbiteros que se los comían por los pies.

El profeta, en vista de esta emigración, que enflaquecía la ciudad cuando más amenazada estaba por las armas de los orientales, truena contra los que se van, y no pudiendo contenerlos con grillos ni cadenas, les intima los terribles juicios de Jehová.

Los emigrantes maldito el caso que hicieron de las amenazas á plazo indeterminado del profeta, é hicieron perfectamente, porque al fin y al cabo al infierno habían de ir, ya sacrificasen en

la Judea á Jehová, ya en Egipto á Osiris, puesto que Jesucristo aún no era el venido ni bautizado por San Juan con agua del Jordán; pero conviene que aprovechemos la enseñanza que este capítulo contiene acerca del infierno, el cual se describe puntualmente en el siguiente versículo, con el nombre bárbaro de Topheth.

«Porque aparejado está Topheth desde ayer, »aparejado por el rey, profundo y espacioso. Sus »cebos, fuego y mucha leña: el aliento del Señor »como torrente de azufre es el que lo enciende»

Noticia consoladora si las hay; pues de ella sacamos que Dios es un rey, lo que absuelve de pecado de impiedad á los republicanos, que por motivos honrosísimos de opinión no debemos jamás andar en tratos y componendas con él, escarmentados como estamos con lo que sucedió al pasarse á Napoleón á Emilio Olivier, que no es el único de los Emilios que han salido de la casta de Judas. Noticia alegre, si se encuentra; pues de ella deducimos que, siendo el Infierno espacioso, cabrán en él hogaldamente los innumerables frailes, curas, sacristanes y monaguillos que allá fueron en la amable compañía de monjas, beatas y alcahuetas, y que estando hondo no es de temer que vuelvan por acá á molestarnos con sus hipocresías. Noticia, además instructiva, tanto por lo menos como una disertación de Campoamor sobre *lo absoluto*, pues en ella aprendemos que el Infierno se *ceba* con leña, probablemente del valle de las Butacas, donde crecen tantos alcornoques, y que Jehová le enciende, á modo de hornero, no con fósforos de Cascante, sino á resoplidos de su nariz, por donde arroja torrentes de incandescente azufre.

¡Lástima que este azufre no podamos nosotros recogerle en peroles, y, convenientemente preparado, ponerle á la venta en las droguerías! ¡Sería un negocio fabuloso!

El último jugo que podemos sacar de este no-

tición sobre el Infierno, es la explicación satisfactoria del hecho, por tantos teólogos, sin excluir á Ortí Lara, comprobado, del fuertísimo olor á azufre que deja el Diablo siempre que tiene la humorada de venir al mundo, bien para tentar un aprendiz de santo, bien para celebrar algún contrato leonino con algún sabio aburrido como el célebre doctor Fausto, que inmortalizaron Gothe, Gounod y Boito, el uno con la pluma y los otros dos con el violin.

Como Jehová ceba el Infierno soplando azufre encendido sobre la leña, ésta, al arder, derrama por todo el espacioso y profundo Topheth una humareda sofocante impregnada del susodicho azufre, que contamina del consabido olor todo lo que toca, sin exceptuar el rabo, cubierto de pelos grises un poco chamuscados. de Su Majestad Satanás el Soberbio, que por más esfuerzos que hace para enroscarle, recogerle y disimularle, como no se le puede cortar, por estar condenado á rabo eterno, siempre huele, y no á almizcle ni á rosas, aunque de sus esencias se provea en las perfumerías más acreditadas, sino al maldecido azufre de los resoplidos, que hacen de fuelle en este negocio del Infierno.

CXL

Cuentan que cierto magnate de gran pesquis, hablando con cierto príncipe de poco talento sobre las cosas de esta malaventurada tierra nuestra, díjole: Esta es Castilla, señor, que hace los hombres, y los deshace; dándole á entender que aquí cualquier bodoque de la Liga Agraria podría llegar á ministro, si en ello se empeñasen los de Castromucho y Castropoco, unidos á los de Villachica y Villagrande, para pasar después de administrador de consumos á Torrecorta por malquerencia de los de Torrelarga.

Remedando al regnicola, cualquier gabacho, algo más cursado en los negocios de España

la Judea á Jehová, ya en Egipto á Osiris, puesto que Jesucristo aún no era el venido ni bautizado por San Juan con agua del Jordán; pero conviene que aprovechemos la enseñanza que este capítulo contiene acerca del infierno, el cual se describe puntualmente en el siguiente versículo, con el nombre bárbaro de Topheth.

«Porque aparejado está Topheth desde ayer, »aparejado por el rey, profundo y espacioso. Sus »cebos, fuego y mucha leña: el aliento del Señor »como torrente de azufre es el que lo enciende»

Noticia consoladora si las hay; pues de ella sacamos que Dios es un rey, lo que absuelve de pecado de impiedad á los republicanos, que por motivos honrosísimos de opinión no debemos jamás andar en tratos y componendas con él, escarmentados como estamos con lo que sucedió al pasarse á Napoleón á Emilio Olivier, que no es el único de los Emilios que han salido de la casta de Judas. Noticia alegre, si se encuentra; pues de ella deducimos que, siendo el Infierno espacioso, cabrán en él hogaldamente los innumerables frailes, curas, sacristanes y monaguillos que allá fueron en la amable compañía de monjas, beatas y alcahuetas, y que estando hondo no es de temer que vuelvan por acá á molestarnos con sus hipocresías. Noticia, además instructiva, tanto por lo menos como una disertación de Campoamor sobre *lo absoluto*, pues en ella aprendemos que el Infierno se *ceba* con leña, probablemente del valle de las Butacas, donde crecen tantos alcornoques, y que Jehová le enciende, á modo de hornero, no con fósforos de Cascante, sino á resoplidos de su nariz, por donde arroja torrentes de incandescente azufre.

¡Lástima que este azufre no podamos nosotros recogerle en peroles, y, convenientemente preparado, ponerle á la venta en las droguerías! ¡Sería un negocio fabuloso!

El último jugo que podemos sacar de este no-

tición sobre el Infierno, es la explicación satisfactoria del hecho, por tantos teólogos, sin excluir á Ortí Lara, comprobado, del fuertísimo olor á azufre que deja el Diablo siempre que tiene la humorada de venir al mundo, bien para tentar un aprendiz de santo, bien para celebrar algún contrato leonino con algún sabio aburrido como el célebre doctor Fausto, que inmortalizaron Gothe, Gounod y Boito, el uno con la pluma y los otros dos con el violin.

Como Jehová ceba el Infierno soplando azufre encendido sobre la leña, ésta, al arder, derrama por todo el espacioso y profundo Topheth una humareda sofocante impregnada del susodicho azufre, que contamina del consabido olor todo lo que toca, sin exceptuar el rabo, cubierto de pelos grises un poco chamuscados, de Su Majestad Satanás el Soberbio, que por más esfuerzos que hace para enroscarle, recogerle y disimularle, como no se le puede cortar, por estar condenado á rabo eterno, siempre huele, y no á almizcle ni á rosas, aunque de sus esencias se provea en las perfumerías más acreditadas, sino al maldecido azufre de los resoplidos, que hacen de fuelle en este negocio del Infierno.

CXL

Cuentan que cierto magnate de gran pesquis, hablando con cierto príncipe de poco talento sobre las cosas de esta malaventurada tierra nuestra, díjole: Esta es Castilla, señor, que hace los hombres, y los deshace; dándole á entender que aquí cualquier bodoque de la Liga Agraria podría llegar á ministro, si en ello se empeñasen los de Castromucho y Castropoco, unidos á los de Villachica y Villagrande, para pasar después de administrador de consumos á Torrecorta por malquerencia de los de Torrelarga.

Remedando al regnicola, cualquier gabacho, algo más cursado en los negocios de España

que la generalidad de sus paisanos, si quisiera explicar á un tudesco lo que son nuestros grandes hombres contemporáneos, podría retratar de cuerpo entero á nuestro presidente del Consejo de ministros, diciéndole: Este es Sagasta, el que hace los tuertos y los endereza, enviando los periodistas á presidio para darse luego el tono de soltarlos.

Porque es de anotar en este *Índice* de los desbarres proféticos, que en honra y gloria del egregio San Ildefonso, Alifonso ó Alfonso, que dicen las *Menegildas*, á quien Dios prospere y ascienda en el Empireo, me he visto descargado de la porrillada de años de presidio que, poquito á poco, me habían ido echando encima nuestros católicos tribunales de justicia, y me tenían como yo me sé y me callo, porque no es cosa de contarle al mundo entero molestias y tracamandanas que me venían haciendo sufrir los señores fusionistas, hoy precisamente en que parece de rigor, entre la gente cursi del sentimentalismo, darles las gracias por no haberle á uno ahorcado, puesto que disponen del verdugo, á quien pagan para estos y otros menesteres.

Gracias, pues, Sr. D. Práxedes, por el consejo del indulto; y como el que no es agradecido no es bien nacido, no dude usía de mi agradecimiento, que me mueve á declarar pública y solemnemente, que me comprometo á las tornas, ó restitución *in integrum*; que dicen los ingenieros de caminos, esto es, á que si el diablo hiciera que yo algún día fuera ministro, después de verse usía con cuatro sentencias firmes y llevar treinta meses de cárcel, aconsejaría que le indultasen á usía tan amplia y generosamente como usía me ha indultado á mí.

Esto exigiría de mí la justicia retributiva... y esto haría; que por algo se dijo: hoy por tí, mañana por mí; y que en este mundo los hombres y no los montes, son los que se encuentran.

Cuentan—y va de cuentos—que cierta señora andaluza, más pesada que una losa de plomo, había por costumbre pasar de visita á casa de una vecina, donde se arrellenaba en un sillón. La vecina, cuando transcurridas cuatro ó cinco horas, frita la sangre por tanta pesadez, advertía en su visante el más leve movimiento, exclamaba al punto:

—Señora Gregoria, ¿es qué se va?

—No, doña Jacinta, es que me apaño.

No menos pesado que la doña Gregoria del cuento resulta el buen Isaias. Cuando ya podíamos suponer que había profetizado cuanto era dable profetizar contra los que *bajaban* á Egipto, vuelve á la carga contra estos malaventurados emigrantes diciendo muy fresco:

El Egipto es hombre y no Dios...

y aún así deberemos entender:

El Egipto es hombre y no Dios...

lo que resulta una patochada:

Continuando de esta manera:

y sus caballos carne y no espíritu.

Otra patochada que resuelve de plano una intrincada y laberíntica cuestión; es á saber, que el alma no es espíritu; pues, alma, bien sabemos que tienen los animales; que de no tenerla se llamarían cualquier otra cosa menos animales; pues si se llaman animales es precisamente porque tienen alma, según el Diccionario de la Academia de Comellerán; que es la última de las asociaciones literarias de España desde que el tal Comellerán ha resultado académico de la letra M; única después de todo, que podía corresponderle.

En este capítulo de las repeticiones antiegiptiacas, leo y copio:

«Porque esto me dice el Señor: (Este señor es »Dios, y al que Dios habla es Isaias.) (Conviene »puntualizar las cosas.) Así como el león y el ca- »chorro del león ruge sobre su presa, y si se le

»pusiere delante una cuadrilla de pastores, no seacobardará á sus voces, ni se espantará de la muchedumbre de ellos: así descenderá el Señor de los ejércitos para combatir sobre el monte de Sión, y sobre su collado. Como las aves que vuelan, así protegerá á Jerusalem el Señor de los ejércitos, protegiendo y librando, pasando y salvando.»

Sobre lo cual cada librepensador es dueño de pensar lo que se le antoje. Por mi parte, aun reconociendo la valentía de este Señor de los ejércitos, vulgo Jehová, como me consta que Tito arrasó el monte de Sión, se apoderó del collado, entró á sangre y fuego en Jerusalem y vendió por esclavos á millares de judíos, me figuro que aquí se corrió un poco de la lengua ese señor de los ejércitos, y que así en lo alto como en lo bajo es cierto el refrancillo aquel de perro ladrador poco mordedor.

Menos notas y más pelotas, pusieron los batutros de Zaragoza en uno de sus estandartes cuando la manifestación que hicieron contra Alemania, con motivo de lo de Yap.

Menos zaramallas y más agallas, podría ser el lacónico comentar de esta profecía, y no menos oportuno que el de las pelotas, que pedían los zaragozanos á Cánovas.

El capítulo siguiente, que es el trigésimo segundo de esta profecía, resulta una pura figura retórica, toda repleta de imágenes y fantasías.

«He aquí—comienza—que reinará un rey con justicia y los principes presidirán con rectitud. »Y este varón será como refugio para el que se esconde del viento, y se guarece de la tempestad como arroyos de aguas en sed y sombra de peña, que sobresale en tierra yerma.»

Hizo perfectamente Isaías en no escribir el nombre de este rey, ni decir el tiempo en que reinaría; porque cosa semejante todavía no se ha visto en este bajo mundo subliunar. Y no se me

vaya á creer por mi palabra republicana. Ahí está Cánovas del Castillo, votante de Comelle-rán, cantor de Elisa é historiador aljamiado. Comparezca y diga: ¡Dónde hubo un rey que reinara con justicia, que fuese como resguardo contra el viento, y como arroyo para el que tiene sed, y como peña que da sombra para el que se asfixia en el desierto!

No lo dirá, porque si lo dijese, pongo por caso, de Don Pedro el Cruel, ó de Don Enrique de Trastamara, yo acudiría á los comentaristas catoliqueros, que en vista de que ningún rey absoluto ni constitucional realizó jamás este programa de Isaías, quieren que todo esto sea una pura figura retórica, como tengo manifestado, para representar la monarquía del Mesías, que se sabe acabó crucificado entre dos ladrones en el monte Calvario, sin ceñir otra corona que un ramajo de espino, que le punzaba cruelmente las sienes [pobrecito], ni empuñar otro cetro que una cascada caña, que le arañaba los pulpejos de los dedos ¡infeliz!

Y cuenta que este es quizá el único comentario con sentido común que dichos señores han puesto á la profecía de Isaías: porque lo de Ezechías ser el rey justo, el socaire, el arroyo y la peña, es decir por decir.

Además, que del Mesías y no de otro se trata aquí, dicelo el mismo Isaías más adelanté, con aquella discreción profética tan conocida, que consiste en no dejarse entender de nadie. Porque cuando el rey justo, socaire, arroyo y peña reiné, sucederá lo siguiente:

«...el desierto se tornará en un Carmelo, y el Carmelo será reputado por un bosque. Y morará el juicio en el desierto, y la justicia residirá en el Carmelo.»

Cosas que sucedieron, en efecto, cuando el Mesías vino, hace justamente 1889 años, para refocilamiento y gloria de los que no le espera-

ban, y miseria ignominiosa de los que le estaban aguardando.

Chasco grande y de grande enseñanza, á cuyo lado apenas merecen el nombre de traiciones los camelos que le dieron Martos y Canalejas á Ruiz Zorrilla, y los que más tarde se han dado ellos entre sí.

CXLI

Hánme dicho á última hora que un tal Cortón, apellido propio y adecuado de un hombre corto de ingenio, corto de gracia y corto de recursos, crítico además pasado por agua, como trashumante que es del trópico candente en esta frígida tierra de garbanzos, donde Clarín le dió años pasados una friega de que todavía anda escocido, ha publicado un libro ó cosa que en la forma se le parece, en que se ocupa de refilón de mi humildísima persona y me califica de sabio en calzoncillos; y, aunque siento no poder corresponder al píropo, pues al tal Cortón no hay medio de llamarle sabio ni aun en taparrabos, he procurado enterarme de los motivos que haya podido tener este golondrino intertropical que le ha salido á la literatura satírica castellana, para caer en tentación de husmear mi ropa interior y meter el hocico en mis calzoncillos por el frontispicio trasero.

Resulta de mis averiguaciones, que precisamente estas NOTAS son las que han dado motivo á Cortón para acreditarse de corto en grado eminente, como reza su apellido; pues dice muy orondo, que después de habernos presentado Ernesto Renán á Jesucristo corriendo juergas místicas con la corrida María de Magdalena y haciéndole guiños á la romántica mujer de Poncio Pilato, cosas que saben hasta los renacuajos, puesto que él las sabe, no hay para qué el Sr. Ríofranco se meta con el hijo de María. Dice además que, puesto que Pedro José Proudón, anotó los

Evangelios, no hace falta que Ríofranco escriba estas NOTAS. Es decir, decirlo tan claro como yo lo digo, no lo dice este turbio censor, que ha oído campanas y no sabe dónde, pero esto es lo que parece querer decir, á vueltas de imágenes como las del pájaro que despluman vivo, porque debe pedir patente de invención en el ministerio de Fomento.

El lector, que sabe bien andamos todavía comentando á Isaías en esta peregrinación á través de los disparates bíblicos, se reirá sin duda á mandíbula batiente del cortísimo, ó Cortón, husmeador de mis calzoncillos, máxime si conoce algo mejor que debe conocerlos el mismo, esos dos excelentes libros, de tan opuesto sentido y tendencia, que se llaman *Los Evangelios anotados* y la *Vida de Jesús*, que así tienen que ver con estas NOTAS y su objeto, como tenía que ver la vaca roja que mandó quemar Moisés para preparar el agua lustrar con la bestia del Apocalipsis, que no es la única bestia de la literatura.

Mientras el lector se ríe de Cortón, que se permite acusarme de haber anotado los Evangelios y metidome con Jesucristo, cuando todavía no he pasado de acariciarles las barbas á su Eterno Padre y á los que le anunciaron proféticamente, lo cual prueba que este mocito, como el Geroncio del epigrama, se pone á criticar lo que no sabe, ó no se ha tomado el trabajo de leer, bueno será que yo les llame la atención á mis buenos y queridos amigos los republicanos de Puerto Rico, donde más ampliamente Cortón es zarandeado, sobre esta morrocotuda sentencia suya, que encuentro junto á lo de mi sabiduría en calzoncillos:

A los que no creemos en nada poco nos importan las creencias del vecino.

Aforismo de aquellos que lo mismo votan por la monarquía que por la República, y de los que encienden una vela á San Miguel y otra al día-

blo, el cual remacha este perinclito demócrata de los del moco atrás, con esta preguntita, que quizá se permite dirigirme:

«No sería más útil catequizar, en el sentido ortodoxo de la palabra (¿qué sentido será éste) al clero español, y atraerle con buenos modos al campo de la democracia, para todos abierto, y en el cual se agrupa la mayoría de aquél?»

El que no cree en nada y nada le importan las opiniones, del vecino, aunque éste sea un inquisidor, proponiendo la catequización *ortodoxa* del cura de Santa Cruz y del cura de Flix, para que vengan á officiar de arzobispos en la democracia, no me extraña que me haya llamado sabio en calzoncillos, ni me acuse de haber anotado los *Evangelios*, cuando aún estoy comentando la *profeta de Isaias*, ni diga haber oído á un mi amigo lo que quizá habrá soñado después de un hartazgo de caracoles, porque el pobre hombre no debe andar bueno de la cabeza y remediarse escribiendo con los pies.

Bien sabe Dios que no lo siento por mí, ni tampoco por él, sino por los buenos puertorriqueños que lleguen á saber que uno de sus más preteniosos paisanos, metido á crítico, y presumiendo de librepensador y demócrata, ha escrito que el librepensamiento consiste en no creer en nada y la democracia debe poner empeño en catequizar al Papa, quedándole tupé todavía para hacerme á mi cosquillas porque pongo en solfa el presupuesto del culto y clero.

Ni Carulla que despotriqué más aina al rimar el *Deuteronomio*.

Pero dejando á un lado las tonterías que ha escrito Cortón, volvamos á las que profetizó Isaias, que en el capítulo XXXIII la emprende de nuevo con los asirios y los pone como pone Llauder á Nocedal y pone Nocedal á Llauder, católicos que se entienden á mordiscos, empapados ambos en las dulces y suaves y caritativas má-

ximas del Evangelio, donde Cristo, previendo lo que había de suceder á los absolutistas en estos tiempos, ya dijo: «No vengo á poner paz, sino á meter guerra.»

En lo cual no hizo sino acreditar por ley de herencia la idiosincrasia batallona de su ilustre padre Jehová, que reveló á Isaias el siguiente abarrisco que había de hacer, con que se abre el capítulo XXXIV.

«Acercáos, naciones, y oid, y pueblos, atención: oiga la tierra y su plenitud, el orbe; y todo lo que él produce. Porque la indignación del Señor sobre todas las naciones, y su saña sobre toda la milicia de ellos; los matará y los entregará á la muerte violenta. Los muertos de ellos serán arrojados, y subirá el hedor de sus cadáveres: los montes serán inficionados de la sangre de ellos. Y desfallecerá toda la milicia de los cielos, y los cielos serán arrollados como un libro, y toda la milicia de ellos caerá como cae la hoja de la viña y de la higuera. Porque embriagada será en el cielo mi espada.»

Sólo una cabeza embriagada, que trata de pegar la borrachera á una espada, es capaz de trazar este espeluznante cuadro, en que dice el padre Scio que se representa el fin del mundo, ó sea la degollina del Juicio final. Mas aun tratándose del Juicio final, y aun suponiendo que éste se realice por medio de la guillotina, que es el instrumento que saca más sangre del cuerpo de los ajusticiados, me permito creer que hay su poquito de exageración en lo de que la sangre de los degollados inficione los montes, ó, como más propiamente ha de entenderse; según el texto hebreo, los disuelva, como se disuelve la sal en el agua ó el azúcar en el coñac. ¡Mira tú que subir la sangre al Davalagiri del Himalaya, ó disolver las peñas del Chimborazo!

Lo de arrollarse los cielos, como se arrolla un libro, que equivale á decir, como se arrolla una

venda alrededor de un brazo se explica muy fácilmente; porque los cielos bíblicos eran una especie de gasa azul por el día y negra de noche, que Jehová había puesto sobre la tierra en el capítulo I del *Genesis* como pone un pastor la piel de un toro sobre cuatro estacas para guarecerse del sol y de la lluvia. Tampoco ofrece dificultad entender lo de la milicia celestial, que ha de desfallecer el día del Juicio, cuando la espada de Dios se embriague. La milicia celeste de que aquí se trata, no son las legiones de ángeles y arcángeles, serafines y querubines, tronos y dominaciones que, armados de espadas de serpentón, pelean contra Lucifer y las legiones de demonios que éste tiene á su servicio, no: son el sol, la luna y los demás planetas y estrellas, como dice muy discretamente en otra nota el padre Scio de San Miguel, que se olvida de los cometas, areolitos y demás materia cósmica, los cuales no morirán como los otros, sino que quedarán para siempre de rábanos, por sí á Jehová, después de destruido el mundo, le ocurriera fabricar otro nuevo, sin judíos que le crucifiquen su Unigénito, ni librepensadores que anoten sus revelaciones, ni Cortones que alanceen el sentido común en sus críticas, en que me exhibe á mi como anotador tan en calzoncillos, como exhibe á Clarín como satírico y á Echegaray como dramaturgo.

Como en tan buena compañía he de vivir el tiempo andando en el infierno, no me apena empezar á andar junto con ellos, aunque sea por los barrizales de un libro insulso y destarado.

CXLI

Después de la barrabasada del juicio final, en que todo bicho viviente ha de perecer al filo de la espada de Jehová, y hasta los propios cielos sus ornamentos del sol, la luna y las estrellas han de darse de testerazos y reducirse á grava

aprovechable en las carreteras, parece que Isaías no debía profetizar más, sino cerrar aquí su libro, diciendo: cada mochuelo á su olivo, á esperar el día de la degollina universal. Pero precisamente después de anunciar el juicio definitivo, es cuando le entra más comenzón de profetizar, y la emprende con la pescadilla de los idumeos, de cuya tierra, después de que en ella la espada de Jehová no dejase titere con cabeza, dice:

«Y se convertirán sus arroyos en pez, y su tierra en azufre, y será su tierra como pez ardiente: Noche y día no se apagará, por siempre subirá el humo de ella: de generación en generación será asolada, por los siglos de los siglos no habrá quien pase por ella.»

Si en todo cuanto profetizó Isaías anduvo tan acertado como en esto, sin duda que verdaderamente merece el alto nombre y la insigne gloria que le tiene concedidos la Iglesia. La Idumea, ahí está trasformada actualmente en una provincia del imperio otomano, y ni sus arroyos se han convertido en pez, ni el suelo en azufre, y aunque poco poblada, al igual que otras muchas tierras del Asia, aun cuenta centenares de miles de habitantes, que se rien á mandíbula batiente del vaticinio aquel de que por los siglos de los siglos no habría quien por ella pasase.

En gracia á la respetabilidad literaria de Isaías, suprimo la descripción que hace de la Idumea convertida en desierto por los siglos de los siglos, Amén. El que mucho habla, mucho yerra, dice el refrán: y quizá el elocuente escritor profetizó demasiado.

Cuenta seguidamente y por menudo la historia aquella que en el libro de las *Crónicas* tengo comentada, en que Rabsaces, general de Sennacherib, rey de Asiria, pone cerco á Jerusalem, en tiempos del rey Ezechías. No me choca lo difuso que en este pasaje es Isaías, puesto que él mis-

mo juega un papel importantísimo en el cuento, y aprovecha la ocasión de exhibirse.

Rabsaces, en efecto, echando fieros y bravatas, intima la rendición á los judíos, amenazándoles cultísimamente con reducirlos á la extremidad y miseria de tener que *comer sus propios excrementos y beber las orinas de sus pies* de no reducirse á la voluntad del gran Sennacherib, rey de reyes. Compréndese que un rey, ante la perspectiva de un banquete como el que le prometía Rabsaces, se diera á todos los demonios y apelase á cualquier cosa. Ecechías, en su desesperación, después de romper sus vestidos, como es de rubrica en la *Santa Biblia*, envía una enlutada comisión al profeta Isaías en demanda de consejo. Isaías, en intimidación perpetua con Jehová y conocedor de los altos designios y deseos de éste, después de oída la embajada, envía los embajadores al rey para que le dijese que ensanchase el encogido ánimo y extendiese el arrugado ombligo, puesto que todas la bravatas de Rabsaces habian de quedar en agua de borrajas.

Y en efecto sucedió lo siguiente:

«Salió, pues, el ángel del Señor, é hirió en el campamento de los asirios á ciento y ochenta y cinco mil. Y levantáronse por la mañana, y he aquí que todos eran cadáveres de muertos.»

Estos *cadáveres de muertos* (cómo serán los cadáveres de vivos?) supongo que serían de hombres, y que estos hombres *muertos y cadáveres* serían asirios, porque el texto queda lo suficientemente confuso para que pueda comprenderse que encierra una atrocidad. De todos modos, con un par de angelitos como estos, que en una sola noche degüellan 185.000 soldados, ¿para qué ametralladoras, ni torpederos, ni siquiera submarinos? ¿Para qué ejércitos? ¡Ah! ¡y que las obcecadas naciones consuman hoy día cientos de millones de pesetas en máquinas de guerra, cuando tan fácil les sería obtener de Jehová un

ángel degollador del calibre en el texto señalado! ¿Hasta cuándo faltará el sentido común en el mundo?

Por lo demás, sabido es, como apunté en las *Crónicas*, que Sennacherib se le llevó Pateta, como á sus soldados; pues, de vuelta á Ninive, le degollaron sus hijos.

¡Un par de pimpollos reales, ó sea, rosicreros talluditos!

Levantado el sitio de Jerusalem, quizá del alérgon enfermó gravemente Ecechías, y otra vez Isaías, con este motivo, ofició de profeta, anunciando al moribundo rey que Jehová le alargaría quince años la vida.

Y así sucedió, con acompañamiento de una cataplasma de higos chumbos que al rey le aplicaron á una llaga que le consumía, y el correspondiente prólogo de un milagro confirmatorio, consistente en una de las más estrafalarias ocurrencias que ha podido tener un judío mal alimentado.

Había el rey Achaz puesto en su palacio un reloj de sol, al cual le aplicaron el siguiente versículo, que es el VIII del capítulo XXXVIII:

«He aquí que yo haré que la sombra de las líneas por las que ha bajado el reloj de Achaz en el sol, vuelva diez líneas atrás. Y retrocedió el sol diez líneas por los grados por donde había bajado.»

Suplico al señor director del Observatorio astronómico se digne explicar á los católicos de Madrid y sus contornos lo que debió suceder en los cielos cuando en el reloj de Achaz retrocedió la sombra diez grados.

Un poquito de Astronomía quizá les limpiase de telarañas el entendimiento, que les impide penetrar el sentido profundamente bufo de la *Santa Biblia*, en que estos milagros se contienen.

El capítulo XXXIX nos cuenta una gran ton-

tería que hizo Ezequías, mostrándole sus tesoros y los tesoros del famoso templo de Salomón, á unos embajadores que le envió Baladán (cuidado, señores cajistas, con no escribirme Baladrán), rey de Babilonia, lo cual puso á Isaias tan fuera de sí que, encarándose con el rey, le largó la siguiente andanada profética:

«He aquí que vendrán días, que serán quitadas y llevadas á Babilonia cuantas cosas hay en tu casa, y lo de tus padres hasta el día de hoy: no dejarán nada, dice el señor. Y tomarán tus hijos, nacidos y engendrados de tí, y serán eunucos en el palacio del rey de Babilonia.»

Apenas se concibe que un tan sandio pecado como el de enseñar á unos embajadores las riquezas de un templo y de un palacio, sacasen tan de quicio á Isaias, que con el pan de higos había sanado al rey, ni á Jehová, que en favor del mismo había degollado 185.000 asirios y hecho bailar una danza macabra á los planetas para retrogradar la sombra del reloj de Achaz, que vinieran comanditados á amargar la vejez de Ezequías con tan terrible revelación, que fué quizá la única que se cumplió en todas sus partes.

Porque todos los milagros realizados por Jehová, desde la partidura de las aguas del mar Rojo hasta la cataplasma de higos chumbos, no libraron á sus hijos predilectos de una paliza monumental que un poquito más adelante les dió el Rey de Babilonia, que redujo los sacerdotes del verdadero Dios á limpiabotas de los adoradores del diablo.

¡Consecuencia legítima de confiar en los ángeles de Jehová y no en los cañones Krupp, para salir de los apuros de guerra!

Después de anunciado tan terrible desastre y tan grande desventura, Isaias, que ante todo era un artista consumado, conoce que debe tocar otra cuerda de sonido menos lúgubre, y la

toca con primor, anunciando, no sólo al Mesías, que había de sacar á los judíos de apuros, sino al precursor del mismo Mesías, ó sea San Juan Bautista. Esto dicen los católicos que dice el capítulo XXXIX: yo, por más que le leo, no veo que parezca en ninguno de los versículos la pila de bautizar, que fué la suprema invención de San Juan, ni la piel de carnero que le cubría, ni la famosa cabeza que Herodías presentó en un plato al rey, su tío, ni siquiera el *Agnus Dei* con que los grandes pintores de nuestro siglo de oro solían adornar á San Juan en los cuadros.

Lo que leo y copio es lo siguiente, que parece el retrato en miniatura de Dios:

«El es el que está sentado sobre la redondez de la Tierra (anchas posaderas ha de tener el que rellena tal butaca), y los moradores de ella son como langosta (perdonad, fusionistas, al Espíritu Santo la impía comparación); el que extendió los cielos como nada, y los desplegó como tienda para morar.»

No se me alcanza el parecido que este retrato pueda tener con el Hijo del carpintero de Nazareth; lo que sé es que, sobre la interpretación y sentido del rabo de este versículo, quiere decir, sobre que Dios desplegó los cielos como tienda para morar, se armó el gran lío en Salamanca entre Cristóbal Colón y los doctores en Teología de aquella celeberrima Universidad. ¡Cómo es posible, le decían al ilustre genovés aquellos petulantes del dogmatismo, que siendo los cielos como la lona de una tienda, la tierra que cubre sea redonda? Ignoro lo que les replicó el descubridor de América; pero yo, en su lugar y con su ciencia, les hubiera dicho:

—Pues muy sencillo. Al modo que un solideo; que siendo él un casquete solamente, cubre una calabaza toda entera.

CXLIII

Continuando el retrato de Jehová, dice el buen Isaías, que Dios *hace á los jueces de la tierra como cosa vana*, en lo cual pintiparado encuentro con Jehová á Sagasta, que después de haber chinchorreado de lo lindo con mis denuncias á los respetables jueces, escribanos, alguaciles, magistrados de la Audiencia, fiscales, relatores, magistrados del Supremo y demás gentecilla de la curia, de un plumazo hapsburgolorénico convierte en agua de barrajas las espeluznantes sentencias que dichos sustentáculos del firmamento estrellado de la Justicia borbónica contra mí habían fulminado. Porque nadie me negará, que todo indulto viene á ser una especie de mamola que se le hace á la sentencia correspondiente, la cual deja como saco vacío ó escopeta sin perrillo; de igual manera que nadie negará que Alonso Martínez no hizo otra cosa que indultar, ó sea hacerle mamolas al Código penal; pues al civil, por dicho omni-jurisprudente confeccionado, y que, como la célebre capa del estudiante,

parece un jardín de flores,
toda llena de remiendos
de veinticinco colores,

sé yo bien quién le hará tantas mamolas como artículos tiene, en cumplimiento de mi inapelable sentencia, sin mamola ó indulto posible, de que el tal Alonso Martínez es la más mediana de las medianías de la Europa contemporánea.

«Mas los que esperan en el Señor — añade Isaías — hallarán nuevas fuerzas, tomarán alas como águilas...» en donde veo otra semejanza de D. Práxedes con el Altísimo; pues los que en él esperaron, fusionistas ó centralistas, hallaron nuevas fuerzas, desempeñaron las capas, se habilitaron de gabanes de pieles, y hasta tomaron alas. ¡Vaya si las tomaron! Hasta Cañamaque,

¡Cañamaque, aquel clubista rabiosamente demagógico en 1869! se creyó con talla de ministro, dado que también lo ha sido Villaverde. ¡Villaverde, aquella insignificancia que discurseaba en zorrillista en 1871, para que le hicieran pintado los progresistas cándidos y bonachones!

Porque es de saber que la monarquía restaurada, en manos de fusionistas, se parece á la tienda de un ropavejero, donde van á parar todas las prendas de deshecho republicano, desde Martos barbudo, á un barbilampíne que me tenía frita la sangre con sus planes de incendio universal en tiempo de Amadeo, y vi el año pasado ¡pobrecillo! á tales extremidades conduce el hambre! cubriendo la carrera de S. M. cuando iba á la Salve de Atocha.

Por cierto que el feroz revolucionario, reducido por el hambre á la domesticidad lacayuna, tenía con el frío convertida la nariz en un pimientito de Calahorra.

Hecho el retrato, Isaías le presta voz á Jehová, que se explicotea que es un primor.

Ved lo que dice á los hijos de Abrahám, á los israelitas, á los hebreos, á los judíos, que es como los llaman los cristianos.

«He aquí que confundidos y avergonzados serán todos los que pelean contra ti; serán como si no fuesen, y perecerán los hombres que te contradicen.»

Confiados en estas palabritas y otras por el estilo, los judíos desatendieron el gobierno, la milicia, la administración. ¡Y qué sucedió! Que vinieron los sarracenos y los molieron á palos. Es decir, antes que los sarracenos habían ya venido los romanos y dádoles leña; y antes que los romanos, los griegos, y leña; y antes que los griegos, los asirios, y leña. Quizá por esta larga y elocuente experiencia se dice, con grave ofensa de la teología, en esta tierra de garbanzos: ¡Flate de la Virgen y no corras!

Cierto que los comentaristas católicos, viendo que hasta los chicos de la escuela podrían burlarse de tan claras profecías tan al revés cumplidas, dicen que aquí el profeta habla en cifra y se refiere, no á los judíos, sino á los cristianos. Pero, ¿quién hace caso de semejantes tonterías?

Las monjas en el coro
hablan de casar.

La abadesa dice:
¡Hablar por hablar!

«He aquí mi siervo, le ampararé: mi escogido, mi alma tuvo su complacencia en él: sobre él puse mi espíritu, él promulgará justicia á las naciones. No voceará, ni tendrá acepción de persona, ni será oída de afuera la voz de él. La caña cascada no la quebrará, y la torcida que humea no la apagará: hará justicia según verdad. No será triste, ni turbulento, mientras que establezca la justicia en la tierra: y las islas esperarán su ley.»

He copiado esta larga parrafada con que empieza el capítulo XLIII de la profecía de Isaías, porque quiero dar razón á más de cuatro sabidillos catolizantes y algún Cortón de añadidura, que me acusan de profanar con una bufonada las supremas magnificencias de la *Biblia*, de que quien no se ríe de profetas, es porque no los ha leído.

¿Quién me dirá, en efecto, que el Mesías que aquí se anuncia, con el nombre humildísimo de siervo, manso, pacífico, modesto, blando, paciente, que no sabrá romper un plato, pues á esto equivale lo de que no quebrará una caña cascada, es aquel Mesías de los capítulos primeros, nacido de una virgen, batallador, que hieró con su vara la tierra, aniquila los perversos, silba á los cuatro vientos para levantar soldados y caer sobre los enemigos de Israel como Anibal cayó sobre las legiones romanas al bajar de los Alpes? Nadie que sepa que el mito del Mesías entre los judíos fué en un principio concebido como un ge-

neral fortísimo, destinado á reducir las naciones al yugo de Judá, y después, en tiempos de mayor cultura, hecha la experiencia de la vanidad de este ideal, como un redentor manso y humilde, que por la verdad, la caridad y la justicia que inculca en los hombres con la predicación y el ejemplo, regenera el mundo. Este segundo tipo del Mesías, que Isaías fué el primero en describir, es el que consideran los católicos realizado por Jesús de Nazareth, prestándole, sin embargo, los atributos genealógicos del primero, como forzosá exigencia histórica.

De aquí que los grandes escritores cristianos de los primeros siglos se agarrasen á estos versículos de Isaías como á un clavo ardiendo, para autorizar entre los nuevos adeptos de la religión del Crucificado el cumplimiento de las profecías judaicas. Y de aquí también que yo, parodiando aquel famoso dístico.

La prensa es libre, el escritor esclavo:

Ateme usted esa moseca por el rabo,

poniendo frente á frente este Mesías, que no apaga la torcida que humea, con aquel otro que hierre la tierra con la vara de su justicia y con el espíritu de sus labios mata al impío, me ría de judíos y cristianos cuando me dicen los unos que el carpintero de Galilea fué un impostor y los otros que el Emperador universal por les hebreos aún esperado es una pataña.

¿Estaría de ver que yo tomase en serio estas cosas! ¡Por cuánto menos hay docenas de locos en San Baudilio!

Sentencias más ó menos firmes que encuentro al paso en el capítulo XLIII. Entiéndase que al decir más ó menos firmes, quiero decir más ó menos susceptibles de la mamola de un indulto librepensador.

«No fué formado Dios alguno ante mí, ni lo será después de mí.» Pregunta obligada: ¿quién os formó, señor de Jehová?

«No os acordéis de las cosas pasadas.» Pues es lo mismo que digo yo á los españoles. No es acordéis del catolicismo, ni del diezmo, ni del derecho de pernada de los abades, ni de pagar el presupuesto del culto y clero. Al panteón del olvido con esas antiguallas, que huelen á puchero de enfermo. Probemos cosas nuevas: la República, el librepensamiento, el Jurado, el servicio militar obligatorio, la enseñanza universal gratuita y demás principios que constituyen mi programa de gobierno, que se resume en estas palabras: que cada español, llena la panza de jamón y el espíritu de ciencia, se ría como un bendito de Dios de quien quiera que sea el que pretenda gobernarle mal y explotarle bien.

«Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces.» No sé qué gusto pueda sacar el Señor en que le glorifique las bestias del campo, como no se refiera la profecía á los rurales que acompañaban á Carlos Chapa en sus depredaciones; ni qué honra con los rezos de los dragones y los avestruces, salvo que con estas palabras designase cautelosamente Isaias á los padres jesuitas y á los frailes mendicantes. De todas suertes, como El reclama el culto de los brutos, bueno será que los racionales, para evitar concomitancias denigrantes, se abstengan de perder el tiempo en semejantes fruslerías.

En algo se han de distinguir los librepensadores de las bestias del campo, de los dragones y de los avestruces!

CXLIV

«Esto dice el Señor á Ciro mi ungido...» Así abre Isaias el capítulo XLV de su profecía; y como esto de que el Dios de los hebreos, ó sean los escogidos, entre en palique con el paganazo de Ciro, rey de los medos réprobos, tiene tres pares y medio de bemoles proféticos, conviene

puntualizar las revelaciones para su mayor inteligencia y risa de los librepensadores.

Oído á las fechas.

Aceptando el laberinto de la cronología bíblica, Isaias, puesto que con un parche de figos curó una mortal llaga al rey Ecechias, debió ser contemporáneo de este lacerado señor. Y, como Ecechias entró á reinar 724 años antes de la Era Cristiana, y como Ciro puso fin á la cautividad de Babilonia en el año 538, resulta por sumas y restas algo más firmes que todas las profecías imaginables, que entre ambos sucesos mediaron la friolera de

186 AÑOS;

de modo que, cerca de dos siglos antes de que Ciro naciese, ya Isaias, fino de oído, escuchaba las conversaciones que Jehová tenía con el rey de los medos, que todavía no habían pensado en establecer su imperio,

Pero oigamos, si no todo, parte al menos de lo que el buen Dios de los judíos decía con tantísima anticipación al rey de los medos, que todavía sus abuelos no habían pensado en engendrar.

Atención.

Te asemejé, y no me conocistes (versículo V)
te ceñí, y no me conocistes (versículo VI).

Aunque aquí Jehová parece jugar tontamente á las mascaritas con Ciro, la cosa tiene mucho intringulis. Si Ciro, asemejado y ceñido por Jehová, no conoce á este caballero, no es por falta de vista, ni de perspicacia, sino

«Para que sepan los que hay desde el nacimiento del Sol, y los que hay desde su ocaso, que fuera de mí no le hay Dios: yo el Señor, y no hay otro.»

Lo cual constituye una de las bocanadas más grandes, y al propio tiempo más risibles, que Dios alguno haya podido decir. Pues esta es la bendita hora que, después de muerto y enterrado

«No os acordéis de las cosas pasadas.» Pues es lo mismo que digo yo á los españoles. No es acordéis del catolicismo, ni del diezmo, ni del derecho de pernada de los abades, ni de pagar el presupuesto del culto y clero. Al panteón del olvido con esas antiguallas, que huelen á puchero de enfermo. Probemos cosas nuevas: la República, el librepensamiento, el Jurado, el servicio militar obligatorio, la enseñanza universal gratuita y demás principios que constituyen mi programa de gobierno, que se resume en estas palabras: que cada español, llena la panza de jamón y el espíritu de ciencia, se ría como un bendito de Dios de quien quiera que sea el que pretenda gobernarle mal y explotarle bien.

«Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces.» No sé qué gusto pueda sacar el Señor en que le glorifique las bestias del campo, como no se refiera la profecía á los rurales que acompañaban á Carlos Chapa en sus depredaciones; ni qué honra con los rezos de los dragones y los avestruces, salvo que con estas palabras designase cautelosamente Isaias á los padres jesuitas y á los frailes mendicantes. De todas suertes, como El reclama el culto de los brutos, bueno será que los racionales, para evitar concomitancias denigrantes, se abstengan de perder el tiempo en semejantes fruslerías.

¡En algo se han de distinguir los librepensadores de las bestias del campo, de los dragones y de los avestruces!

CXLIV

«Esto dice el Señor á Ciro mi ungido...» Así abre Isaias el capítulo XLV de su profecía; y como esto de que el Dios de los hebreos, ó sean los escogidos, entre en palique con el paganazo de Ciro, rey de los medos réprobos, tiene tres pares y medio de bemoles proféticos, conviene

puntualizar las revelaciones para su mayor inteligencia y risa de los librepensadores.

Oído á las fechas.

Aceptando el laberinto de la cronología bíblica, Isaias, puesto que con un parche de figos curó una mortal llaga al rey Ecechias, debió ser contemporáneo de este lacerado señor. Y, como Ecechias entró á reinar 724 años antes de la Era Cristiana, y como Ciro puso fin á la cautividad de Babilonia en el año 538, resulta por sumas y restas algo más firmes que todas las profecías imaginables, que entre ambos sucesos mediaron la friolera de

186 AÑOS;

de modo que, cerca de dos siglos antes de que Ciro naciese, ya Isaias, fino de oído, escuchaba las conversaciones que Jehová tenía con el rey de los medos, que todavía no habían pensado en establecer su imperio,

Pero oigamos, si no todo, parte al menos de lo que el buen Dios de los judíos decía con tantísima anticipación al rey de los medos, que todavía sus abuelos no habían pensado en engendrar.

Atención.

Te asemejé, y no me conocistes (versículo V)
te ceñí, y no me conocistes (versículo VI).

Aunque aquí Jehová parece jugar tontamente á las mascaritas con Ciro, la cosa tiene mucho intringulis. Si Ciro, asemejado y ceñido por Jehová, no conoce á este caballero, no es por falta de vista, ni de perspicacia, sino

«Para que sepan los que hay desde el nacimiento del Sol, y los que hay desde su ocaso, que fuera de mí no le hay Dios: yo el Señor, y no hay otro.»

Lo cual constituye una de las bocanadas más grandes, y al propio tiempo más risibles, que Dios alguno haya podido decir. Pues esta es la bendita hora que, después de muerto y enterrado

Ciro, y cuando ya llevan sus huesos veintiseis siglos de estarse pudriendo, todavía ni los de la puesta del Sol, ni los de su Ocaso, ni los del Norte, ni los del Mediodía, ni siquiera los del Centro, quieren declarar que no hay otro Dios sino Jehová. Por el contrario, muchos de los conventos donde se le entonaban salmos en esta tierra de España, clásica de los garbanzos y los vagos místicos, llamados frailes, se hallan hoy transformados en cuarteles para soldados de la Revolución; y, al paso que vamos, en lo que queda de siglo, ni los mismos jesuitas van á hallar en ella un centenar de bobos que suelten la mosca á sus misioneros.

Dejemos, pues, á Jehová echar baladronadas, y á Isaias profetizar de Ciro 186 años antes de nacer éste, y rueda la bola de la descatalogación de incautos.

Porque de cierto, tan sólo un pobre incauto es capaz de presumir de católico después de aplicar la regla de tres á las profecias.

Puesto á darse tono Jehová, sigue en *creciendo*, hasta que en el versículo XXIV suelta lo siguiente:

«Porque á mí se encorvará toda rodilla, y jurará toda lengua.»

Aplicándole á este versículo el procedimiento del tío Paco, el de la *rebaja*, resulta lo siguiente:

Que la Tierra, bien que mal contados, tiene los siguientes millones de habitantes, blancos, negros, rojos y de varios colores, edades y condiciones:

Asia.	800
Europa.	300
América.	90
Africa.	50
Oceanía.	25

Que hacen. 1.265
millones de seres más ó menos religiosos, entre

los que se cuentan mucha gente avisada y de talento positivo que se rie de las religiones todas.

De estos 1.265 millones de habitantes son católicos, á lo más, contando de gracia para el Papa los millones de librepensadores de Francia, Italia, España y América que no doblan la rodilla ante ningún Dios, chico ni grande, son católicos, digo, según los cálculos más galanos para la Iglesia, ó sea la verdadera Tía Javiera de la Religión,

126 MILLONES DE HABITANTES

Es decir, que de cada diez seres racionales, nueve hacen tanto caso de Jehová como yo de las nubes que llovieron en tiempo de Almanzor.

«A mí se encorvará toda rodilla: á mí jurará toda lengua.

En buen hora lo dijisteis sin duda, señor Jehová, cuando en la hora que corrí, apartada de la profecía por la friolera de dos mil y seiscientos años, todavía hay en el mundo, por fuera de los católicos, más ó menos papistas, la siguiente retabila de incrédulos que se permitan reirse de vuestros fieros y amenazas.

Mahometanos.

Judíos.

Protestantes.

Coptos.

Armenios.

Griegos.

Mazdeístas.

Confucistas.

Sabeístas.

Brahmanistas.

Fetichistas.

Panteístas.

Politeístas.

Budhistas.

Fóistas.

Etcétera, etcétera.

Porque, eso sí, la chifladura religiosa todavía no se ha acabado, y muchos tontos consumen en averiguar los dioses que hay, el tiempo que podrían utilizar en cultivar patatas ó remendarse los pantalones. Por fortuna, ha aparecido ya en el mundo la filoxera de la teología, el oidium del misticismo, el mildew de las religiones; se llama el librepensamiento, y es de esperar que pronto dé el canuto á todo el ejército de los dioses y de los sacerdotes que de explotarlos viven.

Amén.

Esta ruina universal de los dioses (exceptuando al egregio Jehová, que yo también meto en la cuenta), fué también profetizada por Isaías.

Oídle cómo se explica el buen hombre, á quien, si hubiera metido á Jehová en la cuenta, le diría: ¡Choca compañero!

Quebrantado ha sido Bel (este Bel no es el amigo mío de este apellido, sino un Dios babilonio, llamado también Baal), *desmenuzados han sido Nabo* (este nabo no es una hortaliza, es otro Dios de Babilonia, aunque feo de nombre): *sus simulacros se han hecho para las bestias y jumentos cargas de gran peso, como lo eran vuestras hasta el cansancio.*

¡Oh! Vosotros, los que en Semana Santa sudáis la gota gorda, llevando los pasos sobre vuestros hombros, quizá no estuviera de más que os hiciérais cargo de la indirectilla que en este pasaje os echa el buen Isaías, que me parece os llama bestias de carga y jumentos.

Por si aun así no lo entendiérais, á causa de la dureza de mollera, el profeta insiste y recalca contra las imágenes de la siguiente manera:

«Vosotros que sacáis el oro del talego, y pesáis la plata con balanza; que alquiláis un platero para que haga un Dios; y se postran y le adoran.»

«Llévanle sobre los hombros, trayéndole y co-

«locándole en su lugar: y se estará y no se moverá de su puesto.»

Que es lo mismo que hacen todavía en Sevilla, y en Zaragoza, y en Toledo los paganos, que con nombre de católicos, cargan con unas andas en que va un pesado Cristo ó una pesadísima Virgen María, y después de echar el hígado trayéndolos por las calles, llévanlos á sus capillas, donde se están quietecitos hasta el año siguiente, que se repite la función, con gran algazara de las bestias de carga y jumentos, que dice Isaías.

Que la emprende de nuevo con Babilonia y la predice su espantosa ruina con palabras verdaderamente grandes y elocuentes, dignas de un patriota hebreo, que ve á los suyos humillados, ultrajados y puestos en vergonzosa esclavitud por los fieros y duros conquistadores caldeos.

De todo este montón de palabras, quiero apuntar las siguientes, que contienen una provechosa enseñanza.

«Todas estas cosas (los males y vencimientos que Babilonia ha de sufrir), vinieron sobre tí por causa de tus muchos maleficios, y por la excesiva dureza de tus encantadores.»

«Te perdiste por la multitud de tus consejos: vengan y sálvente los agoreros del cielo, que contemplan las estrellas, y contaban los meses, para anunciarte por ellos las cosas venideras.»

Lo que quiere decir en castellano limpio y claro, pero no del que clarifican y limpian académicos á lo Commelerán, que Babilonia se perdió por la canalla teológica, cayó en el polvo por culpa de los sacerdotes, y desapareció de entre las naciones á causa de su mentecatez religiosa, que le hacía olvidar lo útil y provechoso para ocuparse de las vanidades de las oráculos, horóscopos, vaticinios y demás jerigonzas y tracamundanas con que sacan los cuartos los sacer-

dotes de todos los cultos á los creyentes de todas las religiones.

Y como lo propio le sucedió á los judíos, y lo mismo á los españoles del siglo XVII, pareceme que el pueblo que se entregue á los teólogos, puede ir disponiendo las costillas para recibir los palos que en ellas han de venir á descargar indetectiblemente los pueblos que conserven el sentido común, que es el enemigo declarado de la teología y sus disparates.

VERITATIS CXLV

Anunciado que ha Isaías en su libro á los babilonios el desastre espantoso que sobre ellos habia de venir—anuncio de que ellos no tuvieron la más pequeña noticia—révuelve el hosco y avinagrado profeta contra los judíos, reprendiéndoles una vez más por su contumacia en lo de la violación del pacto famoso del Sinaí, diciéndoles que mientras á él no se atengan serán deslomados por sus enemigos, y, prometiéndoles que, al fin y á la postre, Jehová, blando para con ellos de entrañas, olvidando tantísimas perrerías como le llevan hechas y le harán, les pondrá en la espetera de las naciones limpios y relucientes, como un cazo famoso que habia en la cocina de mi abuelo.

Pero como estas cosas huelen ya á puchero de enfermo, y están á la saciedad en la *Biblia* repetidas y en estas NOTAS comentadas, las pasaré por alto en beneficio de la paciencia de mis lectores.

Que han de saber, como Isaías, aburrido al ver proféticamente que el Mesías habia de venir, y que los judíos le habían de vapulear de lo lindo, y escupirle é injuriarle de lo sucio, y, por último, crucificarle como á un miserable salteador de caminos en su desesperación nos llama á nosotros, quiero decir, á los que jamás judaizamos un poco, ni en mucho, ni en nada, por ser unos

paganazos de tomo y lomo, para que recibamos de buena voluntad al Cristo de los israelitas que ellos no quisieron, y le levantemos sobre nuestros hombres un trono imperecedero, cuyos chambelanes, cancilleres, condestables, duques, marqueses y ministros de menor cuantía, cubierta la cabeza con una teja, y envuelto el cuerpo con una sotana, han de comerse la décima parte de cuanto nosotros nos agenciásemos en este pícaro mundo.

La cosa, como se ve, no tiene de su parte malicia alguna, puesto que si el Mesías habia de venir, alguien tenía que recibirle. De nuestra parte quizá tenga mucho de tontera, ya que jamás anduvimos en estos negocios de la redención, y, sin embargo, pagamos la patente, que suma la friolera de 42 millones de pesetas á cargo del presupuesto de Gracia y Justicia.

Estos 42 millones de pesetas son la parte única de la profecía que me encocora y subleva; pues encontraría mucho más equitativo que la pagasen los judíos, en castigo de su perversidad. Ni yo me opuse á que Cristo viniera, ni yo tomé parte en su muerte, ni siquiera saqué mi escote en las bodas de Canaán: ¿por qué, pues, he de pagar yo al cura de mi pueblo, que de añadidura y como en donosa correspondencia me excolmulga?

Bien examinadas las cosas, si á Cristo le hicieron en Jerusalén las afrentas y barrabasadas que cuentan los Evangelios, fué porque los judíos no pudieron menos de ejecutarlas. Había una profecía de por medio, que las puntualizaba, y ellos, fieles á sus profetas, cómo pudieran excusarse de darla cumplimiento?

«Mi cuerpo—pone Isaías en boca del Mesías—»di á los que me herían, y mis mejillas á los que mesaban mi barba; mi rostro no retiré de los que me injuriaban y me escupían. El señor Dios es mi auxiliador, por eso no me he avergonza-

«do; y así puse mi cara como piedra muy dura, y sé que no seré avergonzada».

Sin quien le diese de bofetadas, le escupiese, le mesase las barbas, le injuriase y llenara de improperios al hijo de Dios, ¿cómo Isaías llevaría el nombre de profeta? De aquí que lo que tengo indicado resulte fatalmente necesario, quiero decir, que para que el cura de Flix pudiera cobrar su paguita y administrar los sacramentos, era preciso de toda precisión que á Jesucristo le diesen de puntapiés en el pretorio de Pilatos. Y, como lo que es preciso no se puede excusar, de aquí que la perversidad de los malvados que tales horrores ejecutaron, sea una perversidad digna del mayor respeto y estimación, pues estaba ya decretada en los infalibles designios del inmutable Jehová.

¿Quién el osado que se permita vociferar contra lo fatal, contra los decretos del Altísimo?

No yo, que si hubiera de atenerme al refrán «cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas á remojar», puedo considerarme en capilla para una denuncia, dado que la carta *A una madre*, de Ramón Chies, trae á éste empapelado desde hace quince días, con sospechas vehementes de mi parte de que quien en estos tiempos sagastinos próximos á la euaresma, dice fiscalía, dice sacristía.

Así, pues, viendo de atravesar sin naufragio esta sirta de las denuncias, que van siendo ya una broma demasiado pesada, me limitaré á decir que tras el coscorrón de las ruinas, asolaciones, destierros, cautividades y zarandeos con que el profeta amenaza á Jerusalén, viene en este cuento el bollo de una restauración en beneficio de la casa de Jacob, que hará de Sión la Jauja de la teología.

He aquí la explícita manera que Jehová tiene de expresarse acerca de este punto, huyendo de las nebulosidades á que se mostró siempre aficionado,

«Consolará, pues, el Señor á Sión, y consolará todas sus ruinas; y su desierto convertirá en delicias, y su soledad como huerto del Señor. «Gozo y alegría se hallarán en ella, acción de gracias y voz de alabanza.» (Capítulo LI, versículo III.

«Levántate, levántate, vistete de tu fortaleza, «Sión; vistete de los vestidos de tu gloria, Jerusalén, ciudad del Santo; porque no volverá á pasar por ti en adelante incircunciso ni inmundo.» (Capítulo LII, versículo I).

Lo dijo Blas, se dice en mi pueblo, lo dijo Blas y punto redondo. Y, en efecto, muchas, sino todas las cosas que dijo Blas, resultaron otros tantos *bulos*, ó quedaron más en el aire que un globo aerostático arrebatado por una tempestad.

Libreme Dios de comparar á Blas con un profeta; pero lo cierto es, que refiriéndose aquí Isaías á Jerusalén, consta que esta ciudad está en poder de inmundos musulmanes hace muchos siglos, y que de ella y de sus habitantes hicieron mangas y capirotos los romanos, que ciertamente no fueron circuncidados, porque este bautismo de sangre sólo le usaron y usan cierta clase de gentes poco limpias. De aquí al fin del mundo, sin embargo, parece que queda todavía mucho tiempo, y, ¿quién sabe si algún día se acordará Jehová de cumplirle su palabra á la infeliz Jerusalén? Además, parece que en estos pasajes hay también su intrínquis místico ó interpretativo, pues dicen que donde dice Sión, Jerusalén, repoblación de los desiertos, etc., debe entenderse Cristo y la Iglesia, que, en efecto, ha sido y es un jardín donde han florecido y florecen toda suerte de herejías.

En el capítulo LIII hace Isaías la más acabada de sus descripciones del Mesías, siempre dentro del tipo humilde y manso, que fué su más grande concepción como tengo explicado, tipo que tomó la Iglesia y puso al frente de todas sus teologías. Véase la clase.

«Despreciado y el postrero de los hombres, varón de dolores, y que sabe de trabajos; y como escondido su rostro y despreciado, por lo que no hicimos aprecio de él.»

«En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades, y él cargó con nuestros dolores; y nosotros le reputamos como leproso, y herido de Dios, y humillado.»

«Mas él fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fué por nuestros pecados: el castigo para nuestra paz fué sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados.»

«Todos nosotros, como ovejas, nos extraviámos, cada uno se desvió por su camino, y cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros.»

«El se ofreció porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca: como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá y no abrirá su boca.»

Dado que los judíos consideran á Isaias uno de sus más grandes profetas, el primero después de Moisés, todos estos versículos deben serles cargados en las costillas de su asnería á los señores rabinos, que todavía están esperando un Mesías rey, emperador, conquistador y amigo del zafarrancho, después de presentales los cristianos realizada esta descripción en el pretorio de Pilatos, donde el pobrecillo de Jesús fué, en efecto, la oveja, ó más propiamente (porque no me gusta el trueque de sexos) el corderillo mudo y quieto delante de los que le trasquilan.

¡Malos que fueron, en efecto, los trasquilones que dieron al infeliz!

Recuerdo á este propósito cierta señora catalana, muy amiga mia, y más amiga aún de leer la *Imitación de Cristo*. La buena mujer, partidaria de puntualizar y detallar las cosas, se deleitaba contándome las mil y una barbaridades que los sayones y el populacho hicieron al hijo de María.

Esté—exclamaba—le daba un repelón, aquél le tapaba un ojo de un escupitajo, el de más allá le regalaba un puntapié salva sea la parte, el otro le pellizcaba, el otro le daba una bofetada en los morros, el otro le largaba un latigazo, el otro le metía la punta de una caña por el oído ó por los ojos... Así la buena señora recomponia la feroz escena, y, llena de angustia y turbación, concluía invariablemente su exégesis levantando los ojos al cielo raso de la habitación, cruzando las manos sobre el pecho y diciendo:

—¡Pobre Crist! Qui dolor pasaria!

Que en este hombre no hayan visto los judíos al Mesías de Isaias, al cordero trasquilado, es verdaderamente incomprensible, máxime cuando se piensa que de él ha sacado la Iglesia los miles de millones de pesetas que posee sobre la haz de la tierra, y se reflexiona en aquella profunda frase de Mariana, que retrata de cuerpo entero á los judíos, cuando de ellos dije que son gentes que conocen todos los caminos de allegar dinero.

CXLVI

Quizá una alma cándida, quizá un lagarto clerical, de la subespecie luterana, en que se dan arzobispos metropolitanos con una docena de hijos, habidos en cuatro mujeres legítimas sucesivas, me ha escrito una carta, invitándome á suspender el fuego graneado que vengo dirigiendo á la *Santa Biblia*, colmena de que viven los zánganos de varias iglesias diferentes y una sola holgazanería verdadera.

Debo manifestar y manifiesto á mi anónimo comunicante, que á perro viejo no hay tus tus, y, que como lo que yo persigo es que ningún babieca ni ningún tunante puedan, en adelante, embaucar á los cándidos, con romances acerca de la otra vida, del cielo y del infierno, continuaré, aunque le disguste, mi trabajo; sin que

me importe un bledo la cara de vinagre que al leer estas NOTAS pueden poner los obispos protestantes, que harto agradecidos deben estarme por no sacarlos á la espectación pública, para risa descomunal de éstos, los otros y los de más allá; puesto que en España, eso del protestantismo, aparte de las pocas pesetas que pueda costarle á los ingleses la propaganda de la *Biblia*, nunca pasará de un juego burdo de religiosidad, con que media docena de caballeros inocentes, á título de clérigos sin teja, le hacen tanto daño al catolicismo como si le rascaran las pantorrillas.

¡Pues estaría de ver que yo, que trato de sacar á los españoles de Málaga, quiere decir, de las garras felinas de la clerecía católica, consintiera, siquiera fuese con mi silencio, que alguien los llevase á Malagón, esto es, so el poder ridículo y odioso de la clerecía protestante!

Nada, nada; el que quiera hacerse luterano, calvinista ó mormón, que se haga; todo el mundo es libre de elegir el pesebre teológico que más le cuadre; pero tengase entendido que los librepensadores hemos suprimido ese pesebre, la teología, la religión revelada, el culto, el bautismo, la comunión y demás zarandajas, importándosenos muy poco que nos aullen los clérigos así de sotana como de gabán. A éstos, mientras no resisten, podremos guardarles cierta consideración, puesto que al fin y á la postre, lo poco que espigan es á costa de la Iglesia católica; pero si desmandándose, se permitiesen atrevimientos impertinentes, sin duda que habría que mantearlos, hasta hacerles vomitar uno por uno los libros de la *Santa Biblia*, desde el *Genesis* hasta el *Apocalipsis*.

Porque no hay interpretación libre que valga. Lo que es un disparate en sí mismo, disparate será, por más vueltas que se les dé, en todos los tiempos y para todos los hombres. La libertad

de interpretación sólo puede conducir al librepensamiento, esto es, á la negación en redondo de la revelación, como tal revelación. Esto han hecho en Alemania é Inglaterra los sabios y las clases ilustradas, para quienes el cristianismo es ya sólo una leyenda: sólo los cursilones, la turba multa de los ignorantes y de los rutinarios y de los explotadores de la Reforma, son los que se debaten neciamente por avivar un fuego que se apaga y resucitar una religión que agoniza.

Pongamos un caso, que viene como anillo al dedo, y me salta al paso en esta Profecía de Isaías, que vengo anotando.

Dice muy orondo el Profeta, traduciendo palabra por palabra en lengua hebrea el pensamiento de Jehová.

«Por un momento, por un poco te desamparé, más yo te recogeré con grandes piedades.— En el momento de mi indignación escondí un poco de ti mi cara, mas con eterna misericordia me he compadecido de tí, dijo el Señor.»

Esto que dice el Señor, Jehová, Dios, el Altísimo, como se le quiera llamar, lo dice evidentemente á Jerusalén, á Sión, á la casa de Jacob, á Israel á su pueblo elegido, como se quiera entender.

Y continúa:

«Esto es para mí como en los días de Noé, á quien juré, que yo no traería más las aguas de Noé sobre la tierra: así juré, que no me enojare contigo, ni te reprenderé.»

Aquí no hay interpretación que valga, sutileza que sirva, ni recurso aprovechable para disfrazar la verdad.

Jehová, que ha castigado en tiempo de Nabucodonosor con el gran daño de la cautividad y de la dispersión á su pueblo, del mismo modo que castigó con un diluvio á los hombres todos en tiempo de Noé, se arrepiente del daño causado, se vuelve atrás del castigo impuesto, y jura,

que no le volverá á hacer, á modo de chiquillo travieso que besa la mano de su padre que le acaba de azotar.

Ahora bien; si la razón concibe á Dios, le concibe como el ser infinito, inmutable, eterno, justo, sabio, *que jamás se arrepiente porque jamás puede equivocarse.* ¿Me quieren decir los arzobispos protestantes qué Dios es ese que le jura á Isafas que, arrepentido de castigar á los israelitas para siempre en adelante será con ellos misericordioso? Como no me dirán nada que no me tengan dicho los arzobispos católicos, esto es, una porrillada de sandeces, corto por lo sano, me quedo sin Jehová, y de haber necesidad de Dios, me le fabricaré á mi gusto, y con un poquito más de sentido común que todos los dioses de la guardarropia teológica, comenzando por el buey Apis y acabando por el Cordero Pascual.

La promesa de la misericordia eterna de Jehová para con Israel, después de la cautividad de Babilonia, llena el cap. LIV de la profecía; mas esto no impidió á Tito, el hijo de Vespasiano, llevarse en triunfo á Roma muchos años después el famoso candelero de los siete cuernos y las no menos famosas tablas de la ley; como no ha impedido ni impide que la casta de Jacob ande esparcida y humillada sin patria ni hogar, entre todos los pueblos de la tierra, que no se dieron á las divagaciones proféticas.

El capítulo LV comienza con una invitación, que es lástima no constituya derecho, pues de constituirlo no habría pobres ni ricos en el mundo, ni harían falta los Bancos de emisión y descuento.

Todos los sedientos venid á las aguas. Y LOS QUE NO TENÉIS DINERO, APRESURAOS, COMPRAD Y COMED...

Aconsejo á aquellos de mis lectores que quieran hacer una prueba definitiva sobre la eficacia de la revelación, que envíen al mercado á sus

criadas respectivas, no con dinero, sino con la *Biblia* abierta por este pasaje. Si les traen la compra, será prueba plena de que yo soy un mentecato al reirme de estas lecturas; si vuelven corridas ó deslomadas por el carnicero, la verdulera, el panadero, etc., no habrá para que duden una hora más de mi palabra honrada, que les viene hace seis años diciendo que todo esto es música, música y música.

Como es este final del versículo XII:

«Los montes y los collados cantarán alabanza delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas.»

Estos árboles *alabarderos* los saco á luz por si les conviene aprovecharlos á los jefes de *claque* de nuestros teatros: supongo que les saldrían más baratos que los estudiantillos de manos descomunales que al presente se usan.

CXLVII

Pesado y sujeto á quiebras es, en estos tiempos semibárbaros de monarquismo teológico, el oficio de librepensador. Pero en sublimidad, grandeza y desahogo no hay otro que le iguale. Montado en la razón y paladín de la verdad, el librepensador llama á juicio contradictorio todas las vetusteces y antiguallas, las oye en calma, con la serena placidez de la justicia, y, escardando el cebollino místico, arranca sin piedad las plantas inútiles ó dañosas, para que prosperen las semillas de bendición, destinadas á elaborar el pan de vida del progreso. Porque este es el destino humano: llegar á la verdad completa á través de mil verdades parciales, quiero decir que, caminando entre errores, hemos de alcanzar la ciencia, dejando en las zarzas la lana de borregos con que todos, cual más, cual menos, nacimos.

Valgan estas filosofías de credencial á estas

palabras del profeta hebreo, en el comienzo del capítulo LVI:

«Esto dice el Señor: Guardad derecho y justicia porque...»

(El por qué le suprimo, porque es un disparate.) Palabras llenas de sabiduría, pues guardando el derecho y la justicia, no pueden menos de ser feliz la humanidad, aunque mandara la bula lo contrario. A ellas te aten, lector discreto, importándote muy poco de que las dijese Isaias de orden de Jehová, ó que de no haberlas Isaias dicho, las dijese hoy Perico el de los Palotes: porque lo bueno, háyalo dicho quien quiera, bueno es y hacerse debe, pues no hemos de practicar el bien porque tal ó cual lo haya mandado, sino porque á nosotros nos salga de adentro, y por lo hermoso y digno que en sí mismo es el bien.

No es bueno castrar á un hombre, ni tratar al prójimo como extranjero; pero, en fin, puesto que en tiempo de Isaias había eunucos y el extranjero era considerado enemigo, bueno, admirable, sublime resulta que el profeta, levantándose sobre la preocupación de su tiempo, escribiese estas palabras de consuelo y justicia para estos desgraciados:

«Porque esto dice el Señor á los eunucos: Los que observaren mis sábados y abrazaren lo que yo quise, y guardaren mi alianza: les daré lugar en mi casa y en mis muros y mejor nombre que el que dan los hijos á las hijas: nombre sempiterno les daré que no perecerá jamás.»

«Y si los hijos del advenedizo, que se unen al Señor, para honrarle, y para amar su nombre, y para ser sus siervos: á todo el que observare el sábado que no le profane, y que guarde fielmente mi alianza: los llevaré á mi santo monte, y los alegraré en la casa de mi oración: sus holocaustos y víctimas me serán aceptas sobre el altar: porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.»

Lo que quiere decir, aparte gerigonzas teológicas y maneras de hablar privativas de los hebreos, que Dios llama á sí á todos los pueblos en la justicia, borrando la distinción brutal que antes había establecido entre los hijos de Jacob y las demás naciones; y que al mismo variabilísimo Señor, olvidándose de las barbaridades del *Deuteronomio* respecto á las ofrendas y holocaustos, admite los del extranjero y del eunuco, que no tienen la culpa de su castración ni de sus extranjerías, ¡Progreso inmenso el que se ha realizado desde Moisés á Isaias! ¡Que viene este progreso envuelto en teologías! No te importe, amigo, para recibirle. Haz en esto lo que haces con las nueces: después de comer la carne, echa el casco á la lumbre.

Cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento, dice el refrán, y dice muy bien. El tiempo antiguo fué el tiempo de los dioses. Había una porrillada de ellos; y cada uno amparaba su miagita de locura; de modo que el mundo parecía un manicomio suelto. Jehová fué un Dios excepcionalmente soberbio: no admitía colegas. Los demás eran más modestos. Y, como siempre resultará preferible un tirano grande á cien tiranos chicos, de aquí que los menos locos de los hombres fueron aquellos que se avinieron á tener un solo Dios. Estos, no quiero escatimarlos tal honor, fueron los judíos... que no se descarriaron haciendo escurribandas á los altares de los dioses de los pueblos circunvecinos, que en honor de la verdad sea dicho, fueron en tan corto número que podrían contarse por los dedos.

Isaias, como antes que él Moisés, truena y relampaguea contra esta gentuza apóstata, con más razón que un santo. Porque si el Dios nacional de los hebreos tenía humos y hacía barrabasadas, lo que es los dioses de los pueblos vecinos eran la más odiosa canalla imaginable.

Véase la clase, que no me dejará por embustero.

«Que os consoláis con los dioses debajo de todo
»árbol frondoso, degollando vuestros hijos en
»los torrentes, debajo de las eminentes peñas.»

Dime, lector amigo, ¿si en tus librepensadoras manos eayera una docena de estos dioses, que reclamaban el sacrificio de niños, qué harías con ellos?—De mi parte te aseguro, que nuevo Moisés, los molta en un mortero, y desliendo el polvo en ácido sulfúrico, se le hacía beber á todos los teólogos que reglamentaron su culto.

«Y tras la puerta, y tras el dintel pusiste tu
»recuerdo...»

Aquí truena Isaias contra los idólatras, que ponían las imágenes de sus dioses en los portales de sus casas, *detrás de la puerta*. Aviso á esos idólatras que todavía quedan en España, y aun en el mismo Madrid, que adornan sus porterías con charramanduscas imágenes de la Virgen de la Buena Leche ó el Cristo del Buen Parto, digo, del Buen Perdón.

De uno de estos portales, tengo noticias en que allá, por el año 1832, había una Santa Catalina de Sena en el fondo, y un sumidero de aguas sucias á la entrada. Y, como entonces los portales con sumidero suplían á los actuales mingitorios, ¡puedes figurarte, lector piadoso, lo que la pobre virgen italiana del retablo vería y olería!

¡Tan católicos eran nuestros venerados abuelos!

«Clama, no ceses; como trompeta alza tu voz,
»y declara á mi pueblo sus maldades, y á la casa
»de Jacob sus pecados.»

Así comienza Isaias su capítulo LVIII, y, si no fuera por lo de la casa de Jacob, podría dudarse si Jehová habla con el hijo de Amós ó con el hijo de mi padre.

Porque, ¿qué otra cosa hago yo sino clamar sin cesar, alzando la voz tan alto que me la cogen los fiscales, contra la maldad de mi pueblo que se dejó escamotear la República, y contra el pecado de la casa de Tubal que gasta 42 millones de pesetas en presbíteros?

Sin embargo, examinando despacio el versículo, la duda que me ha asaltado al leerle de primeras, es del todo impertinente. Del clamor de Isaias hicieron los judíos el mismo caso que de las coplas de Calaino; mientras que yo, si logro transponer el siglo, todavía he de ver, antes de morirme, una España republicana en la que el que quiera cura se le pague, como es tonto; pero yo y otros lerdos por el estilo, nos ahorraremos la contribución del culto y clero, nombrándonos á nosotros mismos capellanes nuestros de casa y boca.

O en canto llano, como el que le gustaba á maese Pedro el de mono adivino; que con una tranca amojonaremos las lindes de la Iglesia y el Estado.

El diablo cargue conmigo si á su intervención no se debe que en estos tiempos de cuaresma, en que *El Resumen*, velando por la salvación de las almas de la democracia nacional, cuyo intérprete se dice, puntualiza discretísimamente en su Boletín Religioso en lo que consiste el ayuno católico, llegue yo á leer este pasaje de Isaias, en que el gran Jehová pregunta un tanto amosado:

«El ayuno que yo exigí ¿consiste acaso en que
»un hombre aflija su ánima por un día? ¿o que
»tuerza su cabeza como círculo, y que haga
»cama de saco y de ceniza? ¿por ventura llama-
»rás esto ayuno y día aceptable al Señor?»

El simpático competidor de *La Correspondencia de España* en la lectura nocturna, nos enseña que un católico peca tomando entre comidas un dulce, y hace pecar ofreciéndole, si es acep-

tado; y aunque yo dudo si lo dice en serio ó en broma, como al fin y á la postre resulta que esta es la verdad católica; pongo por caso, que una damisela se va derechita al purgatorio, cuando menos, si aun absuelta de adulterio por su confesor, olvidó confesar el quebrantamiento del ayuno con una yema de coco; quiero que conste lo que opinaba Jehová sobre estas delicadísimas cuestiones teológicas.

Hélo aquí en puridad:

«Por ventura el ayuno que yo escogí, no es antes bien este! Rompe las ataduras de impiedad, desata los hacecillos que deprimen, despa-cha libres á aquellos que están quebrantados, y rompe toda carga. Parte con el hambriento tu pan, y á los pobres y peregrinos mételos en tu casa: cuando vieres al desnudo, cúbrelo y no desprecies tu carne.»

De modo que tenemos dos ayunos: uno el que preconiza *El Resumen* en su Boletín Religioso, por intermedio de algún clérigo modelo de santidad; otro, el que *yo escogí*, dice Jehová.

«¿Cuál escoges tú, buen hombre que esto lees? El ayuno en que es pecado comer un caramelo entre horas, ó aquel en que es obligación dar de comer al hambriento y vestir al desnudo y aliviar la carga al abatido?»

Si no acertares á elegir, puedes consultar con mi capellán el padre Miralta; y si no supieres dónde hallarle, yo te indicaré su confesonario. No tiene pérdida: es un chirimbolo, á modo de arcón de guardar hogazas, donde se lee esta palabra:

DIRECCIÓN GENERAL

CHIFLADURAS

CXLVIII

Después de consagrar los que pudiéramos llamar ayunos del corazón, y tronar contra los ayunos del estómago, que llamar pudiéramos

farándulas de la bucólica teológica, pasa Isaías á profetizar largo y tendido sobre la suerte de los judíos, entre los cuales dice: *No hay quien llame la justicia, ni hay quien juzgue con verdad*; palabras que me parecen bastantes y aun sobrantes para calificar á un pueblo de encanallado y podrido, y hasta para predecir, sin ser profeta, su ruina y desolación.

A continuación, recalcando el concepto de la perversidad israelita, el profeta escribe este morrocotudo y laberíntico versículo:

«Rompieron huevos de áspides, y tejieron telas de araña: quien comiere de los huevos de ellos, morirá; y de lo que se empollare, saldrá el basilisco.»

Dejando á un lado el socorrido entretenimiento de estos malvados que tejen telas de araña, y no metiéndome en averiguaciones respecto al sabor de los huevos de ellos, pregunto yo: ¿qué es el basilisco?

Sin duda que será un animal, puesto que le encuentro en la *Biblia* consagrado, aunque no descrito, y la palabra divina no puede fallar.

Si consulto la tradición, hallo que basilisco viene del sustantivo griego *basiliskos*, que quiere decir *reyezuelo*, como diminutivo que es de *basileus*, que quiere decir rey. Hallo también que, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, vienen diciendo las gentes que los gallos, cuando llegan á viejos, ponen un huevo, del que sale una serpiente, que mata con solo mirar, y sólo puede ser muerta mirándola á ella primero: esta serpiente es el basilisco. Y hallo, por último, que personas cachazudamente curiosas, concordando las mil y un estrafalarias descripciones dadas del basilisco, pintan á éste en forma de una culebra mediana, con una cresta á modo de corona en la cabeza y una lengua en figura de lanza que le sale de la boca.

Pero si consulto las obras de los más célebres

tado; y aunque yo dudo si lo dice en serio ó en broma, como al fin y á la postre resulta que esta es la verdad católica; pongo por caso, que una damisela se va derechita al purgatorio, cuando menos, si aun absuelta de adulterio por su confesor, olvidó confesar el quebrantamiento del ayuno con una yema de coco; quiero que conste lo que opinaba Jehová sobre estas delicadísimas cuestiones teológicas.

Hélo aquí en puridad:

«Por ventura el ayuno que yo escogí, no es antes bien este! Rompe las ataduras de impiedad, desata los hacecillos que deprimen, despa-cha libres á aquellos que están quebrantados, y rompe toda carga. Parte con el hambriento tu pan, y á los pobres y peregrinos mételos en tu casa: cuando vieres al desnudo, cúbrelo y no desprecies tu carne.»

De modo que tenemos dos ayunos: uno el que preconiza *El Resumen* en su Boletín Religioso, por intermedio de algún clérigo modelo de santidad; otro, el que *yo escogí*, dice Jehová.

«Cuál escoges tú, buen hombre que esto lees! El ayuno en que es pecado comer un caramelo entre horas, ó aquel en que es obligación dar de comer al hambriento y vestir al desnudo y aliviar la carga al abatido?»

Si no acertares á elegir, puedes consultar con mi capellán el padre Miralta; y si no supieres donde hallarle, yo te indicaré su confesonario. No tiene pérdida: es un chirimbolo, á modo de arcón de guardar hogazas, donde se lee esta palabra:

DIRECCIÓN GENERAL

CHIFLADURAS

CXLVIII

Después de consagrar los que pudiéramos llamar ayunos del corazón, y tronar contra los ayunos del estómago, que llamar pudiéramos

farándulas de la bucólica teológica, pasa Isaías á profetizar largo y tendido sobre la suerte de los judíos, entre los cuales dice: *No hay quien llame la justicia, ni hay quien juzgue con verdad*; palabras que me parecen bastantes y aun sobrantes para calificar á un pueblo de encanallado y podrido, y hasta para predecir, sin ser profeta, su ruina y desolación.

A continuación, recalcando el concepto de la perversidad israelita, el profeta escribe este morrocotudo y laberíntico versículo:

«Rompieron huevos de áspides, y tejieron telas de araña: quien comiere de los huevos de ellos, morirá; y de lo que se empollare, saldrá el basilisco.»

Dejando á un lado el socorrido entretenimiento de estos malvados que tejen telas de araña, y no metiéndome en averiguaciones respecto al sabor de los huevos de ellos, pregunto yo: ¿qué es el basilisco?

Sin duda que será un animal, puesto que le encuentro en la *Biblia* consagrado, aunque no descrito, y la palabra divina no puede fallar.

Si consulto la tradición, hallo que basilisco viene del sustantivo griego *basiliskos*, que quiere decir *reyezuelo*, como diminutivo que es de *basileus*, que quiere decir rey. Hallo también que, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, vienen diciendo las gentes que los gallos, cuando llegan á viejos, ponen un huevo, del que sale una serpiente, que mata con solo mirar, y sólo puede ser muerta mirándola á ella primero: esta serpiente es el basilisco. Y hallo, por último, que personas cachazudamente curiosas, concordando las mil y un estrafalarias descripciones dadas del basilisco, pintan á este en forma de una culebra mediana, con una cresta á modo de corona en la cabeza y una lengua en figura de lanza que le sale de la boca.

Pero si consulto las obras de los más célebres

naturalistas, hallo que el tal basilisco, que mata mirando y nace de un huevo de gallo vivo, es una de tantas patrañas, ó si se quiere, de tantos mitos, como la ignorancia popular ha forjado; á menos que convengamos en que, aunque no nacidos de huevos de gallos, son verdaderos y auténticos basiliscos esos canónigos y prebendados que, á bofetada limpia, ensangrientan de vez en cuando los coros de las catedrales, más ó menos góticas, de nuestra archieatólica y archiepiscopal España.

¿Sería de los que últimamente se han apañado en Salamanca de quienes profetizó Isaías! ¡Quizá! Porque en el campo de la Historia Natural no cuaja el basilisco, y para no dejar al profeta bajo la inculpación de recoger patrañas en su libro, á cualquiera interpretación puede y debe apelar toda buena y ancha conciencia católica.

Concluyamos, pues, que el basilisco, de ser algo real y efectivo, no es el *rayo* como pretenden los interpretadores del *Folk-Lore*, sino el clérigo iracundo y reconcomido, que ve atrapada por un colega la prebenda ó beneficio con que sueña su ambición sotanesca, que es la más fulminante de las ambiciones.

La ley de las excepciones es una ley terrible, si bien se medita, pues por excepción, el peor tirador da en el blanco; por excepción, un cura puede ser persona razonable; por excepción, Commelerán puede figurar entre los literatos; y por excepción, finalmente, puede haber auténticas y evidentes profecías.

Digo esto, al propósito del capítulo LX de Isaías, donde encuentro estas palabras, dirigidas á Jerusalem por el hijo de Amós:

«Levántate, esclareécete, Jerusalem: porque ha venido tu lumbre, y la gloria del Señor ha nacido sobre tí... sobre tí nacerá el Señor, y su gloria se verá en tí.—Y andarán las gentes á

«tu lumbre, y los reyes al resplandor de tu nacimiento.»

En cuyas palabras, debidamente anotadas por el reverendo P. Scio, con aprobación eclesiástica, hasta un ciego ve que se anuncia el nacimiento de Jesucristo, y la gloria de la Iglesia; sin que quepa la chirigota de que el Mesías nació en Belén, y no *sobre Jerusalem*, esto es, á nueve leguas del lugar profetizado; porque tan insignificante distancia nada importa en la geografía profética.

Yo, al menos, declaro honradamente que esto lo tengo por verdadera y auténtica profecía; pues si alguna impía duda me asaltase, la desvanecen, como el sol desvanece las neblinas, estas palabras que encuentro un poco más adelante:

«Y mamarás leche de las naciones, y serás amamantado por el pecho de los reyes...»

O, como más cochinescamente aún, traducen los protestantes:

«Y mamarás la leche de las gentes, la teta de los reyes mamarás...»

Lo cual, ó no hay profecía posible, ó se refiere evidentemente á Roma, que hace diecinueve siglos que viene mamando la leche de las gentes y la teta de los reyes.

Al que este curso de *mamología* universal en beneficio de la Iglesia no le convenciese, convénzanle estas palabras, que son el remache del profético clavo.

«En lugar de cobre traeré oro, y por hierro traeré plata, y por leños cobre, y por piedras hierro.»

Que no tiene explicación posible sino en boca de Pedro el Vicario, como muy cuerdamente interpretaron nuestros católicos abuelos los procuradores en Cortes, que sabían bien donde les apretaba el zapato clerical, cuando en cien ocasiones diversas elevaron su voz pidiendo que no

se dejase salir del reino oro ni plata para Roma.

Habrían los buenos hombres leído atentamente estos versículos y dicho lo que yo: ¡Tate! ¡tate! Siendo esta la más clara de las profecias y convirtiéndonos en tontos, que cambian el oro por cobre, la plata por hierro y la calderilla por madera, ¿no mereceríamos una albarda si nos la dejáramos poner?

El capítulo LXI es también en diablamente profético. Aparece en él el Redentor del género humano, digo, del género judío, pues si bien el tal Redentor vendrá á evangelizar á los mansos, y á medicinar á los contritos, y á predicar remisión á los cautivos, y á abrir las cárceles á los presos, su día, su famoso día, será

El día de venganza de nuestro Dios. (Versículo II.)

Y como este *nuestro* no es el *nuestro*, sino el *suyo*, esto es, el Dios de Abrahám, y de Isaac, y de Jacob, y de las doce tribus, no habiendo nosotros nacido de tales padres, ni estando empadronados en las tales doce gavillas de fornicarios, la venganza profetizada nos ha de aguar forzosamente la fiesta de la redención; reniego, pues, previamente de ella, viniendo como ha de venir entre palos y coscorrones.

Gazapo de traducción, ó traición, que tanto monta, en el capítulo LXII, versículo II.

Dice el P. Scio, católico:

«Y verán las gentes á tu Justo, y todos los reyes á tu Inclito: y te será puesto un nombre nuevo, que el Señor nombrará en su boca.»

Dice Cipriano de Varela, protestante:

«Entonces verán las gentes tu justicia, y todos los reyes tu gloria: y te será puesto un nombre nuevo que la boca de Jehová nombrará.»

Respecto al nombre nuevo, no hay nada que hablar, porque de ponerse á ello, habría que hablar tres años seguidos, puesto que todos los nombres de los dioses los reducen los sabios, que

saben lo que se pescan en filología, á dos ó tres palabras, de esas que se llaman onomatopéyicas. El nombre nuevo es Manuel, y también Emmanuel, y Jesús, y el Verbo, y Cristo, y Jesucristo, y Mesías, etc. Jehová se había hecho viejo y precisaba una renovación.

Pero ¿por qué dice el católico Justo é Inclito, como si se tratase de un hombre de carne y hueso, y el protestante dice Justicia y Gloria, como si se refiriese á una idea intangible? El texto hebreo es uno. ¿Quién de los traductores le ha falsificado?

Allá en Osuna hay dos doctores que sabrán responder á los curiosos. A mi lo único que se me alcanza es que, como al catolicismo le hace mucha falta personificar y más personificar, donde quiera que halla barro á mano, fabrica un monigote. Los protestantes, más aficionados á la metafísica, se complacen en dejar las cosas en una vaguedad encantadora, que dé pretexto á graves meditaciones sobre una jarra de cerveza. De aquí que de lo que los unos hacen un Justo, hacen los otros una Justicia. ¡Un simple truco de sexos, que cualquier librepensador bien humorado puede resolver facilísimamente, declarando á Dios del género epiceno!

CXLIX

Dejando á un lado el género que haya de tener Dios en la Gramática, dada su índole teológica revelada en la Profecía, lo cierto es que el versículo subsiguiente es una subsiguiente jerigonza. Dice así, dirigiéndose á Jerusalem:

«Nunca más te llamarán Desamparada, ni tu tierra se dirá más Asolamiento; sino que serás Hephzi-bah, y tu tierra Beulah; porque el amor de Jehová será en tí, y tu tierra será casada.»

He copiado la traducción protestante, porque no es tan tonta como la católica; pero en honor de ésta he de decir que vierte las palabras que

la otra deja en hebreo, enseñándonos que, *Hephzibah*, debe decirse *mi voluntad en ella* y *Beulah* habitada; con lo cual, ni tú, lector, ni yo, entendemos el versículo. Pero si le entendiéramos, ¿hubiésemos yo atrevido á llamarle jerigonza?

De todas suertes, *el nunca más*, se refiere á la venida del Mesías, y, como menos de un siglo después de ella, arruinaron los romanos á Jerusalén, ¿qué diremos de ese *nunca más*? Que *nunca más* un español de seso, después de acabar yo, si es que acabo, estas anotaciones, vuelva á calentarse los cascos leyendo la *Biblia*, puesto que de ella se saca lo que el negro del sermón, los pies fríos y la cabeza caliente.

«Juró Jehová por su mano derecha, y por el brazo de su fortaleza...»

Con menos aparato han jurado estos días en el juicio oral del crimen de la calle de Fuencarral, docenas de testigos que se han contradicho miserablemente. De suerte, que el que jura, máxime siendo un Dios, me parece persona de poca trascendencia. Con decir verdad le basta al hombre honrado, y á Dios... hacerle jurar páreceme que es rebajarle á la condición de un testigo de poca confianza. Los católicos lo entienden de distinta manera, y parece que se inflan de orgullo por tener un Dios con mano derecha y brazo fuerte; pero, ¿quién se entiende con los católicos, á no ser otros tales como ellos?

Música profética.

Lleno de énfasis Isaías, abre su capítulo LXIII con esta preguntita:

«¿Quién es este que viene de Edom, y de Bosraf...» No lo sé, Señor, quizá fuese algún matutero, si en Jerusalén estaban tan altos los consumos entonces como ahora en Madrid, dado que le pintáis de esta manera:

«¿Pues por qué es bermejo tu vestido y tus ropas como las de los que pisan en un lagar?»

Esa gente que trafica en vino es terrible para

los Abascales hoy día, y presumo que lo fué siempre. Me confirma en mis sospecha esta otra palabra que decís:

«Porque el día de la venganza está en mi corazón, el año de mi redención ha venido.»

La cual explica el P. Scio de esta caritativa manera: «Porque llega el día en que tengo resuelto vengarme de mis enemigos, y ese día, que les será tan funesto, será principio de salud, de libertad y de cumplido gozo á mis amigos y ciudadanos.» En que aparecéis como un capataz de los *chorizos*, que se las jura á todos los *polacos*, para el día en que coja la sartén del resguardo en la mano.

Yo no puedo concebir, señor, que un día de juelga teológica, como el día de la redención, le anubléis con la infinidad de chicharrones que habríais de enviar á Pedro Botero, de tomar en serio las mil y una perrerías que á diario os hacen vuestras criaturas. De aquí mi voto en contra de todas religiones que os explotan, señor Dios de los ejércitos... de beduinos.

Como no creeré, aunque me ahorquen, que vos, Dios mío, hayáis dictado esta fea y asnal comparación, que rellena el versículo XIV:

«Como á un JUMENTO que baja por una vega, así te guió (al pueblo escogido) el Espíritu del Señor: así condujiste á tu pueblo para ganarle un nombre glorioso.»

No. Aquí ha de haber un error de copia, ó de no haberle, Isaías tendría acatarrado el timpano y trocaría una palabra por otra. Comparar el pueblo de Israel á un jumento, es una irreverencia, es casi una injuria. Si siquiera le hubiera llamado asno ó burro, tendría disculpa! Pero jumento!

«¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras! A tu presencia los montes se derretirían. Como quemazón de fuego se deshicieran, las aguas arderían en fuego para que conociesen tus enemigos tu nombre: á tu presencia las naciones

»se turbarían.—Cuando tú hicieras maravillas no
 »las soportaremos: Descendiste y á tu presencia
 »los montes se derritieron.—Desde el siglo no
 »oyeron, ni con los oídos percibieron: ojo no vió,
 »salvo tú, ó Dios, lo que has preparado para
 »aquellos que te esperan.

»Saliste al encuentro del que se regocija y hace
 »justicia: en tus caminos se acordarán de tí: he
 »aquí que tú estás enojado, y pecamos: en peca-
 »dos estuvimos siempre y seremos salvos.

»Y todos nosotros nos hemos hecho como un
 »impuro, y como un paño de menstruosa son to-
 »das nuestras justicias: y caímos todos como
 »hoja, y nuestras maldades nos arrebataron
 »como un viento.

»No hay quien invoque tu nombre: quien se
 »levante y te detenga: escondistes tu cara de
 »nosotros, y nos estrellastes contra nuestra mal-
 »dad.—Y ahora, Señor, nuestro padre eres tú, y
 »nosotros barro: y nuestro alfarero tú, y obras
 »de tus manos todos nosotros.

»No te enojas mucho, Señor, y no te acuerdes
 »más de nuestra maldad: he aquí, miranos, pue-
 »blo tuyo somos todos nosotros.—La ciudad de
 »tu Santo hizose desierta, Sión ha quedado yer-
 »ma, Jerusalem está desolada.—La casa de nues-
 »tra santificación y de nuestra gloria, en donde
 »te alabaron nuestros padres, se ha convertido
 »en llamas de fuego, y todas nuestras cosas pre-
 »ciosas han parado en ruinas.—¿Pues, Señor, al
 »ver todas estas cosas, te estarás quedo, calla-
 »rás, y nos afligirás en gran manera»

He copiado esta larguísima parrafada, que
 constituye íntegramente el capítulo LXIV de esta
 profecía, por varias razones:

1.^a Por exhibir los paños sucios de la mens-
 truosa á cuenta y riesgo del profeta; pues de ha-
 cerlo á mis expensas, podría costarme cara se-
 mejante porquería, máxime si mandaran los con-
 servadores, y fuesen ministros Villaverde, ó el

conde de Toreno, personas tan pulcras en el de-
 cir como en el obrar, que le aplicaban el ar-
 tículo XXII de la ley provincial al lucero del
 alba, que pasa por la más limpia de las es-
 trellas.

2.^a Porque deseo que mis amados lectores se
 entretengan por sí mismos en anotarle. Es un
 ejercicio convenientísimo á todo buen librepen-
 sador el de conocer personalmente á los señores
 profetas, para que los teólogos les hallen preve-
 nidos contra todo sofisma, y los místicos contra
 todo disparate.

3.^a Porque, aunque te parezca mentira que
 sobre aquellos trapos, sobre esos montes que se
 derriten, sobre esas terribles obras de alfare-
 ría de Dios, se hayan podido levantar disputas
 serias los teólogos heréticos y los ortodoxos han
 armado sobre este capítulo tales marimorenas,
 que para dilucidar quiénes disparataban menos,
 hubieron de acudir á romperse la crisma en los
 campos de batalla.

4.^a y última. Porque me ha dado la gana;
 que es una razón que, expuesta al principio, pu-
 diera haberme ahorrado las otras tres. Pero yo
 soy así, por contagio teológico; me entretengo en
 amontonar palabras, para concluir por decir:
 caballeros, todo esto es música.

Pudiera dispensármese de anotar el capítulo que
 tengo delante, porque nada dice en él de nuevo
 Isaías; pues lo de que el Mesías vendrá y no le
 aceptarán los judíos á quienes estaba prometido,
 pero le adorarán los gentiles que no entendían
 una palabra del mesianismo, es cosa vieja y pa-
 sada en cuenta de risas. Mas como este capítulo
 es el penúltimo, en gracia al placer con que le
 veo el rabo á esta profecía, recogeré de él los si-
 guientes versículos:

«Por cuenta os pasaré á cuchillo, y todos caeréis
 en la matanza...» que en castellano quiere
 decir: ni una rata judía, ni una chinche hebrea,

se librarán de la degollina que tengo dispuesta para cuando envíe al Unigénico.

«Porque he aquí que yo crío nuevos cielos, y nueva tierra, y las cosas primeras no serán en memoria, y no subirán en mi corazón.»

Afortunadamente los comentaristas católicos han dejado toda esta promesa, no de redención, sino de reconstrucción en pura metáfora. Dicen (¡algo habían de decir!) que el profeta habla aquí en un sentido muy elevado, tan elevado, que se le pierde de vista, y que lo que se vaticina es la Iglesia, que es lo nuevo, surgiendo de la Sinagoga, que era un vejestorio.

Por fin llegamos al final de esta divagación que anotamos. ¡Tendré yo paciencia! ¡Serán hígados los míos cuando me paso las horas en anotar lo que ya nadie se atreve a leer!

Generalmente, los autores de genio como Isaías, guardan para el final de sus libros lo más alisonante y estrepitoso, imitando cuerdamente en esto á los pirotécnicos, que siempre dejan para el final de sus fuegos artificiales algún castillo con mucha guarnición de artillería.

El Cielo es mi trono y la Tierra peana de mis pies, dice el Señor en el primer versículo del capítulo final; frase soberbia y de relieve, que le mete de golpe y porrazo á un católico la idea de la Divinidad en la cabeza. Allá sobre las nubes un sillón á lo Voltaire; aquí en la tierra una especie de taburete; un gigantón sentado en la butaca y restregándose las suelas de los zapatos en los Campos Catalaunicos ó en la llanura de Albacete; puede darse cosa más propia y adecuada para representar la sabiduría infinita, el poder infinito, el aliento infinito que penetra los infinitos mundos, y cuyo vaho parece manifestarse á los ojos en esas blanquecinas manchas que constituyen la Vía Láctea? No; y de aquí la discreción con que la Iglesia repite hasta la saciedad en sus libros de ritos esta frasecilla.

Entren todos y salga el que pueda, que habla el alto Jehová. Atención.

«El que inmola un buey, es como que mata á un hombre: el que sacrifica una res, como el que deseeviga á un perro: el que ofrece...»

¡Basta! Los católicos sin duda habrán buscado una interpretación cualquiera teológica para hacer pasar esta doctrina atroz de que el que inmola un buey es como el que mata á un hombre. Sin interpretar, esto sería la más nefanda sentencia que se hubiera escrito, desde que se inventaron las letras hasta que se han escrito las mentirosas declaraciones de la Higinia Balaguer, una damisela tan amiga de la mentira, que hasta cuando se confiesa homicida creen que miente los que la oyen declarar y no pertenecen á la curia.

Curso de ginecología mística.

«Antes que estuviese de parto, parió: antes que llegase su parto, parió un hijo varón. ¿Quién jamás oyó cosa tal? y quién la vió semejante á esta? ¡parirá acaso la tierra en un día, ó parirá de una vez una nación, porque ¿Sión estuvo de parto y parió sus hijos? Pues yo que á los otros hago parir, ¿no pariré yo mismo, dice el Señor? Yo que á los otros doy la fecundidad, ¿seré acaso estéril, dice el Señor tu Dios?»

No, Señor mío, no sois estéril, porque es público y notorio que no hay más que dos machos que hayan parido: vos, que paristeis el Verbo, y un duro cualquiera, que, en manos de un prestamista al pormenor, pare, bien manejado en las plazuelas, hasta doce reales al año.

Con lo cual, dejando en paz á Isaías y á las profecías dormir el sueño del eterno olvido, permíteme, lector amable, que yo también me vaya á dormir, no sin echarte mi excomulgada bendición, si acertases á vivir el resto de tus días en paz con el Código penal vigente y en risa con

nua de los que, soñando despiertos, ejercieron de videntes, sibilas, agoreros, nigrománticos, oficios que, adelgazándose y envileciéndose á través de los siglos, han dado de sí la gitana echadora de la buena ventura por míseros diez céntimos de peseta.

CL

LA PROFECIA DE JEREMIAS

Hémos aquí, lector amable, delante de aquel preclaro llorón judío, que sirve de prototipo á todos los quejones; hombre que se pasó toda la santa vida lamentándose y anunciando ruínas y desastres, dejando su nombre por mote á cuantos dan en la flor de mirar al mundo á través de un cristal ahumado. Ese es un Jeremias, habrás oído de decir del montón de hipocondriacos que hacen aborrecible la existencia con sus continuas quejas de todo; y de jeremiadas habrás oído calificar esas lamentaciones, tan ridiculas como hipócritas, con que nos enturbian el más legítimo placer los pícaros que tratan de parecer hombres de bien, vociferando que la sociedad está perdida y el mundo marcha á su desquiciamiento moral, porque ya sabemos todos á qué atenernos en puntos de teología dogmática y de alquimia milagrera.

Pues bien; el Jeremias de esas comparaciones es el segundo de los profetas bíblicos, mozo que empezó desde chiquirritín su azarosa carrera, puesto que ya desde el vientre de su madre, que le concibió de un tal Helcias, le destinó Jehová al oficio, y á los quince años profetizaba que era una bendición de oculistas, pues lo mismo era ponerse á profetizar que se arrasaban en lágrimas los ojos de las gentes lo mismo que si les aplicasen una cebolla picante.

Lo que este profeta escribió en tres libros, que se titulan *Las Profecías*, *Las Lamentaciones* y *Paráfrasis de Las Lamentaciones*, debidamente

traducidos, anotados y canonizados por la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, es lo que se llaman *jeremiadas*.

Pocos é insignificantes son estos datos biográficos; más habrás de contentarte con ellos, lector, y con saber que á Jeremias le tocó el *chinazo*, quiero decir, ver el anunciado desastre de la toma de Jerusalem por los caldeos, presenciar la ruina del templo famoso y asistir á la transigración de los judíos á Babilonia en tiempo de Nabuzardán, general de Nabucodonosor.

Como el oficio de profeta es por su naturaleza peligroso y arriesgado, Jeremias pagó el tributo de sus lamentaciones en buenos días de cárcel que sufrió y buenas palizas que le propinaron, hasta que, escapado á Egipto, como todavía le diera el naípe por la profecía, sus propios correccionarios le mataron malamente para verse libres de las reprensiones de un hombre que, después de haberlos calentado para que se insurreccionasen contra los opresores de la patria, como les saliese mal la intentona, le achacaban la culpa del desastre.

Sin duda por esta hazaña Jeremias goza en el otro mundo del derecho de libre locomoción, pues consta que muchos años después de muerto en Egipto, se le apareció en Judea al perinclito Judas Macabeo en un sueño en que le reveló lo que debía hacer para destronar á un tirano.

Consigno esta circunstancia y señalo este hecho, por si nuestra desventurada justicia histórica, reclamando los servicios de su digna compañera la Iglesia, desea utilizarle, invocando al santo profeta para averiguar por su intermedio cuáles fueran los verdaderos matadores de doña Luciana Boreino.

Nadie podrá negar que sea éste un procedimiento más científico y al propio tiempo más honesto que el de la hipnotización de Higina Balaguer, que no ha faltado quien proponga.

Dejando al hombre, que fué una especie de fraile en la especie de convento que habia en Anatot, á una legua de Jerusalem, como quien dice en Carabanchel de Abajo, ocupémos de su obra, examinemos las *jeremiadas*.

La primera que hizo á los quince años, fué la siguiente que tiene mucho que rumiar; pues dice que le dijo Dios:

«Antes que te formara en el vientre, te conocí; y antes que salieras de la matriz, te santifiqué y te puse por profeta entre las naciones.»

Donde toda la teoría y práctica de la *predestinación* se contienen, aboliendo por un simple versículo de un muchachito metido á profeta la libertad humana y todas sus consecuencias. Pues así como Dios destinó, desde antes de ser concebido, á Jeremías para que profetizase y aburriese á sus contemporáneos, es lógico é indefectible que destinó de la misma manera á los otros para que no le hiciesen caso, como destinó á Frascuelo y Lagartijo para estoquear toros, á Julián Gayarre para cantar el *O paradiso* de *La Africana*, y á Peña Costalago para desacreditar el secreto del sumario.

Esta teoría de la *predestinación*, aquí esbozada por Jeremías, vila yo cierto día muy graciosamente, por cierto, desenvuelta y practicada por un canónigo aragonés.

Creíase el buen presbítero destinado desde el vientre de su madre á seductor de doncellas, y lo mismo era verso á solas con una de éstas, que entregarse furiosamente á la fatalidad de su destino. El día de mi historia lo era de ferias y toros, y la requebrada de amores una forzuda molinera que se echaba al hombro un costal de trigo como si fuera de paja. Mientras el canónigo no pasó de las palabras, la molinera le oyó, como oía moler al molino, sin hacerle maldito el caso. Pero cuando, alentado por el silencio, pasó el clérigo de las palabras á las obras, la molinera,

que no sufría cosquillas, cogióle por la mitad del cuerpo, como si fuera una talega, y arrojóle por el balcón á la plaza, á tiempo que el toro que se corría pasaba por debajo y le enganchaba de la sotana con los cuernos.

Paseó el animal al cura por todo el redondel entre el asombro y risas de los espectadores, que comprendieron pronto lo sucedido, viendo al cura cosas que el pudor obliga á ocultar, y oyendo á la molinera palabras que la decencia no permite escribir.

Y desde entonces, cada vez que oigo que alguien ha nacido para algo especial, me digo á mi mismo muy bajito: ¡sí, como aquel canónigo que echó al toro la molinera habia nacido para Tenorio!

Tan pronto como fué consagrado profeta, Jeremías vió dos cosas al parecer insignificantes, como son una vara vigilante y una olla encendida, pero en realidad la vara y la olla eran Jehová y los pueblos del Alquilón, según Dios le explicó en una detenida conferencia que con él celebró.

Con estas visiones tuvieron lugar en tiempos del rey hebreo Josías, las encuentro racionales y satisfactorias. De acaecer en estos días del rey español Alfonso XIII, la vara representaría el bastón de Peña Costalago, y la olla del presupuesto de culto y clero.

Cada cosa en su tiempo y los nabos en ad-
viento.

Jeremías, por orden de Jehová, les suelta una terrible catilinaria á los judíos en el capítulo II, diciéndoles que son unos perversos, unos encanallados idólatras, entregados á todas las abominaciones del pecado; y como lo propio les decía Isaías antes que él; y como de igual manera les hablaron después que ellos otros muchos profetas, es forzoso admitir que tantos caballeros no pudieron engañarse, y que, en efecto, el pueblo

elegido debió ser antaño lo que es ogaño, esto es, una familia ocupada en hacer de un duro veinticuatro reales, á quien se le da lo mismo por lo que va que por lo que viene, como no sean monedillas de cinco duros.

Haz tú la prueba, lector, señalando con un punzón una de ellas, y si al mes de andar rodando por el mundo, no la encuentras en las arcas de Rosdchild, ó de alguna de sus sucursales, te convidó á café, con media tostada como la que nos están dando todos esos señores partidarios de la libertad... de sacar al pobre pueblo el redaño.

Porque la libertad sin igualdad, échala en remojo, hasta que suelte la pringue de la explotación con que está barnizada.

Tronando contra los adoradores de imágenes tiene Jeremias una frase feliz en este capítulo, y es la siguiente:

«Que dicen á un leño: mi padre eres tú; y á una piedra, tú engendraste»

A pesar de la cual, los adoradores de imágenes tan católicos, tan apostólicos y tan alcornoqueños y pedrusquizantes.

Lo que ellos dicen: predicame padre, que por un oído me entra y por otro me sale, ó como refraneaba Sancho Panza, repréndeme mi madre y yo tomójealas.

Al cap. III podríamos considerarle un ejemplo de conjugación del verbo fornicar. Leo en él:

«Mas tú has fornicado con muchos amadores (v. I). Y contaminastes la tierra con tus fornicaciones (v. II). Frente de mujer ramera fué la tuya, no quisistes tener vergüenza (versículo III). Padre mio tú eres el caudillo de mi virginidad (v. IV). Se fué ella sobre todo monte alto y bajo todo árbol frondoso, y allí fornicó (v. VI). Y no tuvo temor la prevaricadora Judá su hermana, mas se fué, y ella también fornicó (v. VII). Y con la facilidad de su forni-

»ación contaminó toda la tierra, y adulteró con la piedra y con el leño.»

Tanto fornicar, aunque sea en sentido figurado, descompone el cuerpo, y no es de extrañar que la extenuada Jerusalen fuese presa de caldeos, asirios, griegos, romanos y turcos, ni que los padres de familia cuiden de que sus hijos no manoseen mucho la *Biblia*, donde esto de los fornicios en metáfora es de lo más honesto que se lee, pues cuando viene á cuento una porquería, puercamente la sueltan, lo mismo Muisés que Salomón y Habacuch que Jeremias.

¡Y si se contentasen con decirlas! Pues lo más chuseo de la revelación es que los reveladores también las hacían.

¡Maldita predestinación!

CLI

Jeremias descubre mucho más la hilaza profética que Isaías. Este envolvía en la magnificencia de su elocuencia con mucho primor lo que el otro deja al desnudo, quiero decir, que las llamadas profecías eran admoniciones energicas al pueblo, encaminadas á desviarle del camino de perdición que seguía, entregado como estaba á inmundas supersticiones y á perversas costumbres. Hasta tal punto es esto cierto, que algunos capítulos de esta profecía, aparte el estilo, más semejan artículos revolucionarios de un periódico radical de nuestros tiempos, que páginas de una obra eminentemente teológica, como pretenden ser la *Biblia*.

Véase en comprobación el capítulo IV, en que Jeremias exhorta con extremos razonamientos al pueblo jerosolimitano á volver á las costumbres antiguas y á someterse á la dirección de los sacerdotes, amenazándole de no hacerlo así con una ruina y desolación terribles á manos de los caldeos, que, habiendo constituido un

poderoso imperio, se ocupaban á la sazón en dilatarlo hacia Occidente.

He dicho que el anhelo de Jeremías era que su pueblo se sometiese al poder sacerdotal, y debo rectificarme, pues los sacerdotes mismos constituían partidos, como se comprueba en estas palabras:

«Cosa asombrosa y extraña ha sido hecha en
»la tierra: los profetas profetizaban mentira, y
»los sacerdotes aplaudían con sus manos.»

Es decir que los judíos del tiempo de Jeremías se encontraban en la misma desairada posición de nuestros mestizos é íntegros, que presumiendo todos de católicos, se acusan mutuamente—y con razón por ambas partes—de ser la causa de la ruina y perdición de nuestra España.

Porque esto de la religión fué siempre una capa, bajo la cual se ocultan las más feroces pasiones de dominación y explotación de los pueblos.

Conforme la inundación de los caldeos iba avanzando, así acaloraba sus discursos, artículos ó profecías Jeremías, mostrando á sus coreligionarios la catástrofe como inminente, hablando siempre, como es de rúbrica en las profecías, en nombre de Jehová, á quien echaba el muerto de lo que iba á suceder, presentándolo como justa venganza divina por la contumacia inaguantable de los judíos.

Véase el estilo (cap. VI):

«Oye, tierra: he aquí que yo traeré males sobre este pueblo, el fruto de sus pensamientos; porque no oyeron mis palabras y desecharon mi ley.»

Yo me permito sospechar, que algo más contribuyó á la ruina de Jerusalem la falta de un buen ejército que el incumplimiento de la ley mosaica, pues los caldeos, sin haber oído en toda su vida hablar de Moisés, vencieron y esclavizaron á los hebreos. Sabido es que, para defender un

país, hacen todavía más falta buenos puños que buenas leyes. Dios ha dado siempre la victoria á los ejércitos más valientes y mejor organizados.

De pie, á la puerta del famoso templo de Jerusalem, donde acudían todos los judíos á sacrificar á Jehová, dice Jeremías que le mandó éste endilgar al pueblo el largo sermón que constituye el capítulo VI de la profecía. Y, la verdad sea dicha, si el sermón le dijo tal y como ha llegado hasta mis excomulgadas orejas, Jeremías debió ser un gerundio de primera fuerza.

«No confiéis en este lugar consagrado—dice—ni en los sacrificios rituales, porque de nada os valdrán estas cosas mientras hurtéis, matéis y adulteréis. No del templo ni del rito pende la salvación, sino de la virtud. ¿Es acaso este templo cueva de ladrones para que os acojáis á él después de ejecutar tantas maldades?»

Y así continúa valientemente.

He parafraseado estos versículos para que les sirvan de modelo á nuestros católicos predicadores, que al ver tanto picaro y truhán como se finge religioso para mejor engañar á los incautos, debieran imitar el valor de Jeremías y ponerles las orejas calientes. Pero ¿qué digo? Si los predicadores nuestros les acusaran las cuarenta á nuestros fieles, ¿cuántas no les podrían cantar los fieles á ellos? Un tute de reyes en cada partida y juego ganado.

Un detalle edificante.

«Los hijos de Judá... (los elegidos los predilectos...) edificaron los altos de Tofet, que está en el valle del hijo de Ennon: para quemar sus hijos, y sus hijas al fuego; lo que yo no mandé, ni pensé en mi corazón.»

Por donde se ve que el bárbaro Moloch tenía numerosos adoradores en Judea, y eso de que el pueblo de Dios practicó siempre la sencilla religión del espíritu, es puro jarabe de lengua, una

de tantas patrañas como corren sin fundamento por el mundo de la historia convencional.

El culto monoteísta, lo mismo entre los hebreos que entre los egipcios, entre los orientales que entre los accidentales, fué en la antigüedad propio solamente de los filósofos. Las religiones populares, así en la antigüedad como en nuestros días, fueron siempre idólatras, bárbaras é insufribles. Y estas religiones es las que precisa combatir y aniquilar, dejando á los filósofos fabricarse un Dios á satisfacción de su capricho.

Los dioses en la imaginación de los filósofos son inofensivos; pero cuando se apodera de ellos el pueblo, como no los entiende, los arma de lanza y espada y los echa á pelear unos con otros como si fuesen gallos ingleses. Así Mahoma y Cristo han ensangrentado la tierra de Europa y Africa, de igual manera que Jehová y Moloch ensangrentaron el Asia. Y para que esto concluya, yo no conozco más que este procedimiento expeditivo: que al que se desuelgue con discursos en nombre de Dios, sea el que quiera, se le encierre en un manicomio y se le someta al tratamiento de las luchas.

Porque, ¿quién diablos dirá verdad, en estos asuntos teológicos, cuando consta que los propios sacerdotes desbarran y mienten?

Oigamos á Jeremías:

«Cómo decís: Sabios nosotros, y la ley del Señor está con nosotros? Verdaderamente ha trabajado la mentira el estilo mentiroso de los escribas.»

Los escribas eran los doctores de la ley de Dios; como si dijéramos ahora los obispos, lectores y penitenciarios. A ellos refiere Jeremías al hablar de mentiras y estilo mentiroso. No he dicho yo más de lo que dice el profeta.

En el cap. IX, es donde empieza á llorar Jeremías; pero con tal vehemencia, que no pareciéndole bastante llorar hilo á hilo, lo hace á

borbotón. *¿Quién dará agua á mi cabeza—dice—y á mis ojos una fuente de lágrimas?*

Al pedir un pilón para llorar, aunque quizá le sobran las lágrimas, no le falta razón al profeta, pues Dios le había dicho lo siguiente:

«Y reduciré á Jerusalem á montones de arena, y albergue de dragones: y las ciudades de Judá las entregaré á desolación, sin que quede allí morador.»

Lo cual es otra exageración no menor que la del llorar á borbotones, pues consta que ni Jerusalem ni la Judea, aunque quebrantadas, nunca quedaron totalmente desiertas. Ya tengo muchas veces indicado que Jehová era un poco andaluz, y el lector discreto lo habrá notado por sí mismo, por lo cual no insisto en este punto de absoluta evidencia.

No contento con llorar él un pilón de lágrimas, Jeremías aconseja á sus paisanos que *llamen á las lloraderas* para que aumenten la vena líquida del chorro lacrimoso.

Estas *lloraderas* del profeta no son otra cosa que las *lloronas*, quiero decir, mujeres que en la antigüedad se alquilaban para llorar en los casos de ritual, á tanto por centilitro de lágrimas y cuanto por algrido.

El oficio va ahora de capa caída, como las religiones que lo inventaron, y no es de sentir, porque con él van desapareciendo las llamadas lágrimas de cocodrilo, como las que lloraba Higinia Balaguer cuando decía: «Yo, yo solamente, con estas manos que serán atadas al banquillo del garrote, di muerte á mi *pobrecita señora.*»

CLII

Si Jehová, el dios de los hebreos, en vez de hablar desde las nubes, ó desde algún escondrijo, á sus profetas elegidos, se hubiera vestido la toga, encasquetado el birrete y acudido á los es-

de tantas patrañas como corren sin fundamento por el mundo de la historia convencional.

El culto monoteísta, lo mismo entre los hebreos que entre los egipcios, entre los orientales que entre los accidentales, fué en la antigüedad propio solamente de los filósofos. Las religiones populares, así en la antigüedad como en nuestros días, fueron siempre idólatras, bárbaras é insufribles. Y estas religiones es las que precisa combatir y aniquilar, dejando á los filósofos fabricarse un Dios á satisfacción de su capricho.

Los dioses en la imaginación de los filósofos son inofensivos; pero cuando se apodera de ellos el pueblo, como no los entiende, los arma de lanza y espada y los echa á pelear unos con otros como si fuesen gallos ingleses. Así Mahoma y Cristo han ensangrentado la tierra de Europa y Africa, de igual manera que Jehová y Moloch ensangrentaron el Asia. Y para que esto concluya, yo no conozco más que este procedimiento expeditivo: que al que se desuelgue con discursos en nombre de Dios, sea el que quiera, se le encierre en un manicomio y se le someta al tratamiento de las luchas.

Porque, ¿quién diablos dirá verdad, en estos asuntos teológicos, cuando consta que los propios sacerdotes desbarran y mienten?

Oigamos á Jeremías:

«Cómo decís: Sabios nosotros, y la ley del Señor está con nosotros? Verdaderamente ha trabajado la mentira el estilo mentiroso de los escribas.»

Los escribas eran los doctores de la ley de Dios; como si dijéramos ahora los obispos, lectores y penitenciarios. A ellos refiere Jeremías al hablar de mentiras y estilo mentiroso. No he dicho yo más de lo que dice el profeta.

En el cap. IX, es donde empieza á llorar Jeremías; pero con tal vehemencia, que no pareciéndole bastante llorar hilo á hilo, lo hace á

borbotón. *¿Quién dará agua á mi cabeza—dice—y á mis ojos una fuente de lágrimas?*

Al pedir un pilón para llorar, aunque quizá le sobran las lágrimas, no le falta razón al profeta, pues Dios le había dicho lo siguiente:

«Y reduciré á Jerusalem á montones de arena, y albergue de dragones: y las ciudades de Judá las entregaré á desolación, sin que quede allí morador.»

Lo cual es otra exageración no menor que la del llorar á borbotones, pues consta que ni Jerusalem ni la Judea, aunque quebrantadas, nunca quedaron totalmente desiertas. Ya tengo muchas veces indicado que Jehová era un poco andaluz, y el lector discreto lo habrá notado por sí mismo, por lo cual no insisto en este punto de absoluta evidencia.

No contento con llorar él un pilón de lágrimas, Jeremías aconseja á sus paisanos que *llamen á las lloraderas* para que aumenten la vena líquida del chorro lacrimoso.

Estas *lloraderas* del profeta no son otra cosa que las *lloronas*, quiero decir, mujeres que en la antigüedad se alquilaban para llorar en los casos de ritual, á tanto por centilitro de lágrimas y cuanto por algrido.

El oficio va ahora de capa caída, como las religiones que lo inventaron, y no es de sentir, porque con él van desapareciendo las llamadas lágrimas de cocodrilo, como las que lloraba Higinia Balaguer cuando decía: «Yo, yo solamente, con estas manos que serán atadas al banquillo del garrote, di muerte á mi *pobrecita señora.*»

CLII

Si Jehová, el dios de los hebreos, en vez de hablar desde las nubes, ó desde algún escondrijo, á sus profetas elegidos, se hubiera vestido la toga, encasquetado el birrete y acudido á los es-

trados de un tribunal competente á defender su pleito contra los dioses de los caldeos, fenicios, asirios, egipcios y demás gentualla teológica de los antiguos tiempos. abrigo la convicción de que hubiera oscurecido la fama y nombre que, en la causa célebre de la calle de Fuencarral se han ganado, á pulso y empujón, tanto Rojo Arias como Galiana, tanto Galiana como Rojo Arias, defensores de ese *pobre chico* de Varela y de esa *infeliz histérica* que se llama Higiniá Balaguer.

Porque cuando Jehová, amoscado de las competencias de Moloch y demás canalla divina, que se parecía por las estatuas y demás representaciones plásticas, la emprendía contra las imágenes, lo hacía con tanta vehemencia y copia de argumentos, que no había medio né negarle la razón y condenar á muerte de garrote vil á toda la caterva da dioses que traían al retortero á la humanidad pretérita enloquecida por la teología.

Ved el discurso que le apuntó á Jeremías contra los adoradores de los muñecos de varias formas y sustancias que osaban representar algo que fuese santo ó divino. Atended, vosotros doctores en superstición, que os consideráis sabios católicos, porque habéis estudiado la posición y aptitudes en que debe colocarse un leño en la cruz para representar con toda propiedad al Señor del cielo y de la tierra bajo la figura de un hombre muerto. Oid, oid:

«No aprendáis según los caminos de las gentes; y no temáis las señales del cielo, á las que temen las naciones. Porque las leyes de los pueblos vanas son; porque cortó un leño del bosque obra de un artífice con azuela. Lo adorna con plata y con oro; con clavos y con martillo lo acopla, para que no se desuna. A semejanza de palma fueron hechas y no hablarán; las tomarán y llevarán, porque no pueden an-

»dar. No las temáis, pues, porque no pueden »hacer mal ni bien.»

«Serán convencidos (los adoradores de imágenes) igualmente de NECIOS; doctrina de vanidad es el leño de ellos.»

«Todo hombre se ha hecho NECIO por la ciencia; avergonzado ha sido todo artífice en su simulacro, porque cosa falsa es la que fundió y »no hay espíritu en ellas. Ellas son cosas vanas »y obras dignas de risa.»

Quisiera yo que el buen Jeremías se diera una vueltecita por nuestras católicas iglesias, atestadas de leños labrados y adornados de plata y oro desde el leño desnudo que representa á Cristo en la cruz hasta el leño vestido de un ropón de negro terciopelo, que representa á la Dolorosa de vuelta del Calvario, y oír lo que al buen profeta se le ocurriría decir de los NECIOS que se pasan horas y más horas arrodillados al pie de esas *obras dignas de risa*, para apuntarlo é intercalarlo en estas NOTAS.

Pero no... que estoy seguro que le denunciarían y emplumarían seis católicos añetes de prisión correccional, ni más ni menos que si fuese un excomulgado librepensador, descatoquizador de incautos. Y, francamente, no está tan sobrada de prestigio nuestra justicia histórica, que desee yo que pierda el último que le queda, que es de ser esencialmente católica, denunciando al bueno de Jeremías, aunque llorón y quejumbroso, profeta indubitable é iconoclasta furibundo.

A la adoración de los leños y pedruscos, opone Jeremías el culto de un ser omnipotente y creador, irreducible á imagen ó figura de ninguna especie, y, aunque yo personalmente en esto de los dioses y de los cultos soy de la opinión que tienen sobre los tabacos aquellos que no fuman, no dejo de conocer que Jeremías era menos loco que los otros teólogos, porque eximir

totalmente de locura á un místico es absolutamente imposible.

Prueba concluyente de esta afirmación son las palabras con que cierra Jeremías este capítulo VIII. Dice así, dirigiéndose á Jehová en un momento de cordura y buen sentido:

«Derrama tu indignación sobre las gentes que no te conocieron, y sobre las provincias que no invocaron tu nombre.»

Pues bien; el hombre que ha escrito estas palabras, llenas de sensatez, es el mismo que llama justo y santo á Jehová, cuando le decía en el capítulo precedente:

«He aquí que yo daré de comer á este pueblo (los judíos, los predilectos) ajenos y les daré de beber agua de hiel. Y los dispersaré entre las gentes que no conocieron ellos ni sus padres: y enviaré detrás de ellos el cuchillo, hasta que sean consumidos.»

Que me autorizan á mí plenamente para exclamar: cogite en flagrante chifladura.

Pues si por adorar á los falsos dioses castigaba Jehová á sus elegidos, mal camino era para que se enmendasen, consentir que fuesen en batalla vencidos por los idólatras, y después repartidos entre ellos como esclavos. Yo en el caso de cualquiera de éstos hubiese discurrido de esta sencillísima manera. ¿No tiene dicho Jehová que jamás delante de él prevalecerán los dioses extranjeros? Pues entonces ¿cómo yo, adorador de Jehová, me veo esclavo de un infame sectario de Moloch? ¡Aquí hay trampa!

De una nota del P. Scio al capítulo XI deduzco cosa que yo ya me tenía calada, y es que el oficio de profeta entre los hebreos era cosa así como el de fraile en nuestros días, y que Jeremías era una especie de P. Prior de su Orden. Viendo venir el nublado de la invasión de los caldeos, cosa que veían en tiempo de Manasés hasta los ciegos, como ven ahora la venida de

la República en España Jeremías y sus frailes del convento de Anatot profetizaban que era un furor, por ver si sobrecitaban al pueblo á que les defendiese la pitanza.

Jeremías y sus frailes ¡claro está! la culpa de todo se la echaban á los ídolos, que les hacían la competencia teológica, y vociferaban reclamando un gobierno eminentemente clerical, aburriendo á las gentes hasta el extremo de correr el riesgo de una matanza, como la que aquí se hizo de cogullados en el año de gracia de 1834. — Libreme el cielo de aplaudir asesinatos, aunque estos traigan las admirables consecuencias que trajeron los consentidos por el moderado Martínez de la Rosa, pero guárdeme todavía con más cuidado de que yo considere llevadero en paciencia que Jeremías, por todo remedio al daño presumido de la invasión caldea, predicase á sus paisanos el llorar, y lamentarse, y hacer penitencia.

Dijera que tomasen las armas y se organizaran en buenos y sólidos batallones y escuadrones y encontraría sano y cuerdo el consejo. Pero pretender detener las lanzas de los babilonios con oraciones y lloriqueos, la hallo pretensión no menos estúpida que aquella de nuestros carlistas, cuando escribían en sus escapularios: *Bala, detente, que el corazón de Jesús está conmigo*. Y, en efecto, debajo del corazón de Jesús, he visto yo el de Pedro, Juan, ó Diego Chapa, taladrado los una bala republicana.

Porque es probado. Las balas van hasta donde la fuerza expansiva de la pólvora las envían, sin que hagan más caso de escapularios que yo de excomuniones de arzobispos. Ni á ellas las tuerce una misa, ni á mí una mitra.

Alto... y riámonos.

«Mas tú, señor de Sabaoth, que juzgas con justicia, y examinas con riñones...»

¿Qué es eso de riñones examinados por el señor de Sabaoth?

No sé; pero aquí del padre Scio y de sus anotaciones, en que dice, haciendo una llamadita en esos *riñones* de mi asombro:

«Escudriñas, conoces los más ocultos pensamientos y secretas intenciones.»

¡Bah! Ya caigo. Ese señor de Sabaoth, parejo de aquel señor de Alcofea, de quien cuentan los aragoneses que era el más *tozudo* de su tierra, consideraba los riñones, no como los órganos secretores de la orina, sino como el misterioso y recóndito santuario donde se fabrican los pensamientos é intenciones de los hombres.

¡Valiente fisiólogo estaba dicho señor y valiente anatómico que estaría el caballero Jeremías cuando no acertó á corregirle la errata!

Ahora me explico los dislates bíblicos, sabiendo que Jehová y sus profetas tenían los pensamientos en los riñones. ¿Qué otra cosa se podía esperar de unos hombres que desaguaban su cerebro por las vías urinarias, sino que oyesen hablar á las burras, viesan partirse á los mares y pararse al sol y la luna, y finalmente, asistieran al parto de una doncella en toda su integridad?

Capítulo XII. Que los impíos prosperan; que los piadosos pasan la pena negra; que esto parece indigno pero es justo, que la canalla idólatra marcha viento en popa mientras los cumplidores de la ley se ven afligidos; que vendrán los caldeos; que se irán los judíos; que volverán éstos; que entonces el turno de los palos caerá sobre aquellos; que por aquí, que por allá, que por arriba, que por abajo, que por delante, que por detrás...

¿Merece esto comentarse?—No, ¡vive el cielo! aguardando Jeremías encinchado en el capítulo siguiente.

Ved como.

«Esto me dice el Señor: Vé y cómprate un cinto de lino, y pónelo sobre tus lomos, y no lo metas en agua. Y compré el cinto, según la palabra del Señor, y me lo puse alrededor de mis lomos. Y fué á mi segunda vez palabra del Señor, diciendo: Toma el cinto que compraste, que tienes sobre tus lomos, y levántate, y anda al Eufrates, y escóndelo allí en el hueco de una piedra. Y fui, y lo escondi en el Eufrates, como el Señor me lo había mandado. Y sucedió que pasados muchos días, me dijo el Señor: Levántate, vé al Eufrates: y toma de allí el cinto, que te mandé que lo escondieres allí. Y fui al Eufrates, y cavé, y tomé el cinto del lugar en que lo había escondido: y estaba ya podrido el cinto, de modo que no era útil para nada.»

Si alguna cosa prueba de una manera concluyente la nativa estupidez humana, es que á través de treinta siglos se haya conservado esta tontísima narración, habiendo desaparecido tantos tesoros de arte y ciencia. Este montón de insípidas palabras, que tantas fatigas habrá costado copiar mil veces pacientemente para llegar á nuestras manos, no tiene otro objeto que el pobrísimo de servir de comparación á una bobería, como es que Judá se pudriría como se había podrido el cinto de Jeremías.

Éstos dos viajes de Jerusalem al Eufrates y viceversa, no vayas á creer lector discreto, que eran moco de pavo para aquellos tiempos, en que el vehículo más rápido eran las patas de un asno; de modo que, si no te parece mal, los dejaremos también en pura figura retórica, como el azadón con que el profeta *cavó la piedra* en que quedó escondido el cincho, que quizá fuera cincha.

Artefacto (estilo Rojo-Arias) de la indumentaria católica, indispensable á los personajes montados de la secta, como Moisés volviendo de Madiam, Jesús entrando en Jerusalem y Santiago

peleando en Clavijo; que hacen tres santos distintos y un sólo caballero verdadero, pues Moisés montó un burro y Cristo una burra.

¡No hay que confundir los sexos ni los solipedos!

CLIII

Más que á mí, le correspondería anotar el capítulo XIV de la Profecía de Jeremías á ese neo adivinante, que se hace llamar Noherlensoom cuando endereza los puntos y comas de su ingenio á las nubes, para denunciarnos con quince ó veinte días de anticipación el humor de las mismas, y, si debemos proveernos de paraguas, ó salir á la calle á cuerpo gentil.

Porque este capítulo, como en el primer versículo dice, trata de *la palabra del Señor que le vino á Jeremías sobre el suceso—ó negocio—de la sequedad*. Yo no creo que á Noherlesoom, de venirle algo, sea palabra de Dios para sus vaticinios meteorológicos, pero lo cierto es que, así como á ese *zaragozano* de nuevo cuño le suele salir por la culata el tiro de sus profecías, á Jeremías, que interpretando una gran sequedad que afligió en sus días la Judea, la consideraba señal cierta de guerra y desastres, le salieron una porrillada de competidores proféticos, que la explicaron como señal de paz y bienandanza.

La pintura de la sequía es ciertamente patética, y Dios nos libre de verla reproducida en Castilla.

«Pues aun la cierva del campo—dice—parió »su cría y la abandonó: porque no había yerba.— »Y los asnos monteses se pusieron en las rocas, »atrajeron viento como los dragones, desfallecieron sus ojos, porque no había yerba.»

En vista de la terrible calamidad, Jeremías se dirige en consulto á Jehová, que le dice llanamente no le suplique por su encanallado pueblo, porque está del todo decidido á hacer con él la

última barrabasada. Así lo manifiesta; pero otros profetas proclamaban lo contrario, y apelando en última instancia Jeremías, oye de boca del Señor estas palabras:

«Los profetas falsamente vaticinan en mi nombre: no les envié, ni se lo mandé, ni hablé á ellos: os profetizan visión mentirosa, y adivinación, é impostura, y engaño de su corazón.»

Las cuales nos deben poner en guardia con todo profeta, Noherlensoom inclusive; ¡pues vaya usted á conocer cuándo un profeta dice verdad, ó cuándo dice impostura y engaño de su corazón!

Los antiguos habían colmado de honores y consideraciones la carrera de profeta, y esto de que algunos les salieran hueros, debía saberles á cuerno quemado. Y se comprende: porque cuando un cuerpo del Estado, en vez de resolver con acierto las consultas que se le dirigen, la yerra de propósito, quiero decir, que mente y engaña, la ruina es cosa tan eminente como justa. Por ésto, andando el tiempo, y visto que para un profeta verdadero salen cien falsos y embaucadores, las naciones cuerdas los han suprimido á todos, excepto al famoso é inmortal Peró Grullo, que á la mano cerrada la llama puño; como llama anticiclón el señor León Hermoso á cualquier cosa, que sea tan segura señal de lluvia como el ver llover, que decía Quevedo.

Oído que ha Jeremías á Jehová, que está decidido á pasar á filo de espada á los falsos profetas y al pueblo que los sigue, vuelve á importunarle con oraciones, en las cuales intercala el versículo siguiente:

«¿Acaso hay en las esculturas de las naciones »quien haga llover? ¿O los cielos pueden dar lluvia? »¿No eres tú el Señor Dios nuestro á quien »esperamos? Pues tú has hecho todas estas cosas.»

Palabras que deben hacer abrir tamaño de ojo

(y señalo el círculo de un duro) á los intérpretes con sentido común, que de ellas pueden deducir que los hebreos idólatras del tiempo de Jeremías reclamaban lluvias de sus esculturas, ni más ni menos que nuestros presbíteros las ruegan á las suyas de los santos bienaventurados.

Ahí está el cura de Horcajo de las Torres, el que, á falta de peanas, acomodó años atrás las imágenes sobre mesas de cocina con las patas hacia arriba, que no me dejará mentir.

Mas tan enfurruñado estaba el alto Jehová, que á todos los ruegos y zalamerías del profeta de Anátot contesta, esta persona cargada hasta los topes:

«Aunque Moisés y Samuel se me pusieran delante, no es mi alma para con este pueblo; échalos de mi presencia, y salgan.»

Palabras que nos muestran al asesino del egipcio y al ungidor del que buscaba las burras como las dos primeras recomendaciones para con el Padre Eterno, y las cuales transcribo para ilustración y aprovechamiento de los católicos del Congreso y de fuera del Congreso, muchos de los cuales, como dirigen sus memoriales por la torcida vía de santos de tan poco mentimiento como San Caralampio ó Santo Toribio, no deben extrañarse que les vuelvan, como les vuelven, denegados.

El furor de Jehová es tan horrible en esta ocasión, que, aun conociendo, como conocemos, las bromitas que gastaba el buen Señor, asusta oírle decir á Jeremías:

«Y yo enviaré sobre ellos (estos ellos son los elegidos, mimados y acariciados hebreos) cuatro especies de castigo, dice el Señor: Cuchillo para matar, y perros para despedazar, y aves del cielo y bestias de la tierra para devorar y destruir.»

¡Ni el que concibió, dispuso y realizó el horrible asesinato de doña Lucjana Borcino! ¡No te

parece, lector, que el Varela que resulte de autos tiene mucho de Jehová, ó lo que es lo mismo, que Jehová tenía algo de Varela?

¡Pues ese adoraban!

¡Sí; le adoraban; aunque te parezca mentira que se adorase á un Dios que, á semejanza de un mal hijo, al coger la navaja para atentar contra su madre que no le da todo el dinero que le pide, exclama:

Cansado estoy de rogar (versículo VI, capítulo XV.)

Lo que parece mentira es que Jeremías, en un delirio de entusiasmo, no sólo escuche estas palabras, sino que se las coma. *Y las comi*, dice textualmente en el versículo XVI, refiriéndose á ellas.

¡Vaya un cuajo!

Tengo indicado que Jeremías fué un Castelar en lo que respecta al ramo de mujeres. Tócame ahora dar razón cumplida de mi indicación. Vinole á Jeremías otra palabra de Dios, que se derrama por todo el capítulo XVI, comenzando de esta manera:

No tomarás mujer, y no tendrás hijos ni hijas en este lugar.

De donde deducen los comentaristas católicos la perpetua soltería del profeta siendo él tan guardador como era de las órdenes de Jehová. Pero el *en este lugar* del texto me permite á mí sospechar si Jeremías se escurriría cuando hizo los viajes al Eufrates para llevar á enterrar el cinto, ó cuando ya tomada Jerusalem, huyó á tierra de Egipto. En las orillas del Nilo ó del Eufrates, bien pudo, sin desobediencia, chicolear á alguna buena moza, si es que no se contentó con alguna fea.

La razón de mandar Jehová á su confidente que no engendrarse hijos ó hijas en Jerusalem es la desdichada suerte que les esperaba á los habitantes de esta ciudad.

«De muertas de enfermedades morirán: no serán plañidos, y no serán enterrados, en un muladar sobre la superficie de la tierra estarán: y á cuchillo y de hambre serán consumidos; y el cadáver de ellos servirá de pasto á las aves del cielo y á las bestias de la tierra.»

Ni me extraña que Jeremías se quedase soltero oyendo semejantes noticias, ni me extrañaría tampoco que le hubiesen desollado vivo como á San Bartolomé, si se hubiese propasado á publicarla.

Debió contentarse con escribirlas para su uso particular y eterna memoria de la barbarie de Jehová, que explica la razón de su enojo de esta manera:

«Porque me abandonaron vuestros padres... y vosotros aún hicistéis peor que vuestros padres.»

¡Te luciste! se le podría decir al Altísimo. ¿No sabías esto cuando los sacastes de Egipto? Pues si lo sabías, ¿qué culpa tienen esos pobrecitos, que no hacen otra cosa, al ofenderte, que cumplir tu santa voluntad de que te olviden y menosprecien, para darte el gustazo ¡oh voluptuoso de la crueldad! de aniquilarlos después?

Maldito el hambre que confía en el hombre. Sobre esta horrible palabra de Jehová que leo en el versículo V del capítulo XVII. han armado ortodoxos y heterodoxos un lío de doscientos mil de á caballo. Porque dicen los herejes, con el talento y buen sentido que les caracteriza, que siendo hombres los santos, los beatos y demás ciudadanos de ambos sexos de la corte celestial, es una solemne tontería, además de ser una conculcación de la palabra revelada, el implorar su intercesión y confiar en su metimiento para alcanzar favores del altísimo. Los católicos replican que, siendo Dios un rey, á modo de Nerón ó Felipe IV, no es malo para llegar á él ponerse á buenas con Sabina Poppea ó con el Conde Duque,

En lo cual tampoco van descaminados, aunque quizá pequen de un poco descomedidos para con la divinidad.

Otra sentencia.

Torcido es el corazón de todos, é impenetrable: ¿quién lo conocerá? Que parece revelada para hacer la síntesis del crimen de la calle de Fuencarral; pues aunque desde los primeros días tenemos á buen recaudo á la Higinia, y á Varela, y á Millán Astray, y á Dolores Avila, y hasta á la infelicísima María, como el corazón de ellos es torcido y la boca de *ella* mentirosa, ¿quién lo conocerá?

No será ciertamente el linco de Peña Costalago, ni el perspicaz de Muzas, ni el astuto Alix, el del bastón que se torció, ejerciendo de vara de justicia.

Lo que más cócora volvía á Jeremías era ver que sus conciudadanos, menospreciando el precepto mosaico que mandaba abstenerse de todo trabajo en sábado, para solemnizar la pereza divina á raíz de la creación, cogían sus borriquillos y se iban al monte á por una carga de leña, con que entraban á la tarde ufanos por las puertas de Jerusalem.

Plantado en una de ellas, endereza á los leñadores una filípica terrible, anunciándoles el tremendo castigo. Pero ellos, sin hacerle maldito el caso, continuaron en su inofensiva faena. De aquí el daño.

¡Pues digo si Jeremías hubiese vivido en estos tiempos católicos, y hubiese visto, como yo trabajar de albañilería en Jueves Santo! Lo menos que anuncia para los maestros es un rayo-noherensoom, y para los peones el cólera morboasiático-fulminante.

CLIV

Cuanto más lo medito, más convencido estoy de que el verbo de moda en esta España de los

infundios por mes, de los robos de iglesia semanales y de las procesiones á diario, es el verbo *descatolizar*, en cuya invención me llamo á la parte.

Que yo *descatolizo*, por sabido se calla; que tú *descatolizas*, lector discreto, bien lo sabes, cuando te ries de los embolismos teológicos que te denunció en estas NOTAS, y que él *descatoliza* es evidente, tratándose de uno de esos cleriguillos cebados á la mano en los Seminarios, cuando escalando el púlpito, se meten en la faena retórica de brutalizar contra el librepensamiento.

Como antes se decía, todos aramos, puede decirse ahora que todos *descatolizamos*; pues hasta los propios mestizos del Congreso de San Jerónimo, al armar el mayor de los barullos imaginables por oír cantar á Gayarre de balde, é impidiendo á fuerza de una barbarie eminentemente cursi, que la Asamblea acabase dignamente en trinos y jipios del gran tenor, *descatolizaron* una porrillada de marquesas del Panecillo, condesas de la Rosca y baronesas de la Tostada de Abajo, linajudas damas todas abonadas á las Cuarenta Horas y condecoradas con los escapularios de á perra grande de la hermandad de San Tronado y Santa Baldivia.

Una de estas Teclas, que sacó de las apreturas reventado un callo, desvencijado el peluquín, escachifollada una tórtola apolillada que le sirve de adorno á la capota y cascadas cuatro varillas de un abanico japonés, que le regaló antaño un capellán castrense de caballería, me envía una carta en que me manifiesta que, hastiada de buscar y no encontrar su media naranja en la Iglesia, ha decidido meterse á librepensadora y abonarse á los toros, donde siquiera tomará una ración de vista las tardes que estoquee Mazanini.

Ve por donde, lector amable, nos viene una ayuda, y dí conmigo; todos *descatolizamos*.

¡Mal plato que de esta sabrosa fruta de *descatolización* que nos sirve Jeremías en su capítulo XIX!

Le dice Dios:

Levántate, y ve á la casa del alfarero y allí oírás mis palabras.

Presto y bien mandado, Jeremías se va á casa del modesto fabricante en barro, que estaba haciendo un puchero. Se sienta el profeta; mas distraído el artista, echa á perder la obra; pero como el material de alfarería es lo único que en los pucheros no se pierde, vuélvelo mi hombre á recoger, lo pone al torno, y cádate un cacharro en un instante.

Entonces, Jehová en las alturas, ejerciendo de ventrilocuo, habla en la tejera estas palabras:

«Acaso no podré yo hacer de vosotros, casa de Israel, como este alfarero? Ved que como el barro está en mano del alfarero, así vosotros en mi mano.»

Reconozcamos que cuando Jehová se ponía á ser humilde, ni Benito Labre, el padre de la mugre, que le aventajara. Por todo comparar, se compara á un alfarero, y al hombre, su obra predilecta, la compara á una escudilla ó á un vaso de noche. ¡Bajemos como borregos la cabeza delante de tanta mansedumbre y pulcritud, y admiremos la retórica de Jeremías; que para establecer una imagen tan ruin mete á Dios en el negocio!

Pero continuemos examinando la profecía, que merece la pena.

«De repente hablaré contra una nación—dice Jehová—y contra un reino para desarraigarlo, y destruirlo y malrotarlo. Si aquella nación se arrepintiese de su mal, de que yo la he reprendido, yo también me arrepentiré sobre el mal, que he pensado hacer contra ella. Y súbitamente hablaré de la nación y del reino para edificarla y plantarlo.»

O yo no entiendo de teología, ó el Altísimo aquí, como si fuera un murgravé alemán ó un Paco dos de Nápoles, abdica valientemente su corona y en quién en un pueblo, como si dijéramos, dada la imagen de la alfarería, en una batería de pucheros.

Porque la cosa es clara, El pueblo le traza el humor á Jehová. ¡Anda derecho! Pues Jehová tan contento. ¡Se tuerce! Pues ya tenemos al Altísimo triunfando. Y como el pueblo es libre de andar derecho ó torcido, la consecuencia es obvia, el que tira de la cuerda y hace mover los muñecos no es Dios sino el hombre.

Se ha lucido la teología con su Dios, que se pasa la vida en enfurecerse y tranquilizarse, en hacer barrabasadas y arrepentirse de ellas!

Católicos, ¡merece eso la pena de celebrar Congresos!

Ebrio de estas chifladuras, el buen Jeremías se lanza á la plaza pública, vociferando los males que Jehová le había dicho traería sobre Jerusalén y proponiendo para su curación el emplatado del arrepentimiento. Como no hay calamidad mayor que el fanático que se mete á predicador, tanto zarandeo á los judíos el profeta, que estos resolvieron prenderle. ¡Y aquí te quiero ver escopeta! Ni Varela cuando le acusan testigos de cargo como asesino de su madre más furioso y elocuente. He aquí como invoca á Jehová al finalizar su discurso en defensa del pellejo.

«Mas tú, Señor, sabes todo el designio de ellos contra mí, para matarme: no les perdones su maldad, y su pecado no se borre de tu presencia: sean derribados delante de ti y en el tiempo de tu saña ocaba con ellos.»

El profeta, como se ve, era una palomita sin hiel, todo caridad, al modo de los íntegros y mestizos de nuestros días, que evangélicamente se muerden unos á otros como lobos rabiosos.

A seguida nos cuenta Jeremías otra revela-

ción, que contiene el ritual gitano para los casamientos. Cuando la gente del ampa quiere matrimoniar, es sabido que el más viejo de la tribu, oficiando de párroco, les echa las bendiciones á los novios después de tomarles los dichos, y que, á continuación, enjaretándoles un discurso apropiado al caso, se vuelve al concurso de los testigos con un puchero, que á veces es olla, en la mano, y tirándole con brio al suelo le quiebra en mil pedazos y exclama:

—Cuando estos cascos vuelvan á juntarse, podrá este matrimonio disolverse.

He dicho que Jeremías concibió el modelo de este ritual bohemio, y en prueba de ello copio:

«Esto dice el Señor: anda y toma una cantarilla de barro de alfarero, y alguno de los ancianos del pueblo y de los ancianos de los sacerdotas: y sal al valle de Ennom, y publicarás... esto que dice el Señor... (aquí viene un discurso en *barbará* de lo que hará Jehová, que no dejará meante á la pared en Jerusalén...) y quebrarás la cantarilla... y les dirás: así quebraré yo (Dios) á este pueblo, y á esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero, que no se puede ya más restaurar.»

Donde se ve claramente, que de un casamiento gitano á una revelación bíblica no va más diferencia que la que existe entre una olla zamorana y un botijo del Santo, y que si por antigüedad fuese el matrimonio bohemio es muy superior al establecido por Alonso Martínez en el Código civil, que de un plumazo ha convertido á los jueces municipales en correvediles de la clerigalla.

Esta del cántaro roto fué la última profecía que á Jeremías le aguantaron los hebreos. Fasur, hijo de Emer, que era el Aguilera de entonces en Jerusalén, cogió al profeta y le plantó de paítas en la cárcel, metiéndole por precaución en el cepo, donde le tuvo veinticuatro horas amarrado.

Genio y figura hasta la sepultura. Tan pronto como Jeremías se vió suelto, se puso á profetizar furiosamente, diciendo que no quedaria en Judea títere con cabeza, y que Fasur, con toda su gobernaduría y toda la gente de su casa, se vería esclavo en Babilonia.

Y, así fué, en efecto, aunque no lo tengo por profecía; pues que esto había de suceder lo sabían entonces hasta los chiquillos. Figúrate, lector, que á los salemanes se les metiese en la cabeza conquistar la Dinamarca, y que á ésta nadie en el mundo la ayudase. Al dinamarqués que vaticinara la toma de Copenhage por Molke, ¿le llamarías tú profeta? Pues aplicale el cuento á Jeremías y te saldrán cabales las cuentas de la revelación.

Dejando á un lado el profeta y el revelador, que causan risa, observemos al hombre, y lo veremos crecer hasta tocar las nubes. Volviéndose en su patriótica desesperación al cielo, dice:

«Señor, has sido más fuerte que yo, me ha seducido una vana ilusión. De años, vengo voceando contra la iniquidad, que tiene quebrantados los brazos de estos hombres, y en vez de oírme, hacen befa de mí y desprecian las palabras de salvación que digo en sus orejas. Entonces dije: me abandonaré á la corriente; olvidaré la justicia; pero ardió en fuego mi corazón, se consumieron en llamas mis huesos y caí desfallecido. ¿Cómo transigir con tantas maldades como veo y palpo? ¿Cómo rendirse cobardemente á las amenazas de los criminales?»

Así continúa con arrebatadora elocuencia, hasta que, en el delirio de su dolor, maldice su día.

Ya sabes, lector, que esto de *ene* entre profetas, y sucio, y puerco, y mal oliente, por lo que en obsequio á tu buen gusto lo suprimo. No son estas notas las actas de una reunión de mestizos,

CLV

He dicho que Fasur ejercía de Aguilera, ó sea de gobernador, en Jerusalem, cuando Jeremías andaba por el mundo profetizando desastres; debo ahora decir que un tal Sofonías oficiaba de Sancha, quiero decir de obispo de la capital. Y, para que el lector forme cabal idea de lo que eran estos caballeros circuncidados y los tiempos aquellos en que se *profetizaba*, falta añadir que *in diebus illis*, que dice el Evangelio, en aquellos días, Sedecías era Rey y Nabucodonosor con sus caldeos le tenía acorralado, y tan en estrechuras dentro de la ciudad, que el pobre hombre sin saber qué hacer algo envió á Fasur y Sofonías á casa de Jeremías, para que éste les profetizase en qué pararían aquellas misas del cerco.

Jeremías, que después de apaleado y puesto en el cepo por el gobernador, se vió por éste y el obispo requerido para que les profetizase lo que les había de pasar, se dijo: esta es la mía, y les soltó una que les descompuso el vientre de miedo.

Suprimo el texto, que exornado de las barbaridades del ritual profético, se reduce á consignar, que Jerusalem será tomada y quemada por Nabucodonosor, y sus habitantes muertos ó llevados prisioneros á Babilonia. Sólo quiero fijarme en dos detalles *insignificantes* y morrocotudos. La entradilla de Fasur y Sofonías, al comienzo de la entrevista, es la siguiente:

Consulta al Señor por nosotros... es decir, que el gobernador y el obispo, de orden del rey se van casa de Jeremías, para que éste les revele el suceso de una batalla, ni más ni menos que los cónsules romanos, después de encargados por el Senado y el pueblo de alguna guerra, se iban al colegio de los augures ó aurrúspices para que les dijese lo que en ella les había de pasar. Recuerde el lector las tracamundanas y pillerías

de Temistocles con la profetisa que aconsejó á los atenienses combatir detrás de murallas de madera en la segunda guerra médica y la sonrisa con que se saludaban en Roma al encontrarse los adivinos, y aplíqueles las reglas de hermenéutica de estas profecías á las otras, y todos sabremos á qué carta quedarnos en estos negocios.

La entradilla de Jeremías es también de oro. «Esto dice el Señor, Dios de Israel: He aquí, yo volveré los instrumentos de guerra... con que peleas contra el rey de Babilonia... y los recogeré en medio de esta ciudad.» De las cuales deducía Lutero, el grande hereje alemán, que como no es lícito luchar contra la voluntad de Dios, si áste asuza á los moros para que hagan guerra á los cristianos, éstos deben cruzarse de brazos y dejarse deslomar. En donde resplandecen de tal manera la lógica abrazada á la teología, que tentado estoy de alzarme en armas contra la catoliquería entera, seguro de vencerla en campo raso y solo, sin más condición que la de practicar ella sus propias doctrinas.

Vé, lector una vez más confirmado mi dicho, de que no hay disparate ni burrada imaginables, que no los haya escrito algún teólogo ortodoxo ú heterodoxo.

Tras este capítulo, en que Jeremías profetiza al gobernador y al obispo del rey Sedecías, viene otro en que se va derechito á casa del rey Joaquín, también para gerundiarle. Pero conviene advertir que este Joaquín, puesto de rey en Jerusalem por el faraón Necos, había reinado antes que Jeconías, así como este reino antes de Sedecías. ¡Cómo puede ser esto, exclamará el lector discreto! Pues ¡velay! que dicen en Valladolid. *Hysterologia* dicen los intérpretes que se llama esta bárbara figura. Llámala tú como quieras, que de cualquier modo que la llames, siempre resultará un embolismo cronológico y un disparate bíblico.

En el cual Jeremías le endilga al rey Joaquín una catilinaria famosa, anunciándole una porrillada de calamidades que le sucerán á él, y á su hijo Jeconías, y á sus hermanos, hijos, parientes, súbditos y animales de carga y de paso que tenía á su servicio, entre los cuales es la menor, pero también la más indecorosa para la monarquía esta que consigna el versículo XIX.

En sepultura de asno será sepultado.

¡Pobre Joaquinito! Sabe que sus despojos reales habían de acompañar en el sepulcro á los huesarrones de un burro.

El que mucho habla mucho miente, dice el refrán. El que mucho miente, puede decirse también, desde que Higinia Balaguer quemó el cadáver de D.^a Luciana Borcino, suele mezclar con sus mentiras alguna verdad de esas que al más lerdo ponen sobre la pista de un astuto ó poderoso criminal. Y de igual modo deberá decirse que el que mucho profetiza, á lo mejor, sin darse cuenta de lo que dice, suelta una verdad de á puño.

Pongo por ejemplo irreprochable á Jeremías que después del infundio cronológico de Sedecías y tantos otros infundios, metiéndose á profetizar contra los pastores en sentido figurado, que llaman los católicos obispos, dice mil y una tonterías, y entre ellas, á modo de perla mezclada con aechaduras de mal centeno, pone esta verdad inconcusa.

PORQUE DE LOS PROFETAS DE JERUSALEN SALIO LA SUCIEDAD SOBRE TODA LA TIERRA.

¡Verdad! ¡Verdad! ¡Verdad!!!

Tan verdad como estas otras del mismo capítulo XXIII:

«Porque el profeta y el sacerdote se han amancillado.—No queráis oír las palabras de profetas, que os profetizan y os engañan.»

El que después de esto, aun siendo católico,

creyera en profecías, merecería una albarda. Porque no vale decir que si hay profetas falsos, también los hay verdaderos. ¿En qué se los conoce? ¿Tienen alguna ruedecilla debajo de la lengua como los saludadores? ¿Es condición precisa que tengan un lunar peludo en el sitio preciso en que fué herida de navaja D.^a Luciana Borcino en la calle del Barquillo? Porque, digo yo, que si para conocer si un profeta es falso ó verdadero, se ha de esperar al cumplimiento de la profecía, son estas la cosa más vana, ridícula y estúpida del mundo, y que no ha habido ni habrá en el mundo más que un profeta cuerdo, y es aquel aragonés que decía muy fresco. ¡Cacho! ¡Que siempre por el Pilar ha de hacer un tiempo ú otro!

En el galimatías cronológico de este libro profético hallo, que después de profetizar de los pastores, Jeremías profetiza de unos canastillos de higos que le enseñó Jehová, cuando ya los hebreos habían sido transportados á Jerusalem.

Esto de los higos es una de las mayores ridiculeces imaginables.

«Mostróme el Señor—dice el profeta—y he »aquí dos canastillos llenos de higos, puestos »delante del templo... el uno tenía higos muy »buenos... y el otro higos muy malos. Y dijo el »Señor: ¿Qué ves tú, Jeremías?—Higos, higos »buenos, muy buenos, y malos muy malos.»

Dirá el lector ¿a qué viene esto de los higos? ¿A qué? Pues á servir de término de una pobrísima comparación al Padre Eterno, que dice, que así como hay higos buenos, muy buenos, é higos malos, muy malos, hay judíos que serán conservados en la casa paterna y judíos rematados, que morirán en el destierro.

Peró, señor, ¿qué de estas tontadas me esté yo ocupando, precisamente cuando la justicia histórica de mi país, conclusas las pruebas testimonial y documental del proceso por el asesinato,

robo é incendio de doña Luciana Borcino, se dispone á oír los informes de los abogados de Varela y Millán Astray, que pedirán y obtendrán que estos caballeros se vayan de paseo, el uno para volverse á encargar de la dirección de la cárcel, y el otro para volverle á decir al primer cristiano que le reclame unas copas, que él paga esas cuentas en navajazos tras la pared de un cementerio? ¿No es soberanamente tonto? —Si ¡vive Dios!—Dejaré, pues, á los prevaricadores antiguos que ardan en los infiernos, para ocuparme de que los modernos no nos metan galó por liebre.

Que aquí, al que no anda listo, le pega cualquiera una puñalada que le parte los riñones, y después... el muerto al hoyo, y el asesino que le pesque un galgo, pues lo que es la policía ni ha pescado al asesino de García Vao, ni al de los niños del canal, ni al del mutilado de Opañel, y si ha dado con los de doña Luciana, le ha salido á última hora la cuenta quebrada por el sexo, pues en vez de machos habrá de agarrótar la justicia hembras en caso de que, al fin y á la postre, no pague los vidrios rotos el Chato, perro célebre, á quien no me explico por qué no se le ha ocurrido á la Higinia echar la culpa de todo.

¿Quizá todavía no sea tarde!

CLVI

Ahora me toca hablar de las profecías que profetizó Jeremías en tiempos del rey Joaquín; pero dejando para más adelante estos infundios, quiero consignar desde luego, que en aquella parte que me toca, rechazo sobre la cabeza de poco pelo y de menos seso de ese masón perturbador, demócrata de mentirijillas, republicano de ocasión, realista de conveniencia, abogado de Varela; de ese, digo, todo viento cuando habla, todo bilis cuando escupe, todo palabras cuando

creyera en profecías, merecería una albarda. Porque no vale decir que si hay profetas falsos, también los hay verdaderos. ¿En qué se los conoce? ¿Tienen alguna ruedecilla debajo de la lengua como los saludadores? ¿Es condición precisa que tengan un lunar peludo en el sitio preciso en que fué herida de navaja D.^a Luciana Borcino en la calle del Barquillo? Porque, digo yo, que si para conocer si un profeta es falso ó verdadero, se ha de esperar al cumplimiento de la profecía, son estas la cosa más vana, ridícula y estúpida del mundo, y que no ha habido ni habrá en el mundo más que un profeta cuerdo, y es aquel aragonés que decía muy fresco. ¡Cacho! ¡Que siempre por el Pilar ha de hacer un tiempo ú otro!

En el galimatías cronológico de este libro profético hallo, que después de profetizar de los pastores, Jeremías profetiza de unos canastillos de higos que le enseñó Jehová, cuando ya los hebreos habían sido transportados á Jerusalem.

Esto de los higos es una de las mayores ridiculeces imaginables.

«Mostróme el Señor—dice el profeta—y he »aquí dos canastillos llenos de higos, puestos »delante del templo... el uno tenía higos muy »buenos... y el otro higos muy malos. Y dijo el »Señor: ¿Qué ves tú, Jeremías?—Higos, higos »buenos, muy buenos, y malos muy malos.»

Dirá el lector ¿á qué viene esto de los higos? ¿A qué? Pues á servir de término de una pobrísima comparación al Padre Eterno, que dice, que así como hay higos buenos, muy buenos, é higos malos, muy malos, hay judíos que serán conservados en la casa paterna y judíos rematados, que morirán en el destierro.

Peró, señor, ¿qué de estas tontadas me esté yo ocupando, precisamente cuando la justicia histórica de mi país, conclusas las pruebas testimonial y documental del proceso por el asesinato,

robo é incendio de doña Luciana Borcino, se dispone á oír los informes de los abogados de Varela y Millán Astray, que pedirán y obtendrán que estos caballeros se vayan de paseo, el uno para volverse á encargar de la dirección de la cárcel, y el otro para volverle á decir al primer cristiano que le reclame unas copas, que él paga esas cuentas en navajazos tras la pared de un cementerio? ¿No es soberanamente tonto? —Si ¡vive Dios!—Dejaré, pues, á los prevaricadores antiguos que ardan en los infiernos, para ocuparme de que los modernos no nos metan galó por liebre.

Que aquí, al que no anda listo, le pega cualquiera una puñalada que le parte los riñones, y después... el muerto al hoyo, y el asesino que le pesque un galgo, pues lo que es la policía ni ha pescado al asesino de García Vao, ni al de los niños del canal, ni al del mutilado de Opañel, y si ha dado con los de doña Luciana, le ha salido á última hora la cuenta quebrada por el sexo, pues en vez de machos habrá de agarrótar la justicia hembras en caso de que, al fin y á la postre, no pague los vidrios rotos el Chato, perro célebre, á quien no me explico por qué no se le ha ocurrido á la Higinia echar la culpa de todo.

¿Quizá todavía no sea tarde!

CLVI

Ahora me toca hablar de las profecías que profetizó Jeremías en tiempos del rey Joaquín; pero dejando para más adelante estos infundios, quiero consignar desde luego, que en aquella parte que me toca, rechazo sobre la cabeza de poco pelo y de menos seso de ese masón perturbador, demócrata de mentirijillas, republicano de ocasión, realista de conveniencia, abogado de Varela; de ese, digo, todo viento cuando habla, todo bilis cuando escupe, todo palabras cuando

riñe, todo vacuidad cuando discurre, á quien llaman

IGNACIO ROJO ARIAS,

exgobernador averiado y senador alfonsino después de cortesano de D. Amadeo; rechazo, repito, sobre la supredicha pelada cabeza, todas y cada una de las palabras que dijo, insultando á la acción popular, en el juicio oral, sesión del martes 21. Yo, el último de los padres de esa hermosa criatura de la acción popular; me considero en honor, dignidad, vergüenza y si no fuese por modestia diría que en talento respecto de Rojo Arias, en situación tal, que así me alcanzan los escupitajos de sus impotentes cóleras, como alcanzan al cielo los ruegos de los católicos que piden la restauración del poder temporal del Romano Pontífice. Cuanto éstos más *congresean*, más se afirma y consolida la Unidad italiana; cuanto más Rojo vocifera, procurando denostar á la prensa, más el público le regala los oídos con peladillas del arroyo del diccionario, cosa nunca vista ni oída en una Sala de justicia en España.

Preciso era que informase Rojo Arias para que se produjesen tumultos y resonasen en el templo de la ley palabras del calibre siguiente:— El calumniador es el Sr. Rojo Arias. ¡Miserable! ¡miserable! (Ballesteros).—Nos vamos, porque oír á ese letrado nos produce náuseas (Ballesteros).—¡Fuera! ¡Fuera! (El público masculino y femenino).—¡Canalla! ¡Canalla! (El público femenino y masculino).

De los Borbones escribió un colega de Rojo, como Rojo hoy adulador de los Borbones: *Castigo justo á su perversidad*. Una pequeña variante puede hacer la sentencia aplicable á la caída del defensor de Varela; al verle á tal punto zarrandeado, puede y debe decirse de él: castigo justo á su procacidad.

Y basta de este Rojo que han puesto verde. Y volvamos al otro verde, á quien pusieron rojo, quiero decir á Jeremías, que no menos de veintitrés años nos dice en el capítulo XXV que estuvo sirviendo de intérprete al alto y poderoso Jehsvá, sin que el aperreado oficio produjese bien alguno á sus conciudadanos, acarreándole á él en cambio muchas desazones.

Jehová, fino y atento con su profeta, le ofrece en sueños una copa (y digo en sueños, porque no me propaso á creer que Dios se entretuviese real y verdaderamente en achispar á Jeremías), la cual le aconseja dar á beber á todos los predestinados á perder la corona, que son una porrillada de reyes. Véase la tarifa:

- 1.º El rey de Judá.
- 2.º El rey de Egipto.
- 3.º El rey de Ausitis.
- 4.º El rey de los filisteos.
- 5.º El rey de Tiro.
- 6.º El rey de Sidón.

Por fin, treinta ó carenta monarcas, á quienes se traga Nabucodonosor, simpática criatura, que bien podía resucitar y darse una vueltecita por Europa, á ver si nos dejaba limpios de ceros su furor antimonárquico.

Ante la perspectiva de que los reyes condenados á destronamiento no quisieran (antes un cuerno! beber la copa, Jehová, Dios prevenido, les corta la retirada en estos términos:

«Y dirás: esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Bebed, y embriagaos, y vomitad; y caed, y no os levantéis por causa de »de la espada, que yo enviaré contra vosotros.— »Y cuando no quisieren coger la copa de tu »mano para beber, les dirás: Esto dice el Señor; »ciertamente lo beberéis.»

Prueba concluyente de que estos reyes eran unos reyes de tres al cuarto, y además, esto de la copa, pura figura retórica, es que, si Jere-

mias hubiese tenido que ir de corte en corte de la treintena de monarquías llamadas á desaparición, ofreciéndoles de beber á los zanguangos coronados que las regían, algunos de los cuales pudieran muy bien ser *aguados*, para esa tonta peregrinación hubiese necesitado todo su tiempo, y las profecías se hubieran podido cumplir, pero no anunciarse, ni menos escribirse.

Ahí es nada lo de el ojo, el tener que recorrer treinta reinos conocidos, distantes muchas leguas unos de otros, y además, á modo de *chorráa* de la excursión, visitar la incógnita gentecilla á que se refiere el versículo siguiente:

«También á todos los reyes del Norte, los de »cerca y los de lejos, á cada uno contra su hermano; y á todos lo reinos de la tierra, que están »en su superficie; y el rey de Sesach beberá después de ellos.»

Después de esta profecía, que lleva la fecha del año IV del reinado de Joaquín, viene otra que tuvo lugar en el principio del reinado del mismo, en la cual se puede aprender, después de admirar el orden cronológico del Espíritu Santo, que el oficio de profeta era muy expuesto á quiebras.

Encarga, en efecto, Dios á Jeremías que profetice á sus paisanos que, si no se arrepienten, condición previa de Jehová para arrepentirse á su vez, Jerusalén será arrasada y entregada al menosprecio de todas las naciones de la tierra.

Esta profecía supo á cuerno quemado á los judíos, y por sí ó por no, prendieron al profeta, para que comenzase por sufrir las calamidades que anunciaba. Llevado á la cárcel, los sacerdotes y los profetas, maestros en las malas artes de la mentira, alborotian al pueblo contra Jeremías, y el pueblo se presenta en la puerta de la prisión, gritando: ¡Muera, muera! ¡Arrastrarle, arrastrarle! Parecía aquello un traslado de Varela de la Cárcel Modelo á las Salesas. Y Jere-

mias lo hubiese pasado tan mal como Varela, de haber continuado las traslaciones de este *marquesito*, sin la oportuna intervención de un tal Ahican, que le sacó de apuros definitivamente, tras un juicio de residencia en que le defendió contra los sacerdotes y principes, con muchísima más elocuencia que Rojo al supradicho Varela, y también por muchísimo menos dinero.

Jeremías en su furor profético dice una vez más en el capítulo XXVII que los caldeos sujetarán, no sólo la Judea, sino muchas otras provincias, y en confirmación de su tesis, por orden de Jehová se hace unas bonitas cadenas, que se pone al cuello, en unión de unos cordeles y alguna cebilla de madera curvada, de esas que sirven para sujetar los bueyes al pesebre. Adornado con esta elegante y rica bisutería profética, pronuncia discursos á Rojo Arias, llamando á las gentes, no á defenderse contra Nabucodonosor, sino á resignarse con la voluntad del Altísimo, que les tenía condenados á hambre y palos por el día, y azotes y vigilia por las noches.

La cobardía pone en boca del profeta en este capítulo palabras dignas de aquel conde D. Julián, padre de la Cava, la que perdió á España, según los historiadores católicos de la Academia, de que no discrepa punto ni coma el perinélito Cometerán, ese joven de la Unión.

Dice al rey Sedecías: «Someted vuestros cuellos al yugo del rey de Babilonia, y servidle á »él y á su pueblo, y viviréis.»

Pero no todos los profetas daban al pueblo judío tan cobardes y serviles consejos. Hananías, profeta de Gabaón, en juicio público contradictorio con Jeremías, profeta de Anatot, dice que Nabucodonosor será rechazado, si se le combate con valor y disciplina. En un arranque de viril elocuencia, Hananías se dirige contra su colega, le arranca del cuello las cadenas y cebillas con

que se adornaba, predicando esclavitud con los instrumentos de la servidumbre, y quebrándolas en presencia del pueblo, grita: «Así como se quiebran estos yugos, sera quebrado el yugo de Nabucodonosor.»

Jeremias se retira vencido, pero profetizando que Hananias moriría pronto. Y desgracia del pueblo fué que tan enérgico Profeta desapareciese, en efecto, á los pocos meses.

Ahora, dime, lector amable: ¿pueden pasar estos profetas falsos ó verdaderos, que se disputan el favor público en discursos fogosos, por otra cosa que políticos más ó menos avisados y valientes, que procuran dirigir su patria en una dirección determinada por sus distintas maneras de apreciar la situación?

Era moda hablar teológicamente en aquellos tiempos en Judea, y en estos negocios políticos los oradores metían á la divinidad. Ahora el político que pone á Dios de por medio, puede contar con una silba segura. A otros tiempos otros estilos. Y esto es todo.

Y basta por hoy, que me voy á la sesión del juicio oral, á estudiar la cara del fiscal que ha pedido la pena de muerte para Dolores Avila: me han dicho que es un discípulo del famoso padre Lacordaire, y deseo averiguar, si por acaso, en esto del crimen de la calle de Fuencarral, todo misterios y todo embolismos, anda de por medio la influencia clerical.

¡Que todo pudiera ser!

Desde que Higinia Balaguer me resultó una buena católica, que oye misa los domingos y fiestas de guardar, confiesa y comulga por Pascua Florida, olor á barraganía eclesiástica me ha dado en la nariz.

CLVII

No porque lo cuente Jeremias, sino porque ya tenemos anotados los cuentos que de ello otros

escribieron, sabemos que los caldeos tomaron á Jerusalem y se llevaron prisioneros á Babilonia lo más florido de sus habitantes, con el rey y los sacerdotes á la cabeza, y además las riquezas del famoso templo de Salomón.

Advierto ésto para que el lector del capítulo XXIX entienda, que la carta que le constituye, escrita por Jeremias, que fué uno de los que se quedaron, á todos los que se fueron, dice bien poco en honor del patriotismo del profeta, que se reducía á puro viento de palabras; pues digo yo que, de ser hombre valeroso, hubiera caído en las primeras filas, ó si no, hecho prisionero con las armas en la mano, y de ser peligroso no hubiese sido exceptuado de la deportación.

Esta carta, sin nobleza alguna, se encamina á persuadir á los expatriados á que se resignen con su mala suerte, la lleven del mejor modo que puedan, y esperen á que se le pase la rabieta á Jehová, el cual había resuelto *estar de morro* con ellos setenta años justos y cabales. Al mismo tiempo anuncia que la suerte de los que se han quedado en Judea, que parecen los favorecidos, será aun peor que la de los trasmigrados, pues Jehová dice de éstos:

«Y los perseguiré con espada, y con hambre, y con pestilencia: y los entregaré á todos los reinos de la tierra, para mal tratamiento y para maldición, y para pasmo, y para silbo, y para oprobio á todas las gentes, adonde ya los eché fuera.»

Como se ve, los llevados y los guardados debían igualmente sufrir la inquina celestial y la humana, pues el odio á los judíos se pierde en la obscuridad de los tiempos, según la frase cursi de un académico cursi también.

En esta carta halló esta frasecilla, que no tiene nada de académica:

«Póngate el Señor como á Sedecías, y como á Achab, á los que frió el rey de Babilonia con fuego.» ¡Vaya una maldición!

No sé quiénes fueran este Achab y este Sede-cías; lo que sé es que estos caprichos de tostar ó asar á fuego lento las personas, era una de las más entretenidas diversiones de Nabucodonosor en la antigüedad y del fraile Torquemada en los tiempos modernos.

¡Mala peste sobre ambos, y cómo en el Infierno, donde han de estar forzosamente, los tostarán á ellos los demonios, en justa revancha á sus freidurias de antaño!

Las notas anteriores habrán convencido al lector de que la *Profecía de Isaias* carece de novedad, y que toda ella se reduce á la repetición indigesta de que los caldeos vendrían y molerían á palos á los hebreos, en justo castigo á sus pinchamientos teológicos con los cananeos, y que después los llevarían cautivos á Babilonia, y después de setenta años, Jehová, cambiando, no de humor, pero sí de costillas, enderezaría el apealeamiento contra Babilonia.

Esto puede comentarse una vez, y dos, y tres, y hasta cuatro, y haciendo un esfuerzo de longanimidad anotativa la quinta; pero ni Cristo pasó de la Cruz, ni es cosa de que yo siga paso á paso tanta necesidad. Así diré, abreviando, que en el capítulo XXX Jeremías dice que le mandó Dios juntar en un libro todos los disparates proféticos que llevaba publicados. En el capítulo XXXI vuelve á la carga, profetizando que israelitas y judíos, ó lo que es lo mismo, los de Jerusalem y Samaria, se volverían á juntar en un sólo reino, y que la tribu de Efraim, que tanto tiempo había campado por sus respetos en el monte, se uniría á los del llano y todos hechos una piña constituirían un reino para cuando viniéramos el Mesías. Como Jeremías no barruntaba á los romanos, nada dice de que la patria sólo sería unida para que con más facilidad se la comieran de un bocado los legionarios de Pompeyo. En cambio lo del Mesías aparece clarísimo: no hay más que leerlo

y todo el mundo lo entiende. Véase el versículo en que el embrollo más cumplidamente se contiene:

«Hasta cuándo estarás desmadejada por las »delicias, hija vagamunda? Pues el Señor ha »criado una cosa nueva sobre la tierra; una hembra rodeará al varón.»

Advierto que estas palabras una *hembra rodeará al varón*, que son precisamente aquellas á que no les encuentro sentido, ni alumbrándome con un candel, las trae la edición católica de la *Biblia* que tengo delante, escritas con mayúsculas, para que todo el mundo las entienda.

Con una palada de cal y otra de arena se hace el mortero: las profecías se fabricaban de una manera semejante, mezclando los disparates con tal cual verdad de á folio. Pongo por caso. Profetiza Jeremías, inmediatamente después de lo de la hembra que rodeará al varón, que llegará día en que sucederá lo siguiente:

«Y no enseñará en adelante hombre á su prójimo, y hombre á su hermano, diciendo: Conoce »al Señor; porque todos me conocerán desde el »más pequeño de ellos hasta el mayor, dice el »Señor.» Y un poquito más atrás, discurriendo de la misma recta manera, deja dicho: «Pondré »mi ley en las entrañas de ellos, y la escribiré en »sus corazones; y yo seré su Dios y ellos serán »mi pueblo.»

Estos ellos, somos nosotros, los librepensadores, y este Dios, que escribe su ley en las entrañas y corazones, es nuestro Dios. Por esto, como llevamos la ley de Dios escrita en el corazón, no reímos de la *Biblia*, que es un mamotreto indigesto de leyes de hombres; y cuando algún presbítero se atreve á echársela de plancheta delante de nosotros, presumiendo de que sin su intervención y permiso administrativo no podemos conocer la ley de Dios y cumplirla, le enviamos de paseo por la primera vez, á la segunda le llama-

mos al orden de que no nos tme los dineros, y si insiste, nos le quitamos de delante por el procedimiento más rápido posible.

¡Estaría de ver que después de habernos enseñado un profeta del tupé de Jeremías, que ya no necesitamos intérpretes, medianeros ni corredores para entender la ley de Dios, consintiéramos que ningún tunante viviese á costa nuestra, á título de administrador de lo que Dios ha puesto en nuestros corazones!

Cuando más apretada tenían los caldeos á Jerusalem, Jeremías se entretiene en formalizar la escritura de compra de un campillo á un primo suyo. ¡Mejor le estaría, dirá quizá el lector, pelear contra los sitiadores, que andar requiriendo á los escribanos! ¡Lo propio digo yo; pero el pillín de Jeremías, al comprar el campo, lo hacía para dar testimonio de que la ciudad, después de tomada y destruida, volvería á reconstruirse y ser habitada! ¡Consuelo de pobres, dicen en mi pueblo, andar á pedir! Pero como todo ésto lo hacía por orden de Jehová, en vez de lamentarse del mal presente, el profeta se deleita con las bienandanzas que tendrán... no sus tataraniños (porque ya he anotado que era un Castelar con relación á la hembra), sino los tataraniños de los demás. Repito: consuelo de pobres andar á pedir.

Capítulo XXXIII.—Repetición de la promesa de que Jerusalem será reedificada: repetición del anuncio del Mesías: repetición de que los judíos son una canalla insoporable. Todo ésto lo repite Jeremías desde la cárcel, adonde sus intemperancias proféticas le habían llevado.

Capítulo XXXIV.—Otro entretenimiento de Jeremías durante el sitio de Jerusalem, fué presentarse al rey Sedecías y endilgarle una profecía, para manifestarle que Nabucodonosor tomaría é incendiaria la ciudad; pero que el rey moriría tranquilamente en su cama, aunque allá en

Babilonia. El rey no dijo ni oste ni moste al profeta: se echaría esta cuenta: del mal el menos.

Anda por ahí alborotando tontos un cardenal Lavigiere que se ha metido á última hora á redimir esclavos á todaprisa, con permiso de León XIII. A tal punto y coma ha llevado su fervorosa propaganda, que ha logrado convencer á los neos y conservadores de España para que formen una Sociedad antiesclavista bajo la presidencia de Cánovas. Luego que estos dignísimos católicos, después de haberse opuesto con todas sus fuerzas á la abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico cuando la pedíamos á voz en cuello los librepensadores, se han visto por nuestra energía desposeidos de sus esclavos de las Antillas, han caído en la cuenta de que Cristo vino hace diez y nueve siglos á redimir á los siervos, y á la voz de la Iglesia se han levantado para redimir los esclavos... de los demás, allá en el Congo y Mozambique. Admiramos su noble espíritu cristiano y en tanto que ellos y el cardenal Lavigiere hacen el oso, deseando que el Madri abolga la esclavitud, pidamos al cielo que los protestantes ingleses deslomen á tal bárbaro teológico; que será el camino más derecho para la emancipación en el Sudán; pues si hasta que allí lleguen las censuras del Papa contra la esclavitud hemos de esperar, para siglos hay... eunucos, que es la planta que con más esmero cultivan los esclavistas para sus mercados y la Iglesia para sus capillas.

Dirá el lector, ¿y á qué viene esta digresión *laegiera*? Contesto que jamás mi pluma se desvió del camino de la descatohización ni habló de cosas que no hagan relación al texto que comento.

Sedecías, viéndose tan en aperturas como le puso Nabucodonosor, publicó un proyecto de abolición de la esclavitud, que mientras los judíos se vieron tan con el agua al cuello como se ven

ahora los católicos de la propaganda Lavigerie, se cumplió honradamente. Mas desaparecido el miedo, los poseedores de esclavos reclamaron su propiedad y echaron mano de los libertos. Alborotóse Jeremias y tronó proféticamente contra la canalla que trataba al hombre como animal; pero sus palabras se perdieron en el vacío, como se pierden las de Cánovas y compinches *abolidores*, que serían muy hombres, si pudieran, que no podrán, para volver á introducir coolies en Cuba.

¡Buena sangre tienen!

CLVIII

Había entre los hebreos una taifa llamada de los Rechabitas, que desde los tiempos de su tatarabuelo Jonadáb, ya por disposición de este caballero, enemigo furibundo de Noé, tenía declarada guerra al vino, quiero decir, que los tales Rechabitas eran lo que llamamos en castellano *aguados*, aunque quizá se pudieran llamar más propiamente *aguachinados*. Los Rechabitas, que eran pastores, bien porque no lo tuviesen ó porque realmente le hiciesen ascos, no bebían jamás vino.

A estos correigionarios pretéritos de los ingleses presentes de la *Sociedad de Templanza*, endilga Jeremias sus profecias del capítulo XXXV, metiéndolos de rondón en uno de los gazofilacios del templo de Salomón, gazofilacios que venían á ser cosa así como las capillas particulares de nuestra iglesia. Cuando allí los tiene congregados, preséntales doradas copas de espumosos vinos, invitándoles á emborracharse. Pero los Rechabitas, fieles á sus acuosas aficiones, le dicen: *vade retro* Jeremias.

«Hemos obedecido á la voz de Jonadáb, hijo de Rechab, nuestro padre, en todas las cosas que nos mandó, de no beber vino en todos nuestros días nosotros y nuestras mujeres, nuestros hijos é hijas. Y de no edificar casas

para habitar: y no hemos tenido viña, ni campo, ni sementera. Sino que hemos habitado en tiendas y hemos sido obedientes...»

Jeremias, que topa con tan berroqueña virtud y tan pastoril entereza, se vuelve loco de alegría, y convirtiéndola en substancia de una comparación retórica y teológica á la vez, revuelve profecía en ristre contra los de Jerusalem, echándoles en rostro su abandono de las antiguas costumbres y su desprecio á las órdenes y leyes de Moisés, manifestando que por ésto Jerusalem será destruida y su pueblo llevado cautivo, en tanto que por lo otro, quiero decir lo del *aguachinamiento*, nadie se meterá con los Rechabitas.

Yo no dudo que así sucediera, porque maldito el interés que ni Nabucodonosor, ni nadie, podía tener en conquistar una gente que jamás había habitado en casas, ni sabía sembrar, ni podar las viñas. ¡Tendría que ver la facha de semejante familia! ¡Y sobre todo tendrían que ver sus camisas, en caso que las gastasen, que lo dudo!

Y digo esto, porque aun rebuscándolo con detenimiento en nuestra historia, no he podido averiguar que los varios conquistadores de España conquistasen nunca á los pastores que discurren por las breñas de las montañas de León. Conquistaron á sus amos y disfrutaron los rendimientos del ganado. ¡Esto es todo!

Advirtiéndome una vez más que esta *Profecía de Jeremias*, parece un periódico demagógico mal encuadernado, en lo que se refiere al orden de colocación de los números con relación á sus fechas, paso á decir que, después del cuento de los Rechabitas, Jeremias cuenta que el año IV del reinado de Joaquín, recibió orden del Altísimo para que Baruch le escribiese en un libro todo lo que llevaba disparatado. La razón que Jehová le dió para ordenarle esta recopilación, es de puro oro teológico, quiero decir de la hojalata siguiente:

«POR SI ACASO oyen do la casa de Jacob todos los males que yo pienso hacerles, se vuelve cada uno de su pésimo camino, etc.»

Este *por si acaso* de Dios onnisciente vale por toda la iglesia católica junta, desde el Papa de Roma al monaguillo de mi pueblo, que es un chico con paperas y sabañones, anti rechabita de pura raza.

E hizo muy bien Dios en dejar la cosa en este sentido dubitativo. ¡Conocía á su gente! Que, habiendo oído leer á Baruch en un gazofilacio el libro; se alborotó y se fué con el cuento al consejo, que á su vez se alborotó también y dando á Baruch el buen aviso de huir con Jeremías, llevó el cuento al rey en persona, el cual oído que hubo la lectura del libro, le cogió y arrojó al fuego de un braserillo, dando elocuente muestra de su enjundia de inquisidor é indicio de lo que hubiese hecho con Jeremías de tenerle al alcance de sus uñas reales.

Mandóle prender, pero *no fué habido*; lo que me prueba que la policía de Joaquín no tenía nada que envidiar á nuestra policía alfonsina.

Jeremías que supo cómo Joaquín había tratado su obra—digo mal, la obra de Dios, puesto que á cuenta de Dios había sido escrita—se enrespó contra el monarca, mandó á Baruch escribir de nuevo sus profecias y anunció á Joaquín una porrillada de calamidades, entre ellas la de que su cadáver había de ser arrojado al bochorno del día y al hielo de la noche, con lo cual pienso que quiere dar á entender que no habría de ser sepultado; pues lo que es al calor del día y al frío de la noche, todos los cadáveres, así régios como democráticos, supongo yo que han de verse sometidos.

Dando un salto cronológico, nos cuenta Jeremías, en el capítulo XXXVII, los apuros en que se vió en tiempos del rey Sedecías, hechura judía del caldeo Nabucodonosor.

El rey quiere consultar con el profeta, y le manda á llamar, pero Jeremías no se presenta, enviando la profecía por los mensajeros. Esta se reduce á anunciar al rey que los egipcios, que cayendo sobre Judea habían obligado á los caldeos á levantar el sitio de Jerusalem, no tomarían la ciudad, porque esta hazaña la tenía Dios guardada para los babilonios que, huidos los egipcios volverían sobre ella y la arrasarian.

Huyendo quizá de la chamusquina, Jeremías intenta salir de Jerusalem para recorrer la tierra de Benjamín; pero le achacan que se escapa á unirse con los caldeos, y, aunque protesta con energía, le ponen preso, y lo que es más afrentoso, por orden de los príncipes le dan una mano de azotes que el pobre profeta sacó de ella las nalgas hechas una pura lástima. Arropémosle á toda prisa, en gracia al pudor profético, y digamos corriendo que el rey mandó inmediatamente sacarle del calabozo en que, una vez bien azotado, le encerraron, preguntándole con ansiedad si era cierto, ó cosa de broma, todo lo que tenía profetizado.

—No lo dudes ¡oh rey! replicó Jeremías con firmeza, llevándose las dos manos á las dos acardenaladas nalgas;—no lo dudes: *en manos del rey de Babilonia serás entregado.*

Cualquiera pensará que Sedecías le mandaría ahorcar. Nada de eso.

«Mandó que fuese puesto Jeremías en el atrio de la cárcel y que le diesen una torta de pan cada día, además de la vianda, hasta que se gastasen todos los panes de la ciudad: y permaneció Jeremías en el atrio de la cárcel.»

Esto de poner á un judío en en el atrio de la cárcel, declaro honradamente que no sé si era estar preso ó en libertad. Puede que fuese mixto de canario y jilguero, quiero decir, que estuviese libre á las resultas de la causa.

Sea de ello lo que quiera, el caso fué que hasta

en el atrio profetizó desastres y calamidades, sacando con sus palabras de quicio á los príncipes de la Sinagoga, que arreciando en ira, reclamaron del rey á Jeremías para hacer salchichas de su lengua alborotadora.

El rey, en virtud del viejo y nefando contubernio del trono con el altar, del cetro con el báculo y de la corona con la mitra, entregó á Jeremías en manos de aquellas furias eclesiásticas, que le tiraron á un pozo para que en su fondo se muriera de hambre y de rabia: ¡De tan antiguo data la ferocidad de los sacerdotes hasta para con los de su familia!

Existía entonces un pobre eunuco etiope, que sabiendo la canallada cometida por los príncipes contra Jeremías, habló al rey en favr de éste, y consiguió su perdón, yendo á sacarle del pozo.

En prueba de que este etiope valía por todos los sacerdotes judíos juntos, copio:

«Así Abdemelech, tomando consigo los hombres, entró en la casa del rey, que estaba debajo de la despensa, y tomó de allí unos paños viejos y ropas antiguas que se habían empodrecido, y las echó abajo á Jeremías, con cordeles, en el lago. Y dijo Abdemelech etiope á Jeremías: «pon los paños viejos y esos retazos empodrecidos debajo del codo de tus manos y sobre los cordeles. Y Jeremías así lo hizo. Y tiraron de Jeremías con los cordeles y le sacaron del lago.»

Admiremos al caritativo eunuco etiope: pero que nuestra admiración no nos impida reír á mandíbula batiente de la situación ridícula en que se complace Jehová en poner, ó dejar que ponga, á sus profetas. Tendría que ver y oler la cara del revelador al salir de un pozo de cieno, subido con unos cordeles y entrapajado.

¡Ay, profecía, pudo decir el pobre hombre: ay profecía, cómo me has puesto!

CLIX

Tan pronto como á Jeremías le sacaron del pozo de cieno, ya le tenemos otra vez profetizando; genio y figura hasta la sepultura.

Mándale á llamar el rey Sedecias y le dice que le declare la verdad sobre la suerte que le espera. *¡Si yo te la anunciare, por ventura no me mataras?*—le contesta el profeta, á quien, como se ve, los azotes y la puerca aventura del pozo habían vuelto cauto. Prométele Sedecias seguro sobre su palabra real, y entonces Jeremías, bajo la forma obligada de profecía, le aconseja que capitule con los caldeos, pues de resistirlos es segura su muerte y la ruina de la ciudad.

Sedecias le manda guardar secreto este trato, que á ambos hubiera costado la vida de conocerle el pueblo, y le envía á la cárcel, donde Jeremías estuvo hasta el día terrible en que Nabuzardán tomó á sangre y fuego la desventurada Jerusalén.

Este asalto y destrucción es una de las más lúgubres escenas de la historia hebrea. Pero... no me meteré en descripciones que no hacen á mi propósito. Diré llanamente que Sedecias, abriéndose con unos pocos paso, huyó de noche al desierto, donde Nabuzardán le siguió, alcanzándole y haciéndole prisionero en Jericó. De aquí le llevaron á Reblata, donde estaba Nabucodonosor en persona. Mejor debería decir *en fiera*, porque sólo una fiera es capaz de hacer lo siguiente:

Y el rey de Babilonia mató en Reblata á los hijos de Sedecias delante de sus ojos, y á todos los nobles de Judá los mató el rey de Babilonia.

Asimismo sacó los ojos á Sedecias y lo aprisionó con grillos para que fuese llevado á Babilonia.

Jehová en las alturas, al ver lo admirablemente que ejecutaba sus decretos el bárbaro y despiadado Nabucodonosor, debió respirar fuerte aquel día y decir para su coletó:

—Muchas me hicieron vuestros padres; pero la que yo os hago á vosotros vale por todas.

El babilonio, que tan feroz fué con el rey, trató con mucho mimo al profeta. Se le recomendó muy especialmente á Nabuzardán, y éste cumpliendo el regio encargo, se le entregó libre y recomendado á Godolias, un judío, hijo de Ahican, á quien los caldeos dejaron el encargo de gobernar á ojo de buen cubero á los miseros residuos del pueblo hebreo que habian quedado de la matanza, del incendio, del hambre y de la transigración á Babilonia.

No considero irreverencia suponer que este Godolias, y los que con él quedaron gobernando la Judea desde Masfa, debieron ser unos cobardes, cuando no unos traidores. Los cuales no fueron tres ni cuatrocientos, sino muchos miles y miles de hombres; pues eso de que la transigración despobló la tierra, solo pueden concebir los católicos. Esas cosas nunca pasan como ellos suponen. Lo que pasa es aquello de *bien vengas mal, si vienes solo*.

Porque un Ismael, barrantando que á un cobarde como Godolias sería fácil desbalijarle, vino sobre Masfa y mató al infeliz gobernador, llevándose prisionera toda la gente que hubo á mano, con la cual salió para su tierra. Pero como su villana conducta sobreexcitase el patriotismo de algunos pocos judíos, bajo la conducta de un tal Johanán, sale contra él: Ismael, cobarde como todos los ladrones á trasmano, huye, abandonando su presa.

Los desdichados prisioneros, al verse libres, huyendo de más chamusquinas, se van á Belén, determinados á pasar á Egipto.

Y aquí de la profecía.

Consultan con Jeremias el caso, y éste, oficiando de cumplido profeta, se retira para escuchar con más claridad lo que le dijese Jehová.

Diez días, diez mortales días tardó el Altísimo

en responder á Jeremias, mas no se puede decir de él aquello de tardar y parir hija, pues lo que parió fué un rifle americano, con que dijo estar dirpuesto á no dejar vivo á ninguno que pasase á Egipto. Así lo comunicó el profeta á Jonahan.

—Mientes, mientes, mientes—exclamaron los jefes todos dirigiéndose á Jeremias.—No es Dios el que te ha hablado, sino Baruch el que te incita contra nosotros para que bajemos la cabeza al yugo de Nabucodonosor. Y, haciendo tanto caso de la revelación como de las coplas de Calainos, se largaron á Egipto, llevándose á Jeremias, y no pararon hasta Tafnis.

Decía D. Juan Tenorio, que santa gloria goza, según la más pura y aquilatada doctrina católica, en tanto que el buen Comendador se requeña en los infiernos, que donde quiera que el iba, iba el escándalo con él. A donde quiera que iba Jeremias, iba con él la revelación, que formaba parte integrante de su idiosineracia mística. Llegar á Tafnis y empezar á profetizar, fué todo una misma cosa, haciéndose eco de los furibundos apóstrofes que el Dios de los judíos lanzaba contra la caterva de Dioses, más ó menos cor-núpetos, de la mitología egipcia.

Y una cosa debo honradamente declarar, y es que si alguna vez tuvo razón Jeremias—ó seáse Jehová—para indignarse, fué en esta ocasión. Pues los judíos, hallando más bonito y divertido el culto de los egipcios al Sol, á la Luna, á la Via Láctea, á las Cabrillas, al buey Apis y al carnero Ammon, que su culto severo y tonto á Jehová, empezaron á picarse de la idolatria en moda á las orillas del Nilo, echando cada baile y tomando cada jumerá en las romerías á los diversos templos de Menfis y Magdalo, que ni las jumeras y zortzicos que se echan al cuerpo nuestros integros actualmente en sus peregrinaciones á Guadalupe, Lezo y otros andurriales carlistas.

Jeremias truena, relampaguea y graniza so-

bre tamañas abominaciones. No se han hecho tantas espadas en Toledo durante el último quinquenio, como promete Jehová que ha de descargarse de corte y de punta sobre las espaldas y posaderas de tan ruines hijos suyos, como eran aquellos que se postraban ante un dios cornudo ó una diosa con pico de gavilán.

La señal cierta de que esto había de suceder fué una calamidad que el profeta anuncia que le había de venir á Egres, Faraón egipcio á quien dió catite, como á Sedecías, Nabucodonosor, rey de Babilonia, gran cirujano estirpador de testas coronadas, una especie de Marat oriental, anterior á la invención del sistema parlamentario.

Nada menos que dieciocho años atrás, dando un salto, á modo de aquel que reza la copilla.

De Cádiz al Puerto
un salto pegué,
tan sólo por verte
la punta del pie.

debemos saltar ahora, para enterarnos de que Jeremías le dijo á Baruch, su cofrade y amanuense, cuando aquello del libro que quemó el rey Joaquín, todo el mal que sobre Jerusalem había de venir, y vino.

Este capítulo, vacío de doctrina y ruin de dimensiones, es uno de esos pegotes burdos y deshilachados que afean las más bellas obras literarias, y prueba que esta *Profecía* que comento es una recopilación mal cortada y peor cosida.

Tras él viene el XLVI, en que especifica Jeremías la catástrofe que deja apuntada atrás sobre el faraón de Egipto. Para mi gusto esta página es la más brillante y correcta de Jeremías, literariamente hablando, remontando en ella el profeta hebreo el vuelo á donde le remontan las águilas de los Alpes y los condores de los Andes. Pero la teología sale en ella muy mal librada, pues nos presenta á Jehová apoyando á Nabucodonosor, un pagano, contra Feres, otro pagano,

que se disputan quién ha de apalearse al pueblo elegido, á los fieles, aunque un poquito heréticos hebreos, huídos á Egipto. Para quienes Jeremías, á pesar de su enfurruñamiento, tiene esta palabra de consuelo y esperanza:

«Y tú no temas, siervo mio, Jacob, dice el Señor; porque contigo estoy yo; pues yo consumiré á todas las gentes á que te habré desterrado...»

Esta consumición, Señor, podrían haberle los interesados contestado, esta consumición, no hubiera sido malo que la decretáseis un poco antes. ¡Malas palizas y pocos apuros que nos hubiéseis, Señor, ahorrado!

Que los Filisteos serán hechos gigote; que Tiro será hecha papilla; que Sidón será destruida; que Gaza será arruinada; que Ascalón será desolada; que los Moabitas serán zarandeados; que los Idumeos serán baqueteados; que Damasco será incendiada; que los Cedareños serán esparramados; que el reino de Asor será talado, y que Elam será aventada.

He aquí las *nimiedades* que en los capítulos XLVII, XLVIII y XLIX de su *Profecía* anuncia Jeremías, que servirán de entretenimiento al alto Jehová por espacio de algunos años, interin los judíos, ya en Babilonia, ya en Egipto, ya en tierras más apartadas, ya en la misma Judea, gobernada por extraños, esperaban, entre palos y azotes, azotes y palos, la hora prefijada de la vuelta del cautiverio y restauración del templo de Salomón.

El *menú* ciertamente aterra, porque deja entrever un Saturno, ocupado en devorar á sus hijos; pero afortunadamente *Reclus*, en su *Geografía Universal*, describiéndonos las poblaciones de estas comarcas, condenadas á destrucción y ruina, viene á sacarnos el susto del cuerpo, y nos trae á los labios aquellos sabidos versos:

Los muertos que vos matásteis
Gozan de buena salud...

Frases célebres de estas barrabasadas: *Y acollarán todos los habitantes de la tierra.* Capítulo XLVII, versículo II. Aquí del comienzo del *Hombre que ríe* de Victor Hugo; «Lupus» *eté un homme et «Homo» eté un un loup.*

Galvez vino sobre Gaza. Versículo V. Una ciudad tenéis aquí de poco pelo.

Ay de Nabo! Capítulo XLVIII, versículo I. No hay que alarmarse: este Nabo no es una hospitaliza, es una ciudad. *Maldito el que hace la obra del Señor fraudulentamente.* Versículo X. ¡Ojo, presbiteros, con tener corrientes las licencias!

Por tanto, mi corazón resonará á Moab como flautas; y mi corazón dará sonido de flautas; versículo XXXVI. Esta es una moda nueva. Hasta ahora eso de sonar como flauta, se había dicho de las tripas mal alimentadas.

Por manera, y para terminar por hoy: cuando el hambre ó una mala digestión os traigan la barriga alborotada, decid conmigo, ¡oh, eruditos hebraizantes y teológicos!: «Tengo las tripas como el corazón de Jeremías cuando profetizaba contra Moab.»

CLX

Desde que á Jeremías se le puso *el corazón como una flauta* profetizando contra Moab, el pobre hombre dió un bajonazo tremendo, no quedándole espíritu más que para vaticinar en dos capítulos, que son el L y el LI, la ruina y destrucción del imperio de los caldeos por los medos y persas, y la caída y desaparición de la famosísima Babilonia.

Aunque la cronología anda tan por los suelos en las historias bíblicas, y tan por las alcantarillas en las profecías, fácil me sería hacer reír al público á costa de unas *visiones*, en que se detalla lo que sucede más de setenta años después que *honradamente* hay que suponer fueron escritas.

También podría comentar las notas y acotaciones que á ellas ponen los comentaristas canónicos, sacando partido de vaguedades y simplezas del texto jeremiaco para acusar, con varios siglos de anticipación, á los judíos de *deicidas*, al tiempo mismo que Dios les promete misericordia eterna y la restitución á Jerusalem.

Véase el anuncio, que está lleno de poesía:

«En aquellos días y en aquel tiempo (no sé cuántos) dice el Señor: vendrán los hijos de Israel, sellos y juntamente los hijos de Juda; andando y llorando se apresurarán, y buscarán al Señor su Dios. Preguntarán el camino para Sión, hacia acá sus rostros. Vendrán y se agregarán al Señor con una eterna alianza, que ningún olvido borrará.»

Aquí no hay para reír más que á cuenta de los teólogos, cuando interpretan lo de la *eterna alianza*. Todos los hombres de buen gusto literario, que sientan en sus corazones el amor de la patria, hallarán sublime este pasaje en que un vencido de la fuerza bruta, arrebatado de entusiasmo, ve en un porvenir remoto volver del cautiverio á los hijos de los que con sus ojos vió á él llevar, y que olvidados en la miseria de la esclavitud hasta del camino de la ciudad amada, tienen que preguntar dónde la hallarán al transeunte.

Porque, como tengo muchas veces advertido, si los teólogos no hubiesen corrompido la *Biblia*, obligándola á servir sus concupiscencias, los hombres de buen sentido tendrían en ella mucho que admirar, pues los que la escribieron *no fueron ranas*.

¿Qué había de serlo el que, conocida la flaqueza íntima de aquel aparatoso imperio caldeo; las abominaciones de aquel Gobierno infame, puramente despótico, en que los hijos cortaban bonitamente la cabeza á sus padres para apresurar la herencia de la corona; los devaneos estúpidos

Frases célebres de estas barrabasadas: *Y acollarán todos los habitantes de la tierra.* Capítulo XLVII, versículo II. Aquí del comienzo del *Hombre que ríe* de Victor Hugo; «Lupus» *eté un homme et «Homo» éte un un loup.*

Galvez vino sobre Gaza. Versículo V. Una ciudad tenéis aquí de poco pelo.

Ay de Nabo! Capítulo XLVIII, versículo I. No hay que alarmarse: este Nabo no es una hospitaliza, es una ciudad. *Maldito el que hace la obra del Señor fraudulentamente.* Versículo X. ¡Ojo, presbiteros, con tener corrientes las licencias!

Por tanto, mi corazón resonará á Moab como flautas; y mi corazón dará sonido de flautas. versículo XXXVI. Esta es una moda nueva. Hasta ahora eso de sonar como flauta, se había dicho de las tripas mal alimentadas.

Por manera, y para terminar por hoy: cuando el hambre ó una mala digestión os traigan la barriga alborotada, decid conmigo, ¡oh, eruditos hebraizantes y teológicos!: «Tengo las tripas como el corazón de Jeremías cuando profetizaba contra Moab.»

CLX

Desde que á Jeremías se le puso *el corazón como una flauta* profetizando contra Moab, el pobre hombre dió un bajonazo tremendo, no quedándole espíritu más que para vaticinar en dos capítulos, que son el L y el LI, la ruina y destrucción del imperio de los caldeos por los medos y persas, y la caída y desaparición de la famosísima Babilonia.

Aunque la cronología anda tan por los suelos en las historias bíblicas, y tan por las alcantarillas en las profecías, fácil me sería hacer reír al público á costa de unas *visiones*, en que se detalla lo que sucede más de setenta años después que *honradamente* hay que suponer fueron escritas.

También podría comentar las notas y acotaciones que á ellas ponen los comentaristas canónicos, sacando partido de vaguedades y simplezas del texto jeremiaco para acusar, con varios siglos de anticipación, á los judíos de *deicidas*, al tiempo mismo que Dios les promete misericordia eterna y la restitución á Jerusalen.

Véase el anuncio, que está lleno de poesía:

«En aquellos días y en aquel tiempo (no sé cuántos) dice el Señor: vendrán los hijos de Israel, sellos y juntamente los hijos de Juda; andando y llorando se apresurarán, y buscarán al Señor su Dios. Preguntarán el camino para Sión, hacia acá sus rostros. Vendrán y se agregarán al Señor con una eterna alianza, que ningún olvido borrará.»

Aquí no hay para reír más que á cuenta de los teólogos, cuando interpretan lo de la *eterna alianza*. Todos los hombres de buen gusto literario, que sientan en sus corazones el amor de la patria, hallarán sublime este pasaje en que un vencido de la fuerza bruta, arrebatado de entusiasmo, ve en un porvenir remoto volver del cautiverio á los hijos de los que con sus ojos vió á él llevar, y que olvidados en la miseria de la esclavitud hasta del camino de la ciudad amada, tienen que preguntar dónde la hallarán al transeunte.

Porque, como tengo muchas veces advertido, si los teólogos no hubiesen corrompido la *Biblia*, obligándola á servir sus concupiscencias, los hombres de buen sentido tendrían en ella mucho que admirar, pues los que la escribieron *no fueron ranas*.

¿Qué había de serlo el que, conocida la flaqueza íntima de aquel aparatoso imperio caldeo; las abominaciones de aquel Gobierno infame, puramente despótico, en que los hijos cortaban bonitamente la cabeza á sus padres para apresurar la herencia de la corona; los devaneos estúpidos

de una religión miserable, en que por interpretación de las nubes tostaban las fieras sacerdotales á los chiquillos y las personas mayores: anuncia y vaticina que aquello es absolutamente imposible que pueda durar siempre, ni siquiera muchos años?

Jeremías, profetizando la ruina del imperio caldeo, no es más profeta, ni tampoco menos cuerdo que el nihilista de hoy en día, que dice á todos los vientos: caerán los czares, se arruinará ese despotismo horrible que humilla al noble pueblo ruso y esclaviza á tantos otros pueblos; ó, trayendo el asunto á comparaciones más inteligibles; Jeremías, al profetizar la caída de Babilonia, no tiene más ni menos mérito que yo mismo, cuando tengo profetizada la caída de lo que á mordiscos y patadas se disputan los íntegros y los mestizos; quiero decir, los 42 millones de pesetas del presupuesto eclesiástico. El que no ve ésto ahora en España está ciego; el que no vea en tiempo de Jeremías que á Babilonia le tocaría un día el premio gordo de la lotería de destrucciones, que entonces se usaba, era un tonto.

Y lo que es Jeremías, podrá haber quien crea que se pasaba de listo; pero lo que es por tanto sólo puede tenerle otro que tal, y de remate.

No es de tontos saber, como Jeremías sabía, que el que mal anda mal acaba, que el que abusa de su poder tropieza con quien le cobre estos abusos en estacazos, que el que obra iniquidad en iniquidad será pagado.

Ved cuán claramente asienta el profeta esta sabia doctrina política del sistema retributivo, según las obras:

«Anunciad contra Babilonia á todos los muchísimos que entesan arco; asentad el campo contra ella alrededor, y no escape ninguno.» RETOD-NABLE SEGUN SU OBRA; SEGUN TODAS LAS COSAS QUE HIZO.

Lo de siempre, que hace falta que aprendan los

humanos, para acabar de una vez con esos embolismos de las guerras y de las valentías. Orgulloso Nabucodonosor, sale de madre, inunda las naciones, comete iniquidades sin cuento (recuérdese la muestra de degollar á los hijos de Sedecias delante de su padre y sacarle luego á éste los misereros ojos que tan cruel suplicio habían presenciado) y hace barrabasadas sin número, creyéndose invencible é inmortal. Pues bien; sus propios hijos asesinan al monstruo, monstruos ellos mismos, y el imperio creado por tales medios, cae hecho polvo á sablazos de los persas y medos de Ciro el Grande, que también resultó un mozo digno de un garrote en cuanto á moralidad de los medios que empleó para elevar la Persia á la cumbre de las naciones. A los persas dieron mulé los macedonios y á éstos los romanos; porque allá se anduvieron todos en respetar el derecho y santificar la justicia; únicas cosas—sábelo, desventurado adorador de la fuerza—únicas cosas que fundan lo indestructible.

Lo que la espada hace, la espada lo deshace, con la misma ó mayor vergüenza en un caso que en otro. Sólo las obras de la paz quedan. Quedan de los romanos las leyes justas que enseñaron á las naciones; lo otro, la vanagloria militar, fué convertida en escarnio é irrisión. Los romanos tomaron á Numancia; pues bien, los españoles asaltamos, andando el tiempo, á Roma, haciéndole pasar á los romanos y romanas las de Caín. Los franceses de Napoleón entraron triunfalmente en Berlín, haciéndose presentar las llaves de la ciudad en una bandeja, y los alemanes de Guillermo, apenas pasados setenta años, entraron en París, dejando los Campos Eliseos llenos de inmundicia. Hasta que unos y otros, aquéllos y éstos, todos los hombres, no digamos, riendones de la gloria militar, *en pata, y, donde las dan las toman, y, hoy por tí y mañana por mí, y, lo mejor de los cañones es no dispararlos, todo*

andaré manga por hombro en la sociedad, y volviendo ya á mis burlitas teológicas, cualquier Jove y Hevia ó cualquier Conmelerád podrán tirárselas de Jeremias, anunciando que esa pelea de gallos fusionistas, que trae escandalizada la España, acabará en la ruina y desolación de lo que á picotazos se disputan.

Adivina, Juan, que sea ello.

Oye—dice Jeremias—«oyó el rey de Babilonia la fama de ellos (los medos y persas) y se le descoyuntaron las manos; angustia se apoderó de él, dolor como á la que está de parto.» Es lo que sucede á todos los valentones. Cuando tropiezan con otro más débil, la arrogancia les vuelve las entrañas de pedernal; cuando topan con quien se las tiene tiesas y les ajusta las cuentas de sus canalladas, entonces se les descoyuntan las manos, y se angustian, y chillan como la que está de parto. La historia es tan vieja, que hace reir á costa de los bravos á los justos. Algún dia reirán los españoles á expensas de esos bravos que, resguardados por las bayonetas, á todos se atrevieron contra el derecho del pueblo, y cuando las bayonetas les faltan, echan á correr como liebres conservadoras, ó se esconden entre las esteras como el perinquito Godoy.

Lo soberanamente ridículo en estas profecias consiste en que los que apalean son en ellas declarados brazos de Dios. Más adelante, con un poquito más de pudor teológico, se contentaron los místicos con llamar á Atila *azote de Dios*. He aquí cómo Jehová declaró su voluntad á los persas.

«Y quebrantaré por tu medio al caballo y al caballero; y quebrantaré por tu medio al carro y al que sube en él; y quebrantaré por tu medio al hombre y á la mujer; y quebrantaré por tu medio al viejo y al mozo; y quebrantaré por tu medio al joven y á la doncella; y por tu medio quebrantaré al pastor y á su grey, y por tu me-

«dio quebrantaré al pastor y á sus yuntas; y por tu medio quebrantaré los caudillos y los magistrados.»

Muchos motes tuvo Adonai, pero se olvidaron los viejos de llamarle por el que mejor le cuadra, que es el de *Quebrantahuesos*, pájaro de mal agüero.

A vueltas de estas enormidades hallo estas donosuras por el estilo:

«Correo se encontrará con correo; y mensajero alcanzará á mensajero; para noticiar al rey de Babilonia que su ciudad ha sido tomada desde el un cabo hasta el otro, y que los vados están tomados, y las lagunas ardiendo en fuego y que los hombres guerreros están turbados.»

Esto es lo que se llama una hermosa descripción y un rey en apuros. ¡Buenos tendría los calzones el monarca caldeo con semejantes noticias! Ni Isabel, cuando los moderados se atropellaban por las escaleras para anunciarle que tal ciudad se había sublevado, que tal regimiento se había pasado á los revolucionarios, y que, en fin, á Novaliches le habían roto la mandíbula de un cañonazo.

Porque el oficio de rey, que parece tan apetitoso, tiene quebradas fatales, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, y los pocos que le quedan ya de estar en moda.

A Dionisio, rey de Siracusa, le vieron los atenienses hecho un botargas, borracho, de la noche á la mañana, siendo el hazme reir de los chiquillos.

A Agis, rey de Esparta, le ahorcaron malamente en un calabozo.

A Sedecias, rey de Judá, ya le acabamos de ver sacar los ojos y marchar cargado de grillos á Babilonia.

A Ataúlfo, primer rey de España, le asesinó malamente Sigerico en Barcelona.

A Sigerico, nuestro segundo rey, le dieron la puntilla á deshora.

A Turismundo, ídem del puñal, que era el lienzo que se usa *in diebus illis* para las mortajas reales.

A Teodorico, otro rey español, le mató á cuchilladas un hermanito suyo, que luego fué rey con el nombre de Eurico.

A Teudis, otro rey español, le atravesó de pecho á espalda, con su espada, un loco, ó que fingía serlo, porque ya es cosa vieja eso de las *coartadas* por razón de *chifladura* previa ó concomitante.

A Teudiselo, rey también de España, sus propios nobles y amigos, á quienes por su desenfrenada lujuria tenía ofendidos, le cosieron literalmente á puñaladas en un banquete, en Sevilla, teniendo los jurados la precaución de apagar las lucas para ocultar mejor su poca aprensión monárquica.

Agila, sucesor de Teudiselo, cayó como éste, en Mérida, á estacadas, que le dieron sus comilitones.

A Hermenegildo, á quien los católicos llaman rey y santo de añadidura, le cortaron la cabeza de un hachazo, por orden de su señor papá Leovigildo, allá por Tarragona, si no ando trascordado, escribiendo como escribo esta letanía lauretana puramente de memoria.

A Luiva II, hijo de Recaredo, el festejado ahora por el marqués de Cerralvo, matáronle malamente en Toledo. Antes de asesinarle le cortaron, por un exceso de lujo, la mano con que se persignaba.

Viterico, que dió catite á Luiva, fué por sus mismos oficiales asesinado, y el buen pueblo toledano, por no ser menos, echóle una sogá al cuello al cadáver regio, y después de arrastrarle bonitamente por las calles, tiróle definitivamente al Tajo.

Sisebuto murió, como dice Ramos Querencia que murió aquel pobre preso Morlanes, esto es, de una *purga* que le dieron y le curó de una vez de indigestiones.

Y Chindasvinto ídem de la farmacopea toxicológica.

A Wamba le cortaron la coleta después de propinarle un narcótico, con lo que le inutilizaron para el toreo monárquico, dado el estilo que usaban los peluqueros góticos.

Si hubiera de contar cómo acabó la dinastía de los Omeyas, habría de recordar escenas propias de caníbales, de Savalls y del cura de Santa Cruz.

Al emperador Claudio le envenenó un médico, tocándole con una pluma la campanilla para provocarle el vómito. Al emperador Tiberio le apresuraron la muerte echándole encima una pila de colchones, para que no se oyeran los chillidos que daba el malvado viejo, duro de pelar. Al emperador Nerón, que había hecho asesinar á su madre, le mató un liberto de una estocada que le tiró al cuello. Calígula había antes acabado malamente, como acabaron después Galba, cuya cabeza pasearon los pretorianos en una pica, Vitelio que fué arrastrado y Otón que se atravesó el corazón de una puñalada.

Domiciano murió también asesinado por un oficial, que se fingió manco para asegurar mejor la estocada; y basta de romanos, que me canso de registrar regicidios por Italia.

Don Fruela fué en España asesinado por su hermano, como lo fué más tarde Don Pedro el Cruel por D. Enrique de Trastámara.

A D. Sancho es sabido que le mató á trasmaño Bellido Dolfos en Zamora, como es sabido que al príncipe D. Carlos le hizo morir su padre don Felipe II, persona eminentemente católica, sacra, majestuosa y agusanada á última hora.

Los ingleses le hicieron la operación sencilli-

ma de seccionarle el cuello á su famoso rey Carlos I, y la reina Maria de Inglaterra repitió el juego con su egregia prima Maria Stuardo.

Los franceses, por no quedarse atrás, guillotinaron á Luis XVI y su *casta* esposa Maria Antonieta de Austria; destronaron á Carlos X, á Luis Felipe de Orleans y á Napoleón el Chico. Al Grande los ingleses le amarraron, nuevo Tántalo, á la Peña de Santa Elena. Y en nuestros días, ahí está el sultán Ab-dul-Azis, á quien sus amados súbditos obligaron á suicidarse, abriéndole las venas con unas tijeritas dentro de un baño caliente, para que se muriera más aprisa y más á gusto; como está el czar Alejandro II, que saltó hecho pedazos por una bomba de nitroglicerina.

¿Qué más? Hasta los americanos, queriendo también tener su pizquita de regicidio en su historia, fusilaron con la mayor cortesa al emperador Maximiliano.

Ahora, por fortuna, las cosas no pasan tan trágicamente. Los pueblos, cuando se aburren de los reyes, los dan la licencia, el canuto, que dicen los soldados, despidiéndolos en la última estación de ferrocarril del reino, con las formas más correctas. Así hicieron los españoles con Isabel II; los bábaros, con el rey Luis; los napolitanos, con Francisco II, y han hecho últimamente los serbios con su Milano.

Un poco me ha apartado esta digresión de Jeremías; pero, después de todo, ¿qué queda de su *Profecía* que comentar? Nada. Porque el capítulo LII y último que en ella aparece, es un mal pegote, un burdísimo zurcido, que el mismo que le hizo tuvo buen cuidado de poner al final del capítulo LI *Hasta aquí las palabras de Jeremías*, para que ni los más topos de los católicos disparatasen atribuyéndosele al fraile de Anatoh.

Que después de tantos desastres como dejó

anunciados, todavía tuvo humor para llorarlos en otro libro que, á continuación de *La Profecía*, aparece en la *Biblia* con el nombre de *Lamentaciones*.

Y como mis repetidas denuncias me dan bastante argumento para lamentaciones del prójimo para otro día. Cuidados ajenos matan al asno, y no quiero que me coja el refrán por la cola. Allá los católicos se agarren á un clavo ardiendo para seguir cobrando los diezmos y primicias, que reza un mandamiento eclesiástico—ya caducado—se deben pagar á la Iglesia de Dios.

NOTA DE NOTAS.—Para que se comprenda bien por todo el mundo la exageración puramente gitanesca de la *Biblia*, que tantas veces he hecho notar, conviene reducir á número y medidas esas frases ponposas de la *trasmigración á Babilonia, la destrucción y asolamiento de Jerusalem, la despoblación de la Judea*, y otras del propio calibre:

En el 7.º año de Nabucodonosor, rey de Babilonia, fueron llevados á esta ciudad, desde Judea.	3.023 almas.
En el año 18.º se transportaron.	832 »
En el año 23.º	745 »
<i>Total</i>	<u>4.600 »</u>

Esta es la quinta parte de las que en un sólo año emigran de España para la República Argentina, huyendo del mal gobierno de Sagasta, y no oír hablar del ejercicio de la regia prerrogativa.

¡Y para cuatro gatos tanto ruido profético!

CLXII

THRENOS Ó TRINOS

ó sea *Lamentaciones de Jeremías, con la añadidura de una Oración del mismo profeta.*

Así se titula el libro á que Jeremías debe su

bien asentada reputación de llorón. Digo, sin embargo, en descargo de mi excomulgada conciencia, que la palabra *trinos*, que yo hago sinónima de *threnos*, no aparece en el texto, ni sé á ciencia cierta que ambas ó dos sean equivalentes. Pero, como cuando un hombre está quemado y escocido se dice de él en castellano, *está que trina*, y Jeremías, al lamentarse en su libro, quiere coger el cielo con las manos, en fuerza de hallarse enfadado, me figuro yo que lo que propiamente hace es *trinar* y que su composición resulta un *trino*. De aquí mi liberalismo traductoril, que espero pase el lector en gracia á la buena intención teológica, y al respeto que me inspira el habla castellana, en que eso de *threno* suena á extranjería.

Habiendo pasado por alto el anotar que Jeremías, al igual que su digno maestro el Espíritu Santo, desconocía la relación de la circunferencia al diámetro, según consta en capítulo LII, versículo XXI de su *Profecía*, pareceme que puedo entrar sin escrúpulo de rondón en los comentarios de los trinos, tanto más cuanto que ellos comienzan explicando circunstanciadamente cómo se colocaba para trinar el profeta, que era de la siguiente manera:

«Se sentó el profeta Jeremías llorando y endechó sobre Jerusalem con esta lamentación y suspirando con amargura de ánimo y dando alaridos.»

Sentado, pues, para más comodidad; llorando para desahogar el ánimo entristecido; suspirando para aliviar el encogido pecho; y, dando al mismo tiempo fuertes alaridos, como al que le repelan duro, sin flauta, lira, ni viola, trino Jeremías lo siguiente:

«Cómo está sentada solitaria la ciudad llena de pueblo; ha quedado como viuda la señora de las naciones: la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria.»

Convengo desde luego en que ésto es muy bonito, todo lo bonito que quieran Carulla y Castellar, que aunque parecen dos polos, no son más que los extremos de una misma cuerda. Pero hecha esa convención, preguntó yo: ¿Es que antes de que la tomara Nabuzardán, estaba de pie Jerusalem? ¿Es que no hay muchas viudas que se alegran y remozan con la muerte de sus maridos? ¿De qué naciones fué señora Jerusalem? ¿De cuáles provincias princesa, si las diez tribus de Israel desde el tiempo de Roboam se habían llamado andana?

Sigue la música.

Lloró hilo á hilo en la noche (¡una ciudad llorando!) (mucho atrevimiento es este y mucha metáfora), *y sus lágrimas en sus mejillas* (pues no, que le podían correr por el cogote: *no hay quien la consuele* (¡pobrecilla!) *entre todos sus amados*, (¡ingratónes!); *todos sus amigos la despreciaron y se le hicieron enemigos* (¡buena sería la doncella cuando todos van contra ella).

Suprimo el tercer *jipio*. Dice el cuarto:

Los caminos de Sión están de luto (aviso al cuerpo de Ingenieros para que adopte esta moda en la carretera del Escorial cuando llegue el caso), *porque no hay quien venga á las solemnidades*: (aquí duele, porque en estas solemnidades es donde echaban los levitas el gancho á las ollas de los romeros): *todas sus puertas destruidas*: *sus sacerdotes gimiendo* (¡claro está! no les pagaban el diezmo y las primicias): *sus doncellas desaseadas y ella oprimida de amargura*.

Trinado esto, Jeremías decae visiblemente. Los versículos V, VI, XII, VIII, IX, X y XI, como todos los demás, señalados con una letra del alfabeto hebraico, son repetición de otros esperecidos por la profecía, los cuales podrán tener su mérito poético en hebreo, pero en castellano no tienen maldita la gracia.

Pasemos, pues, al XII, señalado con esta letra,

que en ciertos casos puede ser hasta una porquería, *lamed*.

«O vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor: porque me vendimió, como habló el Señor, ven el día de la ira de su saña.»

Admírense los bobos de estos trinos; yo guardo mi admiración para aquellas estrofas de la elegía «A la patria» de Espronceda.

¡Oh vosotros del mundo habitadores!

Contemplad mi tormento.

¡Igualarse podrán ¡ah! qué dolores

Al dolor que yo siento!

Yo, desterrado de la patria mía

Etcétera.

O aquellos tercetos de Carlos Rubio, que empiezan así:

Aves que vais hacia la patria mía,

Como van mis suspiros lastimeros,

Llévadle un beso que mi amor le envía.

O aquel romance de Becker en que se repite esta sublime exclamación:

¡Dios mío qué solos
se quedan los muertos!

Porque aunque fuesen cosa peor que la vendimia de una ciudad, tampoco había puesto en ella mano el Espíritu Santo, que de meterse á hacer versos, debiera hacerlos siquiera del calibre siguiente:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.

Resúmen: que esta Itálica, donde no nació ningún profeta, fué mejor llorada que Jerusalén, donde crucificaron á Dios, con la ventaja de que á Rioja todavía no le han canonizado.

En el versículo siguiente, que es el XII, señalado con la letra *men*, la mitad casi de mentira, dice:

De lo alto envió fuego en mis huesos (los huesos

de Jerusalén supongo que serían sus torres, y el fuego la chamusquina que de ellas hicieron los caldeos, lo que no veo es lo alto en este negocio tan bajo): *tendió una red á mis pies, me hizo volver hacia atrás* (si la red no es una zancadilla, tampoco lo entiendo): *me puso desolada, consumida de tristeza todo el día*.

A otra letra.

Estuvo en vela el yugo de mis maldades (de tan sutil se quiebra este hilo): *con su mano fueron arrolladas y puestas sobre mi cuello: enflaquecióse mi fuerza: me entregó el señor en una mano, de la que no podré levantarme*.

He copiado esto para desencanto de literatos cursis y para apreturas de teólogos hueros. Oigan bien. *Me entregó el Señor en una mano, de la que no podré levantarme*. ¿Puede decirlo más claro? No. ¿Y puede haber cosa más turbia que esta profecía? Tampoco. Pasados setenta años, los llevados á Babilonia volvieron á Jerusalén.

Otra letra que es la Phe:

«Extendió Sión sus manos, no hay quien la consuele: envió contra Jacob sus enemigos alrededor de él; ha sido Jerusalén entre ellos como una amancillada con la menstruación.»

¡Uf! ¡Qué peste de Jerusalén!

¡Qué sucio de profeta! ¿Cómo habrá verificado esto el perinquito Carulla?

Contenido de la letra Res:

«Mira, Señor, que estoy atribulada, conturbado está mi vientre (cada paso es un gazapo, cada versículo es una suciedad); trastornado ha sido mi corazón dentro de mí misma, porque llena estoy de amargura: por afuera mata la espada, y en casa hay muerte semejante.»

No está del todo mal lamentado ó trinado esto, de que en la muralla la espada y en casa el hambre consumían á Jerusalén; pero en realidad de verdad, no veo aquí cosa que á la teología haga

referencia, ni ponga en espetera á la literatura; por lo cual doy por terminadas mis advertencias al primer trino, threno, ó sea lamentación, íntimamente convencido de que Martos, si Dios no lo remedia, ha de trinar contra Sagasta mejor, mucho mejor que trino Jeremias contra Nabucodonosor.

CLXI

Aunque los católicos dicen que Jeremias fué, como profeta de desastres, la flor de la canela, yo no me propaso á creerlo, puesto que el buen señor nada profetizó de mi amigo Ramón Chies. De éste sí que se puede y debe decir, que cuando no está preso le andan buscando, y que nació condenado á eterno empapelamiento y á hacerle la rosca á jueces y escribanos. Apenas pone mi hombre la pluma sobre el papel, denuncia al canto; tan pronto como abre el pico, proceso en puerta. Por fortuna, hasta el día de hoy, aunque no ha estado una sola hora en la cárcel, lleva sobre sus hombros holgadamente un ciento de años de presidio que han pedido para él los señores fiscales; pero como cántaro que va mucho á la fuente, al fin y á la postre se rompe, ¡quién me fia á mí que la mejor noche no nos veamos trasladados, por arte de encantamiento, desde la cama á la cárcel? Nadieseguramente. Porque aquí, donde los fiscales leen con lentes de aumento y los policias oyen lo que se les antoja, las barrabasadas son cosa corriente, y los atropellos estan á la orden del día, siempre que de republicanos se trata.

Allá en Grecia hubo dos filósofos de los cuales uno de todo se reía, y el otro por todo lloraba. No diré yo que tenga parentesco con ninguno de los dos; pero lo cierto es que yo no puedo ver las cosas de este mundo sin advertir en ellas un motivo para reír. Y en todo ese fárrago de denuncias de mi amigo Chies, yo sólo veo el *siglo* que para él llevan reclamado los fiscales que tan

mal le quieren, que quisieran verle en presidio, y me rio al advertir que para si desearian esos caballeros, como el mayor de los bienes, lo que piden para otro como el mayor de los males, concluyendo por lanzar una risotada y decir:

—Que Dios los oiga, ya que no los oyen los tribunales, y lamentese Jeremias, que Riofranco no nació para hacer puchereros con la cara.

Palabras que me traen, como de la mano, á mi propio y genuino oficio de comentarista bíblico, ni menos aperreado, ni menos zarandeado por los fiscales en sus risas, que el de mi amigo Chies en sus seriedades; pues si él se lleva un siglo de cárcel á costas, llevome yo mis noventa y nueve años como si llevara una pluma, aunque más valiera no nombrar la soga en casa del ahorcado, pues á la pluma debemos ambos los dos siglos de chirona que nos esperan... sentados. ¡Bien aventurados, de todas maneras, los que usan cerdas! Con ellos no reza el Código penal, sino el presupuesto del culto y clero en algunas de sus más nutridas partidas, como acabo de observar en Toledo, en cuya catedral viven gordos y contentos la friolera de noventa canónigos, que cantan en mal latín y en perverso castellano.

Pero dejándolos dormir sus siestas en paz, ya que no en gracia de Dios, volveré definitivamente á Jeremias, que comienza á lamentarse así, en su capítulo II:

«Cómo cubrió el Señor de obscuridad en su furor á la hija de Sión? Arrojó del cielo á la tierra á la inclita de Israel, y no se acordó de la peana de sus pies en el día de su furor.»

Dejando á un lado lo del *día de su furor*, puesto que no se trata de un perro rabioso, responderé á la pregunta del profeta que eso de cubrirse de obscuridad pasa todos los días del año en la latitud de Jerusalem, por la sencilla razón de que andando siempre la tierra haciéndole la ros-

ca al sol, como ella es redonda, por fuerza le ha de volver por mitad la trasera á *Su Majestad Cerulea*, y á esto llamamos noche, y no á lo que dice el primer versículo del *Genesis*.

Lo de que no se acordó de la *peana* de sus pies es un decir de Jeremias, pues lo que Jehová hizo fué dar un puntapié mayúsculo á semejante taburete.

Seguidamente el profeta en varios versículos nos describe á *Jehová furioso*.

«Retiró atrás su derecha á vista del enemigo...

»Entesó su arco como enemigo, afirmó su derecha como adversario, y mató todo lo que era »harmoso á la vista... Se hizo el Señor como enemigo; precipitó á Israel, precipitó todas sus »murallas, desbarató sus municiones..., llenó de »abatimiento á hombres y mujeres..., desbarató »como á un huerto su tienda...; entregó al rey y »al sacerdote... Desechó el Señor su altar, mal- »dijo su santuario, entregó en mano del enemigo »sus murallas torreadas...»

¡He dicho Jehová furioso! Pues conste que dejó atrás, si no á Orlando furioso, al menos al perincito Ferragut, que nos describe Quevedo, apareciéndose á Argalia y reclamándole á Angélica con estas cultas palabras:

Daca tu hermana ó daca la asadura,
escoge el que más quieras de estos dacas;
Tu cuñado he de ser, ó sepultura,
Y á los gigantes he de hacer piltracas.

Y más adelante:

Dame (te dijo Ferragut) tu hermana.
Que la quiero sorber con miraduras;
Y ha de ser mi mujer, ó esta mañana
Te desabrocharé las coyunturas.
No me gastes arenga cortesana,
Ni me hagas medallas y figuras;
Tu muerte en mis palabras te lo avisa;
No quiero dote, dácala en camisa.

Tras lo cual generoso amante recarga en lo

del daca con la cortesana añadidura que sigue:

Tu hermana me darás, y sabugada,
Por si el temor ha hecho de las tuyas,
Que no respeta encantos esta espada,
Ni te valdrá que charles ni que huyas.

A lo que, respondiendo de conformidad el apretado hermano, añade Ferragut:

Pues ve respailando, y á tu hermana
Dirás que yo la quiero por esposa,
Y que tengo razón y tengo gana,
Y dirás que también tengo otra cosa.

Concluyendo, luego que la deseada Angélica se escapa de sus garras, con estas sentidísimas frases:

Marido en pena y boda perdurable,
Te seguiré sin admitir reposo,
Hasta que tu persona desendiable
Berriando los impetus de esposo;
Si en la guerra perezco formidable
Debajo de las mantas soy donoso;
Si vas volando por los campos verdes
Buenos diez pares de peñados pierdes.

Citas con las que he querido demostrar que el *Señor furioso*, descrito por Jeremias, y el Ferragut del *Orlando enamorado*, de Quevedo, eran, el uno para la venganza religiosa y el otro para el amor profano, dos perlas, así en el decir como en el hacer. Ferragut, tumba gigantes cárcel? Nadie como si fueran de alfeñique y Jehová ciudades como si fuesen de alcarabea. Y ambos á dos cultos como una damisela inglesa, de las que se ponen coloradas con sólo oirse llamar bonitas.

«Desfallecieron mis ojos de tantas lágrimas;
»—añade el misero profeta—se han conturbado
»mis entrañas; mi hígado fué derramado por
»tierra.»

Basta, porque considero absolutamente imposible que un hombre, aun siendo un profeta, pueda decir ni escribir cosa alguna después de

encontrarse, á modo de caballo de la plaza de Toros, con el hígado por fuera de la barriga.

Pues no basta, porque con el hígado por el suelo, Jeremías sigue lamentándose con grande primor de estilo.

«Tus profetas—dice entre otras muchas cosas—vieron para tí cosas falsas, y necias, y no te manifestaban tus maldades para moverte á penitencia; y vieron para tí falsas profecías y expulsiones.»

Como la gran masa de los profetas, principalmente aquellos de los tiempos históricos, han resultado de la especie aquí descrita, resulta la cosa más natural y lógica del mundo lo que hacemos los librepensadores: esto es, que así que un hombre despunta de profeta y presume de adivino ó visionario, se le enviamos bien recomendado á mi muy querido amigo y correligionario el sabio doctor Esquerdo.

Porque como él no le contenga en el camino de la chifadura, de fijo que da con su espíritu profético en un manicomio.

«Mira, señor, y considera á quien has vendido así: ¿con que las mujeres comerán su fruto, chiquitos del tamaño de la palma de la mano.»

Aunque son muy chiquitos estos niños del tamaño de la palma de la mano, que se comen las mujeres de Jerusalem, siempre resulta una asquerosísima comida.

Vaya con la que nos encontramos á estas alturas: que las señoras judías eran aficionadas á la antropofagia. Ahora me explico aquella barbaridad de asar los niños en un toro de bronce. Es que en tiempos de paz preparaban el estómago para los tiempos de guerra. Axioma viejo resulta aquel del *Vis pacem paravellum*.

El capítulo III de estas *Lamentaciones* viene á ser un conjunto de trinos cortos y agudos, que ni juntos ni separados hacen sentido perfecto;

una especie de *saetas* á la sevillana, en que Jeremías se despacha á su gusto, llorando á moco tendido.

El sujeto á quien se dirige y hace referencia en todos esos *jipios*, es indudablemente Jehová; porque ¿quién, á no ser este furiosísimo señor, podía tener gusto en poner al profeta de Anathot en las comprometidas situaciones siguientes?

«Hizo envejecida mi piel y mi carne, quebrantó mis huesos. Introdujo en mis riñones las hijas de su aljaba (vulgo *saetas*). Me llenó de amarguras, me embriagó de ajeno.»

«Y quebró mis dientes uno á uno y me dió á comer ceniza.»

Los canónigos de nuestras catedrales, durante las horas que se pasan cómodamente cantando, suelen, en ocasiones, *endecharse* los unos á los otros estas *saetas* jeremíacas. Y tiene gracia, pero mucha gracia, oír decir á un sano y colorado prebendado con voz de trueno *introdujo en mis riñones las hijas de su aljaba*, y contestarle otro, que viene de engullirse un par de perdices en compañía de su ama, *me dió á comer ceniza*.

¡El epigrama teológico elevado á escarnio del presupuesto del culto y clero!

Hablemos un instante de otro epigrama que tengo delante de los ojos, y son estos preciosísimos jardines *reales* de la Granja de San Idelfonso, en que mi excomulgada pluma republicana traza estas líneas á la hora de la siesta de este jueves 11 de Julio de 1889, en la amabilísima compañía de media docena de ruiseñores, que cantan que se las pelan en las ramas del tilo que me presta sombra fresca y agradable. Aquí hay un incomparable paseo sin alma viviente que le aproveche, y allá, en ese Madrid que desde esas cumbres se divisa, hay una infinidad de gente, sudando la gota gorda... y sin jardines donde respirar y tomar la fresca.

En lo que hallo yo una de las más epigramá-

ticas razones en que fundan las almas caritativas y los corazones generosos su amor á la monarquía, y la Historia uno de los motivos de más gloria para el primer Borbón, que trazó este Versalles... y para la compañía de los ferrocarriles del Norte, que ha tardado veinticinco años en traer la locomotora á Segovia, y luego que la ha traído chupa once pesetas sesenta y cinco céntimos de todo cuerpo humano que aquí viene á respirar...

Pero es lo que dirán los sabios católicos, alabando la providencia de Dios: Si no existiese La Granja, ó no se gastasen en su conservación tantos millones, ó la pleve invadiese estos jardines con la baratura del transporte, ¿qué sería de los pobres ruisenores de la sierra? ¿qué de las miserables hormigas? ¿qué de los innumerables abejorros que en esta *soledad augusta pueblan la sombra de rúmore*.

CLXIII

Añadido á la natural pesadez de Jeremías el sofocante calor con que se nos está metiendo la canícula por las puertas del cielo, se hace insupportable la lectura de la Biblia, y como ella de por sí es la cosa más vana y huera de este mundo, que se descataloga á toda prisa, conviene abreviar comentarios y finiquitar cuentas con Jeremías, que está dando las boqueadas. Digo, el propio y mismo Jeremías, siglos hace que las dió: ha de entenderse, pues, que lo que agoniza y muere es el libro que escribió, en cuyos tres últimos capítulos, á fuerza de rebusear, hallo los interesantes disparates que siguen:

«Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad.»

¡Un cuerno! exclamó cierto pollo que esto me oyó leer: eso de los yugos sólo cumplo á los bueyes,—Y á los buenos católicos, amigo mío, le repliqué: que no se pescan truchas á bragas en-

jutas ni se entra en el reino de los cielos sin haber ejercido de manso aquí en la tierra.

«¿Quién es el que dijo, que se haría algo, no mandándolo el Señor?»

Cualquiera podría decirlo y tendría razón; pero conviene dejar el aforismo intacto y sacar las consecuencias teológicas. ¿Ves á un malvado acechar en la sombra á un hombre de bien, y, al pasar éste, lanzarse el miserable sobre él, puñal en mano y derribarle en tierra cadáver?—Pues en aquel momento, acuérdate de esto que dice el profeta *nada se hace sino por mandamiento del Señor*, y guárdate de ir contra la divina voluntad, si por acaso quieres vivir como perfecto católico.—¿Ves un desdichado cojo, manco, tuerto, gangrenoso, tendido en el camino, implorando la pública caridad?—Pues toda aquella lástima es obra y mandamiento del Señor, que como tal debes respetar, etc., etc., por que la materia es inagotable en beneficio de la estupidez y de la perversidad humanas, á que sin embargo han sabido poner los propios hombres sus límites y riberas, proclamando otras sentencias, como «fiate de la Virgen y no corras,» «ayúdate y Dios te ayudará,» «á Dios rogando y con el mazo dando» frente á estas de que todo es santo y respetable por proceder de la divinidad, que en nada debe ser contrariada por el buen católico.

«Pusiste nube delante de ti para que no pasase oración.»

Esto es simplemente cómico. En vez de taparse las orejas con algodones para no oír, Jehová se envolvía en una nube. El buen señor no conocía siquiera ese ingenioso aparatito que se acaba de inventar para sustraerse á los ruidos que no agraden ó no conviene escuchar. ¡Si andará atrasado de noticias científicas el buen Dios de los judíos!

«No creyeron los reyes de la tierra, ni todos

ticas razones en que fundan las almas caritativas y los corazones generosos su amor á la monarquía, y la Historia uno de los motivos de más gloria para el primer Borbón, que trazó este Versalles... y para la compañía de los ferrocarriles del Norte, que ha tardado veinticinco años en traer la locomotora á Segovia, y luego que la ha traído chupa once pesetas sesenta y cinco céntimos de todo cuerpo humano que aquí viene á respirar...

Pero es lo que dirán los sabios católicos, alabando la providencia de Dios: Si no existiese La Granja, ó no se gastasen en su conservación tantos millones, ó la pleve invadiese estos jardines con la baratura del transporte, ¿qué sería de los pobres ruiseñores de la sierra? ¿qué de las miserables hormigas? ¿qué de los innumerables abejorros que en esta *soledad augusta pueblan la sombra de rumores.*

CLXIII

Añadido á la natural pesadez de Jeremías el sofocante calor con que se nos está metiendo la canícula por las puertas del cielo, se hace insupportable la lectura de la Biblia, y como ella de por sí es la cosa más vana y huera de este mundo, que se descataloga á toda prisa, conviene abreviar comentarios y finiquitar cuentas con Jeremías, que está dando las boqueadas. Digo, el propio y mismo Jeremías, siglos hace que las dió: ha de entenderse, pues, que lo que agoniza y muere es el libro que escribió, en cuyos tres últimos capítulos, á fuerza de rebusear, hallo los interesantes disparates que siguen:

«Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad.»

¡Un cuerno! exclamó cierto pollo que esto me oyó leer: eso de los yugos sólo cumplo á los bueyes,—Y á los buenos católicos, amigo mío, le repliqué: que no se pescan truchas á bragas en-

jutas ni se entra en el reino de los cielos sin haber ejercido de manso aquí en la tierra.

«¿Quién es el que dijo, que se haría algo, no mandándolo el Señor?»

Cualquiera podría decirlo y tendría razón; pero conviene dejar el aforismo intacto y sacar las consecuencias teológicas. ¿Ves á un malvado acechar en la sombra á un hombre de bien, y, al pasar éste, lanzarse el miserable sobre él, puñal en mano y derribarle en tierra cadáver?—Pues en aquel momento, acuérdate de esto que dice el profeta *nada se hace sino por mandamiento del Señor*, y guárdate de ir contra la divina voluntad, si por acaso quieres vivir como perfecto católico.—¿Ves un desdichado cojo, manco, tuerto, gangrenoso, tendido en el camino, implorando la pública caridad?—Pues toda aquella lástima es obra y mandamiento del Señor, que como tal debes respetar, etc., etc., por que la materia es inagotable en beneficio de la estupidez y de la perversidad humanas, á que sin embargo han sabido poner los propios hombres sus límites y riberas, proclamando otras sentencias, como «fiate de la Virgen y no corras,» «ayúdate y Dios te ayudará,» «á Dios rogando y con el mazo dando» frente á estas de que todo es santo y respetable por proceder de la divinidad, que en nada debe ser contrariada por el buen católico.

«Pusiste nube delante de ti para que no pasase oración.»

Esto es simplemente cómico. En vez de taparse las orejas con algodones para no oír, Jehová se envolvía en una nube. El buen señor no conocía siquiera ese ingenioso aparatito que se acaba de inventar para sustraerse á los ruidos que no agraden ó no conviene escuchar. ¡Si andará atrasado de noticias científicas el buen Dios de los judíos!

«No creyeron los reyes de la tierra, ni todos

»los habitantes del mundo, que entraría el adversario y el enemigo por las puertas de Jerusalén.»

Esta pertulancia ha sido común á la mayor parte de los pueblos, que, como los judíos, vieron tomadas sus ciudades por quienes menos se habían figurado que pudieran atacarlas. Por esto no conviene ser arrogante y echársela de bravo, pues á lo mejor sobreviene un cualquiera que le mide al petulante las costillas con garrotes de á vara.

Después de esto ¿qué caso haremos de las profecías puramente palabreadas de D. Emilio Castelar en beneficio de la monarquía? De las frases corrientes *rey de los oradores ó reina de la belleza*, deduce el conspicuo hombre de Estado, entreverado de realista y republicano, que la monarquía tiene asegurada la pitanza por luengos años en España máxime si se establece el sufragio universal bajo el patrocinio de Sagasta, que le llamó derecho inaguantable y trajo diputados con invención de pueblos en el mapa?

Decir de ellas que son la última expresión de la tontería humana, pues si á palabras fuésemos, también se dice *el rey de los gitanos, real paliza, reina de las cigarrerías, príncipe de los colilleros*, infante de uno que anda á pie por falta de caballo, y caballero del que huele á cuadra; de donde podríamos deducir donosas consecuencias para la República, si no supiésemos que en ésta, como en todas las cosas humanas, la verdadera reina es la moda; que el hombre de *Rey*, tan respetado en Roma hasta los Tarquinos, le hizo execrable desde que Bruto hizo una de las suyas.

Recargando Jeremías sobre los profetas, que como del oficio conocía á fondo y sobre los sacerdotes, que le calan cerca de modo de parientes, escribe.

Por los pecados de sus profetas y maldades de sus sacerdotes, que derramaron en medio de

ella la sangre de los justos... súpiase... hizo Jehová estas barrabasadas en Jerusalén; á lo que no cabe otro comentario que el de los sacerdotes y profetas, libera nos domine, que tengo escrito en muchas partes y dejaré de escribir hasta la total y completa desecolización de España, para que ni el más cerrojo pueda llamarse á engaño en este delicado asunto.

«El resuello de nuestra boca, el Cristo Señor fué preso por nuestros pecados: á quien digámos: á tu sombra viviremos entre las naciones.»

Este Cristo, tan puercamente comparado al resuello de una boca, que pudiera muy bien ser una de esas fétidas cuyo aliento echa para atrás al más valiente, no es ni puede ser otro que el misero Sedecias, preso por Nabucodonosor y transportado á Jerusalén. Esto lo ve y lo siente todo el que no tiene telarañas en los ojos; *cosí va el mundo*, que dicen los italianos; los teólogos quieren que este Cristo sea el otro que prendió Poncio Pilatos y crucificó entre dos ladrones un viernes después de mediodía en el monte de la Calavera, que viene á ser la Montaña del Príncipe Pio de Jerusalén.

Lo cual que me guardaré yo muy bien de impugnarlo ni rebatirlo: Patraña más, patraña menos: no ha de impedir que Martos, cúmplase ó no el emplazamiento que le ha hecho á Sagasta, tenga ya mote como cualquier novillero aventajado; desde que D. Práxedes le ha llamado El Redicha.

Siempre es un consuelo para él haber salido del debate sin partido y con apodo.

En mal hora te *deshonestizaste*, Cristino; y por algo meti yo en la *Revista negra* tu elocuencia cuando aquel discurso de los *relativos que*, con que inauguraste el Ateneo, en el cual me hiciste griego á Espartaco.

Después de profetizar, Jeremías se lamenta,

y últimamente, ora. Su oración, que hace de *laus deo* de sus escritos, viene á reducirse á un *quedo*, en que repite por centésima vez las aperturas en que se vieron los judíos, y pregunta si este amolamiento durará por los siglos de los siglos.

El libro no dice que Jehová contestase á su profeta. Quizá el Altísimo se calló para responder gráficamente á su elegido con algún signo de esos que son un poema, como aquel que dicen reflejaron los espejos de Palacio en tiempo de Isabel II, cierto día que ésta augusta señora desahogó por señas su entrañable amor y fina voluntad hacia los progresistas.

Y basta de Jeremías.

CLXIV

LA PROFECIA DE BARUCH

Así como en el orden de Melquisedec se ha visto repetidas veces, mediante la recomendación ó el voto, transformarse una calabaza en monaguillo, un monaguillo en canónigo, un canónigo en arzobispo y un porquerizo en Papa, de la misma manera vemos, en el orden de las revelaciones, que en los momentos de apuro, sin más que un poquito de betún literario, se transforma un amanuense en profeta. Ejemplo vivo de ello fué Baruch, escribiente de Jeremías, no se si por afición á las letras ó al sueldo que el fraile de Anatok le diese. Lo cierto y seguro es, que la profecía de Jeremías, larga y estrecha como doña Madama Roanza, viene en la Biblia la *Profecía de Baruch*, corta y ruin como conciencia de Católico; sobre lo demás, quiero decir, sobre quien la escribió, dónde se escribió, cuándo se escribió, y sobre si es un libro en si misma ó un arlequín profético, nada saben los teólogos, que son la gente que, metiendo más ruido en este mundo, ha cascado en él menos nueces.

Lo único que saben es declarar estas cosas revelación auténtica é infalible y cobrar sus nóminas bonitamente á fin de mes, mientras haya mentecatos que se las paguen, cosa que todavía sucederá algunos años, por aquella razón del sabio Salomón de que el número de los tontos *infitus est*.

De seis capítulos consta la Profecía de Baruch. El sexto es una carta de Jeremías á los cautivos de Babilonia, que se debe descontar al aprovechado secretario. Los otros cinco parecen una especie de epístola de los judíos de Babilonia á los de Jerusalem, dividida en cuatro partes á modo de una rosa de los vientos, donde, sin embargo, no sopla otro que el Regañón (así llaman en mi pueblo al que viene del Norte y hace dar diente con diente al más incandescente católico.)

Escrita la carta, Baruch se la lee á sus compinches de cepo en Babilonia, á los cuales produce un efecto desolador.

«Los cuales, oyendo, lloraban y ayunaban, y moraban en presencia del Señor.»

Dios nos libre de semejantes lecturas, cumple exclamar aquí, y reir con toda la boca de estos desastrados judíos, que después del burro muerto, quiero decir, después de bien apaleados y puestos en servidumbre en tierra extraña, se acuerdan de ponerle al rabo la cebada de la oración, el ayuno y los llorámicos. Mejor les hubiera estado cantar, como el tenor en el final de *Norma*,

¡Ah! troppo tarde
T'a conosciuto.

Pero, en fin, después de llorar, rezar y ayunar, los judíos (lo cual es un verdadero milagro) se rascan el bolsillo, reúnen unos cuartejos y se los envían á los curas que se habian quedado trasconejados en Jerusalem, para que con ellos atenderan á la conservación del culto y á la manducatoria del clero.

Hasta aquí, aunque extraordinaria, la cosa puede pasar. Lo que no pasa entre personas decentes es esto, que juntamente les encargan:

«Y orad por la vida de Nabucodonosor rey de Babilonia, y por la vida de Baltasar, su hijo, para que los días de ellos sean como los días del cielo sobre la tierra. Y para que el Señor nos dé fortaleza y alumbre nuestros ojos, para que vivamos bajo la sombra de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y bajo la sombra de Baltasar, su hijo, y les sirvamos á ellos muchos días y hallemos gracia en su presencia.»

Rezar los vencidos por el que les había descalabrado; orar los oradores del verdadero Dios en el templo tres veces santo por el miserable idólatra; besar la mano que azota, es el colmo de la vileza humana. Y hallar esto consagrado en la *Biblia*, ¿qué será? Saca tu lector la consecuencia.

Yo lo único que quiero sacar es mi pluma de este barrizal profético, sin tropezar en él con los fiscales; para lo cual, abreviando, diré que Baruch se muestra tan resignado con su mala suerte, que no hay para qué condolerse de él, ni de los que como él sufrían la esclavitud en Babilonia por voluntad de Jehová, que aparece en esta profecía como el más justo y misericordioso de los dioses barbudos, puesto que los mismos sobre quienes descargó sus iras reconocen que, de haber obrado de otro modo, fuera un Dios alcahuete de toda suerte de pecados y liviandades.

Al que por su gusto se duerme en el suelo, dice un viejo refrán, no hay que tenerle duelo; y no hay por qué yo vaya á quejarme de Jehová, que nada bueno ni malo me ha hecho el buen señor, cuando los deslomados por su diestra poderosa, que además les dió de mojicones y bofetadas, se muestran de él tan satisfechos.

«Al Señor Dios nuestro—dicen de él—la justicia: más á nosotros y á nuestros padres, la confusión de rostro, como este día.»

—Con que tú siempre alegre le decia Gedeón, que se pasaba el día y la noche rascándose un insoportable salpullido.

—Sí, hombre, sí; yo siempre contento.

—Pues, amigo, continúa rascándote; no seré yo quien te desee alivio.

En el capítulo III, el Sr. Baruch filosofa un poquito, á la moda bíblica, sobre el Dios de Israel; y después de disparatar cuanto le viene en mientes, así sobre los gigantes que poblaron en lo antiguo la tierra de Canaán, como sobre las estrellas, que aparecen en el cielo temblando á la voz de Jehová, al huir tira, como el parto, un dardo, que clava en la tetilla izquierda de la Sagrada Teología. Pues dice:

«Este es nuestro Dios... Después de esto fué visto en la tierra y conversó con los hombres.»

¡Y qué más quisieron los Santos Padres! ¡Fué visto en la tierra! ¿Conversó con los hombres? Pues cádate que es el Cristo, y da por cierto que le parió una Virgen en un pesebre; y que vinieron de Oriente Gaspar, Melchor y Baltasar, blanco el uno, negro el otro y morcillo el tercero, para ofrecerle oro, mirra é incienso en el susodicho pesebre; y que tiró de la garlopa hasta los treinta años en Nazaret y después se echó al campo á predicar y convertir el agua en vino, etcétera, etc., etc., pues esto y mucho más encierran y contienen estas palabras de Baruch: *fué visto en la tierra y conversó con los hombres.*

¿Se puede sacar mayor partido en este mundo de una jerigonza. ®

Tienen fama los judíos de indomables, recalci-trantes, intransigentes y duros. No negaré yo que la merezcan, cuando después de tantos palos como sobre ellos han llovido, todavía andan á caballo sobre el burro de su Pentateuco y de la circuncisión, y de hacerle ascos á la carne de puerco. Pero, ¿de qué nace esta asombrosa ter-

quedad! Dirélo llanamente: de la más fenomenal de las petulancias, después de la petulancia de D. Emilio Castelar. Esos desastrados se han creído de verdad que ellos son los hijos predilectos de Dios, los niños mimados de la humanidad, enterados de todos los secretos del Altísimo y puestos por éste en autos del pleito sobre la felicidad eterna.

Comprueban este mi modo de pensar las siguientes palabras de Baruch, palabras que, más claras ó mas turbias, aparecen en todos los libros de la *Biblia*:

«Dichosos somos Israel, porque las cosas que á Dios agradan, son manifiestas á nosotros.»

¡Miren ustedes los babiones! ¡Con que las cosas que á Dios agradan son manifiestas á vosotros! ¿pues entonces qué queda para nosotros! ¡los pellejos! ¡Malas tiras de él que os han sido arrancadas en todos tiempos y en todas partes por tan desmedido orgullo! Pero ¡qué digo! ¡Orgullo esto! Quédense en chifladura y estúpidez.

No quiero seguir comentando, porque de hacerlo, fijamente se me escaparía una de esas verdades de á puño, que cuestan ahora á tres y cuatro años de presidio. Además la materia que trata Baruch, está ya agotada por Jeremias. Este, sin salir de Jerusalem, ya profetizó todo lo que aquél escribe desde Babilonia; esto es, que pasado un tiempo que no se señala, aunque la Iglesia lo puntualiza, los llevados á Babilonia volverían á ser traídos á Jerusalem. Los pobrecillos pasaron setenta años de fatigas. Quizá de aquí tomó origen el refrán de que no hay mal que cien años dure, en que fundó más más legítimas esperanzas republicanas, dado que la farsa constitucional lleva ya setenta y siete años de silba permanente en España.

CLXV

LA PROFECIA DE ECEQUIEL

Allá en mis mocedades, cuando todavía no me hallaba en situación de distinguir una trucha de un barbo hasta después de guisados, caí en la chifladura de considerar á Moret un gran demócrata y un grandísimo orador. Y permitiéndome cierto día elogiar su elocuencia delante del inolvidable Fernando Garrido, como dijese yo en mi tonto entusiasmo, que la palabra de D. Segismundo parecía, por lo fluida y abundosa, un río que corre.

—No te negaré que corra y que sea fluida, me replicó, cortándome el discurso Fernando; pero no como un río, sino como una diarrea.

Aquella comparación cortó el fuego de mi improvisación sobre Moret, que después ha hecho y dicho todo lo necesario para demostrar que Garrido era un excelente crítico, y apaga también cierto rescoldillo de entusiasmo que senti antaño hacia el profeta Ezequiel, cuya elocuencia comparan los Padres de la Iglesia á la elocuencia de Moret, tal como yo la entendí un tiempo, y quizá no merezca realmente que se le asemeje sino á título de concepto que de ella tenía Fernando Garrido.

Una diarrea de palabras, ó más propiamente de *visiones*, constituyen el fondo de este libro estrafalario, en que un cautivo de Nabucodonosor aflige y martiriza á su compañero de desgracia, mostrándoles continuamente que su castigo y ruina son consecuencia justísima de sus vicios y extravíos teológicos. Abundan en este libro, que pudiera también titularse *Los Ecos de un Calabozo*, las promesas fantásticas de una restauración para *in eternum* de un imperio judío sin límites y sin idolatrías, gracias al nacimiento de un Mesías que le pondría en la espetera de las

naciones. Siempre en las cárceles se habló de libertad y en la abyección de la gloria. Soñaba el ciego que veía y soñaba lo que quería.

Pero no adelantemos conceptos.

La primera visión la tuvo Ezequiel á orillas del río Chobar, que él, si resucitara, podría decirnos cuál es, pues de los intérpretes, unos quieren que sea el Eufrates, otros un brazo de éste y otros el río Chaboras, sin duda porque como el Chobar empieza con Ch, razón excelente á falta de otra mejor. Pero si en cuanto al lugar de la visión estamos confusos, respecto á la fecha en que ella dejó patidifuso al profeta, éste se explicó con toda claridad: fué el año treinta, mes cuarto, día quinto, según escribe Ezequiel; pero como no sabemos á qué cómputo se refieren los treinta años, ni si éstos eran solares ó lunares, ni de cuantos días constaba el mes, resulta un nuevo gatuperio como el del río, que ni el mismísimo diablo, con tanto saber, podría decir siquiera si la cosa pasó en verano ó en invierno, antes ó después de inventadas las zapatillas de orillo ó las peinetas de tres pías.

Aparte de estas pequeñas dificultades geográficas y cronológicas, lo de la visión de Ezequiel, astilla del palo sacerdotal, como hijo que era de un Buzi, sacerdote, aparece llano y sencillo, aunque me obliga á copiar muchas palabras vanas, como las que flordelisean la elocuencia fluida y abundosa de D. Segismundo Moret y Prendergast, presunta calamidad municipal de Madrid en estos momentos.

Pero veamos ya lo que *vió* Ezequiel en aquel tiempo junto á aquel río.

«Y miré, y he aquí que venía del Aguilón un viento de torbellino (quizá fuera más propio decir un torbellino de viento): y una grande nube, y un fuego envolviéndose, y á su alrededor un resplandor: y en medio de él, como apariencia de electro, esto es, de en medio del fuego.»

«Y en medio de él había semejanza de cuatro animales: y el aspecto de ellos era éste, en ellos había semejanza de un hombre. Cuatro caras tenía cada uno y cuatro alas cada uno. Sus pies, derechos, y la planta del pie de ellos, como planta de pie de becerro, y centellas como aspecto de cobre encendido. Y manos de hombre debajo de sus alas á los cuatro lados, y tenían caras y alas por los cuatro lados. Y sus alas se juntaban del uno al otro. No se volvían cuando andaban: sino que cada uno andaba su cara adelante.»

«Y era la semejanza del rostro de ellos: cara de hombre, y cara de león á la derecha de los mismos cuatro: y cara de buey á la izquierda de los mismos cuatro, y cara de águila en lo alto de los mismos cuatro. Sus caras y sus alas extendían en alto; dos alas de cada uno se juntaban, y dos cubrían los cuerpos de ellos. Y cada uno de ellos andaban su cara adelante: donde era el impetu del espíritu, allí iban, y no se volvían cuando andaban.»

«Y la semejanza de los animales, el aspecto de ellos como carbones de fuego ardientes, y como aspecto de hachas encendidas. Esta era la visión, que discurría en medio de los animales: resplandor de fuego, y relámpagos que salía del fuego. Y los animales iban y volvían á semejanza de relámpago resplandeciente.»

«Y cuando yo miraba á los animales, apareció una rueda sobre la tierra, junto á los animales, la cual tenía cuatro caras. Y el aspecto de las ruedas, y la obra de ellas, como la vista del mar: y una misma la semejanza de todas cuatro: y el aspecto de ellas, y obras, como si estuviese una rueda en medio de la otra rueda. Iban constantemente por sus cuatro lados; y no se volvían cuando andaban.»

«Asimismo las ruedas tenían una estatura, y altura y aspecto espantoso: y todo el cuerpo

«lleno de ojos alrededor de las mismas cuatro.
 «Y cuando andaban los animales, andaban juntamente las ruedas junto á ellos: y cuando los animales se alzaban de la tierra, se alzaban también las ruedas con ellos.

«A cualquiera parte que el espíritu iba, yendo allá el espíritu, las ruedas también se alzaban siguiéndole. Porque había en las ruedas espíritu de vida. Iban las ruedas, andando ellos, y se paraban, parados ellos: y alzándose ellos de la tierra, se alzaban juntamente las ruedas, siguiéndolos, porque había en las ruedas espíritu de vida.

«Y sobre las cabezas de los animales una semejanza de firmamento, como aspecto de un cristal espantoso, y extendido arriba por encima de sus cabezas. Y debajo del firmamento las alas de ellos derechas, del uno al otro: cada uno con dos alas cubría su cuerpo, y el otro del mismo modo se cubría.»

Respiro un instante, haciendo alto en lo que Ezequiel vió, para copiar lo que oyó Ezequiel, porque el profeta también oyó.

Véase la clase:

«Y oía yo el sonido de las alas, como sonido de muchas aguas (exactamente igual al de muchos ríos), como sonido del alto de Dios (este salto no es una parada): cuando andaban, el sonido era como de muchedumbre, como sonido de campamento: y cuando se paraban se bajaban sus alas (esto no reza con el oído). Porque cuando se formaba voz sobre el firmamento, que andaba sobre las cabezas de ellos, se paraban y abatían sus alas.»

Ahora descansa el oído y vuelve el ojo al ejercicio.

«Y sobre el firmamento, que estaba sobre sus cabezas, había una semejanza de trono como aspecto de piedra de zafiro: y sobre la semejanza como aspecto de hombre. Y vi como una

«apariciencia de electro, á manera de aspecto de fuego, por lo interior de él al contorno; desde sus lomos hasta arriba, y desde sus lomos hasta abajo, vi como apariciencia de fuego resplandeciente alrededor. Como el aspecto del arco cuando se halla una nube en día de lluvia (no habiendo día de lluvia no hay tal arco). Este era el aspecto del resplandor á la redonda.»

Redonda había yo de tener la cabeza, y no amelonada como la tengo, si me permitiera una sola cuchufleta á modo de comentario acerca de esto que vió y oyó Ezequiel junto al río Chobar, y lo titula *La Gloria de Dios*. Quédese ello intacto, conforme aparece en la *Santa Biblia*, perfectamente distribuido en versículos, para conformación del refrán: *No todos los locos están en Leganés*.

¡Cuántos cientos y miles de españoles y extranjeros, por ver y oír mucho, mucho menos de lo que vió y oyó Ezequiel, no fueron á dar con sus huesos en un manicomio! ¡Cuántos por delito menor que el de anotar esto, con pretensiones de hacerlo inteligible, no fueron por la santa inquisición quemados vivos, ó en estatua, por brujos y nigrománticos! Sin embargo, á este famosísimo querubín de Ezequiel, Víctor Hugo mismo le llama formidable, y Lutero, cuando pensaba en él, daba diente con diente, yéndose á buscar el buen extraíle á la bonita exmonja que tomó por mujer, para que se le pasara junto á ella el susto. Voltaire le tomaba en broma y se reía de él llamándole el coco. Aunque admirador de Víctor Hugo, y benévolo con Lutero, si quiera por descalzaperros que les armó al Pontífice Romano y al Emperador Carlos V, respecto al querubín este de Ezequiel, soy de la opinión de Voltaire, y hago lo que él.

CLXVI

Dejé por el mes de Julio á Ezequiel, el tercero

entre los profetas llamados mayorés (según el orden de los despropósitos), disparatando á todo vapor sobre ciertas maquinarias que diz que vió por los aires, allá en tierra de los babilonios, que, aunque cae muy apartada de Babia, debe semejársele en poner á los hombres turulatos, dado que Ezequiel acusa haber contraído en ella cosa así como una perlesía cerebral, que le hacía discurrir en forma de escalofrío y por modo de repeluzno.

Creía yo que en estos dos meses, que le he dejado descansar en la *Santa Biblia*, bien impreso y elegantemente encuadernado, en tanto holgaba yo mismo á la fresca sombra del monte Urgull, se había mi buen profeta aliviado. Pero está visto, que el que resbala en punto de chifladuras, máxime si tocan al hito de la teología, va dando de trompicones, sin que haya Esquerdos ni Simarros que puedan detenerle, hasta estrellarse de cabeza en lo Absurdo y meterse hasta el cuello en lo Ridículo.

Ezequiel empezó por ver una monstruosidad; pero como en sueños un hombre, sin dejar de estar cuerdo, puede ver y ve con frecuencia las cosas más disparatadas, no le calificó de loco, esperando á fallar sobre él, á cuando estuviese despierto y ejercitase el oído y otros sentidos algo más positivistas que el de la vista.

Pero ¿qué haré yo, en justicia, con un mozo como éste que, acabando de describir sus visiones-esperpentos, dice grave y entonado como un doctor en filosofía huera, á lo Orti Lara?

«Oí la voz de uno que hablaba. Y me dijo: «Hijo de hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré contigo. Y entró en mí el espíritu, después que me habló, y me puse sobre mis pies.»

En pocas palabras se contiene aquí un curso completo de esa literatura cursilona que estuvo un tiempo en moda entre revolucionarios de la especie mema. *Hijo de hombre* es frasecilla que

llena la boca y huele á inspiración, predestinación y demás chochees de los que imaginan que, basta y sobra para que un pueblo se emancipe, redima y engrandezca, que alguien en una guardilla, á la luz de una mala vela de sebo, vacío el estómago y llena de vientos la cabeza, escriba con los mejores deseos del mundo un folletito, en que se truene y relampaguee contra los tiranos, á reserva de dar en el mismo prestigio, autoridad y fuerza á lo que constituye la esencia de la tiranía.

Contiéndose además un curso acabado de gimnástica. Ezequiel estaba echado en tierra. Uno le habla. Este uno, con sólo hablarle, rebozado en la palabra le mete (discretamente se calla el agujero por donde) dentro del cuerpo un espíritu que, desdoblándose y estirándose, se embute en las canillas del profeta y logra poner á éste tieso y rígido sobre sus pies. Digo yo que este mismo le hubiera puesto *sobre su cabeza*; y si no me engaño, este espíritu es el verdadero espíritu gimnástico, el espíritu de las zapatetas, volteretas y saltos mortales dobles y sencillos, que descoyunta á las criaturas para hacer de ellas los grandes clowns de nuestros circos, y esas donas amazonas que, de pie sobre sus caballos franceses, reducidas á la mínima vestimenta imaginable, atraviesan media docena de aros de papel en un sólo salto de sus robustas pantorrillas.

A este espíritu debe encomendarse en sus oraciones de la noche el Sr. Becerra, ministro gallego y restaurador de la gimnasia en ambos mundos, y á él ha de deber, sino me equivoco, esa difícil facilidad con que ha saltado de demagogo republicano á monárquico amadeísta, y después otra vez á republicano, para venir á parar en borbónico de la regencia, siendo un Leotad de la política, á pesar de su patosidad y contextura de *traidor del agua*, como llama mi chico al aguador.

Aun hay más, mucho más, en este texto; y es la aprobación definitiva y canónica del *espiritismo* por la *Biblia*, pues un ciego ve que esos espíritus que entran en los cuerpos de los hombres, en alguna parte han de estar antes de meterse, esperando la voz y el conjuro del *medium*. Ahora que explique mi querido vizconde de Torres-Solanot, cómo y por qué el espiritismo, aprobado aquí y en mil otros pasajes de la *Biblia*, ha sido y es anatematizado por la Iglesia con más encono y furor que todas las demás herejías; pues lo que yo pienso en este punto es demasiado fuerte para la Iglesia, y no quiero meterme en líos de nuevas denuncias ahora que van a sentenciarse las viejas.

Inmediatamente que Ezequiel siente dentro de sí el espíritu, que no puede decir por dónde se le había metido, experimenta un hambre atroz, y, por comerse algo, se come un libro que le presenta una mano invisible. Y no creas, lector, que esto sea una figura retórica, no, ¡vive Dios! Ezequiel se traga el arrollado pergamino, ¡Buenas tripas le pondrían aquellos pellejos de burro recurtidos!

Hecha la digestión, cátele un cumplidísimo profeta, que, por orden del mismo que le había mandado comerse el libro á bocado limpio, coge un *ladrillo*, ó, como quieren los comentaristas, huyendo de burletas, un *adobe*, en que pinta la ciudad de Jerusalem. Una vez pintada Jerusalem en el adobe, y siempre por orden de Jehová, Ezequiel coge una sartén, con la que rodea el adobe, entreteniéndose en disparar desde este originalísimo adarbe todo género de proyectiles sobre la figurada ciudad maldita, porque todo este juego disparatado y sucio del adobe y la sartén, quiere teológicamente significar que Jerusalem sería situada, tomada y arrasada. ¡Cosa más necia!

Pues no es esta la mayor necedad, sino la que sigue.

Y consiste en que Jehová le ordena á su profeta dormirse trescientos y noventa días sobre su costado izquierdo, lo cual, si bien lo piensas, lector, es una de las pijoterías mayores que un dios ha podido discurrir para desazonar á una persona. Porque ¡qué cosa más fácil, una vez dormido un hombre, que darse media vuelta en la cama sin saber lo que se hace! Pues por todo alivio de esa desazón, que le impone á Ezequiel por cuenta de la maldad de los israelitas en la cual el infeliz parte ninguna había tenido, Jehová le encarga que, cumplido lo del izquierdo, se duerma sobre el derecho una cuarentena, todo ello por simbolismos estrafalarios y *majaderanos*, si los hay.

A la desazón del mal dormir, el pobre Ezequiel tuvo que juntar la amoladura del peor comer, pues durante los trescientos noventa días del derecho, que hacen justas y cabales cuatrocientas treinta noches de empalamiento y anquilosis, el Señor Jehová le ordena ayunar á pan y agua, con la puerca condición de tener la torta escondida debajo de un montón de *estiercol de hombre* (textual), antes de comérsela.

Aunque pachorrudo y dispuesto á toda clase de mortificaciones por oficiar de profeta, Ezequiel, ante el olorcillo que forzosamente había de oger su torta en tal armario, vacila y se queja. Todo lo que puede conseguir del Misericordioso es que, en vez de cocer la torta con estiercol de hombre, la cueza con estiercol de buey.

Algo es algo, exclama el profeta novato en un momento de satisfacción; pero como la alegría dura poco en casa de los teólogos, acto seguido Jehová le manda afeitarse á punta de navaja toda suerte de pelos, así los de la barba como los de la cabeza, y el pobre Ezequiel hubo de pasar las de Cain para depilarse y cumplir la gerigonza siguiente que le fué ordenada.

Pesar con toda escrupulosidad los susodichos

pelos y hacer de ellos tres partijas exactamente iguales. Una de ellas debía quemarla á fuego en el adobe que representaba á Jerusalem, que de adobe, digo yo, si el fuego fué mucho, se transformaría en ladrillo. Con la otra parte le manda hacer lo siguiente: *y la cortarás en su contorno con cuchillo; y como no lo entiendo, lo dejo en texto para satisfacción de creyentes.* La parte que quedaba le mandó Dios que la echase al aire, quedándose, empero, con unos cuantos pelos capitanes, bien ataditos y guardados en el canto de la capa, de los cuales todavía debía quemar unos pocos, para que de su fuego saliese fuego que quemase á Jerusalem.

Con cuyas jerigonzas y porquerías doy fin á mi anotación del día de hoy, porque el olor del pelo quemado me produce vértigos, como se los produce á Sagasta y la turba fusionista ver que llega la última legislatura de las Cortes con que nos han venido cuatro años entreteniendo á tirios y troyanos, y que el mal sainete representado tiene forzosamente que acabar de alguna manera.

Probablemente á farolazos, como el rosario de la Aurora.

CLXLII

Hechas las expresadas necedades y porquerías, Ezequiel entra lisa y llanamente á profetizar, por todo lo largo y ancho de dos capítulos, que la tierra de Israel sería assolada y hechos los ídolos, que en sus montes y collados oficiaban de dioses, no menos añicos que hizo la espada de Don Quijote á los reyes, emperadores y paladines del retablo de maese Pedro.

No seré yo quien me meta á comentar semejantes disertaciones, que nos sabemos de memoria por los libros, ya comentados, de Isaías y Jeremías; porque esta materia profética tendrá poco de bueno, pero tiene menos aún de nuevo.

Jehová se repite deplorablemente. No sabe salir, al revelarse de aquellos lugares comunes del *te haré y te aconteceré y te meteré el brazo por la manga.*

Pero si Jehová es pesado y muchachón y no sabe salir del círculo viciosísimo de amenazar y más amenazar, Ezequiel tenía ocurrencias verdaderamente originales, cual la de viajar por los aires, trasportado de Babilonia á Jerusalem por la mano formidable del Altísimo, que le agarra, al efecto, de una guedeja de su raída cabellera.

No quiero dejar este posesivo *su* en la triste indeterminación de que padece en castellano, sino advertir puntualmente que la cabellera raída es la de Ezequiel, á quien dejé afeitado á punta de navaja el cuero cabelludo en la *nota* anterior. Quizá algún lector travieso y juguetón imagine que esto es un gazapo; mas advierto al que tal piense, que eso de reparar en pelos es una insulsez. Puesto á hacer el milagro del viaje aéreo, ¿qué pudo costarle á Jehová untar á su profeta el occipucio con aceite de bellotas, con savia de coco ecuatorial, y hacerle brotar en un par de minutos la guedeja, que para mayor comodidad del transporte parece necesaria?

Agarrado, pues, por el cogote, lleva Jehová á Ezequiel de Babilonia á Jerusalem y le planta delante del famosísimo templo, donde el profeta de la torta ve á sus paisanos hacer en diversas habitaciones del sacro edificio las abominaciones siguientes:

Sesenta ancianos con sesenta incensarios, están ahumando poquito á poco toda una colección de zoología pintada en las paredes.

Una caterva de mujeres está llorando hilo á hilo al bello y desgraciado Adonis.

Veinticinco hombres, vueltas las espaldas al atrio del templo, y las caras á Oriente, hácenle jeribeques al sol.

Y á la vista de estas cosazas, que significaban

senci lamente la contaminación de los judíos en los varios cultos de sus convecinos, Jehová se exalta y le dice á Ezequiel, que mira aquello con el morro torcido y fruncido el ceño, que de aquel templo y de aquella ciudad y de aquellos hombres y mujeres hará, cuando llegue la hora propicia, no mangas y capirotos, sino morcillas y salchichones.

Al efecto—y siempre en visión—resuena una gran voz y aparecen seis mozancones, armados de distintas armas, á quienes acompaña un hombre vestido de lienzo, que llevaba colgado de los riñones un gran cuerno, que le servía de tintero.

Dios entonces manda al del cuerno que pinte una T en la frente de los poquísimos jerosolimitanos que tenían vergüenza, y á los mozancones que maten á todos los que encontrasen sin la sudicieta T pintada en la frente.

Comienza la degollina, y, en cumplimiento del mandato divino, los mozancones matan «al viejo, al jovencito y á la doncella, y á las mujeres, hasta que no quedó ninguno, y profanaron el templo y llenaron sus patios de cadáveres.»

Ezequiel, dando diente con diente ante tan favorable espectáculo, intenta formular una demanda de perdón; pero Jehová, hosco y feroz, le dice algo que, traducido á la lengua vulgar, significa: «No he de dejar ni una rata.» Después aparece el de los lienzos, que llevaba el tintero de cuerno, y dice á Jehová *servidor de usted*, con la propia entonación que un barbero de mano pesada al parroquiano, que acaba de descañonar.

A modo de linterna mágica, esta profecía de Ezequiel nos presenta un montón de abigarradas visiones. Tras esta de la degollina, reaparece la maquiaria aquella vista á orillas del río Chobar; pero tan confusa y desdibujada, que fuera locura comentarla como fué indudablemente locura el escribirla.

Con todo, dice que Ezequiel ve en la puerta del templo un veinticinco de pillos, contra los cuales le manda Jehová profetizar, haciéndole él tan á lo vivo, que á la mitad del discurso cae muerto panza arriba un tal Feltias, pícaro de los gordos, en materia de prevaricación.

Ezequiel, en vista del efecto pestilencial de sus profecías, comienza á llorar; pero Jehová le alienta á seguir hablando y matando, con lo cual se acaba el cuento y la visión también, hallándose el profeta luego en su casa de Babilonia tan descansado del viaje como se halló Don Quijote del que hizo á Ceilán en el famoso Clavileño.

Usando de aquel gastado artificio de los malos sainetes, en que el payaso, según la acatación, *hace que se va y vuelve*, Ezequiel sigue profetizando, haciendo que se marcha de Babilonia, y quedándose allí. Saca sus trebejos, horada la pared, espera la noche y se hace sacar de casa en hombros, para todo ello es para figuración y mentirijillas, para significar que el rey Sedecías sería preso en Jerusalem y llevado cautivo á Babilonia, con una porrillada más de calamidades que le habían de suceder al dicho rey y á sus vasallos.

Sin tanta metáfora y sin tantas figuraciones ni circunloquios nos tiene profetizado todo esto Jeremias, viniendo á ser Ezequiel un plato de segunda mesa, que no creo digno del paladar de mis lectores.

Adelante, pues.

Tan de segunda mesa es este plato, que me hallo un capítulo XII en que se truena contra los falsos profetas, lo cual resulta un fiambre á estas alturas, trasnochado y repodrido. Tras este fiambre viene un embuchado. Varios ancianos se proponen tentarle la paciencia profética á Ezequiel, que por orden de Jehová les acusa las 40 de sus infinitas picardías. Pero dirá el

lector ¿y eso es embuchado? No, por cierto; eso de anunciar barbaridades es corriente en los profetas. El embuchado le señalo en el versículo XIV de este capítulo XVI también, donde dice:

«Y si estuvieren en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job...»

Daniel, lector amable, no profetiza hasta después que se le acaba la hebra á Ezequiel; pero aunque le fuese coetáneo ó anterior: ¿qué orden cronológico es este de colocar á Daniel entre Noé y Job, que, cuando Daniel andaba en la cueva de los leones, hacia muchos, pero muchos, años, que habían entregado á la madre tierra el uno la boca con que se emborrachó, y el otro la piel que tanto tuvo que arrascarse con las uñas?

Pues ve ahí el embuchado.

Tras el embuchado, viene esta tontería:

«Hijo de hombre, ¿qué se hará del árbol de la vid, más bien que de todos los árboles de los bosques, que están entre los árboles de las selvas? (Ni la vid es propiamente un árbol, ni los árboles de los bosques se diferencian de los de las selvas). ¿Por ventura se tomará de ella un palo para hacer obra, ó se labrará una estaca para colgar de ella cualquiera trasto? (Mejor tradujera el P. Scio cualquier trasto.) He aquí que fué dado al fuego por cebo: las dos partes de él consumió el fuego, y lo de en medio de él se redujo á pabesa: ¿por ventura será útil para alguna obra?»

Tantas palabras huecas y vanas sobre un misero sarmiento, y otras que no copio, sólo valen para establecer la sandia comparación de que el pueblo de Israel, como tal sarmiento, no sirviendo para nada útil, será consumido y trastornado.

Y los sueños y dislates de ese pueblo sarmiento traigan todavía zarandeada la humanidad en

materias religiosas, ¿no está indicando claramente la necesidad urgentísima de pasar una esponja sobre el presupuesto de culto y clero, en que esos sueños y dislates toman el cuerpo real y efectivo de 142 millones de reales sacados del bolsillo de los españoles?

Si, ¡vive Dios! aunque D. Emilio Castelar, después de oír contritamente su misita de católico advenedizo y librepensador avergonzado, nos amenace con un discurso buñuelo, de esos en que revuelve á Bismarck con las seguidillas gitanas, y prueba con la Eta y el Pelión, cubiertos de opalinas nubes, que la patria de Numancia y el Cid, de José María *el Tempranillo* y de *el Mertuza*, está condenada á sufrir los desafueros de su caduca elocuencia y gozar las bienaventuranzas de un remado casi secular de D. Alfonso XIII de Borbón.

LXVIII

Castelar, harto de darnos la lata á los republicanos españoles con la evolución superorgánica, que ha venido á parar en una misa oída por el gran tribuno—como hemos convenido en llamarle—allá en tierra de Alicante, y en una docenita de votos en favor de Sagasta cuando la ocasión se presenta en el Congreso, les está dando ahora la misma lata á los republicanos franceses, oficiando de grande hombre en París, para decir las más grandes vulgaridades que han hecho funcionar el telégrafo eléctrico en los últimos veinte años.

No menos aficionado á dar latas que Castelar es Ezequiel; pues hoy se nos descuelga el bueno del profeta con una carta, ó lo que sea, de 63 versículos justos y cabales, en que pone á Jerusalén en figura de mujer, como ponían nuestros antiguos alcaldes corregidores á las mozas del partido que se desmandaban; esto es, en cueros vivos, para darlas azotes sin estorbos de faldamenta.

lector ¡y eso es embuchado! No, por cierto; eso de anunciar barbaridades es corriente en los profetas. El embuchado le señalo en el versículo XIV de este capítulo XVI también, donde dice:

«Y si estuvieren en medio de ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job...»

Daniel, lector amable, no profetiza hasta después que se le acaba la hebra á Ezequiel; pero aunque le fuese coetáneo ó anterior: ¿qué orden cronológico es este de colocar á Daniel entre Noé y Job, que, cuando Daniel andaba en la cueva de los leones, hacia muchos, pero muchos, años, que habían entregado á la madre tierra el uno la boca con que se emborrachó, y el otro la piel que tanto tuvo que arrascarse con las uñas?

Pues ve ahí el embuchado.

Tras el embuchado, viene esta tontería:

«Hijo de hombre, ¿qué se hará del árbol de la vid, más bien que de todos los árboles de los bosques, que están entre los árboles de las selvas? (Ni la vid es propiamente un árbol, ni los árboles de los bosques se diferencian de los de las selvas). ¿Por ventura se tomará de ella un palo para hacer obra, ó se labrará una estaca para colgar de ella cualquiera trasto? (Mejor tradujera el P. Scio cualquier trasto.) He aquí que fué dado al fuego por cebo: las dos partes de él consumió el fuego, y lo de en medio de él se redujo á pabesa: ¿por ventura será útil para alguna obra?»

Tantas palabras huecas y vanas sobre un misero sarmiento, y otras que no copio, sólo valen para establecer la sandia comparación de que el pueblo de Israel, como tal sarmiento, no sirviendo para nada útil, será consumido y trastornado.

Y los sueños y dislates de ese pueblo sarmiento traigan todavía zarandeada la humanidad en

materias religiosas, ¿no está indicando claramente la necesidad urgentísima de pasar una esponja sobre el presupuesto de culto y clero, en que esos sueños y dislates toman el cuerpo real y efectivo de 142 millones de reales sacados del bolsillo de los españoles?

Si, ¡vive Dios! aunque D. Emilio Castelar, después de oír contritamente su misita de católico advenedizo y librepensador avergonzado, nos amenace con un discurso buñuelo, de esos en que revuelve á Bismarck con las seguidillas gitanas, y prueba con la Eta y el Pelión, cubiertos de opalinas nubes, que la patria de Numancia y el Cid, de José María *el Tempranillo* y de *el Mertuza*, está condenada á sufrir los desafueros de su caduca elocuencia y gozar las bienaventuranzas de un remado casi secular de D. Alfonso XIII de Borbón.

LXVIII

Castelar, harto de darnos la lata á los republicanos españoles con la evolución superorgánica, que ha venido á parar en una misa oída por el gran tribuno—como hemos convenido en llamarle—allá en tierra de Alicante, y en una docena de votos en favor de Sagasta cuando la ocasión se presenta en el Congreso, les está dando ahora la misma lata á los republicanos franceses, oficiando de grande hombre en París, para decir las más grandes vulgaridades que han hecho funcionar el telégrafo eléctrico en los últimos veinte años.

No menos aficionado á dar latas que Castelar es Ezequiel; pues hoy se nos descuelga el bueno del profeta con una carta, ó lo que sea, de 63 versículos justos y cabales, en que pone á Jerusalén en figura de mujer, como ponían nuestros antiguos alcaldes corregidores á las mozas del partido que se desmandaban; esto es, en cueros vivos, para darlas azotes sin estorbos de faldamenta.

Pero antes de descargar el azote, el pícaro del profeta se permite reerar la vista sobre la desnudez de su víctima, diciéndonos cándidamente que fué hecha grande, y en trastes, y llegastes á los alavios mujeriles: se abultaron tus pochos y brotó tu pelo, sobre cuyo último extremo, por si pudiera quedarnos duda acerca de lo que se trata, pone una nota el P. Scio, en que dice textualmente que significa haber llegado la muchacha á la edad de la pubertud.

Esta mocita, que cubre con su manto el que habla, así que se hace moza resulta una perla, como puede deducirse de las siguientes hazañas que de ella nos puntualiza Ezequiel.

«Más confiada de tu beldad, fornicaste en nombre tuyo; y espusistes tu fornicación á todo el que pasaba para ser de él. (v. XV).»

«Y te fabricaste un burdel y te hiciste una ramera en todas las plazas. (v. XXIV).»

«En todo cabo de calle levantaste una señal de tu prostitución: é hiciste abominable tu hermosura: y abristes tus pies (el pie es el extremo de la pierna) á cuantos pasaban y multiplicastes tus fornicaciones. (v. XXV).»

«Ni fuistes como ramera que con el desdén aumenta el precio. Sino como mujer adúltera, que además de su marido da entrada á los extraños. Y á todas las ramerás se dan pagas; más tú diste pagas á todos tus amadores; y les dabas dones para que de todas partes entrasen á fornicar contigo. (vs. XXXI, XXXII y XXXIII).»

El lenguaje profético no puede, como se ve, ser más naturalista; lo que tiene entre otras ventajas para la descatalogización de incautos, la de ahorarme á mi comentarios:

Esto, Inés, ello se alaba,

No es menester alaballo.

Como no necesita alabarse la mansedumbre y longanimidad del marido de esta mujer, no

otro que al propio y mismo Jehová, que al fin del capítulo exclama:

»Y yo me acordaré de mi alianza contigo en los dias de tu mocedad; y renovaré contigo una alianza eterna.»

«No está pintiparado el marido aquel del cuento, que decía: «Señor, si me caso, que mi mujer no me la pegue; y si me la pega, que yo no lo sepa; y si lo sé, que no me importe.»

En el capítulo XVII, Ezequiel se permite proponer un enigma y contar una parabola; pero como ambas á dos cosas, si por a caso no son una sola y misma tontería, resultan soporíferas y modorrescas, con que Carulla las haya puesto en solfa obtuvieron bastante honor, para que yo entre ahora á comentarlas, máxime viéndolo tras ella un refrán en acción que se me antoja tiene por sí solo más trastienda y truchimancería que el enigma y la parabola juntamente.

Los padres comieron el agraz y los hijos sufren la dentera. He aquí el refrán, contra el cual echa ternos y votos Jehová, manifestándose se amoscado contra sus inventores; pues él, dice, no es un Dios botarate y alocado que hace pagar á justos por pecadores, sino persona razonable y equitativa, que al que se le humilla le alza y favorece, guardando sólo los estacazos para los soberbios que se le plantan en su camino.

Como ya tengo anotado que Jehová, así como se hacía el sordo de conveniencia en ocasiones, padecía frecuentes epilepsias cerebrales que lo perturbaban la memoria, el lector no extrañara que en este pasaje el Dios de los judíos se olvide de lo que escribió en el Denteromio sobre las tercias y cuartas generaciones de los perversos, á quienes hacía cargar con el mochuelo de los pecados preteritos.

En seguida Ezequiel, que entendia de varias gerigonzas, se echa á cantar un canto tenebre, en que anda una leona con dos crias, que le sa-

len hueras, pues una se la amarran con cadenas y la otra se la enjaulan: todo ello, por supuesto, con una fuerza simbólica de cuatrocientos caballos de vapor.

Digo de vapor, y no de carne y hueso, porque en el último versículo *sale juego de una vara de una vid*, ó séase sarmiento, con el cual zurra el profeta á unos ancianos que vienen á consultarle en el capítulo siguiente, y prende fuego á un bosque del Mediodía, que arde como si fuera de yesca y estuviera en aquellos tiempos y países (cualesquiera que ellos fuesen) el servicio de incendios tan perfectamente organizado como se encontraba al advenimiento de Andresillo Mellado el Ayuntamiento de Madrid, por obra de no sé quien y gracia de Doña María Cristina, Reina de las Españas y sus Indias.

Ahora me encuentro el verbo *destilar*, encajado de tal manera en una oración primera de activa, que me deja sospechar si Ezequiel echaba de su cuerpo las revelaciones que le hacía Jehová, como echamos los demás mortales no proféticos el moco en un resfriado de cabeza.

Hijo de hombre—dijole el Señor—*pon tu rostro á Jerusalem y DESTILA hacia los santuarios...* en cuya porquería va envuelto un problema geodésico, más difícil de resolver de lo que puede imaginarse un creyente en la infalibilidad papal, cual es la determinación de la Meridiana. Pues digo yo, que para volverle Ezequiel en Babilonia la cara y no lo opuesto á ella á Jerusalem, por fuerza había de saber á punto fijo en qué parte del horizonte caía la ciudad maldita; y esto me temo que ni Ezequiel ni el paciente Job, ni el propio Melquisidech, que es el que trajo las gallinas bíblicas, supieron hacerlo, privados como se vieron del concurso del general Ibáñez, persona absolutamente indispensable para eso de los puntos cardinales, que si quisiera podría

decirnos cómo por esas provincias de Dios, hasta que él ha puesto el Norte bajo la estrella polar, muchos católicos le colocaban arrimado á las Siete Cabrillas, que hacen de rabo en el empleo que llamamos cielo.

Pero dejando á un lado esto de *destilaciones*, oigamos á Jehová echar de su boca sapos yculebras.

Heme aquí (Jerusalen) contra ti, y sacaré mi espada de su vaina, y maturaré en ti al justo y al limpio. Por si acaso, lector, te horrorizas de un Dios que mata á los justos, copiaré la poderosa razón en que ese Dios se apoya para hacerlo. ¡Atención!—*para que sepa toda carne que yo el Señor, saqué de su vaina mi espada irresistible.*

—Reconoce usted que su hijo de usted era bueno, honrado, laborioso—decía un fiscal á un reo—que no le había dado ningún motivo de disgusto; siendo esto así, ¿por qué le mató usted tan alevosamente?

—Se me había puesto entre ceja y ceja hacer una barbaridad grande, y la hice. Así sabrá la gente de una vez quién es Calleja.

Lindezas que Ezequiel nos cuenta que hicieron los judíos, buena gente, pero buena, como elegida de Dios para el servicio de su Santo Templo de Jerusalem. Oído:

«Descubrieron las vergüenzas de tu padre en medio de ti, y humillaron en ti á la mujer en el tiempo de su menstruó. Y cada uno hizo cosas abominables con la mujer de su prójimo, y el suegro violó á su nuera feamente, el hermano oprimió en medio de ti á su hermana hija de su padre. Precio recibieron en ti para derramar sangre, tu recibiste la usura y el logro, y por avaricia calumniabas á tus prójimos.»

Nada diré de esta canalla adoradora del verdadero Dios, los niños mimados del Altísimo, en cuyo beneficio exclusivo tantos milagros fueron

nechos: solo quiero observar, ó mejor dicho, que observes por tí mismo, lector, la veheméntísima inclinación de Ezequiel, así como de los otros profetas, á emplear con preferencia imágenes relativas al sexo bello, y á decir porquerías y más porquerías respecto á las mujeres. Apenas las acabamos de ver desnudas al llegar á la pubertad y plantando un chamizo en cada cabo de calle en la edad adulta, nos las presenta ahora suiciamente ocupadas en cazar en tiempo de veda. ¿Y que esto se lea! ¿Y que con estas marranadas quieran armonizar la ciencia moderna y el progreso social esos cardenales inverosímiles, que nuestro apreciable colega *El Resumen* nos muestra allá en el Vaticano cabildeando para elegir un papa liberal cuando se muera el octogenario León XIII?

Como el soplar y sorber no puede ser, no puede ser tampoco catoliquear y tener sentido común. Pedir enmienda á la Iglesia es pedirle á un giboso que ande derecho. La impenitencia es la nota característica de cuanto se roza con la teología.

Prueba al canto. Acabo de reprocharle á Ezequiel su indecente manera de hablar de las mujeres. Cualquiera podría pensar que aquello del pelo y esto de los menstros era todo lo más que un profeta podría permitirse. Pues el que tal crea, que atienda.

Capítulo XXVIII, versículo II y III.

«Hijo de hombre, hubo dos mujeres hijas de una madre. Ellas fornicaron en Egipto, en su mocedad fornicaron.» (¡Vamos! No les dió por fornicar de viejas, que es cosa insoportable para los cómplices): «allí fueron resobados sus pechos y maltratados los pezones de su pubertad.»

Con cuyas porquerías, que todavía son superadas en este mismo capítulo, cierro por hoy el pico, asombrado de tanta ignorancia y tanta pilería como han debido ser precisas, para que la

Biblia, donde estos pechos rebosados se contienen, aún en el día de hoy haya mentecatos que la consideren libro de sana moral y discretas enseñanzas.

Cierto que su mentecatez no tiene siquiera el mérito de ser propia de ellos, que no han leído la tal *Biblia*, sino especie de sarna intelectual que les han pegado por contacto la sotana del cura de Santa Cruz ó el sombrero morado del difunto obispo Caixal.

CLXIX

Dos enamorados son—decía el famoso P. Claret en uno de sus pintorescos sermones—como una olla de agua puesta al fuego, que, tomando calor poquito á poco, llega un momento en que hierbe y se derrama—bien sea por delante, bien por detrás, concluía con un muy picaresco retintín el célebre compinche de sor Patrocinio.

Muchas veces me había yo preguntado en vano, de dónde diablos habría el P. Claret sacado la olla de esta imagen filibustera; pero hoy puedo y debo declarar, que esa olla mística procede de la *Biblia*, y fué tomada á calidad de reintegro, de la cocina de Ezequiel, profeta y marmitón.

Dios, en efecto, el propio día y á la misma hora en que, por intermedio de Nabucodonosor, rey de los Caldeos, puso sitio formal á Jerusalén, envió un telegrama urgente á Ezequiel, en Babilonia, concebido en los siguientes términos:

«Pon una olla: Ponla, vuelvo á decir, y echa agua en ella. Mete en ella trozos de carne, todas porciones buenas, pierna y espalda, lo esecogido y lleno de huesos. Toma la res más gruesa, y pon debajo de ella un montón de huesos: hirvió lo que se cocía en ella, y se cocieron sus huesos en medio de ella.»

Mientras Ezequiel, presto y bien mandado, se

entrega á estos cocineros pasatiempos (pues no es de creer en tan sandío profeta, que se contentase con oír el mandato y no le ejecutase). Jehová, bien boca á boca, bien por el teléfono (porque en Dios toda sabiduría se contiene, y, en consecuencia, ya conocería y aprovecharía, digo yo, en tiempo de Nabucodonosor, lo que un poco más adelante nos ha enseñado Edisson) le explica ó revela, que tanto monta, al hijo de Buzi lo que todo aquel embolismo de la olla, del agua de los pechos y costillas de una res y los huesos de otra significa, no otra cosa que la sabida y resabida, contada y recontada de que Jerusalem sería tomada, arrasada, quemada y destruida por el babilonio.

Puesta la olla y hecha la revelación, á Ezequiel se le muere aquel mismo día por la tarde la mujer, pero Dios no le permite llorarla, y, chocándole al pueblo procederes tan estafalarios, pregunta á su profeta qué vienen á representar tantas gerigonzas, á lo que éste contesta que significan, pura y simplemente, que nadie debe llorar ni afligirse por la degollina que iba á realizarse en Jerusalem.

Está bien, muy bien, perfectamente bien, esto de afligir á un hombre, degollarle lo que más ama, y prohibirle llorarlo. ¿No resulta el colmo de la tiranía?

Pido venia al lector amable y discreto para dar un salto de ocho capítulos mortales, en que Ezequiel se dedica á profetizar, sin que nadie le vaya á la mano, la destrucción de los ammonitas, de los moabitas, de los idumeos, de los filisteos, de los tirios, de los sidonios y de los egipcios, por el crimen de haber tratado á los israelitas en diversas ocasiones con mucha menos ferocidad que su buen padre, el alto y poderoso Jehová. Esta materia profética es tan tonta como enfadosa, indigna de discretos y amables lectores: la dejaremos, pues, servir de tripa y bulto á

la *Biblia*. Lo único que de ella me permitiré sacar á la vergüenza, es un versículo del capítulo XXVII, que se roza con los españoles, y que dice así, refiriéndose á Tyro:

«La Grecia, Túbal y Mosoch, también factores »tuyos: esclavos y vasijas de cobre trajeron á tu »pueblo.»

Este Túbal, dice el P. Scio, que somos los españoles, que tuvimos á tan honorable desconocido por padre común. Sea de ello lo que quiera, bueno es saber que en tiempo de Nabucodonosor, España exportaba á Tyro excelentes cacerolas de cobre; pues así se demuestra que en tiempo de Sagasta, que lo más que exportamos son trabajadores hambrientos á la República Argentina, andamos mucho más adelantados en punto á tráfico mercantil. En cambio, pues no todo han de ser gollerías, gozamos los beneficios de dos reyes, uno abuelo y otro nieto, y de dos reinas, una madre y otra abuela, que hacen cuatro partidas de la lista civil, con más millones de reales que bendiciones pueden echarnos los 62 obispos y arzobispos que pagamos al efecto.

¡Y váyanse las cacerolas, aun siendo aprovechables para hacer ochavos, al diablo, ó á Tyro, que es lo mismo!

Después de estas escurribandas, Ezequiel defiende con bastante habilidad su oficio de profeta, diciendo que los que no le hacen caso morirán sin que nadie, ni Dios en persona, reclamen su sangre, mientras que los que le hagan caso morirán también, pero con el consuelo de irse al infierno. Tiene el capítulo en que estas monsergas se especifican algo que conviene sacar de entre la paja que lo envuelve, para examinar qué clase de grano sea.

«En cualquier día que el justo pecare, su justicia no le librará: y en cualquier día que el »impío se convirtiere de su impiedad, la impiedad

»no le dañará: y el justo no podrá vivir en su justicia, en cualquier día que pecare.»

O el cristianismo no significa nada en el mundo, ó es la ampliación y desarrollo de esta doctrina: «en cualquier día que el impío se convirtiese de su impiedad, la impiedad no le dañará.» ¿Qué se levantó á decir el Bautista en su desierto? Que era llegada la hora de la penitencia universal. ¿Qué sostuvo el hijo del carpintero en sus predicaciones? Que los hombres se arrepintiesen y enmendasen, pues su impiedad anterior no les sería contada. Y, siendo esto así, ¿en qué puede justificarse el odio del cristiano al judío, cuando la doctrina del primero es pura y simplemente la doctrina del segundo?

«No les es común también esta atroz doctrina «en cualquier día que el justo pecare, su justicia no le librará.» Tenorio, subiendo al cielo, abrazado á su querida de una hora, en tanto que el Comendador descende al infierno bramando de ira, al ver que el galanteador le sopla al fin en el Empireo la hija, es el desarrollo más lógico y natural de este versículo ezequielero.

A Ezequiel le pasaban en materia de comunicaciones, cosas no menos raras, aunque en sentido diametralmente opuesto, que nos pasan á los españoles desde que Sagasta vinculó en Mansi la Dirección general de Correos y Telégrafos por juro de ineptitud. Las cartas de Ezequiel, á semejanza de la purga de Benito, llegaban á su destino antes de ponerlas en el buzón. A una comunicación telegráfica directa é instantánea me he visto precisado á recurrir para explicarme que el profeta supiese en Babilonia la noticia del sitio del Jerusalem por Nabucodonosor, en el mismo punto y hora que este famosísimo bárbaro plantaba sus máquinas de guerra frente á la ciudad maldita. La toma de ésta y su asolamiento súpolo Ezequiel veinticuatro horas antes que trajese la noticia de ella un escapado de la degollina.

¿Cómo? ¿Por quién? Lo ignoro. Sólo puedo decir que la mano de Dios, no sé si la izquierda ó la derecha, anduvo en el negocio, y que el profeta, en vez de llorar y afligirse, rompe á gritar que aun los perdonados de la carnicería caldea, se rian rebuscados en las cuevas y en los montes por Jehová, para hacer de ellos salechichas con que satisfacer su hambre de justicia.

¡Oh, el mansísimo cordero!

Llamando pastores á los gobernantes, Ezequiel nos encaja un sermón profético de política trascendental, en que por fuerza de la comparación aparecemos los ciudadanos en la ignominiosa figura de ovejas, sin respeto siquiera al sexo, que parecía exigirle llamarnos carneros. Pero dejando este detalle á un lado, resulta que los pastores, no contentos con trasquilar y ordenar las ovejas, las descarrían, y, finalmente, se las comen; con lo cual podría presumirse que se acababa el gobierno ó el pastoreo. Pues no es así. Dios Nuestro Señor, dispuesto á remediar el daño, en su infinita sabiduría, en vez de suprimir las ovejas ó los pastores, ó hacer que las ovejas se pastoreasen á sí mismas, levanta sobre todas ellas un *solo pastor*, que, sin que nadie le vaya á la mano haga de ellas mangas y capiroles, rasgo de ingenio encantador, sólo comparable á esta sentencia del bueno de San Gregorio, con respecto á los reyes: *los que son dignos, dice, de tantas muertes, cuantos son los ejemplos de perdición que dan á sus súbditos.*

¡Oh, Isabel! ¡Oh, Catalina! ¡Oh, Luisa! ¡Oh Antonieta! ¿Cómo fuera posible que murieseis una sola vez, de haber juzgado San Gregorio vuestra dignidad?

Abro otro paréntesis, para dejar en él descansar á lo largo el cap. XXXV, en que á los idumeos, gente incircuncisa y apaleadora de Israel, se les anuncia su ruina y desaparición, pues no

gusto de jugar la carambola profética por tabla, sino de bola a bola.

Post nubila fœbus es una frase con vistas á la teología; puesto que Ezequiel, cansado sin duda de anunciarnos, digo, de anunciarles á los judíos ruinas y cataclismos, aflojando las cuerdas y bordones de la vihuela en que Jehová le daba hechos sus sermones *et factus est sermo Dei ad me*, dice el texto, comienza á profetizar en tonos más suaves y melosos, que lo de la total destrucción del pueblo rebelde se quedaría en pura figura retórica, ó en inofensiva agua de cejrajás.

El bondadoso Dios de las matanzas y degollinas, por un ascenso de piedad, determina perdonar á los que no puede concluir, y con ellos fabricarse, el tiempo andando, un pueblo sano de corazón y alegre de entendimiento, que le crucifique á su Unigénito cuando se decida á darle á luz. El establecimiento de este nuevo reino de Israel, se le muestra á Ezequiel de una manera estrambótica, amén de espeluznante.

Agarrado del cogote, ó de cualquiera otra parte, la consabida mano de Dios lleva á Ezequiel á un campo, repleto de huesos, no sé si de hombres ó de cuadrúpedos, porque el texto no lo especifica, á los cuales, por orden de Jehová, el profeta endilga un discurso, á modo de voces de mando de un cabo de instrucción. «Huesos, les dice, huesos secos, oíd la palabra de Dios.» «Vivid, les grita, y los huesos se ponen tiesos. Ajustaros los unos con los otros, les ordena, y los huesos, buscando cada cual su compañero, se ponen en correcta formación de esqueletos, que á las repetidas voces de mando de Ezequiel se entrelazan con nervios, se ataivan de carnes, se animan por un espíritu de vida y se ponen á danzar y re-locilarse.

Dado este procedimiento de reclutar ejércitos, ¿quién extrañará que Jehová se proporcionase,

allá en los tiempos bíblicos, pueblos que le adorasen y luego le escarneciesen, y, por último, le crucificasen el Hijo en el Calvario? Hijos de tan mala madre, como es una fantasía que en tan disparatados sueños se complace, ¿qué bueno podrían dar de sí?

Volveré á Ezequiel, que está esperando, con una caña en la mano derecha y una cuerda de bramante en la izquierda, á que yo me ría de la tristesísima figura que hace con semejantes administraciones.

Antes de emplearlos en aquello á que la providencia de Dios los tenía destinados, Ezequiel se me entretiene por espacio de dos capítulos en profetizar contra Gog y Magog, diciendo de ellos y para ellos un montón de tonterías.

Quizá, lector discreto, pretenderás que te explique quiénes fueron este Gog y este Magog.

—No lo sé, y, francamente, los mil un comentaristas bíblicos, que han emporcado el sucio texto con inacabables anotaciones, tampoco debieron saberlo, porque tan pronto dicen que fueron los escitas, como que debieron ser los tártaros. A mi entender, Gog y Magog fueron para los israelitas el Coco, representación de un peligro lejano y desconocido, que les había de caer sobre las costillas en forma de muchos palos y coscorrones que les habían de dar los hombres del Norte. De estos ejércitos fantásticos, que habrían de caer sobre Israel, á pesar del miedo legendario, dieron, al menos proféticamente, cumplida cuenta los judíos, pues los hicieron gigote á todos ellos. Tanto gigote hicieron, que parece necesitaron siete meses para enterrar los muertos de un combate, que hubiera sido brillantísimo, á no resultar puramente imaginativo.

El pobre Gog, debo advertir que merece por su cruel destino mis más dulces y caras simpatías; y, además, porque debió ser algo así como tío ó primo de nosotros los españoles; pues siempre

que Ezequiel le nombra, añade estas palabras: *principe de la cabeza de Mosoch y THUBAL*. Y este Tubal, ¿quién que haya leído la primera página de la Historia General de España, del jesuita Mariana, ignora que es el padre, putativo al menos, de todos los que nacimos del Bidasoa al Guadalete, aparte los Borbones y otras familias extranjeras?

Entre las majaderías sobresalientes de estos dos capítulos, deben contarse unas palabras en que Jehová explica que su presencia sólo lo trastornará todo, hasta los peces del mar, que, al verle darán diente con diente; y otras en que promete a los cuervos, águilas, milanos, y demás aves de rapina el opiparo banquete de una matanza. Al leerlas, le entran á uno ganas de transformarse en buitre para refocilarse en esa especie de *diner Lhardy*.

Quedamos en que Jerusalem había sido arrasada. De ella y su templo no habían quedado piedra sobre piedra, ni dos miseros maderos bien amachiembrados. Pues bien, catorce años después de este desastre, cuando ya hasta la ceniza del incendio habría sido arrastrada por los vientos, Jehová coge de los barbones á su profeta Ezequiel, le lleva por arte de encantamiento á Jerusalem, la planta con una caña, como he dicho, en una mano, y una cuerda en la otra, en medio del monte sacro y le muestra en pie y en todo su esplendor el Santo Templo, todo el consagrado recinto, con todas las teológicas y monárquicas dependencias, haciéndole medir con la caña y con la cuerda, los muros, las puertas, el altar, los angelotes, los frisos, los pavimentos, todas las partes, en un, de la gran fábrica salomónica, de la que estos capítulos, con pretensiones proféticas, constituyen una mediana descripción, un diseño, que dice Ezequiel, para que por su intermedio pueda el pueblo de los desterrados, si algún día vuelve al país, reconstruirle tal y

como lo ordenó Dios primitivamente á Moisés.

No hay en toda la *Biblia* cosa más ridícula que estos capítulos: el altar, un codo; la puerta, una caña; el muro, doscientas cuerdas... Dejémoslo en toda su matemática integridad, para que los mentecatos católicos se extasien admirando la sabiduría de su Dios, que ignora la relación exacta de la circunferencia al diámetro, y derrocha su sabiduría trazando una fábrica que avergonzaría á un arquitecto de nuestros días.

No contento con el diseño del Templo, en su codicia restauradora. Ezequiel manda ó aconseja á los suyos (porque no se propiamente si era mandamiento ó consejo) que cuando vuelvan á la tierra, la repartan del mismo modo y manera que antaño lo estuvo; quiere decir, guardando lo mejor de ella para los levitas, ó sacerdotes, que, como servían el altar, del altar debían de vivir, á costa de sus primos de las otras tribus.

¡Admiremos una vez más, cómo en este pícaro mundo se perpetúan las primadas! Aun hoy es el día que nosotros los españoles, cuyo honor consiste en no tener parentesco alguno (¡gracias á la Santa Inquisición!) con ninguna de las doce tribus, somos tan primos de los levitas, ó sean los sacerdotes del Altísimo, como los infelices descendientes de las otras once familias que salieron de los lomos de Jacob, viniendo á pagarles los diezmos y primicias en contantes y sonantes cincuenta y dos millones de pesetas. ®

¡Si seremos primos!

CLXX

Dicho como he, que Ezequiel con su caña en una mano y su cuerda en la otra, determina profética y tontamente las medidas que tenía el abrasado templo, para que pudieran aprovechar las noticias los restauradores futuros del mismo, realmente tengo en substancia acabados los comentarios posibles á este libro que, como los li-

najes, al decir de D. Quijote, acaba en punta. Pues entiendo yo que punta, y muy aguda, es una descripción insulsa, para remate de una obra que comenzó con aquel aparato de nubes fantásticas y maquinarias absurdas que sonó Ezequiel á orillas del río Cedar. Nuevo dato para enviar de paseo á toda esa caterva de admiradores cursis de la *Santa Biblia*, que se llenan la boca, sin haberla leído ni entendido, con esas frasecillas con vencionales: «es el libro de los libros: el compendio de toda la sabiduría antigua: la más perfecta y acabada obra de moral: un monumento histórico de inapreciable valor: una fuente viva de belleza literaria, etc., etc.»

Aunque si el libro en sí es tonto, advertiré que ni el que le escribió, ni los que le inspiraron tenían pelo de tal. Fundadores, ó restauradores mejor dicho, de una religión que es la única verdadera, nada olvidan, absolutamente nada que pruebe la divinidad de su origen; nada, repito, ni aun la cocina; porque en los negocios teológicos, como en los de la guerra, tripas llevan corazón, que no corazón tripas.

Véase, en comprobación, cómo el ángel del Señor habla á Ezequiel en el cap. XLVI, versículos XXI, XXII, XXIII y XXIV:

«Y me sacó al atrio exterior, y me llevó alrededor por los cuatro ángulos del patio; y he aquí un zaguanete en el ángulo del patio, un zaguanete en cada ángulo del patio. En los cuatro ángulos del patio zaguanetes dispuestos á lo largo de 40 codos, y á lo ancho de 30; de una misma medida eran los cuatro. Y una pared alrededor que cercaba los cuatro zaguanetes: y había COCINAS fabricadas alrededor debajo de los pórticos—y me dijo:—Esta es la casa de las COCINAS, en la que los sirvientes de la casa del Señor cocerán las víctimas del pueblo.»

En estas cocinas teológicas, y dentro de las sagradas calderas en que se cocían los carneros

toros, machos de cabrio, etc., estos sirvientes de la casa del Señor, que eran los sacerdotes y sus sacristanes metían unos gartios consagrados con que sacaban las mejores tajadas para ellos, sus mujeres, hijos é hijas.

El que no vea clarísimamente el espiritualismo que en estos pasajes inspira á la religión, es que está ciego; y el que no advierta que el alfa y omega de la teología son los estómagos sacerdotales, es que es memo.

Hostia es una palabra que tomada, no ya en broma, pero siquiera sea con cierta ligereza, pone los pelos herizados y la carne de gallina á los católicos, principalmente á aquellos que constituyen la inmensa mayoría de la selecta y son unos solemnísimos ignorantes. Para ilustración de estos pobres bolonios copiaré este par de versículos:

«Esto dice el Señor: En el mes primero, el primero del mes, tomarás un becerro de la vacada sin defecto (debería decir un becerro sin defecto de la vacada; pero lo dejó como lo hallo para que se vea lo mal que escribía el P. Scio) y espíarás el Santuario. (Lo que quiere aquí decir es que se hará espíación por el Santuario, no que se ejercerá en él ó sobre él espionaje.) Y tomará el sacerdote de la sangre de la HOSTIA por el pecado: y pondrá en los postes de la casa, y en los cuatro ángulos del borde del altar, y en los postes de la puerta del atrio interior.»

Luego la Hostia (oid, vosotros, los que os escandalizáis), era un becerro, ó sease ternero, de esos que, difuntos, se encuentran á docenas en la plaza del Carmen, ó de aquellos otros que, vivos, suelen ser condenados á banderillas de fuego en la plaza de toros, según el texto del santo profeta Ezequiel. El untar con sangre tanto el altar como los maderos, es simplemente una porquería del culto de la religión revelada que, afortunadamente, han suprimido los que han trans-

formado la HOSTIA en un poco de pan sin levadura, cosa barata, sosa y simple, si las hay.

La moda, á cuyo imperio nada se sustrae, ni aun las religiones; esa volteriana de dad que ha transformado la Hostia-Becerro en Hostia-Panecillo, siguiendo una dirección contraria ha convertido los sacerdotes, que ni aún á los entierros de sus propios padres podían asistir, en una especie de sepultureros sin pala ni azadón.

Dice Ezequiel sobre el caso y la cosa:

Y no se acercarán á hombre muerto, para que no sean contaminados...

Estos que no debían ser contaminados con la presencia de los cadáveres son los sacerdotes, cuyos descendientes, por el orden de Melquisedech, convertidos hoy en saltatumbas en busca de responsos y ochavos, truenan, por conducto de *El Movimiento Católico*, periódico de la cámara ó de la camarilla episcopal, contra todas las empresas funerarias habidas y por haber, considerándolas con razón el enemigo directo e implacable de los bolsillos y estómagos clericales.

Convengamos en que si Moisés resucitara y volviera á escribir el *Deuteronomio*, que no escribió, no sería tan necio que se olvidara de este filón de explotación clerical que se llaman los responsos y misas de cuerpo presente, filón de oro y plata acuñados en que han convertido las curas aquella obra de caridad cristiana, titulada: enterrar á los muertos; obra de caridad á que está comenzando á hacer morisquetas la moda futura de quemar los cadáveres.

Otra de las cosas que sacan de quicio á los tontos católicos es oír hablar del matrimonio de los clérigos. Que un cura tenga una, dos, tres amas jóvenes y guapas, y que las remude anualmente, es cosa que a lo más les inspira una sonrisita picaresca ó tal cual palabra de leve censura. ¡Debilidades humanas, exclaman en los ca-

sos más lúgubres y trágicos á que semejantes tejemanejes clericales suelen dar lugar! Pero, ¡casarse los clérigos! eso ¡jamás, jamás, jamás! Un cura casado sería un escándalo viviente.

A esos tunos hipócritas y á los hipócritas tunantes que semejantes teorías sostienen y alimentan, conviene advertirles que los sacerdotes protestantes son casados, y que si Lutero y demás reformadores del siglo XVI autorizaron y hasta santificaron el matrimonio de los clérigos, es porque, como yo mismo, y todo aquel que ha estudiado detenidamente la *Biblia*, sabe que Dios, el Altísimo, Jehová, Adonai, ó como quiera llamarse al Padre del Hijo, al que desde allá arriba ha gobernado y gobierna (al decir de teólogos el tinglado de la clerecía, tiene desde *ab initio* establecido y terminantemente ordenado que sus sacerdotes sean buenos maridos de buenas mujeres, y no barraganes de mozueltas sin vergüenza ó arrimados de viejas astrosas y pellejudas.

Así lo mandó en el Levítico. Mas, por si acaso, en el transcurso de tantísimos años y de tantísimas picardías, este mandamiento se había olvidado, le dice terminantemente á Ezequiel:

«Y no se desposarán (los sacerdotes) con viuda ni repudiada, sino con vírgenes del linaje de la casa de Israel; pero podrán desposarse también con viuda, que fuese viuda de otro sacerdote.»

¡Lo ois, hipócritas y mentecatos!—Los sacerdotes se casarán con vírgenes. La única excepción es la viuda de otro sacerdote.—¡Lo ois, ciudadanas católicas!—¡Aun iréis á oír misa de esos sacerdotes que, contra la voluntad de su Dios y la voz de la Naturaleza universal, os privan de las brillantes posiciones de sochantras, vicarias, obispas, canónigas, arcedianas, para reducirnos á la ignominiosa situación de amas! ¡Ah, pobrecillas solteronas, clamad porque se

cumpla el *Levítico* por los levitas! Quizá alguna de vosotras, si tal se hiciera, viuda de un chan-tre, se volviera á casar con un arzobispo metro-politano. ¡Ni aún esto os excita al combate, Hijas de María!

Y no rebusco más, que es Nochebuena, y en noche tal no se debe abusar de la teología, porque ella en sí misma es el fin y el principio y el medio de todas las teologías imaginables, puesto que en ella nació el Salvador del Mundo, que por cierto anda ahora tan quebrado como si tal Salvador no hubiese venido: pues aparte Sagasta, que ya es una calamidad, y el presupuesto del culto y clero, que es calamidad y media, y la monarquía hereditaria, que son dos calamidades, y una Cámara de yernos, que hacen tres docenas de calamidades, se nos ha entrado puer-tas adentro del planeta el *dengue*, que tiene to-siendo á media humanidad y á la chita callando, y como quien no hace nada, se lleva más gente al cementerio que el cólera.

¡Y eso que vino hace tantos años el Salvador! Si no hubiese venido, ¿andaríamos peor?

Resuelva este problema el que quiera y como quiera; á mí me basta saber que salgo de Ece-quiél con el *trancazo*, para acometer con Daniel y sus leones pluma en ristre; pero que en vista de cómo andan las cosas, debo poner y pongo á esta nota, aquella otra de los carteles de funcio-nes al aire libre:

¡Si el dengue no lo impide!

CLXXI

LA PROFECÍA DE DANIEL

Antes de recibir á Daniel por profeta y con-tarle el cuarto de los mayores, los sabios cató-ticos armaron muchos lios teológicos y disputa-ron como comadres atacadas de furor parlero.

Unos decían que el tal Daniel fué un cortesano

aprovechadito, más arrimado á los magos cal-deos que á los videntes judíos, intérpretador de vanos sueños, y forjador de historias inverosi-miles. Otros sostuvieron que Daniel fué un pro-fetazo por la gracia de Jehová, con quien usó intimidades desmesuradas que le permitieron profetizar hasta del Antecristo, que ha de venir al fin del mundo, no sé si en forma de *grippe*, para que la humanidad concluya tosiendo sobre el poder de Poncio Sagasta, ó en figura de cas-trón, como le pintaron muchos intérpretes an-tiguos.

La Iglesia, acertada siempre, cortó la disputa decretando que Daniel escribió al dictado del Es-piritu Santo, y colocó su libro entre los canóni-cos, cosa que sinceramente le agradezco, pues por andar siempre de punta con los más eminen-tes teólogos, que le pusieron mil una tachas á esta profecía, á mí es la que más me gusta, y diera por ella la virgen que pare en Isaías, los lamentos de Jeremías, á Baruch y la caña de Ezequiel de añadidura. Pues como cuentos, y aun como historias, los cuentos y las historias de Daniel parecen, por lo estupendos ellos, y ellas por lo disparatadas, capítulos recortados de los más laberínticos y enrevesados libros de caba-llerías.

Mas si falta el sentido común á mucho de lo que dice Daniel, en cambio viene todo puntuali-zado, girando alrededor de su persona como una autobiografía llena de bombos y sandeces.

Lo primero que Daniel nos dice es que nació en Betoron y que descendía en línea recta del Santo Rey David, lo cual me guardaré yo bien de poner en duda, pues media tribu de Judá pre-sumía de venir derechamente de hombre que tantas concubinas había tenido y tal arte desple-gó en soplarle las damas, á sus capitanes.

Mas la sangre real que llevaba en sus venas, no libró de la esclavitud á Daniel, pues apenas

cumpla el *Levítico* por los levitas! Quizá alguna de vosotras, si tal se hiciera, viuda de un chan-tre, se volviera á casar con un arzobispo metro-politano. ¡Ni aún esto os excita al combate, Hijas de María!

Y no rebusco más, que es Nochebuena, y en noche tal no se debe abusar de la teología, porque ella en sí misma es el fin y el principio y el medio de todas las teologías imaginables, puesto que en ella nació el Salvador del Mundo, que por cierto anda ahora tan quebrado como si tal Salvador no hubiese venido: pues aparte Sagasta, que ya es una calamidad, y el presupuesto del culto y clero, que es calamidad y media, y la monarquía hereditaria, que son dos calamidades, y una Cámara de yernos, que hacen tres docenas de calamidades, se nos ha entrado puer-tas adentro del planeta el *dengue*, que tiene to-siendo á media humanidad y á la chita callando, y como quien no hace nada, se lleva más gente al cementerio que el cólera.

¡Y eso que vino hace tantos años el Salvador! Si no hubiese venido, ¿andaríamos peor?

Resuelva este problema el que quiera y como quiera; á mí me basta saber que salgo de Eze-quiél con el *trancazo*, para acometer con Daniel y sus leones pluma en ristre; pero que en vista de cómo andan las cosas, debo poner y pongo á esta nota, aquella otra de los carteles de funcio-nes al aire libre:

¡Si el dengue no lo impide!

CLXXI

LA PROFECÍA DE DANIEL

Antes de recibir á Daniel por profeta y con-tarle el cuarto de los mayores, los sabios cató-ticos armaron muchos lios teológicos y disputa-ron como comadres atacadas de furor parlero.

Unos decían que el tal Daniel fué un cortesano

aprovechadito, más arrimado á los magos cal-deos que á los videntes judíos, intérpretador de vanos sueños, y forjador de historias inverosi-miles. Otros sostuvieron que Daniel fué un pro-fetazo por la gracia de Jehová, con quien usó intimidades desmesuradas que le permitieron profetizar hasta del Antecristo, que ha de venir al fin del mundo, no sé si en forma de *grippe*, para que la humanidad concluya tosiendo sobre el poder de Poncio Sagasta, ó en figura de cas-trón, como le pintaron muchos intérpretes an-tiguos.

La Iglesia, acertada siempre, cortó la disputa decretando que Daniel escribió al dictado del Es-piritu Santo, y colocó su libro entre los canóni-cos, cosa que sinceramente le agradezco, pues por andar siempre de punta con los más eminen-tes teólogos, que le pusieron mil una tachas á esta profecía, á mí es la que más me gusta, y diera por ella la virgen que pare en Isaías, los lamentos de Jeremías, á Baruch y la caña de Ezequiél de añadidura. Pues como cuentos, y aun como historias, los cuentos y las historias de Daniel parecen, por lo estupendos ellos, y ellas por lo disparatadas, capítulos recortados de los más laberínticos y enrevesados libros de caba-llerías.

Mas si falta el sentido común á mucho de lo que dice Daniel, en cambio viene todo puntuali-zado, girando alrededor de su persona como una autobiografía llena de bombos y sandeces.

Lo primero que Daniel nos dice es que nació en Betoron y que descendía en línea recta del Santo Rey David, lo cual me guardaré yo bien de poner en duda, pues media tribu de Judá pre-sumía de venir derechamente de hombre que tantas concubinas había tenido y tal arte desple-gó en soplarle las damas, á sus capitanes.

Mas la sangre real que llevaba en sus venas, no libró de la esclavitud á Daniel, pues apenas

había echado los cordales, cuando Nabucodonosor le llevó prisionero á Babilonia, donde por gracia especial de un capataz de eunucos, en vez de ser destinado á zapatero ó tejero, fué elegido con otros tres mancebitos, llamados Ananías, Misael y Azarias, para paje del despota, con destino á la magia.

La primera cosa que hicieron estos cuatro pimpollos al verse en candelero, fué rogar al jefe de eunucos, que los amaestraba en las artes ocultas, que les dejase comer al estilo de su tierra, quiero decir, abstenerse de carne de puerco y de las otras cosas que son de ritual entre judíos. Malasar (así se llamaba el desdichado eunuco) les dijo que con la dieta de legumbres que reclamaban se quedarían flacos y macilentos, viniendo él á pagar con su piel las carnes que repugnaban. Pero los chiquillos, después de nacer por diez días la prueba de no comer sino avichuelas y lentejas, estaban tan coloradotes y tan fuertes como los comedores de rosbiff y bistecck, con lo cual pasándosele el susto al capón, les dejó comer á su buen talante, con lo que hicieron tales progresos en las ciencias, que al poco eran cuatro maravillas.

¡Oh! poder de las legumbres... y de la ciencia infusa que Jehová les añadió de postre, principalmente á Daniel. Presentados más tarde á Nabucodonosor, este rey quedó encantado de ellos, porque halló que sabían diez veces más que sus magos de ordenanza y sus adivinos de profesión.

Entonces Nabucodonosor se le ocurrió cierta noche soñar algo tremebundo y descomunal, de que al día siguiente no se acordaba.

En vano el rey, rascándose tras de la oreja y en lo alto de la frente, procuraba traer á su magín los desbarres de su sueño; en vano se royó una tras otra, haciendo memoria, las diez uñas de los dedos de sus manos; nada, el sueño no

aparecía en el regio caletre que había perturbado.

Dándose por este contratiempo á doscientos mil de á caballo, lleno de reconcomio y sañas manda llamar á todos sus sabios y adivinos, y les dice:

—Señores: anoche tuve un sueño, de que, por más vueltas que al magín le doy, no puedo acordarme.

Vosotros sois unos sabios, para quienes nada hay oculto. Con que, decidme lo que soñé é interpretármelo inmediatamente; de lo contrario, tened por cierto, que uno á uno, ó juntos, moriréis.

Quedáronse los sabios con un palmo de boca abierta al oír semejante despropósito, y, conociendo las que gastaba aquel bárbaro, á quien consideraban muy hombre para hacerlos tajadas, procuraron darle largas al asunto, diciendole:

—Señor, mostrádnos el sueño, que luego ya os daremos la interpretación.

—¡Cómo! ¡Bergantes! ¡Qué gracia tendría interpretarme un sueño, que os manifestase! Lo que vosotros queréis es evitar la muerte que por memos tenéis merecida. ¡Eal Largo de aquí. Y tú, añadió dirigiéndose á su capitán de órdenes, córtale las cabezas á estos canallsa.

Como en el rebaño de los sabios interpretadores de sueños entraba también Daniel, huyendo de la quema ó degollina, presentose á Arioch, encargado de realizarla, y le dijo que no matase á los sabios, pues él estaba dispuesto á satisfacer el imposible deseo del aey. ®

Y, en efecto.

Presentado que fué á Nabucodonosor, le contó pe á pa lo que había sonado y de que éste no se acordaba, pensando incontinenti á interpretárselo. Lo cual, si no es más que acertar el premio gordo de la lotería de Navidad del año que se sortee, venga Dios y véalo.

El sueño de Nabucodonosor y su interpretación son cosas tan famosas en el mundo de la literatura, que quiero dejarlas aquí puntualmente consignadas. Habla la *Biblia*. Oído:

«Tú, ó rey, te pusistes á pensar en tu lecho
»lo que había de suceder después de este tiempo;
»y el que revela los misterios, te mostró á ti
»lo que había de venir. A mí también me fué
»revelado este arcano, no por la sabiduría que
»hay en mí más que en todos los que viven, sino
»para que el rey tuviese una clara interpretación,
»y para que supieses los pensamientos de
»tu espíritu.»

«Tú, oh rey, veías, y te pareció como una
»grande estatua: aquella estatua grande y de
»mucha altura estaba derecha enfrente de ti, y
»su vista era espantosa. La cabeza de esta estatua era de oro muy puro, mas el pecho y los
»brazos de plata, y el vientre y los muslos de
»cobre; las piernas de hierro, y la una parte de
»los pies era de hierro y la otra de barro.»

«Así la veías tú, cuando sin mano alguna se
»desgajó del monte una piedra: é hirió á la estatua en sus pies de hierro y de barro, y los desmenuzó. Entonces fueron asimismo desmenuzados el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro, y reducidos como á tamo de una era de verano, lo que arrebató el viento: y no parecieron más; pero la piedra que había herido la estatua se hizo un gran monte é hinchó toda la tierra.»

Aquí hace Daniel una parada, porque ha acabado la adivinación del sueño olvidado de Nabucodonosor. Después entra en la interpretación, que es como sigue:

«Tú eres rey de reyes: y el Dios del cielo te
»ha dado á ti reino, y fortaleza, é imperio y gloria: y todos los lugares en que moran los hijos
»de los hombres, y las bestias del campo (aquí
»hay que contar la China y el Perú); también

»ha dado en tu mano las aves del cielo (el condor de los Andes inclusive, que nunca vió Nabucodonosor), y todo lo ha puesto debajo de tu poder: tú, pues, eres la cabeza de oro (adulación se llama esta figura.)

»Y después de ti se levantará otro reino menor que tú, de plata: y otro tercer reino de cobre, el cual mandará á toda la tierra (hay que incluir el Spizberg y la Nueva Holanda.) Y el cuarto reino sera como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así desmenuzara y quebrantará á todos éstos...

»Mas en los días de aquellos reinos, el Dios del cielo levantará un reino, que no será jamás destruido.»

Estos cuatro reinos de oro, plata, cobre... y nada, quieren los memos de los intérpretes de este otro intérprete que se lo interpretó á Nabucodonosor, que sean las cuatro monarquías de los caldeos, medos-persianos, griegos y romanos. Algunos de ellos, ó mejor dicho, todos ellos, se contradicen y confunden, y dicen que sí, y dicen que no, confesando al fin y á la postre que todo es puro jarabe de lengua para entretener las veladas del invirano ó los ocios del verano.

Por mi parte creo que tanto pueden ser estas cuatro monarquías, como las cuatro Repúblicas de Andorra, San Marino, Honduras y Guatemala. De lo que no cabe duda á los intérpretes ni á mí, es de que el reino que sobre la ruina universal ha de alzarse para siempre es la Iglesia, cuyo reino fundó Pipino el Breve y acabó Víctor Manuel el Pesado, poniendo en la dorada cárcel del Vaticano, como si fuera el canario más sonoro, al rey que le gobernaba, vulgo el Papa.

Nabucodonosor, al oír lo que había soñado, y de que nunca se acordó, y la trastienda que tal desbarre tenía, mandó poner á Daniel sobre una peana y le adoró como á un Dios.

No menos se merecía el judío.

CLXXII

Daniel, aunque mozo, ya positivista, no se contentó con la adoración estúpida de Nabucodonosor, sino que pidió al tirano cosas más sustanciosas, cuales fueron los ministerios reunidos de Gobernación y Gracia y Justicia para sí, y la superintendencia de Obras públicas para sus compinches de cautiverio y magia, los ciudadanos Sidrach, Misach y Abdénago, que son, cambiados los nombres, Ananias, Misael y Azarías. Y, cádate á los dominadores caldeos, explotados y exprimidos por los judíos esclavizados, objeto del público desprecio. Pues de tan antiguo data la política israelita del *dame pan y llámame perro*, que consiste trocar el desprecio y la animadversión en dinero sonante y contante, mediante el cual los Rostchild y los Pereires se hacen limpiar la botas y labar las camisas por los más fervorosos católicos y las más fanáticas hijas del Corazón de Jesús.

No sé cuántos años llevarían Daniel y sus amigotes de explotar á sus amos los babilonios, cuando á Nabucodonosor, que era el hombre de las ocurrencias estrafalarias, se le antojó «hacer una estatua de oro de sesenta codos de altura y seis codos de anchura, y púsola en el campo de Dura, de la provincia de Babilonia».

Que es una de las más estunpendas barbaridades que se han escrito en este mundo, pues calculo yo que todo oro circulante entonces en Caldea no hubieran dado de sí el volumen cúbico de 60 por 6 por 6 codos, que hacen 2160 codos cúbicos de oro, que dejó á las pocas matemáticas que saben los católicos puros y simples calcular las pesetas que montan en nuestra moneda corriente, dada baja del oro desde el tiempo de Nabucodonosor hasta estos días del *trancato* degenerante de pulmonías.

Ni se sabe á quién representaba esta desco-

munal estatua, ni Reclus determina dónde precisamente estaba el campo de Dura; pero ni esto no impide reinos sacrilegamente, que es la más sabrosa manera de reir, de los intérpretes juntamente con lo que interpretan, ni fué óbice para que Nabucodonosor reuniera los sátrapas y eulebrones de las provincias, así como á los rebaños de hombres que trasquilaban, para hacerlos al son de estrafalaria música adorar el escultural mamarracho, bajo pena de muerte para todo aquel que no inclinase la cabeza y doblara la rodilla.

No faltó uno que dijo á Nabucodonosor que ni Sidrach, ni Misach, ni Abdénago habian cedido á adorar la estatua, desobedeciendo cínicamente sus órdenes. Y el tirano, bufando de ira como un toro, mandó que en el acto le trajesen á los tres cogotudos israelitas.

—¿Es verdad que no habéis querido adorar la estatua? les preguntó echando espuma por la boca.

—Verdad es, le contestaron los mancebitos.

—¿Persistís en vuestra contumacia, ó, al son de la zampoña, como está ordenado, estáis dispuestos á la adoración? Si lo primero, pelillos á la mar entre nosotros, si lo segundo, á un horno encendido seréis arrojados. ¡Elegid!

—Nosotros no podemos adorar más que al rey del cielo, y no á ningún mamarracho de escultura. Y, en cuanto á lo del horno encendido— le respondieron tranquilamente— ten por cierto que si á nuestro Dios se le antoja, de él nos sacará, no hechos panecillos, sino más esponjados aún de lo que estamos.

Nabucodonosor, lleno de saña, dice la *Biblia*, al oír aquellos desplantes, mandó que bien atados de pies y manos, los soldados más fuertes de su ejército los echasen al horno, que mandó encender con siete veces más leña que de ordinario.

Y allí fué el más morrocotudo de los milagros, que ha hecho considerar esta *Profecía de Daniel* como el más antiguo de los libros de caballerías.

Dice Cervantes, por boca de un ventero y con el donaire que caracteriza su sublime estilo, en la primera parte del Quijote, capítulo XXXII.

«Tomaos con mi padre, dijo el dicho ventero, mirad de qué se espanta, de tener una rueda de molino! Por Dios, ahora había vuestra merced de leer lo que leí yo de Felismarte, de Hircania, que de un revés sólo, partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de plumbas, como los frailecicos que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde hubo más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. «Pues qué me dirán del bueno de D. Cironjillo de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro? Donde cuenta que navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y así como la vió, se arrojó sobre ella, y se puso á horecadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tal fuerza, que viendo la serpiente que le iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero que nunca la quiso soltar: y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla: y luego la serpiente se volvió en un viejo anciano, que le dió tantas cosas que no hay más que oír. Calle, señor, que si oyese esto se volvería loco de placer. dos higas para el Gran Capitán y ese Diego García que dice.»

Y escribe Daniel, en su Profecía, textualmente, como lo hallo en la traducción canónica del P. Scio:

«Y en el punto fueron atados aquellos tres varones, y hechados en el horno de fuego ardiendo con sus calzas y tiaras y calzados y vestidos. Porque la orden del rey apremiaba: y el horno estaba muy encendido. Mas la llama del fuego mató á aquellos hombres que habían echado á Sidrach, Misach y Abdénago.—Y estos tres varones, Sidrach, Misach y Abdénago, cayeron atados en medio del horno de fuego ardiendo.»

LO QUE SIGUE

NO LO HALLÉ EN LOS CODICES HEBREOS

Pero aunque el copista (porque este que habla es el traductor evidentemente) no lo halló en los codices hebreos, yo lo encuentro en la *Biblia* canónica, y sigo copiando:

«Y andaban en medio de la llama loando á Dios, y bendiciendo al Señor. Y poniéndose en pie Azarias, oró así, y abriendo su boca en medio del fuego, dijo:» Reza el andante caballero en llamas, una oración más larga que un rosario de veinte dieces, y continúa el disparatado texto de flamígera aventura.

Y no cesaban los ministros del rey (antes he leído en el texto hebreo que á los tales ministros los habían consumido las llamas; pero ya están resucitados en la copia griega por arte de desencantamiento), «que los habían echado, de cebar el horno, con nafta, y estopa, y pez, y con horecitos.» Y se extendía la llama *sobre el horno cuarenta y nueve codos* (eche usted llama); y *salió fuera* (pues si se alzaba cuarenta y nueve codos, claro está que salía fuera), *y abrazó á los caldeos que halló cerca del horno.* (¡Qué encontronazo el de estos babilonios!) *Y el ángel* (ya pareció aquello) «descendió al horno con Azarias y con sus compañeros: y sacudió del horno la llama de fuego» (cómo se sacude un

calvo las moscas) «é hizo que soprase en medio del horno como un viento de rocío, y no los tocó de ningún modo el fuego, ni los afligió, ni causó la menor molestia.» Con lo cual los tres mancebitos continuaron su rosario de los veinte dieces. Y yo, por si cuando esto se publique manda ya Cánovas, complemento monárquico de la *grippe* para la despoblación de España, no queriendo comentar por mi cuenta, después de inventariar.

El arca de Noé.

La quijada de asno de Sansón.

La paradita del sol y la luna por Jesué.

El discurso de la burra de Balaan.

La sombra de Saul charlando con la profetisa de Eudor.

La partidura del agua del mar Rojo.

La varita mágica de Aaron.

La subida al cielo en un carro de Elias.

La botija de aceite de Eliseo.

La resurrección de Lázaro.

El parto de la Virgen María.

La confusión de los doctores por el Niño.

El reloj del sol y el parche de higos del rey

Ecechias.

La confusión de lenguas de la Torre de Babel.

El andar á pie firme sobre el lago de Jesús.

El fuego de Sodoma y de Gomorra.

La mujer de Lot hecha estatua de sal.

Las trompetas que derribaron sonando las murallas de Jericó.

Las batallas y juramentos de Jefe.

Y las llagas de sor Patriocinio.

Ya que he hecho hablar á Cervantes, le cedere de nuevo la palabra, cuando truena contra los embolismos, sandeces y disparates de los libros de caballerías, para que toda persona racional se convenza de que *mutans mutandi*, á la *Biblia* se los emplumaria, si hoy el gran manco escribiese.

Habla un canónigo.

«Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la República estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual más, cual menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más que éste que aquél, ni estotro que el otro; y, según á mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, y que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirlo yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe nace de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompuesta no nos puede causar contento alguno.»

«Pues ¿qué hemosura puede haber ó qué porción de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula, donde un mozo de dieciseis años (doce tenía el otro cuando acuchilló á los doctores con argumentos) da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades (no de un cintarazo, sino de una pedrada, mató David á Goliat, como «si fuera de alfeñique? Y ¿que cuando nos quieren pintar una batalla, y después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de combatientes, como sea contra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese (aquí de Sansón, antes del tijeretazo de Dalila) habe-

»mos de entender que el tal caballero alcanzó la
 »victoria por sólo el valor de su fuerte brazo?
 »Pues qué diremos de la facilidad con que una
 »reina ó emperatriz heredera se confía en los
 »brazos de un andante y no conociendo caballe-
 »ro? ¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é
 »inculto, podrá contentarse leyendo que una
 »gran torre llena de caballeros ya por la mar
 »bravía (Jonás hizo más; se estuvo metido tres
 »días en el vientre de una ballena) y mañana
 »amanece en tierras del preste Juan de las In-
 »dias, ó en otras que ni las describió Tolomeo,
 »ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me res-
 »pondiere que los que tales libros componen los
 »escriben como cosa de mentiras, y que así no
 »están obligados á mirar en delicadezas ni ver-
 »dades, responderle había yo, que tanto la men-
 »tira es mejor, cuanto más parece verdadera
 »(como los milagros de San Simeón Estilita) y
 »tanto más sagrada, cuanto tiene más de lo du-
 »doso y posible (como que los peces saliesen á
 »oír predicar á San Francisco). Hánse de usar
 »las fábulas mentirosas con el entendimiento
 »de los que las leyeren, escribiéndose de suerte
 »que, facilitando los imposibles, allanando las
 »grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren,
 »suspendan, alborecen y entretengan de modo
 »que anden á un mismo paso la admiración y
 »la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá
 »hacer el que huyere de la verosimilitud y de la
 »imitación, en quien consiste la perfección de lo
 »que se escribe. No he visto ningún libro de ca-
 »ballerías, que haga un cuerpo de fábula entero
 »con todos sus miembros, de manera que el miedo
 »corresponda al principio, y el fin al principio y
 »al medio, sino que los componen con tantos
 »miembros, que más parece que llevan intención
 »de formar una quimera, ó un mónstruo.»

Quimera.. mónstruo los libros de hechos imposibles, que no forman encadenamiento, ni guar-

dan debida proporción de partes. Pues, *Santa Biblia*, chúpate esa indirectilla del gran alca-
 lano.

CLXXIII

Paseábanse rezando, como he dicho, Sidrach, Misach y Abdénago, entre las llamas del horno, cuando Nabucodonosor, que por algo era loco, viólos no sé por qué milagro de óptica, y, alborotándose ante el estrafalario suceso, comenzó á dar voces y confesar por el único Dios sandunguero y bracifuerte al Dios de Israel; acudiendo al horno, desde cuya boca comenzó á llamar con cariñosas frases á los mancebos que, en vez de tres, por otro milagro, eran cuatro; el de añadidura, al decir de Nabucodonosor, semejante al Hijo de Dios, que todavía no había nacido, aunque sí estaba engendrado desde antes que existiesen las razas de los Quirós y de los Velascos, que, según los genealogistas, ya porfiaban sus linajes antes que Dios fuera Dios y los peñascos peñascos.

El ángel, que les había preservado de la chamusquina hasta los cabellos, sacólos del horno, y Nabucodonosor, creyéndose obligado á hacer otra barrabasada en sentido contrario, publicó una orden del día (no juraré que no se dictase por la noche), en que ponía á Jehová sobre los cuernos de la luna.

Y vuelta á los sueños.

Nabucodonosor—hablando en primera persona, como si fuese él y no el Espíritu Santo el que dictó la *Biblia*—hallándose tendido en su cama, ve un árbol gigantesco, que, creciendo, toca con su copa al cielo y da abrigo con sus ramas á todas las alimañas de la tierra. Pues, señor—como dicen las comadres que cuentan cuentos á los chicos—que cuando el babilonio más se devanaba los sesos por averiguar qué fuese aquel árbol disforme que le había salido en la cabeza, cástate

que una voz clamó en lo alto, atronando los aires:

«Cortad á raíz el árbol, y desmochad sus ramas: sacudid sus hojas y esparcid sus frutos: ahuyan las bestias que están debajo de él, y las aves de sus ramas. Empero, dejad en la tierra la cepa de sus raíces, y sea él atado con cadenas de hierro y de cobre, entre las yerbas que están fuera, y sea bañado con el rocío del cielo, y su parte sea con las fieras en la yerba de la tierra. El corazón de él sea cambiado de corazón de hombre, y désele corazón de fiera: y siete tiempos se muden sobre él. Por sentencia de los veladores fué así decretado, y palabra y demanda es de los santos: hasta que conozcan los vivientes que el Excelso tiene el dominio, en el reino de los hombres, y lo dará á aquel á quien quisiere y al más abatido de los hombres pondrá sobre él.»

Esta voz parlanchina y detallista, quieren los intérpretes católicos que sea la voz de Dios, en lo que no hallo ningún inconveniente. Pero Nabucodonosor, que no estaba tan bien enterado, hubiérase quedado *in albis*, á pesar del charrón profético del Eterno, sin la ciencia de Daniel, que ahora se llama Baltasar, que de nuevo le sacó de apuros.

El árbol que viste eres tu—le dijo después de una hora de meditación:—lo del corte de raíces, y desmoche de ramas, y encadenamiento del tronco, y yerbas, etc., significa que te vas á volver loco de remate con tanto sonar dislates, por lo que te echarán al campo como las bestias, en cuya compañía comerás yerba siete tiempos. Pero no te apures que al cabo de esos siete tiempos—que lo mismo pueden ser minutos que días, que años, pues tiempo es todo—volverás á tu pristino estado y harás nuevas barbaridades, si te place, con la ventaja de que estas tribulaciones te enseñarán que no hay más Dios que Jehová y que yo soy su profeta.

El babilonio, en vez de echar al horno al adivino que tales horrores le anunciaba, hizo de él el mismo caso que yo de la quinina para cortar calenturas, desde que he aprendido que hay por ahí en un lienzo pintada una Virgen, que es una maravilla para curar la meningitis tuberculosa; pero como Dios no puede engañarse, ni engañarnos, al cabo de doce meses, cuando más se pavoneaba de su poder y sus riquezas, sin saber por quién ni cómo se cumplió la palabra. He aquí el texto:

En la misma hora (nadie la habia determinado, ni la voz, ni Daniel) se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fué echado de entre los hombres, y comió heno como buey, y su cuerpo fué bañado con el rocío del cielo; hasta que crecieron sus cabellos como de águilas (águilas con pelos largos) y sus uñas como las de las aves.

Mas al cabo de los dias (averigüe usted cuando fué), yo Nabucodonosor aleé mis ojos al cielo, y me fué restituído mi juicio.

Como sólo se restituye lo que se ha perdido, de aquí que haya autorizadamente llamado loco á Nabucodonosor. Lo que carece de autoridad es suponerle cuerdo en ninguno de los pasajes bíblicos en que aparece este grandísimo mamarracho, con el que sólo puede emparejarse al ciudadano Teodoción, que metió en la Biblia á los tres mancebos del horno cantando, y sería quizá el que tan pronto hace hablar á Nabucodonosor como habla por su boca de ganso.

Resumen: que Nabucodonosor, recobrado el juicio, recobra el reino, vuelve á su primera figura, palabras que, tomadas al pelo, dejan presumir que no es que se volviera loco, sino que le encantaron Daniel y sus compinches de magia, como encantaron á D. Quijote, el cura y Sansón Carrasco.

Colorín colorado, el cuento de Nabucodonosor se ha acabado.

Y aparece Baltasar, su nieto, comiendo y bebiendo y haciendo disparates en un banquete monstruo, que ofrece á mil de los grandes de su imperio. Lleno de vino—dice el texto y no lo pongo un momento en tela de juicio—Baltasar, sea por ostentación, sea por requemar la sangre á Jehová, manda sacar los vasos y copas traídos por su abuelo del templo de Jerusalem, y escanciando en ellos, hace beber en los sagrados cirimbolos á sus mujeres legítimas y á sus barraganas, á los grandes de su corte y á sus bufones y enanos; con lo cual, y principalmente con el vino á mi entender, perdidos chicos y grandes los estribos, armaron tal batahola de brindis, trinquis y desmanes intersexuales, que en vez de un palacio, aquello parecía un colmado en noche de jarana. Dando el rey ejemplo, machos y hembras, hartos de carne y vino, manchaban los manteles con las babas e inundaban los aires con coplas obscenas, en que ofrecían su inmundicia á sus dioses de oro, plata, cobre y palo, cuando hete aquí que:

«En la misma hora aparecieron unos dedos como de mano de hombre, que escribía enfrente del candelero en la superficie de la pared de la sala real: y el rey miraba los artejos de la mano que escribía.»

Aquella visión puso al borrachón de Baltasar fuera de sí.

«Entonces se inmutó el semblante del rey, y le conturbaron sus pensamientos: y las coyunturas de sus riñones se descoyuntaban, y sus rodillas se batían una contra otra.»

Y claro está. Como los reyes babilonios no sabían otra cosa que hacer y decir barbaridades, pasada la borrechera, Baltasar hizo congregar á todos los magos y adivinos de su reino para que le descifrasen lo que aquella mano había escrito en la pared.

Vino la caterva de sabios, y ¡que si quieres!

Por más que miraban y remiraban las letras, no sacaban de ellas sentido, lo cual me inclinaría á pensar que realmente no le tendrían, si la incógnita senora que en esta tragicomedia representa el papel de reina (no se sabe si madre, abuela ó regente, ni siquiera como se llamaba), no hubiese manifestado á Baltasar que sólo había un hombre en el mundo que pudiera sacarle de aquel apuro.

Este hombre (como en los libros de caballerías el héroe respectivo) era naturalmente Daniel, que desde los tiempos de Nabucodonosor, después del morrocotudo invento del sueño de aquel loco, se había retirado al campo á cuidar de sus gallinas y regar sus habichuelas.

Llaman á Daniel, viene Daniel, entra Daniel de nuevo en palacio, y Baltasar le dice.

—Me aseguran que eres un fenómeno de la interpretación. Ahí están mis sabios hechos unos babiones delante de esas malditas palabras que me escribió una mano. Ea, ve si me las interpretas, y te hare caballero de Toisón.

Del Toisón, precisamente no le dijo Baltasar; pero le ofreció un collar, un collar de oro, con tratamiento de príncipe.

Daniel, rechazando la dádiva, le endilga un discurso terrorífico al rey, sacándole punta á la teología, por lo de haber profanado los vasos del templo y haberse prostituido á sus Dioses de metal y de madera. Luego entra á interpretar, que era su oficio.

«Esta es, pues, la escritura, que allí está dispuesta; MANE THECEL PHARES.—Y esta es la interpretación de las palabras.—MANE: Dios ha numerado tu reino, y le ha puesto término.»—THECEL: Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto.—PHARES: dividido ha sido tu reino, y se ha dado á los Medos y á los Persas.»

El que más y el que menos de los católicos y

de los librepensadores, ha oído citar estas palabras y considerar este pasaje como una maravilla literaria. Yo mismo declaro que Daniel, plantándose ante Baltasar, para anunciarle su ruina merecida, me parece grande. Pero, aparte frasecillas convencionales, seguiré copiando:

»Entonces por mandado del rey fué Daniel vestido de púrpura, y le rodearon al cuello un collar de oro: y se hizo publicar, que él tendría »poder el tercero en su reino.»

No te entusiasmes, lector, con la fortuna del profeta. Sigue leyendo:

«Aquella misma noche mataron á Baltasar, »rey Caldeo.—Y Dario, que era Medo, le sucedió en el reino, siendo de edad de sesenta y dos »años.»

«Pronto se le agüó el vino al profeta y se le »convirtió el collar en argolla!»

Algunos católicos, después de leer estas sandeces de sueños y revelaciones, de festines y crámulas, ya se creen que se saben de memoria la toma de Babilonia, no por Dario, como dice la *Biblia*, sino por Ciro el Grande. El nombre de Dios y la palabra profecías les parecen que resumen todo conocimiento, y que no hay más que saber sino lo de la mano que escribía el *Mane, Thecel, Phares*.

A mis correigionarios les aconsejo que serían, como siempre, de todo lo sobrenatural, y que no hagan maldito el caso de estos libros de caballerías si quieren saber cómo las cosas pasaron, que fué como pasan siempre, de una manera natural y lógica. El imperio caldeo estaba corrompido por el despotismo de una dinastía de locos y mentecatos, como Nabucodonosor y Baltasar. Los persas, pueblo nuevo y viril, guiados por un genio, Ciro el Grande, después de otras conquistas emprendieron la de Babilonia y la realizaron. ¿Queréis saber cómo? Pues, quemad la «Profecía de Daniel», ó mejor, echadla á un

rincón donde den cuenta de ella los ratones, y tomad la «Cyropedia» del griego Jenofonte, abridla por su libro séptimo, y en el capítulo V de ese libro hallaréis, explicada con grande elocuencia, la traza habilísima de que Ciro se sirvió para rendir la gran ciudad de Asiria. Y si Jenofonte no os agradase, tomad á Heródoto, al admirable Heródoto, abrid el primero de sus *Nueve Libros*, y desde el párrafo 189 en adelante encontraréis, no sólo explicado cómo Babilonia fué por Ciro tomada, de acuerdo con lo que dice Jenofonte, sino que aprenderéis en diez minutos de lectura acerca de los asirios, de sus usos y costumbres, de su religión y sus leyes, de sus artes y ciencias, más que en diez años de lectura de la *Santa Biblia*, que, como todas las santidades literarias, es tofa, vana, tonta y oliente á pábilo de lámpara sepulcral.

CLXXIV

Quedamos en que Ciro—á quien la *Biblia* llama Dario—tomó á Babilonia. Pues bien, como si tan grande y glorioso conquistador no tuviera cosa mejor que hacer, comienza á tirarle al Diablo del rabo, sirviendo de tramoyista en la más estupenda aventura habida en el mundo, hasta que á Don Quijote le ocurrió hacer su tercera y última salida á título de glorioso restaurador de la caballería andantesca.

La historia enseña que Ciro, tan pronto como rindió á Babilonia, volvióse para su tierra, donde murió en breve. Pero la *Biblia*, que así hace caso de la Historia como de la Astronomía, nos le presenta en un lugar fantástico, que no sabemos si es Caldea ó Persia, protegiendo á Daniel y queriéndole convertir en una especie de rey suplenente, porque en él era más abundante el espíritu de Dios que en los otros adivinos, palabras que dejan presumir crecía en él la gracia divina, como crece la yerba en los prados, ayudada por

de los librepensadores, ha oído citar estas palabras y considerar este pasaje como una maravilla literaria. Yo mismo declaro que Daniel, plantándose ante Baltasar, para anunciarle su ruina merecida, me parece grande. Pero, aparte frasecillas convencionales, seguiré copiando:

»Entonces por mandado del rey fué Daniel vestido de púrpura, y le rodearon al cuello un collar de oro: y se hizo publicar, que él tendría »poder el tercero en su reino.»

No te entusiasmes, lector, con la fortuna del profeta. Sigue leyendo:

«Aquella misma noche mataron á Baltasar, »rey Caldeo.—Y Darío, que era Medo, le sucedió en el reino, siendo de edad de sesenta y dos »años.»

«Pronto se le agüó el vino al profeta y se le »convirtió el collar en argolla!»

Algunos católicos, después de leer estas sandeces de sueños y revelaciones, de festines y crápulas, ya se creen que se saben de memoria la toma de Babilonia, no por Darío, como dice la *Biblia*, sino por Ciro el Grande. El nombre de Dios y la palabra profecías les parecen que resumen todo conocimiento, y que no hay más que saber sino lo de la mano que escribía el *Mane, Thecel, Phares*.

A mis correigionarios les aconsejo que se rían, como siempre, de todo lo sobrenatural, y que no hagan maldito el caso de estos libros de caballerías si quieren saber cómo las cosas pasaron, que fué como pasan siempre, de una manera natural y lógica. El imperio caldeo estaba corrompido por el despotismo de una dinastía de locos y mentecatos, como Nabucodonosor y Baltasar. Los persas, pueblo nuevo y viril, guiados por un genio, Ciro el Grande, después de otras conquistas emprendieron la de Babilonia y la realizaron. ¿Queréis saber cómo? Pues, quemad la «Profecía de Daniel», ó mejor, echadla á un

rincón donde den cuenta de ella los ratones, y tomad la «Cyropedia» del griego Jenofonte, abridla por su libro séptimo, y en el capítulo V de ese libro hallaréis, explicada con grande elocuencia, la traza habilísima de que Ciro se sirvió para rendir la gran ciudad de Asiria. Y si Jenofonte no os agradase, tomad á Heródoto, al admirable Heródoto, abrid el primero de sus *Nueve Libros*, y desde el párrafo 189 en adelante encontraréis, no sólo explicado cómo Babilonia fué por Ciro tomada, de acuerdo con lo que dice Jenofonte, sino que aprenderéis en diez minutos de lectura acerca de los asirios, de sus usos y costumbres, de su religión y sus leyes, de sus artes y ciencias, más que en diez años de lectura de la *Santa Biblia*, que, como todas las santidades literarias, es tofa, vana, tonta y oliente á pábilo de lámpara sepulcral.

CLXXIV

Quedamos en que Ciro—á quien la *Biblia* llama Darío—tomó á Babilonia. Pues bien, como si tan grande y glorioso conquistador no tuviera cosa mejor que hacer, comienza á tirarle al Diabolo del rabo, sirviendo de tramoyista en la más estupenda aventura habida en el mundo, hasta que á Don Quijote le ocurrió hacer su tercera y última salida á título de glorioso restaurador de la caballería andantesca.

La historia enseña que Ciro, tan pronto como rindió á Babilonia, volvióse para su tierra, donde murió en breve. Pero la *Biblia*, que así hace caso de la Historia como de la Astronomía, nos le presenta en un lugar fantástico, que no sabemos si es Caldea ó Persia, protegiendo á Daniel y queriéndole convertir en una especie de rey suplenente, porque en él era más abundante el espíritu de Dios que en los otros adivinos, palabras que dejan presumir crecía en él la gracia divina, como crece la yerba en los prados, ayudada por

aquel famoso viento Sudeste de la sabida redondilla.

Pero á Daniel no le pasaba lo que á Manolo Becerra, á quien todos hacen el mismo caso cuando es ministro que cuando deja de serlo, sino que tenía muchos envidiosos, sin duda porque tendría mejor garbo y otra cara más pasable que la del finchado gallego, eterna y discretamente enguantado, quizá por sustraer á las miradas del curioso la enormidad de sus manos. Y, los envidiosos, tratando á Ciro, digo á Darío, que dice la *Biblia*, como si fuera un monigote, le fuerzan á dar un decreto, prohibiendo á todo bicho rezante que nadie pidiera ni orase á Dios ú hombre en treinta días, sino sólo al rey Darío.

Publicase la estrafalaria real orden, pero Daniel, haciendo de ella el mismo caso que yo de las crisis sagastinas, que vienen á ser un camelo al público, abriendo las ventanas de su casa, que daban á Jerusalem (ó á donde diesen, que quizá dieran á un estercolero) se arrodillaba en ellas como de costumbre, largándole á Jehová cada letanía, que partía de dolor el corazón de las estrellas. Viéronle hacer los místicos jeribeques aquellos envidiosos que sugirieron á Darío el decreto y acechaban al profeta, y saliendo escapados, llegaron jadeantes al rey y le dijeron:

—¿Sabes lo que pasa?

—¿Qué?

—Que Daniel, el pícaro israelita, hace tanto caso de tu decreto como de las coplas de Calainos, pasándose horas enteras reza que te reza á su Dios. Cumple, pues, con tu ley, y échale al lago de los leones. (Ya parecieron las fieras).

Darío (¡oh poder del cuento á lo que obligas!) con la noticia quedó muy contristado, y resolvió en su corazón el salvar á Daniel, y hasta que se puso el sol trabajó por librarle.

Un rey de Persia, puesto en estos apuros para realizar su soberana voluntad, es una de las

más chuscas escenas que el demonio de la mentira, ha podido inspirar á un forjador de parañas.

Pero continuemos.

Aunque con mucho dolor de las entretelas de su corazón, Darío manda que echen á Daniel á los leones; pero le dice por lo bajo al profeta, en son de consuelo:

—Anda y no te acongojes: *Tu Dios, á quien tú siempre adoras, él te librará.*

Un paganano como el rey persa, dándole esta bromita mosaica al profeta Daniel, es otra cosa muy chusca; pero todavía la excede la siguiente:

«Y trajeron una piedra, y la pusieron sobre la boca del lago; y la selló el rey con su anillo, y con el anillo de sus magnates, para que nada se hiciese á Daniel.»

Versículo que necesitaría más comentarios que Las Siete Partidas, si quedase en el mundo todavía quien tomase en serio estas sandeces, que continúan mostrándonos á Darío yéndose á su casa mustio y cariacontecido y acostándose sin cenar, y pasando una noche de perros pensando en el pobrecito Daniel y en lo que sería de sus huesos.

Pero «al otro día, levatándose el rey muy de mañana, fué apresurado al lago de los leones; y llegándose al lago, llamó á Daniel con voz lamentable» (con la propia que decía D. Quijote molido de palos: ¡duermes, Sancho amigo! amigo Sancho ¡duermes!) «y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, tu Dios, á quien tu sirves siempre, ¿ha podido acaso librarle de los leones?»

«Y respondió Daniel al rey, y dijo: O rey vive para siempre.» (Dios le oyó el advservio siempre á Daniel, y mató á Darío al año siguiente) *ni Dios envió su ángel* (ya pareció el ángel) «y cerró las bocas de los leones, y no me hicieron daño: porque justicia fué hallada en

»mi delante de él y contra tí, ó rey, no he cometido ningún delito.»

Apunto estuvo Darío de pedir unas castañuelas y bailar un fandango, del gozo que le dió oír al profeta, á quien es de rigor pintarle sentado, con media docena de leones furiosos alrededor, que roen fémures y calaveras, vestido con una túnica, desnudo el pie, la cabellera larga y mirando á lo alto, de donde le cae un rayo de luz blanca como la de una lámpara de Edison.

La aventura concluye, como es de rigor, en un cuento tan mal trazado. Darío, que se lleva á casa de Daniel y le hace archipámpano, ceba á sus acusadores, y á las mujeres de sus acusadores, y á los chiquillos de sus acusadores al lago, pozo, cisterna, ó lo que fuese, donde los leones estaban, los cuales se los comen á todos, como si fueran rosquillas de San Isidro.

La prueba concluyente de que esta *Profecía de Daniel* es una mamarrachada, es que, dando un salto atrás, vuelve al primer año del reinado de aquel Baltasar borrachón, que vió escribir á una mano en la pared la famosa monserga del *Mane, Thecel, Phares*, para contar un sueño, pero no sueño que interpretó, sino que tuvo el mismo y se interpretó á su gusto, y hasta le escribió.

Hele aquí:

Veía mi hombre los cuatro vientos del cielo que se combatían en la mar grande; pero ni esos vientos son aire, ni ese cielo tiene estrellas y nube, ni en esa mar, con ser la grande, se pescaría una sardina. Porque los señores intérpretes quieren que la *mar* sea el mundo; que los *vientos* sean las revoluciones, y el *cielo* signifique los puntos cardinales. Después de lo cual, sigue el soñador soñando que

«Cuatro grandes bestias subían de la mar, diversas entre sí.

La descripción de las bestias es de lo más dis-

paratado que cabeza humana ha discurrido.

La una era una leona, pero sin duda para abanicárselos zancajos en días de calor gastaba alas.

La otra era un oso que, por gala usaba tres hileras de dientes, para hacer sufrir menos á las avellanas cuando las cascaba.

La otra era un leopardo, pero el animal me gastaba cuatro cabezas justas y cabales, con el aditamento de cuatro alas, una para abanicarse cada cabeza.

La cuarta no tiene nombre; mas puesto que gasta cuernos, nada menos que diez cuernos, supongo que pertenecen á la ganadería del actual ministro de Fomento. No juraré, sin embargo, que fuese toro ó vaca, porque sus dientes eran de hierro, cosa que no esulan los cornúpetos.

Habría para reir un invierno entero interpretando las interpretaciones que de estos disparates han dado los maestros en sagrada teología.

La leona ha de ser forzosamente la monarquía caldea; Nabucodonosor hecho hembra.

El oso de las tres hileras de dientes representa á los persas, sin género alguno de duda.

El leopardo de las cuatro cabezas y de las cuatro alas no le marra un punto á Alejandro Magno, que todavía no habia nacido, ni por sueños, y puede, en consecuencia, ser representado de cualquier manera.

En lo que anda á testarazos y soplamocos es en determinar quién fuese el animal cornudo. Unos dicen que son los sirios, quién los egipcios, lo cual no se opone en modo alguno á que sean los romanos. Comprendo el lío; las astas á nadie le gusta que se las apliquen.

Este animal de cuernos era una maravilla de fealdad, y asustó de una manera tremenda á Daniel, que vió que entre los diez cuernos grandes nacía uno chiquitín; pero tan bien puesto, que derribó tres de los otros, dejando mocha en parte á la bestia.

A este cuerno chiquitín le salió en la punta una boca de hombre debajo de unos ojos humanos también. Los ojos éstos tenían una mirada penetrante y sagaz; la boca hablaba cosas grandes: ambas sandeces no tienen nada de extraordinario, si se piensa que estos ojos y esta boca pertenecía al Antecristo, personaje que deberíamos condenar a azotes por sólo el capricho de exhibirse en la punta de un cuerno.

De pronto, sin saber si salen de alguno de los cuernos, ó de donde, aparecen unas sillas, no sé si de anca ó de rejilla, y en ellas se sienta sin melindres un viejo, que es Dios nuestro Señor, rodeado de una caterva infinita de nades, gentes sin nombre ni cédula de vecindad. El viejo ríe á voces con el Antecristo del cuerno chiquitín, y baja el hijo de Dios del cielo para recibir de su padre la monarquía universal, con muerte y arrastre del toro y descoyuntamiento de las otras bestias, meaos bestias, sin embargo, que otras de figura humana que andan por esos mundos de Dios, dándose aires de sabios, á título de entendedores y sabedores de estas paparruchas.

CLXXV

Así como entre todas las mujeres, la más liosa, embrollona, cicatera y descreída es la beata, entre todos los profetas es Daniel el más (cómo lo diré, justos cielos, para no ofenderlet) vamos... el más gitano, en caso de que el gitano, como creo, sea el más zaragatero de los tratantes en bestias.

Porque, apenas acaba mi hombre de embrollarnos la zoología con una vaca imposible, y una leona alada, y un leopardo de cuatro cabezas, y un oso con tres hileras de dientes en las mandíbulas, se nos pone á dibujar un carnero y un macho cabrío todavía no clasificados en ningún museo de Historia natural.

Pero el que nosotros no conocamos tales bi-

chos, no empece a que los soñara, en un sueño que dice tuvo en Susa, capital de los elamitas, ó séanse los persas, en el año tercero del rey Baltasar, que era un rey caldeo, que tenía al profeta empleado, y á quien sin duda envió á la capital de sus enemigos para que le remendase los calcetines á Ciro, que luego le dió catite á Baltasar; embrollo históricogeográfico que allá resuelva el infalible de Roma, que tiene obligación de darnos el catolicismo corriente y moliente, y no yo, que con apuntar gazapos bíblicos he llenado mis deberes dominicales.

El caso fué que Daniel vió en *visión* (¡valiente visión está ella!) estando en Susa, un carnero que, delante de una laguna, estratégico lugar que había elegido para campo de batalla, se entretenía en acornear al Norte, al Poniente y al Mediodía, dejando en paz y en gracia de Dios al Oriente, sin que se de razón de este capricho del cornúpeto. Cornada va, cornada viene, ningún animal podía resistir al tal carnero, cuando de pronto entra en liza un descomunal macho cabrío, que tenía una asta notable entre sus os, con la cual emprende fiero combate contra el carnero, á quien, después de dejarle mocho, tumba en tierra. El cabrón vencedor comienza entonces á crecer en todas direcciones, hacia arriba, hacia abajo, por delante y por detrás, y con aquella asta única que tenía entre los ojos, que se le transforma en cuatro astas pequeñas, en una de las cuales le sale otra chiquitina de añadidura, la emprende á cornada limpia contra las mismísimas estrellas del cielo, que empiezan á bailar una danza macabra.

El tal cabrón era un cabrón de tan buena suerte, que los mismos santos, no se dice si del cielo ó de la tierra, dando diente con diente, hablan en voz baja, preguntándose si ha de durar siempre tal desaguisado. Uno de ellos, que no se nombra, dice: eso durará dos mil y trescientos días.

Yo no sé lo que diría el otro; pero si yo me hubiera hallado en su lugar, después de echar la cuenta de los días por años, y ver que hacen la friolera de seis años y medio, lo hubiera dejado filosóficamente correr, y contestado con aquella profunda palabra que oyó á Merlin D. Quijote en la Cueva de Montesinos:

—Paciencia y barajar.

Lo más chusco de este carnero y de este cabrón y de todo este laberinto, es que tienen una explicación auténtica, y, por consiguiente, canónica, en el sagrado texto.

«El carnero que vistes armado de astas, es el rey de los medas y de los persas. Y el macho de cabrío es el rey de los griegos.» Esto dice el consabido ángel, por orden del Hijo de Dios, al profeta Daniel; pero los intérpretes, como más puntualizadores, serían capaces de dar de sopapos al que contradijese que este rey de los griegos es el perflucto Alejandro Magno, que, aunque hizo muchas barrabasadas, no he leído aún que tuviera un cuerno entre los dos ojos y que hiciese bailar á las estrellas.

¡Con memadas como esta se va poco á poco alargando la *Biblia*, hasta hacerse un libro incabable y también inaguantable, propio solamente para levantar dolor de cabeza á los pobrecitos seminaristas, que le toman en serio, ó han de fingir que le toman.

Lo cual no tiene nada de extraño, si se considera que el propio Daniel pagó el delito de escribir estas sandeces con muchos días de cama, punto acerca del cual anota con mucha discreción el padre Scío: «sin duda de resultas de la congoja y pena que le había causado lo que había visto en visión».

¿Pues qué? ¿Se pescan truchas á bragas, enjutás, ni se desbarra tan atrocemente sin su mijita de calentura cerebral?

Daniel no soñaba solamente con animales de

cuernos, sino que, á las veces, le daba la vena modorresca por la aritmética, aplicada á las profecías, armando tales líos matemáticos, que ni el propio Newton los desenredara.

Atención.

En el primer año de Dario, el ángel Gabriel, el mismo que siglos adelante se las entendió con Mahoma para deslomar á los cristianos, se le colocó bonitamente á Daniel en su habitación para instruirle respecto á las gerigonzas de que había de nacer el cristianismo. Dejando á un lado la paja, recogeré aquí el grano de la confianza del ángel. Dice así:

«Sabe, pues, y nota atentamente: Desde la salida de la palabra, para que Jerusalén sea otra vez edificada, hasta Cristo príncipe (nota bien, tú, lector discreto: dice Cristo príncipe, no Cristo carpintero), serán siete semanas, y setenta y dos semanas: y de nuevo será edificada la plaza: y los muros en tiempo de angustia.—Y después de setenta y dos semanas será muerto Cristo: y no será más suyo el pueblo, que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario: y su fin estrago, y después del fin de la guerra vendrá la desolación decretada.—Y afirmará su alianza con muchos en una semana: y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio: y será en el templo la abominación de la desolación: y durará la desolación hasta la consumación y el fin.»

Comentario único posible: aquellas palabras, que con tanta gracia decía el inolvidable Zamacois, en un sainete célebre: *¿Quién me compra un lío?*, que se ha hecho el profeta Daniel con las matemáticas. Porque sobre esto, como sobre la razón de la sinrazón que á mi razón se hace de tal manera mi razón enloquece, sólo Cervantes puede escribir.

¿Has leído, lector curioso, una estancia inaca-

bable de *Las Soledades*, de Góngora, de aquellas culteranas, digo, á que no hay nacido de mujer que acierte á sacarle sentido! Pues como aquellas estancias del extraviado cordobés comienzan á ser las visiones de Daniel, después que vió al cabrón acorneando á las estrellas. Al lio matemático de que te he hablado, sigue un lio de ángeles, que van y vienen de Caldea á Media y de Media á Caldea, para concluir por decir uno de ellos, que ya no es Gabriel, el que se hizo moro después, sino el consecuente Miguel, que el rey de los griegos salía á pelear contra el de los persas. Esta patochada profética le costó á Daniel un malditísimo rato, pues cayó en tierra á la vista del ángel, y probablemente se descalabró, pues perdió el sentido y hubo el ángel de suministrarle cordiales, no de esos que se vende en las boticas, sino pases y contactos, para hacerle volver en sí. Procedimiento apostólico, hoy resucitado por el simpático Rafael Bofarrull, y puesto en boga al presente por ese *aceituno* que en la provincia de Jaén le está dando *castañas* á los enfermos católicos.

«Y yo desde el primer año de Dario el Medo le asistía para alentarle y fortificarle.» Estas palabras con que comienza el capítulo XI de *La profecía de Daniel*, las pasaría por alto si, como debiera suponerse, fuesen de Daniel mismo; pero estando dichas, como el texto y los intérpretes quieren, nada menos que por el ángel Gabriel, no es posible sino coger á este espíritu tornadizo y charlatán para darle una mano de azotes, á fin de que, cuando se vayan más adelante con Mahoma, lleve las posaderas en carne viva. Cómo se entiende, angelote, le diremos al vapulearle, cómo se entiende eso de llamar á Ciro Dario, y, siendo un paganazo descocado, alentarle y fortificarle! No te hubiera caído mejor prestar alientos y fortaleza á los judíos, los verdaderos hijos de tu Dios, contra el poderoso

monarca medo que los oprimía! ¿A qué viene propinarnos de añadidura, por todo lo largo de dos capítulos inaguantables, una lección de Historia en cifra, para atestarnos de mentiras la *Santa Biblia* y hacer que hasta los chicos del Instituto se rían de Daniel, cuando nos habla de los romanos?

Toma, y toma, y toma—continuaríamos—toma azotes por profeta huero y destertalado... Y, si alguien considerara que me ensaño en Gabriel, hágame el obsequio de leer por sí mismo estos dos capítulos, y, si por muy católico que sea, no se cura de una vez para siempre de la lepra mística, le enviaremos á un hospital de incurables, y punto concluido; porque excede á mi paciencia anotadora seguir paso á paso al angelón, hablando muy serio, pero en cifra, de medos, persas, griegos y romanos, como podría hablar de tomates y zanahorias para aderezar una ensalada.

Ahora, como podría venir en un Santo Cristo un par de pistolas, para descerrajarle un tiro al primer feligrés que se acercase á rezarle un credo, viene en la *Profecía de Daniel* el cuento, ó léase historia de la casta Susana, que, en compendio, se reduce á lo siguiente:

Había en Babilonia un Joaquín que se casó con una Susana, moza, guapa y rezadora, educada por sus padres en la abstinencia mosaica de chorizos y longanizas de puerco. Joaquín, que era rico, tenía en su casa un jardín, á donde solían concurrir los judíos sus correligionarios para pasar bajo los árboles las horas de calor en el verano.

En este jardín daban audiencia dos jueces, viejos verdes, que como vieron á Susana, se chalaron por ella ¡pebreitos! hasta el punto de perder la chaveta. Comprendiendo que á las buenas no alcanzarían su deseo, procuraron cumplirle á torcidas, y, engañándose el uno al otro,

cada cual, pensando estar el campo libre, acudió á sorprender á Susana. Al encontrarse sobre la pista de la buena moza no dudaron de comunicarse sus malos pensamientos, y concertándose para gozarla comunalmente (iii) aguardaron ocasión propicia.

Cierto día que Susanita se fué á bañar en el jardín con sus doncellas, los dos vejetes se escondieron, y cuando las criadas se van á cerrar las puertas, aparecen ellos ante la dama, y de sopetón la dicen:

«He aquí las puertas de la huerta están cerradas, y nadie nos ve, y nosotros estamos enmorados de ti: y así condesciende con nosotros: y ríndete á nosotros: y si no quisieres, testificaremos contra ti, diciendo, que estaba contigo un mancebo, y que por esto despachastes tus doncellas.»

Susana, resistiendo valientemente aquel ataque por duplicado de los vejetes babosos y desdentados, comienza á gritar, acude gente, gritan los viejos también, y se arma un lío de doscientos mil demonios alrededor de la medio desnuda da hermosura, que va á vestirse, aplazando para el día siguiente su juicio de adulterio con un mancebo desconocido, que había honitamente escurrido el bulto, al decir de los viejos.

Llega el día siguiente, y los dos viejos, constituidos en tribunal, mandan desnudar á Susana, no se para qué, como no fuese para satisfacer su propia lujuria, y la dama no tuvo otro remedio que ponerse en pelota delante del público. En esta situación violenta Susana oye que los viejos, poniéndose las manos sobre la cabeza, jurando por su dios del Sinaí, dicen:

«Estándonos paseando solos en el jardín, entro ésta con dos doncellas: y cerró las puertas del jardín y envió fuera las doncellas. Y vino á ella un mancebo que estaba escondido y peo con ella. Y nosotros que estábamos en un ár-

gulo del jardín, viendo la maldad, fuimos corriendo á donde estaban, y los hallamos en el mismo hecho. Mas no pudimos prender al mancebo, porque era más fuerte que nosotros, y abriendo la puerta se escapó corriendo: pero habiendo hecho presa de ésta, la preguntamos quien era el mancebo, y no nos lo quiso declarar: de este suceso somos testigo.»

Como se ve, los dos viejos urden admirablemente una historia, que pudiera ser perfectamente verdadera, puesto que el pueblo, á pesar de las negativas y aspavientos de Susana, la condena á muerte. Pero cuando la llevaban al suplicio, aparece el mancebo (no el del hecho, puesto que los jueces mentían al decir de Susana; sino el profeta Daniel, que aun no había entrado en quintas) gritando á voz en cuello que la sangre de aquella mujer no caería sobre su cabeza. El pueblo se detiene, le interroga, y el profetilla, tomando á pechos salvar á la buena moza, le induce á rectificar el juicio, volviendo al tribunal para hacerles unas preguntas á los jueces.

Admiro los tribunales de aquellos tiempos, cuyas sentencias firmes casa un mancebito cualquiera y sigo.

Daniel, transformado en presidente del Supremo, coge á uno de los viejos y le dice:

—¿Debajo de qué árbol los vistes folgar?

—Debajo de un lentisco.

Después coge al otro por separado y le hace la misma pregunta. Este viejo contesta:

—Debajo de una encina.

El pueblo, patidifuso de tanta sabiduría, saca por el hilo el ovillo de la mentira, y, sin averiguar si en el vergel (textual) había lentiscos y encinas (árboles más propios de un monte que de un huerto) coge á los vegetes y los ahorca en un santiamén, gozando Joaquín largos años de la castidad de Susana y Daniel de la fama que

su sabiduría le conquistó entre el populacho, que por semejantes cosas como estas apedreaba á las gentes.

A este cuento sólo debo hacerle dos observaciones, pues las demás se las puede hacer el lector sin consultar la *Biblia*. La primera es que empieza con estas palabras:

«Lo que hasta aquí hemos puesto de Daniel, »se lee en el texto hebreo. Lo demás que se sigue »hasta el fin del libro, se ha trasladado de la edición de *Theodoción*», lo que prueba que esta puerca historia es un cuento más ó menos griego, que *Theodoción* le colgó al profeta Daniel, como se le hubiera podido colgar al gran Tamorlán.

La otra observación es que al final de este capítulo, sin que haga á él referencia para nada, se lee este versículo: «Y el rey Astiajes fué reunido á sus padres, y *Ciro*, rey de Persia, entró á sucederle en el reino» al cual pone el padre Scio esta morrocotuda anotación:

«Esto parece (¿parece? ¿y por qué?) que pertenece al capítulo siguiente, pues se coloca por su primer versículo en las biblias griegas más antiguas («¿quién me compra este libro de biblias »griegas y hebreas? ¿Qué notario me certifica la »palabra divina?»)

Otros lo explican de este otro modo («y el infalible») Daniel fué tenido en grande concepto del pueblo hasta la muerte de Astiajes (lo mismo »podrían explicarlo por el efecto de la luna en el crecimiento hacia abajo de los espárragos), y asimismo en el reinado de *Ciro* que le sucedió.»

«Quedan ustedes bien enterados de quién era el caballero Astiajes antecesor de *Ciro*? (Sí) Pues atención, que habla el padre Scio, con aprobación del Infalible:

«Algunos creen que Astiajes es el mismo que Darío Medo: otros que fué el padre de Darío Medo, y que *Ciro*, yerno de este último, gobernó la Media aun viviendo su suegro.»

Puesto que algunos creen esto, y la opinión es libre, lo que yo tengo por más cierto es que á esta Media, que gobierna un yerno en vida de su suegro, se le han ido todos los puntos proféticos que cubrían las pantorrillas, y ha quedado reducida á un calcetín, que cualquier obispo puede aprovechar de solideo en un apuro de interpretación.

Como los pirotécnicos guardan para el final de sus juegos algo estrepitoso que obligue á abrir descomunadamente la boca y los ojos á cuantos presencian sus fuegos, del mismo modo la *Profeecía de Daniel* nos reserva de postre dos cuentos que, á modo de espadas de dos filos, hieren á los sacerdotes de Bel y de Dragón y á los sacristanes y clérigos de nuestras iglesias.

Atención, vosotros, los bolonios que no reparais en que las tortas que ofrecéis á la Virgen del Rosario se las come el cura de la parroquia. Allá va el primer cuento con toda la propiedad de estilo que permite un extracto:

«Daniel comía á la mesa del rey, que le honraba más que á todos sus amigos. Había en »Babilonia un ídolo, llamado Bel, en que gastaban diariamente doce artabas de harina, cuarenta ovejas y seis cántaros de vino. El rey le »honraba y adoraba todos los días, pero Daniel »adoraba á su Dios. Dijo el rey: ¿Por qué no »adoras á Bel?—Porque yo no adoro ídolos fabricados, sino al Dios vivo, que crió el cielo y »la tierra.—Pues qué, ¿Bel no es un dios vivo? »contestó el rey. ¿No ves cuánto come y bebe »diariamente?—No vivas engañado, rey, replicó »Daniel: nunca come.

»Llamó el rey á los sesenta sacerdotes de Bel, »y les dijo: si no me hiciérais ver que Bel come »todo lo que le damos, moriréis. Y si me lo mostráis, morirá Daniel, que afirma que Bel no »come porque no es un Dios vivo. Los sacerdotes asintieron, y al día siguiente, puesta la co-

»mida al dios, se espolvoreó con ceniza el tem-
»p'o, y se cerró y selló. Pero los sacerdotes te-
»nían hecha, debajo de la mesa del ídolo una co-
»municación secreta, por donde entraban y se
»comían lo que al Dios se ofrecía. A media noche
»entraron, pues, y se comieron la ofrenda en
»compañía de sus mujeres ó hijos.

»A otro día se levantó el rey muy temprano y
»fué con Daniel al templo de Bel, le abrió, miró
»á la mesa, vió que no estaba la comida, y ex-
»clamó: Grande eres Bel, no hay engaño en tí.
»Pero Daniel, obligando al rey á entrar, le mos-
»tró las huellas de los pies de hombre, mujer y
»niño grabadas en la ceniza. Se enojó el rey,
»descubrió la comunicación secreta, y entregó á
»Bel á Daniel, que lo derribó, juntamente con el
»templo.»

Si todos los templos donde se ejecutan trapa-
cerías por el estílo se derribasen, como diz que
derribó Daniel el de Bel, ¿á qué tendría yo que
pedir la separación de la Iglesia del Estado? Si-
glos hace que Dios no existiría más que en la
Biblia.

Segundo cuento:

«Y había un dragón grande en aquel lugar, y
»le adoraban los babilonios. Y dijo el rey á Da-
»niel: Mira como ahora no puedes decir que no
»psea este un Dios vivo: adórale, pues. Y dijo
»Daniel: Al señor mi Dios adoró, porque él es
»Dios vivo: mas éste no es Dios vivo. Y tú, rey,
»dame facultad y mataré al dragón sin espada
»ni palo. Y dijo el rey: Yo te la doy.

«Tomó, pues, Daniel pez, y sebo, y pelos, y lo
»coció todo junto, é hizo unas pellas y las arrojó
»á la boca del dragón, y reventó el dragón. Y
»dijo: He ahí lo que adorábais. Y cuando lo oye-
»ron los babilonios se irritaron al extremo, y jun-
»tándose contra el rey, dijeron: El rey se ha vuel-
»to judío; destruyó á Bel, mató al dragón, é hizo
»morir á los sacerdotes. Y dijeron, habiendo ido

»á buscar al rey: Entrérganos á Daniel; sino, te
»mataremos á ti y á tu familia. Vió, pues, el rey
»que le estrechaban reciamente, y forzado de la
»necesidad, les entregó á Daniel.»

Esta muerte del dragón, tras el derrumbamien-
to del templo de Bel, son dos grandísimas enor-
midades, cuando á continuación de ellas viene la
consabida cueva de los leones, donde los babilo-
nios meten á Daniel durante seis días, que el pro-
feta se pasa en la amabilísima compañía de las
fieras, hasta que el rey, sobreviniendo al sépti-
mo, les saca de allí sano y salvo para echar al
pueblo entero que le acusó, al cual se le comen
los leones como se hubiesen comido la *Santa Bi-
blia*, si por entonces hubiera estado toda ella
escrita.

Mas no se crea que Daniel mientras se estuvo
con los leones lo pasó mal de comida. Nada de
eso. La *Biblia* sabe hilvanar bien los cuentos.
Ved, pues.

«Estaba á la sazón el profeta Hababuc (no
»pretendas averiguar quién sea, lector, porque
»te harías un lío) en la Judea, y había cocido un
»potaje, y puesto unos panes en una cestilla, é
»iba al campo á llevarlo á los segadores. Y dijo
»el ángel (¡buenos días, señor mío!) á Hababuc:
»Esa comida que tienes, llévala á Babilonia á
»Daniel, que está en el lago de los leones.—Y
»dijo Hababuc: Señor, yo no he visto á Babilo-
»nia, ni sé del lago. Y le tomó el ángel del Señor
»por la coronilla, y lo llevó de un cabello de su
»cabeza, y lo puso en Babilonia sobre el lago con
»el impetu de su espíritu...»

De la coronilla... de un cabello solamente...
con un potaje en la mano, que no se derrama con
el impetu...

Apaga y vámonos, y cesen los comentarios,
porque esto ya no parece la *Biblia*, sino las
Aventuras de Simbac el Marino.

CLXXVI

LA PROFECIA DE OSEAS

Así como el descanso de los nunca bastaten alabados caballeros andantes de los pasados siglos era, según uno de los más discretos de ellos, el rudo pelear, el descanso mío, cuando por acaso se proporcioná dejar de achuchar á la Santa Iglesia Católica, consiste en trabajar por la República, allanando los caminos y despejando los atajos por donde ha de venir á España, para unirla con Portugal y elevarla en libertad y gloria sobre todas las naciones de la tierra. Amén.

Ayudando, pues, al noble marqués de Santa Marta á forjar ese rayo de la Coalición Republicana, que vibrará en tiempo y sazón oportunos. Júpiter Tonante sobre las cabezas peludas ó pelonas que el hado tiene señaladas, héme entretenido tres semanas, dejando descansar á mis presbíteros de antaño, ó sean los profetas; porque he considerado más útil que reirme de ellos, disponer la zancadilla que ha de dar en tierra con sus tonsurados sucesores.

Además, no todo tiempo es propio para hacer coaliciones, mientras que toda hora es adecuada para burlarse de las profecías, máxime si son profecías de á perro chico, como pueden llamarse éstas de los profetas menores, en que hace cabeza Oseas que fué un judío extremadamente puerco en sus relaciones sexuales, si hemos de dar crédito á esto que puercamente nos escribe.

Y dijo el Señor á Oseas: «Ve, y toma por mujer á una pública ramera, y haz tuyos los hijos de sus fornicaciones.» El mandato, para ser de Dios, no puede ser más sucio; pero el profeta chico le obedece como un suizo. «Y fué, y tomó á Gomer, hija de Deblaim: y concibió, y parióle un hijo.»

Pusieron al nieto del ilustre Deblaim el nombre enrevesado de Jezrael, con lo cual la parte mística que pudiera tener la profecía parecería quedar satisfecha; pero como no lo estuviere el buen Oseas, volvió al fornicio, y la señora Gomer.

Concibió otra vez, y parió una hija, á quien llaman de cualquier manera, la cual, así que fué destetada, dejó libre á su ilustre y prolífica mamá para parir al reincidente Oseas un tercer hijo, que se llamó No pueblo mío, aunque parezca mentira que hubiese juez municipal que con tal nombre le registrase.

Los señores intérpretes de los disparates bíblicos se han devanado los sesos por darle á todas estas porquerías un sentido transcendente; pero los más autorizados entre ellos sostienen que las cosas pasaron tal como están escritas, y que el señor Oseas se comportó muy airosa y valientemente con la señora Gomer.

El que está repleto de sentido místico es el capítulo II, por lo cual resulta tan oscuro y tétrico, que ni arrimándole un candil podría entenderse, ni llenándole de castañuelas alegrarse. Y como á mí me gustan las cosas claras y divertidas, pasaré al III, donde vuelve el naturalismo encantador de estos Zola de hace treinta siglos.

«Y me dijo el Señor á mí:» (éste mí, mitad de mico, es Oseas): «Ve aún, y ama á una mujer amada de su amigo, y adúltera.» Como se ve, Oseas, siempre bajo la garantía de Jehová, no sólo se va con churrianas, sino que le saltea las mujeres al prójimo, graduándolos de cornúpetos por mandamiento divino, que le exime de toda responsabilidad civil y criminal, así por ante los tribunales como por detrás de toda conciencia católica.

Pero continuemos la narración instructiva del gatuperio.

«Y la tomé (á la adúltera) para mí por quince

»suelos de plata, y por un coro de cebada, y medio coro de cebada. Y la dije: muchos días me aguardarás: no fornicarás, ni te desposarás con otro, y también yo te aguardaré á ti.»

Meditemos sobre este pasaje. Quince suelos de plata en moneda corriente, hacen ciento once reales de vellón y seis maravedises, según el padre Scio, ó lo que es lo mismo, 27 pesetas y 83 céntimos; que unidas á diez pesetas en que calculo el valor de coro y medio de cebada, hacen menos de 40 pesetas, ó sea media onza de oro, para valor de la hembra adúltera con quien el buen Oseas se apaña por muchos días. Creo honradamente que las adúlteras de nuestros tiempos, ni aunque comieran alpiste como los canarios, no se entregarían por tan bajo precio, ni aun interviniendo el propio Jehová en el ajuste. Algo, pues, hemos adelantado, ó, más propiamente, han adelantado las adúlteras desde los tiempos teológicos, pues cuando menos, se hacen pagar más caro el adulterio, al tenor de aquel refrán que dice: «ya que me lleve el diablo, que me lleve en coche.»

¡Oh! ¡Progreso! ¡progreso! Tú eres la ley de la vida y la pesadilla de la Iglesia. ¡Bendito seas, pues te se encuentra hasta en estos fangales del adulterio profético, azotando las ancas á los presbíteros!

Tras esta epifonema que me salta al paso, debiera comentar el capítulo IV, pero que le comente un arcediano, si gusta, en sus huelgas de campaña carlista; pues todo él se reduce á decirnos que los judíos del tiempo de Oseas eran una canalla sin ley y sin vergüenza, entre la cual no había «verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios,» y donde la «maldición, la mentira, el homicidio y el adulterio» estaban á la orden del día y de la noche; lo cual no tiene nada de extraño, si se atiende á que los adulterios el mismo Dios los encargaba á sus profetas. Y tan acos-

tumbrados nos tienen los profetas á estas pinturas de su pueblo, que nos sabemos de memoria lo que él era, por lo cual no nos chocea que más adelante crucifique á Dios, en persona, para escarmiento de redentores.

Como una perla en el fango, brilla en este capítulo el versículo siguiente, que lleva el número 11:

«La fornicación, y el vino, y la embriaguez, »quitan el corazón.»

Tenlo presente, jovenzuelo, y huye de Venus y de Baco, si quieres llegar á viejo con el pulso firme y la cabeza despejada; pues porque lo haya dicho un puercito y adúltero profeta, no deja de ser una gran verdad.

Tras una hora de rebusco, no he podido hallar en toda esta profecía un sólo grano, aparte el coro y medio coro de cebada que se comió, juntamente con las 27 pesetas, la querida de Oseas. Todo ello es pura paja profética, alimento del exclusivo aprovechamiento de los borregos de Cristo, que me guardaré yo bien de tocar, porque no conviertan hacia mí sus cuernos incipientes. Ahí se la dejo fresca y esponjada en nueve pesebres que hacen otros tantos capítulos, en que Judá é Israel, Jerusalen y Samaria son amenazados de muerte por sus escurribandas á los altos en que se daba culto á los ídolos cananeos. Cómanla y revienten, si la idolatría, fastigada por Oseas, ha de desaparecer de este mundo; pues ídolos por ídolos no sé yo que sean más bonitos algunos que adoran los católicos aragoneses ó los valencianos, que aquellos que adoraban los cananeos, hebreos y jerezeos abominables, ó aquellos que guardó Raquel bajo la albarda de un camello, cuando su padre Laban alcanzó al aprovechadito de su sobrino Jacob.

Cuarenta siglos hace que vienen los hombres de talento tronando y relampagueando en vano contra los tales ídolos, sin haber podido concluir

con ellos, por la sencillísima razón de que es pretender lo imposible querer tener una religión sin que haya sacerdotes que la exploten. Por esto los librepensadores, tirando por la calle del medio, decimos, que es tonto de capirote ó tuno de profesión, para los efectos de la idolatría, todo aquel que á título de maestro ó de discípulo se ocupa en la ciencia imposible de la nigromancia, ó como se llame ese embolismo de las *trimurtis* fabricadoras del mundo y su contenido, sin exceptuar el licor del polo de Oribe.

CCXII

LA PROFECÍA DE JOEL

Joel es el segundo de los profetas chicos. Pero, ¿quién fué Joel? Nadie lo sabe. Digo, saberlo si lo sabe el Espíritu Santo, por la sencilla razón de que lo sabe todo. Mas, como se olvidó de apuntarlo en la *Biblia*, de aquí las calabazadas que se han dado los intérpretes por averiguar quién Joel fuere, cuándo y cómo Joel viviera. Resultado de sus averiguaciones: el mismo de siempre: tantas opiniones como cabezas, en caso que merezcan este nombre los remates superiores de los individuos dedicados á la teología dogmática y á la interpretación bíblica.

Lo que aparece taxativamente en el libro canonizado por el Papa, es que Joel fué hijo de Fatael, ó lo que es lo mismo, que Fatael fué el padre de Joel, noticia de grande interés para la fabricación económica de los calzoncillos de franela, ahora que marzo ha vuelto el rabo señalando al polo, en demanda de nevadas y celliscas. Consta también que el ciudadano Joel fué el tatarabuelo teológico de esa caterva de cleriguillos dados á las rogativas para implorar del cielo aguas en tiempo de sequía, ó solazos en temporales aguaceros, y sacar por tan linda manera los cuartos á los cándidos labradores,

Porque toda la profecía que el buen Joel nos endilga, dividida en tres partes ó capítulos para mayor gala del arte y más fino camelo de creyentes, se reduce á anunciarles á las dos tribus de Judá y Benjamín, que sobre ellas vendría la más horrible carestía, á causa de no llover del cielo otra cosa que bicharracos de la estirpe de las langostas; llamándolas con tal motivo á llorar, desesperarse y clamar al cielo; lo cual considero sencillamente una broma pesadísima; pues harto me parece que un hombre se vea afligido, para que todavía venga un profeta á decirle que rabie, llore y patalee.

Los resortes cómicos de esta clase de piezas teológicas, representables al aire libre, son conocidísimos. ¿Llueve hasta podrirse el trigo? Pues es que Dios está irritado con los labradores, á causa de su falta de religiosidad, y hace falta sacar la Virgen X y el santo Z de paseo, para que Dios fabrique, por consideración á ellos, y en beneficio de los clérigos, una buena tanda de días con buen sol, que seseque la tierra y pongan lozanos los sembrados. ¿Atiende Dios el ruego?—Pues es que los pillos no han impetrado con bastante eficacia la piedad divina, y vuelta al paseito de los santos, y vuelta la rueda de ochavos en el bonete del cura. Los cuales se pasarían muy á su gusto la vida metiendo y sacando en la Iglesia sus trabajos esculturales en hombros de vípedos implumes, si no fuera regla universal que no hay mal ni bien que cien años dure, y si no fuera refrán muy sabio aquel de que nunca llueve á gusto de todos; pues de cura sé yo que, sacando un San Sebastián de roble en rogativa de lluvias, como resultara fulminante la gracia del glorioso mártir y sobreviniese un chaparrón disforme, sufrió en el cráneo el coseorrón tremendo que le infirió el leño consagrado al caer de sobre las andas en que le llevaban los jayanes, que, con la mucha agua, perdido primero el

con ellos, por la sencillísima razón de que es pretender lo imposible querer tener una religión sin que haya sacerdotes que la exploten. Por esto los librepensadores, tirando por la calle del medio, decimos, que es tonto de capirote ó tuno de profesión, para los efectos de la idolatría, todo aquel que á título de maestro ó de discípulo se ocupa en la ciencia imposible de la nigromancia, ó como se llame ese embolismo de las *trimurtis* fabricadoras del mundo y su contenido, sin exceptuar el licor del polo de Oribe.

CCXII

LA PROFECÍA DE JOEL

Joel es el segundo de los profetas chicos. Pero, ¿quién fué Joel? Nadie lo sabe. Digo, saberlo si lo sabe el Espíritu Santo, por la sencilla razón de que lo sabe todo. Mas, como se olvidó de apuntarlo en la *Biblia*, de aquí las calabazadas que se han dado los intérpretes por averiguar quién Joel fuere, cuándo y cómo Joel viviera. Resultado de sus averiguaciones: el mismo de siempre: tantas opiniones como cabezas, en caso que merezcan este nombre los remates superiores de los individuos dedicados á la teología dogmática y á la interpretación bíblica.

Lo que aparece taxativamente en el libro canonizado por el Papa, es que Joel fué hijo de Fatael, ó lo que es lo mismo, que Fatael fué el padre de Joel, noticia de grande interés para la fabricación económica de los calzoncillos de franela, ahora que marzo ha vuelto el rabo señalando al polo, en demanda de nevadas y celliscas. Consta también que el ciudadano Joel fué el tatarabuelo teológico de esa caterva de cleriguillos dados á las rogativas para implorar del cielo aguas en tiempo de sequía, ó solazos en temporales aguaceros, y sacar por tan linda manera los cuartos á los cándidos labradores,

Porque toda la profecía que el buen Joel nos endilga, dividida en tres partes ó capítulos para mayor gala del arte y más fino camelo de creyentes, se reduce á anunciarles á las dos tribus de Judá y Benjamín, que sobre ellas vendría la más horrible carestía, á causa de no llover del cielo otra cosa que bicharracos de la estirpe de las langostas; llamándolas con tal motivo á llorar, desesperarse y clamar al cielo; lo cual considero sencillamente una broma pesadísima; pues harto me parece que un hombre se vea afligido, para que todavía venga un profeta á decirle que rabie, llore y patalee.

Los resortes cómicos de esta clase de piezas teológicas, representables al aire libre, son conocidísimos. ¿Llueve hasta podrirse el trigo? Pues es que Dios está irritado con los labradores, á causa de su falta de religiosidad, y hace falta sacar la Virgen X y el santo Z de paseo, para que Dios fabrique, por consideración á ellos, y en beneficio de los clérigos, una buena tanda de días con buen sol, que seseque la tierra y pongan lozanos los sembrados. ¿Atiende Dios el ruego?—Pues es que los pillos no han impetrado con bastante eficacia la piedad divina, y vuelta al paseito de los santos, y vuelta la rueda de ochavos en el bonete del cura. Los cuales se pasarían muy á su gusto la vida metiendo y sacando en la Iglesia sus trabajos esculturales en hombros de vípedos implumes, si no fuera regla universal que no hay mal ni bien que cien años dure, y si no fuera refrán muy sabio aquel de que nunca llueve á gusto de todos; pues de cura sé yo que, sacando un San Sebastián de roble en rogativa de lluvias, como resultara fulminante la gracia del glorioso mártir y sobreviniese un chaparrón disforme, sufrió en el cráneo el coseorrón tremendo que le infirió el leño consagrado al caer de sobre las andas en que le llevaban los jayanes, que, con la mucha agua, perdido primero el

compás de la marcha, se resbalaron de pezuñas.

Aparte estas consideraciones, puramente encaminadas á librar las almas bien nacidas del ridículo de las rogativas y de la explotación clerical, no sé qué pueda decir, que merezca la pena, de la barrabasada profética de Joel.

Anotaré, sin embargo, esta descripción.

«Ante la faz de el fuego devorador, en y pos de él llama abrasadora: la tierra delante de él como un jardín de delicias, y en pos de él un desierto asolado.»

Cualquiera preguntará quién es este ÉL, para cogerle al descuido, si es posible, y darle una mano de azotes que le deje para toda su vida escarmentado de venir á la tierra y convertirla de un jardín en un desierto. Pues bien, en secreto, yo te diré, lector, quién es ÉL. Es el día del Señor: con que si puedes, apescolla al tal Señor, para que no sobrevenga su día, ó de venir que venga tras el día de San Silvestre, en que deberían celebrar el suyo cuantos católicos quedan en el Universo mundo, que todavía creen en las profecías de á perro chico.

También es verdad que los intérpretes, en descargo de su mochila, pues no quiero suponer que tenga conciencia (sería ofenderlos!) dicen que este día del Señor por Joel descrito, es el día de las langostas y bicharracos congéneres que asolan los campos; de donde podría, lógicamente, deducirse, que el Señor de este cuento es la langosta. No quiero llevar á tal extremidad las cosas: me contento con creer que la verdadera langosta son los clérigos, no Dios.

La prueba de ello es que el clérigo Joel, después de describirnos con negras tintas el día del Señor, toma el nombre de éste y dice á sus feligreses:

«Convertios á mí de todo corazón, con ayuno, y con llanto, y con gemidos...» y traedme de

paso buenas tortas y pichones en olocausto buenos reales de á cuarto en ofrenda.

En realidad de verdad, lo que he puesto tras los puntos suspensivos no lo escribió Joel; pero aunque no lo escribiese, evidentemente lo pensó; pues ni los modernos ni en los antiguos tiempos tomó presbítero alguno en boca el hombre de Dios, sin tomar al mismo tiempo el dinero del bolsillo de los fieles. Estas invocaciones, que en nombre de todos hacen unos pocos (aun siendo pocos con relación al todo, me sobran á mí las diez décimas partes) todavía nos cuestan hoy día á los españoles cuarenta y cinco millones de pesetas de Junio á Junio; dando la vuelta por Ferrero.

Más adelante escribe Joel estas palabras, en un momento de expansión y sinceridad:

«Perdona, Señor, perdona al pueblo; y no des tu heredad en oprobio, para que les dominen las naciones; porque dicen en los pueblos: ¿en dónde está el Dios de ellos?»

Es hasta donde un capellán pueda llevar su desvergüenza y atrevimiento, esto de picarle el amor propio á la divinidad para obligarla por puntillos de honor en competencia con otros dioses, á hacer lo que al clero castrense le convenga. Pero, *con todo y eso*, la buena de la divinidad la mayor parte de las veces ha hecho y hace de estas gatadas presbiteriales el mismo caso que yo de la fe política de Martos, ó de los reclamos-manifiestos de la minoría republicana para que la saquemos del pozo seco en que la han hecho caer sus melifluidades oposicionistas á la monarquía restaurada.

Palabra de Dios, escrita por Joel:

«Derramaré mi espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.»

Cuyo cumplimiento estamos viendo en estos

días. Pues en vez de cosa tan sencilla como fuera que todos los buenos republicanos, dejándose de embolismos y monsergas, se unieran en la amplia y generosa coalición pactada, para hacer juntos en un día el trabajo que separados no podrán ejecutar en cuatro años, cádate que derramado el espíritu sobre toda carne, todo bicho viviente se ha metido á profetizar, declaración en ristre y manifiesto en mano, dando en la flor de pensar que puede resolverse con palabras vanas un problema que exige cerrar los ojos y acometer para derribar lo que estorba.

Profetizan los padres graves: profetizan los hijos: profetizan los nietos; y para que la palabra de Joel le venga á este nuestro desdichado tiempo como anillo al dedo, se dan ancianos que sueñan sueños sinalagmáticos, y jóvenes que ven visiones, y hata las hacen por esas provincias de Dios, bufando contra los que les enseñaron á usar el pañuelo para limpiarse las narices por considerar más pulcro sonarse con los dedos.

Por fortuna, todo pasa en este mundo, y pasará la chifadura de los manifiestos, y de los partiditos, y de las partidas de predicadores ambulantes, a tanto por kilómetro y discurso, y de las otras partidas restantes de oposición profundamente respetuosa hacia la legalidad, y sobre ese campo de Agramante se tenderá el iris de la coalición, atrayendo todos los ojos y subyugando todos los corazones.

Y digo que pasará eso porque también pasará esto, y pasará todo, hasta las propias pasas de Málaga; pues si vemos cumplida aquella palabra de Joel, no sé por qué no se haya de cumplir esta otra:

«Levántense y vayan las gentes al valle de Josefát; porque allí me sentaré para juzgar todas las gentes en contorno.»

Con que levantémonos y vayamos todos, no al

valle de Josefát, donde está Dios sentado y puede esperar en consecuencia sin cansarse, sino al campo de la República, donde la patria moribunda nos tiende los brazos suplicantes, dejándonos de simplezas de cómo se han de guisar las perdices antes de haberlas derribado al suelo de una perdigonada.

GCXIII

Amos, anagrama de Mesa, que es un río francés, y de Osma, que es el momio español de Perico Lagüera, el más cascarrabias de los obispos absolutistas que cobran nómina liberal, es el tercero de los profetas chicos, entre los cuales debe ser contado por el más cerril y silvestre, á causa de su condición de pastor.

Pues así como ha habido literatos que, legítimamente aburridos de la estéril pluma, se han metido á guardar ovejas, pastores se han dado con las propias manos que ordeñaban las cabras, y si venía al caso trasquilaban los burros, han empuñado la péndola y rasgueado famosos disparates sobre el primer asunto que les ha saltado en la mollera. Ejemplo sobresaliente fué este Amos, que guardando vacas y puerco en el pueblecito de Thecué, próximo á Belén, se sintió de pronto zarandeado por el espíritu profético y comenzó *ipso facto* á dar lecciones de eternal sabiduría, para vergüenza de doctores y rechifla de licenciados en sagrados cánones, mentecatos que imaginan ser precisos sendos cursos de metafísica y astrología para entender de Dios y disparatar sobre sus cualidades de omnisciente y omnipotente, uno y trino, hijo y padre y palomino:

Tan estupendo acontecimiento se verificó sin señal previa, como si fuera la cosa más sencilla y corriente de este mundo de lipendis ortodoxos; pero trajo á la rastra, como no podía menos, una conflagración general de los combustibles que

guarda en su seno la madre tierra. Quiero decir con estos circunloquios, que la profecía de Amos produjo un terremoto, convulsión que me explicó llanamente por la risa estrepitosa que debió causar al planeta ver á un desteta chivos oficiar de revelador hasta la consumación de los siglos, que durará la Iglesia católica que le ha canonizado y le canta misa los 31 de Marzo de todos los años, sin exceptuar siquiera los bisieptos.

En anunciar este temblor de tierra consiste, al decir de los intérpretes, toda la sal y pimienta de la profecía de Amos. Pero por más que he tenido la pachorra de leermela de cabo á rabo varias veces—pecado literario que satisfaré teológicamente comiendo una perdiz y una trucha, dulcemente consociadas en un plato, el próximo jueves santo,—no he podido topar con versículo ni palabra que de tal fenómeno sísmico nos hable, ni cuándo había de suceder, ni los destrozos que habría de causar, ni nada, en fin, que tenga sentido común, ni sentido geológico, ni siquiera sentido literario; pues el tal requesonero de Amos podría tener muchas habilidades para tocar la zampoña ó rascar la bandurria, pero en cuanto á escribir, allá podía apostárselas con Carulla en verso, ó en prosa con Cánovas del Castillo.

Y dicho esto del pezuno del hombre, ¿qué dire de la destartalada profecía? Pues que comienza tratando á Dios de carnicera. *El Señor rugirá desde Sión*, dice muy orondo el pastorete metido á literato; que haciendo gala de giros culteranos, nos habla de que *por tres cosas y por la cuarta*, que no señala, hará Dios y acontecerá en castigo de Damasco y Gaza, Azot y Asealon, de Accaron y Tiro, de Edom, Besra y Theman y Ammon, á cuyos habitantes ha de pasar á cuchillo el cuello, como si fuesen chotos de cabra.

Después de esta carnicería de los extraños,

Jehová se ensaña con los propios, siempre mediante el jarabe de lengua profético de Amos, y dice que enviará fuego sobre Judá que abraze á Jerusalem, y que á los de Israel los hará gigote por intermedio y mano de los incircuncisos amorreos. Advierto que todas estas cantinelas de cirujano en operaciones, ó de incendiario en ejercicio, dice Amos que las pondra en solfa de Jehová por tres razones, que dice, y una que se calla, y debía ser la más negra. Los que presumen de saber hebreo, dicen que eso de las tres y la cuarta es un giro, si no elegante, castizo entre los que se corian el prepucio. A mi no deja de parecerme giro, sí, pero un giro como el de un boricco que tira de una noria.

Aquellos que posean un temperamento decididamente linfático, cachazudo y señoliento, como el de esos republicanotes que ahora chillan proclamando la Revolución para cuando los arzobispos metropolitanos y los timbaleros de la casa real consideren llegado el caso de coger el trabuco y salir á las barricadas á batirse contra las moscas y las liendres que se opongan á la obra nacional de la República, pueden y deben, al dormir la siesta y para conciliar el dulce sueño de una buena digestión, leerse el capítulo III de la profecía de Amos, y también el IV, en el caso de no haberse dormido leyendo el III.

Pues si es verdad, como asegura un puerco higienista, que es un buen medio de dormirse repetir muchas veces una cuenta de números ó una serie de palabras sin sentido—verbi gracia, la salvé—nada más propio que estas milésima y milésima y una repeticiones de los castigos que Dios tiene preparados á sus hijos por las faltas cometidas en la guarda y cumplimiento del morrocotudo pacto sinalagmático de Sinaí, modelado en piedra berroqueña de la filosofía política de mi ilustre amigo D. Francisco Pi Margall. La apretura el afinamiento, y los apuros en

que ha de poner Dios á los israelitas, acertando por excepción con la palabra, los pinta así Amos en el capítulo V.

«Como si un hombre huyendo de la vista de un león, viere un oso, y entrando en casa, y apoyándose con su mano en la pared, le mordiese una culebra.»

En este mismo miserable estado ha de verse cualquier republicano que, por repulgos empalagosos de una conciencia turbia, ó por enconos indisculpables aun cuando fueran legítimos contra alguna personalidad, abandone la recta vía de la Revolución que le imponen sus deberes políticos.

Al huir del león revolucionario dará con el oso evolucionista, que se le reirá en las barbas y le hará hacer penitencia á la puerta de la Iglesia posibilista con un cirio en la mano y una coraza en el codo. Y, si por acaso, tirase el cirio y repugnara la coraza, metiéndose en su casa, no le faltarán algún amigo que haciendo de culebra le muerda en la mano, llamándole cobarde y desertor del imperativo categórico de Kant, que es un apellido alemán peligrosísimo, pues con sólo añadirle una o al traducirle al castellano, resulta un canto en que se han roto más de cuatro filosofantes las narices.

Advierto que me encuentro más divagador que de ordinario. Efecto, sin duda, del tiempo infame que la meteorología, y la política de consuno se han traído en este mes de Marzo, que empezó con dos manifiestos copiosos y dos nevadas republicanas, en pretensión de purificar la atmósfera revolucionaria y aplicarle un vegigatorio á la inflamación motinesca, vegigatorio cuyos efectos están ya empezando á sentirse en la uña del dedo gordo de mi pie izquierdo y en la punta del picacho de Mulhacen.

Pero volviendo á mi cuento, sin olvidarme de mis cuentas, he de advertir que si Amós se tiró

á las profecías, con la bravura y donaire que Mazzantini se tira al toro después de plantarle á su gusto, no lo hizo sin peligro y sin cogida. Un Amasias, que allá en Betel oficiaba de patriarca de las Indias, digo, de sacerdote de las diez tribus confederadas, harto de los desplantes del pastorete, publicó también su manifiesto, en vindicación de los fundamentos sociales y de la pítanza teológica, manifiesto que enderezó al rey judío, aconsejándole que diese catite á aquel revolucionario impenitente salido de entre las ovejas.

El rey llamó á Amós, pero en vez de desoliarle por entences, se contentó con desterrarle, mandándole que profetizase en cualquier parte, menos en su tierra, que es donde hacía falta. Amos, que no se hacía de pencas, replicó á Amasias:

No soy profeta, no soy hijo de profeta: sino que yo guardo unas vacas, y voy repelando cabrañigos—Dios me dijo: ve á profetizar.—Me dices tú ahora: no profetices.—Por tanto: Tu mujer fornicará en la ciudad...»

Declaro que de todas las consecuencias que he visto sacar en este mundo, incluso la Republica nacional por una revolución que hagan los arzobispos y los timbaleros supradichos, ninguna ni tan graciosa ni tan lógica como esta que le saca Amós al rey Amasias: *por tanto, tu mujer fornicará en la ciudad.* (Profundidades de la metafísica!

Amós tuvo sus correspondientes visiones, como profeta que, aunque chusco y cerril, fué al fin y al cabo.

La primera visión fué la de Dios, que al frente de un ejército de langostas, correctamente formadas en regimientos, batallones, escuadrones y baterías, se paseaba por los campos y montes de Israel, dándose un hartazgo de yerba.

La segunda visión fué la de un garabato, ó sea percha para coger fruta, cuyo sentido místico tiene tres pares y medio de bemoles.

La tercera y última visión que vió Amós fué al propio y mismo Jehová de pie sobre el altar de los holocaustos, que le hablo tú por tú, para decirle una porriliaga de atrocidades que el profetilla echó a volar por entre sus compañeros del monte, con gran perjuicio del orden público y desdoro de la majestad real y presügios clericales.

Por lo tanto, Amós pagó con su piel las canciones que cantó, quiero decir, que le ajusticiaron.

No le estuvo mal, por no esperar á que la revolución que profetizaba, se hiciese por sí sola. ¡Bien se conoce que no habia cursado en ciertas universidades!

CCIV

LA PROFECIA DE ABDIAS

Abdias no se sabe quién fué, ni cuándo, ni dónde vivió, pero esto no obsta (¡qué ha de obstar!) para que la iglesia católica y aun la protestante (si eso es iglesia) le tengan consagrado por profeta, á causa de una especie de artículo de periódico, bastante mal trazado, por cierto, que bajo este nombre, que se interpreta *siervo de Dios*, hallaron los rebuscadores de papelotes místicos, en cualquier tienda de especería alejandrina ó jerosolimitana, destinado á envolver alcarabea.

De allí le sacaron y le plantaron en la Biblia sacra, donde hacen de enorrada ó escurridura profética sus 21 miseros versículos, en que promete a los idumeos la gran paliza de mano de Jehová, por el crimen de haber dejado desamparados en una guerra ó calamidad que no se determina, a sus hermanos los israelitas.

¡Tiene gracia la cosa! Los judios roban la primogenitura á las idumeos, los acorralan en los montes, los apalean en multitud de ocasiones,

los desprecian por idólatras; pero cuando se ven en trances apurados los llaman hermanos, les recuerdan la obligación que tienen de socorrerlos, y por no verificarlo así, con peligro inminente de su vida, abominan de ellos y les profetizan horrores. ¡Puede darse mayor cuquería, y al propio tiempo más grande sin razón que amenazarlos de muerte para cuando se vean un poco desahogaditos?

Con este motivo, y en demostración de que en el tiempo de su miseria comprenden mejor los pueblos la verdad que suele la prosperidad ocultarles, Abdias escribe esta palabra sublime, aunque más antigua que el andar á pie:

Así como hicistes se hará contigo.

Palabras que traslado á esos tan queridos como extraviados amigos míos, que después de haber estado trabajando un año en disponer y concertar la coalición republicana, por si ésta va más allá de un justo medio metafísico tan incoercible como imponderable, así que la coalición se ha pactado se revuelven contra ella, y á sus expensas andan zurciendo un partidillo, que vendría, de cuajar, á ser contra la voluntad misma de sus patronos piedra de escándalo republicano y estorbo á la revolución. Porque hay en el mundo fatalidades, como ésta de que se queja amargamente Abdias; pues lógico encuentro que los maltratados idumeos vieran, no sólo impasibles, sino con cierto gozo íntimo, que sus malísimos hermanos los israelitas fuesen apaleados y llevados al cautiverio. Así como hicistes se hará contigo.

Ahora debiera, para no dejar ruín este artículo, ocuparme en el profeta chico subsiguiente; pero como este ciudadano es Jonás, el de las estupendas aventuras terrestres y marítimas, el cascarrabias que hasta con Dios se ponía de morros, no cometeré la falta de anticipar sucesos, ni la sobra de desflorar risas, que habrán de ser

cumplidas, y dejaremos para la semana que viene.

No es hoy tiempo de reír, sino de llorar sobre las memeces republicanas que sirven de abono y riego á esa planta ruin, desmembrada y mortecina de la restauración borbónica.

CCXV

LA PROFECIA DE JONÁS

Jonás no es un nombre, sino que es un mote, que se interpreta en castellano por *palomo* ó *palomino*. Su padre se llamaba Amati, y su madre, cuya filiación desconocemos, le parió en Geter, pueblo de la tribu de Zabulón, donde le crió bien ignorante de los altos fechos y estupendas aventuras que le habian de pasar al mamoncillo el tiempo andando, por disposición, ó quizá indisposición del alto y omnipotente Jehová.

Pues es de saber que *Palomo* no tenía maldita la afición á la carrera de profeta; pero Dios se empeñó en que lo fuera, y de aquí, dado el genio terco y desabrido de Jonás, una serie de querellas en que, ¡vaya una gracia! Dios se salió con la suya, y á *Palomo* le hizo pasar las de Caín; bien que se las recompensó dignamente haciéndole santo más tarde y procurando que su sepulcro fuese famoso.

Mas si Jonás fué profeta contra su voluntad, vengóse de su destino yéndose á profetizar á los gentiles, que forzosamente no le habian de hacer caso, y escribiendo sus profecias á modo de memorias, en que no la majestad, ni la misericordia, ni la sabiduría, ni la bondad de Dios adquiriesen brillo, relieve y autoridad, sino su propio mote fama inextinguible.

Veamos cómo.

Hallábase *Palomo* no se sabe dónde, cuando de pronto vino palabra de Dios, á modo de charrón, que le mandó ir á Ninive á pregonar.

Jonás en vez de ir á Ninive, se largó á Tarsis, camino opuesto, y de allí á Jope, donde se embarcó, dispuesto á esconderse en el extremo de la tierra antes que ir á hacer el oso entre los ninivitas. ¡Pero bueno es Dios para con los rebeldes! Apenas le vió huir en el navio, comenzó á soplar en el mar, levantando cada montaña de olas, que el pobre barco y sus tripulantes se zarrandaban como un argadillo y consideraban éstos cada instante el último de su existencia.

Jonás, viendo la que se habia armado en el mar, tomó la heroica resolución de bajarse á la cámara y echarse á dormir, haciéndolo al poco como un lirón, para que la muerte, si sobrevenia el naufragio, le pillase descansado. Pero uno piensa el bayo y otra el que lo ensilla. Los marineros, afrontando el peligro comenzaron por echar al agua los equipajes, y después, observando que cada vez se ponía más feo el mar, empezaron á rezar, clamando á sus dioses y ofreciéndoles el oro y el moro si les sacaban con vida del trance horrible en que se veían.

Observando que las oraciones tampoco surtían efecto, decidieron tirar un hombre al mar, para satisfacer la cólera divina, y, echadas suertes, tocóle la paja larga al dormilón de Jonás, que después de declarar su patria, religión, y el concomio que se traía con Jehová por lo de la profecía, les dijo que le echasen al agua sin miramientos, si querían que las olas y los vientos se sosegasen. No se hicieron de rogar los marineros, pareciéndoles excelente el remedio teológico que habian discurrido, y, ¡cataplum! tiraron por la horda al piélagos alterado el cuerpo del profeta.

«Y tenía dispuesto el Señor un grande pez que se tragó á Jonás: y estuvo Jonás en el vientre del pez tres dias y tres noches. E hizo Jonás oración al Señor Dios suyo, desde el vientre del pez.»

No he querido por mí mismo referir el estu-
pendo milagro, sino tomarle hecho del Espíritu
Santo, que le narra con la asombrosa sencillez
que le es característica.

Este pez que se traga á Jonás, y en cuya tripa
el profeta vive tres días como en su propia casa,
cantando salmos y endechando al altísimo á
quien había desobedecido, dicen que era una ba-
llena, cosa que pongo en duda, porque ballenas
allá en el fondo del mar Mediterráneo no se han
estilado jamás; más, en caso que lo fuese, cómo
diablos se las arregló el profeta para respirar
dentro de la tripa del cetáceo? Como el cetáceo
más tarde para vomitarle sano y salvo sobre
una playa que no se nombra? Misterios espeluz-
nantes son éstos que me guardaré yo de profun-
dizar, porque como dicen los católicos, para Dios
nada hay imposible, y, de haber querido, tan có-
modo se hubiese encontrado Jonás en la tripa de
una trucha, cien veces más chiquita que él, que
en la barriga de la ballena. Por esto encuentro
tonto y majadero que los intérpretes se anden
haciendo cálculos sobre la capacidad del vientre
de la ballena con relación al volumen de Jonás.
Las cosas místicas y proféticas creerlas á pie
juntillas ó reirse de ellas. Yo he optado por esto
último. ¿Quién es el mentecato que se traga esto
de Jonás? Que levante el dedo y diga su nombre,
para señalarle con una cinta que le cuelgue de
la nariz.

Tan pronto como el pez vomitó á Jonás, aco-
metióle Dios de nuevo, mandándole largarse á
Ninive. El profeta, viendo las que gastaba su
Señor, agachó la oreja y emprendió la marcha.

*Y Ninive era una ciudad grande, á tres días
de camino*, dice el P. Scio, mientras otros tradu-
cen, *de tres días de camino*, lio de mil demonios,
pues por el primer texto resulta una grandísima
mentira geográfica (Ninive estaba bastante más
de tres días de camino á pie ó en burro, que es

como caminaría Jonás, de la costa de Palestina
donde le vomitó la ballena) y por el segundo una
andaluzada de topografía, puesto que Ninive con
ser grande, no tenía de ruedo tres días de viaje.

Dejando esto á un lado y en cuenta corriente
de memeces católicas, el caso fué que Jonás se
plantó en Ninive y dió el recado de Jehová á sus
maleantes habitantes.

Aún cuarenta días, y Ninive será destruida,
les dijo; á lo que ellos contestaron ¡cuerno! y en-
do á llevar la noticia al rey llenos de canguelo.
El rey que tal oyó empezó á dar diente con dien-
te, y se levantó de su trono, y se despojó de su
vestido, y se vistió de saco, y se sentó sobre ce-
niza. No quiero detenerme á pensar cómo este
rey se pondría las posaderas, si por acaso la ce-
niza estaba caliente, porque me corre prisa de-
clarar que el monarca empezó á chillar como un
desesperado, y, llamando á sus Chánovas y sus
Sagastas, publicó el siguiente bando:

«Hombres y bestias, y bueyes y ganados, no
gusten cosa alguna: ni pazcan, ni beban agua.
»Y los hombres y las bestias vistan sacos, y cla-
men al Señor con ahínco, y conviértase cada
»uno de su mal camino y de la iniquidad que hay
»en las manos de ellos.» Esto es lo único que me
faltaba saber de un rey, para remachar el clavo
de mi republicanismo y leer en la *Biblia Sacra*
para petrificarme en mi resolución de hacerla
prácticamente risas, al alcance de todos los labios.

¡Ave María Purísima!—dise á moda de cura
que finge asustarse de que haya quien se burle
de sus farsas!—¡Ave María Purísima! ¡Haber
existido un rey de un gran imperio, si por la
capital que tenía tres días de camino en redondo
(dato bíblico) se ha de inferir la magnitud del
remo, que, porque un desastrado extranjero, re-
cievomitado por un pez, se le entre puertas
adentro de la ciudad y vocee que será destruida,
se revuelca en ceniza después de destrozarse la

ropa, y manda echar pregón de que ayunen los burros y los mulos, las ovejas y los gatos, á fin de aplacar la ira de un Dios que no conoce y con quien nada tiene que ver. ¡Ha concebido ningún loco de Leganes más estupendo disparate! ¿Cayeron jamás los autores de los estrafalarios libros de caballerías en la sandez de hacer ayunar á los caballos cuando les venían mal dadas las aventuras á los caballeros? Pero aún hay más, lector, aunque parezca mentira. El alto, fuerte, celoso y omnipotente Jehová, que había determinado acabar con Ninive, porque así se le había antojado, en vista de este ayuno y cilicio de los animales cuadrúpedos y de los bípedos, en atención al pregón regio y á las regias revolcaduras en ceniza, cambia de humor, entra en ganas de hacerse misericordioso y (mutación de escena que dicen los cómicos), perdona á los ninivitas.

Jonás—es claro, dado su genio cervil y corajudo—al ver que Dios, en vez de hacer buena la profecía que tantos apuros le había costado en el vientre de la ballena, se hace de penceas para los ninivitas, sálese de la ciudad hecho un basilisco, pidiendo á Jehová que le quitara la vida, ya que tan en ridiculo le había puesto. Jehová le pasa la mano por el corro á su profeta, diciéndole: *¿Crees tu que tienes razón para enojarte?*

No consta la respuesta de Jonás, quizá por demasiado viva y energética. Lo que consta, es que Jonás se sentó frente á una de las puertas de Ninive, para ver lo que pasaba, pues no tenía gran fe ni en la ira ni en la misericordia de Dios, cosa que comprende en un hombre que tan de cerca vió los ejercicios acrobáticos del buen Jehová, sólo comparables á los de nuestro don Cristino Martos, que así pasó de la República á la monarquía como había antes pasado de la monarquía á la República, hallándose á lo que se dice dispuesto á darnos nuevas muestras de su aptitud para los saltos mortales.

Jehová, sin embargo, que no se dejaba imponer, viendo á Jonás enojado porque Ninive no había sido destruida, hizo un milagrejo puramente botánico para sacarle de su enfado. Al efecto, fabricó en una sola noche una añosa y enlazada hiedra, que sirviendo á Jonás de quitasol, le libró quizá de un tabardillo al día siguiente, mientras esperaba sentado bajo un sol de fuego la ruina de la ciudad. Hallábase tan contento y fresco Jonás con su milagrosa sombra, como un chico con zapatos nuevos. Pero Dios, que tiene más recámara de lo que parece, envió un gusano que, picando la hiedra, la secó en un instante. Entre un sol de fuego y un viento de llama, que poco después salieron por orden de Jehová, el pobre Jonás se sofocaba, sin el resguardo de la hiedra, y, aburrido del todo, clamaba al Altísimo que le quitara la vida por un procedimiento más rápido y menos incómodo que aquel achicharramiento de los cascos. ¡Quizá fuera Jonás calvo y hubiera perdido el gorro!

Jehová, vista la desesperación de su profeta, corre á su lado y en espíritu puro, pues no toma forma alguna, entabla con el este diálogo:

JONÁS.—*Mejor me es morir que vivir.*

JEHOVÁ.—*¿Crees tu que tienes razón para enojarte por la hiedra?*

JONÁS.—*Razón tengo para estar disgustado hasta desear la muerte.*

JEHOVÁ.—*Tú te duces por la hiedra, en que no trabajaste, ni la hiciste crecer: la que en una noche nació, y en una noche pereció. Ni que una mariposa efímera. ¿Y yo no perdonare á Ninive, ciudad grande, en la que hay más de ciento veinte mil hombres, que no discernen lo que hay entre su derecha y su izquierda, y muchas bestias?*

Aquí, de sopetón, acaban el diálogo y la pro-

fecia, sin duda, cortado el primero por no dejar oír la respuesta que el buen Jonás debió dar á Jehová. Porque yo no dudo que le contestaría, para decirle: Pues si los habías de perdonar, y tú que lo sabes todo lo sabías de antemano, ¿no vengo yo á ser el geringado en este negocio? Y el geringarme á mí, que soy tu profeta, dos veces nacido, una de mi madre y otra de la ballena, ¿no es una picardía? Sí. ¿Y por qué, señor, por qué? Por salvar hombres que no saben lo que tienen entre su izquierda y su derecha, cuando yo sé que tengo una barriga á prueba de bombas, por haberme pasado tres días sin comer.

Aquí acaba, como he dicho, la profecía, quiero decir el disparate más grande que se ha concebido. Cualquiera preguntará, ¿y por qué los curas han puesto semejante esperpento en la *Biblia*? Por qué, bobalicon de preguntante! Porque sin razón dispararon no se hubiera podido explicar otro más gordo todavía. Jonás es una figura retórica, la ballena otra figura, y los tres días que estuvo el uno en la otra embutido, otra figura. Y estas tres figuras son la representación viva y palpitante del Hijo de Dios, del sepulcro en que le puso José de Arimatea, y de la Resurrección que inventaron las tres Marias del Evangelio.

¡Mira tú si la cosa tiene intrínquilis!

CCXVI

LA PROFECÍA DE MIQUEAS

Miqueas fué un judío legítimo. Nació en Maresa, cerca de Hebrón, y escribió en aquel tonillo agrídulce, que alterna los palos con las caricias, el furor de Dios con la misericordia divina, propio de los visionarios auténticos. Puede decirse que pertenece al siglo de oro de la chifladora profética, ó estilo pomposo y declamador

de la literatura teológica; pues fué contemporáneo de Isaias el grande y de un montón de judíos chiquirritines, que ya presentían sobre sus costillas el ramalazo con que iban á señalarlos para el mercado de esclavos los asirios y caldeos.

No se sabe quién ni cuándo le martirizó, ni si quiera por cuál fechoría ó hazaña le sacrificaron; mas esto no empece á que la iglesia le cante misa el 15 de Enero. Sin duda avisaría por teléfono Jesucristo á Perico Apóstol acerca de este caso y cosa, cuando el Hijo de Dios, desde el sepulcro en que le puso José de Arimatea, se fué de escurribanda al seno de Abraham á dar suelta á los santos que allí estaban por siglos, mano sobre mano, aburridos y amolinados, en expectativa de esta última y definitiva aventura evangélica, que pudiera titularse *la batuda inferna por todos los artistas de la compañía*, como dicen en los circoes ecuestres. Además, consta que un tal Zebeno, obispo de Eleuterópolis, más de cuatrocientos años después de muerto Miqueas, inventó los huesos de este profeta, por revelación que le hizo Dios en una noche de cabrante para que los católicos puedan hartarse de rezar á este santo, sin desprestigio de su gravedad de borregos místicos.

He insinuado que Miqueas pertenece al grupo de los buenos escritores proféticos. Ya en el primer capítulo nos lo prueba, escribiendo esta palabra, digna de Isaias, para anunciar la destrucción de Samaria:

«Y todas sus estatuas serán destrozadas y todas sus dádivas quemadas en fuego, y destruiré todos sus ídolos: porque se han recogido del precio de la ramera, y en paga de la ramera se tornarán.»

Está bien esto de que las dádivas de los templos son precio de la ramera, que en paga de la ramera se tornarán, y parece profetizado de la

corona de una virgen del Carmen, que yo me sé y me callo, regalo de una aristocrática adúltera con multiplicados adulterios, y robada que fué por un exsacristán, para rendir con el precio á cierta moza de buten, á quien inútilmente cortejó antes con las pequeñeces que arrapaba de los cepillos y de las vinajeras.

«Sobre esto planiré y daré alaridos: andaré »despojado y desnudo»: añade el buen Miqueas. Yo, menos exaltado y más práctico, me contento con haberme reformado á mí propio, tirando al arroyo toda religión positiva y aconsejando á mis compatriotas, y aun á los extranjeros que hagan otro tanto; pues mientras haya curas de por medio entre Dios y el hombre, la explotación de éste es segura y el vilipendio de aquel indefectible.

En el capítulo II decae miserablemente el profeta, repitiéndonos lo que quince otros nos dicen en variadísimos tonos: esto es, que Dios, después de destrozar á sus hijos por mano de los caldeos, rebuscará las reliquias de ellos, para ponerlas en la espetera del mundo por medio de su unigénito, que les enviará para que se le crucifiquen como á un bandolero. Y como esto se ha repetido tantísimas veces, al fin los católicos se lo han creído, ni más ni menos que le pasa á un amigo mío andaluz con las mentiras que inventa. A fuerza de repetir las y esforzarse en hacérselas tragar á los demás, concluye por tragárselas él mismo. ¡Oh, vieaventurado varón!

«Y se avergonzarán los que ven visiones, y »confundidos serán los adivinos: y todos cubrirán sus rostros, porque no hay respuesta de »Dios.»

Tomado así, como aparece, suelto y desgarrado del capítulo III en que se contiene, este versículo resulta puramente librepensador, y nada tendría que oponerle, si el buen Miqueas, aplicando á la profecía la ley del embudo, lo ancho

para él, lo estrecho para todos los demás, no nos dijese á continuación:

«Mas yo estoy lleno de fortaleza del espíritu »del Señor, de juicio y de virtud», palabras de un infatuado, que, haciéndonos reir á costa de su fatuidad, deben afirmarnos en nuestra opinión de que un profeta triunfante, ó verdadero, es lo mismo que uno de los otros por dentro, aunque un poco más afortunado por fuera.

Gatuperio profético.

Los versículos I, II y III, del capítulo IV de Miqueas, son exactamente los mismos, palabra por palabra, que hemos leído en el capítulo II de la profecía de Isaías. ¿Qué quiere decir esto? ¿Que Miqueas fué posterior á Isaías? Bueno. ¿Pero que nos importa este detalle cronológico?

En esos tres versículos, que empiezan con esta palabra eminentemente profética, y *acaecerá*, es donde los clérigos encuentran más claro y explícito el anuncio de que Jerusalén, quiere decir, el Cristo, que de ella había de salir, reinaría perpetuamente sobre todas las naciones de la tierra por tiempo indefinido en perpetua paz. Pues bien, la prueba evidente de que esta profecía no es obra de un hombre, fuese Isaías ó Miqueas, sino la opinión de un pueblo obcecado, es que, mudadas las palabras, la hallamos en libros anteriores y posteriores al tiempo en que éstos vivieron. Y la contraprueba de que jamás se entendió como la entienden los católicos, quiere decir, aplicable al reino del Evangelio ó del Dios-Cristo, es que Miqueas, con menos trastienda, que Isaías, nos explica lo que esta profecía significa. La estampa, en efecto, y pasa á comentarla en la forma siguiente:

«Porque todos los pueblos andarán cada uno »en el nombre de su Dios: mas nosotros andaremos en el nombre del Señor-Dios nuestro para »siempre y más allá.»

¿Se quiere prueba más clara de que la profe-

cia se refiere á la dominación de los judíos desde Jerusalén sobre los pueblos de alrededor, y que para nada reza con lo de universal religión la religión de Jacob?

Pues allá va.

Dice Miqueas: «Y reservaré para residuos á la que cojeaba (esta que cojeaba es Jerusalén), y á la que era afligida para formar un pueblo robusto: y reinará el Señor sobre ellos en el monte de Sión, desde ahora y hasta en el siglo.»

Parece imposible que la Iglesia romana haya acogido en su *Biblia* estas cosas; pues con sólo leerlas y meditarlas un poco los católicos, caerán de su asno de la infalibilidad pontificia, pues Sión es Jerusalén y no Roma, y el Mesías, que se dice profetizado, un caudillo del pueblo judío que recoge sus residuos dispersos en extrañas tierras y los restablece en la propia.

Pero afortunadamente, los católicos no leen, ni menos meditan, y si por acaso lo hacen, es bajo el patrón clerical, que equivale á una albarda.

Ahora serás destruida, hija de ladrón: He aquí el piropeo que dirige Miqueas á Jerusalén. Mas si con la gran ciudad se muestra tan severo y áspero, en cambio pone en candelero á una pequeño y desconocida aldea. Véase la morrocotuda profecía.

Y tú, Bethlehem Ephrata (ó sea Belén en castellano limpio), «pequeña eres entre los millares de Judá: de tí me saldrá el que sea dominador de Israel, y la salida de él desde el principio, desde los días de la eternidad.»

Estos días de la eternidad, que tienen pelos como las ranas, son un decir que en nada empañan la gloria profética de Miqueas, el sólo, el único, el exclusivo depositario de Jehová, en cuanto al gran secreto de la geografía teológica, ó sea el pueblo en que el Mesías habla de nacer.

Belén Efrata, un pueblecillo así como Nava-

conejos ó Zamarramala, fué el designado por Jehová para el gran gatuperio ginecológico, al decir de Miqueas; y tan en serio lo tomaron los rabinos, que cuando Jesús andaba por el mundo disputando con los fariseos, alegáronle ellos este texto, para confundir al nacido en Nazareth. Los católicos, más avisados que el fundador de su religión, y más enterados del librote de Miqueas, para untar con tocino los argumentos farisáicos cuando más adelante escribieron los Evangelios, no se olvidaron de introducir en él á Herodes, el destripachiquillos, que con su decreto de degollina hace á San José y á María huir á Egipto y pasar por Belén, donde, acometida la madre de dolores de parto, nace el hijo en un pesebre.

Lo que Miqueas no puntualizó, fué la perpetua virginidad de la fugitiva, ni siquiera la preveía; pues dice sencillamente:

Por esto los abandonará hasta el tiempo en que parirá la que ha de parir, sin meterse en honduras virginales; cosa tanto más chocante, cuanto que se trata de un copista de Isaías, que en esto de la *inmaculada* hizo hincapié.

He dicho que Mequías fué un profeta de recámara. Lo de Belén bastaría para probarlo; pero quiero poner otra profecía, que todavía le da á ésta quince y falta.

«Y serán los residuos de Jacob entre las gentes en medio de muchos pueblos, como el león entre las bestias de la selva, y como el cachorro del león entre los hatos de las ovejas: que cuando pasare, y hollare é hiciere presa, no habrá quien se la quite.»

¿No están transparentándose en estas líneas esos centenarios de Rotschids, esparecidos por las capitales de Europa, que do quiera que ven una onza de oro la atrapan, donde vislumbran un negocio se quedan con él, y por donde pasa una peseta allí se colocan ellos de aduaneros

para pellizcarla 35 céntimos? Pues si ello es así ¿qué me ha colocado la Iglesia á Miqueas entre los profetas chicos, cuando va resultando el más todonte del género? Porque la Iglesia no sabe hacer una sola cosa á derechas, sino es sacar dinero, que lo saca á tuerlas también.

Aunque acostumbrado á las enormidades bíblicas, se me hace demasiado fuerle esta palabra de Miqueas, para pasarla en silencio:

«Oíd lo que dice el Señor: Levántate y disputa en juicio con los montes, y oigan los collados.»

Protesto de que si á mí se permitiera Jehová, ó cualquier otro dios, enviarme á ponerles pleito á los montes y suscitales querellas á los cerros, le hubiera enviado noramala, aunque hubiera tenido que sufrir, como Jonás, la incomodidad de vivir tres días seguidos en la tripa de una ballena.

A esta enormidad retórica siguen tres versículos en que el Evangelio y el cristianismo todo entero se continúan.

Helos aquí, para vergüenza eterna de católicos faranduleros, y de la turba multa de filósofastros que se llenan la boca de viento, para repetir esas sandeces de que hasta Pilato azoló á Cristo nadie conoció en el mundo la verdadera Religión y la única moral digna de respeto:

«¿Qué cosa digna ofreceré al Señor? ¿doblaré la rodilla al Dios excelso? ¿por ventura le ofreceré holocaustos, y becerros de un año?

«¿Pues qué, puede el Señor aplacarse con millares de carneros, ó con muchos millares de gruesos machos de cabrío? ¿le ofreceré mi primogénito por mi maldad, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma?

«Te mostraré, ó hombre, lo que es bueno, y lo que te demanda el Señor: Esto es, que hagas justicia, y que ames la misericordia, y que camines solícito con tu Dios.»

Haz, pues, justicia, bobalicón de católico rutinario; ama la misericordia, y déjate de misas y de sermones, de confesonarios y sacristías, de hostias y bulas, de curas y de chantres, de monjas y de frailes; porque todo eso holocaustos son, pero no son la religiosidad que te pide el profeta Miqueas, del mismo modo que te la pidió el profeta Isaias. ¿No quieres obedecer la palabra de Dios? Pues otra más clara no consta en la *Biblia*. ¿Algo bueno habíamos de sacar de este librote!

Concluye Miqueas su libro con elocuentes gritos de dolor y sublimes palabras de consuelo. Al buen hombre le tocó vivir en unos tiempos tan miserables, que comparados con ellos, hasta estos aburridos días de Sagasta (en que he visto respetuosamente descubrirse á uno que blasona de patriota y de españolismo, y es monárquico de oficio, ante el coche real que pasaba por la calle de Alcalá, llevando sobre sus mullidos almohadones á Cristina de Hasburgo y á Enrique de Hohenzollern), son una especie de dorada edad.

«No os creais del amigo—dice el pobre Miqueas—ni os fieis en el caudillo: de aquella que duerme en tu seno guarda los conceles de tu boca. Porque el hijo ultraja al padre, y la hija se levanta sobre la madre, la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre son sus domésticos.»

A un hombre que vive entre tales canallas, debe dispensársele el ser profeta, y hasta creer en un Dios vengador de tanta maldad; como se le debe dispensar que se vuelva á ese Dios, y exclame:

«¿Quién es, ó Dios, semejante á tí, que quitas la maldad, y olvidas el pecado de las reliquias de tu heredad? No enviará más su furor, porque es amador de misericordia. Se tornará y tendrá misericordia de nosotros; ¡sepultará

«nuestras maldades, y echará en los profundos del mar nuestros pecados.»

También yo espero, sin ser profeta, que arrojados á los profundos del mar tantos oprobios como me toca presenciar en esta pobre patria, saqueada por las sabandijas monárquicas, luzca un día sobre ella el sol de la República para alentarnos los buenos (¡viva la modestia!) y echar fuera la morriña que nos abrumba, viendo á los generales que se sublevaron ayer, defendiendo hoy la disciplina que les asegura á ellos la paz y á nosotros el orden, que se traduce en palos que llevamos y robos de que somos víctimas.

CCXVII

LA PROFECIA DE NAHUN

Bajo el nombre de Nahun, topo con tres capítulillos proféticos, en que la *Santa Biblia* tiene la pretensión tontísima de describirnos la toma, saco y ruina de Ninive, con Sardanápalo, haciendo de lechoncillo tostón, quemándose á fuego lento en su palacio.

Nadie que quiera enterarse del famosísimo suceso, lo conseguirá leyendo este libraco *santo*; pero acudiendo á dos historiadores *diablos*, uno judío y otro pagano, Josefo y Estrabon, el más topo aprenderá cómo, cuándo y por qué la grande Ninive cayó, por fin, en manos de sus enemigos; con lo cual queda plenamente demostrado, que el que acude á la *Biblia* para aprender, es tan bobo como el que acude á los sermones del padre Manterola, predicador trahumante, para oír cosa de sustancia.

Pues habiéndome avisado días pasados un amigo, de que ese canónigo, que nunca llega á obispo, la iba á tomar con los librepensadores; caí en tentación de meterme en la iglesia del Carmen, y... en efecto, me hallé á Manterola

enfangado hasta los codos en la harina del pan azimo, para demostrarle al público que en la hostia y el cáliz, tras los pases, cruces y palabrillas del oficiante, no hay tal pan, ni tal vino, ni tales carneros, sino la carne y huesos, uñas y pelos de Nuestro Señor Jesucristo, mozo hecho y derecho, como cuando se trabó á filosofar junto al pozo con la aguadora samaritana. Oído lo cual, diciendo para mi capote:

—El daño que tú nos hagas, que me lo claven ahí

(y señalaba parte que no nombro), salí del santo templo, donde todo el que estime en algo su pellejo debe permanecer el menos tiempo posible, pues el mejor día cae á plomo sobre las cabezas de los *feligreses*. ¡Tan cuarteado, agrietado y desvencijado anda el catolicismo por aquellas mamarrachescas latitudes arquitectónicas!

Dejando al canónigo perdurable que continúe predicando de la socorrida materia de los misterios, volveré al otro que tal de Nahun, para decir que era paisano de San Pedro, quiero decir galileo, que era lo menos que podía ser un judío; pues tenía Galilea tan mala fama para profetas, como aquí las Batuecas para *tomadores del dos*, y además gente maleante por exceso de agudeza. Además de Galileo, Nahun vino á ser la fe de erratas del cascarrabias de Jonás, y la contraprueba de la sandez de Dios, que perdonó á Ninive por el ayuno de las bestias de carga, para perderla á los veintico años á causa de los pecados de los hombres.

Retratos de cuerpo entero que Nahun hace de Dios Padre.

1.º «El Señor es un Dios celador vengador: el Señor vengador, y se arma de saña: el Señor vengador de sus adversarios y el que guarda su ira para sus enemigos.—El Señor marca el vientre la tempestad y el torbellino, y debajo de

»sus pies nubes de polvo.—El que amenaza á la »mar, y la seca: y el que todos los ríos convier- »te en un desierto.—Ante la faz de su indigna- »ción, ¿quién subsistirá? y quién resistirá la »ira de su furor? Su indignación se derramó »como fuego: é hizo se hendiesen las peñas.

2.º »El Señor es paciente, y de gran poder.— »Bueno es el Señor, y confortador en el día de »la tribulación: y que conoce á los que en él es- »peran.»

De estos dos retratos, uno en blanco y otro en negro del mismo personaje, trazados en el mismo capítulo por la misma mano, advierto al lector que puede elegir el que más le guste, aunque el segundo no produce absolutamente dinero alguno. El que lo produce es el otro, y por eso le tienen monopolizado los clérigos. Dios es terrible, dicen; daca tu dinero para que se aplaque, porque también es misericordioso. Sobre esta sencillísima truhanería descansa toda la balumba teológica.

El más desastrado de los historiadores, tratándose de la toma de una gran ciudad, diría: el año tal, sobrevinieron tales gentes, en tal número, armadas de esta manera, bajo la conducta de cual rey, emperador ó general. Cercaron la ciudad por tanto tiempo, combatieronla de tal modo, la asaltaron en esta forma, y, por fin, la tomaron tal día, y la saquearon ó incendiaron, llevándose cautivos sus habitantes. Pues bien, los profetas no dicen nada de esto, sino que se satisfacen disparatadamente cuanto pueden, con más ó menos poesía. Ejemplo Nahun, que describe así la toma y saqueo de Ninive:

El escudo de sus valientes es de fuego (cas- pina! tendrían estos valientes que agarrar sus escudos con tenazas), sus guerreros con ropas de púrpura (de tan antiguo data la moda mili- tar inglesa); las riendas de sus carros de fuego (latizal) en el día de la reseña, y sus cocheros

adormecidos. (Vamos, lo mismo que nuestros simones.

«En sus marchas perdieron el orden: los ca- »rros dieron unos contra otros en las plazas: la »vista de ellos como lámpas, como relámpagos »que van de parte á parte.

Estos ejércitos que marchan en desorden y estos carros que se dan de testarazos, advierto que son babilonios, para que nadie extrañe que anden tan torpejonamente.

«Se acordará de sus valientes, se precipitarán »por los caminos: denonadamente escalarán sus »muros, y se aparejará la cubierta.»

Las lámparas del versículo anterior, conver- tidas en candeleros, harían mucha falta para entender éste. Digo mismo del siguiente:

«Se abrieron las puertas de los ríos, y el tem- »plo derribado hasta el suelo. Y el soldado fué »llevado cautivo: y sus siervas eran llevadas gi- »miendo como palomas, lamentándose en sus »corazones. Y Ninive como estanque de aguas »las aguas de ella.»

De no parecer Ninive entre este fárrago de palabras huecas, ¿quién podría sospechar que de lo que aquí se trata es la toma de esta gran ciudad por los babilonios?

Nahun, á lo último, habla un poco más claro. «Heme contra tí, dice el Señor de los ejércitos, »y descubriré tus ignomias en tu cara, y mos- »traré á las gentes tu desnudez.» Este Señor que grita, heme aquí contra tí, es el propio Señor que veinticinco años antes le decía á Jonás: «¿ontín, cómo quieres que no perdone á Ninive, teniendo tanta gente? Me ha costado tanto criar- la, que destruirla, ahora sería una brutalidad in- justificable.

Ahora es el celoso, antes era el manso y dulce, siempre oscilando, como nuestros integros y mestizos, entre la barbarie y la bajeza. Pero lo más chusco del caso es que Jehová actúa aquí

de terrible en beneficio de sus judíos, para romper (frase bíblica) las cadenas con que los amarraban los ninivitas y quebrar las varas con que los rompían el espinazo. Tomada la ciudad, cualquiera pensaría que los judíos quedaron libres. Pues nada de eso: sólo cambian de amo, de carcelero y de apaleador: porque la suerte constante de los *hijos de Dios*, fué ser abofeteado por los hijos del diablo.

Con lo cual doy por suficientemente comentado á Nahum, ¡un pobretel! á quien la iglesia católica no se ha dignado canonizarle siquiera, y eso que nació en la tierra de María Santísima, que no es Andalucía como dicen los andaluces, sino Galilea; pero no la Galilea de la Rioja, donde hay cada pimiento y cada moza que al más frígido le encienden, sino la Galilea de las gentes, donde pescaba truchas San Pedro, no á bragas enjutas, como sus vicarios de Roma, sino remojándose de la cruz á la boca los calzones.

CCXVIII

LA PROFECIA DE HABACUC

Ni se sabe donde nació, ni se sabe cuándo echó á profetizar este visionario, cuyo nombre huele á moruno que trasciende. Pero esto no le hace. La Iglesia le tiene canonizado, no sólo en sus escritos, sino también en sus huesos, que diz fueron inventados en Ceila, allá cuando el emperador Teodosio andaba haciéndole el caldo gordo á los presbíteros.

En este Habacuc se han roto la espinilla, á fuerza de tropezones, unos cuantos comentaristas, á propósito de si es el mismo que le llevó en volandas de comer á Daniel á la cueva de los leones, ó si no lo es. Lo único cierto que hay en el asunto es que todos ellos disparataron lindamente y que San Jerónimo, ejerciendo de doctor Garrido, curó á la Iglesia el cáncer que tales dis-

putas le producían, cortando por lo sano, quiero decir, que resolvió el pleito sentenciando que Habacuc llevó la escudilla á Ezequiel, pero que lo hizo en tan respetable ancianidad, que al pobre hombre se le caían de puro viejo los calzones. ¡Buena disposición para un viaje tan largo por encima de las nubes!

Comienza Habacuc su carrera profética quejándose amargamente á Jehová de haberle hecho nacer tan pronto, para no ver á su alrededor sino violencias y maldades; y á juzgar por este rasgo podría calificársele de hombre de talento; ¡pues quién es el mentecato que no quisiera aplazar la existencia para más adelante! ¡Quién el que vive á gusto bajo esta regencia sagastina, llena de latrocinios y picardías, teniendo delante de los ojos con la esperanza esa hermosa y honrada República porque suspiramos? ¡Quién el que no elama y manotea leyendo las sentencias del Supremo, que empluman 60.000 duros de multa á la acción popular, cuando con sólo que los asesinos de doña Luciana Borcino hubiesen retrasado unos pocos meses su hazaña, hubiéramos visto á esos incógnitos caballeros temblar y sudar el quilo ante el Jurado, y no reírse en la sombra del misterio de los periódicos asociados? Todo bien está adelante, como dijo Habacuc, por más que el bueno de Jorge Manrique escribiera:

Como á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

contradicción que, ó me tacha de herejía al poeta, ó me califica *al profeta* de tonto; por lo cual paso sobre ella como Santa Cunegundis pasaba sobre el hierro rusiente, quiero es, de prisa y corriendo.

Dicho esto, Habacuc pasa á describir la razía que Nabucodonosor había de hacer en Judea, y aunque la describe en enigma, como es uso profé-

tico, pone los pelos de punta, como los tiene un pobre amigo mío, rentista él, desde que se ha enterado que las masas obreras, que andan en huelga, piden la reducción de la jornada á solas ocho horas de trabajo. Pues como él no trabaja una ni ninguna, teme, y no sin razón, que cuando no perciba su renta de bóbilis bóbilis, va á tener que agarrarse á un oficio, ó morirse de hambre, ó echarse á pedir una limosna.

Enjaretadas unas cuantas tonterías, que ni los honores merecen del comentario *pourrire*. Habacúc se pone á rezar, con lo que halla pretexto para seguir tonteando. Porque ¿qué es, sino es una tontería, esta frasecilla: *Dios vendrá del Austro, y el santo del monte de Farán?* Y esta otra frase: *Delante de su rostro irá la muerte: y saldrá el diablo delante de sus pies*, ¿qué es, sino es otra tontería? Para rezar de esta manera más le valiera al buen Habacúc *estar duermes*, como al pajarillo de la copla, á quien por cantar frieron en la sartén.

De todas suertes, bueno es que conste que el señor diablo es una especie de bufón ó enano, que le sale á Jesucristo de entre los pies y va por el mundo adelante bailando jotas y fandangos.... y haciéndoselos bailar también á los demás.

Frases de esta oración de Habacúc que recojo, con la buena intención de rememorárselas al pobre de D. Emilio Castelar, para cuando, recorriendo el ciclo oratorio, se meta á fraile predicador, que ya parece que está cerca, con gran regocijo de mi ánima, que no faltará á sus sermones, para recoger de ellos los innumerables motivos de risa de que imprescindiblemente habrán de estar adornados.

Se paró y midió la tierra. Por aquí Dios, podríamos decir es un agrimensor, ó si á mano viene, un ingeniero; mas no vaya á imaginar el lector indiscreto que las medidas de la tierra

fueron conocidas hasta que el siglo pasado unos cuantos hijos del diablo, franceses en su mayor parte y revolucionarios, la tentaron las costuras y sacaron que tiene ¡la muy tonta! cuarenta mil kilómetros de cintura.

Valga la noticia, para que cualquier aficionado á viajes, que no tenga dinero, se de veinte mil paseitos de ida y vuelta, desde la puerta del ministerio de la Gobernación á la fuente Cibeles, por la calle de Alcalá, con lo cual podrá decir muy orondo, y dirá una gran verdad con una gran mentira: he dado la vuelta al mundo.

Fueron reducidos á polco los montes del mundo.

Ni me entiendes ni te entiendo:

Pues cádate que soy culto.

Se encorvaron los collados del mundo. Idem del culteranismo inteligible. *El sol y la luna se pararon en su estancia.* Esto es muy cuco, ver el sol con su señora metiditos en casa, huyendo de belenes y camorras.

Con lo cual y otras no menos estupendas noticias de Dios Nuestro Señor, acaba este sainete de Habacúc, profeta chirle y viajero á lo Julio Verne.

CCXIX LA PROFECÍA DE SOFONÍAS

Vivimos en un mundo de puro engaño, tan pariente de la estafa que por poco que descurrieran los *Isidros* que á bandadas han acudido á presenciar las ofrecidas fiestas de Mayo, hallarían motivos sobrados de entablar demanda criminal contra el excelentísimo Avuntamiento que preside aquel Melladito que entre republicanos no pasó de un modesto redactor de periódico, y á los monárquicos de la restauración les viene ancho para alcalde de Madrid.

Porque sucede con las cacareadas fiestas lo

que con el republicanismo de Castelar; es decir, que por más que se le busca, no se le encuentra sino es ejerciendo de ama seca de la regencia, saliendo al quite de Sagasta cada vez que este alanceador de embolados cae al descubierto y puede recibir una cornada. Y si, por acaso, á algún *posibilero* le pareciera irreverente la *comparanza*, podríamos decir que así como la gracia de las fiestas no parece, tampoco parece la punta de la *Profecía de Sofonías*, reducida á la repetición insulsa é indigesta de las barrabasadas y fechorías que, por orden de Jehová, harían los caldeos en Judea cuando bien les pareciese.

Como la cosa no tiene pie ni cabeza, y además este profeta chico carece de toda originalidad, no hay medio de sacar de ella risa para un cuarto de hora, ni comentarios para un misero artículo. á menos de dejar á un lado el argumento y fijarnos en los dicharachos sueltos que se le escaparon al profeta.

Ved cómo escribe:

Yo juntaré por entero todas las cosas de sobre la haz de la tierra, dice el Señor.

Ahora bien, ¿para qué crearán ustedes que el pobre Jehová, ejerciendo de pavoro, ha de ir por toda la haz de la tierra reuniendo toda clase de bichos?

Pues sigan ustedes leyendo.

Juntando al hombre, y la bestia, juntando las aves del cielo, y los peces del mar.

¡Los tienen ya ustedes todos reunidos! ¡Sí! Pues ahora verán ustedes lo que sucede.

Y exterminaré á los hombres de la haz de la tierra, dice el Señor.

¡Caramba con el mozo! ¿Para qué el trabajo improbo y molesto de la congregación? Con haberlos ido exterminando en el camino, se evitaban sudores y cansancios. Aquí te pilló, aquí te fusiló, como decía Zumalacárregui, debía de haber sido su divisa.

A pesar de estas bravatas, no crean ustedes, sin embargo, que la *razzia* sea cosa de cuidado, ni el exterminio negocio de cuantía. Unos cuantos palos que los babilonios descargaron sobre los israelitas liquidó la profecía, en que el exterminador del primer capítulo aparece en el tercero diciendo:

Y dejaré en medio de ti un pueblo pobre y menesteroso.

Cuyo pueblo se multiplica luego bajo la cornuda forma de borregos de Cristo en número infinito de incautos por infinito número de siglos de necedad humana.

Necedad que llega al extremo de tener canonizado por profeta al que escribió lo siguiente:

Rey de Israel, el Señor en medio de ti, nunca más temerás mal.

La vez primera que yo leí este *nunca más*, pedí noticias á la Agencia Havas sobre la salud del actual rey de Jerusalem, y como me contestasen telegráficamente que dicho rey hace la friolera de veinte siglos que ni sufre ni padece, por la sencilla razón de que no existe, decidí considerar profecías á cualesquiera disparates que oigo ó leo, con lo cual me va perfectamente, tan perfectamente que todavía no me ha marrado la cuenta una sola vez en veinticinco años.

Oía yo por 1865 á los profetas del moderantismo que se había cerrado para siempre la era de las revoluciones, pues toda libertad racional había sido y era satisfecha por la sabia constitución de 1845, lealmente interpretada por la piadosa Isabel, y... en efecto, al poco, la piadosa Isabel había pasado la frontera, huyendo de la chamusquina revolucionaria, que abrasó la Constitución reformada.

Oía yo también á los predicadores en sus pulpitos, que esta católica tierra de España nunca jamás abriría sus puertas á la heregía, y, que de abrirlas, aquí la heregía como planta exótica

moriría irremisiblemente. Y... en efecto: hoy las heregias florecen que es una bendición de Dios verlas tan lozanas, con la circunstancia agravante de que el librepensamiento, ejerciendo de serpiente de Araón, se las va tragando á todas, juntamente con la santa madre Iglesia que las ha parido.

Oigo yo ahora á los profetas que, aprobado el sufragio universal de Sagasta y estando allí el bueno de Lopez Dominguez dispuesto á resucitar su reformismo, si le hiciera falta para adornarse la levita con el tercer entorchado, pensar en revoluciones y hablar de República es pensar bobadas y hablar de la mar y sus arenas, y aunque Castelar, ejerciendo de diácono consagra estas profecías, tengo para mí que estos profetas sagastinos y lopezdominguistas son como los otros, y que la dicha era de las revoluciones está ahora más florida que nunca, pues aún no se han acabado las politicas cuando ya vienen de camino las sociales al trote largo, dando una carga monstruo que nos va á obligar á todos á reobiar el paso.

Respecto á heregias, basta entrar en la iglesia y oír un sermón, para convencerse de que á fin de siglo la propia Iglesia romana va á contagiarse; pues para entonces supongo que ya se habrá fugado el papa de su cárcel del Vaticano é idose á cualquier parte, obligando á variar el inmutable *Credo*; pues considero yo que, cuando resida el Pontificado en Alcorcón, pongo por caso, será una herejía rezar aquello de Católica, Apostólica, Romana, y lo ortodoxo será decir católica-apostólica-alcorconera.

Lo cual que podría ser el cumplimiento de alguna profecía, porque *cor cor* hacen los cuervos, y cuervos llaman á los curas en Alcorcón. ¿Será este pueblo aquella ciudad mística del apocalipsis?

Pudiera ser; porque una tierra buena para

ollas no puede ser mala para presbíteros, que por aquello de que donde tiene el hombre su tesoro allí tiene su corazón, deben tenerle en un puchero.

CCXX

LA PROFECÍA DE AGGEO

Destruida Jerusalem, arrasadas sus murallas, incendiado el Templo de Salomón, parecía que los judíos, llevados cautivos á Babilonia, habían acabado para siempre.

Pero como estos mozos son duros de pelar, constituyendo una raza admirable, tan inteligente como sufrida, supieron encontrar en su desgracia fuerzas patrióticas que los guardaron incólumes. La fe religiosa, que es una gran chifadura fuera de sazón, fué en aquella ocasión la que obró el gran milagro de conservar un pueblo disperso en tierra extraña y objeto de las más rigurosas persecuciones.

Ciro los dió permiso para volver á su tierra, reedificar la ciudad y restaurar el Templo. Ellos aprovechando el buen humor del déspota, tornaron á Judea, presentando el espectáculo sublime de una nacionalidad que surge del sepulcro, regenerada en la desgracia.

No dirán los señores rabinos que lean estas palabras, que desconozco las grandes cualidades de la raza israelita de puntiagudas orejas y aquilinas narices, ni escaseo las alabanzas de las cosas buenas que en el mundo ha hecho la familia de Jacob, desde Moisés á Spinoza.

Empero, quizás le desagrade la verdad completa, que me exige declarar que, tan pronto como volvieron á la tierra, volvieron á las disputas teológicas que han sido su perdición y á las querellas y rivalidades de partido que, juntamente con su insufrible pretensión de ser los elegidos de Dios, y los depositarios únicos de las

confidencias de este buen señor, fueron al poco causa de su total y definitiva ruina y aniquilamiento como nacionalidad.

Estos vicios se ponen en evidencia en la *Profecía de Aggeo*, un buen muchacho nacido en Babilonia que subió á Jerusalem, en donde se puso al habla con Dios reloj en mano, para que constase todos los siglos, el año, el mes, el día, la hora y el minuto preciso en que el grande Jehová le sopló la oreja.

Veía Aggeo con dolor que el Templo, empezado á reconstruir, había quedado empantanado por necias querellas ó cobardes temores, y cargándole en cuenta — como era de rúbrica — á Jehová el consejo, — se plantó delante del príncipe Zorobabel y del sacerdote Jesús, increpándoles duramente por el abandono de una obra que significaba la propia existencia de la ciudad, en lo que no iba descaminado; pues sin la chilladura religiosa, ¿qué serían los judíos, aparte de ser por naturaleza acaparadores del dineror?

El discurso de Aggeo es sustancioso y va derecho al corazón. Hace, en efecto hablar á Jehová el siguiente lenguaje, sumamente lógico en boca de un Dios envidioso y celosón.

«Decís que no es llegado el tiempo de reconstruir mi casa; pero yo veo que sois unos solemnes tunos, pues no os falta ni tiempo ni dinero para fabricar las vuestras, con recamados techos de artesón y enlucidas paredes. Y siendo así que á mí me lo debéis todo, sería yo un manbrú y no un soberano, si no os diese á elegir entre fabricarme el Templo, donde moro holgadamente, y nuevas palizas que os deslomen y os dejen más tronados que arpa vieja. ¡Eal pues; manos á la obra, ó empuño el látigo.»

Jesús (no el Cristo) y Zorobabel comprendieron que Aggeo llevaba razón, y sin levantar mano siguieron la construcción del Templo, que

resultó muy bonito, pero no tanto como el antiguo, levantado por Salomón.

Si á esta profecía de Aggeo se le sacara punta, ¿qué fácil sería aplicársela á ciertos caballeros, que en todos los partidos, bien hallados con sus personales comodidades, gritan: no es tiempo todavía, aún no ha llegado la ocasión, las circunstancias no son propicias, siempre que se trata de arrimar el hombro á la obra sagrada de la fábrica que esterioriza la idea madre de la asociación!

Mas como no estoy en vena de afilador, dejaré la cosa roma, y dejaré también zumar á ciertos moscardones de la evolución y del oportunismo, del centro equidistante de todos los compromisos y de la cuquería colindante con todos los aprovechamientos, hasta que sea ocasión de andar con ellos á escobazos, como insectos ni mielíferos ni venenosos, más simplemente tontones que son, é inútiles para todo lo que no sea llenar de viento pellejos de asno, que le vaya soltando filosóficamente á sueldo, poco á poco y por indigestiones sucesivas.

Aggeo, que vió construido el Templo y notó su poca gracia arquitectónica y su mediano arreo, procuró consolar á los que, habiendo conocido el antiguo, soberbio y espléndido, miraban el nuevo con lástima, recabando de Dios omnipotente en tal día, de tal mes, en tal año, un flambre profético, en que aparece Jesucristo con el mote de *Deseado*, viniendo á la nueva casa, que con esto había de adquirir nombre más famoso y gloria más sólida que la antigua.

Este mote de *El Deseado*, con que Aggeo designa al Mesías, me recuerda al célebre *Narizotas*, ó sea Fernando VII, que fué también *El Deseado* de los españoles, como Jesucristo fue, al decir de Aggeo, *El Deseado* de los judíos.

Ambos *Deseados* vinieron al cabo, pero uno y otro para duelo y quebranto de los que los desea-

ron; pues así como Fernando trajo aparejadas la vergüenza de la patria, la burla de la libertad y del absolutismo, la guerra extranjera, la guerra civil, la pérdida de las Américas, la ruina universal y los estacazos interminables, Jesucristo trajo á la rastra el incendio del Templo, la ruina desolación de Jerusalén, la esclavitud y dispersión de los judíos, la guerra familiar la guerra civil, la guerra extranjera, la guerra social, el deguello á diario, la horda permanente, las disputas entacozas, los frailes puercos, los incuos inquisidores, las monjas andariegas y los curas de misa y olla, compendio y suma de toda humana calamidad.

De lo que deduzco que, si los buenos españoles de principios del siglo hubiesen sabido la que les esperaba con su *deseado* Fernando, antes que á él hubieran coronado á un toro de Miura, y que, si el buen Aggeo, como verdadero profeta, hubiera adivinado siquiera una millonesima parte de los daños que la venida del Mesías había de traer a los judíos y á los que no lo somos, así le hubiera *deseado* como yo un pedrisco en campo abierto.

Consecuencia; que el poner motes á los reyes y á los mestas es sumamente peligroso, porque á lo mejor te caen al que los pone de punta sobre la coronilla.

CCXXI

LA PROFECÍA DE ZACARÍAS

¿Sabes, lector, lo que es una sociedad de bombo mútuol?—Pues, si por si acaso lo ignoras, no tienes más que pasarte por cualquier círculo científico ó literario al uso de neo-católicos ó conservadores, y oír media docena de soporíferos discursos, en que cada orador, piropeando á los *ilustrados preopinantes*, se despide del auditorio guardando los pipos de los que hablarán des-

pues. De creer á semejantes *ilustraciones*, podrías imaginarte estar en una academia de sabios; mas de exprimir sus discursos, no sacarías de ellos sustancia para un vaso de horchata, en el supuesto de apreciar sus arrugadas argumentaciones en chufas, tan amadas de los valencianos.

Ahora bien, ¿por qué digo yo esto?—¡Para burla de neo-católicos al estilo de *Herraduras* ó conservadores del corte de Fabier—No señor; sino para honra y gloria del profeta Zacarías y del hijo de Dios, que á través del tiempo y del espacio se piropean de lo lindo, así misma como teológicamente; según se prueba por el Evangelio, en que Jesús nos enseña que á Zacarías le dieron catite entre el templo y el altar, y se comprueba por este libro que comento, en que Zacarías nos habla de Jesucristo como si, viviendo siglos antes de su venida, le hubiere conocido como á su propia mujer. Cristo llama á Zacarías justo, de donde ha deducido su canonización la Iglesia Católica: Zacarías llama á Cristo *El Oriente*, mote nuevo, sandunguero y expresivo, pero que ni ha prevalecido ni es de esperar que cuaje en los pocos años de vida que quedan á la chifadura teológica. Mas, como esto viene á equivaler á una profecía, indigna de mi buen sentido (y pase el bombo que me doy) me retracto de ella acto seguido, dejando á la bola religiosa que rueda por el insondable espacio hueco y vacío de las imaginaciones perturbadas, y vengo á mi cuento de Zacarías, que fué un judío, ingerto en babilonio, que se pasó la vida soñando.

Lo primero que en nombre de Dios anunció Zacarías al pueblo, fué lo siguiente:

Volveos á mí, y yo me volvere á vosotros, palabras tan propias de un Dios bragazas, que solicita rendidamente una mirada de su pueblo para deshacerse en lluvia de oro, como adecuadas

á la reconciliación de un matrimonio mal avenido, despues de varios dias de morro y algunas noches de dormir espaldá con espalda.

Tras esta morrocotuda introducción, Zacarias da cuenta del dia en que, reinando Darío Hytaspes, comenzo á ver visiones, las cuales fueron tantas y tan estrafalarias, que encuentro una pobreza de espíritu en la Iglesia católica el haber clasificado á este profeta entre los chicos, cuando le sobran sandeces y disparates á porrillo para ser contado entre los grandes.

De noche, y sin candil, ve al arcángel San Miguel, montado en un caballo bermejo, seguido de un formidable escuadrón de angeles, montados en caballos, rojos y blancos. Toda esta tropa se quedaba parada entre unos mirtos y con grandisimas ganas de charlar, pues á una pequeña insinuación de Zacarias, San Miguel le echaba un discurso enrevesado, en que mediante cuatro cuernos y cuatro ganapanes, que representan cuatro formidables monarquias y cuatro angelones disfrazados, le explica al profeta que Jerusalem le habia vuelto á caer en gracia á Jehová, y seria reconstruida y colocada en la espetera de las naciones.

Todas estas geringonzas tratan de explicarlas los intérpretes por medio de los asirios y los caldeos, los griegos y los romanos; pero como la cosa no tiene atadero, resulta la explicación todavía más cómica que la noticia y más ridicula que San Miguel á caballo, con grave peligro de rozaduras en sus arcangélicas posaderas.

Desaparece el escuadrón, que con toda propiedad puede llamar de migueletes, y entra en escena una especie de agrimensor, que lleva en la mano una cinta ó cuerda de medir, el cual, aunque parece un hombre, resulta un angelón aficionado al cálculo de longitudes y latitudes.

Este ángel, que es el de la guarda de Zacarias, habla con otro, que no es San Miguel, y de la

conversación deduce el profeta de las visiones que los negocios judíos habian de caminar prósperamente, y que el templo se habia de reedificar para honra primero y perdición más tarde de su raza.

Todos estos disparates, como los que comenté del buen Aggeo, se refieren al tiempo en que Jesús, sacerdote, y Zorobabel, principe, vueltos del cautiverio de Babilonia, enderezaban la actividad de sus zarandeados conciudadanos á la reconstrucción del Templo de Salomón.

Dicho esto, para más clara inteligencia de sandeces, presentaré ahora al susodicho Jesús como lo exhibe Zacarias, quiero decir, vestido de sucios andrajos entre San Miguel y Satanás, que se lían de palabras naturalmente injuriosas y mutuamente despreciativas, que oye el respetable sacerdote como quien oye llover, pues no dice oste ni moste.

Cualquiera que sea el juicio que yo tenga formado de Satanás y á pesar de la fama de listo que goza, debo declarar, en honor de la verdad, que en esta suprema ocasión el principe de las Tinieblas hace un desgraciadísimo papel al lado de su primo San Miguel, que viene rodeado de una mesnada de pajes y criados, á los cuales manda desnudar á Jesús y limpiarle, para colocarle despues una rica vestidura y ponerle una espléndida tiara.

Porque el nombre y la cosa misma que gastan los Papas en la cabeza en las grandes solemnidades, con grave peligro de aplastamiento de los sesos, es copia exacta, ó por lo menos bastante parecida, del ridiculísimo chirimbolo que usaban desde los tiempos del famoso Aaron los grandes sacerdotes judíos, con lo cual se demuestra que una cosa es el símbolo y otra muy diferente la cosa simbolizada; pues la tiara judía viene á ser la cornamenta del protervo Satán, en tanto que la tiara católica traduce el limbo de pura luz que

rodeaba la cara del Cristo cuando Judas le dió el beso célebre.

Dice el P. Scio, tratando de buey á Zacarías, que este soñador se quedaba largo rato *rumiando* sus visiones. Rumiado que hubo, pues, las dos anteriores, cual si fueran zanahorias ó remolachas, vuelve San Miguel á la carga con él, y le muestra un candelero de oro, cuya descripción exigiría más tiempo y paciencia que la descripción del mapa mundi.

Atónito Zacarías ante la balumba del candelero, en que la previsión divina había puesto hasta los olivos que habían de cosechar el aceite para las lámparas, comienza á preguntarle á San Miguel qué significan todas aquellas cosas juntas y cada una de por sí. El arcángel, á modo de *Cicerone*, le va ilustrando con tan claras explicaciones, que esta es la hora, á pesar de todos los intérpretes, que aun estamos sobre ellas á oscuras.

Sin rumiar esta visión, no obstante que los verdes olivos debieran incitarle. Zacarías entra en otra nueva, viendo volar un libro por los aires. ¡Pero vaya un libro éste, caballeros! Tiene nada menos que veinte codos de largo y diez de ancho, de donde infiero que debería necesitarse una buena escalera para leerlo. Luego ve un cántaro en que está sentada una mujer. Esta mujer, que ayudada de otras dos buenas mozas, se lleva el cántaro á tierra de Sennar, quieren los intérpretes que sea la Impiedad, á lo que no me opongo, por más que considero, que más fácil les hubiera á ellas sido romper el cántaro que hacer el viaje, con lo que todos hubiéramos ganado, si por acaso este estrafalario trono de la impiedad es cómplice de tan fea hijuela de las religiones.

En el orden de estos disparates, tócale el turno ahora á una especie de mascarada, semejante á la *Florida*, con que remató sus fiestas, no hace muchas noches, nuestro excelentísimo ayunta-

miento *del matute*, pues con este nombre será conocido en la historia de Madrid el que preside de real orden Andresico Mellado, ex-furibundo demagogo, y ex-compungido cofrade de San Vicente de Paul

De entre dos montes feroces, pues son montes de puro bronce, salen cuatro carrozas, que así pueden significar las cuatro Estaciones, ó los cuatro Puntos Cardinales, ó las tres hijas de Elena y su ilustre madre, como las cuatro grandes monarquías que vió Daniel en forma de cuatro bestias, que es á lo que más se inclinan los intérpretes, siempre torcidos del lado del bolsillo de los fieles católicos.

La primera carroza va tirada por caballos bermejós, ó rojos, que dicen en Aragón; la segunda por caballos de la Funeraria, ó sean negros; la tercera por caballos blancos, y la cuarta por caballos *manchados*, que dice Zacarías, y vayan ustedes á averiguar qué clase de berrendos sean.

San Miguel explica á Zacarías lo que estas carrozas y estos caballos iban buscando, así por el Norte como por el Mediodía, para concluir por hacer una magnífica corona, que ponen sobre la cabeza del sacerdote Jesús, y decir estas palabras enigmáticas:

HÉ AQUÍ EL VARÓN, SU NOMBRE ORIENTE que quieren signifiquen á Jesucristo profetizado, en lo que no veo inconveniente alguno de ninguna especie, dado que todos somos libres de reirnos cuando nos viene en gana hasta de las cosas más respetables, siempre que aparecen bajo un aspecto bufo.

Pongo por caso, este varón llamado Oriente, de quien dice textualmente Zacarías Y NACERÁ DE SÍ MISMO, que es, si bien lo examinas, lector discreto, el mayor camelo imaginable en un autor, aun cuando sea profético, dado que el reverendo padre Scio explica el infundio, manifestando que *Oriente nace de si mismo* como una planta brota

y crece por virtud de su raíz viva. Si brota de su raíz ¿cómo puede ser que nazca de sí mismo?

Averigüelo Orti Lara, y si no que lo averigüe fray Ceferino González, pero no de la Gonzalera, para distraer los ocios económicos, en tanto le pagan los miles de duros que tiene reclamados.

Aún se explaya y dilata extensamente el bueno de Zacarías por el vasto arenal de las profecías; pero no es del caso seguirle puntualmente en todos sus disparates, por lo que me limitaré a señalar los más garrafales á la admiración de los incautos católicos y á las risas de los discretos librepensadores.

Vámonos apuntando.

«Regocíjate mucho, hija de Sión, canta, hija de Jerusalem; MIRA QUE TU REY vendrá á tí justo y salvador: él vendrá pobre, y sentado sobre una asna, y sobre un pollino hijo de asna.»

Que me parece la más completa y acabada de las profecías conocidas, pues consta, en efecto, por los santos Evangelios de San Mateo y de San Juan, que Jesucristo entró en Jerusalem montado en una barra, para cumplir esta inspirada palabra de Zacarías, que ni siquiera discrepa en el sexo del animal. Lo único que algún burlón descreído pudiera objetar, es que Zacarías dice que Jesucristo entraría montado en la madre y en el hijo juntamente, en tanto que Mateo y Juan le montan en la madre, y, pareciéndoles suficiente cabalgadura, dejan al pollinejo que trisque y brinque á su antojo por donde bien le plazca. Comprendo que es una grave objeción, dado que el Espíritu Santo no inspiró á humo de pajas á nadie, pero no son menudencias éstas que en nada afectan á lo esencial del dogma? Sí, y puesto que aquí lo dogmático es la pollina, no nos metamos en averiguaciones de si fué ésta profetizada para dar autoridad al Evangelio, ó el Evangelio escrito para no desairar á la asna, madre del pollino.

Conociendo Zacarías que la hebra profética se iba acabando, pues que á él se le cuenta el penúltimo de los visionarios, procura atar bien los cabos de la revelación para que ningún tunante pudiera con el tiempo desatarlos y continuar la trama de los embrollos teológicos. Al eterno *detrás de mí el diluvio* de los que sienten huirse á sus pies el suelo que los sustenta, le da Zacarías la siguiente forma, nada embozada ni cumplimentera:

«Y será cuando alguno profetizare de allí adelante, le dirán su padre y su madre que le engendraron: No vivirás, porque mentira has dicho en nombre del Señor. Y lo traspasarán su padre y su madre que lo engendraron, cuando profetizase.»

Echada de esta suerte la llave á la profecía, ¿quién es el mentecato que se atreva á profetizar? No será el hijo de mi madre, siquiera por no ponerla, si la buena señora resucitase, en el caso de ahogar al hijo de sus entrañas, que después de veintitrés años de enterrada aún la ama y la venera con el propio amor y la veneración misma que cuando recogía de adolescente en sus labios besos cuyo aroma y cuyo calor constituían el más puro encanto de su vida.

Y alto aquí, que no escarneceré el recuerdo de mi santa madre con chirigotas de ninguna especie.

CCXXII

LA PROFECIA DE MALAQUIAS

Está visto que en estos negocios de la revelación no se sale de un riesgo, sino para meterse en un compromiso; pues esta es la bendita hora, lector discreto, que no puedo decirte á ciencia cierta, si Malaquías fué un ángel que bajó del cielo para escribir en el caló profético, ó un hombre de carne y hueso á quien le diera el naípe

por hablar en cifra. Orígenes, San Clemente y Tertuliano, como si dijéramos Martos, Cánovas y Castelar, opinan lo primero; San Isidoro, Dorotheo y San Epifanio, pongo por caso Moret, Garmazo y Sagasta, tan se ladean á lo segundo, que hasta le dieron por patria un pueblecillo de la tribu de Zabulón, llamado Sofa, ó quizá Sopa. ¿Qué haremos ante esta prodigiosa variedad de opiniones! Reirnos de todas ellas, cargando las risas en cuenta á la memez católica, y dejar que los tontos admiren la infalibilidad del Pontífice Romano, trasunto fiel de esta otra infalibilidad de la palabra divina, que ni consta quien la escribió, ni dónde se escribió, ni con que objeto circula por el mundo encuadernada, como no sea para ruina y desprestigio del Dios á quien se atribuye.

Caprichosa criatura que aparece diciendo á este incógnico Malaquías de mi cuento:

«Pues qué, no era Esaú hermano de Jacob, dice el Señor, y amé á Jacob y aborrecí á Esaú»

Esto de que entre todos los hombres elija Dios á Abraham, ya es por sí sólo una preferencia indigna, muy suficiente para que los desechados se sublevaran y apedrearan al graç elector; pero si se advierte que la preferencia continúa por derecho hereditario en Isaac, para luego quebrarse el mayorazgo y pasar por intermedio de una pillada á uno de los hijos, con *avorrecimiento* del otro, hay para reclamar que salga el autor del sainete teológico y darle una pateadura de esas que han hecho celebre el Salón Estava.

Máxime cuando el elegido y su casta proterva, resultan unos eternos concusionarios del pacto de elección, como expresa el propio Malaquías, que nos dice se permitían burlarse de Dios, ofreciéndole pan impuro y reses ciegas, cosas que debían saber á cuerno quemado á los sacerdotes que de holocaustos y sacrificios vivían.

En medio de que los propios intérpretes declaran *misteriosa* esta profecía de Malaquías, quiero yo rastrear en ella qué está escrita en beneficio de los levitas, ó sean los curas de antaño, que después de la vuelta de Babilonia debían andar á la cuarta pregunta. También aparecen en ella vapuleados los malos maridos y las malas mujeres, lo que me indica que entonces los matrimonios, en su mayoría, debían ser pegadizos y temporeros, cosa nada de extranar en un pueblo tan zarandeado, traído y llevado como fueron los judíos. A río revuelto, ganancia de pescadores, se dirían, y cada cual se apanaría con lo que mas á mano hallase, cosa fea en sí misma y que arranca á Malaquías una palabra de sublime piedad hacia la mujer.

«Pues qué—exclama—no la hizo el que es uno, y no es ella una partícula de su espíritu»

Palabra que avergüenza en su ignorancia brutal á aquellos padres conciliares que se permitieron discutir si la mujer tenía alma. Una partícula del espíritu de Dios la había llamado seis siglos antes Malaquías; pero los tales padres no lo sabían, como no sabían que Dios es *uno*, según el propio texto bíblico, por lo cual nos encajaron por divinidad una familia entera compuesta de tres machos y una hembra.

«Hé aquí yo envío mi ángel, y preparará el camino ante mi faz. Y luego vendrá á su templo el Dominador á quien vosotros buscáis, y el ángel del testamento que vosotros deseáis.»

¿Qué te parece á tí, lector amigo, que es esto que dejo transcrito? Sin duda que te parecerá, como á mí mismo, una sarta de palabras que nada dicen en sustancia. Pues esa sarta de insustanciales palabras, quiere la Iglesia católica que constituyan la mas piramidal y morrocotuda de las profecías, pues manda terminantemente que todo fiel cristiano entienda en ellas la venida de San Juan Bautista, ó sea el precursor

de Jesucristo, quiero decir, el *primo* de la leyenda evangélica. ¿Te ríes? Pues también me río yo, y si esto es profetizar, como lo pagasen bien, me pasaría yo la vida profetizando, pues no creo sea mucho el trabajo que cueste anunciar de este modo á los Precursores.

¿Dónde está la invención del bautismo, que fué lo que á San Juan le acreditó de bienhechor de la humanidad, como acreditó á Arquímedes la del peso específico, á Galileo la del movimiento de la tierra, á Colón la de América, á Newton la de la gravitación universal, á Fultón la del vapor, á Stephenson la de la locomotora? No parece en la profecía, como no parecen el borrego del *agnus dei*, ni la piel que cubría los lomos del predicador en desierto, ni parece el plato de Herodías.

Convengamos, pues, en que este *Angel* de Malaquías es pintiparado al Bautista y veamos á qué vendrá el dominador cuando venga. De este dominador dice el profeta:

«Porque él será como fuego derretidor y yerbajo de batanero.»

Pase lo del fuego, pero comparar al Mesías con un yerbajo, me parece una irreverencia. Pero en fin, una vez que haya venido.

«Se sentará para derretir y para limpiar la plata...»

Basta, que este no es Cristo ni cosa que se le parezca, sino un platero de portalillo que anda entre retortas y matraces aprendiendo química.

He apuntado mi sospecha de que Malaquías ejercía de abogado del culto y clero. Héla aquí plenamente confirmada.

Habla Dios y dice:

«Clavará un hombre á su Dios, porque vosotros me claváis y dijisteis: ¿en qué os clavamos? ¿En los diezmos y primicias?»

Ya pareció la olla. Véase ahora como la cuece el bueno del Padre Scio, con la aprobación de la

Santa Sede apostólica en una nota. Habla Dios también.

«No pagándome los diezmos y primicias, que me debéis de juro, y que tengo destinados para mi culto y para sustento de mis ministros los sacerdotes y levitas.»

Ahí le ha dolido siempre á la Iglesia, en los diezmos y primicias, que dice le debemos de juro, por lo que entiendo que no pagándoselos, como no se los pagamos, los españoles estamos hace ya más de medio siglo clavando á Dios. Y una de dos. O este buen señor se ha muerto ya en la cruz y no necesita sacerdotes ni levitas, ni por consiguiente diezmos y primicias que los mantengan gordos y lucidos, ó los sacerdotes y levitas habrán aprendido á pasarse del aire como los camaleones, con lo que también poco han menester las tales primicias ni los tales diezmos. Conclusión: que hacemos perfectamente guardándonos estos cuartejos, y que haremos mejor todavía guardándonos los otros, que todavía tenemos la candidez de pagarles por juro de presupuestos; pues al medio siglo de suprimido que sea, podremos aplicarles el dilema que acabo de plantarle á los diezmos y primicias.

Las profecías de Malaquías, aunque ininteligibles, se realizaron todas. Digo mal. Una está todavía en tela de juicio si se ha realizado ó no. Y es la siguiente:

«He aquí yo os enviaré el profeta Elías antes que venga el día grande y tremendo del Señor.»

Si el día grande y tremendo es el del juicio final, Elías no ha venido aún, y el mejor día nos cae de punta sobre la cabeza, á despecho de pararrayos. Si el día grande y tremendo fué el de la muerte de Cristo, Elías ha venido, pero lo hizo disfrazado de San Juan Bautista.

Los más conspicuos católicos, Herraduras y el Padre Tarín entre ellos, opinan por lo del disfraz, y, bajo la salvaguardia de su truchimane-

ría profética dormiré tranquilo, pues de aceptar la otra interpretación, ¿quién diablos viviría sosegado temiendo hallarse á la vuelta de una esquina á ese Elías profetizado en forma de visperas del mayor jolgorio imaginable, ó sea el juicio final, en que forzosamente habremos de andar los unos con los otros á testarazos en reclamación de huesos extraviados ó ternillas confundidas?

Bendigamos á la Iglesia, que junto al veneno de este Elías tremendón nos pone la triaca de los intérpretes que le dan ya por venido y pasado, y terminemos esta carrera, en pelo, dada á los cuatro profetas grandes y á los doce chicos, con estas palabras del Angel:

¡Ave María, y cuánto disparate!

CCXXIII

LOS LIBROS DE LOS MACABEOS

Los dos últimos libros del Antiguo Testamento llevan el nombre de *los Macabeos*, mote, apellido ó lo que fuera de una familia de buenos mozos, patriotas valientes y esforzados que, á fuerza de cintarazos, sustrajeron por algún tiempo la ciudad de Jerusalem y el pueblo judío al yugo pesado y degradante de los sucesores de Alejandro, que, como es sabido, se repartieron como pan bendito el imperio del gran conquistador.

Son los dos libros que más me gustan de la *Santa Biblia*, porque contienen una historia auténtica, relacionada con otras que la confirman plenamente; pero... por lo mismo que tanto me gustan... ¡oh dolor!... resulta que no puedo reirme de ellos, porque no son canónicos sino un antojo insufrible de la Iglesia, que en su ignorancia los metió en la revelación... donde continúan puestos para convencer á todo el mundo

de que esta es la más solemne paparrucha imaginable.

No hay, en efecto, más que comenzar la lectura de estos libros al revés, quiero decir, por los tres últimos versículos del segundo, para que se convenza el más topo católico que su autor, el buen Jason de Cirene, no sólo no pretendió jamás la infalibilidad, sino que declara, muy modestamente por cierto, que hizo cuanto pudo por escribir agradablemente y con verdad los sucesos de que trata, pidiendo perdón de las falas, que, sin querer, hubiera cometido.

He aquí sus palabras:

«Pasadas, pues, estas cosas acerca de Nicágor, y quedando los hebreos desde aquellos tiempos en posesión de la ciudad, yo también pondré aquí fin á mi narración. Y si está bien, y como lo exige la historia, esto es lo que yo deseo; pero si está con menos dignidad, se me debe disimular. Porque así como es cosa dañosa beber siempre vino, ó siempre agua; pero su uso alternativo es agradable, así también si el discurso fuera siempre limado, no sería grato á los lectores. Aquí, pues, será el fin.»

Palabras verdaderamente providenciales con que da fin el Antiguo Testamento, para que cuantos no estén chiflados entiendan que todo él, desde el *Genesis* hasta este *Libro de los Macabeos*, no es más que una obra humana en que hay muchas cosas que disimular, y que yo disimularía de buen grado, sin la pretensión católica de la infalibilidad, cimienta de todas las aberraciones del dogma, bases de todas las iniquidades del fanatismo, columna de todas las arrogancias clericales, bolsa de ese odiosísimo presupuesto del culto, en que hallan satisfacción de estomago todos los perezosos por sistema y todos los truchimanes de oficio.

Los protestantes, cuando le echaron al cristianismo el remiendo de la Reforma, especie de

tapas y medias suelas de la Religión revelada, que hicieron compatible con el Pale-Ale y la filosofía húmeda y nublada del Báltico y del Mar del Norte, tuvieron buen cuidado de suprimir estos libros de los Macabeos en su embolismo teológico; porque como más cultos é ilustrados, comprendieron que mentiras tan manifiestas, no podían menos de hacer discurrir á los más torpes que las otras, más afinadas y compuestas, son mentiras también. De aquí, que los sacerdotes católicos se anden con tantos miramientos para dejar leer la *Biblia* á cualquiera de la secta, y, si obligados de la necesidad lo hacen, se la den anotada y con el compromiso previo de estar al comentario del cura antes que á la noticia del autor; sistema que no impide la difusión de la herejía por todas las zonas y rincones del orbe católico, ni impedirá llegue un día en que cualquier arzobispo metropolitano, imitando á Constancio Miralta, Salvador Cuadrón, Raimundo Menéndez Orra, Antonio Aguayo, Tristán Medina y tantos otros ilustres desertores del engaño, salga diciendo lo que la gitana Castro-Tunante.

Y fué lo siguiente:

Habiase ganado la gran picara un centenar de onzas echando la buenaventura, adivinando los números de la lotería, tirando las cartas á los mal avenidos y componiendo filtros para que los enamorados consiguieran su deseo sobre las doncellitas. Llegada la hora de la muerte, la ladina vieja reunió á sus hijos y nietos, que componía una buena taifa de ratas bronceados, repartió entre ellos equitativamente las onzas, y les dijo:

—Ahí os queda ese dinero; bien quisiera que le disfrutásetis en paz y en gracia de Dios, pero mucho me temo que sea vuestra perdición, porque de buena ley es sin duda, pero está ganado contra todas las leyes divinas y humanas. Por-

que hais de saber, que todo eso de la profecía y la adivinación es un puro engaño, y que todo el hito de estos negocios es topar con memos, gente que se va acabando por momentos, como me acabo yo.

La risa picaresca con que los gitanos jóvenes acogieron las primeras palabras de la gitana vieja, convirtiéndose en risa de conejo cuando la oyeron decir que la clase de memos se iba consumiendo, porque un secreto presentimiento les anunciaba en esta consunción la ruina del oficio.

Por si esta declaración final no fuera bastante fuerte para convencer que ninguna parte tuvo el Espíritu Santo en la composición de estos *Libros de los Macabeos*, canónicos, es decir, infalibles, por decretos de un centenar de concilios, copiaré aquí otras palabras aun más explícitas del autor. Dice así, capítulo II, versículo XXIV, XXV, XXVI y XXVII.

«Y, además, lo que Jason Cirineo compuso en cinco libros, hemos procurado nosotros compendiarlo en un sólo volumen. Porque considerando la multitud de libros y la dificultad que encuentran los que quieren aplicarse á las narraciones de las historias á causa de la multitud de cosas, hemos procurado que los que quisieren leerlo, hallen placer en su corazón; y que los aplicados puedan más fácilmente retenerlo en la memoria; y que sea provechoso para todos los lectores.—Mas por lo que hace á nosotros que nos hemos encargados de hacer el compendio de esta obra, no es pequeño el trabajo que nos hemos tomado, sino un negocio que requiere una grande aplicación y sudor.»

¡No estáis viendo aquí pintiparado un catedrático de instituto, de esos que para aumentar su sueldo á costa de sus discípulos, zurcen é hilvanan un mal *Tratado de Geografía Universal* ó un *Compendio de Historia de España*, que

cuidan aún más de vender y cacarear que de enseñar?

Pues esa es la *Santa Biblia* en la mayor parte de sus libros. Un extracto mal hecho de obras anteriores, ya históricas, ya filosóficas, ya poéticas, ya jurídicas, con que viene hace diez y nueve siglos la Iglesia Católica explotando la credulidad humana á cuenta de los grandes escritores hebreos.

Preguntará el lector: ¿Cómo la Iglesia, donde al fin y al cabo ha habido y hay tantos hombres de talento y tantos pillines, autoriza unas cosas como estras, que tan fácilmente se vuelven contra ella? Te diré lector amigo, te diré: ella no tiene la culpa: es una fatalidad que se le impone.

Antiguamente estos embolismos de la religión andaban en manos de muy pocos curas, y en hebreo, griego ó latin, para que sólo ellos, interesados en el negocio, lo entendieran. Llegó un día en que la imprenta multiplicó los libros, y otro día en que el pícaro Lutero y otros herejes pusieron la *Biblia* en romance, al alcance del vulgo. La Iglesia chilló, pataleó, gritó, ahoreó, y quemó á los herejes, pero no pudo impedir que circularan los libros. Aun hoy hace cuanto puede para que nadie se entere, pero la imprenta es más fuerte que ella y lleva estos secretos á conocimiento de todo el mundo. De aquí la herejía universal del librepensamiento, y de aquí la excomunión que cae sobre todo aquel que al leer esto, no dobla la cabeza y en vez de entender lo que dijo claramente el autor que comprendía, no entiende lo que explica el ridículo y necio comentario de cualquier Padre Scio.

Además en estos *Libros de los Macabeos* se contienen desde tiempo inmemorial el Purgatorio, que tantísimos millones ha producido á la Iglesia, y la eficacia de las misas de difuntos, que tantos refajos han costado á las amas de

cura. ¿Cómo la Iglesia y los curas no hablan de echar el bofe por conservar la autoridad de semejantes títulos á la explotación del infinito número de tontos de que habló el sabio Salomón?

No comentaré yo una Historia como es la de los Macabeos, ¡pero podré dejar pasar sin anotaciones el Purgatorio y el culto de los santos! No fuera honrado, máxime ahora que, vuelto Cánovas al poder, los jesuitas, únicos admiradores que quedan en España del talento del ex-monstruo, pueden, á mansalva, por su intermedio, denunciarme; lo que probará, una vez más, si sucede, que todo esto de la conservaduría liberal, como la adivinación y la profecía de la gitana de que acabo de hablar, es un puro engaño, que sólo cuaja entre inocentes.

El Purgatorio es un lugar de la geografía teológica, no sé si redondo ó esquinado, pero muy caliente, que chorrea betún y pez por todas las coyunturas.

El católico es un bipedo implume, compuesto por partes iguales de arcilla de botijos de Alcorcón y de una alma pura é inmortal, que no se ve, ni se toca, ni se mide, ni se pesa, ni tiene olor, color, ni sobor. El arcilloso cuerpo, ya blanco, ya negro, ya amoreillado de color, está sujeto á las quiebras de las enfermedades y á la liquidación de la muerte, pero el alma inmortal no sufre otra pejuguera (y no es chica) que la del pecado, que consiste en hacer, ó decir, ó simplemente pensar cualquier cosa que no agrade ni convenga á los señores presbíteros.

Cuando un católico se muere, sálesele el alma por la boca ó cualquiera otro agujero, y volando, volando, volando, como si fuera un grajo, se va de patitas al infierno si le pilló la última hora en pecado mortal, quiero decir, después de haber leído *Las Dominicales* ó cualquier otro periódico excomulgado, ó derechita al cielo, si por acaso le cogió la muerte recién confesado y comul-

gado por un cura auténtico, con las licencias en regla, pues se dan casos de curas falsificados ó pecadores ellos mismos en puntos de licencia, cuya absolución de nada aprovecha.

La pena del infierno ó la recompensa de la gloria son sentencias firmes ó irrevocables, de modo que así le aprovechan los responsos ó las misas á los difuntos de esta clase de los rematados, como á Castelar le han aprovechado sus evolucionismos. De no haberse inventado el Purgatorio, la banca de Ultratumba carecería de base: porque nadie me negará que una misa de difunto es una letra que se gira á cargo del Espíritu Santo, por cuenta del que la paga al señor cura, que no habfa de ir á estafar á las gentes no estando seguro de que las dos pesetas que recibe eran pagadas religiosamente al alma á quien se libran.

Esta seguridad de la entrega en gracia divina al alma del dinero que aquí los presbíteros reciben, la encontró hace muchos siglos la Santa Iglesia Católica en estos *Libros de los Macabeos*, y por ésto los declaró canónicos, perfectamente infalibles é inquebrantables, y por ésto defiende briosamente su autoridad teológica enfrente de todos los herejes habidos y por haber. ¡Bonita es ella para tomar en broma cuanto se refiere á los ochavos!

Ved, pues, el inquebrantable cimiento, la piedra angular del Purgatorio, el riquísimo filón de las oraciones por los difuntos. Se contiene principalmente en el capítulo XII del II *Libro de los Macabeos*, en que después de contarnos el recopilador cien estupendas batallas de Judas, que era una especie de Cid Campeador judío, dice textualmente lo siguiente:

«... Puso en fuga á los soldados de Gorgias. Y Judas, recogiendo su ejército, se partió para la ciudad de Odolam, y sobreviniendo el día séptimo, purificados según costumbre, celebraron el

»sábado en el mismo lugar. Y al día siguiente vino Judas con los suyos al campo para llevar los cuerpos de los muertos y enterrarlos en los sepulcros de sus padres. Y debajo de las túnicas de los que habían sido muertos hallaron las ofrendas de los ídolos que había en Jamnia, prohibida por la ley á los Judíos, y todos claramente conocieron que esto había sido la causa de su muerte. Por tanto, todos bendijeron el justo juicio del Señor, que había descubierto el mal escondido.»

Tan cierto, pues, como los tres ángulos de un triángulo valen dos ángulos rectos, resulta que estos soldados de Judas habían muerto no á causa de las lanzas y flechas de los soldados de Gorgias, sino á causa de su sacrificio á los ídolos, cosa vitanda entre judíos.

De no haber más que infierno y gloria con estos soldados, pecadores de la clase de rematados, no había otra cosa que hacer sino enterrarlos para evitar el mal olor de la putrefacción al aire libre, á los peligros de un contagio. Pero como Judas Macabeo tenía bien cursada la teología, puesto que se había pasado la vida entera repartiendo cintarazos en los campos de batalla, sabiendo que además de infierno y gloria hay en ultratumba una especie de Cárcel Modelo provisional para los pecadores de menor cuantía, discurrió que mediante oraciones á Jehová y ofrendas á los sacerdotes, podrian sacarse estas almas en pena de su cautiverio preventivo, y al efecto, dice el recopilador que hizo lo siguiente:

¡Atención! ¡Atención! ¡Atención!

«Y por ésto, poniéndose en oración, rogaron, pidiendo que fuese puesto en olvido el pecado, que habían cometido. Y el valerosísimo Judas exhortaba al pueblo á conservarse sin pecado teniendo á la vista lo que había sucedido por los pecados de aquellos que habían sido muertos.»

»Y hecha una COLECTA, envió á Jerusalem

»doce mil dracmas de plata para que se ofrecie-
 »se SACRIFICIO POR LOS PECADOS de los
 »que habian muerto PENSANDO CON RECTI-
 »TUD Y PIEDAD DE LA RESURRECCIÓN.

»(Pues si no esperara que habian de resucitar
 »aquellos que habian muerto, tendria por cosa
 »vana é inútil el orar por los muertos.)

»Y porque consideraba que los que habian
 »muerto en la piedad tenian reservada una gran-
 »de misericordia. Es, pues, santa y saludable la
 »obra de rogar por los muertos para que sean
 »libres de sus pecados.»

La cosa, pues, es clara como la luz del día.
 Existe el Purgatorio, porque Judas Macabeo
 hizo un funeral á sus soldados muertos en el
 combote con los de Gorgias, y porque un reco-
 pilador de las hazanas del caudillo hebreo, sa-
 cándole punta á la función, nos cuenta que se-
 ria cosa necia y vana rogar por los difuntos si
 no se esperara su resurrección, advirtiéndonos
 caritativamente que es obra santa y saludable
 en los vivos pasarse la vida rezando por los
 muertos.

Tan clara la encuentro yo, y tan útil además
 á la Santa Iglesia Católica, que comprendo per-
 fectamente hayan los presbíteros quemado vivos
 á los que la negaron, para darse luego el gusta-
 zo de rezar por ellos, con cargo de las oraciones
 á las propiedades que les secuestraron. Tú, lec-
 tor, quizá la encuentres turbia, pero será indudablemente porque tienes la vista obscurecida
 por los vicios de la titulada libertad sagastina,
 que cinco años has venido disfrutando. Afor-
 tunadamente, ahí está Cánovas en la presiden-
 cia del Gobierno conservador, que se ha encar-
 gado de aclarártela con dieta de palos, que con-
 viertan tus malos humores teológicos hacia las
 costillas, y cuando esto suceda, como indefecti-
 blemente sucederá, entonces verás tan claramen-
 te como yo, que sin Purgatorio, ¡adiós el dinero

de la Iglesia! ¡Adiós la influencia clerical! ¡Adiós
 los propios y mismos conservadores, pues negar
 el Purgatorio es negarlos á ellos mismos, que
 constituyen una purga nacional, por el tiempo
 que las instituciones consideren necesario este
 sistema secetor á la buena salud del país!

Con lo cual doy fin á estas *Notas*, en la parte
 que reza con el *Antiguo Testamento*, encomen-
 dándome, lector discreto, á tu admiración más
 entusiasta y fervorosa, y rogándote ahincada-
 mente la transmitas á tus sucesores, por los si-
 glos de los siglos. Amén.

Dirás, quizás, que es muy arrogante preten-
 sión la mía de quedar por siglos en la memoria
 de las gentes, y que indica un poco de soberbia
 además. No te lo niego. Pero dime en confianza,
 ¿no está plenamente justificado mi deseo, ó si te
 parece, mi orgullosa vanidad? Si, á fe mía. ¡Qué
 héroe de la pachorra, qué adalid de mansedum-
 bre, ni qué pelma, qué pelmazo podrán compa-
 rarse conmigo, que por espacio de ocho inacaba-
 bles años he venido anotando ese compendio de
 tonterías, ese archivo de necedades, ese resumen
 de todos los embolismos físico-químico-político-
 teológicos que se llama la *Santa Biblia*, desde el
Genesis, que nos descubre á los ángeles del cielo
 atacarlos á trasmano y de mala manera por los
 ciudadanos de Sodoma, hasta estos *Libros de los
 Macabeos* en que se inventa el Purgatorio! Nin-
 guño, absolutamente, creciendo y aquilatándose
 mis méritos, si reparas, que ellos, pasándose la
 vida en contar los granos de mijo que hace una
 fanega, ó las letras de que constan el *Quijote*, go-
 zaron, al fin y al cabo, en dar gusto á su simpli-
 cidad; mientras que yo, apuntando uno á uno los
 gazapos proféticos, ¿á quién he dado gusto? Ni á
 Dios ni al diablo, ni á la Santa Iglesia Católica,
 que se ha llamado en varias ocasiones á escarnio
 de sus dogmas, ni á los herejes protestantes,
 ni á los deicidas judíos, ni á los moros circunci-

dados, que han puesto el grito en el cielo, al ver que entregada á la risa pública la revelación-cala con estrépito al suelo la balumba de sus falsas religiones (falsas en cuanto á la teología, pues en cuanto á la explotación, producen á sus sacerdotes tan buenas pesetas, como la religión verdadera á los suyos). Y en cuanto á mí, qué placer podía experimentar en este rebusco de indecencias, torpezas, dislates y memeces? Ninguno, yo te lo juro.

De aquí lo bien ganada que considero la admiración que te suplico me concedas, pues el puro y desinteresado bien me ha guiado en mi improbo trabajo; bien tuyo, por supuesto, que no mío; pues yo, desde antes de comenzar la obra estaba ya al cabo de la calle, quiero decir, que por mi cuenta desde el *Genesis* á los *Maca-beos*, y desde el Papa de Roma al cura de mi pueblo, libros religiosos y sacerdotes de Cristo podían buscarse la vida como á bien tuvieran, pues ni de mi cabeza ni de mi bolsillo habfan de sacar lumbre para encender una cerilla. Si mis ocho años de pachorra te han servido para que ni comulgues con ruedas de molino, ni sueltes una peseta por ningún motivo teológico, ya me admires, ya me olvides, me consideré bien recompensado. No es moco de pavo, poder decir: gané un hombre de bien á la causa del libre-pensamiento, haciéndole reir á costa de los que crucificaron á Cristo, en estos tiempos ominosos de la Restauración, en que alternativamente Cánovas y Sagasta crucifican á la Prensa libre!

FIN

